



La historia militar no debe ceñirse exclusivamente al estudio de las tropas, las estrategias o las batallas, sino que además debe centrarse de forma prioritaria en las relaciones de lo militar con la política, la sociedad y la cultura. En este sentido, el asociacionismo nos permite abordar todas estas cuestiones, ya que éste fue y sigue siendo un factor de socialización fundamental dentro del ejército, pero también más allá de éste, cuando el individuo abandonaba el mundo castrense. Este dossier se concibe como un punto de partida para el estudio de dicho asociacionismo militar y, en definitiva, del papel político-social que han tenido los militares a lo largo de la contemporaneidad.

Asociacionismo militar y política

Coord. Ángel Alcalde

Estudios

*Campaña naval
del estrecho*
Roberto Muñoz Bolaños

El empecinado
Alberto Ausín

*“Por el derecho de
petición que nos
confiere la ley”*
Leonardo Canciani

Bibliografía deportiva
Xavier Torrebadella-Flix

*Los militares argentinos
y la identidad
nacional criollista*
Emiliano Casas

Przemysl, Galicia
John E. Fahey

La RUHM está recogida e indexada en ERIHPLUS, Base de datos ISOC, Latindex, DOAJ, MIAR, REBID, CIRC, Dialnet y ESCI-Web of Science Thomson Reuters.

© Centro de Estudios de Historia Militar (Cádiz, España), 2016.

EDITA

Centro de Estudios de Historia Militar (Cádiz, España)

Revista Universitaria de Historia Militar ISSN: 2254-6111

<http://ruhm.es>

<https://www.facebook.com/ruhm.es>

E-mail: secretaria@ruhm.es

DISEÑO DE LA PORTADA

[Soluciónsdokumentais](#)-FLeira

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

MECD, AGA, Sección Presidencia, Movimiento Nacional, IDD (09)017.021, Fondo Delegación Nacional de Excombatientes, caja 65/14123, expediente nº 2: una imagen de fotografía sobre acto público denominado "*Concentración de Excombatientes de Villanueva de Lorenzana. Homenaje a las Madres de los Caídos*", correspondiente a la tercera página de la "*Memoria de la Hermandad Provincial de antiguos Excombatientes de Lugo de 1965*".

MAQUETACIÓN

[Soluciónsdokumentais](#)-FLeira

La Revista Universitaria de Historia Militar es una publicación científica de carácter semestral editada por el Centro de Estudios de Historia Militar.

Esta revista no se identifica necesariamente con los contenidos aquí incluidos. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de cualquier contenido de la revista sin la autorización expresa y por escrito de la dirección de la revista.

Revista Universitaria de Historia Militar

RUHM

Volumen 5, número 9, año 2016

ISSN: 2254-6111

Centro de Estudios de Historia Militar

<http://ruhm.es>

Edita

Centro de Estudios de Historia Militar

Equipo editorial.

Directores/Editors

Félix Gil Feito, Universidad de Cádiz, España.

David Alegre Lorenz, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Miguel Alonso Ibarra, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Francisco J. Leira Castiñeira, Histagra-Universidade de Santiago de Compostela, España

Consejo de Redacción/Editorial board

Gonzalo Butrón Prida, Universidad de Cádiz, España.

Gerard Cabezas Guzmán, Universitat de Girona, España

Assumpta Castillo Cañiz, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Carlos Heredia Chimeno, Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Santiago R. Gómez, EUSA-Universidad de Sevilla, España.

Javier Lion Bustillo, Universidad Autónoma de Madrid, España.

Alejandro Rabinovich, Universidad Nacional de la Pampa, Argentina

Alberto Reche Ontillera, IEM-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Consejo Asesor / Consulting Board

Ángel Alcalde, European University Institute, Italia.

Isaias Arrayás Morales, Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Miguel Ángel Ballesteros, Instituto Español de Estudios Estratégicos, España.

Cristina Borreguero, Universidad de Burgos, España.

Luc Capdevila, Universidad de Rennes II, Francia.

John Connor, University of New South Wales, Camberra, Australia.

Manuel Chust Calero, Universitat Jaume I de Castelló, España

Stig Förster, Universidad de Berna, Suiza.

David García Hernán, Universidad Carlos III de Madrid, España.

Manuel-Reyes García Hurtado, Universidade da Coruña, España

Francesc Xavier Hernández, Universitat de Barcelona, España.

John Horne, Center War Studies, Trinity College Dublín, Irlanda.

Mario Lafuente Gómez, Universidad de Zaragoza, España.

José Luis Ledesma, Universidad de Zaragoza, España.

Juan Marchena, Universidad Juan Pablo Olavide, España.

Enrique Martínez, Universidad Complutense de Madrid, España.

Sönke Neitzel, London School of Economics, Reino Unido.

Xosé Manoel Núñez, Ludwig-Maximilians Universität München, Alemania.

Fernando Puell de la Villa, IUGM-UNED, España.

Javier Rodrigo, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Manuel Santirso, GERD-Universitat Autònoma de Barcelona, España.

Nuno Severiano Teixeira, Universidad Nova de Lisboa, Portugal.

Klaus Schmider, Sandhurst Military Academy, Reino Unido.

Juan Eduardo Vargas, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Jordi Vidal, Universidad Autónoma de Barcelona, España.



La **Revista Universitaria de Historia Militar** desde su nacimiento, en 2012, surgió con la convicción de renovar la Historia Militar que se estaba desarrollando durante los últimos años en el ámbito hispano hablante, con el objetivo buscar nuevas preguntas y preocupaciones para que de esta forma se formulen otras visiones, interpretaciones y debates sobre el estudio de la violencia, la guerra y el ejército, y así hacerse interesante y valiosa para el conjunto de la historiografía hispano-hablante.

Asimismo, este proyecto nace con una clara voluntad de erigirse en una plataforma preocupada por promover y favorecer los estudios sobre de los *fenómenos bélicos o war studies*, entendido estos desde una perspectiva amplia, tanto cronológica –desde la Edad antigua a la actualidad– como temática, abarcando aspectos relacionados desde la política, la economía, la sociedad, la literatura, el arte, la memoria, la tecnología, la estrategia o la sociología. Nuestro objetivo final es introducir en la historiografía hispanoablante las nuevas tendencias historiográficas desarrolladas en el resto del mundo en relación con la Historia Militar, así como servir de puente entre los investigadores hispanohablantes con los novedosos debates, perspectivas y metodologías que están desarrollando en el mundo historiográfico internacional.

De esta forma, tenemos el orgullo de decir que la **RUHM** es la primera revista académica, centrada en Historia Militar, que somete sus artículos a un estricto proceso de evaluación por doble ciego y que está reconocida por varios índices de impactos nacionales e internacionales. Por lo tanto, es la primera revista en España que se centra en el estudio de la Historia Militar y pretende convertirse en los próximos años en un referente internacional dentro de este campo de estudio, en un país donde la investigación sobre los conflictos armados, la violencia y el ejército, no han gozado con el reconocimiento académico e universitario que tienen en los países de nuestro entorno.

Del mismo modo, dentro del constante –si bien no siempre fluido– diálogo entre la historiografía y la sociedad, creemos que a RUHM puede convertirse en un puente que huna y aúne el interés público que en la sociedad suscita todo lo relacionado con la Historia Militar y con las novedosas investigaciones desarrolladas dentro del ámbito universitario y académico.

Félix Gil Feito, Miguel Alonso Ibarra, David Alegre Lorenz, Francisco J. Leira Castiñeira, 2015.

Sumario

Dossier

Asociacionismo militar y política

Coord. Ángel Alcalde (European University Institute, Florencia, Italia)

Presentación dossier: Asociacionismo militar y política

Ángel Alcalde9

Las órdenes militares en tiempos revolucionarios. El republicanismo y la posibilidad de una aristocracia militar. Río de la Plata, Chile y Perú, 1810-1824

Alejandro M. Rabinovich15

Ciudadanos y soldados. El Tiro Federal Concordia de la República Argentina, 1898-1923

Bárbara Raiter33

Spain Is Not Different. Institutional Development and the Army in the Second Spanish Republic and Civil War

Álvaro La Parra52

Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista

Stephanie Wright75

La HIAG (Asociación de Ayuda Mutua). Excombatientes de las Waffen-SS en los primeros años de la República Federal de Alemania

Karsten Wilke93

Estudios

La campaña naval del Estrecho (1340-1344): el fin de la amenaza norteafricana

Roberto Muñoz Bolaños114

Creando un héroe: el Empecinado y su propaganda durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)

Alberto Ausín Ciruelos134

«Por el derecho de petición que nos confiere la ley»: estrategias legales para evadir el servicio de frontera (Buenos Aires, segunda mitad del siglo XIX)
Leonardo Canciani.....153

La bibliografía gimnástica y deportiva de la educación física en el ejército español (1808-1919): textos en contexto social
Xavier Torreadella-Flix172

Los militares argentinos y la consolidación de la identidad nacional desde la narrativa criollista
Matías Emiliano Casas.....193

Przemysł, Galicia: A Garrison Town Before, During, Between and After War (1873-1953)
John E. Fahey.....212

Traducciones

¿Era la Esparta clásica una sociedad militar?
Stephen Hodkinson231

Reseñas

Alienor RUFIN SOLA (ed.): *Armées grecques et romaines dans le nord des Balkans. Conflits et intégration des communautés guerrières*, Gdansk-Torun, Akanthina 7, 2013. 229 p. con ils. (Blanco/negro y color). ISBN: 978839365509.

Por Isaías Arrayás281

Dexter HOYOS: *A Companion to Roman Imperialism*, Leiden, Brill, 2013 (History of Warfare 81), Hardback, 416 pp., ISSN: 1385-7827.

Por Gerard Cabezas.....286

Marco DI BRANCO y Kordula WOLF (eds.): *“Guerra santa” e conquista islamica nel Mediterraneo*, Roma, Viella, 2014. 200 pp., ISBN: 9788867280388.

Por Oliver Vergés.....290

Justine FIRNHABER-BAKER: *Violence and the State in Languedoc, 1250-1400*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, 218 pp., ISBN 9781107039551

Por Daniel González.294

Remy AMBÜHL: *Prisoners of War in the Hundred Year War: Ransom Culture in the Late Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 301 pp., ISBN: 9781107010949.

Por Alberto Reche298

Shinsuke SATSUMA: *Britain and Colonial Maritime War in the Early Eighteenth Century: Silver, Seapower and the Atlantic*, Boydell Press, Woodbridge, 2013, 296 pp., ISBN:

978118438623.	
Por Alan James.....	302
Salvador DAZA PALACIOS: <i>Sanlúcar de Barrameda durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)</i> , Sevilla, Renacimiento, 2014, 437 pp., ISBN: 9788416300006 Por María Regla Prieto	305
Rafael ZURITA ALDEGUER: <i>Suchet en España. Guerra y sociedad en las tierras del sur valenciano (1812-1814)</i> , Madrid, Ministerio de Defensa, 2015, 351 pp., ISBN: 9788490910368. Por Gonzalo Butrón.....	309
Hugo QUINTERNO, <i>Fuego Amigo. El ejército y el poder presidencial en Argentina, (1880-1912)</i> , Colección UAI-Investigación, Editorial Teseo, 2014, 549 pp., ISBN: 9789871867950. Por Aldo Avellaneda.....	313
Fidel GÓMEZ OCHOA, José GOÑI PÉREZ y Daniel MACÍAS FERNÁNDEZ, (eds.), <i>La guerra. Retórica y propaganda (1860-1970)</i> , Biblioteca Nueva, Madrid, 2014, 254 pp., ISBN: 9788416345083.	
Por Igor Barrenetxea.....	318
Brian K. FELTMAN: <i>The Stigma of Surrender: German Prisoners, British Captors, and Manhood in the Great War and Beyond</i> , Chapel Hill, North Carolina University Press, 2015, 280 pp., ISBN: 9781469619934	
Por Mahon Murphy.....	323
Alex WEIPERT: <i>Die zweite Revolution. Rätebewegung in Berlin 1919/1920</i> , Berlin, be.bra Wissenschaft Verlag, 2015. 476 pp., ISBN: 9783954100620.	
Por Daniele Toro	326
Pablo DÍAZ MORLÁN: <i>Empresarios, militares y políticos: La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)</i> , Madrid, Marcial Pons, 2015, 226 p., ISBN: 9788415963721.	
Por Alfonso Bermúdez.....	329
Nicole DOMBROWSKI RISER: <i>France Under Fire. German Invasion, Civilian Flight, and Family Survival during World War II</i> , New York, Cambridge University Press, 2012, 312 pp., ISBN: 9781107521254	
Por Pablo Aguirre.....	334
Jeff RUTHERFORD: <i>Combat and Genocide on the Eastern Front. The German Infantry's war, 1941-1944</i> , Cambridge, Cambridge University Press, 2014, 423 pp., ISBN: 9781107055716.	
Por David Alegre	339
José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: <i>Agonía, traición, huida. El final del Sahara español</i> , Barcelona, Crítica, 2015, 676 pp., ISBN: 9788498928754.	
Por Carlos Navajas.....	345
Sobre los autores	350

Dossier

**Asociacionismo militar
y política**

Coord.: Ángel Alcalde
European University Institute

Presentación dossier: Asociacionismo militar y política

Coord. Ángel Alcalde

European University Institute, Florencia, Italia.

En las muchas intersecciones entre el mundo militar y la política, la *asociación*, entendida en un sentido amplio, ha jugado una serie de roles que en buena medida los historiadores todavía tienen pendiente explorar. Este dossier se plantea realizar una aproximación generalista a la historia del asociacionismo militar en el mundo contemporáneo, sobre todo —pero no únicamente— en el mundo hispano, a través de una serie de casos empíricos particulares, que nos permiten abrir espitas para una mayor y más sistemática investigación de esta temática en el futuro. Es quizá una obviedad afirmar que el mundo militar, históricamente, no se ha reducido al ámbito institucional y organizativo de las estructuras —fuertemente jerárquicas— de los ejércitos. Así como la historia militar no debe limitarse al estudio de las tropas, estrategias, batallas y tecnologías guerreras (pues los militares siempre han ejercido funciones sociales y políticas más allá de la conducción de la guerra y ésta tiene un impacto cultural sumamente profundo), debemos prestar atención también a marcos institucionales y espacios sociales alternativos al ejército, que también articulan y colman de significado al mundo militar, no sólo en sí mismo, sino en relación con la sociedad en su conjunto.

Desde los *collegia militaria* en el imperio romano, hasta las muy diversas asociaciones de militares profesionales en la actualidad, un sinfín de manifestaciones de asociacionismo militar han influenciado coyunturas históricas de toda índole. Hermandades, órdenes militares, cofradías, clubs de oficiales, organizaciones de veteranos, asociaciones de mutilados de guerra, grupos paramilitares, incluso sociedades secretas conspirativas han emergido del mundo militar para tener presencia en la sociedad y la política. Históricamente, lo han hecho no para limitarse a la reafirmación auto-referencial de una sociabilidad militar particular, ni únicamente para reproducir o rearticular simbólicamente las mismas jerarquías de los ejércitos, sino sobre todo han surgido como espacios de interacción con el mundo civil o de integración en éste.

Aunque en tiempos muy pretéritos las formas institucionales de asociación entre militares y guerreros tuvieron un papel histórico crucial, colocar en este dossier el foco de atención sobre la época contemporánea está justificado por el hecho de que con la modernidad, sobre todo desde la revolución industrial y la secularización de las sociedades occidentales, se produjo una cierta transición histórica desde formas de relación social de tipo recíproco y horizontal, *comunitarias*, a otras de tipo contractual más institucionalizadas, *asociativas*.¹ Esta dicotomía entre “comunidad” (*Gemeinschaft*) y “sociedad” (*Gesellschaft*) fue desarrollada en la teoría por el sociólogo Ferdinand Tönnies,² y ofrece el marco teórico necesario para comprender históricamente el asociacionismo emergente en el siglo XIX y

¹ Ramón ARNABAT y Monserrat DUCH (coords.): *Historia de la sociabilidad contemporánea. Del asociacionismo a las redes sociales*, Valencia, PUV, 2014, p. 9.

² Ferdinand TÖNNIES: *Community and civil society*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001 [1ª edición en alemán, 1886].

que adquirió gran relevancia en muchos países durante el siglo XX (aunque ya en nuestro siglo XXI caracterizado por nuevas prácticas y redes sociales, la “sociedad civil” y la “asociación” pueden dar la impresión de haber entrado en declive). No obstante, como algunos de los artículos de este dossier mostrarán, la diferenciación entre lo comunitario y lo asociativo en lo que respecta al mundo militar estará en ocasiones muy lejos de ser neta.

Considerando, en este dossier, que las asociaciones militares son fundamentalmente marcos organizativos e institucionales que permiten tejer un sistema de relaciones sociales entre miembros de las instituciones militares (al margen de éstas), nos interesa destacar sobre todo que estos espacios son también un factor de politización. Dicho de otro modo, este dossier se propone demostrar, a través de casos particulares, que el asociacionismo militar muy a menudo no fue un simple entorno para la socialización de los individuos, sino una plataforma de acción política, ya estuviese limitada a defender intereses corporativos en la arena de lo civil, o tuviese la ambición de influir y definir de manera decisiva la sociedad de la que formaban parte los militares. La intervención militar en política a través de asociaciones pudo derivar o promover el “militarismo”, entendido como «la negación o el condicionamiento del predominio de los civiles en el gobierno del Estado» y como la «militarización del Estado y la sociedad civil»,³ pero esta consecuencia histórica nunca ha sido inevitable. Además, estudiar el asociacionismo militar permite superar esa vieja visión de las relaciones entre lo civil y lo militar que se centra en «la relación del cuerpo de oficiales con el estado».⁴ Nos puede descubrir, por ejemplo, el “militarismo de la ‘gente pequeña’”, o incluso el hecho de que, por debajo de las élites, también han existido asociaciones militares que ejercieron una acción social y política “de progreso” y no conservadora.⁵ La prominencia de las asociaciones militares de carácter “patriótico”, nacionalista y conservador en este dossier no debe conducir a juicios a priori sobre la orientación ideológica del fenómeno que nos proponemos investigar. Asociacionismo militar y militarismo son dos cosas diferentes.

Una perspectiva teórica sobre el rol político del ejército en la época contemporánea puede encontrarse en la primera parte del artículo de Álvaro La Parra López en este dossier. Como allí se explica, parece claro que en países carentes de un estado consolidado, en los que —en términos weberianos— el estado no tiene el monopolio del uso legítimo de la violencia, los militares no están claramente bajo control político, convirtiéndose por eso en actores políticos autónomos y relevantes. A su vez, los militares y los ejércitos, no son colectivos unitarios en términos de intereses socioeconómicos y políticos, sino agregados de individuos que pueden formar diversas facciones políticas con intereses a menudo opuestos. En cualquier caso, las asociaciones militares siempre son producto de un sector elitista de una sociedad; elitista porque en sus componentes se concentra la capacidad material y el conocimiento de las técnicas necesarias para ejercer violencia, y por tanto el potencial

³ Joaquim LLEIXÀ: *Cien años de militarismo en España. Funciones estatales confiadas al Ejército en la Restauración y el franquismo*, Barcelona, Anagrama, 1986.

⁴ Samuel P. HUNTINGTON: *The Soldier and the State. The Theory and Politics of Civil-Military Relations*, Cambridge, Mass., The Belknap Press of Harvard University Press, 1959, P. 3.

⁵ En este sentido, el estudio de la suboficialidad es todavía un vacío en la historiografía española, aunque nos consta que hay una investigación en curso sobre las actividades asociativas de los suboficiales, realizada por Jerónimo F. Naranjo García.

para incrementar los recursos económicos de una sociedad o defenderlos. Debe señalarse además que la posesión de este conocimiento profesional, a menudo basado en la experiencia de guerra como rito de paso, puede constituir un valor meramente simbólico y no material (por ejemplo cuando millones de hombres pertenecientes a un ejército son desmovilizados, despojados de su estatus de militar y de sus armas e uniformes). Y este valor simbólico puede continuar dando sentido a la acción política de individuos organizados en asociaciones (por ejemplo, de excombatientes), que podrán ejercer una fuerte influencia política, incluso en el seno de estados bien consolidados. Baste recordar la relevancia que pueden llegar a tener los asuntos relacionados con los veteranos de guerra en los Estados Unidos, a la hora de legitimar o deslegitimar gobiernos y gobernantes.

Desde que Clausewitz escribiera en el siglo XIX su tratado *De la guerra*, tenemos claro que esta es «la continuación de la política por otros medios»,⁶ una premisa que ha sido reformulada en incontables ocasiones, con intención más o menos perversa, pero que en cualquier caso sugiere que la transformación del soldado en agente político fue algo propio del “largo” siglo inaugurado con la revolución francesa y sus ejércitos de masas y de voluntarios.⁷ Durante el siglo XIX, por tanto, el prestigio de los militares que en Europa y América habían sido héroes revolucionarios fue un marco ideal para su intervención en la política de una manera inédita. Que los miembros de los ejércitos combatientes decimonónicos emplearan formas asociativas novedosas, aunque todavía enraizadas en precedentes del pasado, resulta aquí de sumo interés.

Por eso, el artículo de Alejandro M. Rabinovich ofrece perspectivas enormemente sugerentes sobre los orígenes del asociacionismo militar moderno, al centrarse en una serie de órdenes militares surgidas al calor de las guerras de la independencia hispanoamericana. Con él iniciamos un recorrido cronológico y geográfico que nos llevará en este dossier desde los comienzos del siglo XIX en Hispanoamérica al corazón de Europa en el siglo XX. Rabinovich nos descubre primero la Logia Lautaro, una asociación política secreta conectada con la masonería,⁸ que agrupó a un gran número de oficiales del Ejército de los Andes establecido en 1816 para combatir contra los realistas en pos de la independencia. Y sus fines políticos no eran nada modestos; nada menos que «privilegiar la causa de la independencia a escala americana», formando poderes ejecutivos fuertes con el apoyo de órdenes militares. Una de éstas fue la Legión del Mérito, creada por iniciativa de Bernardo O’Higgins, el oficial chileno más importante de dicho ejército y colaborador de José de San Martín en la liberación de Chile. Enraizada en la tradición de órdenes militares de honor, que se había potenciado con la napoleónica *Légion d’Honneur*, la Legión del Mérito

⁶ Carl von CLAUSEWITZ: *On War*. Edited and translated by Michael Howard and Peter Paret, Princeton, Princeton University Press, 1976 [1ª edición en alemán en 1832].

⁷ George L. Mosse: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, New York, Oxford University Press, 1990, pp. 15-33. La noción del “largo” siglo XIX, como es sabido, fue desarrollada por Eric Hobsbawm.

⁸ Aunque ninguno de los trabajos de este dossier aborda las abundantes conexiones entre la masonería y el mundo militar, este sugerente aspecto ha sido tratado en otras ocasiones. Véanse varias contribuciones en Ferrer BENIMELI (coord.): *Masonería, revolución y reacción. II. : IV Symposium Internacional de Historia de la Masonería Española : Alicante, 27-30 de Septiembre de 1989*, Alicante, Instituto de Cultura “Juan Gil-Albert”, 1990.

no sólo pretendía dar distinción a militares que ahora iban a formar parte de un nuevo balance de poder, sino que —según Rabinovich— fue un instrumento de la facción política de O’Higgins para hacerse con un espacio político, tanto cívico como militar, en el nuevo estado independiente de Chile declarado en 1818. Una orden, además, que permitió a militares extranjeros (no chilenos, sino rioplatenses) insertarse en una nueva aristocracia militar en ese país, y que sirvió para repartir, de manera institucionalizada y “elegante”, el botín de guerra entre los oficiales y soldados del ejército. Rabinovich complementa este caso con el de la Orden del Sol, formada por el “libertador” San Martín unos años después, en el nuevo Estado independiente del Perú: otro intento de reemplazar la vieja aristocracia realista por una nueva, de tipo militar. Aunque estas órdenes pronto desaparecieron, resultan de sumo interés para comprender la transición de los militares hacia la política en Hispanoamérica tras la independencia. Marcan además, un punto de referencia para observar las actividades políticas y asociativas de los militares en tiempos posteriores.

Sin movernos mucho de ese marco geográfico, el artículo de Bárbara Raiter nos habla de un tipo muy diferente de asociación militar en acción a finales del siglo XIX y comienzos del XX en Argentina: las sociedades de tiro. A través del caso del Tiro Federal Concordia, podemos comprobar que las asociaciones militares asumen nuevos roles en una sociedad mucho más complejizada, con un ejército profesionalizado, moderno y subordinado al estado. De hecho, a lo largo del siglo XIX, los ejércitos se han convertido, en muchos países, en instrumentos de conservación y de defensa de lo establecido. El Tiro Federal Concordia en Argentina, a través de una enorme diversidad de actividades de sociabilidad, que gravitan en torno a la práctica del tiro, intentó difundir una serie de valores ideológicos, “patrióticos”, considerados clave para construir una nación fuerte. Aunque desde los inicios del siglo el rol político de las asociaciones militares había cambiado sustancialmente en estrategias y prácticas, como vemos, los albores del siglo XX presencian el incremento de la relevancia de los militares y un creciente ascenso de estos sobre los asuntos civiles: las asociaciones siguen siendo un instrumento para ello. Sabemos que en España el siglo XIX estuvo marcado por un intervencionismo militar en la política y la sociedad que empleaba métodos mucho menos sutiles que el asociacionismo: el pronunciamiento y el golpe de estado. Pero formas asociativas menos conocidas también existieron al igual que en Hispanoamérica, y son merecedoras de mayor estudio.

Los siguientes artículos del dossier examinan casos de asociacionismo e intervención política militar en el mundo civil en el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, parteaguas de la edad contemporánea. Este enorme conflicto bélico inauguraría en algunas naciones un periodo de intromisión militar en la política sin precedentes, y abriría, de hecho, una nueva etapa histórica en el asociacionismo militar, caracterizada por la emergencia de nuevas prácticas organizativas, como por ejemplo las asociaciones masivas de excombatientes.

El artículo de La Parra se centra en examinar el desarrollo institucional del ejército español durante la II República, conectándolo con factores socioeconómicos. Con un sólido andamiaje teórico que trasciende los determinismos de raíz marxista, y tras explorar el desarrollo del ejército en las décadas anteriores, el artículo argumenta que los intereses económicos y profesionales de los militares fueron cruciales para configurar la participa-

ción política de estos, por encima incluso —sugiere el autor— de factores ideológicos. El enfrentamiento entre africanistas y peninsulares era sobre todo una disputa en torno a la cuestión de los ascensos por méritos de guerra. Las reformas de Azaña beneficiarían a los segundos, no a los primeros, así como a los grupos más técnicos de la profesión militar de la época. El artículo, así, sugiere que disputas profesionales en el seno de la élite militar podrían haber sido un importante factor de transformación institucional en el ejército español, que debe tenerse en cuenta a la hora de examinar el enfrentamiento entre facciones que se polarizarían en torno a dos asociaciones, la Unión Militar Española y la Unión Militar Republicana Antifascista, relevantes en el periodo previo a la guerra civil.

De la etapa del franquismo se ocupa el artículo de Stephanie Wright. En 1939 se implantó en España, tras una cruenta guerra civil, una dictadura militar y fascista, caracterizada por una omnipresente cultura de guerra. Al mismo tiempo, el régimen no permitió ninguna libertad a sus propios militares para formar asociaciones. Al más puro estilo totalitario, organizaciones para excombatientes y mutilados se crearon desde arriba.⁹ Wright examina, a partir de fuentes hasta ahora inéditas, el funcionamiento del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria, liderado por el militar Millán Astray, amigo personal de Franco. Esta organización estaba estrechamente vinculada al ejército, y tuvo un claro papel político: ideologizar y controlar políticamente a los soldados mutilados. Éstos, no obstante, como demuestra Wright, se esforzaron por utilizar la entidad para satisfacer algunas de sus necesidades personales, aunque ello implicase someterse a la hegemonía ideológica y política franquista. En fuerte contraste con asociaciones de soldados discapacitados en otros países y periodos, que sí que ejercieron un activismo a favor de los derechos de los mutilados, Wright demuestra que este cuerpo franquista era un instrumento político para la consolidación y permanencia de la dictadura.

La amalgamación de la política de extrema derecha con el activismo asociativo a favor de los derechos de antiguos soldados tiene un ejemplo conspicuo en la Asociación de Ayuda Mutua formada tras la Segunda Guerra Mundial por excombatientes de las Waffen-SS nacional-socialistas en Alemania. Este es el tema del artículo de Karsten Wilke. Considerados criminales tras los juicios de Nuremberg, los miembros de las unidades militares de las SS encontraron en este organismo asociativo una manera de apoyarse mutuamente, así como de intentar ejercer alguna influencia política durante la larga posguerra. Es interesante observar que esta organización se autodenominó, literalmente, “Comunidad de Ayuda” (*Hilfsgemeinschaft*), más que “Asociación” (*Gesellschaft* o bien *Bund*), un eco ideológico, sin duda alguna, del nazismo. De hecho, el artículo muestra el nivel de pervivencia de la ideología nazi en los miembros de esta asociación, que si bien renunció a elementos como el racismo, cultivó, por el contrario, prácticas militares de sociabilidad muy ideologizadas y extendidas, como la de la “camaradería” (*Kameradschaft*),¹⁰ lo que explica en parte que la asociación haya pervivido hasta nuestros días.

⁹ Véase Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

¹⁰ Thomas KÜHNE: *Kameradschaft. Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006.

En conclusión, este dossier ofrece un recorrido por diversos aspectos de la historia del asociacionismo militar, con el que pretendemos demostrar la riqueza y el potencial de una línea investigadora centrada en él. En la actualidad, el asociacionismo militar es clave en la integración del mundo militar en los sistemas democráticos, y en buena medida, en países como España, ha permitido una despolitización del ejército (o más bien una subordinación efectiva al poder civil) en beneficio de la profesionalización.¹¹ Este es el resultado de una larguísima y compleja evolución histórica, que con las contribuciones aportadas en este dossier solamente podemos atisbar. Esperamos, no obstante, que este viaje a través de la historia de las asociaciones militares en el mundo contemporáneo, con paradas en la América de las guerras de independencia, la Argentina *fin-de-siècle*, la España del periodo de entreguerras, y la segunda posguerra mundial, contribuya a construir una historia militar más ambiciosa, teórica, y completa.

¹¹ Véase Fernando CARRILLO, Manuel DEL ÁLAMO y José Manuel GABRIEL: *Ciudadanos y soldados. El asociacionismo militar y otras batallas por los derechos en el Ejército Español*, Valencia, Brosquil, 2008.

Las órdenes militares en tiempos revolucionarios. El republicanismo y la posibilidad de una aristocracia militar. Río de la Plata, Chile y Perú, 1810-1824

Military orders in revolutionary times: republicanism and the possibility of a military aristocracy. Rio de la Plata, Chile and Peru, 1810-1824

Alejandro M. Rabinovich

CONICET-Universidad Nacional de la Pampa, Argentina

alejandrorabinovich@gmail.com

Resumen: Este trabajo estudia la formación de órdenes militares por parte de los regímenes revolucionarios hispanoamericanos. A partir de un análisis inicial de la oficialidad del Ejército de los Andes, el artículo aborda la fundación de la Legión de Mérito en Chile y de la Orden del Sol en Perú. Se argumenta que, desde la perspectiva de sus fundadores, las órdenes creadas estaban destinadas a cumplir un rol político fundamental en los nuevos Estados independientes, brindando una base de sustentación para regímenes militares fuertemente autoritarios y permitiendo la implantación de militares extranjeros en el seno de un nuevo tipo de aristocracia militar.

Palabras clave: órdenes militares, Hispanoamérica, revolución, independencia, guerra.

Abstract: This article studies the institution of military orders by the Hispano-American revolutionary regimes. Building on an initial analysis of the officer corps of the Army of the Andes, the paper addresses the foundation of the Legion of Merit in Chile and of the Order of the Sun in Peru. It is argued that, from the perspective of its founders, these orders were destined to fulfill a fundamental political role in the new independent States, providing support for authoritarian military regimes and allowing the implantation of foreign officers within a new kind of military aristocracy.

Keywords: military orders, hispanic America, revolution, independence, war.

En toda Hispanoamérica, las guerras de independencia contra la Corona española desencadenaron un duradero proceso de militarización de la sociedad y de la vida política. Mientras que desde un principio los objetivos declarados de la lucha fueron la adquisición de la soberanía política y la redefinición del régimen político, pronto emergió una tercera cuestión que se volvería acuciante: ¿qué rol le correspondería cumplir a los militares revolucionarios en los nuevos cuerpos políticos que se pretendía instaurar? La variedad de respuestas al dilema fue grande. En algunos casos se procuró desmovilizar los ejércitos para resguardar las libertades civiles. En otros se eligió a militares prestigiosos para

que gobernarán el Estado. En otros más, por último, los militares tomaron directamente el poder mediante motines y golpes.¹

Este trabajo busca explorar un tipo de respuesta que, por haber fracasado en última instancia, no ha conocido un tratamiento detenido por parte de la historiografía americanista reciente: la fundación de órdenes militares. En efecto, algunos de los nuevos Estados hispanoamericanos se lanzaron a la instauración de órdenes que debían acoger en su seno a una parte principal de la oficialidad que había conquistado la independencia. Pero a diferencia de las órdenes militares actuales, que constituyen meras instituciones honoríficas, afirmamos que en el momento de su surgimiento las órdenes sudamericanas aspiraban a jugar un rol protagónico en el nuevo escenario político, encuadrando a los militares en una forma específica de aristocracia vitalicia que tutelaría a las nuevas naciones. Este encuadre era particularmente necesario en un contexto en que la oficialidad de los ejércitos revolucionarios “libertadores” estaba conformada por militares provenientes de diversas jurisdicciones, y que podían por ende ser vistos como extranjeros en los territorios “liberados”. El interés del tema radica en que las órdenes eran, en la mayor parte de los casos, una iniciativa propia de los militares, por lo que se puede ver en su diseño la manera en que ellos pretendieron insertarse en el proceso de construcción estatal que se abrió en cada país.

A fin de acotar el análisis a un caso concreto, el presente artículo se centrará en el recorrido del Ejército de los Andes, formado en el Río de la Plata en 1815 por José de San Martín. Este ejército, considerado por los contemporáneos como el más regular de su época, jugó un rol determinante tanto en la política rioplatense como en la formación de los nuevos Estados independientes de Chile y Perú. Entender, en una primera instancia, la forma en que su oficialidad se concebía a sí misma en términos nacionales y políticos, nos permitirá luego echar luz sobre la verdadera significación de instituciones como la Legión de Mérito instaurada en Chile y la Orden del Sol fundada en el Perú. El trabajo se basará en los reglamentos de las órdenes propuestas, en los documentos que dan cuenta del debate generado por las mismas y en la correspondencia oficial de los principales protagonistas.

Un ejército revolucionario.

Recapitulemos brevemente la situación político-militar que habrá de servirnos de marco. Tras la invasión napoleónica de España y las abdicaciones de Bayona, el movimiento juntista se expandió de la península ibérica hacia la América hispánica. En el extremo sur del continente surgieron juntas en Chuquisaca y La Paz (mayo y julio de 1809), reprimidas por las tropas virreinales, y luego otras en Buenos Aires y Santiago de Chile (mayo y septiembre de 1810), más exitosas que las anteriores. Si bien estas juntas mantuvieron la fidelidad al prisionero Fernando VII, no reconocieron la autoridad del Consejo de Regencia y

¹ En la última década la atención dedicada al rol de los militares en las repúblicas hispanoamericanas ha sido enorme. Manuel CHUST y Juan MARCHENA (eds.): *Las armas de la Nación. Independencia y ciudadanía en Hispanoamérica (1750-1850)*, Madrid, Iberoamericana, 2007. Rebecca EARLE (dir.): *Rumours of Wars. Civil Conflict in Nineteenth-Century Latin America*, Londres, ILAS, 2000. Juan ORTÍZ ESCAMILLA (coord.): *Fuerzas militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX*, México, El Colegio de México, 2005.

entraron en guerra con las autoridades del Perú.² Las primeras campañas involucraron de un lado y otro a ejércitos improvisados, compuestos por las viejas milicias coloniales y por voluntarios muy poco instruidos. Si bien las tropas desplegadas eran entonces relativamente escasas (los ejércitos rara vez superaban los 5.000 hombres), el teatro de operaciones era inmenso y comportaba un desafío mayúsculo para las pobres capacidades logísticas de las administraciones locales. Tras una serie de devastadoras derrotas en el Alto Perú (en las batallas de Huaqui, Vilcapugio y Ayohuma), el gobierno revolucionario de Buenos Aires comenzó a considerar seriamente la necesidad de crear un ejército regular que siguiese los parámetros del arte de la guerra de la época.³

Los cuadros necesarios para la nueva empresa habían aparecido a lo largo de 1812, gracias al regreso al país de oficiales americanos que habían servido en el ejército español en Europa. Uno de ellos en particular, el teniente-coronel José de San Martín, suscitó las esperanzas del gobierno y fue puesto a cargo de la creación de un nuevo regimiento, el de Granaderos a Caballo, destinado a servir de modelo para los demás. A diferencia de los demás cuerpos existentes, los Granaderos no fueron una milicia colonial regularizada sino que fueron creados de cero, aplicando la última táctica francesa de caballería, con un tiempo de instrucción razonable y con un nivel de equipamiento adecuado.⁴ Luego de este éxito inicial, José de San Martín recibió un encargo más ambicioso: asumir la gobernación de Cuyo, sobre la Cordillera de los Andes, para crear allí un ejército completo sobre el modelo organizacional ensayado con los granaderos. Esta nueva fuerza de las tres armas, cuyo efectivo fluctuaría entre los 4.000 y los 5.000 hombres, implicaba un cambio de estrategia general: la vía de ataque al bastión realista de Lima no se ensayaría por el ya fatigado camino terrestre del Alto Perú, sino por el Pacífico. Se abría así el nuevo campo de acción en que los militares de los Andes deberían desenvolverse.

¿Cuál era el perfil político y social de la oficialidad de este ejército? Una parte considerable de la misma, que había accedido a la vida militar por vía de las plazas de cadetes, provenía sin dudas de los sectores acomodados de la sociedad. Pero desde la Revolución, un número también muy importante de hombres había ascendido a la oficialidad desde la tropa por acciones meritorias.⁵ Si bien no disponemos de estudios cuantitativos para la totalidad del ejército, sabemos que incluso en un regimiento “de preferencia” como el de los Granaderos a Caballo, prácticamente la mitad de los nuevos oficiales provenía de los rangos y tenía, por ende, su origen en los sectores populares.⁶

² Una síntesis de este proceso en Jaime E. RODRIGUEZ: *La independencia de la América española*, México, FCE, 2005.

³ Estudiamos en profundidad este fenómeno en Alejandro M. RABINOVICH: *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Río de la Plata, 1806-1852*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013.

⁴ Camilo ANSCHUTZ: *Historia del Regimiento de Granaderos a Caballo*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1945.

⁵ Alejandro M. RABINOVICH: “Obedecer y comandar. La formación de un cuerpo de oficiales en los ejércitos revolucionarios del Río de la Plata, 1810-1820”, *Estudios Sociales*, 41 (2011), pp. 41-67.

⁶ Federico E. MITTELBACH: *San Martín organizador militar*, Buenos Aires, Dunken, 1998, pp. 42-45, 167-188.

En cuanto a sus orientaciones políticas, un primer elemento a considerar es la importancia del “americanismo” entre los militares revolucionarios de la época.⁷ Estos hombres se veían a sí mismos como rioplatenses o chilenos, como porteños o como cuyanos, pero por encima de esas identidades geográfico-nacionales existía una identificación con una causa continental que había que defender en contra de la metrópoli española. De aquí provenían no sólo los planes militares para “liberar” a los pueblos hermanos, sino algunos proyectos concretos de gobiernos federativos a gran escala que pudiesen suplantar a la administración colonial.⁸

Respecto de la forma concreta que debería darse al gobierno de esos pueblos americanos una vez que fuesen liberados, las opiniones no estaban tan asentadas ni los consensos eran tan amplios. Los últimos avances de la historia política muestran que entre la oficialidad de la época comenzaban a surgir facciones enfrentadas por su adhesión a una forma de gobierno republicana o monárquico constitucional.⁹ Pero los pronunciamientos al respecto no siempre eran explícitos y solían variar a la luz de los acontecimientos europeos y de las circunstancias locales. Lo que casi toda la oficialidad tenía en común era un compromiso muy marcado con la idea de conseguir la independencia; lo que se haría con ella no estaba necesariamente tan claro. En este sentido jugó un papel decisivo un actor muy importante dentro del escenario que nos concierne: la Logia Lautaro.¹⁰ Esta asociación política secreta agrupó a un número considerable de oficiales del Ejército de los Andes, incluyendo a buena parte de su Estado Mayor y a los Directores Supremos de Chile y del Río de la Plata.¹¹ La línea directriz de la Logia era privilegiar la causa de la independencia a escala americana por encima de cualquier otra cuestión de interés local. Una vez tomado el poder en un país, la Logia orientaba a sus miembros en el sentido de constituir poderes ejecutivos muy fuertes y concentrados pero, como veremos a continuación, no se expedía necesariamente sobre la forma monárquica o republicana de los mismos.¹² En una cuestión, sin embargo, la Logia

⁷ Nora SOUTO, “América. Argentina – Río de la Plata”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (Dir.), *Iberconceptos 1, Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp. 68-79. José Carlos CHIARAMONTE, “Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810”, *Boletín del Instituto «Dr. Emilio Ravignani»*, 1 (1989), pp. 71-92.

⁸ Simon COLLIER: *Ideas y política de la independencia chilena (1808-1833)*, Santiago de Chile, FCE, 2012, pp. 223-227.

⁹ Virginia MACCHI: “Las armas de la revolución: el discurso político de los oficiales del Ejército Auxiliar del Perú. El caso del motín de diciembre de 1814”, en Ignacio ZUBIZARRETA y Alejandro M. RABINOVICH (coords.): *La movilización militar y las formas de la política en el espacio rioplatense, 1810-1880*, Foros de Historia Política, 2015, www.historiapolitica.com.

¹⁰ Existe una voluminosa bibliografía tradicional dedicada a la cuestión de las logias en el Río de la Plata. Fabián ONSARI: *San Martín, la Logia Lautaro y la francmasonería*. Avellaneda, 1951. Antonio R. ZÚÑIGA: *La Logia "Lautaro" y la independencia de América*, Buenos Aires, Est. Gráfico J. Estrach, 1922. Un estado de la cuestión reciente en Felipe Santiago DEL SOLAR: “Masones y Sociedades Secretas: redes militares durante las guerras de independencia en América del Sur”, *Les Cahiers ALHIM*, 19 (2010), <http://alhim.revues.org/3475>. Un enfoque global en Emilio J. CORBIÈRE: *La Masonería. Política y sociedades secretas en Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

¹¹ Datos de Felipe Santiago DEL SOLAR: *Las logias de ultramar. En torno a los orígenes de la masonería en Chile 1850-1862*, Santiago, Editorial Occidente, 2012, pp. 24-25.

¹² Jaime EYZAGUIRRE: *La Logia lautarina y otros estudios sobre la Independencia*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1973.

parece haber sido terminante: los nuevos gobiernos patrios debían contar con el apoyo de fuertes órdenes militares.

La Legión de Mérito de Chile.

El Ejército de los Andes inició el cruce de la formidable cordillera en enero de 1817 y derrotó a las fuerzas realistas de Chile en Chacabuco, el 12 de febrero de ese mismo año. La derrota implicó el desmoronamiento de la administración fidelista y la toma inmediata de la capital. Se abría entonces una coyuntura política extremadamente compleja que conviene reconstruir. A todos los efectos prácticos, y más allá de la solidaridad con los emigrados transandinos, desde hacía dos años y medio (más precisamente desde la derrota de los patriotas chilenos en Rancagua, el 2 de octubre de 1814) Chile constituía un enemigo de gran peligrosidad para todo el Río de la Plata, y especialmente para la región de Cuyo. Tras inmensos sacrificios, los realistas acababan finalmente de caer y el Valle Central del territorio chileno estaba siendo ocupado. ¿Cuál habría de ser la conducta del ejército vencedor? ¿Se iba a ejercer el derecho de conquista? ¿Se iban a tomar represalias? ¿Se iba a saquear el territorio enemigo y su capital? Hoy en día, conociendo el desenvolvimiento final de los acontecimientos, parece natural la respuesta negativa a todos estos interrogantes. Pero para los actores contemporáneos de los sucesos no había precedentes inmediatos que consultar, y la idea de un “Ejército Libertador”, tan ubicua en los actuales manuales de historia latinoamericanos, no representaba mucho más que una expresión de deseos.¹³

Mientras que los chilenos comprometidos con el régimen caído huían, el primer reflejo de la elite santiaguina fue ofrecer pacíficamente el gobierno al comandante en jefe del ejército victorioso. Siendo que esta fuerza era rioplatense, la posibilidad de que un militar de esa nacionalidad asumiera el liderazgo político era una realidad. San Martín, sin embargo, declinó el ofrecimiento y cedió el mando a Bernardo O’Higgins, que era, entre los chilenos del Ejército de los Andes, el oficial más importante.¹⁴ Ahora bien, entre las primeras y más importantes cuestiones a resolver por el nuevo Director Supremo, se encontraba la de qué lugar correspondería a los demás oficiales rioplatenses en el nuevo Estado. O’Higgins avanzó en dos direcciones complementarias: por un lado, concentró de manera notable el poder político en su persona, para fortalecer su liderazgo sobre sectores civiles que se habían mostrado difíciles de gobernar (1813-1814); por el otro, sentó las bases de un nuevo régimen que incorporaría a la totalidad de los militares patriotas a su base de sustentación política.

¹³ La inquietud por el rol que jugarían los militares rioplatenses en el nuevo Chile independiente queda manifiesta en las furibundas críticas de la prensa carrerina. Ver Beatriz BRAGONI: *José Miguel Carrera. Un revolucionario chileno en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, pp. 207-218.

¹⁴ En las instrucciones secretas que el gobierno rioplatense había dado a San Martín estaban previstos todos estos pasos, desde la prohibición de saquear a la población chilena hasta la necesidad de que el mando político recayera en un chileno elegido por sus compatriotas. “Instrucciones reservadas que deberá observar el Capitán General del Ejército de los Andes, 21 de diciembre 1816”, en N. M. SALEÑO (dir.): *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires, Senado de la Nación, vol.16, 1960-1974, pp. 14.249-57.

La historiografía chilena ha debatido largo tiempo respecto de cómo caracterizar al gobierno de O'Higgins.¹⁵ La concentración del poder en sus manos fue sin dudas importante, pero este rasgo autoritario no implicaba necesariamente un espíritu antidemocrático. El modelo a seguir era el de la dictadura prevista por el republicanismo romano para los momentos de emergencia, y en esto Chile no era una excepción.¹⁶ Tras los fracasos de la "Patria Vieja" en Chile (1810-1814) o de la "Patria Boba" en Nueva Granada (1810-1816), más las violentas turbulencias políticas en el Río de la Plata, todos los regímenes revolucionarios estaban virando desde formas de poder colegiadas y descentralizadas hacia ejecutivos cada vez más fuertes, capaces de evitar los embates de lo que empezaba a llamarse genéricamente como "anarquía". En este sentido, el gobierno de O'Higgins puede ser interpretado como un primer paso en un camino hacia la concentración definitiva del poder en manos militares que culminará, como veremos en la sección siguiente, en el ensayo del Protectorado del Perú liderado por José de San Martín.

O'Higgins privilegió a los militares para el gobierno de las distintas provincias y creó una Academia Militar en Santiago que sirvió de centro de gravedad del nuevo ejército chileno. Pero su iniciativa más importante para el sector que había permitido su acceso al poder fue la instauración de una nueva orden militar: la Legión de Mérito. Este tipo específico de institución militar, de larga tradición en occidente en general y en el mundo hispánico en particular,¹⁷ había conocido, ya despojada de sus componentes religiosos, un resurgimiento extraordinario con la llegada de la era de las revoluciones. En 1783, los veteranos de la guerra de independencia norteamericana habían fundado la *Society of the Cincinnati*, y en 1802, Napoleón Bonaparte la célebre *Légion d'Honneur* francesa.¹⁸ Esta última, en particular, tuvo una influencia muy importante en la orden creada en Chile en 1817.

En el Ejército de los Andes que acababa de liberar al país figuraban varios oficiales franceses que portaban la distinción napoleónica, como Ambrosio Cramer, Miguel Brayer, y Alberto Bacler D'Albe, lo que la hacía conocida de la oficialidad.¹⁹ Uno de estos militares franceses, el Sargento Mayor Antonio Arcos, fue uno de los principales promotores de la idea de instalar una institución similar a la napoleónica y estuvo encargado de preparar los estatutos preliminares. Más allá de que la iniciativa original haya sido o no de Arcos, lo cierto es que la Logia Lautaro trató formalmente el tema y decidió su instauración. A partir de entonces la decisión quedó en manos del ya Director Supremo O'Higgins. Como éste tenía que partir hacia el sur de Chile para organizar la lucha contra la resistencia fidelista, escribió

¹⁵ Una revisión reciente del debate en Juan Luis OSSA SANTA CRUZ: *Armies, Politics and Revolution. Chile, 1808-1826*, Liverpool University Press, 2014, pp. 142-147.

¹⁶ Simon COLLIER: op. cit., pp. 243-249.

¹⁷ Una perspectiva general sobre las órdenes militares en AAVV: *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XIII-XVIII)*, Casa de Velázquez, Madrid, 1989. Un estado de la cuestión dedicado al caso hispánico en Philippe JOSSERAND: «Les ordres militaires dans les royaumes de Castille et de León. Bilan et perspectives de la recherche en histoire médiévale», *Atalaya*, 9 (1998), <http://atalaya.revues.org/78>.

¹⁸ André BESSIERE : *Il était une fois la légion d'honneur: de la croix des braves au ruban rouge*, Paris, L'Harmattan, 2008.

¹⁹ Sobre la influencia del modelo militar francés en Chile ver Patrick PUIGMAL: "Influencia militar francesa durante la independencia chilena", en Patrick PUIGMAL: *Memorias de Jorge Beauchef*, Santiago, DIBAM, 2005.

a San Martín para consultarle respecto de la instalación de la Orden, no sin dejar de aclararle que el proyecto era de los “hermanos :::” de la logia. El general rioplatense le contestó que la idea le parecía inmejorable y la formación de la Orden se puso en ejecución.²⁰

En el decreto que la fundaba, la Legión fue presentada como la principal institución del nuevo Estado independiente.²¹ Estaba presidida por el Director Supremo en ejercicio y compuesta de cuatro rangos: Grandes Oficiales, Oficiales Mayores, Oficiales y Legionarios. El órgano de gobierno interno lo constituía el Consejo de la Legión, que tenía prerrogativas para examinar y juzgar la conducta de los miembros y para nombrar nuevos legionarios. Pertenecer a la Legión implicaba el derecho a portar una divisa distintiva, a recibir honores relativos al rango ocupado y a contar con un fuero exclusivo. De este modo los legionarios eran puestos fuera del alcance de la justicia ordinaria y sólo podían ser juzgados por una comisión interna de pares que tenía competencia exclusiva, incluso para causas criminales. Si bien en un primer momento, como veremos, la Legión estuvo compuesta casi exclusivamente por militares, su documento fundacional preveía que civiles de gran mérito pudieran incorporarse a la misma en el futuro.

¿Cuál era la lógica de crear una institución de este tipo en el Chile de 1817? En un contexto en el que la urgencia militar era extrema, en el que las cuentas públicas se encontraban en la penuria más absoluta, en el que la precariedad de la posición política del gobierno era total, ¿por qué O’Higgins y sus aliados decidían invertir una parte considerable de su tiempo, sus recursos y su crédito político en fundar una orden militar? El decreto de fundación declaraba:

El principal objeto del gobierno en esta institución, es abrir en la nación un camino glorioso a las acciones brillantes, a los grandes talentos y a las altas virtudes. Ella inflamará ciertamente el pecho de nuestros bravos, que parece no respiran sino por la gloria; que la muerte no sabe intimidarles, y que fieles siempre al honor, deben encontrar en esta distinción lisonjera que se les consagra, la recompensa debida a sus apreciables y peligrosos trabajos.²²

¿Debemos creer entonces que la Legión era un simple medio para fomentar el espíritu público? Conviene ante todo repasar las principales interpretaciones que nos ofrece la historiografía chilena actual al respecto. Una primera hipótesis plantea que la Legión sería un intento de la elite santiaguina por cooptar de manera pacífica a ese nuevo (y peligroso) estamento conformado por los militares revolucionarios, muchos de ellos ajenos a sus círculos. En una sociedad donde los militares no ocupaban tradicionalmente un lugar preeminente, las distinciones como la de la Legión serían una manera de hacer más respetables a esos hombres que formaban inevitablemente parte del nuevo balance de poder, y que de-

²⁰ Diego BARROS ARANA: *Historia general de Chile*, Tomo XI, Santiago, Editorial Universitaria, 1999, pp. 149-152. Cf. Jaime EYZAGUIRRE: *Historia de la Legión de Mérito*, Santiago, Publicaciones de la Academia Chilena de la Historia, 1934.

²¹ *Recopilación de los decretos expedidos por el Exmo. Sr. Director Supremo sobre la institución y reglamento de la Legión de mérito de Chile*, Santiago de Chile, Imprenta del Gobierno, 1819.

²² *Ibidem*: p. 13.

berían ser incorporados a las familias notables mediante alianzas y matrimonios.²³ Esta explicación es sugerente, puesto que todas las elites de la región debieron darse una estrategia para asimilar o al menos contener el avance de los militares revolucionarios. Sin embargo, este enfoque parece obviar un dato clave: la Legión de Mérito fue una iniciativa de los militares mismos, muchos de ellos en el Gobierno, y no de la elite tradicional. En esta línea, otros autores subrayan más bien el rechazo recibido por la Legión de parte de las elites civiles, puesto que la veían como una institución que fortalecía el poder de los militares en desmedro del suyo propio.²⁴

En un libro reciente, Juan Luis Ossa plantea una interpretación diferente, que abandona la grilla de la oposición entre civiles y militares para centrarse en las luchas facciosas de la época: según este autor, la Legión no sería ni una estrategia de los civiles ni un avance de los militares, sino ante todo un intento de la facción o'higginiana por construir un bastión propio, tanto cívico como militar, en el seno del nuevo Estado.²⁵ Esta hipótesis es convincente, tanto por el rol protagónico jugado por la Logia Lautaro en la instalación de la Orden como por el hecho de que, años después de su fundación, se seguía premiando con la Legión a aquellos que combatían a la enemiga facción carrerista.²⁶

Ahora bien, más allá de su indudable funcionalidad en la política interna chilena, es evidente también que la Legión venía a solucionar, de manera pacífica y ordenada, un problema que, sin dejar de tener fuertes consecuencias políticas, era ante todo militar e internacional: la posición y el status de los militares rioplatenses en el nuevo territorio que acababan de “liberar”. En este sentido, conviene no olvidar que la primera camada de legionarios estaba mayoritariamente constituida por oficiales oriundos del Río de la Plata. De hecho, más allá del carácter que la Orden iría tomando en los años sucesivos, es innegable que en un primer momento se la concibió como un premio para los militares vencedores en Chacabuco:

La brillante jornada del 12 de febrero en Chacabuco dio libertad a Chile, y exhibir una prueba inequívoca de la gratitud del gobierno hacia los héroes que la sostuvieron, ha motivado esta institución.²⁷

No era entonces una Orden pensada en principio para los militares chilenos, sino para aquellos, mayoritariamente rioplatenses, que acababan de vencer a los realistas. De este modo, según su decreto fundacional, los grandes oficiales de la misma no serían otros que los oficiales generales que mandaron en Chacabuco; “Oficiales de la Legión” serían todos los jefes del Ejército de los Andes presentes en la acción, más un capitán de cada cuerpo votado

²³ Jorge ABARCA: “Los militares ante la élite. Imagen y modalidades de captación en Perú y Chile (1817-1824)”, *Hispania Nova*, 6 (2006).

²⁴ Julio PINTO y Verónica VALDIVIA: *¿Chilenos todos? La construcción de la Nación (1810-1840)*, Santiago, LOM Ediciones, 2009, pp. 149-150.

²⁵ Juan Luis OSSA SANTA CRUZ: op. cit., p. 141.

²⁶ Olazábal, por ejemplo, recibió en junio de 1822 el grado de legionario por su participación en la derrota de las fuerzas de José Miguel Carrera, rival de O'Higgins, en el Río de la Plata. Manuel de OLAZÁBAL: *Memorias del Coronel Manuel de Olazábal*, Buenos Aires, Instituto nacional sanmartiano, 1942.

²⁷ *Recopilación de los decretos...*, op.cit., p. 4.

por la oficialidad; “Legionarios” serían dos capitanes y dos subalternos de cada batallón, elegidos por votación de los oficiales, más veinticinco sargentos, cabos o soldados de cualquier cuerpo que demostraran que se habían distinguido heroicamente en la gran batalla.

Lamentablemente, la documentación original de la Legión de Mérito se extravió en los avatares de la guerra²⁸ —probablemente en la batalla de Cancha Rayada de marzo de 1818—, por lo que no disponemos de las listas detalladas de cada camada. No obstante, gracias a la información que se puede recabar en una publicación oficial de 1824,²⁹ es posible inferir la composición de la Legión con un grado razonable de precisión.

	Chilenos	Rioplatenses	Otros	Total
Grandes Oficiales	2	3	-	5
Mayores Oficiales	12	19	3	34
Oficiales	10	5	1	16
Legionarios	69	40	8	117
TOTAL	93	67	12	172

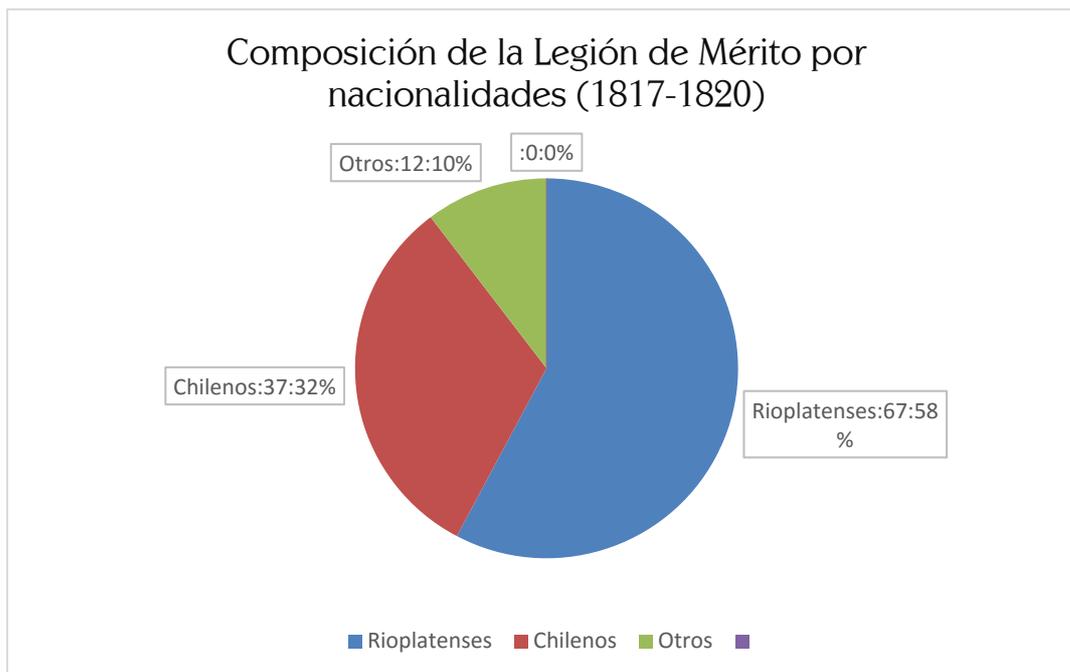
Composición de la Legión de Mérito de Chile en 1824, por nacionalidades.³⁰

Ahora bien, el cuadro precedente, donde se aprecia una mayoría de miembros chilenos, seguidos por una primera minoría de oficiales rioplatenses, refleja la situación político-militar de 1824, muy diversa de la que dio origen a la Legión en 1817. El 20 de agosto de 1820, las tropas de los Andes, incorporadas al nuevo Ejército Libertador del Perú, habían zarpado hacia las costas peruanas, dejando de gravitar para siempre en la política chilena. Constatamos entonces que en las promociones de 1821, 1822 y 1823 ya no se incorporaron más que algunos rioplatenses aislados, mientras que la casi totalidad de los nuevos reclutas eran chilenos. Si sustraemos el número de los incorporados en estas últimas promociones (56 casos), podemos ver que mientras que el Ejército de los Andes se mantuvo en suelo chileno, los rioplatenses constituyeron claramente la parte más preponderante de la Legión.

²⁸ “Oficio de Bernardo O’Higgins a Antonio González Balcarce, 11 de julio 1818”, en J.J. BIEDMA (dir.): *Documentos referentes a la Guerra de la Independencia y emancipación política de la República Argentina y de otras secciones de América*, vol.2, Buenos Aires, Archivo General de la Nación, 1920, p. 319.

²⁹ *Almanak Nacional para el Estado de Chile*, Santiago, Imprenta Nacional, 1824, pp. 117-130.

³⁰ Elaboración propia a partir del Almanak de 1824. Sin embargo, en esta fuente hay algunos errores en cuanto a la nacionalidad de los legionarios, que corregimos en el cuadro. Contamos entonces como rioplatenses a José de San Martín, José Melián, Justo Pastor Luna, Luis Toribio Reyes y Luis José Pereira, que en el Almanak figuran como chilenos, a Tomás Guido, Rufino Guido, Estanislao Linch y Diego Paroissien (británico con carta de ciudadanía rioplatense), que figuran como peruanos, y a Bernardo Monteagudo, que figura como colombiano.



Composición de la Legión de Mérito por nacionalidades (1817-1820).³¹

Resulta insuficiente, pues, leer la instalación de la Legión tan sólo como un reajuste del balance entre civiles y militares chilenos: el 58% de sus miembros eran rioplatenses que, en su mayoría, no iban a casarse ni a instalarse en Chile, y que no buscaban jugar un papel político local de largo plazo. Se mantiene, sin embargo, la hipótesis de un fortalecimiento de la facción de O'Higgins, siempre que entendamos a la misma no sólo como una facción chilena, sino como un armado político que, a través de la Logia Lautaro, operaba indistintamente en ambos lados de los Andes.³² Pero anunciábamos previamente que la formación de la Orden puede también ser leída en función de la situación militar e internacional posterior a Chacabuco. Para esto es necesario conectar la información referida a la composición nacional de la Legión con dos medidas tomadas por O'Higgins inmediatamente antes de su instalación. Estamos hablando de la expropiación de los bienes de los realistas chilenos, que trataremos primero, y de la abolición de los títulos de nobleza, que analizaremos después.

El 12 de marzo de 1817, con el humo de los fusiles de Chacabuco aun flotando en el aire, O'Higgins ordenó la confiscación de todos los bienes de los españoles europeos residentes en Chile, con excepción de aquellos que hubieran sido perseguidos por el régimen realista precedente. Estas propiedades, que debían entregarse en un plazo de 48 horas bajo las más severas penas, eran cuantiosas. La medida implicaba el despojo total de la facción derrotada en la batalla, pero no cobraría plenamente su sentido hasta un poco más tarde, cuando la totalidad de los bienes confiscados fueron destinados nada menos que al sostenimiento económico de la Legión de Mérito:

³¹ Elaboración propia a partir del Almanak de 1824.

³² Juan Luis OSSA SANTA CRUZ: "The Army of the Andes: Chilean and Rioplatense Politics in an Age of Military Organisation, 1814–1817", *Journal of Latin American Studies*, 46 (2014), p. 57.

El Gobierno declara que los bienes confiscados a enemigos de la causa que fugaron cuando el ejército libertador ocupó a Chile, quedan apropiados para proveer al entretenimiento de la Legión y su producto afianzará el pago de las pensiones asignadas y los gastos que en general ocurran en esta institución.³³

En efecto, el decreto de fundación de la Legión estipulaba que se pagasen pensiones vitalicias de mil pesos anuales para los grandes oficiales, quinientos para los oficiales y ciento cincuenta para los legionarios.³⁴ Desde nuestra perspectiva, el asignar los bienes de los vencidos a pagar los premios de los vencedores es una clave interpretativa de gran importancia. La Legión estaba resolviendo, de manera pacífica y elegante, uno de los problemas eternos de toda población civil atrapada en un teatro de guerra: el saqueo de los pobladores y la repartición del botín al interior de la fuerza extranjera de ocupación.³⁵ Sin que corriese sangre, y sin que Santiago fuese devastada, gracias al establecimiento de una nueva Orden Militar el gobierno chileno encontraba la manera de repartir entre los oficiales y soldados del Ejército el botín que les correspondía por su victoria. En esta conquista moderna y republicana, el tradicional saqueo era reemplazado por una confiscación legal y la distribución del botín se transformaba en una asignación de pensiones vitalicias. He aquí una función muy concreta, y por cierto insospechada, del establecimiento de Órdenes Militares en contextos revolucionarios.

La segunda cuestión a considerar es más compleja y polémica, porque tiene una incidencia directa en el tipo de régimen político que los revolucionarios buscaron instalar. Es sabido que, con distintas secuencias, los nuevos gobiernos americanos eligieron el modelo republicano y anularon, en consecuencia, los privilegios de sangre y los títulos de nobleza. Pero el camino hacia una Hispanoamérica republicana no fue ni tan directo ni tan automático como muchas historiografías nacionales lo han planteado. De hecho existieron notorias trepidaciones e intentos fallidos en sentido contrario.³⁶ Las Órdenes Militares que estamos estudiando jugaron en estos intentos un papel no menor, aunque rara vez estudiado.

El gobierno de O'Higgins decretó la abolición de los títulos de nobleza españoles el 22 de marzo de 1817.³⁷ Pocas semanas después, con el instituto de la Legión de Mérito se crearon unos nuevos títulos honoríficos y vitalicios que quedaron en manos de los principales líderes revolucionarios. ¿Se había simplemente suplantado una aristocracia por otra? La historiografía chilena tradicional lo afirma sin demasiados ambages: la Legión sería una institución antidemocrática que venía a reemplazar a la nobleza colonial por una nueva

³³ *Recopilación de los decretos...*, op.cit., p. 13.

³⁴ En esa época un Coronel de infantería cobraba 2.400 pesos por año, un capitán 600 y un soldado 120. De modo que para los grandes oficiales la pensión significaba el 40% de sus ingresos anuales, pero para los legionarios era superior a su salario anual en el ejército, al cual por otro lado no renunciaban. Ver «Razón de los sueldos y gratificaciones que disfrutaban los oficiales y presta la Tropa en esta Capital según el nuevo reglamento, 16 de noviembre 1813», en J.J. BIEDMA (dir.): op. cit., p. 177.

³⁵ Respecto de la problemática en la región, ver Raúl FRADKIN y Silvia RATTO: «El botín y las culturas de la guerra en el espacio litoral rioplatense», *Amnis*, 10 (2011), <http://amnis.revues.org/1277>

³⁶ Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (Dir.): op.cit., pp. 1251-1380.

³⁷ Simon COLLIER: op.cit., p. 251.

nobleza republicana.³⁸ En esto la historiografía sigue a buena parte de la opinión pública de la época, que se manifestó claramente en contra de la Orden. En los álgidos debates parlamentarios de 1823, los senadores que abogaban por la supresión de la Legión la calificaban de «distinción gótica», atentatoria contra «la igualdad posible entre los ciudadanos» y contraria «al espíritu nacional, a la naturaleza de nuestro Gobierno i al espíritu del siglo». En fin, las órdenes militares eran «instituciones despóticas, militares, monástico-militares, feudales i aun escolásticas» propias de la Edad Media, diseñadas como «cadenas perdurables» para «envilecer a la especie humana».³⁹

¿En qué medida estas críticas lapidarias eran justas? ¿Los militares de la Logia Lautaro estaban en verdad buscando reinstaurar un régimen aristocrático en Chile? Hay dos razones principales que inclinan a pensar lo contrario. La primera es que, como ya mencionamos, el régimen de O'Higgins estaba basado en una gran concentración del poder público en el ejecutivo, pero sólo de manera transitoria, hasta que pasara la emergencia militar. Todo hace pensar que la idea era evolucionar luego hacia una forma de gobierno más equilibrada, en donde el sostén de una aristocracia militar propiamente dicha sería innecesario y hasta contraproducente.⁴⁰ Por otro lado, incluso si se hubiera buscado establecer algún tipo de régimen pretoriano resguardado por una nobleza de armas, una Legión formada mayoritariamente por militares rioplatenses era un pobre medio para lograr aquel fin. En 1817 el Estado central del Río de la Plata aún existía y mantenía sobre sus militares un control considerable. De hecho, la participación de los oficiales de los Andes en la Legión de Mérito fue rápidamente tratada por el Congreso rioplatense, que decidió admitirla siempre y cuando quedase resguardada la obediencia absoluta que sus militares le debían. La cuestión quedó saldada de manera muy clara cuando, al juramento que debían pronunciar los militares rioplatenses al incorporarse a la Legión, se le incorporó la siguiente frase final: «salvando en todo la obediencia que debo al Gobierno de mi Estado, y los derechos de éste sobre mi persona y operaciones».⁴¹

No estaban aún dadas, por consiguiente, las condiciones para que los militares rioplatenses intentaran instaurar un régimen aristocrático en suelo extranjero. La ocasión para hacerlo, sin embargo no tardaría en presentarse, no ya en Chile sino en el Perú, tras la caída del Estado central del Río de la Plata en 1820.

La Orden del Sol.

Según el plan de José de San Martín y sus aliados, la reconquista de Chile y la instalación allí de un gobierno aliado no era más que una etapa intermedia hacia el objetivo final: el ataque del virreinato del Perú por vía marítima y la toma de Lima para terminar con el

³⁸ Diego BARROS ARANA: *op.cit.*, pp149-152.

³⁹ Valentín LETELIER: *Sesiones de los Cuerpos Lejislativos de la República de Chile (1810-1845)*, Santiago, Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Tomo VII, sesión núm. 285, 319, 355, 356, 357, 387 y 757.

⁴⁰ Acerca de la posición de O'Higgins respecto del tipo de régimen, republicano o monárquico, que debía instaurarse en Chile, ver Simon COLLIER: *op.cit.*, pp. 254-261.

⁴¹ J.J. BIEDMA (dir.): *op.cit.*, pp. 319-322.

poder colonial en América.⁴² No obstante, el camino hacia la tan ansiada expedición liberadora fue muy arduo. Tras la victoria inicial en Chacabuco las fuerzas patriotas sufrieron una inesperada derrota en Cancha Rayada (19 de marzo de 1818). Luego se recuperaron con una victoria decisiva en Maipú (5 de abril de 1818). A partir de ese momento se seguiría librando una cruenta campaña en el sur de Chile contra la resistencia realista, pero el dominio de los revolucionarios sobre el centro y norte del país ya no sería contestado.⁴³ Los mayores obstáculos para el inicio de la campaña continental ya no vendrían de la situación chilena, sino de la crítica coyuntura vivida por el Río de la Plata.

En efecto, mientras que el Ejército de los Andes operaba sobre Chile la posición del gobierno revolucionario rioplatense no hacía sino empeorar.⁴⁴ Por un lado, los costos de la guerra estaban empujando a la población a la revuelta y al Estado a la quiebra.⁴⁵ Por otro lado, la disidencia de las provincias federales del Litoral implicaba un desafío directo a la autoridad de Buenos Aires. Para principios de 1819 la situación del Gobierno era tan desesperada que ordenó a sus dos grandes ejércitos de línea, el del Norte (asentado en Tucumán) y el de los Andes (en Chile), que acudiesen a socorrerlo ante el avance de las fuerzas milicianas federales. El primero de éstos respondió al llamado pero terminó amotinándose contra sus jefes. San Martín, temiendo una suerte similar si se mezclaba en la guerra civil, directamente desoyó el pedido de ayuda y continuó con sus preparativos para la campaña del Perú. Abandonado a su suerte, el Gobierno fue derrotado en Cepeda por las milicias santafecinas y entrerrianas (1 de febrero de 1820). Las consecuencias de la batalla fueron trascendentales: se disolvió el poder ejecutivo y legislativo nacional y las provincias pasaron a constituir entidades soberanas autónomas. Las Provincias Unidas del Río de la Plata habían dejado de existir.

La caída del Estado central dejó al Ejército de los Andes en una situación completamente anómala. Disuelta la entidad nacional que le había dado nacimiento, se transformaba en un ejército huérfano, sin mandato legal vigente y sin una representación soberana a quien responder.⁴⁶ Ante la necesidad de decidir si el ejército debía o no desaparecer, toda la oficialidad se reunió en asamblea y tomó una resolución extraordinaria, afirmando:

⁴² Ver Tomás GUIDO: "Memoria presentada al Supremo Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1816", en Tomás GUIDO: *San Martín y la gran epopeya*, Buenos Aires, W.M. Jackson eds., 1953, p. 13.

⁴³ Sobre la situación en el sur de Chile ver Benjamín VICUÑA MACKENNA, *La guerra a muerte*, Santiago, Ed. Francisco de Aguirre, 1972.

⁴⁴ Sobre la crítica coyuntura de 1820 ver Tulio HALPERIN DONGHI, *Revolución y guerra, formación de una élite dirigente en la argentina criolla*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI, 1994, pp.316-338.

⁴⁵ Tulio HALPERIN DONGHI, *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, pp.106-112.

⁴⁶ Sobre este episodio ver Alejandro M. RABINOVICH, "La máquina de guerra y el Estado: el Ejército de los Andes tras la caída del Estado central del Río de la Plata en 1820", en Juan Carlos GARAVAGLIA, Juan PRO RUIZ y Eduardo ZIMMERMANN (eds.), *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina, siglo XIX*, Prohistoria Ediciones, 2012, pp. 205-240.

Que la autoridad que recibió el señor General para hacer la guerra á los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, porque su origen que es la salud del Pueblo, es inmutable.⁴⁷

De este modo tan particular se salvaba, a ojos de los oficiales, la ruptura de la legalidad generada por la caída del Estado del que provenían. A partir de ahora el Ejército de los Andes no era más un ejército estatal perteneciente al Río de la Plata. Era un ejército revolucionario independiente y su espacio geográfico de operaciones era la América toda. Los oficiales no eran ya funcionarios del Estado; eran los intérpretes de una causa política y moral de la cual derivaba la única legitimidad de su accionar. Es revestido de esta autoridad, a la vez trascendental y plebiscitaria, que San Martín acordó con el gobierno de Chile la conformación de un ejército conjunto para encarar la nueva expedición. El llamado Ejército Libertador del Perú, conformado por las tropas de los Andes y de Chile, llevaría la bandera de este último Estado, pero los militares de los Andes no serían incorporados al ejército chileno, sino que mantendrían con éste una alianza ofensiva acotada a la próxima campaña. Fue en dichas circunstancias que se invadió el virreinato del Perú y que, tras casi un año de maniobras, se logró tomar Lima el 6 de julio de 1821. Nuevamente los militares de los Andes entraban triunfales a una capital arrancada a los enemigos, pero la situación era muy diferente a la de su ingreso en Santiago cuatro años antes.⁴⁸

Sin un Estado rioplatense del cual esperar recursos, y sin perspectivas inmediatas de que se conformase en Buenos Aires otro gobierno general, el antiguo ejército de los Andes estaba desesperado por contar con el apoyo de un nuevo Estado independiente en el Perú. Su general en jefe, José de San Martín, había dado los primeros pasos para la constitución del mismo desde el momento de su primer desembarco en tierra peruana, cuando todavía no había conquistado ni un palmo de tierra, hablando ya en nombre del futuro Estado peruano y creando sin consultar a nadie su bandera y sus escudos. A diferencia de lo actuado en Santiago, cuando delegó el poder en un aliado local como O'Higgins, al momento de entrar en Lima San Martín asumió directamente el mando político e instauró un régimen que concentraba el poder público a un grado que ni su colega chileno hubiera osado.⁴⁹ Terminaba así en Hispanoamérica la era de los ya muy poderosos "Directores Supremos" y comenzaba la de los prácticamente omnipotentes "Protectores".

En todo el proceso que llevó a la instalación del Protectorado, sólo se consultó al pueblo peruano inmediatamente tras la ocupación de Lima, cuando San Martín convocó a un cabildo abierto para que respondiese a la pregunta puntual de si la ciudad estaba decidida por la declaración de la independencia.⁵⁰ A partir de la respuesta afirmativa, el Protecto-

⁴⁷ "Acta de Rancagua, 2 de abril 1820", en Gerónimo ESPEJO, *El paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del Ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*, Buenos Aires, Librería la Facultad, 1916, pp.623-625.

⁴⁸ Sobre esta campaña ver el clásico Gerónimo ESPEJO: *Apuntes históricos sobre la expedición libertadora del Perú*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1867.

⁴⁹ Pablo ORTEMBERG: "La entrada de José de San Martín en Lima y la proclamación del 28 de julio: la negociación simbólica de la transición", *Revista Histórica*, 33:2 (2009), pp. 65-108.

⁵⁰ Natalia SOBREVILLA PEREA: "Batallas por la legitimidad: Constitucionalismo y conflicto político en el Perú del siglo XIX (1812-1860)", *Revista de Indias*, 69:246 (2009), pp. 107-109.

rado se instauró como una dictadura provisoria en la que el jefe de un ejército de ocupación asumía el poder ejecutivo, legislativo y militar.⁵¹ Los únicos órganos de gobierno ajenos al poder del Protector eran el Consejo de Estado, de facultades puramente consultivas, y las municipalidades, elegidas popularmente.⁵²

¿Cuál era la relación entre este nuevo régimen peruano y el Ejército de los Andes? Ante todo, quedaba establecido que las arcas del nuevo Estado peruano pagarían los sueldos de la tropa y que se otorgarían premios para los oficiales del ejército. De hecho, se repartió la muy considerable suma de medio millón de pesos entre los veinte jefes que San Martín consideró más meritorios, al tiempo que se prometieron tierras a los soldados que continuasen la campaña.⁵³ Pero el Ejército de los Andes en tanto tal no podía transformarse en el Ejército del Estado Peruano, por lo que se dio inicio a la formación de un Ejército y una Armada peruanas, incorporando a ellas una cantidad importante de oficiales y tropas de las filas rioplatenses y chilenas. Sin un Estado rioplatense al cual volver, ¿significaba esto la desaparición de la entidad militar de los Andes?⁵⁴ Es en este punto que cobra sentido la fundación de la Orden del Sol.

Creada el mismo día en que se publicó el Estatuto Provisional del nuevo Estado, esta institución fue presentada por San Martín como un pacto intergeneracional entre los “guerreros libertadores” de la nación y quienes, en el futuro, usufructuarían de la independencia ganada por aquéllos en el campo de batalla.⁵⁵ Al igual que la Legión de Mérito, la Orden del Sol era abierta a los civiles, pero estaba claramente destinada a los veteranos de Chile y de los Andes. De esta forma, los miembros *Fundadores* eran los jefes de cada cuerpo del Ejército Libertador más un puñado de dirigentes que habían colaborado con la empresa de diversas maneras. La Orden también se compondría de *Beneméritos* (los tres oficiales más destacados de cada regimiento) y *Asociados* (militares que hiciesen servicios más subalternos). Otras similitudes con la orden militar chilena consistían en los honores debidos a cada clase, en estar regida por un Consejo y en ser presidida por el Jefe del Estado. Pero la Orden también presentaba significativas diferencias con su antecedente inmediato, indicativas del diverso contexto en que San Martín estaba operando.

La sociedad limeña era marcadamente aristocrática y los militares de los Andes ya no estaban allí de paso, sino que venían a gobernar e instalarse indefinidamente en el país.⁵⁶ De modo que la Orden peruana ya no apuntaba a alterar el orden social local, sino a reemplazar directamente una aristocracia realista por otra patriota. Así, mientras que la Legión de Chile reservaba un número significativo de plazas para suboficiales y soldados rasos, lo

⁵¹ “Decreto de instalación del Protectorado”, en INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO: *Impresos Sanmartinianos de la Campaña del Perú*, Buenos Aires, 1980, p. 25.

⁵² *Estatuto Provisional del Perú*, 8 de octubre de 1821, Lima, Imprenta de Río.

⁵³ Bartolomé MITRE: *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, vol.2, Buenos Aires, Editorial Tor, 1950, p. 162.

⁵⁴ Sobre las tensiones de tipo identitarias nacionales generadas en las tropas rioplatenses en el Perú, ver Beatriz BRAGONI y Sara MATA DE LÓPEZ: “Militarización e identidades políticas en la revolución rioplatense”, *Anuario de estudios americanos*, 2007, vol. 64, n° 1, pp. 221-256.

⁵⁵ “Institución de la Orden del Sol”, en INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO: op.cit., pp.28-35.

⁵⁶ El Protectorado sobre el Perú se ejercería «hasta que el pueblo forme las primeras nociones del gobierno de sí mismo», lo que dejaba desde ya bastante materia abierta a interpretación. Ver *Estatuto Provisional del Perú*, 8 de octubre de 1821, Lima, Imprenta de Río.

que generaba de hecho una movilidad social ascendente, el articulado del reglamento de la Orden del Sol no contemplaba ninguna concesión para los rangos inferiores del escalafón militar, con lo que se vedaba el acceso a los miembros de los sectores populares que no hubiesen accedido previamente a la oficialidad militar.⁵⁷ Del mismo modo, las pensiones que se pagaban a sus miembros ya no provenían de los bienes expropiados a los realistas, sino que se le adjudicaban los fondos que antes servían para mantener la Orden de Carlos III (art. 21 de la Institución). Otras novedades consistían en que los miembros de la Orden tendrían preferencia para todos los empleos públicos y que sus hijos serían educados en un colegio aparte (arts. 13, 14 y 23). Se preveía incluso que algunos de los hijos de los fundadores fuesen enviados a estudiar a Europa (art. 23).

Se advierte entonces que San Martín estaba dando algunos pasos mucho más decididos que los de O'Higgins en el establecimiento de una verdadera nobleza patriota y americana.⁵⁸ La cuestión clave era si las prerrogativas que implicaba la pertenencia a la Orden serían o no hereditarias. Es interesante notar que todas las órdenes militares del período tuvieron en este punto dudas y dificultades. La Sociedad de Cincinnati norteamericana comenzó siendo hereditaria pero, tras un álgido debate, George Washington abolió esa condición, que sería reintroducida más tarde y hasta la actualidad. La Legión de Honor napoleónica implicaba un compromiso: se volvía hereditaria sólo tras tres generaciones consecutivas de miembros de una misma familia. En el otro extremo, la Legión de Mérito chilena era vitalicia pero no abría ninguna vía hacia la herencia. La Orden del Sol, por su lado, disponía que las prerrogativas de los fundadores fuesen hereditarias hasta sus nietos, quienes gozarían de ellas a partir de los 21 años, heredándose igualmente las pensiones (art. 24).

Se trataba, como vemos, del reemplazo de la vieja aristocracia española por otra nueva, de corte militar. Como lo decía expresamente San Martín:

Con la idea de hacer hereditario el amor a la gloria, se establecen ciertas prerrogativas que son transmisibles a los próximos descendientes de los fundadores de la Orden del Sol. Yo he contemplado, que aun después de derogar los derechos hereditarios que traen su origen de la época de nuestra humillación, es justo subrogarles otros, que lejos de herir la igualdad ante la ley, sirvan de estímulo a los que se interesen en ella.⁵⁹

Esta nueva nobleza militar y hereditaria no era el aliado ideal para el establecimiento de un régimen republicano. Su institución sólo se comprende en el marco de los planes monárquicos que San Martín ya estaba desplegando para el Perú.⁶⁰ Convencido de que la forma republicana conduciría al país a la anarquía, el Protector había enviado emisarios a Europa en búsqueda de un príncipe dinástico dispuesto a gobernar de manera constitucio-

⁵⁷ "Institución de la Orden del Sol", op.cit., pp. 30-32.

⁵⁸ Para subrayar el carácter Americano de la Orden, en la ceremonia de condecoración de sus miembros se tocaron los himnos de Perú, Chile y Buenos Aires. "Ceremonial que se observará en la distribución de las decoraciones de la orden del Sol", Colección de leyes, decretos y órdenes publicadas en el Perú, vol. 1, Lima, Imprenta de José Macías, 1831, p. 94.

⁵⁹ "Institución de la Orden del Sol", op.cit., p. 28.

⁶⁰ Un análisis completo de la posición del partido sanmartiniano respecto de la monarquía para el Perú en Cristián GUERRERO LIRA: "La propaganda monarquista en el gobierno de San Martín en el Perú. La Sociedad Patriótica de Lima", *Revista de Estudios Históricos*, 3:1 (2006).

nal.⁶¹ La Orden del Sol cumpliría entonces dos funciones. Brindaría ante todo, al nuevo monarca, el apoyo de una aristocracia militar americana sólidamente implantada. Al mismo tiempo, se lograría resolver la orfandad a que los oficiales de los Andes se habían visto reducidos desde la caída del Estado rioplatense. Estos encontraban, en tierra peruana, un glorioso punto final para su gesta guerrera y revolucionaria.

Conclusiones.

Creadas para durar mil años, ninguna de las órdenes militares nacidas durante la revolución hispanoamericana sobrevivió por mucho a la Guerra de la Independencia. La Legión de Mérito chilena se desmoronó con la salida del poder de O'Higgins, en 1823, y fue formalmente abolida unos meses después. La Orden del Sol peruana, ya muy golpeada por la derrota política de San Martín a fines de 1822, terminó siendo disuelta, sin pena ni gloria, en 1825. ¿Su innegable fracaso las vuelve objetos carentes de interés historiográfico? Este trabajo sostiene que, independientemente de su éxito o ruina eventuales, las órdenes militares ensayadas durante el período revolucionario fueron portadoras de proyectos políticos que eran considerados viables por una parte considerable de la oficialidad militar de la época. Entender el sentido de esos proyectos es un requisito necesario para poder reconstruir, de manera fidedigna, el horizonte político de una generación de militares que jugó un rol preponderante en dar su forma actual al continente americano.

La Guerra de la Independencia (1810-1824) fue un conflicto insospechadamente prolongado. Los oficiales que empezaron sus carreras con la Revolución dedicaron largos años de sus vidas al esfuerzo bélico y en muchos casos se ausentaron de sus ciudades de origen durante buena parte de la guerra. Para aquellos que provenían de familias acomodadas, la aventura revolucionaria significó el abandono de sus intereses y la renuncia al papel que tenían asignados en el mantenimiento de la fortuna familiar. En el caso de los oficiales de origen más humilde, su ausencia había implicado una muy probable miseria para la familia abandonada en el hogar. Los sueldos recibidos durante el conflicto no paliaron en absoluto la situación: el quebranto fiscal de todos los gobiernos revolucionarios hizo que las remuneraciones militares se pagasen con grandes descuentos y retrasos, acumulándose para con los oficiales una enorme deuda que no se pagaría sino décadas más tarde.⁶²

Es lógico, en este contexto, que al momento de concluir victoriosamente una larga campaña los militares hayan buscado resarcirse con una recompensa palpable que asegurase su futuro y el de sus familias. Las órdenes militares estudiadas ofrecieron en este sentido una solución ideal que obligaba al nuevo Estado durante toda la vida de sus "libertadores" o incluso durante varias generaciones. Pero para que esta obligación fuese cumplida era

⁶¹ Los detalles de estos planes en Bartolomé MITRE: *op.cit.*, pp. 167-169. La cuestión de la forma de gobierno, republicana o monárquica, fue ardientemente debatida en la Sociedad Patriótica creada por San Martín a ese efecto. Charles F. WALKER: "The Patriotic Society: Discussions and Omissions about Indians in the Peruvian War of Independence", *The Americas*, 55:2 (1998), pp. 275-298.

⁶² Sobre los atrasos en los sueldos ver Tulio HALPERIN DONGHI: "Gastos militares y economía regional: el Ejército del Norte (1810-1817)", *Desarrollo Económico* 11:41 (1971), pp. 87-99. En el caso del Río de la Plata, los sueldos de los oficiales de la independencia recién se pagaron con una comisión especial del gobierno creada en 1880.

necesaria la supervivencia de los nuevos Estados independientes que los militares estaban ayudando a fundar. Para los jefes militares de la época la cuestión no parece haber revestido demasiado misterio: ante el peligro de la anarquía que amenazaba por todos lados los frutos de la victoria, para que los nuevos gobiernos sobrevivieran deberían basarse en una fuerte concentración del poder en manos de un ejecutivo liderado preferentemente por los jefes mismos del ejército. Aquí también el proyecto de las órdenes militares prometía ser útil: al ligar de por vida el interés de los principales hombres de armas con el destino del Estado, le ofrecían a los nuevos gobernantes una formidable base de sustentación.

Ahora bien, en una guerra librada a escala continental y en aras de un ideal americano, las órdenes militares también proveían un marco adecuado para entablar una relación pacífica entre una oficialidad mayormente extranjera y los nuevos Estados que habían ayudado a refundar. En este sentido, la confiscación legal de los bienes de la facción derrotada y su repartición en el seno de las órdenes militares constituyó un método eficaz para evitar el saqueo violento y la repartición desordenada del botín de guerra. Más importante aún, para una oficialidad como la del Río de la Plata, que había quedado “huérfana” de Estado tras la caída del gobierno central de ese país en 1820, las órdenes militares representaron un mecanismo para poder implantarse de manera duradera en un nuevo Estado del cual formarían la principal aristocracia. En este punto, sin embargo, las expectativas de los militares se verían cruelmente desairadas. Una vez terminada la urgencia absoluta de la guerra por la Independencia la lógica nacional volvió a primar sobre la americana. El gobierno de Chile quedó en manos de militares chilenos; el de Perú en manos de peruanos. A partir de 1824, los militares de los Andes sobrevivientes debieron emprender el regreso a un Río de la Plata devastado por la guerra y los cataclismos políticos. Su entrada en Buenos Aires ya no fue la de las victorias en Lima y Santiago, sino la de unos viejos veteranos poco menos que olvidados. Allí, en su punto de origen, no encontrarían ni una orden militar que los honrara ni un gobierno central que los cobijara. Sólo una guerra civil que no hacía sino comenzar.

Ciudadanos y soldados. El Tiro Federal Concordia de la República Argentina, 1898-1923

Citizens and soldiers. The Concordia's shooting society in Argentina, 1898-1923

Bárbara Raiter.

UBA-Gehigue/ UNGS- Universidad de Buenos Aires, Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra/Universidad de General Sarmiento, Instituto de Ciencias, Argentina

braiter@gmail.com

Resumen: Entre fines del siglo XIX y 1920 nacieron numerosas asociaciones de tiro en la Argentina, el Tiro Federal Concordia fue una de las más importantes. A través de la descripción de esta sociedad, su conducción, su relación con las autoridades estatales, y las iniciativas que llevó adelante como institución, nos proponemos analizar los valores asociados a la práctica del tiro de guerra que buscó difundir y la influencia que el Tiro Federal Concordia tuvo en la sociedad durante el período.

Palabras clave: *Sociedad de Tiro, Concordia, tiro de guerra, ciudadanía, nación.*

Abstract: Between the last decades of the nineteenth and the first decades of the twentieth centuries, a large amount of shooting societies emerged throughout Argentina. The *Tiro Federal* of the city of Concordia was one of the most significant amongst them. This paper aims to analyze the values associated to the war shooting practice transmitted by the Tiro Federal of Concordia. The description of the society, its authorities, its relationship with the State, and their initiatives will allow us to understand the influence of this association on the society of the period.

Keywords: Shooting societies, Concordia, war shooting, citizenship, nation.

Entre 1880 y 1920 Argentina vivió profundas transformaciones económicas, sociales y políticas. En ese período se consolidó una economía agroexportadora orientada al mercado mundial en expansión, al mismo tiempo que el país recibía importantes contingentes de inmigrantes, que contribuyeron al incremento de población. La sociedad argentina, mientras tanto, se complejizaba y enriquecía a través de la expansión de numerosos espacios de sociabilidad. Por otra parte, el estado nacional consolidó su control sobre el territorio y la población, al expandir las instituciones estatales que creaban marcos favorables a la economía agroexportadora y apuntaban a la integración de los inmigrantes, desarrollando políticas de nacionalización, por ejemplo a través de la educación primaria gratuita, laica y obligatoria. La

reorganización, modernización y profesionalización del ejército fue uno de los aspectos del fortalecimiento de las instituciones estatales, y de la política de nacionalización de inmigrantes. Por último, en este período la Argentina experimentó una transición entre un sistema político de características notabílicas a un sistema político basado en el sufragio universal masculino obligatorio y secreto y la aparición de partidos políticos modernos con nuevas redes políticas. En esta transición las prácticas políticas revolucionarias o armadas fueron desapareciendo paulatinamente.¹

Dentro de ese marco general se crearon en Argentina numerosas asociaciones de tiro. Éstas se desarrollaron al amparo de un apoyo y fomento estatal enmarcado en un clima social favorable a una idea de ciudadanía valerosa, fuerte, unida en el compromiso de la defensa nacional, tanto hacia el exterior como hacia el interior, limando las asperezas políticas. La práctica del tiro de guerra entre los ciudadanos fue uno de los vehículos específicos por medio de los cuales esas ideas se difundieron en la sociedad.

En este trabajo analizaremos el caso de una de esas asociaciones, el Tiro Federal de Concordia (provincia de Entre Ríos). Describiremos sus características como institución, su relación con las autoridades militares nacionales, así como también las actividades que éste llevaba adelante. Esta descripción nos permitirá analizar el conjunto de valores ligados a la práctica del tiro de guerra, la importancia de la figura del presidente de la asociación y, también, el impacto social de esta institución. El Tiro Federal Concordia fue paradigmático por la variedad de actividades desarrolladas para la difusión de esos valores ciudadanos y también por el impacto que tuvo sobre otras sociedades de tiro del país y sobre el conjunto de la sociedad argentina. Por otra parte, la provincia de Entre Ríos, y la región del Litoral, fue –junto a Buenos Aires y la región pampeana– uno de los espacios donde las transformaciones económicas, sociales y políticas del país fueron más notables.² La región recibió gran cantidad de inmigrantes que en Entre Ríos formaron importantes poblaciones rurales y colonias agrícolas, orientadas a la producción agropecuaria.³

¹ El marco legal para estas transformaciones fueron la “ley Avellaneda” (1876) de fomento de la inmigración y colonización; la “ley Sáenz Peña” (1912) de sufragio y sistema político, la ley de Educación 1420 (1884) y la Ley de servicio militar obligatorio (1901). Como obras generales de historia argentina pueden consultarse David ROCK: *Argentina 1516-1987*, Buenos Aires, Alianza, 1989 y Luis Alberto ROMERO: *Breve Historia Contemporánea de Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1994. Para la transformación del orden político Natalio BOTANA: *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1977, e Hilda SÁBATO: *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008. Para los cambios en la sociabilidad Roberto DI STÉFANO et.al.: *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina, 1776-1990*, Buenos Aires, Gadis, 2002.

² La región pampeana se localiza en el centro-este de la Argentina, en ella se ubica la provincia de Buenos Aires. La región del litoral se encuentra al este del país y al norte de la región pampeana, entre las riberas de los ríos Uruguay y Paraná, y está comprendida por las provincias de Entre Ríos, Santa Fé y Misiones.

³ Algunas de las transformaciones de la región han sido analizadas (entre otros) por Ezequiel GALLO: *Colonos en Armas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007 y por Silvia BIANCHI: *Historia de las religiones en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2004.

Nos proponemos, a partir del análisis de un caso específico, analizar algunos rasgos de las complejas relaciones entre asociaciones y autoridades nacionales en un espacio provincial y, también, contribuir al estudio de la dinámica específica que en el período analizado tuvieron algunas políticas de ciudadanía y nacionalización en el marco de las formas de sociabilidad asociadas a la práctica del tiro. Para ello analizaremos diferentes fuentes oficiales, legajos militares, legislación, Memorias del Ministerio de Guerra y de la Dirección de Tiro y Gimnasia, y también publicaciones periódicas, como la revista *Tiro Nacional Argentino*. El análisis de estas fuentes nos permitirá reconstruir las características institucionales del Tiro Federal Concordia, sus actividades y su proyección hacia la sociedad. El análisis del marco regulatorio y legislativo del período, junto a una aproximación prosopográfica del presidente de la sociedad, nos permitirá analizar la relación entre esta sociedad y las autoridades estatales, tanto en términos institucionales como en relación al conjunto de valores que se pensaban asociados a la práctica del tiro.

Creemos que las sociedades de tiro constituyeron durante el período que nos ocupa un espacio de sociabilidad donde se plasmó un ideal de ciudadano asociado a un conjunto de valores específicos. Por otra parte, las sociedades de tiro pretendieron difundir este ideal ciudadano a través de la organización y fomento de la práctica de tiro en el conjunto de la sociedad.

El tiro de guerra entre fines del siglo XIX y la década de 1920.

Las provincias de Entre Ríos y de Santa Fe, en el Litoral argentino, fueron el escenario donde aparecieron las primeras sociedades de tiro en el país. Allí nacieron, respectivamente, el Tiro Internacional Suizo de Villa San José en 1859 y la Sociedad de Tiro Suizo Esperanza, en 1866. Estas instituciones eran espacios de sociabilidad al interior de la colectividad inmigrante que en este caso se nucleaban alrededor de la práctica de tiro al blanco.⁴ Hacia fines del siglo XIX, sin embargo, el ánimo que estimuló la creación de nuevas sociedades de tiro fue diferente. Ante la posibilidad de un conflicto militar con el vecino país de Chile (con quien la Argentina mantenía hacía tiempo disputas limítrofes) parte de la elite dirigente y la prensa nacional impulsaron la práctica de tiro como una manera de fortalecer la nación hacia el interior, integrando a los ciudadanos en un espíritu patriótico, y —a la vez— preparar a estos mismos ciudadanos en el manejo de las armas.⁵ Fue en esa coyuntura que en la provincia de Entre Ríos nacieron los Tiros Federales de Concepción del Uruguay y Villaguay en 1896, el de Concordia y de Rosario del Tala en 1898, y el de Paraná en 1899.⁶

⁴ Un análisis de estas primeras asociaciones de tiro al blanco y tiro al pichón para el caso de Rosario lo ha presentado Darío ROLDÁN: "Ocio y Patriotismo. Configuraciones de sentido a través de la Práctica del Tiro, Rosario 1890-1920", en Marta S. BONAUDO: *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930, Tomo I. Los actores entre las palabras y las cosas*, Rosario, Prohistoria, 2005.

⁵ Lilia Ana BERTONI: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

⁶ Hubo dos momentos donde los temores a una posible guerra con Chile se intensificaron: 1898 y 1901. En ambas coyunturas se registraron nuevas fundaciones de sociedades de tiro y, también, nuevos ímpe-

El Tiro Federal de Concordia fue fundado en 1898 y rápidamente adquirió terrenos para la construcción de su stand y su polígono.⁷ Parte de estos terrenos fueron comprados por particulares y luego donados a la sociedad, y otra parte fueron tierras fiscales donadas por la Municipalidad. En 1915 el terreno de la sociedad estaba valuado en \$ 60000 y sus instalaciones (que incluían baños), estaban valuadas en \$ 50000. Su polígono de tiro cubría un radio de 50247 m²; en él funcionaban cuatro blancos a 50 metros, tres a 100 metros, cuatro a 150 metros, otros cuatro a 250 metros y diecisiete a 350 metros. La construcción de las instalaciones de la sociedad y del polígono de tiro contó con el apoyo del estado nacional, que le otorgó a la sociedad dos subsidios de \$ 3000 y \$ 4000.⁸

El Tiro Federal Concordia se vinculó, como el resto de las sociedades de tiro de la provincia y del país, con las autoridades nacionales a través de dos agencias específicas sucesivas: la Inspección General de Tiro –creada en 1901– y la Dirección General de Tiro y Gimnasia del Ejército, creada en 1905. Ambas instituciones dependían del Ministerio de Guerra y nacieron bajo la impronta del proyecto de modernización del ejército impulsado por el general Pablo Riccheri como Ministro de Guerra de la Nación. La creación de ambas agencias tenía relación con la reforma en los modos de reclutamiento del ejército, que llevaron a la aprobación de la ley 4031, también llamada ley de servicio militar obligatorio o ley Riccheri. Esta ley, modificada y completada por la llamada ley Godoy de 1905 (ley 4707), establecía que todos los ciudadanos argentinos o naturalizados debían cumplimentar un tiempo obligatorio de servicio militar (o conscripción) en el cual recibirían entrenamiento militar. Terminado el tiempo de servicio militar obligatorio, los ciudadanos se convertían en reservistas del ejército nacional y debían cumplimentar una práctica anual de tiro. Es por esta razón que el estado nacional, a través de las agencias específicas del Ministerio de Guerra, apoyaron a las sociedades de tiro con recursos materiales y de propaganda. Era en las sociedades de tiro donde los reservistas debían cumplir con su práctica anual obligatoria de tiro, en este sentido, las sociedades (instituciones civiles) cumplían entonces con una función militar oficial.⁹

tus en las sociedades ya existentes, por ejemplo el Tiro Suizo de Esperanza y el Tiro Suizo de Villa San José cambiaron sus denominaciones a Tiro Federal en 1902.

⁷ “Los polígonos de tiro. Un esfuerzo prodigioso”, *Tiro Nacional Argentino*, año 6, n° 55 y 56, enero y febrero de 1915, pp. 28-32

⁸ “Nuestras sociedades de tiro. La de Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 11, n° 122-23, agosto y septiembre de 1920, pp. 270-72.

⁹ COMANDO EN JEFE DEL EJÉRCITO: *Reseña histórica y orgánica del Ejército Argentino*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1971; Riccardo FORTE: *Fuerzas armadas, cultura política y seguridad interna. Orígenes y fortalecimiento del poder militar en Argentina (1853-1943)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2003. Darío ROLDÁN: op.cit. ha hecho referencia a los diferentes modelos de reclutamiento para el ejército en debate a comienzos del siglo XX en la Argentina, un modelo “prusiano” y un modelo “suizo”. Éste último, marcado por la idea de una ciudadanía armada, sería el que se expresa en la ley 4707 (o ley Godoy) bajo la cual se creó la Dirección General de Tiro y Gimnasia del Ejército. Aunque los debates sobre modelos de ejército no son el eje de este artículo, creemos que en lo referente a la relación entre el Ministerio de Guerra y las sociedades de tiro, no existen diferencias profundas entre las leyes 4031 y 4707, al igual que entre las agencias ministeriales creadas como nexos con las sociedades de tiro en la

El Ministerio de Guerra, a través de la Inspección General de Tiro primero y de la Dirección General de Tiro después, proveía a las sociedades de armas (especialmente carabinas y fusiles Máuser), municiones, blancos de tiro, planillas de registro de tiro y subvenciones mensuales para su funcionamiento. También podía otorgar a algunas sociedades de tiro subsidios específicos para la construcción o reparación de sus polígonos de tiro, que para diferenciarlos de la subvención monetaria mensual eran llamados extraordinarios.

Para acceder a estos recursos, las sociedades de tiro debían ser reconocidas por las autoridades militares como oficiales y cumplir un conjunto de reglamentaciones específicas. En primer lugar, las sociedades debían tener estatutos aprobados por la Dirección General de Tiro, un número de socios mínimo (50), ofrecer sus instalaciones para la práctica de tiro de reservistas, menores enrolados y estudiantes,¹⁰ y realizar un concurso anual de tiro para los reservistas. Los requerimientos estatutarios eran dos: incluir una cláusula donde se estableciera que entre los objetivos de la sociedad estaba la práctica de tiro de reservistas, menores enrolados y estudiantes, y otra que estableciera que la sociedad de tiro se declaraba apolítica, es decir, que no intervenía en los debates y disputas políticas y no admitía discusiones políticas en su seno.¹¹

La regulación estatal tenía un doble objetivo: por un lado fomentar y extender la práctica del tiro de guerra entre un número mucho mayor de ciudadanos, como instrucción militar y no sólo deportiva. Por otro lado, a través de la cláusula de prescindencia política, intentar sustraer a las sociedades de tiro (y a los miembros del ejército) de las disputas políticas armadas o revolucionarias, construyendo así espacios y formas legítimas para el tiro de guerra.¹²

coyuntura de estas leyes (respectivamente Inspección General de Tiro y Dirección General de Tiro y Gimnasia).

¹⁰ Las leyes de reclutamiento 4031 y 4707 permitían a aquellos ciudadanos que demostraran su destreza en el manejo de las armas de guerra, a través de un examen teórico y otro práctico, reducir su tiempo de servicio militar. Es por esta razón que se promovía la práctica de tiro entre los estudiantes de Colegios Nacionales y entre menores (llamados enrolados).

¹¹ La idea de la prescindencia política buscaba impedir que las sociedades de tiro o sus miembros participaran de manifestaciones políticas armadas, especialmente levantamientos revolucionarios, como los ocurridos en 1890 y 1893. Sin embargo, las sociedades de tiro eran espacios muy importantes de sociabilidad política y sus miembros formaban parte de redes políticas a nivel local, provincial y nacional. Muchos de las autoridades de las sociedades de tiro también lo eran de diferentes instituciones estatales ejecutivas o legislativas o, también, militares locales y nacionales, Bárbara RAITER: "Discursos y prácticas. La política en las sociedades de tiro", *Revista de la Escuela Superior de Guerra*, XCI: 588 (2014) pp. 149-169.

¹² Tanto Riccardo FORTE: op.cit como Lilia Ana BERTONI: op.cit han sostenido que la participación de miembros de las fuerzas armadas en las revoluciones de 1890, 1893 y 1905 llevaron a la oficialidad a colocar al ejército por encima de las disputas políticas reorganizándolo profundamente, por ejemplo a través de la Ley de Ascensos Militares de 1895. En cuanto a las sociedades de tiro de la provincia de Santa Fe (la más sacudida por la revolución de 1893) sus actividades fueron prohibidas durante algunos meses por la intervención federal, que puso fin al episodio revolucionario, María Gabriela, MICHELETTI: "Entre gauchos y gringos. Costumbres nacionales y extranjeras en Santa Fe (1880-1900)", *Temas de historia argentina y americana*, nro 16 (2010), <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/gauchos-gringos-costumbres-nacionales.pdf> (acceso 20 de junio 2015). Véase también H. SÁBATO: op.cit.

[...] Las sociedades de tiro fueron creadas y fomentadas con el propósito de difundir la práctica del tiro al blanco pero por su organización resulta que dichas sociedades se substraen al control que debe ejercer sobre ellas el Ministerio de Guerra [...] En tal virtud se ha constituido la Dirección General de las ‘Sociedades de Tiro y Gimnasia’ [...] Todas las sociedades de tiro y gimnasia deberán someterse [a su control] [...] a fin de tener derecho [...] a [...] subvenciones en dinero y armas y municiones, quedando excluidas de dichos beneficios las que no se acogan a la reglamentación proyectada. La reorganización [...] obedece fundamentalmente a que dichas sociedades hasta ahora no han sido sino el patrimonio de media docena de tiradores y lo que realmente interesa al país es la instrucción del mayor número posible de la juventud ciudadana.¹³

La creación de la Dirección General de Tiro supuso una reorganización y remodelación del modo de relacionar a las sociedades de tiro con el Ministerio de Guerra. La Dirección dispuso una clasificación entre las sociedades de tiro reconocidas como oficiales que sería la base de la distribución de los recursos materiales que recibían periódicamente las sociedades. Esta clasificación se basó en dos parámetros: la cantidad de socios que tenía la sociedad de tiro y la cantidad de tiradores que concurrían a practicar tiro en sus instalaciones. Las sociedades de tiro debían informar mensualmente a la Dirección General de Tiro el movimiento de tiradores en su polígono, indicando cuántos de éstos eran socios, reservistas, menores enrolados y estudiantes, y también “nuevos tiradores”. La Dirección estableció cuatro categorías generales, auxiliar, segunda, primera y especial. Dentro de cada categoría, sin embargo, podía haber diferencias entre las sociedades en términos de subsidio mensual recibido y cantidad de armas a disposición.¹⁴

En la provincia de Entre Ríos funcionaron en total 14 sociedades de tiro, siendo la de Concordia la más importante tanto en número de socios como en la cantidad de tiradores que utilizaban sus instalaciones. El Tiro Federal Concordia, junto al Tiro Federal Paraná, pertenecían a la categoría “especial” de la Dirección General de Tiro y contaban con más de trescientos socios. El Tiro Federal de Concordia tenía 394 socios en 1910 y 397 en 1915.

¹³ MINISTERIO DE GUERRA: *Memoria* 1904-1905, p. 37.

¹⁴ “Reglamento de la Dirección General de Tiro y Gimnasia para los polígonos oficiales e institutos de enseñanza secundaria”, *Tiro Nacional Argentino*, año 3, n° 31-32, enero y febrero de 1913, pp. 552-76. En este número se publicaron todas las reglamentaciones sobre el entrenamiento de reservistas y menores.

Cuadro 1: Sociedades de tiro de la provincia de Entre Ríos. Elaboración propia a partir de datos aparecidos en Tiro Nacional Argentino, Memorias de la Dirección de Tiro y Gimnasia y Memorias del Ministerio de Guerra. Cuando existieron cambios en la categoría o la subvención mensual recibida se indica entre paréntesis el año.

Sociedad	Fundación	Socios en 1915	Categoría de la DGT	Subvención mensual en \$	Cant. de armas en 1913
Tiro Federal Victoria	1901	165	primera (1907) especial (1911)	100 (1907) 125 (1911)	26
Tiro Federal Federación	1908	35	auxiliar	50	9
Tiro Federal Gualeguaychú	1910		auxiliar	50	
Tiro Federal Villa San José	1859	82	segunda	80	9
Tiro Federal Concepción del Uruguay	1896	55	primera	100	14
Tiro Federal Villaguay	1896	80	segunda	80	18
Tiro Federal Concordia	1898	397	especial	120 (1907) 200 (1913)	36
Tiro Federal Rosario del Tala	1898	80	segunda	80 (1907) 50 (1911) 80 (1913)	11
Tiro Federal Colón	1901	81	segunda	80	12
Tiro Federal La Paz	1904	120	auxiliar	50	10
Sociedad Sportiva Paraná	1911	Sin datos	auxiliar	50	6
Tiro Federal Doll	1913	Sin datos	auxiliar	Sin datos	Sin datos
Tiro Federal Paraná	1899	327	especial	120 (1907) 125 (1910)	23
Tiro Federal Feliciano	c.1910	Sin datos	auxiliar	50 (1913)	2

El Tiro Federal Concordia recibía de la Dirección General de Tiro uno de los subsidios más altos del país,¹⁵ que representaban 120 pesos mensuales en 1910, y fueron aumentados a \$ 200 en 1913 «*por estar en el número de los mejores existentes en el país y que la sociedad que lo sostiene y fomenta es una de las más progresistas*».¹⁶ El cambio en el monto del subsidio sugiere un incremento en la asistencia de reservistas al polígono. Las armas y municiones asignadas estaban, en principio, destinadas a la práctica de tiro de reservistas, menores enrolados y estudiantes, pero nada nos hace suponer que éstas no fueran utilizadas por el resto de los tiradores, especialmente los socios del Tiro Federal Concordia. Así pues, la institución servía como sede de muchas actividades relacionadas con la práctica del tiro de guerra. Su polígono de tiro funcionaba todos los días de la semana, y en él practicaban constantemente socios, menores enrolados, estudiantes y reservistas, además de invitados. Un análisis somero de la asistencia de tiradores a los polígonos de las sociedades de tiro entrerrianas nos muestra la importancia que tenía el Tiro Federal Concordia, ya que sus instalaciones fueron las que recibían mayor cantidad de tiradores. Mientras Concordia tenía una población menor que Paraná (tanto la localidad, como el departamento), la asistencia de tiradores al stand de la sociedad era significativamente mayor. Estos datos nos muestran la importancia relativa del Tiro Federal Concordia en la región. Tanto en Paraná como en Concordia existían otros espacios de sociabilidad, bibliotecas, sociedades de fomento, teatros, otros clubes y asociaciones deportivas, pero en Concordia pareciera que la importancia del Tiro Federal como espacio de sociabilidad era comparativamente mayor.¹⁷

Cuadro 2: Asistencia total de tiradores provincia de Entre Ríos 1909-1910. (Elaboración propia a partir de la información consignada en las Memorias de la Dirección General de Tiro y Gimnasia).

Sociedad	Tiradores 1909	Tiradores 1910
Tiro Federal Villa San José	Sin datos	499
Tiro Federal Villaguay	1723	75
Tiro Federal Concepción del Uruguay	2250	1666
Tiro Federal Concordia	10251	7566
Tiro Federal Rosario del Tala	Sin datos	Sin informar
Tiro Federal Paraná	3151	1401

¹⁵ Únicamente el Tiro Federal de la Capital recibía subsidios mensuales más altos.

¹⁶ "El Tiro Federal Concordia", *Tiro Nacional Argentino*, año 1, n° 1, julio de 1910, pp. 2-5, la bastardilla es del original. El Tiro Federal Concordia recibía también un subsidio mensual de la Municipalidad.

¹⁷ Entre mediados y fines del siglo XIX una de las transformaciones sociales más importantes del país fue la expansión y diversificación de los espacios de sociabilidad. Véase, por ejemplo, Roberto DI STÉFANO et.al.: op.cit.; Sandra GAYOL: *Sociabilidad en Buenos Aires: hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000, y también los trabajos específicos sobre deportes de Julio FRYDEMBERG: *Historia social del fútbol: del amateurismo a la profesionalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011 y Roy HORA: *Historia del turf argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

Tiro Federal Colón	200	600
Tiro Federal Victoria	6371	5046
Tiro Federal La Paz	Sin datos	1876
Tiro Federal Federación	Sin datos	Sin informar
Tiro Federal Gualeguaychú	No existía	Sin datos
Sociedad Sportiva Paraná	No existía	No existía
Tiro Federal Doll	No existía	No existía
Tiro Federal Feliciano	Sin datos	Sin informar
TOTAL PROVINCIAL	23946	18729

En 1915, la asistencia general de tiradores a los polígonos era bastante menor que unos años antes. El Tiro Federal Concordia tuvo una concurrencia de 1461 tiradores en el mes de enero. En ese momento la asistencia a los polígonos del Tiro Federal Paraná y de Concepción del Uruguay fue significativamente menor, 171 y 286 respectivamente.¹⁸

La mayor atracción que generaba el Tiro Federal Concordia se relacionaba con la variedad de actividades que llevaba adelante, entre ellas las centrales eran los concursos de tiro, de los que nos ocuparemos ahora.

En 1915, la asistencia general de tiradores a los polígonos era bastante menor que unos años antes. El Tiro Federal Concordia tuvo una concurrencia de 1461 tiradores en el mes de enero. En ese momento la asistencia a los polígonos del Tiro Federal Paraná y de Concepción del Uruguay fue significativamente menor, 171 y 286 respectivamente.¹⁹

La mayor atracción que generaba el Tiro Federal Concordia se relacionaba con la variedad de actividades que llevaba adelante, entre ellas las centrales eran los concursos de tiro, de los que nos ocuparemos ahora.

Concursos, campeonatos y algo más...

La práctica de tiro cotidiana era sólo una de las actividades del Tiro Federal Concordia. Mientras la práctica de tiro vinculaba especialmente a socios, reservistas, menores enrolados y estudiantes, los concursos de tiro atraían la atención de un público más amplio. Los concursos de tiro eran ocasiones de sociabilidad que reunían a tiradores de la sociedad de tiro, de otras sociedades, tiradores no asociados a ninguna institución y, además, un público variado que se trasladaba a la sede de la sociedad como espectador y para disfrutar un día al aire libre. La sede del Tiro Federal Concordia, como las sedes de la mayoría de las sociedades de tiro, se encontraba a las afueras de la ciudad por razones de seguridad, y el polígono estaba rodeado de un espacio abierto y arbolado.

¹⁸ "Tiro de guerra en el Litoral", *Tiro Nacional Argentino* año 6, n° 57, marzo 1915, pp. 72.

¹⁹ "Tiro de guerra en el Litoral", *Tiro Nacional Argentino* año 6, n° 57, marzo 1915, pp. 72.

El Tiro Federal Concordia realizaba concursos mensuales que atraían a un importante público de la localidad. Por su permanencia en el tiempo, podemos considerar estos concursos como periódicos, ya que se realizaron prácticamente todos los meses (salvo los más calurosos del verano, enero y febrero) durante todo el período estudiado. La asistencia de público²⁰ se debía, especialmente, a la habilidad de los tiradores concursantes, que eran atraídos por la variedad del programa del concurso y los premios que éste ofreciera. Los programas incluían distintas categorías de tiro, diferentes blancos de tiro, distancias de tiro, armas utilizadas y, también, categorías de tiradores.²¹ Los premios ofrecidos, en el caso del Tiro Federal Concordia, eran diversos y procedían de distintas fuentes, tales como donaciones de personas ilustres de la localidad y de comercios, bancos y empresas locales, como también de prensa nacional (como *Caras y Caretas* o *La Prensa*) y de autoridades provinciales y nacionales (como las cámaras legislativas nacionales y el Ministerio de Guerra). En la memoria de la sociedad del año 1919 se indicó que el Tiro Federal Concordia realizó quince concursos a lo largo del mismo, destacándose la importancia de sus premios y la recaudación obtenida en ellos.²²

Los programas de los concursos mensuales organizados por el Tiro Federal Concordia, así como sus resultados, eran reseñados en *Tiro Nacional Argentino*. Esta revista era una publicación de la Dirección General de Tiro que apareció por primera vez en julio de 1910. La revista tenía un formato mensual y se distribuía gratuitamente en las sociedades de tiro y colegios nacionales. En esta publicación se combinaban notas sobre las reglamentaciones oficiales de reclutamiento y entrenamiento de reservistas, algunas notas técnicas del país y del exterior (referidas a armamento, organización del ejército, ejercicios de tiro y puntería) y especialmente sobre las sociedades de tiro y sus actividades. Los editoriales de la revista dedicaban generalmente sus esfuerzos a propagandizar la práctica del tiro de guerra entre los ciudadanos, ligando a ésta una idea de nación compuesta por un conjunto de ciudadanos que posponían sus intereses individuales y a través del tiro— componían un conjunto fuerte y unido dispuesto a defenderla. La presencia de noticias sobre el Tiro Federal Concordia, sus concursos y sus iniciativas distintivas

²⁰ Entre el público encontramos hombres, mujeres y niños, familias completas que concurrían para pasar el día al aire libre y disfrutar del concurso, esta característica era destacada regularmente por *Tiro Nacional Argentino*.

²¹ Existían categorías de tiro específicas por tipo de tiradores, por ejemplo reservadas a socios, reservistas o mujeres (“señoras y señoritas”), y también categorías definidas por las distancias de tiro o los blancos de tiro abiertas a distintos tipos de tiradores, donde se mezclaban socios, reservistas o mujeres. En este sentido, es interesante remarcar que las mujeres participaban no sólo en sus categorías específicas, sino que también participaban en competencia con hombres en otras categorías. Un ejemplo de esto lo encontramos en “Tiro Federal de Concordia. Su último concurso”, *Tiro Nacional Argentino*, año 5, n° 52, octubre de 1914, p. 326, donde se reseñó un concurso en que participaron «247 tiradores y 10 señoritas», resultando tres de ellas ganadoras en la categoría de blanco circular a tres zonas, distancia 100 metros, con carabina francote; las fotografías de las señoritas victoriosas acompañaron la nota de la revista.

²² “Tiro Federal Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 11, n° 118-119, abril y mayo de 1920, pp. 190-193. Los ingresos más importantes de la sociedad de tiro provenían de la venta de munición y de los concursos, que excedían por mucho los ingresos por cuotas societarias (de un peso mensual) y de la subvención mensual monetaria otorgada por la Dirección General de Tiro.

fueron permanentes en la revista a lo largo de los años. A diferencia de las actividades de otras sociedades de tiro, cuya aparición en la revista era muy esporádica o bien reseñada brevemente, aparecían notas sobre el Tiro Federal Concordia en varios números todos los años, ocupando espacios extensos dentro de la revista.

El Tiro Federal Concordia realizaba también un concurso anual de tiro que, como en casi todas las sociedades del país, se realizaba en el mes de julio, como parte de los festejos de la Declaración de la Independencia.²³ Estos concursos eran más grandes e importantes. En ellos solía incluirse todas las categorías posibles, incluyendo distintos tipos de armas (máuser, carabina, revólver) los tres tipos de blancos (maniquí, circular, silueta), y todas las distancias y posiciones de tiro (de pie, rodilla en tierra, cuerpo a tierra). Las categorías de los concursos variaban también en la especificidad de tiradores: socios, reservistas, menores y estudiantes, señoras y señoritas, y también categorías abiertas a todo tipo de tirador. Por lo general las sociedades de tiro de la República realizaban el concurso anual obligatorio para reservistas en la misma fecha de su concurso anual, destinando a éstos una categoría de tiro específica en su concurso. En cualquier caso, además de los concursos mensuales y del concurso anual el Tiro Federal Concordia realizaba otros concursos destinados a grupos de tiradores en particular, o bien destinados a la colecta de fondos.²⁴

Una práctica distintiva del Tiro Federal Concordia era el llamado tiro de combate. Esta práctica suponía salir del stand y tirar en campo abierto en terrenos accidentados, a la carrera, por tramos y en general a distancias más amplias (alrededor de 1000 metros).²⁵ La sociedad organizó también un campeonato de tiro de combate. Solamente otra sociedad de tiro del país, el Tiro Federal Bahía Blanca (en el sur de la provincia de Buenos Aires), realizaba un campeonato similar. Al igual que el organizado por el Tiro Federal Concordia, en estos campeonatos participaban equipos de sociedades de tiro y también equipos del ejército y la marina nacional. Equipos del Tiro Federal Concordia participaron asiduamente en el campeonato de tiro de combate organizado por Bahía Blanca, obteniendo el tercer puesto en los campeonatos de 1910, 1912 y 1913.²⁶

En 1920 el Tiro Federal Concordia impulsó la creación de un campeonato provincial entre equipos de las sociedades de tiro de Entre Ríos, para lo cual –con el apoyo de la Dirección General de Tiro– solicitó a la gobernación de la provincia apoyo monetario para los premios. La

²³ La excepción sería la sociedad de tiro italiana Tiro a Segno, de la Capital Federal, que realizaba su concurso anual como parte de los festejos del XX de septiembre.

²⁴ Por ejemplo concursos destinados especialmente a estudiantes o reservistas o señoras y señoritas, y también concursos para la colecta de fondos, por ejemplo para las víctimas del terremoto ocurrido en Calabria (Italia) en 1909.

²⁵ “Tiro Federal de Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 1, n° 1, julio de 1910, pp. 2-5

²⁶ “Tiro Federal Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 11, n° 122-23, agosto y septiembre de 1920, pp. 270-2. Por razones de espacio no enumeramos aquí todos los concursos y campeonatos donde participaron tiradores y equipos de tiradores del Tiro Federal Concordia, que eran muchos y variados en todo el período analizado.

provincia destinó una partida especial de \$ 2000 para este concurso.²⁷ El primer campeonato provincial se realizó en 1920 y participaron de él equipos de los tiros federales de Concepción del Uruguay, Paraná, Victoria, Colón y Gualeguay, además del de Concordia, que fue el anfitrión.²⁸ El segundo concurso intraprovincial, realizado al año siguiente, y su reseña nos permite mostrar una dimensión hasta ahora no analizada aquí. Luego de finalizado el campeonato, se realizó un lunch en la sede del Tiro Federal Concordia donde se entregaron los premios a las sociedades de los equipos ganadores y a los tiradores de esos equipos. Al finalizar la entrega de premios, el público y los tiradores realizaron una manifestación, que culminó en la plaza principal de la ciudad de Concordia donde se pronunciaron discursos alusivos.²⁹

Las actividades del Tiro Federal Concordia, entonces, no se limitaban a sus socios, o siquiera a su sede social. El Tiro Federal Concordia buscó influir en el conjunto de la población de la localidad, mostrando sus actividades públicamente, probablemente para atraer mayor cantidad de público a sus actividades sociales. En su memoria de 1921 la sociedad así lo expresó

esta C.D. ha creído conveniente ensanchar su radio de acción, y ha ido a tocar la fibra patriótica de las demás sociedades similares de la provincia, para reunir las en un esfuerzo común y realizar, entre todas, un gran torneo que despertará los entusiasmos adormecidos por el noble y útil deporte.³⁰

El impulso dado tanto por la Dirección General de Tiro y Tiro Nacional Argentino como por la gobernación de la provincia a las actividades del Tiro Federal Concordia puede tener su origen en que ésta era a comienzos de la década del 20 la más activa de la provincia. Ya hemos mostrado (véase cuadros 1 y 2) que el Tiro Federal Concordia era el más importante en la provincia, sin embargo, la distancia entre ésta sociedad y el resto de las sociedades entrerrianas se profundizó al transcurrir el tiempo, al menos desde mediados de la década del '10. En Tiro Nacional Argentino se explicaba esta diferencia en los siguientes términos:

[el Tiro Federal Concordia] es una institución emanada en el espíritu y el cariño del pueblo, y que no hay para los jóvenes de Concordia mayor placer que el de concurrir al stand [...] Como el tiro de Concordia, todos los demás que funcionan en la república se hallan penetrados de un alto espíritu de patriotismo; pero son muchos los que faltos de apoyo popular se ven obligados a llevar una existencia precaria, viviendo del esfuerzo, de la tenacidad, del sacrificio de los menos [...] Hay sociedades que, en su modesta labor, se nos presentan tan meritorias

²⁷ La resolución del gobernador justificaba la decisión de otorgar esta partida realizando un listado de las sociedades existentes en la provincia y su cantidad de socios

²⁸ "Tiro Federal Concordia", *Tiro Nacional Argentino*, año 11, n° 118-119, abril y mayo de 1920, pp. 190-193.

²⁹ "Tiro Federal de Concordia. El gran campeonato interprovincial", *Tiro Nacional Argentino*, año 12 n° 137-138, noviembre y diciembre 1921, pp. 161-165. Todos los discursos pronunciados, tanto en la entrega de premios como en la plaza principal de Concordia, fueron reproducidos en la nota.

³⁰ "Las grandes sociedades de tiro. El secreto de su desarrollo. Tiro Federal de Concordia". *Tiro Nacional Argentino*, año 13, n° 143 mayo 1922, pp. 65-68 .

como la de Concordia; pero abandonadas a la contribución personal de sus limitados socios languidecen y malogran cualidades superiores.³¹

Las diferencias entre el Tiro Federal Concordia y el resto de las sociedades de tiro de la provincia, entonces, irían más allá de la cantidad de socios en cada una de ellas, diferencia que por otra parte era muy importante.³² El Tiro Federal Concordia habría tenido un impacto mayor que otras tanto entre la población en general como entre las propias sociedades de tiro. Las iniciativas que esta sociedad llevó adelante con respecto a los reservistas podrían representar una parte de la explicación de estas diferencias.

Hacia los reservistas.

El Tiro Federal Concordia no se limitaba a cumplir las reglamentaciones de la Dirección General de Tiro respecto de los reservistas, sino que ésta estaba muy compenetrada con el entrenamiento de reservistas, y realizaba acciones directas para vincular a éstos a la sociedad y a la práctica del tiro. La sociedad solicitaba al Distrito de Reclutamiento y Movilización³³ de la localidad los listados de reservistas, a quienes visitaban en sus domicilios «haciéndoles presente obligaciones y beneficios que se alcanzan».³⁴ Los días domingo y feriados se realizaban los ejercicios de tiro ordinarios de reservistas bajo la dirección del instructor de tiro, teniente Giordano. Una actividad distintiva de esta sociedad era que, además de la práctica reglamentaria de tiro dentro del polígono, los reservistas practicaban tiro a campo abierto, en los campos cercanos de Ayuy.³⁵ Precisamente, el Tiro Federal Concordia buscaba acercar a los reservistas a la sociedad a través de la organización de concursos o categorías de tiro específicas para éstos, atrayéndolos con diversos tipos de premios y menciones. De los seis concursos realizados en 1909, dos fueron de beneficencia,³⁶ uno especial para estudiantes y dos específicos para reservistas, además del

³¹ “Tiro Federal de Concordia. Torneo de velocidad. Diversas informaciones”, *Tiro Nacional Argentino*, año 12, n° 133 julio 1921, pp. 91-93.

³² En “Tiro Federal Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 11, n° 118-119, abril y mayo de 1920, pp. 190-193, se publicaron los números de socios de los tiros federales de la provincia, que permiten mostrar las distancias entre las sociedades. Mientras Concordia tenía 360 socios, Paraná tenía 136, Victoria 130, Villaguay 122, La Paz 100, Villa Libertad 70, Doll 61, Colón 65, Concepción del Uruguay 51, Rosario del Tala 33, y Federación 19 socios.

³³ Cada región militar del país tenía un estado mayor y varios distritos militares, que eran los que estaban a cargo del enrolamiento y por lo tanto se vinculaban con la sociedad civil. Las regiones militares eran seis: Buenos Aires, Sur, Litoral –cuya sede se entraba en Paraná– Centro y Cuyo –sede en Córdoba–, y Norte –sede en Salta–.

³⁴ “Tiro Federal de Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 1, n° 1, julio de 1910, p. 4.

³⁵ “Tiro Federal de Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 1, n° 1, julio de 1910, pp. 2-5. Esta práctica de tiro a campo abierto sería la base de la organización del campeonato de tiro de combate, ya analizado.

³⁶ En ambos casos el dinero recaudado fue enviado a la Dirección General de Tiro. Uno de esos concursos fue a beneficio de las víctimas del terremoto en Calabria ya mencionado.

tradicional concurso anual del mes de julio, donde una de sus categorías era únicamente para reservistas.

Junto a la acción para con los reservistas, el Tiro Federal Concordia estimulaba la práctica de tiro entre los ciudadanos antes de su llamado al servicio militar, especialmente entre los estudiantes y menores. El estímulo no consistía únicamente en la posibilidad de reducir su tiempo de servicio militar al ser convocados, sino que además se premiaba a los ciudadanos que lograran reducir su tiempo de servicio a través de los exámenes de tiro, a quienes otorgaba una medalla de oro y un diploma.³⁷ Para 1920 el Tiro Federal Concordia, los ciudadanos además de obtener «el diploma correspondiente», eran recibidos como socios activos y sus retratos se colocaban «en la galería del Stand».³⁸

Otra iniciativa del Tiro Federal Concordia para con los reservistas excedió el marco de la sociedad y la provincia. El Tiro Federal Concordia creó y organizó un campeonato para reservistas, denominado Campeonato a la Bandera, que se realizó por primera vez en 1908. En este campeonato participaban equipos de tres reservistas, menores enrolados o estudiantes por sociedad de tiro que hubieran cumplido el año anterior los ejercicios obligatorios. La sociedad cuyo equipo resultara vencedor no podía presentar el mismo equipo al año siguiente (ni los tiradores podían representar a otra sociedad). La competencia se realizaba con fusil máuser modelo argentino, a una distancia 350 metros, con un máximo de 30 tiros, 10 en cada una de las tres posiciones de tiro reglamentarias (de pie, rodilla, cuerpo a tierra) contra un blanco de cabeza a zonas.³⁹

El Campeonato a la Bandera se realizó por primera vez en 1908 en el Tiro Federal Concordia. En esa oportunidad participaron equipos de 31 sociedades de tiro, y resultó ganador el Tiro Federal de Romang (provincia de Santa Fe).⁴⁰ En 1910 la Dirección General de Tiro incorporó este campeonato como reglamentario, y pasó a costear los premios que allí se distribuían, además de gestionar el traslado de tiradores con las empresas ferroviarias. El campeonato se disputó por última vez en 1913 y resultó vencedor el Tiro Federal Concordia. Luego de esa fecha el campeonato fue suspendido por las reducciones presupuestarias que se realizaron en todos los ministerios nacionales en 1914.⁴¹

El Campeonato a la Bandera otorgaba diplomas a todos los tiradores participantes, y premios monetarios y medallas a los vencedores. Las sociedades cuyos equipos resultaran vencedores obtenían también medallas como premios. Sin embargo, el premio más importante que recibía la sociedad vencedora era, justamente, la bandera nacional, que mantenía en guarda hasta que el campeonato se disputara al año siguiente en su sede. Así pues, tanto el Campeona-

³⁷ "Tiro Federal de Concordia", *Tiro Nacional Argentino*, año 1, n° 1, julio de 1910, pp. 2-5

³⁸ "Tiro Federal de Concordia. Torneo de velocidad. Diversas informaciones". *Tiro Nacional Argentino*, año 12, n° 133, julio 1921, pp. 91-93.

³⁹ "Reglamento de la Dirección General de Tiro y Gimnasia para polígonos oficiales e institutos de enseñanza secundaria", *Tiro Nacional Argentino*, año 3, n° 31-32, enero y febrero de 1913, pp. 552-76.

⁴⁰ "Tiro Federal de Concordia", *Tiro Nacional Argentino*, año 1, n° 1, julio de 1910, pp. 2-5.

⁴¹ "Nuestras sociedades de tiro. La de Concordia", *Tiro Nacional Argentino*, año 11, n° 122-23, agosto y septiembre de 1920, pp. 270-72.

to como la recepción de los equipos vencedores era una de aquellas ocasiones en que las actividades de las sociedades de tiro excedían los límites del stand y salían a las calles en manifestaciones cívicas.⁴²

La figura del presidente del Tiro Federal Concordia, un caso significativo.

Los presidentes de las sociedades de tiro cumplieron durante el período analizado un importante papel como nexo entre éstas y las autoridades estatales locales, provinciales y nacionales, a las que se apelaba en busca de apoyo y sostén para sus asociaciones.⁴³ En el caso del Tiro Federal Concordia este lugar fue ocupado por el teniente coronel José Boglich, quien logró construir una estrecha relación entre la sociedad y el ejército argentino.

José Boglich fue presidente del Tiro Federal Concordia prácticamente durante todo el período que nos ocupa, si bien no formó parte de la comisión directiva fundadora de la sociedad en 1898, todas las fuentes consultadas lo mencionan como el “*alma mater*” de la institución.⁴⁴ Sabemos positivamente que él era el presidente en el año de la creación del Campeonato a la Bandera de reservistas (1908) y permaneció en ese cargo hasta el cierre de nuestro período. Aún al día de hoy su figura es retratada como el “nervio poderoso” del Tiro Federal de Concordia en la página web de la localidad.⁴⁵

Nacido en Lembery, Polonia, en 1854, José Boglich se incorporó al Ejército Argentino en 1875. Como oficial del Ejército participó en las llamadas “Campañas al Desierto”,⁴⁶ en 1875-1876 en el Chaco y en 1881 en Río Negro. En 1884 solicitó su pase a la Plana Mayor Pasiva por motivos de salud, pero en la década siguiente vuelve a la Plana Mayor Activa, ya con el grado de capitán. En sus informes de residencia José Boglich declaró vivir constantemente en la ciudad de Concordia desde 1892, aunque pasó algunos períodos destinado a la ciudad de Buenos Aires. En 1897 fue promovido al grado de mayor, con el que pasará a retiro en 1905. Ya retirado se le ofreció en 1907 cubrir vacantes como juez de instrucción, jefe de distrito y jefe auxiliar de distrito en diferentes regiones militares, pero declinó el ofrecimiento por razones de salud.

⁴² Por ejemplo, la organizada por el Tiro Federal de La Plata cuando ganó el campeonato en 1911, “Campeonato a la Bandera 1911. Triunfo de ‘La Plata’”, *Tiro Nacional Argentino*, año 2, n° 15, octubre de 1911, pp. 219-22.

⁴³ Esta característica no era exclusiva de las sociedades de tiro, sino que era un elemento en común con otras asociaciones del período (sociedades de fomento, clubes, sociedades de beneficencia, etc.). Las actas de las asambleas legislativas provinciales y nacionales del período reflejan pedidos de cesión de terrenos, de subvenciones monetarias y otras formas de apoyo a diversas asociaciones.

⁴⁴ “Tiro Federal de Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 1, n° 1, julio de 1910, pp. 2-5, bastardilla del original.

⁴⁵ En la página web se menciona que Boglich presidió la institución durante 25 años, aunque no se indican las fechas exactas de su presidencia. http://www.delaconcordia.com.ar/1898_El_tiro_federal.htm (consultado por última vez el 17-6-2015).

⁴⁶ Las “Campañas al Desierto” fueron operaciones militares que en las décadas de 1870 y 1880 extendieron la autoridad del estado nacional sobre territorio habitado por poblaciones indígenas, convirtiendo esos territorios en territorios federales. Estas regiones se encontraban al noroeste del país (Chaco, al noroeste de la región del Litoral) y al sur del Río Negro (región de la Patagonia argentina).

José Boglich, aún como oficial activo del Ejército, fue, además de presidente del Tiro Federal Concordia, Jefe de Policía de la provincia de Entre Ríos, respondiendo directamente al gobernador provincial, al menos desde 1892. Falleció en la ciudad de Concordia en 1948.⁴⁷

En Tiro Nacional Argentino se sostenía que gracias al mayor José Boglich «presidente del tiro de Concordia desde hace varios años», fue que la sociedad

ha contribuido a suavizar las asperezas que separaban antes a las diversas agrupaciones políticas y ha hecho posible la confraternidad de todos los hombres allí donde, a la sombra de la bandera nacional y en las líneas de tiro, desaparecen las incidencias de cualquiera pasión subalterna para sentirse hermanos y solidarios en la acción común que desarrolla la República, [la obra de Boglich] no ha tenido ni tiene más que un propósito: hacer del polígono una escuela de honor, de fuerza y de camaradería, a cuya entrada se detienen todos los rencores, todas las pasiones, todos los egoísmos, para coincidir, siquiera sea por breves momentos, en una sola y única ambición: realzar y dignificar la patria.⁴⁸

José Boglich era, a la vez, el presidente de una institución civil y un miembro de la oficialidad del ejército argentino. Al analizar las actividades del Tiro Federal Concordia, especialmente su acción sobre los reservistas y su afán por el crecimiento de la sociedad y la difusión de la práctica del tiro de guerra entre los ciudadanos, podemos observar una coincidencia ideológica con la dirección del ejército. Esto es visible tanto en las actividades ligadas a la reglamentación sobre el servicio militar obligatorio, como en el afán de colocar a la sociedad de tiro por fuera (y por encima) de toda disputa política facciosa o partidaria.⁴⁹ En un telegrama enviado por el general Riccheri a la sociedad, cuando fue invitado a presenciar la primera edición del Campeonato a la Bandera, éste exponía que «los stand de tiro y el servicio obligatorio, permitirán a la nación salvar con honor triunfalmente la crisis más grave que se le pudiera presentar».⁵⁰

Es posible que la diferente valoración que realizara la revista *Tiro Nacional Argentino* sobre la práctica de tiro de combate que reseñamos anteriormente se pueda explicar justamente por quien ejercía la presidencia de cada sociedad de tiro. Mientras el Tiro Federal Bahía Blanca era presidido por un “*modesto civil*”,⁵¹ el Tiro Federal Concordia era presidido por un oficial activo del ejército, y otro oficial, el instructor de tiro teniente Giordano, era quien tenía a su cargo la práctica regular de tiro de combate entre los reservistas y, probablemente, fuera quien organizara junto a Boglich el campeonato entre equipos de tiro de combate. Mientras que la revista reseñaba laudatoriamente la organización del campeonato de tiro de combate en el Tiro Fede-

⁴⁷ Archivo General del Ejército, Legajo Personal del Mayor José Boglich, LPO N° 1932.

⁴⁸ “*Nuestras sociedades de tiro. La de Concordia*”, *Tiro Nacional Argentino*, año 11, n° 122-23, agosto y septiembre de 1920, pp. 270-72.

⁴⁹ Bárbara RAITER, op.cit.

⁵⁰ “Tiro Federal de Concordia”, *Tiro Nacional Argentino*, año 1, n° 1, julio de 1910, p. 3.

⁵¹ “A propósito del tiro de combate. Carta del Sr. Brunel”, *Tiro Nacional Argentino*, año 4, n° 35, junio de 1913, pp. 182-3, bastardilla original.

ral Concordia,⁵² la misma práctica realizada en el Tiro Federal Bahía Blanca era puesta en cuestión ya que

el tiro de combate es más propio de las unidades del ejército pues allí existen la obligación y los elementos necesarios, y el de stand más propio de las sociedades por cuanto da oportunidad para difundir y despertar la afición a nuevos elementos, sirviendo los viejos de propaganda y enseñanza.⁵³

Es interesante marcar aquí que en las páginas de la revista nunca se puso en cuestión la organización y práctica del campeonato de tiro de combate del Tiro Federal Concordia.

Ciudadanos y soldados.

Fue entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX cuando en la provincia de Entre Ríos y en el país se crearon numerosas asociaciones de tiro. Estas asociaciones tuvieron una vida social muy activa especialmente entre 1908 y 1911. La creación de las sociedades de tiro en esos períodos se relacionó con una opinión general favorable a la práctica del tiro de guerra donde confluían distintos procesos. Por una parte, las hipótesis de conflicto con Chile y el fomento de esta práctica por parte de las autoridades militares, visible a través de las leyes nacionales de reclutamiento y de la creación de instituciones específicas destinadas a la acción para con las sociedades de tiro. Por la otra, una mirada crítica sobre la conflictividad social y política, considerada peligrosa, que privilegiaba la idea de unidad nacional ciudadana en sociedades patrióticas.⁵⁴ Sin embargo, no todas las sociedades de tiro del país y de la provincia vivieron la misma vitalidad. El Tiro Federal Concordia fue en la provincia la que mayor vitalidad mostró, destacándose también a nivel nacional (junto al Tiro Federal Bahía Blanca, el Tiro Suizo de Rosario y las sociedades de tiro de la Capital Federal). Esa vitalidad fue visible en la variedad de iniciativas que llevó adelante: sus concursos mensuales, la fuerte y activa vinculación con los reservistas y estudiantes de la sociedad (propaganda, concursos específicos) y el campeonato de tiro de combate, así como también las iniciativas que excedían el marco de la sociedad: el cam-

⁵² “Tiro Federal Concordia. El concurso de combate”, *Tiro Nacional Argentino*, año 4, n° 35, junio de 1913, pp. 151-52. En el campeonato participaron 127 tiradores.

⁵³ Antonio Gerkens, “Carta abierta del comandante Gerkens al presidente del tiro federal Bahía Blanca Augusto Brunel”, *Tiro Nacional Argentino*, año 4, n° 35, mayo de 1913, pp. 136-37. Gerkens fue inspector de tiro desde 1907. Los inspectores de tiro recorrían las instalaciones de las sociedades de tiro que solicitaban la oficialización ante la Dirección General de Tiro. El debate entre Gerkens y Brunel sobre el tiro de combate apareció en varias notas de la revista: Un jefe, “Sobre el tiro de combate en Bahía Blanca”, *Tiro Nacional Argentino*, año 3, n° 22, abril de 1912, pp. 186-7; Comandante Gerkens, “Concurso de tiro de combate”, *Tiro Nacional Argentino*, año 4, n° 35, mayo de 1913, pp. 108-112, “Carta abierta del comandante Gerkens al presidente del tiro federal Bahía Blanca Augusto Brunel”, *Tiro Nacional Argentino*, año 4, n° 35, mayo de 1913, pp. 136-37, y “A propósito del tiro de combate. Carta del Sr. Brunel”, *Tiro Nacional Argentino*, año 4, n° 35, junio de 1913, pp. 182-3.

⁵⁴ La Ley de Residencia (1902) y la Ley de Defensa Social (1910) han sido analizadas en este sentido, véase ROCK: op. cit. y ROMERO: op. cit.

peonato a la bandera y el campeonato provincial. Fue determinante la figura de quien fuera su presidente durante la mayor parte de la vida de esta sociedad en el período a la hora de dar forma a las características que desarrolló ésta, las cuales marcaron su impronta tanto en la ciudad de Concordia como en la provincia y en el país. Como oficial del Ejército, José Boglich estaba profundamente compenetrado con el compromiso del entrenamiento de los ciudadanos en el tiro de guerra, tanto en un sentido militar y técnico como en su dimensión ideológica: el fortalecimiento del alma nacional. Es notable, en este sentido, la importancia que la revista *Tiro Nacional Argentino* le otorgaba a su figura y a la acción del Tiro Federal Concordia, reseñando continuamente sus actividades y exaltando laudatoriamente sus iniciativas. A su vez, la posición militar de Boglich le facilitaba la conexión con las autoridades militares del Distrito de Reclutamiento y de la Dirección General de Tiro, y como presidente de una asociación civil pudo también mantener estrechos contactos con las autoridades locales y provinciales.

El Tiro Federal Concordia, como hemos mostrado, organizaba una variedad de actividades que buscaban impactar en la población de la localidad y la región, a la vez que difundir – a través de la práctica del tiro de guerra – un conjunto de valores que veían al ciudadano como un ser valiente, armado en pos de la defensa nacional, y también enmarcado en las instituciones estatales y civiles. Los valores asociados a la práctica de tiro construían un ideal de ciudadano que dejaba de lado sus intereses particulares (de colectividad inmigrante, de facciones políticas, de ideologías) para fortalecer la nación frente a los peligros externos (representados por otros estados) y a los internos (la conflictividad social y política).⁵⁵ Las sociedades de tiro constituyeron en el período analizado un espacio privilegiado de construcción y expresión de esos ideales de ciudadanía y nación.⁵⁶

Esta idea de ciudadanía era también la impulsada desde el Ministerio de Guerra y la Dirección General de Tiro que, a través de la práctica del tiro de guerra, se vinculó con las sociedades de tiro, fomentando y regulando sus actividades. En este punto queremos marcar una diferencia con el análisis de Riccardo Forte,⁵⁷ quien ha señalado que la oficialidad del ejército se propuso influir sobre la sociedad en su conjunto generando consenso alrededor de sus propias ideas sobre la democracia y el papel del ejército, especialmente a partir de la creación de la Liga

⁵⁵ El proceso de ciudadanización y las imágenes de nación han sido analizados, entre otros, por Susana VILLAVICENCIO: “Ciudadanos para una nación”, en Susana VILLAVICENCIO (ed.), *Los contornos de la ciudadanía: nacionales y extranjeros en la Argentina del centenario*, Buenos Aires, Eudeba, 2003 y por Mirta TEOBALDO y María Andrea NICOLETTI: “Representaciones sobre la Patagonia y sus habitantes originarios en los textos escolares. 1886-1940”, *Quinto Sol*, n° 11, 2007. La incorporación de los extranjeros a la nación (mientras se excluye a los indígenas), también ha sido analizada por María Beatriz SCHIFFINO: “Diversidad y homogeneidad en el proyecto educativo del nacionalismo cultural del Centenario”, *PolHis*, año 8, n° 15, enero-junio de 2015. La función de la escuela en el proceso de ciudadanización y los modelos ciudadanos que ésta impone fueron abordados por Lucía LIONETTI: “La función republicana de la escuela pública: la formación del ciudadano en Argentina a fines del siglo XIX”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. X, N° 27, septiembre 2005.

⁵⁶ La cuestión de las imágenes de ciudadanía y nación sostenidas y difundidas por las sociedades de tiro ha sido abordada por Bárbara RAITER: “‘Que cada ciudadano sea un buen tirador’. Ciudadanía y Nación a través de los editoriales de Tiro Nacional Argentino”, *PolHis*, año 8, n° 15, enero-junio de 2015.

⁵⁷ Riccardo FORTE: op. cit., p. 336 y subsiguientes.

Patriótica Argentina en 1919.⁵⁸ Creemos que la generación de consenso en la sociedad alrededor de la idea de una ciudadanía armada unida en pos de la fortaleza nacional es posible encontrarla ya en los primeros años del siglo XX, y que uno de los vehículos privilegiados en la difusión de esos valores en la sociedad fueron las sociedades de tiro. El Tiro Federal Concordia, presidido por José Boglich, un oficial activo del ejército argentino, fue un ejemplo de esto.

Nuestra historia culmina en 1923. La vitalidad que habían mostrado las sociedades de tiro en el país a comienzos del siglo venía decayendo desde 1915. Aunque el Tiro Federal Concordia siguiera teniendo una gran cantidad de socios y organizara actividades constantes, ya no atraía tanto interés como otras actividades deportivas, especialmente el fútbol, que durante la década del 20 convocaba cada vez más simpatizantes. Al mismo tiempo, las autoridades nacionales y provinciales ya no le otorgaban a la práctica del tiro de guerra la misma importancia que en la primera década del siglo. Los recursos con que contaba la Dirección General de Tiro venían decayendo desde 1913, y no se recuperaron (al contrario de los presupuestos de otras reparticiones –militares y no militares– del estado). El gran impulsor de las sociedades de tiro y de la práctica ciudadana del tiro de guerra, el general Eduardo Munilla, quien había estado al frente de la Dirección General de Tiro prácticamente desde su fundación, había abandonado la conducción de la Dirección en 1918, su sucesor continuó su labor, pero éste no tenía la misma prestancia que Munilla.⁵⁹ En 1923 un nuevo Director tomó su lugar, y un nuevo redactor se hizo cargo de *Tiro Nacional Argentino*. Desde entonces, la Dirección General de Tiro, aunque continuó apoyando con armamento y municiones a las sociedades de tiro, ya no promovió la creación de nuevas sociedades ni financió concursos y campeonatos como antes.⁶⁰ El tiro de guerra, que había sido un agente de nacionalización y de transformación de las prácticas de tiro legítimas (apolíticas), ya no era tan necesario como a comienzos del siglo XX. Hasta su disolución, en 1978, la Dirección se ocupó especialmente de proveer instructores de tiro en los colegios secundarios y de controlar el uso adecuado de armas y municiones en las sociedades de tiro. Pero la práctica de tiro dejó de asociarse a la defensa nacional y a la fortaleza de la ciudadanía, y cada vez más se limitó a ser un deporte practicado por algunos grupos de personas, tanto en tiro de stand como en tiro de caza.

⁵⁸ Sobre la Liga Patriótica Argentina véase Luis María CATERINA: *La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 1995. Sandra MCGEE DEUTSCH: *Contrarrevolución en la Argentina 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003, y *Las derechas. The extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*, Stanford, Stanford University Press, 1999.

⁵⁹ El primer Director de Tiro fue Carlos Sarmiento, quien estuvo al frente los primeros seis meses de la institución. Eduardo Munilla fue el Director de Tiro entre 1905 y 1918. Lo sucedió entonces el general Eduardo Broquen.

⁶⁰ El cambio de orientación de la Dirección General de Tiro pudo deberse a un cambio general de orientación del Ministerio de Guerra. A comienzos de siglo XX un sector importante de la oficialidad se inclinaba por un modelo de ejército de ciudadanos-soldados al estilo suizo (Munilla pertenecía a este grupo), mientras otro sector se inclinaba por un modelo de ejército profesionalizado con un sistema de servicio militar obligatorio al estilo alemán. Fue este modelo el que cristalizó en el interior del ejército hacia la década del '20.

Spain Is Not Different. Institutional Development and the Army in the Second Spanish Republic and Civil War

España no es diferente. Desarrollo institucional y ejército en la Segunda República y la Guerra Civil

Álvaro La Parra-Pérez

Weber State University, Estados Unidos

laparraperez@weber.edu

Resumen: This paper studies the role of the army in the Spanish institutional development. Contrary to the idea of the army as a monolithic block or other elites' agent, I develop a new theoretical framework that relies on three insights. First, the army was an independent political agent with great influence over Spanish institutional dynamics. Second, besides the officers' ideology, the economic and professional interests of the military influenced the stability of Spanish political regimes. Third, the army was divided into factions with opposed economic and professional interests. I finally summarize the implications of the theoretical framework for the Second Spanish Republic and the influence that the economic interests had on military factions and the side chosen by officers in 1936.

Palabras clave: *Institutional development, factions, elites, army, Spain.*

Abstract: Este artículo estudia el papel del ejército en el desarrollo institucional español. Frente a la idea del ejército como un bloque monolítico o como un agente al servicio de otras élites, planteo tres ideas. Primero, el ejército era un agente político independiente con gran relevancia en la dinámica institucional española. Segundo, los intereses económicos y profesionales del ejército influían en la estabilidad de los regímenes políticos españoles. Tercero, el ejército estaba dividido en facciones con intereses contrapuestos. Finalmente resumo las implicaciones de este marco para la II República y la influencia de los intereses económicos de las facciones militares en el bando elegido por los oficiales en 1936.

Keywords: *Desarrollo institucional, facciones, élites, ejército, España.*

Introduction

This paper presents a new theoretical framework to study the army in the process of institutional change. The framework relies on three ideas about the role of the army in the social orders that characterize the majority of developing countries. First, the ar-

my must be taken as a relevant political player in its own right. With few exceptions, developing countries through history have not been characterized by a Weberian state that monopolizes the use of legitimate violence. One of the consequences of the absence of a Weberian state is that the army has not been under political control.¹ Because the army is a relevant and autonomous political player, its interests and actions are important when determining the stability or instability of political regimes. Second, in addition to the ideological reasons traditionally used to explain the loyalty of military factions to ruling coalitions, economic motivations have played an important role in ensuring officers' loyalty to rulers. Throughout history, specialists in violence have benefitted from economic incentives contingent upon protecting the status quo and resisting revolution. This pattern can still be found nowadays in some developing countries where the army controls important sectors of the economy. Finally, the theoretical framework highlights the heterogeneity of interests within the army. The distribution of economic rents² among military groups might attract the loyalty of some (the ones that benefit) but also alienate others. This tradeoff results from the conflict of interests within the military: when distributing economic rents or implementing military policies, rulers and their coalitions often need to make choices about the factions that will benefit. This is one reason why developing societies usually live in the shadow of violence, that is, a situation in which «the possibility that the military will assume an active role in governance does not lie far below the surface.»³ The Second Spanish Republic (1931-1939) will be used as a case study for the theoretical framework.⁴

The previous three ideas about the army are at odds with some widespread assumptions of the literature that have focused on the military and its role in developing countries. Take the case of the army as a relevant political player in its own right. Many scholars model the military as the elites' agent (that is, they consider the army to be the armed component of the elite as well as in charge of applying the policies and defending the interests of other elites).

¹ The USSR and its control of the army probably represent the most important exception to what is otherwise a (rather) general rule for developing countries: the army is not under political control and appears as a major political player in its own right.

² Throughout the paper, the term "rent" (or "economic rent") is used in its narrow sense widely accepted in economics, namely «a return to an economic asset that exceeds the return the asset can receive in its best alternative use» (Douglass C. NORTH, John J. WALLIS and Barry R. WEINGAST: *Violence and social orders. A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History*, New York, Cambridge University Press, 2009, p. 19). For a useful, non-technical survey of economic rents in economic theory, see Robert D. TOLLISON: "Rent Seeking: A Survey," *Kyklos*, 35/4 (1982), pp. 575-602.

³ Douglass C. NORTH, John J. WALLIS and Barry R. WEINGAST: op. cit., p. 170.

⁴ Developing societies living in the shadow of violence can also be found today. Reporting on contemporary Africa, Somini SENGUPTA: "Chaos in West Africa: Unending Wars," *New York Times*, May 5, 2003, p. A7, pointed out that «The level of violence in [African] countries varies in intensity as local warlords gain temporary control and introduce order. The order can be maintained for years and even decades, especially there is little worth stealing, but it is always fragile. Lethal violence can erupt suddenly and escalate into chaos.»

In other cases, the army is taken as elites' coercive agent to prevent democratization.⁵ Modeling the army as an organization subordinated to other elite groups obscures the role that purely military interests have in officers' actions and willingness to support ruling coalitions. Developing societies usually lack a Weberian state: violence is dispersed among different groups, and the state is unable to form a monopoly on the legitimate use of violence. These societies try to preserve order by creating elite coalitions that reflect what North, Wallis, and Weingast call a *double balance*⁶ between economic and political power, but threats from other elites that are not part of the coalition persist. As a result, developing societies are more unstable and more likely to suffer coups and civil wars than developed countries.⁷

Focusing on intra-elite conflict immediately suggests that elites do not share a unique goal and are divided into different factions that hold different and conflicting interests.⁸ This directly relates to the second and third legs of my theoretical framework: the importance of economic rents to form coalitions with military factions and the heterogeneity of interests within the army. Marxist sociology or neoclassical theories of the state tend to depict elites as monolithic organizations.⁹ In this view, elites or social classes are modeled as single agents whose

⁵ See, for example, Daron ACEMOĞLU, Davide TICCHI and Andrea VINDIGNI: "A Theory of Military Dictatorships," *American Journal of Macroeconomics*, 2/1 (2010), pp. 1-42.

⁶ Douglass C. NORTH, John J. WALLIS and Barry R. WEINGAST: op. cit., p. 20 define the double balance as «a correspondence between the distribution and organization of violence potential and political power on the one hand, and the distribution and organization of economic power on the other hand.»

⁷ Evidence of the decline in violence after the Neolithic Revolution (together with a model of society's organization to explain it) is provided by Richard H. STECKEL and John J. WALLIS: "Stones, Bones, and States: A New Approach to the Neolithic Revolution", NBER manuscript, February 2007. The greater likelihood of civil wars for poorer countries has been documented for the second half of the twentieth century. See, for example, Paul COLLIER and Anke HOEFFLER: "On Economic Causes of Civil War," *Oxford Economic Papers*, 50/4 (1998), 563-573; and James FEARON and David LAITIN: "Ethnicity, Insurgency, and Civil War," *American Political Science Review*, 97/1 (2003), 75-90. The most ambitious and general study showing the decline of violence through time is Steven PINKER: *The Better Angels of Our Nature. Why Violence Has Declined*, New York, Penguin Books, 2011.

⁸ Przeworski makes a similar point, in his discussion of the Marxian claim that «The executive of the modern state is but a committee for managing the common affairs of the entire bourgeoisie» (Karl MARX and Friedrich ENGELS: *The Communist Manifesto*, London, Pluto Press, 2008), when he notes that «the survival of capitalism may be possible only at the cost of particular capitalists and may not be in their individual interest» (Adam PZREWORSKI: *The State and the Economy Under Capitalism*, Chur, Harwood Academic Publishers, 1990, p. 91). Not even capitalists can be represented as a monolithic, homogenous group.

⁹ Charles TILLY: *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1992*, Oxford, Blackwell, 1992; Douglass C. NORTH: *Structure and Change in Economic History*, New York, W. W. Norton & Company, 1981; Daron ACEMOĞLU and James A. ROBINSON: *Economic Origins...*; Daron ACEMOĞLU and James A. ROBINSON: *Why Nations Fail. The Origins of Power, Prosperity, and Poverty*, New York, Crown Publishers, 2012; Robert H. BATES: *When Things Fell Apart. State Failure in Late-Century Africa*, New York, Cambridge University Press, 2008. Marx's adherence to the monolithic view of elites should not be exaggerated. In *The German Ideology*, Marx and Engels state that «the separate individuals form a class only insofar as they have to carry on a battle against another class; otherwise, they are on hostile terms with each other as competitors» (quoted in Margaret LEVI: "The Predatory Theory of Rule," *Politics & Society*, 10/4 (1981), pp. 431-65, p. 433). That is, when dealing with institutional dynamics, the Marxian view points out that class struggle is both the motor of institutional change and the reason for social conflict. Thus, it

goals are given by a unique objective function that they try to maximize to the best of their means and given some constraints.

Single agent theories are useful theoretical artifacts, but elite organizations differ from this paradigm in crucial ways. Indeed, the Spanish Army contained many factions with conflicting interests. This was not a particularity of the Spanish military because, as Gonzalo Rivero points out, «internal dissensions within the armed forces are the rule rather than the exception.»¹⁰ The plurality of interests within the military meant that, when deciding a specific military policy, Spanish governments attracted some military factions but alienated others. The single agent theory of the state puts the cart before the horse by assuming that the result of political and economic development (i.e., the concentration of coercion in the state) already exists. Weberian states or sufficiently centralized states characterize developed societies and not developing ones. In a framework with dispersed violence, the army is more than a simple agent of political and economic elites: it is *one of* the elites that dominates politics and economics in developing societies; the army, in turn, is composed of factions, and we must understand both the disputes from which those factions arise and the links between military factions and the ruling coalition.¹¹

The idea of the army as a relevant Spanish political player or the focus on elite coalitions to understand Spanish institutional dynamics is not new. Many scholars have shown the importance of the army in the Spanish political system in the nineteenth and twentieth centuries.¹² The study of elite coalitions and their effect on Spanish institutional arrangements has been applied to the regimes predating the Spanish Republic¹³ and the transition to democracy after Franco's death.¹⁴ However, the literature has often neglected both the economic links

seems accurate to portray Marx as a proponent of the monolithic view of elites, at least when referring to institutional change.

¹⁰ Gonzalo RIVERO: "Oligopoly of Violence," New York University, unpublished manuscript, 2013.

¹¹ This paper points to the inadequacy of treating developing countries as "Weberian States" due to their lack of a monopoly on the legitimate use of violence. Lant PRITCHETT and Michael WOOLCOCK: "Solutions When the Solution is the Problem: Arraying the Disarray in Development," *World Development*, 32/2 (2004), pp. 191-212, provide a different critique for the application of "Weberian concepts" to developing countries that does not rely on the control of violence but on the characteristics of the bureaucracy in developing countries. The authors show the inadequacy of assuming that developing countries count with a "Weberian bureaucracy" (that is, something close to «effective, rules-based, meritocratic, and politically accountable public agencies» that operate within a large political jurisdiction, see p. 192), which can be in charge of implementing development practices, programs, and policies.

¹² See, for example, Stanley G. PAYNE: *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford University Press, 1967; Carolyn P. BOYD: *Praetorian Politics in Liberal Spain*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1979; Gabriel CARDONA: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1983; Joaquín LLEIXÀ: *Cien años de militarismo en España*, Barcelona, Anagrama, 1986; Fernando PUELL DE LA VILLA: *Historia del Ejército en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.

¹³ Manuel TUÑÓN DE LARA: *Historia y realidad del poder (El poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo XX)*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1967.

¹⁴ Thomas D. LANCASTER and Gary PREVOST (eds.), *Politics and Change in Spain*, New York, Praeger Publishers, 1985.

between military factions and the ruling coalition and how changes in military policy and the resulting redistribution of economic rents affect officers' behaviors and loyalties toward the dominant coalition. In this paper, I focus on the Second Spanish Republic, but some obvious extensions in the application of this framework could study the transition to democracy in the 1970s and 1980s or even nineteenth-century Spain.

The rest of the paper is organized as follows. The first section delves into the two main insights of the theoretical framework. First, the army was a relevant, autonomous political player in the elite coalitions that rule developing countries today and throughout history. Second, multiple factions with diverse (and often opposed) interests coexist within the army, and both ideology and economic rents are key to attract their support. The second section shows that Spain was not different: the theoretical framework applies to the Spanish case. Indeed, this section establishes the political relevance of the army and the interests defended by the different factions that coexisted within the military in the Second Republic. It also analyzes how those interests were affected by Azaña's military reforms between 1931 and 1933. The third section concludes and explores some empirical applications of the theoretical framework to the study of the army in Spain.

The Army: A Relevant, Autonomous, and Non-Monolithic Elite

a) The Army: A Relevant Political Player

The ability to effectively attack one's enemy and defend one's self has been an important determinant of survival and development of human groups throughout history. The importance of attack and defense explains why the army has almost always been a relevant organization in social orders. Many scholars have pointed out the link between violence and development. In *Prosperity and Violence*, Robert Bates states that «the study of the political economy of development is the study of prosperity and violence.»¹⁵ Thus, the organization and control of violence appear as a necessary (but not sufficient) condition for economic growth.

Where does the impetus for attack and domination (that is, the seeds of violence) come from? Some scholars have used an almost axiomatic approach to bring the importance of violence and military action to the forefront. David Landes enunciates a «law of social political relationships» whereby marked disparity of power, private access to instruments of power, and equality of groups or nations cannot coexist. Landes derives the inevitable conclusion: «where one group is strong enough to push another around and stands to gain by it, it will do so.»¹⁶

¹⁵ Robert H. BATES: *Prosperity & Violence. The Political Economy of Development*, New York, W. W. Norton & Company, 2001, p. 101.

¹⁶ David S. LANDES: *The Wealth and Poverty of Nations. Why Some Are So Rich and Some So Poor*, New York, W. W. Norton & Company, 1998, p. 63. For a more rigorous analysis in the rational choice tradition of the conditions under which a state decides whether to attack another or remain peaceful, see Dagoberth L. BRITO and Michael D. INTRILIGATOR: "Conflict, War, and Redistribution," *The American Political*

Charles Tilly adopts a similar perspective when pointing out that «men who controlled concentrated means of coercion [...] ordinarily tried to use them to extend the range of population and resources over which they wielded power.»¹⁷ Educating rulers in war as a way to achieve glory, honor, and distinction has also been mentioned as another push for widespread warfare in early modern Europe.¹⁸

These “axiomatic approaches” to the human propensity for violence do not have to rely on *ad-hoc* foundations like human impulses, rulers’ irrationality, or the assumption that rulers desire power for its own sake.¹⁹ Indeed, well-known links exist between military superiority and material improvements.²⁰ As Bates remarks, attack and encroachment upon others’ property often appear as an attractive option, as generating prosperity through appropriation saves the efforts that one must incur to generate such wealth through work or innovation.²¹ Boix develops a simple model for stateless, non-hierarchical groups (similar to simple foraging societies) and finds that variables like inequality, size of the group, or looting technology can make preying more rewarding than engaging in productive activities. Boix explains that the emergence of hierarchical structures and the state is the result of asymmetric technological shocks that lead to both higher inequality between groups and greater incentives to invest in military technology (either to loot or to protect the more unequal distribution of output).²²

Historical examples of positive reinforcements between military power and prosperity abound. Europe arguably offers the most relevant case from the economic historian’s point of view. Phillip Hoffman recently used a tournament model that shows the links between warfare, technological improvement (notably the use of gunpowder), and the European political and

Science Review, 79/4), 1985, pp. 943-957; and Robert POWELL: “Guns, Butter, and Anarchy,” *The American Political Science Review*, 87/1 (1993), pp. 115-132.

¹⁷ Charles TILLY: op. cit., p. 14.

¹⁸ Phillip T. HOFFMAN: *Why Did Europe Conquer the World?* Princeton, Princeton University Press, 2015, pp. 24-5.

¹⁹ As Adam PZREWORSKI: op. cit., p. 26, notes, «the autonomous importance of power in politicians’ utility function is perhaps the grand unresolved issue of political science.» From a non-academic perspective, Kapuscinski suggests that human desire for attack, defense, and expansion might be the result of a pervasive force of nature that goes beyond the case of humans: «This sensitivity to the border issue, this untiring enthusiasm for constantly marking them out, widening them, or defending them, are characteristic not only of man, but of all animate nature, of everything that moves on land, in water and air,» in Ryszard KAPUSCINSKI: *Imperium*, New York, Vintage International, 1995.

²⁰ Here I discuss a simple factor underlying the existence of war given the positive feedback between military capacity and pecuniary rewards and prosperity. For a discussion of rational explanations of war (rather than an alternative based on a peaceful bargain that avoids violent conflict), see James D. FEARON: “Rationalist Explanations for War,” *International Organization*, 49 (3), 1995, pp. 379-414.

²¹ Robert H. BATES: op. cit., pp. 43, 51, and 56. Cultures have always tried to limit the incentives to such encroachment over others’ property by creating norms that condemn such behavior. The Christian commandment “Thou shalt not steal” is a good example. It seems clear that such attempts to stop violent behavior within the community have not been successful at completely eliminating attacks against property. Furthermore, the option of encroachment upon outsiders’ property remained (thus, the Crusades).

²² Carles BOIX: *Political Order and Inequality. Their Foundations and Their Consequences for Human Welfare*. New York, Cambridge University Press, 2015, pp. 22-59.

economic hegemony after the sixteenth century.²³ The Spanish, Portuguese, English, and Dutch control of America and Southeast Asia and the substantial economic rents extracted testify to the European connections between power and plenty in the early modern period.²⁴ English merchants provide another example of positive feedback between economic activity and military capacity. English traders in the sixteenth century were the main suppliers of ships to repeal the Spanish Armada.²⁵ N.A.M. Rodger concludes that «it is always a mistake to look at medieval naval warfare with the modern distinction between warships and merchantmen much in mind.»²⁶ Business and the military jointly coevolved and determined the chances of expansion and success of nations and empires.

All those links between military capacity and prosperity are helpful to explain the impulse for attack and defense and why the military systematically appears as an important elite in institutional arrangements. Still, despite being broadly used, the precise meaning of “elite” remains problematic. As Hirschman points out, «as happens frequently with concepts that are suddenly thrust to the center of the stage [like “elite”], [it] appeared so self-evident a notion that nobody bothered to define it precisely.»²⁷ We lack a comprehensive theory of elites and their role in the process of institutional change, but, for our current purposes, it will suffice to define elites as «the persons who, by virtue of their strategic locations in large or otherwise pivotal organizations and movements, are able to affect political outcomes regularly and substantially.»²⁸ The power and influence of elite members are inseparable from the organizations they belong to. In Wallis and North’s words, «elites are always connected to organizations in some way.»²⁹ Given military officers’ decisive influence over military capacity and the decision to fight or contest current ruling arrangements, members of the army are key figures in the social orders established for developing societies. One of the main legs of our theoretical framework immediately follows: in the context of political and economic development, the army must be studied as an independent organization whose goals and interests are not subordinated or determined by other elite groups.

²³ *Ibidem*.

²⁴ David S. LANDES: *op. cit.*, p. 143-144; Ronald FINDLAY and Kevin H. O’ROURKE: *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

²⁵ William H. MCNEILL: *The Pursuit of Power. Technology, Armed Force, and Society since A.D. 1000*, Chicago, The University of Chicago Press, 1982. The *Armada Invencible* also relied on private ships: forty of its sixty eight warships were merchantmen.

²⁶ Nicholas A.M. RODGER: *The Safeguard of the Sea: A Naval History of Britain, 660-1649*, New York, W.W. Norton, 1998, Vol 1, p. 115.

²⁷ Albert O. HIRSCHMANN: *The Passions and the Interests. Political Arguments For Capitalism Before Its Triumph*, Princeton, Princeton University Press, 1977, p. 43.

²⁸ John HIGLEY: “Elite Theory and Elites”, in K.T. LEICHT and J.C. JENKINS (eds.), *Handbook of Politics: State and Society in Global Perspective*, Handbooks of Sociology and Social Research, Springer Science+Business Media, 2010, p. 163.

²⁹ John J. WALLIS and Douglass C. NORTH: “Leviathan Denied: Governments, Rules, and Social Dynamics,” working paper presented at the Economic History Workshop at Yale University, April 2014.

b) *The Army as a Non-Monolithic Organization: Coalitions and Military Factions*

As the organization in charge of violence, the military is both a crucial and a dangerous member of the dominant coalition in any given social order. As long as it is loyal, its services enhance the ability of the group to protect its members. However, if officers turn against the ruler (either to take direct control of power or to support a competing claimant for ruling society), instability, violence, and the fall of the government might follow. Discussing the importance of Mancur Olson's logic of collective action in the emergence and consolidation of states, Jerry Hough and Robin Grier nicely summarize the importance of the threat that the military represents for rulers: «the main danger to major property owners should not be class revolution (a collective action in which it is irrational for rank-and-file people to participate), but military coups and armed militias both from inside and outside. History confirms this.»³⁰ In order to counter that threat, ensuring the support of powerful officers and military factions has been one of the priorities of rulers throughout history.

The danger that military factions represent for the stability of dominant coalitions in a given institutional arrangement is often obscured by Max Weber's widely accepted definition of the state as «the human community that, within a defined territory [...] (successfully) claims the monopoly of legitimate force for itself.»³¹ Weber's definition of the state seems adequate for modern, developed countries. In developing societies, however, the Weberian state has been the exception rather than the rule because «access to the means of violence is dispersed throughout the elite» and the army has not been under political control.³² The idea of the army being a relevant political player in its own right rather than the agent of other elites is reinforced by Charles Tilly's work.³³ Tilly distinguishes four stages in warfare and state organization that he terms patrimonialism (until the fifteenth century in much of Europe), brokerage (roughly between 1400 and 1700 in many parts of Europe), nationalization (mostly between 1700 and 1850), and specialization (starting approximately in the mid-nineteenth century and lasting until recently). Only in the last stage (specialization) does the military become a specialized branch of the national government in which there is a clear separation between the milita-

³⁰ Jerry F. HOUGH and Robin GRIER: *The Long Process of Development: Building Markets and States in Pre-industrial England, Spain, and Their Colonies*, New York, Cambridge University Press, 2015, p. 61.

³¹ Max WEBER: "Politics as a Vocation", in John DREIJMANIS (ed.), *Max Weber's Complete Writings on Academic and Political Vocations*, New York, Algora Publishing, 2008, pp. 155-208, p. 156.

³² Douglass C. NORTH, John J. WALLIS and Barry R. WEINGAST: *op. cit.*, p. 153, Margaret LEVI: *op. cit.*, p. 438. The Soviet Union is probably the most relevant exception in the lack of consolidated control of the military among developing countries. During its decadence, however, the USSR fell in the more traditional pattern of decentralized (non-Weberian) organization of violence. Writing about soviet republics in the early 1990s, Ryszard KAPUSCINSKI: *op. cit.*, p. 127, noted that «[...] weapons of all sorts have appeared on the black market, including armored trucks and tanks, owing to the disintegration of the old superpower and the loosening of discipline in the army. And so everybody and anybody is arming himself and sharpening his sword. It is easier in this country to get a pistol and a grenade than a shirt or a cap.»

³³ Charles TILLY: *op. cit.*

ry's role (decided by military experts) and the fiscal requirements to fund military expenses, which is controlled by representative institutions independent of the army.³⁴

If the consolidated control of the army by representative institutions did not emerge until recently, how did rulers ensure the loyalty of relevant factions of the military for most of our history? The first answer points to the ideology shared by rulers and members of the military.³⁵ In this sense, religion was an important tool to align officers' beliefs with the preservation of social order: the assimilation of the ruler to a divinity in Imperial China or Ancient Egypt shows how religious beliefs could result in greater loyalty to the ruler. Similar examples abound: in Japan, the emperor's family members are nowadays still considered to be direct descendants of the sun goddess, the Russian czar was considered a god until the nineteenth century, and the Catholic Church has always been an important element in legitimizing the ruler in many European countries. In Spain, the Catholic Church controlled enormous estates and performed administrative duties for the king. Religious values constitute one of the elements that can contribute to widespread beliefs in favor of the ruler. Similarly, values like "order" or "tradition" that might be widely shared across ranks in the army can contribute to officers' attachment to the status quo.

Besides ideology and values, rulers also understood that loyalty was better secured when reinforced by the persuasion of wealth and pecuniary interests. Consequently, material rewards have also been used to reinforce the loyalty of specialists in violence. In the agrarian societies of medieval England and Spain, the ownership of land was an important determinant of political and economic power. The coalition that William the Conqueror formed after conquering the British Isles in 1066 in England was built around the distribution of land among his main officers. Military feudalism resulted. A similar strategy of conquest and reward by the distribution of the land among officers was followed by Christian princes in the Iberian Peninsula between the eighth and the thirteenth centuries after capturing the territory from Mus-

³⁴ Douglass C. NORTH, John J. WALLIS and Barry R. WEINGAST: op. cit., mention the consolidated control of the military as one of the «doorstep conditions» that societies must attain before transitioning to what they call «open access orders» (institutional arrangements characterized by competitive and impersonal political and economic markets). They also date the moment when some societies established and consolidated modern political and economic institutions back to the nineteenth century. William H. MCNEILL: op. cit., p. 77, dates the political control of the military back to fifteenth-century Italian city-states (Venice, Milan...). Despite the fact that it might be true that «coups d'état ceased to be a serious threat» for those cities, it seems less clear that they also achieved a separation between the fiscal and military activities of the army. In the case of England, Jerry F. HOUGH and Robin GRIER: op. cit., p. 116, do not find indication of any consolidated control of the military until the first decades of the 1700s.

³⁵ I use "ideology" as defined by Douglass C. NORTH: *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 23: «the subjective perceptions (models, theories) all people possess to explain the world around them. [...] [T]he theories individuals construct are colored by normative views of how the world should be organized» (his emphasis). North ended up using the concept "belief system" instead of "ideology" to avoid the usual assimilation of the latter to the Marxist notion of false or incorrect beliefs (Jerry F. HOUGH and Robin GRIER, op. cit., p. 44). In our case, the concept is applied to some theory (probably widely shared among officers and members of the military) regarding how society must be organized.

lims. The creation of religious-military orders (Alcántara, Calatrava, and Santiago) is a good example: the founders of the orders were given important amounts of land in the expectation that the military forces that they created would protect the northern Castilian city-states. Examples of other forms of economic incentives to attract the support of military units and factions also exist beyond European frontiers: Chinese rulers during the Sung dynasty (960-1279) paid tribesmen to defend the borders against would-be raiders.³⁶ Even nowadays, the Egyptian army controls important resources of the economy that range from manufacturing to service-providing companies.

Far from being an organization subordinated to the political power, the military in developing countries is an autonomous agent that is integrated into the ruling coalition via ideology and the creation and appropriation of economic rents to ensure its support and loyalty. As Hough and Grier point out, «when rulers are strong enough to punish and reward, they usually can keep the self-interest of officials enough under control to keep government functioning, at least ineffectively.»³⁷ The problem, as we will see for the case of Spain during the Republic, is that the interests of military factions often conflict and policies must choose the group that will benefit at the expense of another. Understanding the composition of and changes in the economic rents accruing to members of the military is an important element in understanding the sources of the (in)stability of institutional arrangements and the incentives that military factions have to support or oppose the government.

The Army in Spain

The application of the theoretical framework to the case of Spain and the Second Republic requires two steps. First, I will show that the army was a relevant political player that was not under political control. Second, I will show that the literature has traditionally emphasized the ideological links between the army and the elites that ruled Spain and that there existed conflicts around the distribution of economic rents between military groups. I will explore the organization of the army in factions and their economic interests and show how the reforms implemented by Manuel Azaña, the minister of war between 1931 and 1933, affected the economic and professional prospects of military groups in Spain.

a) The Spanish Army: A Relevant Political Player

Violence and military interventions were common in Spanish political history well before the Second Republic. During Isabel II's reign (1843-1868), Spain had one civil war, two military *pronunciamientos* (military coups) that succeeded and led to changes of government,

³⁶ William H. MCNEILL: op. cit., p. 16.

³⁷ Jerry F. HOUGH, Jerry F. and Robin GRIER: op. cit., p. 29.

13 *pronunciamientos* that failed, and a final military coup that overthrew Isabel II.³⁸ The brief reign of Amadeo I (1870-1873) and the chaotic First Republic (1873-1874) were also dominated by military unrest that ultimately led to the fall of the first republican experiment in Spain.

During the *Restauración* (1874-1923), the army was still a key player in the Spanish dominant coalition. As Puell de la Villa points out, «the army was considered an autonomous class with its own structures of power that ran parallel to the ones of the civil administration [...] and that directly depended on the monarch.»³⁹ Military officers sat in the senate and parliament, and the minister of war between 1874 and 1917 was always an army officer. The political relevance of the Spanish military was embodied in laws that increased its political power. In March of 1906, for example, the Law of Jurisdictions gave the military courts control over all the «crimes against the Fatherland and the army.» The Law of Jurisdictions was a step in the process whereby «the officer corps came to consider itself the ultimate arbiter in politics.»⁴⁰ Another significant law reflecting the political power of the army was the Royal Order of January 15 1914, which allowed direct communication between the king and army officers. This order was particularly significant for two reasons. First, it confirmed that, despite being a parliamentary monarchy *de jure*, during the *Restauración* the army enjoyed a *de facto* political power not subject to parliamentary control. Second, the law was symptomatic of the king's need to attract support from sectors of the army. Some scholars see the 1914 Royal Order as another step in the consolidation of the king-soldier (single ruler) that commanded general obedience from the army.⁴¹ Rather than confirming the existence of a single agent with total control of the army, the law was indicative of the king's need to attract and ensure the support of powerful officers and sectors of the army in order to forge a coalition that stabilized the regime. In Lleixà's words, the king acted as «the principal hinge that united the civil and military branches of the state» in a social order in which the army had to be «*coordinated* but not subordinated to the remaining public powers.»⁴²

The end of *Restauración*'s parliamentary monarchy was also marked by military intervention. In 1923, Primo de Rivera, an infantry officer, took power after a military coup and established a dictatorship that lasted seven years (1923-1930). Between 1923 and 1925, Primo formed a “Military Directory” (*Directorio Militar*) in which the army took control of the majority of the Spanish political system. According to González Calleja, «the Directory freed the administration from political parties and turned it to hundreds of pressure groups, mainly the army, which rapidly occupied the main administrative posts.»⁴³ After 1925, the regime became

³⁸ Albert CARRERAS and Xavier TAFUNELL (coord.): *Estadísticas históricas de España: siglos XIX - XX*, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, pp. 1085-1086.

³⁹ Fernando PUELL DE LA VILLA: op. cit., p. 114.

⁴⁰ Paul PRESTON: *The Spanish Civil War. Reaction, Revolution, and Revenge*, New York, Norton & Company, 2007, p. 28.

⁴¹ Gabriel CARDONA: op. cit., p. 78; Fernando PUELL DE LA VILLA: op. cit., p. 110.

⁴² Joaquín LLEIXÀ: op. cit., p. 66.

⁴³ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria 1923-1930*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 69: «El Directorio libró a la Administración del influjo de los

a “Civil Directory,” but Primo stayed as the head of the government, only below the king in the chain of command. After Primo stepped down in 1930, two shorter dictatorships led by Berenguer and Aznar (both army officers) followed until April 1931 when the Second Republic was declared.

Regimes before the Republic varied in character, but in all of them, the army was a relevant political player in its own right. North, Wallis, and Weingast’s words restate the inevitable conclusion: «If active support of the military forces is necessary to hold or obtain control of the civilian government institutions, then a society does not have political control of the military. If military officers serve as officers [...] in the civilian government, for example as legislators or executives, then a society does not have political control of the military.»⁴⁴ The Republic inherited and operated in an institutional arrangement where the army was a relevant player that was not under political control.⁴⁵

b) *The Army and the Spanish Dominant Coalition*

When explaining officers’ behavior and willingness to support (or oppose) governments during periods of political instability, the ideology of the army has been privileged. Take the case of nineteenth-century *pronunciamientos*.⁴⁶ Officers’ involvement in *pronunciamientos* has traditionally been explained by the antagonism between the liberal and conservative sectors in both the army and Spanish political system. Lancaster and Prevost summarize this ideological approach to officers’ interventionism in Spanish politics:

partidos políticos para entregarla indefensa al de ciertos grupos burocráticos de presión, especialmente el Ejército, que se lanzó con avidez a ocupar los principales puestos gubernativos.»

⁴⁴ Douglass C. NORTH, John J. WALLIS and Barry R. WEINGAST: op. cit., p. 170.

⁴⁵ The two last changes in government before the declaration of the Second Republic provide additional anecdotal evidence of the army being an important element of Spanish governments. After the king decided to replace Primo de Rivera as head of the Spanish government, Primo contacted the captain generals in the army (officers with the highest rank in the military) to verify if he had their support. Realizing that captain generals were not willing to intervene in his favor, Primo de Rivera left Spain (Gabriel CARDONA: op. cit., p. 101). King Alfonso XIII followed a similar path in April 1931: after the electoral victory of republican parties in major cities, the king met with the most important officers in the army. Officers’ unwillingness to support the monarch also ended with the king’s exile and the peaceful declaration of the Republic. Meeting with the army before accepting a political decision (either taken by the king or derived from elections) shows the extent to which the army was expected to influence the Spanish political path.

⁴⁶ Vilar provides one useful brief description of *pronunciamientos* and their stages in nineteenth-century Spain: «Periodically a well-known process took place. Exiles, secret societies, often foreign intrigue, obscurely encouraged by partisan opinion, and aware that legal channels had been closed by official pressure, elected a general, frequently a leader in exile, or at least in disgrace. [...] A manifesto was read to the troops, who abandoned their barracks. Arrests were carried out, commands changed, while express messengers and telegrams called on other garrisons, previously approached, to make a pronouncement in the same terms. Madrid usually declared the situation under control (this was often true since out of scores of failures only half a dozen *pronunciamientos* were successful).» Pierre VILAR, *Spain. A Brief History*, New York, Pergamon Press, 1977, p. 65.

The political participation of the Spanish armed forces [in governmental decision-making outcomes] comes from the same mold as that of many Latin American nations. Politically and culturally conservative, the Spanish armed forces see themselves as the ultimate defenders of the Spanish nation. They are the protectors of God and country, always ready to come to the defense of the “Spanish way of life.” Defense of the church, the family, the monarchy and other centralized authority, and most traditional Spanish institutions are of utmost concern to them. The Spanish military is principally inward looking, seeing the potential danger from within Spain itself, not from foreign invasion. The military has always seen the political Left as the greatest threat to these institutions and thus to the military’s own central role in politics and in the nation’s governmental decision making.⁴⁷

Studies of the Republic and the Spanish Civil War typically agree with this view: the support of many officers to the rebels that started the 1936 military coup and the civil war is mostly explained by the conservatism that allegedly pervaded the Spanish Army.⁴⁸ There is no doubt that the traditional preeminence of ideology and military culture to explain officers’ behavior during the Second Republic and civil war has strong foundations and deserves serious consideration. Puell, for example, convincingly shows that the “interventionist” mentality developed by the Army during the years of “praetorian politics”⁴⁹ (1874-1931), officers’ view of themselves as being victimized by republican policies, and their animosity to regionalist movements in Catalonia or communism were important elements in pushing officers to join the conspiracies against the republican government.⁵⁰ Far from denying the importance of those (non-pecuniary) elements, I would like to *add* new (pecuniary) factors of analysis and falsifiable hypothesis that might enhance our understanding of officers’ motives to join the coup against the Republic in July 1936.

Besides the officers’ ideology, the theoretical framework developed in this paper also points to the role of economic rents in strengthening the loyalty of military factions. The study of the changes in economic links between the army and ruling coalitions is an underdeveloped aspect of the field of military studies for twentieth-century Spain in general and the republican period in particular.

Even if there is no doubt that ideology and officers’ beliefs played a role in their attitude vis-à-vis the Spanish governments and their involvement in the 1936 military coup, one should avoid an excessive (or unique) focus on officers’ beliefs for at least three reasons. First, the arri-

⁴⁷ Thomas D. LANCASTER and Gary PREVOST: op. cit., p. 4.

⁴⁸ See, for example, Carlos NAVAJAS ZUBELDIA: *Leales y rebeldes. La tragedia de los militares republicanos*, Madrid, Síntesis, 2011.

⁴⁹ Carolyn P. BOYD: *Praetorian Politics in Liberal Spain*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980.

⁵⁰ Fernando PUELL DE LA VILLA: “La trama militar de la conspiración”, en Ángel VIÑAS, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, Fernando HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, José Luis LEDESMA, Julio ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, Hilari RAGUER SUÑER, Francisco SÁNCHEZ PÉREZ, Fernando PUELL DE LA VILLA y XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS (coords.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica editorial, 2013, pp. 55-78.

val of the Republic implied a redistribution of economic rents among military groups. Therefore, the reformist governments in power during the first years of the Republic (1931-1933) manipulated one of the most important links between the ruling coalition and military factions. It is important to understand to what extent those changes influenced officers' behaviors and incentives to support the Republic. Second, there is scant evidence for individual officers' ideology or beliefs. Only a fistful of officers were clearly identified with one political party.⁵¹ Military organizations with marked political characters existed—the far rightist *Unión Militar Española* (UME) and the leftist *Unión Militar Republicana Antifascista* (UMRA)—but the written membership records disappeared or were destroyed during the civil war. In the case of the UME, scholars in general agree that 12% or less of Spanish officers belonged to the conservative organization.⁵² Third, even if ideology seems to be correlated with officers' behavior, it could be the case that, as Przeworski notes, rather than officers acting guided by an ideal, «causality runs the other way: [...] protagonists [that is, officers] want to do some things for other reasons and use philosophers [or ideas] to justify their positions.»⁵³ Hough and Grier also emphasize the difficulty in dissociating self-interest from ideology and the risk of endogeneity: «[religion, politics, and legitimating ideologies] are extremely complex. [...] Those with different self-interests naturally gravitate to those features of ideologies and religions that further their interests.»⁵⁴ Proponents of ideology as the main factor dividing the army in Spain must be aware of the ubiquitous problem of reverse causality in social sciences: was ideology driving officers' actions or were officers' actions caused by other motives (for example, their pecuniary self-interest) that, in turn, determined their observable ideology?⁵⁵

We must then turn to economic links between the military and Spanish political systems. Contrary to other developing countries, the Spanish Army did not have significant or

⁵¹ There is not a comprehensive study of officers' involvement in politics at the regional and urban levels. Not surprisingly, an examination of deputies in the Spanish Parliament during the Second Republic reveals a scant military presence. Out of the 1,484 members of the parliament elected during the Second Republic, only 22 appear to be "Army officers" [*militar*] and two had already retired (information obtained from the Spanish *Congreso de los Diputados*, available at <http://www.congreso.es/portal/page/portal/Congreso/Congreso/SDocum/ArchCon/SDHistoDipu/SDBuscHisDip>). The 20 (active) officers that sat in the parliament represented only 0.13% of the 15,344 active officers registered in the 1936 Military Yearbook published by the Spanish Ministry of War.

⁵² Julio BUSQUETS and Juan Carlos LOSADA: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 191, ft. 13; and Fernando PUELL DE LA VILLA and Justo A. HUERTA BARAJAS: *Atlas de la Guerra Civil Española. Antecedentes, Operaciones y Secuelas Militares (1931-1945)*, Madrid, Síntesis, 2007, p. 44.

⁵³ Adam PZREWORSKI: *Democracy and the Limits of Self-Government*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 9.

⁵⁴ Jerry F. HOUGH and Robin GRIER: op. cit., p. 214.

⁵⁵ Gabriel CARDONA: op. cit., p. 98, suggests an alternative channel for explaining officers' involvement in politics based on friendship and family links («La oposición militar [a Primo de Rivera] se extendía gracias a relaciones de compañerismo, como fue el caso de los artilleros y los aviadores, y también a través de las vinculaciones familiares y amistosas»). This possibility, even if equally subject to problems of unobservability, has a greater chance of being tested (falsified) through a study of military networks in the Spanish Army. This might constitute a promising new field of research on Spanish military history.

direct control over economic resources or firms.⁵⁶ By 1931, the military in Spain had achieved an important degree of specialization in its military tasks. That specialization led to conflicts over distribution of economic rents that revolved around purely military issues like promotions between ranks and other policies affecting officers' professional careers. Those conflicts around officers' professional and economic prospects crystallized in divisions along geographical and corporatist lines.

c) Corporatist Divisions in the Army

The professional and economic interests of the Spanish military corps were important determinants of their involvement in politics. Artillerymen, engineers, infantrymen, cavalrymen, and aviators participated in the most important conspiracies and coups that affected Spanish political regimes during the nineteenth and twentieth centuries. Their identity and interests as members of the corps were important in understanding their position. The Second Republic was not alien to the conflict of interests between corps. After Azaña implemented his military reforms between 1931 and 1933, the center-left republican government altered the distribution of economic rents and professional prospects between corps.

Aviation was probably one of the clearest examples of officers' particular interests along corporatist lines. The Spanish Aviation Corps was the newest in the Spanish Army (it appeared in 1910), but it was soon involved in political controversies. The participation of some aviators in the wars against native African tribes between 1910 and 1927 favored some fast promotions for aviators, but Primo de Rivera (Spanish ruler between 1925 and 1930) never consolidated Spanish Aviation as a fully independent corps. Furthermore, Primo de Rivera never provided adequate funding for the corps, and his personal animosity toward Ramón Franco (a popular aviator) contributed to the widespread involvement of members of the corps in conspiracies against Primo's regime. Aviators' standing in the army drastically changed after 1931. With the arrival of the Republic, Spanish Aviation benefitted from many reforms that improved its professional and economic standing within the army and consolidated its independence vis-à-vis other corps in the army. In a law published in the *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* on May 19, 1931, Azaña gave aviators economic bonuses for their services. Furthermore, the minister cancelled all the decrees against aviation officers approved by Primo de Rivera and created the *Cuerpo General de Aviación*, which established the independence of the corps vis-à-vis the remaining structure of the army once and for all.⁵⁷

Corps in the army also had rivalries based on military education and methods of promotion. The most important corporatist conflict was between the artillery and engineers and infantry and cavalry. Artillery and engineers were the most elite branches and received longer

⁵⁶ Artillery was an exception, but the industries it controlled were exclusively devoted to the production of military equipment, so its control over the Spanish productive system does not seem to go beyond the purely military field.

⁵⁷ Gabriel CARDONA: op. cit., p. 157.

and more technical educations. These corps defended the existence of separate academies with respect to the infantry or cavalry. Primo created the General Military Academy where all the corps shared the first two years of studies, thus increasing the animosity of engineers and artillerymen toward his regime. During the first years of the Republic, Azaña aligned with the interests of the technical corps by closing Primo de Rivera's military academy in Zaragoza and reestablishing three military academies: one for the Infantry, Cavalry, and Quartermaster Corps in Toledo; another for the Artillery and Engineers Corps in Segovia; and a third for the Military Health Corps in Madrid. Officers pursued their *entire* careers within these academies. In other words, Azaña's reforms aligned with the interests of the most technical military groups.

Artillerymen and engineers were also strong supporters of promotions determined by seniority rather than promotions based on combat merit. Methods of promotions are studied in the next section because they were a key aspect that generated divisions in the army between troops in Africa and the Iberian Peninsula.

Economic and professional motivations do not offer a clear prediction for the behavior of *all* the military corps. The Civil Guard is a good example. When differentiating between ideological and materialistic reasons for joining the coup, the former seem more relevant than the latter in the case of the *Benemérita*. The conservative character of the Civil Guard (manifested in its defense of "order" and its opposition to any leftist movement) and its links with rural oligarchies is well documented.⁵⁸ There are no significant economic or professional disputes that divided the corps or affected its relationship with other corps within the army. Perhaps it can be argued that the manipulation of professional interests was favorable to the *Benemérita* when conservative coalitions were in power. Between 1933 and 1935, right-wing governments increased the independence of the corps vis-à-vis the civil power, and there were several attempts to increase the number of members who were part of the corps.⁵⁹ In July 1936, 71% of the officers in the Civil Guard joined the coup, whereas only 29% remained loyal to the republican government.⁶⁰ The case of the Civil Guard is a useful reminder of the scope and limits of our theoretical framework: economic, professional, and other materialistic goals might be a useful *addition* to traditional non-pecuniary (mostly ideological) explanations of officers' behavior during the civil war. However, there might be many cases, like the Civil Guard, for which nonpecunia-

⁵⁸ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: "Las fuerzas de orden público y la República", in Jorge MARTÍNEZ REVERTE, *Los militares españoles en la Segunda República*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2012, pp. 99-134 and Gerald BLANEY: "Between order and loyalty: the Civil Guard and the Spanish Second Republic, 1931-1936" in David Oran (ed.), *Conflict and Legality: Policing Mid-Twentieth Century Europe*, Francis Boutle, London, UK, pp. 42-63.

⁵⁹ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: op. cit., pp. 107-108.

⁶⁰ Francisco ALÍA MIRANDA: *Julio de 1936. Conspiración y alzamiento contra la Segunda República*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 165. Gerald BLANEY: op. cit., pp. 56-7, points out that, in many cases, the units of the Civil Guard waited to know the outcome of the coup before taking sides, so its position was a consequence—rather than a cause—of the outcome of the coup.

ry factors played a major role and deserve most of our attention when studying officers' behavior.

c) Promotions and Geographic Divisions in the Army

The second division in the Spanish Army was along geographical lines and revolved around the methods of promotion preferred by the geographical factions that coexisted within the army. Officers in the military were divided into three rank categories. First, the ranks of lieutenant general (*teniente general*), major general (*general de división*), and brigadier general (*general de brigada*) were part of the general officers, the highest category in the army. The second category was formed by the senior commissioned officers (*jefes*), which comprised the ranks of colonel (*coronel*), lieutenant colonel (*teniente coronel*), and major (*comandante*). Finally, the group of junior commissioned officers (*oficiales*) included captains (*capitanes*), lieutenants (*tenientes*), and *alféreces*.

Officers within each rank were classified on a scale according to their seniority holding the rank. Promotions from one rank to another could be determined following different criteria. The first possibility was having promotions by combat merit, in which officers were promoted on behalf of remarkable actions in the battlefield. A second possibility was promotion by election whereby the ruler simply appointed those officers that would be promoted to the next rank. Finally, promotions could be determined purely by seniority: those officers, having spent longer time holding the rank, were the ones who could be chosen for promotion. Those three methods of promotion (combat merit, election, and seniority) were not always (or simultaneously) in place. Their importance changed with military reforms and the pressures that different military groups exercised to favor one method or another. It is easy to understand why military factions attached great importance to the policies regulating promotions in the army and spent a lot of time and effort lobbying for (or against) their preferred (or least preferred) methods of promotion: officers' promotions improved the economic and social standing in the army by resulting in higher wages and more prestige. In an oversized army with a chronic problem of excess officers in its ranks, ranks were quickly congested, and the progression toward the higher ranks became difficult. Each faction fought for implementing the method of promotions that maximized the chances of its members benefitting from promotions to avoid stagnation in a given rank.

Conflicts around methods of promotion exacerbated the clash between troops posted in the Iberian Peninsula (*Peninsulares*) and those posted in the Spanish North-African colonies (*Africanistas*). The former preferred promotions were strictly determined by seniority, whereas the latter were strong proponents of allowing promotions determined by combat merit. *Peninsulares'* criticism of combat merit often pointed to problems of arbitrariness and favoritism. In this sense, the military journal *La Correspondencia Militar* published an article in 1912 stating that:

There are 2,300 senior officers of Infantry and Cavalry who do not want to be politicians, and who reject any government policy that tries, by means of favoritism, to introduce hated rivalries into the Army. They regard any reward for service that is opposed to their vehement desire to ascend by seniority as a menace to their only safeguard, the scale of seniority.⁶¹

Despite its ecumenical and apolitical pretensions, the article itself is indicative of the political activism of the army in its attempts to influence the methods of promotion and the tensions that existed around that issue. Favoritism and arbitrariness aside, the reasons for that type of activism were linked to officers' self-interest and the impact that methods of promotion had on the careers and economic rewards they expected. On the one hand, *Africanista* officers were regularly involved in combat against native tribes in North Africa between 1910 and 1927 and therefore defended promotion by combat merit as a way to obtain faster progress through the scale. On the other hand, *Peninsulares* opposed promotion by combat merit because, lacking opportunities for combat, they could not benefit from that type of promotion. Allowing promotions determined by combat merit harmed their future prospects in favor of the *Africanista* faction. Nazario Cebreiros, an officer of the Spanish Army in the first half of the twentieth century, showed how self-interest loomed behind officers' defense of one method of promotion over the other. This is how Cebreiros described officers who benefited from promotions by combat merit during Primo de Rivera's dictatorship:

When the Juntas [*peninsulares*' lobbies⁶²] had an unyielding force, they were *junteros* [i.e. *peninsulares*] and fierce defendants of promotions by seniority when they were at the [Iberian] Peninsula; but if, following their desires or by chance, they crossed the strait [of Gibraltar], then they became rapidly convinced that promotion by seniority was not in the interest of the State.⁶³

Thus, rather than acting as the agents of liberal or conservative elites in Spain, officers «would be more concerned with promoting their own interests as military men above or outside of party conflicts.»⁶⁴ The government's decision over the methods of promotion would attract the support of the *Peninsulares* (if emphasis was put on seniority) or the *Africanistas* (if promotions by combat merit were allowed). Decisions over methods of promotion were impor-

⁶¹ Quoted in Stanley G. PAYNE: op. cit., p. 124.

⁶² More precisely, the Military Defense Juntas were peninsular organizations of military men who «were opposed to *Africanistas*, the *méritos* system, the palace clique, and the generals.» Stanley G. PAYNE: op. cit., p. 127.

⁶³ Nazario CEBREIROS: *Las Reformas Militares. Estudio crítico*, Santander, Talleres Tipográficos J. Martínez, 1931, p. 14.

⁶⁴ Stanley G. PAYNE: op. cit., p. 37.

tant determinants of the support that geographic military factions gave to Spanish governments.⁶⁵

In a series of laws passed between 1924 and 1926, Primo de Rivera allowed promotions by combat merit⁶⁶ and by election.⁶⁷ The Republic inherited a military structure where combat merit and election had determined several officers' ranks. In another controversial law, Primo also eliminated the closed scale⁶⁸ for the Artillery Corps and Engineers Corps—an event without precedent in the history of these corps, which had always relied on seniority to determine the promotions in their ranks.

Between 1931 and 1933, Azaña reversed Primo's policies and implemented a series of military reforms that altered the promotion system. Two decrees passed in 1931 cancelled Primo's promotions by elections⁶⁹ and revised those promotions that the dictator passed on combat merit grounds.⁷⁰ Promotions were cancelled except if, at the moment of revision, they could be justified using the seniority criteria. Many officers who had been promoted by Primo lost position in the scale as a result of Azaña's revisions of promotions by combat merit. Azaña's reforms of the methods of promotion were completed with the passage of a law on May 2, 1932 that established the promotion criteria followed during the Republic. The law was partly inspired by a law of 1918, which had been approved under the pressure of *Peninsulares* and other proponents of the seniority criteria for promotions. It was established that promotions would be mostly determined by seniority. In the case of promotions from captain to major and from colonel to brigadier general, it was also required that the officer pass a course and final exam.

The reform of promotion methods in 1932, as well as the reversion of many of Primo's promotions, could have affected officers' and military factions' attitudes vis-à-vis the Republic through three different channels. First, by strengthening the role of seniority and study in determining promotions, the 1932 law favored *Peninsulares*' interests and might have alienated the *Africanista* faction. Second, emphasis on seniority was also in line with the interests of those corps historically attached to the closed scale, namely engineers and artillerymen. Third, those officers who lost positions or were demoted after Azaña revised Primo de Rivera's promotions could have been more likely to raise against the republican government in 1936. There is abun-

⁶⁵ To a certain extent, those decisions also reflected the relative force of each faction. In 1917, when the government approved a law that restored promotions by combat merit, the *Peninsulares* created the Defense Juntas and forced the fall of the government. One of the first measures of the new government was restoring the preeminence of promotions determined by seniority as demanded by the peninsular faction (Michael ALPERT: *La Reforma Militar de Azaña (1931-1933)*, Granada, Comares, 2008, p. 126; Gabriel CARDONA: op. cit., p. 145).

⁶⁶ Law of May 11, 1924.

⁶⁷ Law of July 26, 1926.

⁶⁸ The "closed scale" was another term to designate systems in which promotions were only determined by seniority.

⁶⁹ Order of May 18, 1931. Only the promotions by election that could be justified on seniority grounds were maintained.

⁷⁰ Order of June 3, 1931.

dant anecdotal evidence of how seriously officers took these reforms of promotions within the army. On April 19, 1932, Azaña wrote in his diary that General Goded, who was executed four years later after his failed attempt to lead the military coup in Catalonia, was «very angry because the reforms cut off his career.»⁷¹ In another entry, Azaña echoes the rumors that Melquíades Álvarez, an important political figure of the Republic, «has agreed to combat in the Parliament the cancellation of promotion by combat merit.»⁷² The interests of the army were important issues during the Republic, and military factions had enough political relevance to make their voices heard at the Spanish Parliament. The impact of revisions of promotions was widespread and did not only affect top-rank officers like Goded. Alpert points out that 17 infantry colonels, 34 infantry lieutenant colonels, and 34 cavalry lieutenant colonels were negatively affected by the Decree of May 18, 1931. Furthermore, seven lieutenant colonels were demoted to majors and eight majors to captain.⁷³ Likewise, an analysis of the *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* (DOMG) of March 31, 1933, in which promotions by combat merit during Primo de Rivera's dictatorship were revised, reveals that one lieutenant general, one major general, nine brigadier generals, 17 colonels (four from the General Staff and 13 from Infantry Corps), 32 lieutenant colonels (five from General Staff, 23 infantrymen, three cavalrymen, and one from the Quartermaster Corps), 97 majors (eight from General Staff, 80 from the Infantry Corps, eight from the Cavalry Corps, and two from the Quartermaster Corps), 132 captains (112 infantrymen, 16 cavalrymen, and four from the Quartermaster Corps), and 74 lieutenants (69 from the Infantry Corps and five from the Cavalry Corps) were negatively affected. The impact of revisions was widely felt across ranks and corps.⁷⁴

Among the officers mentioned in the DOMG of March 31 1933, I could identify 323 that were still active in July 1936. Using the data collected by Engel Masoliver,⁷⁵ 276 (85.45%) of those officers joined the coup against the republican government. The remaining 47 (14.55%) remained loyal to the Republic.⁷⁶

⁷¹ «[E]stá muy dolido de que las reformas le hayan cortado la carrera.» Manuel AZAÑA: *Memorias políticas y de guerra, I*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 459.

⁷² «Otros afirman que Melquíades se ha comprometido a combatir en las Cortes la anulación de los ascensos por méritos de guerra.» Manuel AZAÑA: op. cit., p. 20.

⁷³ Michael ALPERT: op. cit., p. 134.

⁷⁴ Alpert points out that the DOMG of March 31, 1933 cancelled 365 promotions by combat merit (op. cit., p. 139). My own counting of the cancellations registered in the decree resulted in the 363 officers mentioned in the text. It must be pointed out that some officers appear twice (e.g., Amado Balmes Alonso is mentioned in the document as both brigadier general and infantry colonel because he benefitted from two promotions by combat merit during Primo de Rivera's dictatorship), so, in reality, less than 363 officers were negatively affected by the revision.

⁷⁵ Carlos ENGEL MASOLIVER: *El Cuerpo de Oficiales en la Guerra de España*, Valladolid, Alcañiz Fresno's Editores, 2008.

⁷⁶ The classical disclaimer "correlation does not imply causation" applies. Despite the fact that the percentage of officers negatively affected by the revision of promotions that joined the coup (85.45%) is higher than the average percentage of officers that rebelled according to Engel Masoliver (80.89%), this correlation does not take into account two important elements. First, it does not consider the impact of other variables that could have also influenced officers' decision (e.g., rank, corps, ideology, or hierarchical effects). Second, the correlation is not free from the reverse causality problem mentioned above:

Concluding Remarks: New Horizons for the Study of the Army in Spain

Developing societies have generally been characterized by a lack of political control over the military. This lack of political control, together with the importance of the potential for attack to ensure the survival and expansion of a particular human group, explains the relevance of the army as a political player that influences the dynamics of society and the process of institutional change.

Besides the ideological links that help to ensure the support of relevant factions of the military to the ruling coalitions, societies have used the creation and distribution of economic rents among officers and military factions. Studying the changes in the creation and distribution of those rents might be an important strategy in improving our understanding of the behavior of military groups throughout history in relevant aspects like their interests in supporting the ruling coalition, their likelihood to rebel against the status quo, and the link between military policies and the (in)stability of some regimes.

One should be careful to avoid an overstatement of the novelty in a self-proclaimed “new theoretical framework” for the Spanish Army. This paper emphasizes the (relatively neglected) economic and professional factors that could have shaped officers’ behavior in July 1936. However, the tension between pecuniary (economic) and nonpecuniary (culture or ideology) factors has shaped the debate to explain structural dynamics and social change for several decades.⁷⁷ It seems fair to state that the insights of our theoretical framework open new research options on the role of the military in institutional arrangements throughout Spanish history. There is little doubt that the Spanish military was an autonomous and relevant elite group in the nineteenth- and twentieth-century Spanish social orders. When studying the Second Republic and Spanish Civil War, it has almost been taken for granted that the failure to consolidate democracy in Spain was due to ideological conflicts and the extremism of leftist and rightist political forces or, in slightly different terms, clashes between conservative elites and masses seeking to redistribute political and economic power. The army is a part of this traditional conceptual framework and usually appears as an agent of the elites during the republican period (that is, as the armed component in charge of protecting the privileges and power of old conservative elites). The fact that the majority of officers rebel against the republican regime in July

did revision of promotions result in less loyalty to the republican government or did (suspected) less loyalty to the Republic cause revision of promotions in 1933? See Alvaro LA PARRA-PEREZ: “For a Fistful of Pesetas? The Political Economy of Military Factions in a Failed Democracy: the Second Spanish Republic (1931-1939,” Weber State University, submitted manuscript, 2015, for evidence of a causal relationship between promotions and the likelihood to join the coup. It must also be pointed out that Fernando PUELL DE LA VILLA: “Julio de 1936: ¿Un ejército dividido?”, in Jorge MARTÍNEZ REVERTE, *Los militares españoles en la Segunda República*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 2012, pp. 77-98, p. 82, reduces the percentage of officers that joined the coup to 67% of commanding officers (“*oficiales con mando de armas*”). More research is needed to refine our knowledge of the officers’ side during the civil war.

⁷⁷ See, for example, Theda SKOCPOL: “A Critical Review of Barrington Moore’s Social Origins of Dictatorship and Democracy,” *Politics and Society*, 1/4 (1973), pp. 1-34.

1936 is often explained by the conservative ideology that permeated the army, whereas those officers that remained loyal were the few that were sympathetic to leftist ideas.

There is no doubt that ideology and beliefs played important roles during the Republic and especially during the civil war, but this view is too simplistic in at least two ways. First, by highlighting the “conservative ideology of the army,” it offers an excessively monolithic view of the military. In reality, the army was divided into many groups and factions that held different interests on both ideological and economic issues. Second, it neglects one important tool that ruling coalitions used to attract the support of military groups, namely the creation and distribution of economic rents between military factions. In Spain, those economic and professional military interests mostly revolved around the design of military education or the method of promotion (seniority, selection, or combat merit). Conflicts and different interests in those questions led to frictions between factions (technical against non-technical corps, *Peninsulares* against *Africanistas*...). We know little about how those changes in economic and professional military interests between 1931 and 1936 affected officers’ attitudes vis-à-vis the republican regime. This could constitute a useful addition to the purely ideological explanations that have traditionally dominated the literature.

Using data from Engel, I find that aviators and officers whose economic and professional prospects were worsened after Azaña’s reforms (either because they were negatively affected by the revision and cancellation of Primo de Rivera’s promotions or because their professional prospects worsened after the elimination of the rank of lieutenant general) were more likely to join the military coup of July 1936 against the republican government.⁷⁸ This is just a first indication that the study of military factions and their economic interests might *add to* the current knowledge regarding the behavior of military groups during the Republic and civil war. Our theoretical framework suggests some additional options to delve into the study of the Second Spanish Republic: is it possible to enhance our measurement (or available evidence) regarding the ideological divides within the military (either at the individual or at the factional level)? What is the relative importance of ideological motivations with respect to economic self-interest in explaining officers’ behaviors during the Second Republic and civil war? Were there other economic rents distributed between military groups? To what extent did republican military policies impact officers exclusively via the redistribution of economic rents? Did ideology play any role in the design and implementation of Azaña’s military policies?

Besides reinforcing interdisciplinarity by connecting the study of the military to the economic and political reality of the Republic, the theoretical framework has broader implications for the study of social dynamics in Spain. First, our framework suggests that intra-elite conflict might be an important driver of the process of institutional change and the challenges that societies face in consolidating transitions to democracy. This view is at odds with the traditional “elites vs. masses” approach that dominates the study of political and institutional

⁷⁸ Álvaro LA PARRA-PEREZ: op. cit.

change.⁷⁹ Second, the application of the framework does not need to be restricted to the case of the military. Further empirical applications will require the study of elite groups that formed the ruling coalitions in Spain (or that fought for being part of that coalition) and the mechanisms that ensured their cooperation, particularly the creation and distribution of economic rents.

Insofar as the military was one of the most important political agents in Spain, applying the insights of the theoretical framework to the Spanish military might constitute a useful point of departure to further improve our understanding of Spain's difficult path to development and a more consolidated democracy.

⁷⁹ Scholars outside the Marxist school have also adopted and popularized the “masses versus elites” framework in economics and political science (see, for example, Daron ACEMOĞLU and James A. ROBINSON: *Economic Origins...*).

Los mutilados de Franco: el Benemérito Cuerpo y la política social en la España franquista

Francó's disabled veterans: the BCMGP and the politics of welfare in Nationalist Spain

Stephanie Wright
University of Sheffield, Gran Bretaña
Smwright1@sheffield.ac.uk

Abstract: By 1943 the Nationalist disabled veterans' association – the Honourable Corps of Disabled in the War for the Fatherland (BCMGP) – reportedly counted upon 50,000 members. Exploring the personnel files of disabled veterans, as well as the organisational records of the government body responsible for the war disabled, the following paper provides a preliminary exploration of the aims and limitations of this Corps. More specifically, it will analyse the BCMGP's entry criteria, the ability of the association to guarantee a certain standard of living for its members, and its effectiveness in terms of encouraging social support for the Francoist dictatorship.

Keywords: *Veterans, disability, masculinity, Millán Astray, Spain.*

Resumen: En 1943 la asociación de mutilados “nacionalistas” – el Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria (BCMGP) – ya contaban con un relatado 50,000 miembros. Basándose en los resultados de un estudio preliminar de los expedientes personales de los mutilados incorporados en el BCMGP y de los fondos de la Dirección de Mutilados de Guerra por la Patria, el presente artículo analiza los factores que determinaron el ingreso de individuos en este Cuerpo, la medida en que éste eliminó la penuria de sus miembros y la eficacia del BCMGP con respecto al fomento del apoyo social de la dictadura franquista.

Palabras clave: *Excombatientes, mutilados, masculinidad, Millán Astray, España.*

En su propuesta sobre la asistencia del Cuerpo de Mutilados al desfile de la Victoria de Madrid en Mayo de 1939, el General José Millán Astray sugirió “que todos vayan en camiones para evitar la lentitud o entorpecimiento en el desfile y para aminorar el

dolor de los que los contemplan”.¹ Esta idea de “entorpecimiento” sirve quizás de metáfora para la presencia en la posguerra de mutilados del ejército nacional, y la dificultad de reintegrar a un grupo de individuos que ya no concordaba con las nociones hegemónicas de la masculinidad franquista.² La guerra civil española dejó en su estela a miles de excombatientes heridos y mutilados,³ los más visibles y privilegiados de los cuales formaban parte de la asociación oficial de mutilados, el Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria (BCMGP) cuyo Reglamento Provisional fue aprobado en abril 1938.⁴ Dependiendo del grado de mutilación, los “Caballeros Mutilados” del Cuerpo gozaban de varias ventajas, notablemente apoyos económicos, un acceso privilegiado a colocaciones en la administración estatal y el derecho de no tener que formar colas – una señal de estatus y una prerrogativa importante en una época de escasez y racionamiento.⁵ Por lo tanto, es evidente que la entrada en el BCMGP podía asegurar la sobrevivencia de algún individuo en la dura posguerra franquista. Por otra parte, tal organización estatal podía garantizar la lealtad de un grupo social problemático. Efectivamente, en contraste con los excombatientes de la Primera Guerra Mundial de los países vencedores como los Estados Unidos y Canadá, que demostraron su capacidad para influir en la política,⁶ los veteranos “nacionales” de la guerra civil española como conjunto nunca se convirtieron en un grupo de presión importante.

¹ Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), C. 2537, 13, Proyecto del General Millán Astray sobre la asistencia al desfile de la Victoria de Madrid de Cuerpo de Mutilados.

² Sobre la masculinidad en la España franquista, véase María ROSÓN VILLENA: “El álbum fotográfico del falangista: género y memoria en la posguerra Española”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 68:1 (2013), pp. 215-238; Mary VINCENT: “The Martyrs and the Saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade”, *History Workshop Journal*, 47 (1999), pp. 68-98.

³ Es difícil establecer el número preciso de individuos mutilados en la guerra. Paloma Aguilar estima que la totalidad de mutilados para ambos bandos fue 80.000. Con respecto a los nacionales, Millán Astray relató en 1939 que había 300.000 heridos ingresados en los hospitales, 15.500 habían solicitado el ingreso al Cuerpo de Mutilados, y 13.300 habían sido clasificados de “mutilados” en sus distintas categorías. Sin embargo, en el mismo documento contradice esta cifra, indicando que los 13.300 referían únicamente a los mutilados “útiles”. Más tarde, *Arriba* reportó unos 50.000 miembros del BCMGP en 1943. Dado los criterios que determinaron la entrada al BCMGP, es probable que esta cifra fuese más elevada si consideramos los que no lograron ingresar en el Cuerpo. Véase Paloma AGUILAR: “Agents of memory: Spanish Civil War veterans and disabled soldiers”, en J. WINTER and E. SIVAN (eds), *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 86; Ángel ALCALDE: *Los excombatientes franquistas. La cultura de guerra del fascismo español y la Delegación Nacional de Excombatientes (1936-1965)*, Zaragoza, PUZ, 2014, p. 122; AGMAV, C.2326, 50, 91, 27-31, Mutilados de Guerra. Expediente relativo a las instrucciones para poner en marcha el reglamento de Mutilados de Guerra.

⁴ Ángel ALCALDE: op. cit., p. 119.

⁵ Sobre las penurias de la vida de posguerra, véase Claudio HERNÁNDEZ BURGOS: *Franquismo a ras de suelo: Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Granada, Universidad de Granada, 2013, pp. 164-178; Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO: “Hunger and the Consolidation of the Francoist Regime (1939-1951)”, *European History Quarterly*, 40:3 (2010), pp. 458-483.

⁶ Lara CAMPBELL: “‘We who have wallowed in the mud of Flanders’: First World War Veterans, Unemployment and the Development of Social Welfare in Canada, 1929-1939”, *Journal of the Canadian Historical Association*, 11:1 (2000), pp. 125-149; Paul DICKSON y Thomas B. ALLEN: “Kiplinger Library Acquisition: The Legacy of the Bonus Army”, *Washington History*, 19-20 (2007-8), pp. 86-96.

Este artículo ofrecerá una aproximación provisional a los intentos y limitaciones del Benemérito Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria en la consolidación del apoyo social del régimen franquista. Basándose en los resultados de un estudio preliminar de treinta y dos expedientes personales de los mutilados incorporados al BCMGP y de los fondos de la Dirección de Mutilados de Guerra por la Patria en el Archivo General Militar de Ávila, examinaremos los factores que determinaron el ingreso de individuos al Cuerpo, la medida en que éste eliminó la penuria de sus miembros y la eficacia del BCMGP con respecto al fomento del apoyo social de la dictadura en la posguerra.

Criterios de ingreso.

Como se ha descrito en otro lugar,⁷ el Reglamento del BCMGP estableció cuatro categorías de mutilación según la severidad del conjunto de lesiones que presentaba un individuo: absoluto, permanente, potencial y útil. La clasificación de un mutilado se calculaba según el “Cuadro de Lesiones Orgánicas y Funcionales” adjunto al Reglamento, que proporcionó un determinado porcentaje a la(s) lesión(es) que padecía. Si un excombatiente contaba con múltiples lesiones, los porcentajes se acumularon, lo que tuvo a veces el curioso resultado de denominar una mutilación de más del 100%.⁸ El Reglamento y el Cuadro no eran creaciones totalmente novedosas:⁹ en gran medida se inspiraban en la legislación francesa establecida en 1919 para los inválidos de guerra en Francia, además de la anterior ley española sobre el Cuerpo y Cuartel de Inválidos, introducida en 1926 y suprimida bajo la República en 1932. Sin embargo, a pesar de basarse en la legislación anterior, un análisis detenido de los aspectos elegidos y descartados de ambos precedentes resulta revelador de las prioridades de las autoridades nacionales a la hora de edificar el BCMGP.

La idea de utilizar un sistema de porcentajes para medir la severidad de una lesión provenía de la legislación francesa, aunque el Cuadro franquista a veces resultó menos detallado que el francés: con respecto a las heridas del brazo, por ejemplo, la legislación de 1919 distinguía entre los miembros “activos” y “pasivos”, mientras que la española presuponía que para todos el brazo derecho tenía mayor capacidad funcional, y por lo tanto, más valor.¹⁰ Además, a diferencia de la ley franquista, en Francia el porcentaje nunca podía sobrepasar el 100%.¹¹ Por otra

⁷ Ángel ALCALDE: op. cit., p. 119.

⁸ Ex-divisionario A., por ejemplo, perdió ambas piernas (101%) y la visión del ojo derecho (30%), resultando en un coeficiente de 131% de mutilación. Archivo General Militar de Segovia, 2194-4. Se ha suprimido los nombres de los militares citados en este estudio para proteger sus identidades.

⁹ Ángel ALCALDE: op. cit., p. 119.

¹⁰ J. GARNAUD: *Application de la loi du 31 mars 1919: Guide de L'Expert aux Commissions de Réforme*, Paris, Libraires de l'Académie de Médecine, 1919, p. 52; En el Cuadro de Lesiones del BCMGP las denominaciones “*actif*” y “*passif*” presentes en la legislación francesa para distinguir entre los miembros con más capacidad funcional ha sido cambiado por “derecho” y “izquierdo”, véase *Reglamento del Benemérito Cuerpo de Mutilados de la Guerra: Cuadro de Lesiones Orgánicas y Funcionales*, Burgos, Imprenta Aldecoa, 1938, pp. 20-30.

¹¹ J. GARNAUD: op. cit., p. 5.

parte, muchas de las ideas relacionadas con la elegibilidad y los procesos burocráticos tenían sus orígenes en la ley española anterior, por ejemplo el hecho de distinguir entre los individuos lesionados por el enemigo, y los heridos de otra manera mientras prestaban servicio.¹² Esta continuidad con los valores militares de la época primoriveriana refleja la fuerte influencia de la experiencia de la guerra de marruecos en el bando sublevado durante la guerra civil.¹³ Un análisis de las heridas comprendidas en el Reglamento y el Cuadro del BCMGP permite entrever las mutilaciones favorecidas por las autoridades, los factores que determinaron el ingreso de algún solicitante al BCMGP y los objetivos del régimen en un sentido más amplio.

Quizás uno de los ejemplos más demostrativos que presenta el Cuadro de la política franquista con respeto a los mutilados es el porcentaje superior acordado a las lesiones del brazo derecho comparado con el izquierdo: la amputación del primero se valoraba entre el 71-80% en comparación con el 65-70% para el izquierdo. De esta forma, es posible descartar el nivel de dolor físico experimentado por el mutilado como factor decisivo en la atribución de los porcentajes del cuadro. Más bien, la pérdida de distintas partes del cuerpo se valoraba en gran parte según su impacto sobre la capacidad funcional del individuo en cuestión. Este énfasis en la capacidad funcional no difería tanto de la legislación francesa. No obstante, está claro que las razones para diagnosticar esta capacidad sí variaban entre los dos países. En Francia, el porcentaje de mutilación de un individuo sirvió para establecer la medida en que esta persona fuese compensada con una pensión por su falta de capacidad funcional; los mutilados franceses tenían derecho a una remuneración financiera a partir de un coeficiente del 10%. En España, esta capacidad funcional estaba más estrechamente vinculada a la capacidad laboral: en vez de medir la pérdida de la capacidad laboral para compensarla, el objetivo era determinar la capacidad laboral que un individuo aún tenía. En efecto, el Reglamento dejó claro que la denominación de mutilado “útil” – que se aplicó a la mayoría de los veteranos, con lesiones clasificados entre el 11-90% – hacía referencia a su utilidad para el trabajo: “Son *mutilados útiles* los que... al término de su curación pueden ser empleados en los destinos o trabajos a que alude este Reglamento.”¹⁴ En comparación con la legislación francesa, se enfocaba en la “utilidad” de un mutilado en vez de su incapacidad, lo que tenía implicaciones económicas – los mutilados solo obtenían pensiones a partir de un 91% de mutilación – e ideológicas.¹⁵

El hecho de centrarse en la potencia laboral del mutilado corresponde a la actitud de ciertos médicos del régimen, que valoraban el individuo según su aportación a la nación. El psiquiatra Antonio Vallejo Nágera, por ejemplo, alabó el “grandioso taller” del sistema psiquiátrico moderno, que había asegurado que “las piltrafas sociales son ahora afanosos obreros que

¹² Boletín Oficial del Estado, 112, 22/4/1927, p. 538.

¹³ Véase Paul PRESTON: *The Spanish Holocaust: Inquisition and Extermination in Twentieth-Century Spain*, London, HarperPress, 2012, pp. 165, 303, 311, 323; Sebastian BALFOUR: *Deadly Embrace: Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

¹⁴ BOE 540, 14/4/1938, p. 4.

¹⁵ Como veremos más adelante, los porcentajes límites para cada categoría evolucionaron con el tiempo.

se ganan la vida con su trabajo.”¹⁶ Además se vinculó el trabajo con la integración social, lo que seguramente tenía que ver con la experiencia histórica de ver a los mutilados de guerra desamparados pidiendo limosna en la calle, como describe esta publicación propagandística republicana de 1937 dirigida a los mutilados de la contienda:

Seré – piensas – como esos hombres que he visto desde niño en las plazas públicas, en los suburbios de la ciudad o en las encrucijadas de los caminos, extendiendo su mano o luciendo sus muñones, entre la indiferencia de la gente.¹⁷

El Caballero Mutilado A., herido en 1939, incluso rechazó a primera vista la categoría de “permanente” a pesar de su valor económico, prefiriendo trabajar como ordenanza en una Junta Administrativa de Obras Públicas.¹⁸ Luego, en 1944, pidió a la Dirección General del Benemérito Cuerpo que le declarase “permanente” por tener grandes dificultades en desempeñar su cargo. Sin embargo, este ejemplo sugiere que para algunos al menos, era preferible tener empleo que vivir de las pensiones del estado.

No obstante, el valor laboral como único justificante de las estimaciones presentadas en el Cuadro parece insuficiente en algunos casos, sobre todo con respecto a las heridas en el aparato sexual masculino, que no necesariamente tuvieron un impacto grave en cuanto a la capacidad de un veterano para el trabajo. El valor atribuido a la “emasculación total”, o sea la “desaparición del pene, del escroto y de los testículos, haciéndose la micción por un meato perineal o hipogástrico”, fue 71-90%, es decir más que la pérdida de un brazo. Por lo tanto, es evidente que consideraciones familiares y reproductivas tuvieron alguna importancia en la asignación de los porcentajes a las distintas lesiones. La valorización de las capacidades reproductivas se volvió aún más claro después de 1958, cuando el porcentaje atribuida a la “emasculación total” equivalía un 101%.¹⁹ De modo parecido, esta legislación más reciente incluía un artículo otorgando un porcentaje de 101% a “Enfermedades mentales de origen crónico postconfusionales que incapacite en absoluto para la vida social y familiar”.²⁰ De este modo, el Cuadro demuestra la valorización de la masculinidad franquista tanto en términos reproductivos y familiares como en términos laborales.

Un aspecto destacable del Cuadro es la carencia de ciertas categorías de discapacidad, notablemente secuelas puramente psicológicas de la contienda o las debilidades que resultaron de las enfermedades contraídas en el frente. La omisión de las primeras no es muy sorprendente, e incluso la legislación francesa negó la posibilidad según la ciencia contemporánea de atribuir

¹⁶Antonio VALLEJO NÁGERA: *Tratamiento de las Enfermedades Mentales*, Valladolid, Santarén, 1940, p. 15.

¹⁷Rodolfo VIÑAS: *¡Eres útil a la patria!*, Madrid, Ediciones Españolas, 1937, p. 4.

¹⁸Archivo General Militar de Segovia, 2194-3, Caballero Mutilado A.

¹⁹Agustín GARCÍA LAFORGA: *Mutilados de Guerra por la Patria (Soldados Viejos y Estropeados)*, Siglos XVI al XXI, Zaragoza, Herald de Aragón, 1971, p. 325.

²⁰Ibidem., p. 311.

este tipo de enfermedades al servicio militar, excepto en casos excepcionales.²¹ No obstante, la ley de 1919 sí reconocía la incapacidad que resultó de las enfermedades contraídas en campaña.²² En este sentido, la ley del BCMGP se acercaba más a la legislación española de 1926.²³ La falta de reconocimiento de los excombatientes incapacitados por enfermedad preocupó a ciertos médicos españoles. En junio de 1938, el Presidente de la Real Academia de Medicina de Zaragoza dirigió una petición a Franco pidiendo la incorporación de los veteranos “inutilizados por enfermedades adquiridas en campaña”, que “quedaron también mutilados al perder el buen funcionamiento de sus pulmones o de su corazón, o la perfecta actividad fisiológica de su hígado o de su bazo...”.²⁴ La respuesta en negativa del Cuartel General del Generalísimo señaló su preocupación por la dificultad de establecer la causa original de estas enfermedades, lo que “se prestaría a numerosas reclamaciones, por pretender algunos beneficiarse con la Ley, simulando o exagerando sus afecciones.”²⁵ A esta actitud desconfiada se unió una ansiedad con respecto a la burocracia que ya había aumentado de manera considerable con la aplicación del Reglamento pese al hecho de que “las lesiones y mutilaciones quirúrgicas se diagnostican y clasifican rápidamente”, lo que supuestamente no era el caso con las enfermedades internas. De este modo, las preocupaciones administrativas – y por lo tanto financieras – con respecto a la incorporación de grandes números de excombatientes al Cuerpo, se sumaron a una conciencia implícita de la facilidad de negar el vínculo entre la guerra y las lesiones “invisibles”, y la responsabilidad del régimen hacia estos individuos.

Del mismo modo, eran excluidos los veteranos que padecían problemas mentales. Evidentemente, había cierta empatía por excombatientes cuyos problemas surgieron de traumas físicos, como demuestra el ejemplo del veterano Caballero Mutilado B, cuyas heridas sufridas en Teruel por metralla le habían dejado con una edad mental de nueve años. Este veterano fue clasificado como mutilado permanente, y se le acordó una pensión mensual de 202,20 pesetas más 90 pesetas de auxilio.²⁶ De modo parecido, al Caballero Mutilado C – que después de haber sido herido por metralla enemiga el 16 de mayo de 1937 en el frente de Vizcaya mostró “actitudes de terror” – se le concedió una pensión de 202,20 más 140 pesetas mensuales, más 90 de auxilio y 50 céntimos por día para cada hijo legítimo menor de edad.²⁷ Sin embargo, las actitudes contemporáneas hacia la enfermedad mental – como la de Vallejo Nágera señalada arriba – afectaban las experiencias de excombatientes que padecían secuelas psicológicas del conflicto. El Cabo de milicia falangista y mutilado “útil”, Caballero Mutilado D, internado en una clínica psiquiátrica durante una temporada por demostrar “trastornos que le imposibilitan totalmente por temporadas”, había perdido dos veces su empleo por no tener las capacidades de desempe-

²¹ J. GARNAUD: op. cit., p. 113.

²² *Ibidem.*, pp. 8-9.

²³ Artículo 2 de la ley de 1926 negó la entrada en el Cuerpo de Inválidos a excombatientes afectados por enfermedades adquiridas en campaña o por causa del servicio. BOE 112, 22/4/1927, p. 538.

²⁴ AGMAV, C.2326, 50, 91, 9-12.

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ AGMG, 103-2700, Caballero Mutilado B.

²⁷ AGMS, 2194-13, Caballero Mutilado C.

ñarlo. La solicitud apasionada de su esposa dirigida al Cuerpo – en la que rogó su reclasificación como mutilado “permanente”, citando la situación económica precaria de su familia – fue rechazada por las autoridades tras un examen psiquiátrico, concluyendo que su marido no padecía una “enfermedad genuina” sino que era “una Personalidad Débil Mental, deficientemente adaptado”.²⁸ Esta actitud escéptica con respecto a la higiene mental correspondía a la idea de una “Psiquiatría Nacional”, que vinculó la higiene mental con la personalidad débil del individuo, e incluso su desviación política.²⁹

Desde luego, aquellos excombatientes que sufrían enfermedades mentales no encajaban dentro de las precisiones del Reglamento Provisional sobre los orígenes de las lesiones necesarias para ingresar en el BCMGP. Para ser clasificado como Caballero Mutilado, era imprescindible que:

la herida origen de la mutilación haya sido producida por el hierro o fuego del enemigo, rebeldes o sediciosos, o por efecto de cualquiera de los elementos de destrucción y defensa utilizados en campaña, si la mutilación es consecuencia de la lucha, o ha sido adquirida prestando servicio en campaña o en la represión de delitos contra la seguridad de la Patria, del Estado, del Ejército, de la Armada o de la disciplina militar, o en hechos a los que, por Decreto, se conceda este carácter.³⁰

Efectivamente, en la documentación relativa a los juzgados militares especiales del BCMGP, que discutían los expedientes de los solicitantes al Cuerpo, se solía hacer referencia al “honor” de los orígenes de una lesión. Esto fue una continuación de la legislación española de 1926, que especificaba que los “inválidos de guerra” eran únicamente ellos cuyas lesiones fueron producidas:

por armas o elementos destructores [sic] empleados por el enemigo, rebeldes o sediciosos, en campaña, territorio declarado en estado de guerra o en hecho a que por Real decreto se conceda este carácter.³¹

La idea de valorar los soldados heridos por fuego enemigo reflejaba ideas antiguas y universales sobre el héroe – un individuo que representa lo más puro y noble de su pueblo, y cuya valentía tiene la capacidad de salvar a su patria.³² Más específicamente, la legislación pri-

²⁸ AGMG, 190-4154, Caballero Mutilado D.

²⁹ Véase Enrique GONZÁLEZ-DURO: “Psiquiatría ‘nacional’”, en Víctor APARICIA BASAURI (ed.), *Orígenes y Fundamentos de la Psiquiatría en España*, Madrid, ELA, 1997, pp. 245-264; Enrique GONZÁLEZ-DURO: *Los psiquiatras de Franco: Los rojos no estaban locos*, Madrid, Ediciones Península, 2008, p. 154; Javier BANDRÉS y Rafael LLAVONA: “La psicología en los campos de concentración de Franco”, *Psicohema*, 8:1 (1996), p. 1.

³⁰ BOE 540, 14/4/1938, p. 3.

³¹ BOE 112, 22/4/1927, p. 538.

³² Robert WHELDON WHALEN: *Bitter Wounds: German Victims of the Great War, 1914-1939*, Ithaca, Cornell University Press, 1984, pp. 24-25.

moriveriana reflejaba la cultura de guerra de las fuerzas africanistas forjada en las primeras décadas del siglo XX, sobre todo la alabanza del sacrificio y la muerte ‘gloriosa’ en batalla,³³ y contrastaba con la legislación francesa de 1919 que reconocía las mutilaciones producidas por arma francesa, siempre que la herida no fuese voluntaria.³⁴ Estas experiencias de guerra anteriores a la guerra civil influyeron en la cultura de guerra del franquismo, lo que se vio reflejada en la legislación sobre los mutilados de la guerra civil que buscó compensar a los excombatientes más heroicos y, por lo tanto, patrióticos.

Este énfasis en los orígenes honrosos de la mutilación queda reflejado en los testimonios en los procesos de ingreso al BCMGP. En una carta firmada por su Comandante Mayor, se juraba que el Soldado E fue herido en el Frente de Teruel en enero 1938, “sin menoscabo del honor militar, sin impericia ni negligencia por su parte”.³⁵ De modo parecido, el General Jefe de la Dirección General de Mutilados devolvió al Juez Instructor del Juzgado Especial local el expediente del Soldado F – cuyas heridas provinieron de la explosión prematura de una bomba que llevaba en sus manos – pidiendo más detalles sobre:

las circunstancias que concurrieron en el hecho origen de la mutilación de forma que se hagan constar si existió imprudencia o no, por parte del interesado al ocurrir la explosión prematura, si fué [sic] en acto de servicio y este encomendado por sus superiores, se mencionará el carácter que tenía el lugar donde ocurrió la explosión si era vanguardia o frente solamente.³⁶

El hecho de subrayar la medida de culpabilidad del mutilado reflejaba actitudes pre-existentes en el país, sobre todo desde la Ley de Accidentes del Trabajo de 1922, que limitó el acceso a una indemnización si el accidente hubiera “originado por voluntad, negligencia o imprudencia constitutivas de delito o falta”.³⁷ Como consecuencia, existía un cierto escepticismo a la hora de determinar si el mutilado merecía entrar en el BCMGP, y la voluntad de encontrar algo defectuoso en el carácter del individuo que exculparía al Estado de responsabilidad.

Resultar herido por razones ajenas a las descritas en el Reglamento podía ser problemático para un excombatiente. Efectivamente, en enero de 1939 Millán Astray calculó que había 600 casos de mutilados accidentales sin resolver.³⁸ Según el testimonio del Oficial Primero del Cuerpo de Oficinas Militares, el solicitante Soldado G fue lesionado en un accidente en 1938 mientras prestaba servicio como motorista. Sin embargo tanto en su juzgado militar como en

³³ Geoffrey JENSEN: *Irrational Triumph: Cultural Despair, Military Nationalism and the Ideological Origins of Franco's Spain*, Nevada, University of Nevada Press, 2002, pp. 146-147.

³⁴ J. GARNAUD: op. cit., p. 7.

³⁵ AGMG, 46-1233, Soldado E.

³⁶ AGMG, 140-3447, Soldado F.

³⁷ José MARTÍNEZ-PÉREZ y María Isabel PORRAS GALLO: “Hacia una nueva percepción social de las personas con discapacidades: Legislación, medicina y los inválidos del trabajo en España (1900-1936)”, *Dynamis*, 26 (2006), p. 215.

³⁸ AGMAV, C.2326, 50, 91, 27-31, Mutilados de Guerra.

su carta de solicitud para entrar en el BCMGP, el Soldado G mantuvo que fue herido “por metralla enemiga”.³⁹ El hecho de que este individuo sentía la necesidad de mentir con respecto a los orígenes de su incapacidad incluso en el juzgado militar demuestra la estrechez de los criterios exigidos para el ingreso en el BCMGP. Pone de relieve, también, una cierta audacia por parte del mutilado, que sabía manipular el sistema burocrático para conseguir sus fines personales.

No obstante, el régimen se mostró algo adaptable con respecto a los mutilados accidentales. En el decreto del 12 de julio de 1940 se reconoció a los soldados heridos en accidentes durante el servicio militar, acordándoles la entrada al BCMGP con el título de Mutilados Accidentales.⁴⁰ Por ejemplo, el Mutilado Accidental, Soldado H sufrió una herida en 1948 mientras trabajaba en la sierra con su unidad, lo cual le dejó parcialmente paralizado. En abril de 1949, después de dirigir una carta a Millán Astray lamentando el retraso de su expediente y su situación económica precaria, le concedieron una pensión de 300 pesetas mensuales.⁴¹ Como vemos, los criterios de elegibilidad descritos en la ley de 1938 no eran fijos, sino evolucionaron con el tiempo. No obstante se mantuvieron claras distinciones nominales entre los mutilados de guerra y los mutilados “Accidentales”, lo cual refleja la persistente exaltación de la guerra una década después de la victoria franquista.

Por otra parte, los expedientes personales de los mutilados nos sugieren la importancia de algunos factores más nebulosos a la hora de determinar el éxito de una solicitud y el grado de mutilación acordado, que refleja la cultura de “tráfico de influencias” que caracterizaba las operaciones en los años cuarenta de la Delegación Nacional de Excombatientes (DNE).⁴² Había ocasiones, por ejemplo, en que se aumentaba el porcentaje de mutilación de algún veterano para que alcanzase la categoría superior, sin ninguna prueba demostrando el empeoramiento de sus lesiones. El porcentaje de mutilación del Soldado de Milicia I, quien tenía una lesión en la mano, aumentó del 5% (clasificado como “herido de guerra”) a 15% (“mutilado útil”) sin justificación documental.⁴³ Su subsiguiente colocación como guardia de prisiones proporcione tal vez una explicación para este acontecimiento.

De modo parecido, parece relativamente frecuente el atribuir a un mutilado una clasificación superior a su porcentaje de mutilación. Así fue para el Caballero Mutilado J, amputado del brazo derecho y clasificado con un porcentaje de mutilación del 80%, pero clasificado como mutilado “Permanente” en 1941 por la Junta Facultativa Medica de la Dirección de Mutilados de Guerra por la Patria por su “evidente incapacidad para el trabajo”.⁴⁴ Igualmente, Caballero Mutilado K, un soldado amputado del muslo izquierdo fue clasificado por la Junta como “Permanente” en septiembre de 1942 “aún no alcanzando la puntuación reglamentaria para

³⁹ AGMG, 162-3758, Soldado G.

⁴⁰ BOE 237, 24/08/1940, p. 5859.

⁴¹ AGMS, 2194-18, Soldado H.

⁴² Ángel ALCALDE: op. cit., p. 163.

⁴³ AGMG, 174-3940, Soldado de Milicia I.

⁴⁴ AGMG, 46-1231, Caballero Mutilado J.

esta clasificación”, por su incapacidad laboral.⁴⁵ Dada la elocuencia de este individuo en sus cartas a las autoridades, es poco probable que no fuera apto para ningún destino sedentario. A estos ejemplos más destacables de discreción por parte de la Dirección de Mutilados, se añade la flexibilidad ofrecida por los rangos de porcentajes presentes en el Cuadro de Lesiones. La medida en que los médicos se aprovecharon de esta flexibilidad para atribuir porcentajes más bajos o elevados a distintos mutilados es difícil de determinar con las fuentes disponibles.

El último factor que afectaba al sino de una solicitud al BCMGP que evaluaremos en estas páginas es la política personal del mutilado y su adhesión a los valores del Movimiento. Dado que la gran mayoría de los combatientes en el ejército franquista no eran voluntarios, y solo entraron en filas después de la movilización obligatoria de los primeros reemplazos de reclutas a partir del verano de 1936,⁴⁶ seguramente habría mutilados no tan plenamente conformes con los valores del nuevo régimen. Además, el “reciclaje” por parte del ejército franquista de prisioneros de guerra republicanos o desertores del bando enemigo,⁴⁷ implicaba la presencia en la posguerra de mutilados que, a pesar de ser excombatientes franquistas, tenían pasados indiscutiblemente “rojos”. El Soldado L, de tendencia izquierdista antes de la guerra, se encontró en zona sublevada al estallar la contienda. Reclutado en Oviedo, fue herido con una mutilación del 30% en 1938, por bala enemiga. Las autoridades del BCMGP se preocuparon por su pasado políticamente dudoso, y le exigieron toda una serie de testimonios para asegurar su buen carácter, incluso del Alcalde Presidente de Oviedo, del Teniente Coronel Mayor de su Regimiento de Infantería, y del Brigada Comandante de puesto. Este último afirmó en 1953 que era “persona de buena conducta en general, aunque algo habitual a la bebida.”⁴⁸ Aunque es llamativo que el BCMGP no rechazó la solicitud del Soldado L desde el principio, los numerosos testimonios y el hecho de que su juicio especial solamente tuvo lugar en 1953 hace resaltar los límites del efecto “redentor” de servir en el ejército franquista para individuos con antecedentes republicanos.⁴⁹

Los criterios – oficiales y discrecionales – que determinaron la entrada en el BCMGP y el grado de ventaja acordado a un individuo, ofrecen una perspectiva importante sobre las prioridades y mentalidades del régimen franquista en la posguerra. Los beneficios del Cuerpo permitieron a las autoridades recompensar ciertos comportamientos políticos y sociales. El Caballero Mutilado ideal tenía claras lesiones físicas de su experiencia con arma o fuego enemigo, las cuales constataban una prueba de su honor masculino y su adhesión y devoción a la “Cruzada”. Al mismo tiempo, el arquetípico Caballero Mutilado mantenía su identidad masculina a pesar de sus heridas gracias a su capacidad laboral. Los excombatientes sin lesiones visibles y que no podían volver al trabajo no tenían este mismo valor simbólico, y por lo tanto su ingreso en el BCMGP no resultó propicio de forma ni económica ni ideológica para el régimen. A esta afir-

⁴⁵ AGMS, 2194-5, Caballero Mutilado K.

⁴⁶ James MATTHEWS: *Reluctant Warriors: Republican Popular Army and Nationalist Army Conscripts in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Oxford, Oxford University Press, 2012, p. 29.

⁴⁷ *Ibidem.*, p. 52.

⁴⁸ AGMG, 27-734, Soldado L.

⁴⁹ James MATTHEWS, *op. cit.*, p. 220.

mación hay que añadir la excepción de las lesiones en el sexo masculino, los cuales no siempre eran visibles, pero que merecían el reconocimiento del régimen por su impacto sobre la vida familiar. Por otra parte, para los solicitantes que no tenían pasados conformes con la política del Movimiento Nacional, se aumentaron los trámites burocráticos, solicitando numerosos avales que retrasaban su entrada al Cuerpo. De esta forma, las actividades excluyentes del BCMGP – que incluyeron, por supuesto, la exclusión total de veteranos del bando republicano – se pueden considerar como una extensión de la “cultura de represión” de la administración franquista en los años tras la guerra civil.⁵⁰

El BCMGP: ¿garantía de bienestar?

Como se ha afirmado anteriormente, conseguir el ingreso al BCMGP podía asegurar la supervivencia de un veterano mutilado en la dura posguerra. Los individuos con lesiones más graves tenían derecho a una pensión, y los que aún eran capaces de desempeñar algún empleo eran privilegiados en cuanto al acceso a los destinos reservados para ellos en la administración estatal y otras industrias.⁵¹ Además, según esta ley, los excombatientes mutilados del BCMGP aún formaban parte del ejército, y por lo tanto recibían sus sueldos normales de militar hasta que fuesen colocados. Sin embargo las provisiones financieras para los mutilados absolutos y permanentes no siempre cubrían las necesidades de estos individuos, y los lentos trámites burocráticos podían dejar desamparados a los mutilados sin ahorros o sin familia para cuidarles. Además, a pesar de ser clasificados como “útiles”, había mutilados que por la gravedad de sus lesiones no podían ejercer sus empleos. Ahora analizaremos la eficacia del BCMGP como una organización de bienestar.

Uno de los factores que más afectó a la eficacia del BCMGP era la pesadez de su burocracia. La lentitud de los procesos burocráticos del Cuerpo, sobre todo el lapso de tiempo entre el abandono del hospital y el ingreso en el BCMGP, apenó a individuos que no tenían recursos económicos ni parientes para cuidarles. Esta situación afectó sobre todo durante la guerra a los excombatientes cuyas familias residían en la zona republicana. En octubre de 1937, el General Jefe del Ejército del Sur dirigió una carta al Generalísimo lamentando el “vergonzoso caso de que un mártir de España esté viviendo de la caridad pública”, y sugirió la simplificación de los trámites burocráticos y la posibilidad de que los mutilados siguiesen hospitalizados hasta que se les concediera la entrada al Cuerpo.⁵² La respuesta de Salamanca doce días más tarde no sugirió

⁵⁰ Michael RICHARDS: *A Time of Silence: Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, esp. pp. 21-22.

⁵¹ Según la ley de abril 1938, se reservaba para mutilados un 30% de plazas de entrada en varias instituciones, incluso el Cuerpo de Auxiliares de la Administración Civil del Estado, el Cuerpo de Porteros de los Ministerios civiles y militares, y las vacantes financiadas por los Municipios y Diputaciones. Se reservaba en teoría también uno sobre cada siete puestos vacantes en compañías mercantiles, sociedades civiles y entidades como bancos; BOE 540, 14/4/1938, pp. 8-9.

⁵² AGMAV, C.2396,190,4, Mutilados de Guerra. Telegrama postal del general jefe del Ejército del Sur informando de la lamentable situación de los mutilados al ser dados de alta en los hospitales.

ninguna solución nueva y enfatizó que se hiciera recordar a las autoridades militares y civiles el cumplimiento de la ley vigente.

Esta languidez burocrática se refleja en los expedientes personales de los solicitantes al BCMGP. La solicitud del Soldado M, firmada en agosto de 1937 no resultó en su ingreso al BCMGP hasta el mes de noviembre de 1938.⁵³ El Caballero Mutilado K escribió al BCMGP en agosto de 1942 para pedir noticias de su solicitud, dado que ya había esperado cuatro meses y se encontraba en una situación “algo precaria”.⁵⁴ De modo parecido, la carta de solicitud del Soldado N fechada el 12 de julio de 1939, quien por metralla enemiga perdió la visión en el ojo derecho en 1937, aún no había conducido a su entrada en el Cuerpo al final de 1941. Este retraso era quizás relacionado con su captura y encarcelamiento por fuerzas republicanas mientras estaba hospitalizado en agosto de 1938, lo que exigió más documentación y alargó los trámites burocráticos.⁵⁵ Además en febrero de 1938, por la alta demanda sobre el tiempo del personal médico, el Inspector General de Sanidad Militar del Ejército de acuerdo con el General Jefe de Mutilados de Guerra, decidió reducir la frecuencia de las revisiones médicas para los mutilados “potenciales” – cuyas lesiones aún no podían ser clasificadas definitivamente – de cada mes a cada dos meses, lo que atrasó los trámites burocráticos para estos individuos.⁵⁶ De esta manera, la eficacia del BCMGP era limitada por sus procesos burocráticos, lo cual afectaba sobre todo a los que tenían circunstancias fuera de lo normal, que podía incluir un pasado izquierdista como el caso del Soldado L señalado arriba.

Por otra parte, la política de colocación de mutilados “útiles” en empleos reservados para ellos tenía un éxito limitado, a pesar del orgullo de los defensores del régimen. A principios de los años cuarenta, el General Silva calculó que los métodos del BCMGP en comparación con el extinguido Cuerpo de Inválidos habían permitido al Estado ahorrar unos 489 millones de pesetas cada año.⁵⁷ Sin embargo, los casos de varios individuos, como los de los Caballeros Mutilado D y J subrayados arriba, ejemplifican la crudeza del sistema de porcentajes y clasificaciones “útiles” para colocar a excombatientes con graves mutilaciones en puestos de trabajo. En el caso del Caballero Mutilado D, le habían proporcionado un destino en dos ocasiones, según un informe escrito por su Teniente Coronel:

en uno [...] no llegó a tomar posesión y en el segundo, como Guarda-coches prestó servicio menos de 24 horas, siendo despedido por negligencia, ya que, en vez de atenderlo, se metió en un coche y durante el tiempo que duró el servicio le paso durmiendo [sic].⁵⁸

⁵³ AGMG, 180-4016, Soldado M.

⁵⁴ AGMS, 2194-5.

⁵⁵ AGMG, 166-3816, Soldado N.

⁵⁶ AGMAV, C.2396, 190,5, Mutilados de Guerra. Propuesta de la Inspección General de Sanidad relativa a los reconocimientos médicos de los mutilados de guerra.

⁵⁷ Agustín GARCÍA LAFORGA: op. cit., p. 243.

⁵⁸ AGMG, 190-4154.

No obstante, parece que las autoridades eran conscientes de la ineficacia del sistema, dado que el 12 de diciembre 1942 se aprobó una ley revisando los porcentajes de lesión exigidos para cada categoría de mutilación, y se precisaron qué mutilados útiles podían ejercer cualquier trabajo y quiénes solo algunos.⁵⁹ A partir de la publicación de esta ley, se clasificaron como mutilados “permanentes” a los individuos que alcanzaron un coeficiente de entre el 65 y el 100% según el Cuadro de Lesiones Orgánicas. Además se dictó que para los mutilados útiles con coeficientes entre el 45 y el 64% que en la práctica no podían desempeñar ningún empleo, sería posible ingresar en el BCMGP como Caballero Mutilado Permanente con la aprobación de la Dirección General y el Ministro del Ejército.⁶⁰ De este modo, el régimen pareció ser capaz de adaptarse a las necesidades de los excombatientes franquistas y subsanar la insuficiencia de la ley vigente. No obstante, la existencia de cartas después de la ley de 1942 de mutilados que describían sus precarias situaciones económicas sugiere que el Reglamento no consiguió eliminar su penuria. Por ejemplo, el Mutilado O, cabo de milicia y Caballero Mutilado Permanente, dirigió una carta al BCMGP en 1954 citando las dificultades económicas de “todos los cabos Mutilados Permanentes”, sobre todo dada la carestía de la vida y la reducción del subsidio familiar.⁶¹ Por lo tanto, es poco probable que el BCMGP consiguiera asegurar que los veteranos apoyasen al régimen por el suministro de apoyos económicos en sí. Ahora bien, el lenguaje utilizado por el Mutilado O demuestra a la vez su adhesión a los marcos ideológicos del Movimiento y su capacidad – incluso audacia – de emplearlos para intentar lograr sus deseos, como veremos más adelante.

Los Caballeros Mutilados y el apoyo social.

El análisis de los criterios y factores determinantes para el ingreso en el Benemérito Cuerpo llevado a cabo en la primera parte de este artículo ha hecho hincapié en las motivaciones políticas de las autoridades franquistas. Estos criterios privilegiaron un entendimiento muy específico de la masculinidad franquista, que se centraba en la experiencia de guerra de vanguardia y la capacidad de un mutilado de seguir trabajando a pesar de sus lesiones físicas. Además, los procesos burocráticos necesarios para conseguir la entrada en el BCMGP exigían una cierta complicidad con la administración y los tropos del franquismo. En la muestra de expedientes personales analizada en este estudio, la mayoría de los solicitantes reproducían los formularios modelos suministrados por el régimen sin introducir cambios personales. No obstante, una minoría importante sí adaptó los formularios para comunicar mejor sus deseos y necesidades, revelando a menudo una falta de sumisión frente a los cuerpos burocráticos del régimen. En esta parte, evaluaremos la eficacia del BCMGP como mecanismo para promover el apoyo social al régimen, explorando en primer lugar el monopolio que la asociación tuvo so-

⁵⁹ Ángel ALCALDE: op. cit., p. 125; BOE, 30/12/1942.

⁶⁰ BOE 364, 12/12/1942, p. 10697.

⁶¹ AGMS, 2194-14, Mutilado O.

bre las experiencias posbélicas de los excombatientes franquistas, y luego analizaremos cómo los solicitantes al Cuerpo y sus familias se expresaron frente a las autoridades.

Incluso en plena guerra civil, quedó clara la importancia de mantener un monopolio sobre las experiencias de los excombatientes mutilados. En abril de 1937, la Jefatura Nacional de Sanidad de Requetés dirigió una carta a las autoridades franquistas presentando un proyecto para la creación de un Instituto Nacional Ortopédico y de Reeducción de Mutilados de Guerra.⁶² Esta iniciativa tenía dos metas, “Curar o disminuir la incapacidad para el trabajo de los lisiados y devolver hombres útiles a la patria” y “Preparar personal médico y auxiliar para actuar en nuevos centros ortopédicos que se creen.” A pesar de manifestar objetivos parecidos a los del BCMGP, sobre todo con respecto al valor laboral de los veteranos mutilados, la respuesta negativa en mayo por parte de la Inspección General de Sanidad Militar del Ejército y Millán Astray citó varias razones, que incluían el hecho de que ya existía un proyecto parecido en Carabanchel Bajo, “en donde para comenzar a funcionar solo falta que entren nuestras armas en Madrid.” En este caso, queda claro que las autoridades franquistas priorizaron cuestiones políticas por encima de las necesidades prácticas de los excombatientes lesionados, lo que quizás no es sorprendente dadas las rivalidades políticas entre las distintas facciones nacionales durante la guerra y posguerra.

Efectivamente, una asociación menos política que ofrecía apoyo a los ciegos de guerra que sí sobrevivió – e incluso prosperó – durante la guerra y posguerra, fue la Organización Nacional de Ciegos (ONC) creada en 1938.⁶³ Sin embargo, esta organización tampoco gozaba de una autonomía completa: fue tutelada por el Consejo Superior de Ciegos (CSC) y presidido por el Ministro de Gobernación, que aprobaba sus planes, administraba sus fondos y nombraba a su Jefe Nacional.⁶⁴ De modo parecido, a pesar de gozar de las ventajas señaladas arriba, los miembros del BCMGP nunca tuvieron la oportunidad de organizarse de forma independiente del régimen: nunca disponían de una revista o periódico donde expresarse, como el periódico oficial de los mutilados republicanos, *Mutilado*, publicado durante la guerra.

En cierto modo, se puede considerar que el BCMGP consiguió impedir que se organizaran como grupo de presión contra las autoridades, aunque es evidente que muchos no estaban satisfechos ni con su nivel de vida ni con la eficacia de la asociación. Además, la existencia del BCMGP, un Cuerpo que formaba parte del ejército y que por lo tanto compartía sus valores y jerarquías, era un método por lo cual la militarización de la sociedad podía seguir en la posguerra. Los Caballeros Mutilados tenían el derecho de llevar el uniforme del Arma o Cuerpo del que procedían en actos o solemnidades, y también de utilizar el “Guión Banderín” del Cuerpo en actos de carácter patriótico. En estas ocasiones se especificó que el portador del guion fuese el

⁶² AGMAV, C.2323, 46, 21, Instituto Nacional Ortopédico y de Reeducción de mutilados de Guerra. Proyecto de creación formulado por la Jefatura Nacional de Sanidad de Requetés.

⁶³ Fundación ONCE, *75/25 Aniversarios de Ilusión* (2013), <http://www.once.es/new/que-es-la-ONCE/75-25-aniversarios-de-ilusion/aniversarios-de-ilusion.pdf> (consultado por última vez el 31-7-2015), pp. 37-8.

⁶⁴ *Ibidem.*, p. 42.

mutilado de más categoría militar.⁶⁵ Además, la existencia del BCMGP y sus “Caballeros Mutilados” sin duda contribuyó a la creación de jerarquías de invalidez, que descalificaron aquellos individuos sin honorables mutilaciones adquiridas en acción de guerra. Por encima de la separación de los mutilados “accidentales” señalada arriba, los “inválidos civiles” – inválidos congénitos, los mutilados de trabajo, los mutilados republicanos – vivieron situaciones muy precarias; la política franquista con respecto a estas personas se limitaba al manicomio y a la concesión de pequeñas pensiones a una minoría de inválidos del trabajo.⁶⁶ De esta forma, en los cuerpos mutilados de los excombatientes franquistas se valoraba la guerra y el recuerdo de la “Cruzada”, mientras que se despreciaba a los que no encajaban en esta narrativa triunfalista.

No obstante, los mutilados del bando sublevado no aceptaron de manera pasiva esta valoración. En las cartas de los solicitantes y sus familias se nota la instrumentalización de la retórica vinculada a la “Cruzada” para obtener sus propios fines. El ejemplo más llamativo en nuestra muestra de expedientes personales es la correspondencia de la esposa del Caballero Mutilado D. En junio de 1960 escribió una carta apasionada al BCMGP en la que describió con detalle las dificultades económicas de su familia, y exigió que se le concediera a su marido un puesto que correspondiera a su mutilación en la Comisión de Mutilados. En su carta comunicaba sus inquietudes con el empleo de varios tropos lingüísticos del Movimiento. El primero consistía en enfatizar implícitamente su adhesión a los valores del régimen con respecto a la familia. En tres páginas hace referencia a sus numerosos hijos cuatro veces, destacando su minoría de edad, su hambre y la enfermedad de su hija. Apela también a nociones hegemónicas de la masculinidad, indicando que por cumplir su deber como soldado y como padre su marido merecía alguna ayuda estatal:

¿Es que por ser Caballero Mutilado y padre de familia Numerosa no tenemos derecho a nada y dejamos que nuestros hijos se mueran de hambre por haber perdido la salud por defender la Patria y no halla ninguna Ley que nos favorece? [sic]⁶⁷

Este tono combativo se repite cuando cita la retórica empleado por el Generalísimo: “Pues nuestro Caudillo Franco les é oído un millón de veces que en ningun hogar faltaría el pan, ni la lumbre, en el mio, si [sic]”. Subraya también el cristianismo de su familia, la sangre derramada por su familia en nombre del “Engrandecimiento de la Patria”, y, por último, los orígenes físicos de las lesiones cerebrales de su marido.

Es imposible saber si la esposa del Caballero Mutilado D empleó estos tropos de manera consciente, o si por vivir bajo la dictadura había llegado a internalizar esta retórica que ahora utilizaba inconscientemente. Sin embargo, en cualquier caso demuestra su falta de temor frente a las autoridades franquistas, y un sentimiento de tener derecho al apoyo estatal por adherir a

⁶⁵ BOE 540, 14/4/1938, p. 17.

⁶⁶ Gildas BRÉGAIN: “Nous ne demandons pas la charité. Nous voulons du travail!”. La politique franquiste d’assistance aux invalides”, *Alter, European Journal of Disability Research*, 7 (2013), p. 207.

⁶⁷ AGMG, 190-4154.

las normas y valores del Movimiento. De esta forma, por una parte el hecho de alabar a los excombatientes mutilados franquistas como “Caballeros Mutilados” aseguró que se sintiesen apreciados por la sociedad de posguerra, lo cual, como en el Reino Unido tras la Primera Guerra Mundial, seguramente disminuyó la probabilidad de agitación social.⁶⁸ Pero, por otra parte, el hecho de reconocer los sacrificios de los Caballeros Mutilados y tratarles como “hijos predilectos”,⁶⁹ creó unas expectativas con respecto al deber del Estado frente al individuo; estos mutilados no aceptaron de manera pasiva el incumplimiento de estas expectativas.

De modo parecido, el Soldado P herido en 1937, dirigió varias cartas al BCMGP en las que exigía varias cosas, demostrando su sentido del derecho al reconocimiento estatal de sus sacrificios.⁷⁰ Después de su primera petición en junio de 1939, en noviembre del mismo año mandó otra carta donde pedía que se le concediera el derecho de no tener que hacer cola dada la escasez en su pueblo y la naturaleza de su mutilación en el maxilar que le dificultaba la ingestión de los alimentos sólidos. Luego, en diciembre escribió de nuevo y pidió noticias sobre su anterior petición, y por último en febrero de 1940 – después de ser clasificado como mutilado permanente – pidió que se le comunicara en qué fecha iba a empezar a percibir su pensión, añadiendo que era preferible para él cobrarla en la pagaduría más cerca de su domicilio. En cada escrito emplea los tropos lingüísticos del régimen, alabando al Caudillo, la patria y a la victoria. De este modo es posible percibir desde el principio de la dictadura una cierta confianza por parte de los excombatientes franquistas frente a las autoridades: habían dado su sangre por la patria y ahora reclamaban lo que creían que se merecían.

Otro ejemplo en los primeros años de posguerra que demuestra el atrevimiento de los mutilados de guerra es el caso señalado arriba del soldado automovilista, Soldado G, cuyo testimonio en 1940 no correspondió con la declaración de su superior.⁷¹ Es imposible saber con certeza qué testimonio contaba la verdad. Sin embargo, dada la naturaleza de su empleo y la imprecisión de su testimonio al juzgado militar – en el cual no podía citar ni testigos, ni el lugar preciso en que tuvo lugar el incidente, del que aseguraba que “fue por metralla enemiga, que no tiene seguridad si sería un cañonazo o sería un obus, pero que desde luego de una de estas armas se trataba [sic]” – se puede intuir que el testimonio del Soldado G era el falso. Este comportamiento demuestra un conocimiento perspicaz del Reglamento del BCMGP, y una voluntad activa de subvertir el sistema para asegurarse el acceso a los privilegios de la asociación.

Esta idea de reproducir e instrumentalizar las normas del Movimiento se aproximaba a la conducta de los ciudadanos que vivían bajo otros regímenes dictatoriales europeos en aquella

⁶⁸ Deborah COHEN sostiene que la amplia participación del público británico en organizaciones caritativas y filantrópicas llegó a convencer a los excombatientes heridos que sus compatriotas honraban y apreciaban sus sacrificios. Esta reconciliación entre los mutilados de guerra y sus compatriotas redujo la probabilidad de activismo político por parte de los primeros por temor de alienar estos últimos. Véase Deborah COHEN: *The War Come Home: Disabled Veterans in Britain and Germany, 1914-1939*, California, University of California Press, 2001, esp. pp. 6-8.

⁶⁹ Ángel ALCALDE: op. cit., p. 123.

⁷⁰ AGMS, 2194-10, Soldado P.

⁷¹ AGMG, 162-3758.

época, notablemente la Italia de Benito Mussolini. La historiadora Maria Sophia Quine relata el ejemplo de un grupo de mujeres que fingieron estar embarazadas (con almohadas) para acceder a subsidios de maternidad. Estas mujeres habían sido detenidas después de acosar al secretario personal de Mussolini alegando que querían producir hijos sanos para el Duce.⁷² La retórica del régimen fascista había logrado crear un “*sense of entitlement*”, o un sentido de derecho a los beneficios sociales, que podía conducir al resentimiento si no se cumplía las expectativas del pueblo.⁷³ Efectivamente, historiadores como Mark Edele y Martin Crotty han señalado este sentimiento de *entitlement* en grupos de excombatientes en varios países tras la experiencia de guerra total en el siglo XX. La experiencia traumática de la guerra en combinación con la propaganda bélica y las celebraciones en la posguerra promovió entre grupos de excombatientes el sentimiento de que tenían un estatus cívico más elevado que la gente no combatiente.⁷⁴ Según el contexto específico nacional, estas comunidades de ex-soldados, o “*entitlement groups*”, podían convertirse en grupos de estatus especial – o “*status groups*” – con acceso a ciertos privilegios económicos o sociales.⁷⁵ En el caso de la posguerra franquista, los mutilados del BCMGP eran un grupo de estatus especial en comparación con los excombatientes del bando vencido, sobre todo con respecto a privilegios no-económicas como el derecho de no tener que formar cola. Sin embargo, la medida en que podían ejercer su influencia sobre el régimen y vivir cómodamente de sus privilegios era limitada.

Por una parte, la multitud de solicitantes al BCMGP y su adhesión a los trámites y tropos lingüísticos del régimen sugieren una cierta aceptación de la legitimidad del Movimiento. Por otra parte, las dificultades económicas en la posguerra significaban que los privilegios que ofrecía el BCMGP eran muy atractivos; el hecho de que un individuo utilizase el lenguaje del régimen no significaba una aceptación profunda de los valores del bando vencedor. El caso del Soldado G ejemplifica lo superficial de la adhesión de algunos mutilados a las normas del régimen. Por otra parte, el respeto simbólico otorgado por las autoridades a los “Caballeros Mutilados” podía instalar en estos individuos un sentido de su propia importancia y su derecho al apoyo del estado. A los ejemplos presentados en las cartas analizadas arriba, se añade el caso de un conjunto de 60-70 mutilados que en 1939 intentaron ingresar en una plaza de toros zaragozana sin entradas y por la fuerza.⁷⁶ Esta “sensación de impunidad”,⁷⁷ sin embargo, nunca se tradujo en un verdadero problema social a largo plazo, y nunca amenazó la autoridad o legitimidad del nuevo Estado. Esto sugiere que a pesar de las deficiencias económicas y burocráticas del BCMGP, el hecho de que estos individuos se sintieron respetados por el Estado y la socie-

⁷² Maria Sophia QUINE: *Italy's social revolution: Charity and Welfare from Liberalism to Fascism*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2002, p. 163.

⁷³ *Ibidem.*, pp. 162-163.

⁷⁴ Martin CROTTY y Mark EDELE: “Total War and Entitlement: Towards a Global History of Veteran Privilege”, *Australian Journal of Politics and History*, 1 (2013), p. 17, 32.

⁷⁵ *Ibidem.*, pp. 18-19.

⁷⁶ Ángel ALCALDE: *op. cit.*, p. 77.

⁷⁷ *Ibidem.*

dad, además de su falta de independencia organizativa, logró impedir que se convirtieran en un grupo de presión política.

Conclusión

El BCMGP no solo tenía como objetivo confrontar el problema económico y político que planteaba la presencia de miles de mutilados en la España de posguerra, pero también pretendió promover los valores políticos y bélicos del Movimiento en la sociedad civil. Por sus criterios de elegibilidad, que valoraban sobre todo el sacrificio en el campo de batalla, esta asociación militar contribuía al mantenimiento de la cultura de guerra de la “Cruzada” en la posguerra. Además, su método de clasificar a los mutilados según su “utilidad” intentaba preservar una visión franquista del hombre como trabajador y padre de familia. Por otra parte, económicamente, la política de colocar a los mutilados “útiles” en empleos en vez de proveer pensiones sin duda ahorró al Estado una cantidad nada desdeñable.

Sin embargo, el BCMGP no logró asegurar la calidad de vida de sus miembros. No todos los mutilados clasificados de “absolutos” o “permanentes” podían sustentar a sus familias con sus pensiones, y para una proporción de los “útiles”, le resultó imposible por sus heridas desempeñar el empleo en que había sido colocada. El monopolio que la asociación tuvo sobre las experiencias de mutilados franquistas seguramente impidió la acumulación de sentimientos de desafección colectiva a pesar de estas deficiencias en sus provisiones. No obstante, el BCMGP tampoco fomentó una obediencia pasiva al régimen, y muchos de los solicitantes parecían emplear el lenguaje del Movimiento para congraciarse con las autoridades y satisfacer sus necesidades personales. Lo que sí parece haber conseguido la existencia del BCMGP era promover un sentido de “derecho” al apoyo estatal en los llamados “Caballeros Mutilados”, lo cual se ve en el tono asegurado de algunas cartas descritas en este estudio. No obstante, este sentimiento nunca condujo a un cuestionamiento de la autoridad del régimen. En realidad, este sentimiento orgulloso era quizás una razón por la cual los mutilados franquistas nunca se movilaron contra el Estado como sus equivalentes en otros países: dentro del BCMGP se sintieron respetados y apreciados por el Estado y la sociedad, y por lo tanto no sentían la necesidad de quejarse. Es difícil medir la importancia de este sentimiento frente a otros factores, como la falta de otras opciones políticas en un contexto de dictadura o sencillamente un deseo generalizado para la estabilidad y la paz. Para aproximarse a una imagen más acertada de las experiencias de los excombatientes españoles después de la guerra civil, es preciso incrementar nuestra muestra de fuentes primarias, e intentar incorporar las historias de aquellos veteranos que no lograron incorporarse al BCMGP. Es probable que las vidas de los excombatientes franquistas no incorporados cuenten una historia muy distinta de las experiencias de los Caballeros Mutilados del Benemérito Cuerpo.

La HIAG (Asociación de Ayuda Mutua). Excombatientes de las *Waffen-SS* en los primeros años de la República Federal de Alemania

The “Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit der Angehörigen der ehemaligen Waffen-SS” (HIAG). Veterans of the *Waffen-SS* in the early Federal Republic of Germany

Karsten Wilke
Universität Bielefeld, Alemania
kwilkel@uni-bielefeld.de

Resumen: Las SS fueron declaradas culpables por el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg. Los jueces dictaminaron que se trataba de una organización criminal. El veredicto incluyó a las *Waffen-SS*, que con sus 900.000 miembros era la mayor sección de las SS. La Asociación de Ayuda Mutua (*Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit*, HIAG) se fundó a finales de los años 40. Esta asociación pretendía representar los intereses de los antiguos miembros de las *Waffen-SS*. El presente artículo se centra en la autopercepción de los excombatientes organizados de este cuerpo militar, en el proceso de fundación de la HIAG, en su comunicación interna, en sus contactos con partidos políticos y en sus propias actividades.

Palabras clave: *Waffen-SS*, extrema derecha, República Federal de Alemania, segunda guerra mundial, asociacionismo militar.

Abstract: The Schutzstaffel (SS) was pronounced guilty by the Nuremberg International Military Tribunal. The judges declared the SS a criminal organization. The verdict included the combat-SS (*Waffen-SS*) which with its 900.000 members was by far the largest section of the SS. The Mutual Aid Association (*Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit*, HIAG) was founded as early as the late 1940s. This association claimed to represent the interests of the former members of the *Waffen-SS*. The article focuses on the self-perception of the organized veterans of the *Waffen-SS*, the process of founding the HIAG, their communication, their contact with political parties and their activities.

Keywords: *Waffen-SS*, extreme right, Federal Republic of Germany, second world post-war, military associativity.

Las *Waffen-SS* se crearon durante los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial mediante la fusión de las *SS-Verfügungstruppe* (Tropas de Servicios Especiales) – unidades armadas de las SS– con las *Totenkopfverbände* (“Unidades de las Calaveras”, unidades de las SS encargadas de la vigilancia y administración de los campos de concentración). Inicialmente estaban compuestas por unos 56.000 hombres, mientras que al final de la guerra tal cifra se había elevado hasta los 900.000.¹ Durante el conflicto, la formación experimentó muchos cambios, incluyendo diversas olas de reclutamiento. De hecho, con el objetivo de continuar ampliando las tropas la jefatura de las SS introdujo un sistema de reclutamiento independiente.² Para ello empezaron a reclutar a los llamados “voluntarios germánicos” de los países de la Europa occidental y, más tarde, también a los *Volksdeutsche* (alemanes étnicos) de las comunidades del sur del continente. Durante la segunda mitad de la guerra incluso llegarían a incluirse tropas “no-germánicas”. Así pues, a inicios de 1944 unos 300.000 *Volksdeutsche* y ciudadanos no alemanes habían sido aceptados en el seno de las SS,³ y en los últimos meses del conflicto los contingentes de las *Waffen-SS* se verían aún más engrosados con nuevas tropas procedentes de la *Wehrmacht*.⁴

Ya a finales de los años 40 excombatientes de estas tropas fundaron una organización de asistencia mutua bajo el nombre de “Asociación de Ayuda Mutua” (*Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit*, a partir de aquí HIAG). La historia de la HIAG está estrechamente entrelazada con la historia de la República Federal de Alemania,⁵ tanto es así que la HIAG interactuaba con políticos de todos los partidos, colaboraba exitosamente con las diversas asociaciones de excombatientes y tenía una importante presencia pública. Por lo tanto, no deja de resultar sor-

¹ Véase Bernd WEGNER: *Hitlers Politische Soldaten. Die Waffen-SS 1933-1945. Leitbild, Struktur und Funktion einer nationalsozialistischen Elite*, 6. Ed., Paderborn, Schöningh-Verlag, 1999, p. 126. Para más información sobre las *Waffen SS* véase también Peter LIEB, Jan Erik SCHULTE y Bernd WEGNER (eds.): *Die Waffen-SS. Neue Forschungen*, Paderborn, Schöningh-Verlag, 2014; René ROHRKAMP: *“Weltanschaulich gefestigte Kämpfer. Die Soldaten der Waffen-SS 1933-1945”*, Paderborn, Schöningh-Verlag, 2010; Jean-Luc LELEU: *La Waffen-SS. Soldats politiques en guerre*, Paris, Éditions Perrin, 2007; George H. STEIN: *Geschichte der Waffen-SS*, Düsseldorf, Droste Verlag, 1967.

² Véase Bernd WEGNER: op. cit., p. 312.

³ Véase *Ibidem.*, p. 291.

⁴ Véase René ROHRKAMP: op. cit., pp. 490-500.

⁵ Para información general sobre este asunto, véase Karsten WILKE: *Die “Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit” (HIAG) 1959-1990. Veteranen der Waffen-SS in der Bundesrepublik*, Paderborn, Schöningh-Verlag, 2011; Kurt Phillip TAUBER: *Beyond Eagle and Swastika. German Nationalism Since 1945*, Vol. 1, Middletown, Wesleyan University, 1967, pp. 332-362; Kraft Freiherr SCHENK ZU SCHWEINSBERG: “Die Soldatenverbände in der Bundesrepublik”, en Georg PICHT (ed.), *Studien zur politischen und gesellschaftlichen Situation der Bundeswehr*, Witten, Eckart, 1965, pp. 96-177; David CLAY-LARGE: “Reckoning without the Past. The HIAG of the Waffen-SS and the Politics of Rehabilitation in the Bonn Republic 1950-1961”, *The Journal of Modern History*, 1 (1987), pp. 79-113; Bert-Oliver MANIG: *Die Politik der Ehre. Die Rehabilitierung der Berufssoldaten in der frühen Bundesrepublik*, Göttingen, Wallstein-Verlag, 2004, pp. 517-584; Jens WESTEMEIER: *Himmels Krieger. Joachim Peiper und die Waffen-SS in Krieg und Nachkriegszeit*, Paderborn, Schöningh-Verlag, 2013, *passim*.

pendente que estudios omnicomprensivos sobre la historia de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial tiendan a omitir esta organización.⁶

La HIAG es el tema principal de este artículo, en el que se dará cuenta de su estructura, su funcionamiento interno y su integración en la sociedad de los años iniciales de la República Federal de Alemania. Entre las cuestiones que este ensayo abordará se encuentran la interpretación de la derrota bélica, la desnazificación de la Alemania Occidental, así como su legislación y persecución penal después de 1945 en relación con una socialización específica de los miembros de las SS en el estado nacionalsocialista. Según Isabel Heinemann, las SS crearon una “estructura ideológica” exclusiva dentro de su organización, la cual «se fundaba en la creencia en la raza nórdica y en la ‘sangre germánica’. Entre sus pilares fundamentales se encontraba la misión de promover una ‘expansión alemana hacia el este’, el ideal de una ‘comunidad de las SS genéticamente sana’ y la disposición para luchar y defender dichos principios. El paraguas era el compromiso con las SS entendidas como una ‘sociedad secreta que reunía a la vanguardia nacionalsocialista’».⁷

La derrota total en la Segunda Guerra Mundial y el hecho de que el juicio de Nuremberg estimase que las *Waffen-SS* eran una “organización criminal” hizo que los antiguos miembros de las SS se autopercibieran como víctimas del despotismo aliado, más aún cuando el Alto Mando de la *Wehrmacht*, que también había sido llevado a juicio, no fue objeto del mismo veredicto. Esta percepción hizo más fácil para ellos sostener la idea de ser parte de una “comunidad con destino común” dentro del estado democrático.

El juicio de Nuremberg contra las SS.

La cúpula del NSDAP, la Gestapo, el SD y las SS fueron declaradas “organizaciones criminales” por el Tribunal Militar de Nuremberg.⁸ El veredicto sobre las SS incluía a todo aquel que «hubiese sido oficialmente aceptado como miembro de las SS, incluyendo a los miembros de las *Allgemeine SS* (SS General),⁹ las *Waffen-SS*, las *Totenkopfverbände* y las distintas unidades policiales que formaban parte de las SS.»¹⁰

A las SS se las halló culpables de estar implicadas en la preparación de una guerra de agresión, de cometer crímenes de guerra y contra la humanidad, de ocuparse de proteger los campos de concentración y de jugar un papel significativo en la persecución y exterminio de

⁶ Véase, por ejemplo: Hans-Ulrich WEHLER: *Deutsche Gesellschaftsgeschichte, Bd. 5, Bundesrepublik und DDR 1949-1990*, München, Beck-Verlag, 2008.

⁷ Isabel HEINEMANN: *“Rasse, Siedlung, deutsches Blut”. Das Rasse- und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, 2. Ed., Göttingen, Wallstein-Verlag, 2003, p. 124.

⁸ El veredicto está recogido en: DER PROZESS GEGEN DIE HAUPTKRIESGVERBRECHER VOR DEM INTERNATIONALEN MILITÄRGERICHTSHOF (IMT), *Nürnberg 14. November 1945 – 1. Oktober 1946, Bd. 1, Einführungsband*, Nürnberg 1947, pp. 189-414. A partir de ahora aludido como “IMT”.

⁹ Véase Bastian HEIN: *Elite für Volk und Führer? Die Allgemeine SS und ihrer Mitglieder 1925-1945*, München, Oldenbourg Verlag, 2012.

¹⁰ *Ibidem.*, p. 307.

judíos. El tribunal justificó su veredicto declarando que los crímenes de las SS eran la consecuencia necesaria de los propios principios organizativos de dicha institución. A la luz de la particular autopercepción de las SS, el tribunal determinó que el conocimiento de las operaciones de las SS era equivalente al consentimiento.¹¹ Por otro lado, la defensa intentó probar que las *Waffen-SS* operaban de manera independiente respecto a otras unidades de las SS y, al mismo tiempo, trató de presentar a sus miembros como «soldados normales y corrientes».¹² A tal fin, se llamó como testigo al antiguo jefe del Estado Mayor de las SS-*Verfügungstruppe*, Paul Hausser. En su declaración describió a las *Waffen-SS* como unidades de combate cuya expansión constante, por ejemplo a través de la integración de las *Totenkopfverbände*, iba en contra de las consideraciones militares.¹³ Años más tarde y ya convertido en propagandista, el propio Hausser continuaría hablando sobre este asunto con otros excombatientes de las *Waffen-SS* que seguían su estela.¹⁴ Así, denunciaron que el veredicto era injustificado, generalizador y arbitrario. Después de todo, la sentencia tuvo un efecto negativo a la hora de reclamar pensiones, además de dar lugar a una “pérdida de prestigio” a nivel público al ser identificados como miembros de una “organización criminal”, en la misma línea de lo ocurrido con la Gestapo y el SD.

Autopercepción y estructura organizativa

Herbert Otto Gille, antiguo comandante de la 5ª División Panzer de las *Waffen-SS* “Wiking”,¹⁵ señaló que la «criminalización de nuestra organización» tan sólo se llevó a cabo como «venganza frente a un enemigo derrotado pero en última instancia superior».¹⁶ La supuesta venganza es crucial en este contexto porque fue citada con frecuencia e incorporada en una cosmovisión que interpretaba el veredicto como un precio que tuvo que pagarse a cambio de la supuesta superioridad táctica y militar.¹⁷ Tanto es así que los antiguos miembros de las *Waffen-SS* se vieron a sí mismos como un colectivo de víctimas durante y después de la guerra. La implementación del “arresto automático” de los miembros de las SS, que preveía su detención durante varios años, hizo posible que se aferraran a su identidad como grupo y que,

¹¹ Véase *Ibidem.*, pp. 301-307.

¹² Véase Miroslav KARNY: “Waffen-SS und Konzentrationslager”, *Jahrbuch für Geschichte*, 33 (1986), pp. 231-261, aquí p. 236.

¹³ Véase IMT, Bd. 20, S. 391-452.

¹⁴ Véase, por ejemplo: Paul HAUSSER: *Waffen-SS im Einsatz*, Göttingen, Plesse-Verlag, 1953; *Id: Soldaten wie andere auch. Der Weg der Waffen-SS*, Osnabrück, Munin-Verlag, 1966; Panzermeyer [Kurt MEYER]: *Grenadiere*, München, Schild-Verlag, 1957. Según una estimación, unos 250.000 veteranos de las *Waffen-SS* vivían en la República Federal. Véase Kurt P. TAUBER, *op. cit.*, p. 333.

¹⁵ Para más información sobre la vida de Gilles, véase Franz W. SEIDLER: “Herbert Gille. Der unpolitische Soldat”, en Ronald SMELSER y Enrico SYRING (eds.), *Die SS. Elite unter dem Totenkopf. 30 Lebensläufe*, Paderborn, Schöningh-Verlag, 2000, pp. 173-189.

¹⁶ Herbert Otto GILLE: “Zum Geleit”, *Wiking Ruf*, 1 (nov. 1951), p. 1.

¹⁷ Véase Günter FRASCHKA: “Waffen-SS gleichberechtigt. Bundestag will einen untragbaren Zustand aufheben”, *Wiking Ruf*, 4 (1955), n. 10, pp. 3-4, aquí p. 4.

además, observaran la guerra y los años posteriores a ésta dentro de un continuum. A principios de los 50, un antiguo miembro de las *Waffen-SS* lamentaba esta situación en una declaración repleta de alegaciones arrogantes:

Desde el colapso del Reich hasta el día de hoy, nosotros, antiguos miembros de las *Waffen-SS*, hemos sido sometidos a sufrimientos de una clase que nunca antes habían sido infligidos sobre un soldado en la historia del pueblo alemán. El número de camaradas que perecieron en campos de prisioneros, que fueron condenados a muerte por los tribunales aliados, y que aún permanecen en los campos de Europa Oriental y Suroriental o en cárceles de Europa Occidental es inconcebiblemente elevado y conllevará años de cuidadosa investigación para siquiera de un modo aproximado determinarlo de forma exacta [sic!]. La mayor parte de los camaradas que han vuelto de su cautiverio viven sumidos en la angustia económica, muchos están desempleados, soldados profesionales, oficiales de alto rango sin un céntimo de pensión.¹⁸

Esta cita ilustra la autopercepción y el cultivo de una imagen de los excombatientes de las *Waffen-SS* en los años de posguerra.¹⁹ En tanto que presuntas víctimas del desamparo material, la difamación y la persecución, se situaban a sí mismos en la misma categoría que las personas desplazadas, los refugiados, los *Spätheimkehrer* (prisioneros de guerra alemanes que volvieron a casa años después de la guerra) y las víctimas de bombardeos. Por tanto, aludiendo a sus supuestas necesidades materiales y a la presunta injusticia del “juicio colectivo”, se situaron dentro de las coordenadas de una cultura de la victimización que fue típica en la posguerra.²⁰ Aún a la altura de 1958, Kurt Meyer, antiguo comandante de la 12ª División Panzer de las SS “Hitlerjugend”, comparaba los juicios colectivos contra jesuitas, masones y judíos con los que se habían llevado a cabo contra los alemanes, los nazis y las *Waffen-SS*.²¹

A finales de los 40, veteranos de las *Waffen-SS* empezaron a crear organizaciones de veteranos con nombres como *Vereinigung ehemaliger Angehöriger der Waffen-SS* (“Unión de Antiguos Miembros de las Waffen-SS”) o *Gemeinschaft ehemaliger Soldaten der Waffen-SS* (“Socie-

¹⁸ BASSO: “Die Vergangenheit, die Zukunft und wir”, *Wiking Ruf*, 3 (enero 1952), pp. 2-3, p. 2.

¹⁹ Para una visión de conjunto Karsten WILKE: “Geistige Regeneration der Schutzstaffel? Die „Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit der Angehörigen der ehemaligen Waffen-SS“ (HIAG), en Jan Erik SCHULTE (ed.): *Die SS, Himmler und die Wewelsburg*, Paderborn, Schöningh-Verlag, 2009, pp. 433-448.

²⁰ Véase Robert G. MOELLER: *War Stories: The Search for a Usable Past in the Federal Republic of Germany*, Berkeley 2001; Íd.: “Deutsche Opfer, Opfer der Deutschen. Kriegsgefangene, Vertriebene, NS-Verfolgte: Opferausgleich als Identitätspolitik”, en Klaus NAUMANN (ed.), *Nachkrieg in Deutschland*, Hamburg, Hamburger Edition, 2001, pp. 29-58; Robert G. MOELLER: “War Stories: The Search for a Usable Past in the Federal Republic of Germany”, *The American Historical Review*, 101 (1996), H. 4, pp. 1009-1048.

²¹ Véase “5. Ostholsteintreffen in Malente. Tausend Teilnehmer beim Suchdiensttreffen des HIAG-Landesverbandes Schleswig-Holstein”, *Der Freiwillige*, 3 (1958), H. 7, pp. 8-9, p. 9. Para más información sobre Kurt Meyer, véase: Kurt MEYER (jun.): *Geweint wird, wenn der Kopf ab ist. Annäherungen an meinen Vater – „Pantermeyer“, Generalmajor der Waffen-SS*, Freiburg, Herder/Spektrum, 1998.

dad de Antiguos Soldados de las *Waffen-SS*”) en ciudades de la Alemania Occidental.²² De este modo, los excombatientes estaban siguiendo una práctica que fue muy común entre aquellos que habían vuelto de la guerra. Los estudios sobre este tema estiman que en los años 50 y 60 aparecieron entre 1.000 y 2.000 asociaciones de soldados y *Traditionsvereinigungen* (sociedades de la tradición).²³

En enero de 1949, una asociación de camaradas de las *Waffen-SS* de unos 50 miembros se reunió por primera vez en Hamburgo.²⁴ Se da por hecho que desde septiembre de 1950 este grupo adoptó el nombre de “Asociación de Ayuda Mutua” (*Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit* o HIAG), convirtiéndose poco después en la Asociación del Estado Federado de Hamburgo de la HIAG.²⁵ Dirigido por Otto Kumm, antiguo comandante de la 7ª División de Montaña de las SS “Prinz Eugen” y de la 1ª División Panzer de las SS “Leibstandarte SS Adolf Hitler”,²⁶ dicha asociación incluía especialistas en materia de bienestar, creación de empleo y cuidado de los mutilados de guerra. Además, había comités encargados del cuidado médico y dental, otros que prestaban apoyo legal y económico e, incluso, un servicio de transporte.²⁷ De hecho, quienes estaban al cargo en Hamburgo pensaron que su tarea debía servir de ejemplo y animaron a los veteranos de otras ciudades a organizarse y crear redes de sociabilidad. Desde la revista *Der Ausweg* [La salida], Kumm se dirigía a los antiguos miembros de las *Waffen-SS*:

Animamos [...] a todos los camaradas de las antiguas *Waffen-SS* en todos los puntos de la República Federal a organizarse en asociaciones de ayuda del mismo modo en que nosotros lo hemos hecho aquí en Hamburgo y a que se pongan en contacto con nosotros.²⁸

Así pues, desde 1950 comenzaron a surgir sociedades de veteranos de las *Waffen-SS* por toda Alemania occidental, siguiendo el modelo de Hamburgo y utilizando el nombre de

²² Véase *Wiking Ruf*, 1 (nov. 1951), pp. 12-13 y p. 15. Informe sobre una reunión de la organización de veteranos “Wiking” el 14 de octubre de 1951.

²³ Véase SCHENK ZU SCHWEINSBERG: *Soldatenverbände*, p. 105; Thomas KÜHNE: “Zwischen Vernichtungskrieg und Freizeitgesellschaft. Die Veteranenkultur der Bundesrepublik (1945-1995)”, en Klaus NAUMANN (ed.), *Nachkrieg in Deutschland*, pp. 90-113, p. 93. Para información general, véase Birgit SCHWELLING: *Heimkehr – Erinnerung – Integration. Der Verband der Heimkehrer, die ehemaligen Kriegsgefangenen und die westdeutsche Nachkriegsgesellschaft*, Paderborn, Schöningh-Verlag, 2010, y también Jörg ECHTERNKAMP: *Soldaten im Nachkrieg. Historische Deutungskonflikte und westdeutsche Demokratisierung 1945-1955*, München, Oldenbourg, 2014.

²⁴ Véase Wolfgang KRAUSHAAR: *Die Protest-Chronik 1949-1959: Eine illustrierte Geschichte von Bewegung, Widerstand und Utopie*, Vol. 1, Hamburg, Hamburger Edition, 1996, p. 25.

²⁵ Véase Karsten WILKE: *Die “Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit...”*, p. 155.

²⁶ Otto Kumm nació en 1909. Se puede encontrar información acerca de la carrera militar de Kumm en Ernst-Günther KRÄTSCHMER: *Die Ritterkreuzträger der Waffen-SS*, Göttingen, Plesse-Verlag, 1955, pp. 85-88. En 1978, Kumm publicó en 1978 un retrato de la división “Prinz Eugen” de las *Waffen SS*: Otto KUMM: “Vorwärts Prinz Eugen!”. *Geschichte der 7. SS-Freiwilligen-Gebirgs-Division “Prinz Eugen”*, Osnabrück, Munin-Verlag, 1978.

²⁷ Véase *Der Ausweg* (junio 1951), p. 4.

²⁸ Otto KUMM: “Unser Ausweg”, *Der Ausweg* (sept. 1951), p. 1.

HIAG.²⁹ Parece que la de Hamburgo fue capaz de establecerse como centro de los veteranos de las *Waffen-SS* debido a la existencia previa de diversas asociaciones de soldados en la ciudad que contribuyeron a crear un clima político favorable.³⁰ El deseo de Kumm era que las asociaciones de ayuda permanecieran sólo vagamente conectadas y mantener la opción de que, en algún momento, se pudieran integrar todas en una gran asociación de soldados, pues

no queremos llamar a otros soldados a la acción, pero no perdamos un día más sin abordar la miseria con todos los medios a nuestra disposición y estemos preparados para entrar en una asociación de soldados que sea verdaderamente representativa de nuestra causa cuando sea el momento preciso.³¹

Según Kumm, en el caso en que una asociación inclusiva de este tipo no pudiera llevarse a buen puerto el trabajo tendría que continuar dentro de las asociaciones individuales.³² En consecuencia, los grupos de la HIAG sólo estaban concebidos como una solución temporal, y es que en aquél momento no se pretendía establecer una estructura asociativa definitiva porque la fundación de la *Verband Deutscher Soldaten* (VdS) (“Asociación de Soldados”) era inminente y Kumm esperaba que también sirviera a los intereses de los veteranos de las *Waffen-SS*.³³

En julio de 1952, unos 100 veteranos de grupos de la HIAG del norte de Alemania realizaron un encuentro en Hannover.³⁴ Entre los temas centrales de la reunión se abordó la búsqueda de desaparecidos; el registro y mantenimiento de tumbas; la atención social y el cuidado de los prisioneros; la situación de los antiguos miembros de las *Waffen-SS* en países vecinos; y, por último, la cuestión de cómo podían organizarse los excombatientes en un futuro. El miedo a consecuencias indeseadas hizo que en aquél momento se votara contra el establecimiento de asociaciones estatales definitivas, lo cual no fue óbice para que se alentara a los portavoces estatales a ponerse de acuerdo en la búsqueda de un cierto grado de colaboración general.³⁵ En este sentido, la conferencia en Hannover seguía ideas que habían sido lanzadas por la HIAG en Hamburgo 18 meses antes, cuando se animaba a los veteranos a comunicarse a esca-

²⁹ Se ha afirmado que existían más de 100 grupos de la HIAG durante los primeros años de la República Federal. Véase Karsten WILKE: *Die “Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit...”*, p. 40.

³⁰ Véase Georg MEYER: “Zur Situation der deutschen militärischen Führungsschicht im Vorfeld des westdeutschen Verteidigungsbeitrages 1945-1950/51”, en MILITÄRGESCHICHTLICHES FORSCHUNGSAMT (ed.), *Anfänge westdeutscher Sicherheitspolitik 1945-1956, Bd. 1, Von der Kapitulation bis zum Plevan-Plan*, München, Oldenbourg, 1987, pp. 577-737, pp. 707-709.

³¹ Otto KUMM: *Unser Ausweg...*

³² Véase *Ibidem*.

³³ Véase Hans-Jürgen RAUTENBERG: “Zur Standortbestimmung für künftige deutsche Streitkräfte” en MILITÄRGESCHICHTLICHES FORSCHUNGSAMT (ed.), *Anfänge Westdeutscher Sicherheitspolitik*, pp. 737-897, pp. 804-808. Para más información acerca de la integración de los grupos de la HIAG en la “Verband Deutscher Soldaten” (VdS), véase: Karsten WILKE: *Die “Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit...”*, pp. 41-46.

³⁴ Véase *Wiking Ruf*, 9 (Julio 1952), p. 4. Aquí está publicada una invitación para una reunión el 26/27 de julio de 1952.

³⁵ Véase “Arbeitstagung der HIAG-Referenten in Hannover”, *Wiking-Ruf*, 10 (agosto 1952), p. 2.

la regional y nacional y a elegir un portavoz por cada estado federal de cara a enero de 1952.³⁶ Finalmente, en 1953 se fundó la “Oficina Federal de Enlace de la Unión Federal de Asociaciones de Ayuda Mutua de los antiguos miembros de las *Waffen SS*” [*Bundesverbindungsstelle der Hilfsgemeinschaften auf Gegenseitigkeit der Angehörigen der ehemaligen Waffen-SS*] o HIAG], con sede en Berlín, la cual debía servir para organizar la cooperación de los portavoces estatales.³⁷

Los fundadores eran conscientes de que este era un paso altamente controvertido. Con el objetivo de reducir el riesgo de desatar la indignación a nivel social, el Jefe Ejecutivo Federal [*Bundesgeschäftsführer*], Hans-Joachim Richard, sugirió que la HIAG debía poner las cartas sobre la mesa y organizar la coordinación dentro de la oficina federal de enlace en forma de sociedad registrada, anticipándose así a la acusación de ser una “organización clandestina” y reduciendo la sospecha general. Parte del trabajo de la oficina federal de enlace era intensificar la colaboración con las sociedades de veteranos y promover el establecimiento de nuevas ramas de la HIAG,³⁸ situándose así como coordinadora a la par que institución representativa. Por tanto, el establecimiento de dicha oficina federal de enlace representó un compromiso con una estructura organizativa descentralizada y una asociación estructurada jerárquicamente, lo cual se observa bien en el hecho de que las asociaciones estatales, municipales y de distrito conservaron un alto grado de autonomía e independencia.

Al mismo tiempo, la oficina federal de enlace podía entrar a partir de aquel momento en discusiones de política interna a nivel federal y de este modo tomar medidas y alcanzar acuerdos que no sólo afectaban a los miembros de la HIAG, sino en cierta medida a todos los antiguos miembros de las *Waffen-SS*. No obstante, en el marco de la Asamblea Federal celebrada el 18 y 19 de abril de 1959 en Arolsen –es decir, tan sólo seis años después de su puesta en marcha– dicho órgano se disolvió. En ese momento sus funciones pasaron a manos de la recién constituida Asociación Federal de Antiguos Soldados de las *Waffen-SS* [*Bundesverband der Soldaten der ehemaligen Waffen-SS e. V.* o HIAG].³⁹ El objetivo de esta reforma era «crear una asociación estrechamente organizada y dirigida a alcanzar nuestros objetivos a través de una integración sostenida del conjunto de la comunidad [de los antiguos combatientes de las *Waffen-SS*].»⁴⁰ Esto constituyó un alejamiento definitivo respecto a la organización en grupos descentralizados que habían caracterizado a la estructura de la HIAG en sus comienzos. Mientras tanto, la posición de portavoz federal de la HIAG recayó en primer lugar en el antiguo general de las *Waffen-SS* Kurt “Panzermeier” Meyer.⁴¹

³⁶ Véase *Der Ausweg* (Nov. 1951), p. 7.

³⁷ Véase Hans-Joachim RICHARD: “Marburg – davor und danach”, *Wiking-Ruf*, 23 (sept. 1953), pp. 19-21.

³⁸ “Die Hiag-Verbindungsstelle teilt mit”, *Wiking Ruf*, 23 (sept. 1953), p. 22.

³⁹ Véase Karsten WILKE: *Die “Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit...”*, pp. 47-50; “Gründung eines Bundesverbandes. Kamerad Panzermeier Sprecher unserer Gemeinschaft”, *Der Freiwillige*, 4 (1959), H. 5, p. 5-8.

⁴⁰ *Ibidem.*, p. 8.

⁴¹ Véase *Ibidem.*, p. 5.

Los líderes de la HIAG prestaron mucha atención a la forma en que la organización estaba siendo presentada en público, porque cualquier sospecha de que la asociación pudiera estar encaminada a socavar el sistema político tenía que ser eliminada. Precisamente este fue el objetivo del torrente de libros procedentes de los círculos de la HIAG,⁴² algo que logró principalmente en la década de los 50 gracias a las revistas *Wiking-Ruf* [Llamada vikinga] y *Der Freiwillige* [El voluntario].⁴³

La construcción de la comunidad dentro de la HIAG.

Además del juicio que consideró a las SS como una “organización criminal”, otro factor que influyó mucho la autopercepción de los antiguos miembros de las *Waffen-SS* fue la aplicación de las sentencias de muerte y prisión, especialmente por medio de la ley de 1951 tal y como era definida en el artículo 131 de la constitución. Esta ley regulaba la reintegración de los funcionarios que habían sido despedidos por las fuerzas aliadas, así como las pensiones que les habían sido adjudicadas. A diferencia de los miembros de la *Wehrmacht*, los veteranos de las *Waffen-SS* sólo podían solicitar pensiones completas por sus años de servicio en el caso de que cumplieran ciertas condiciones.⁴⁴ A todo ello se sumó la práctica de las autoridades judiciales de la Alemania Occidental, que distinguían estrictamente entre las SS y la *Wehrmacht* y separaban los objetivos del nacionalsocialismo de sus presuntas dimensiones “militares” al justificar sus veredictos o decidir suspender sus procedimientos.⁴⁵ De ahí que como resultado de esta distinción de la *Wehrmacht*, que consideraban injustificada, los antiguos miembros de las *Waffen-SS* podían verse a sí mismos y presentarse como una comunidad de víctimas.⁴⁶

Desde el punto de vista de los excombatientes, la legislación y la práctica legal en la República Federal copiaban el veredicto del Tribunal Militar Internacional. Esto tenía como resultado que ellos y sus familias fueran propensos a rechazar los principios de la sociedad alemana occidental en su totalidad. Otto Kumm intentó contrarrestar esta reacción recurriendo a la experiencia de guerra compartida por “los alemanes” y animando a los veteranos a participar

⁴² Véase, por ejemplo, Paul HAUSSER: *Waffen-SS*; Felix STEINER: *Von Clausewitz bis Bulganin. Erkenntnisse einer Wehrepoche*, Bielefeld, Deutscher Heimat-Verlag, 1956; Ernst-Günther KRÄTSCHMER: *Ritterkreuzträger*. Para información general, véase Karsten WILKE: *Die “Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit...”*, pp. 389-405.

⁴³ Para más información sobre las publicaciones *Wiking Ruf* y *Der Freiwillige*, véase *Id.*, pp. 51-59.

⁴⁴ Véase Norbert FREI: *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, 2. Ed., München 1999, pp. 69-100. No fue hasta la tercera enmienda en 1961 cuando los excombatientes de las *Waffen SS* entraron de facto en la misma categoría que los antiguos soldados de la *Wehrmacht*.

⁴⁵ Véase Ruth-Bettina BIRN: “Wehrmacht und Wehrmachtsangehörige in den deutschen Nachkriegsprozessen”, en Rolf-Dieter MÜLLER y Hans-Erich VOLKMANN (eds.), *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, München, Oldenbourg, 1999, pp. 1081-1099, p. 1090.

⁴⁶ Véase Kurt Philipp TAUBER: *op. cit.*, pp. 332-333. Para más información sobre la ejecución de criminales de guerra y reacciones públicas, véase Ulrich BROCHHAGEN: *Nach Nürnberg. Vergangenheitsbewältigung und Westintegration in der Ära Adenauer*, 2. Ed., Berlin 1999, pp. 59-63.

en la sociedad democrática.⁴⁷ Este apelaba a un elemento central en la mentalidad de las SS, a saber: la «actitud fundamental de un guerrero que vive para luchar.»⁴⁸ El “pueblo alemán” había realizado grandes logros durante la guerra, y por ello Kumm creía que este era merecedor del apoyo de los antiguos miembros de las *Waffen-SS*. Aunque estaban muy alejadas de la realidad política, pues eran más bien los excombatientes de las *Waffen-SS* los que estaban necesitados de apoyo, estas declaraciones reflejan un profundo y atemporal sentido del elitismo del que estaba imbuido este grupo, lo cual ilustra hasta qué punto la mentalidad de las SS se mantuvo viva después de 1945 y era explotada a su vez con fines internos. La intención de Kumm era evitar que tantos excombatientes de las SS como fuera posible se situaran en la oposición al sistema democrático o se refugiaran en la vida privada, lo que habría sido una elección obvia. Para lograr este objetivo, manipuló los hechos y construyó un nuevo concepto de elitismo que incluía una obligación especial para con la comunidad. La autopercepción de las SS como miembros de una vanguardia y de una élite podía seguir siendo evocada en los primeros años de la República Federal y demostró ser independiente del sistema político.

Así pues, a principios de la década de 1950 los grupos de la HIAG empezaron a operar políticamente a nivel local a través de su autopercepción y autorepresentación como “ciudadanos de segunda clase” y “víctimas de la justicia del vencedor”. Su aspiración era no eludir el conflicto con las fuerzas de ocupación occidentales y con las instituciones políticas de la Alemania Occidental y, al mismo tiempo, no dejarse intimidar por la amenazante «actitud del este, con sus prácticas persecutorias y de amordazamiento de la libertad personal».⁴⁹ Kumm intentó ejercer presión moral sobre todos los miembros de las *Waffen-SS* que pudo, recordándoles el tiempo anterior a 1945:

Si queremos seguir la ley por la que primeramente nos regimos, tenemos una gran responsabilidad —una responsabilidad para con el futuro de nuestra gente—, una responsabilidad para con Dios o, si lo preferís, para con nuestras conciencias. No podemos ignorar esta responsabilidad recurriendo a la excusa barata de ‘no es asunto mío’. Lo único que podríamos hacer es abandonar nuestra ley y al hacerlo abandonar nuestra comunidad. Es absurdo hablar de ley y de un orden hoy en día, pero deberíamos meditar sobre ello mucho más.⁵⁰

Es obvio que él veía la HIAG como una organización de asistencia mutua que descansaba sobre las bases de los antiguos principios de las SS. La elección de su léxico procede de una

⁴⁷ Véase Otto KUMM: “Unsere Verantwortung”, *Der Ausweg* (Aug. 1951), p. 1.

⁴⁸ Hans BUCHHEIM: “Befehl und Gehorsam”, en Hans BUCHHEIM et al. (eds.), *Anatomie des SS-Staates*, pp. 213-320, p. 232. Buchheim define siete objetivos en la formación de los miembros de las SS. El énfasis no estaba en una educación teórica sino en formar una mentalidad específica de las SS. La experiencia de combate y la idea de que la vida es una constante lucha siguieron vivas en la HIAG. Véase Peter DUDEK y Hans-Gerd JASCHKE: *Entstehung und Entwicklung des Rechtsextremismus in der Bundesrepublik. Zur Tradition einer besonderen Kultur*, Vol. 1, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1984, p. 112.

⁴⁹ Otto KUMM: “Schafft klare Sicht”, *Der Ausweg* (julio 1951), pp. 1-2, p. 1.

⁵⁰ Otto KUMM: “Unsere Verantwortung...”

publicación de Himmler del año 1936, *Las SS como organización de combate antibolchevique*, en la cual se aludía a una ley inalterable bajo la que los miembros de las SS debían vivir:

Así nos hemos agrupado y de acuerdo con leyes inalterables marchamos hacia un remoto futuro como un orden nacionalsocialista de hombres nórdicos y como una comunidad conjurada de clanes, y deseamos y creemos que no sólo seremos los nietos que combatieron con más éxito, sino también los ancestros de generaciones posteriores necesarios para la vida eterna del pueblo alemán.⁵¹

Después de 1945, la autoconciencia social desarrollada en los años del nacionalsocialismo tuvo que librarse de sus aspectos racistas. Lo que permanece como un argumento común en las dos citas anteriores es una visión acerca del futuro y la reivindicación de un sentimiento de responsabilidad hacia una “comunidad” indefinida y hacia “el pueblo alemán”. Es obvio que el autor de la cita de 1951 está realizando un complicado equilibrio: por un lado recurre a principios consustanciales a las SS para integrar el mayor número posible de antiguos miembros, mientras que, por otro lado, para lograr una clara distinción entre las SS y las *Waffen-SS* de cara al exterior prescinde de los argumentos racistas y nacionalistas y niega la existencia continuada de un “orden”.

Sin embargo, la “camaradería” dentro de la HIAG se vio como algo oportuno y altamente necesario para hacer frente a las supuestas y reales desventajas sociales de sus miembros,⁵² no por nada era un requisito clave para todos los miembros de las SS. Este concepto pervivió en el periodo de posguerra como una virtud pura y no politizada de los soldados dentro de la HIAG. Independientemente de la guerra y la paz, en la asociación se esperaba que sus miembros se ayudasen mutuamente y que estuvieran dispuestos a hacer sacrificios. Evadir este deber natural, considerado incluso un deber “sagrado”, era considerado inaceptable moralmente. El honor y el ejercicio de los deberes de cada uno eran centrales en el concepto de camaradería, al igual que lo fue la obligación de “permanecer siempre leales” a la organización.⁵³ Esa exigencia de lealtad fue una demanda social y política que la HIAG hizo a sus miembros. De este modo pudo conectar con la tradición de las SS posteriormente al año 1945, en algunos casos de manera directa, como en el uso de la *Treuelied* de las SS (canción de la lealtad).⁵⁴ De hecho, estas constantes alusiones a los principios del honor hicieron que para los antiguos miembros de las *Waffen SS* resultara difícil mantenerse al margen de la HIAG. Junto a las tácticas más atrevidas, como rechazar la afiliación a partidos políticos, se mantenían principios políticos ineludibles como el llamativo compromiso con la democracia. A todo ello había que sumar la

⁵¹ Heinrich HIMMLER: *Die Schutzstaffel als antibolschewistische Kampforganisation*, 3. Ed., München, Franz Eher Nachfahren, 1937, p. 31.

⁵² Véase Harald MILDE: “Zum Geleit!”, *Der Ausweg* (julio 1951), p. 1.

⁵³ *Der Ausweg* (junio 1951), p. 4.

⁵⁴ Véase Otto KUMM: “Zum Geleit!”, *Der Ausweg*, (junio 1951), p. 1. Para profundizar sobre la canción „Wenn alle untreu werden“, véase: Karsten WILKE: *Die „Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit“*, pp. 192-195.

perspectiva política de construir una Europa unida, «como presagiamos cuando nos estábamos defendiendo contra las violentas arremetidas del Este y como quedó ejemplificado de modo ejemplar dentro de las filas de nuestras divisiones.»⁵⁵ En esta versión del pasado las *Waffen SS* se convertían en la vanguardia de la unificación europea,⁵⁶ vanguardia cuya herencia política tenía que mantenerse viva por medio de la HIAG y transmitida a la Alemania de posguerra. Una buena muestra de esta postura fue la conmemoración de los soldados caídos de las *Waffen SS* bajo el lema “Por Alemania y Europa”. Los editores de la revista *Wiking-Ruf* fueron incluso más allá, haciendo tal honor extensible al antiguo inspector y comandante de la guardia de los campos de concentración Theodor Eicke.⁵⁷

También el valor de la familia tuvo gran importancia para la HIAG. De hecho, proporcionar apoyo a las familias de los fallecidos era una dimensión esencial de su trabajo social. Ayudar a estas familias era considerado como una forma de cerrar filas,⁵⁸ por eso la HIAG se construyó sobre la idea de una *Sippengemeinschaft* (“comunidad de clanes”).⁵⁹ Su estructura organizativa seguía los mismos principios básicos que la de las SS.⁶⁰ Además, fueron principalmente antiguos mandos militares quienes tuvieron una repercusión dentro de la HIAG y ejercieron las posiciones de responsabilidad, puesto que a ellos les fueron encomendadas responsabilidades especiales para con las familias de los miembros fallecidos. El padre o marido fallecido era reemplazado por las SS, entendidas estas como una *Sippengemeinschaft* representada por su líder, que antes de 1945 sería el propio Himmler.⁶¹ No por nada, los antiguos comandantes de las tropas apoyaron a sus subordinados incluso tras el fin del nacionalsocialismo. De este modo continuaron con una práctica paternalista que habían seguido antes y durante la guerra, y asumieron una responsabilidad que era parte de la misma autoconciencia de las SS. Por lo tanto, se mantuvieron vivas más allá del año 1945 las expectativas del rol combativo y nacionalista. Por su parte, los miembros potenciales de la HIAG podían confiar en sus antiguos oficiales como autoridades a las que recurrir también en tiempos de paz.

⁵⁵ Otto KUMM: *Schafft klare Sicht*, p. 2.

⁵⁶ Véase “Europäische Verständigung mit den Augen eines Deutschen Soldaten gesehen”, *Wiking Ruf*, (nov. 1951), pp. 6-7. Incluso en la década de 1980, el autor Hans Werner Neulen todavía veía a las *Waffen SS* como la vanguardia de la unificación europea. Véase Hans-Werner NEULEN: *Europa und das Dritte Reich*, München 1987.

⁵⁷ Véase *Wiking-Ruf*, 13 (nov. 1952), p. 3. Para más información sobre Theodor Eicke, véase Niels WEISE: *Eicke. Eine SS-Karriere zwischen Nervenlinik, KZ-System und Waffen-SS*, Paderborn, Schöningh-Verlag, 2013.

⁵⁸ Véase “Hier spricht die HIAG”, *Der Ausweg* (nov. 1951), pp. 7-10, p. 8-9.

⁵⁹ Véase Gudrun SCHWARZ: *Eine Frau an seiner Seite. Ehefrauen in der „SS-Sippengemeinschaft“*, 2. Ed., Berlin, Aufbau-Taschenbuch Verlag, 2001.

⁶⁰ Véase Karsten WILKE: *Geistige Regeneration der Schutzstaffel?*, pp. 445-447.

⁶¹ Véase Gudrun SCHWARZ: op. cit., pp. 64-67.

Cooperación con partidos políticos.

Desde principios de la década de 1950, la HIAG había estado estableciendo contacto de manera sistemática con partidos políticos, tanto a nivel federal como estatal y municipal. De hecho, se utilizaron grupos de discusión y encuentros de lectura⁶² para establecer un diálogo sobre ciertos asuntos, lo cual permitió a la organización acercarse a grupos políticos e individuos con sus ideas. Dentro de los propios partidos se utilizaron intermediarios para fortalecer estas relaciones. En el caso de la Unión Democrática Cristiana (CDU) fue su Jefe Ejecutivo Federal, Will Rasner, quien actuó como intermediario, seguido posteriormente por Hans Wissebach, que fue miembro del Bundestag y también de una *Truppenkameradschaft* (organización de veteranos) de las *Waffen-SS*,⁶³ mientras que el centro-izquierdista Partido Socialdemócrata (SPD) estuvo representado por el experto en defensa Fritz Erler y Helmut Schmidt, quien más tarde se convertiría en canciller alemán.⁶⁴ La idea de los socialdemócratas al sumarse a este diálogo no era otra que tratar de fortalecer los elementos moderados dentro de la cúpula de la HIAG.⁶⁵

En el marco de esta postura, el portavoz federal de la HIAG, Kurt Meyer, fue invitado en varias ocasiones entre 1959 y 1961 a conversar con Fritz Erler en Bonn.⁶⁶ Durante estos encuentros el político del SPD fue capaz de mantener las distancias y de hacer frente a su interlocutor con verdades incómodas, apuntado en repetidas ocasiones a la agresiva retórica utilizada en la revista de la HIAG *Der Freiwillige*, sin ir más lejos.⁶⁷ Meyer aceptó las críticas, lo cual no fue óbice para que culpara a sus oponentes dentro de la organización de ese radicalismo verbal. El antiguo general de las SS denunció que dentro de la HIAG había fuerzas haciendo presión para tomar el control de la organización e integrarla en el partido de extrema derecha *Deutsche Reichspartei* (DRP). Pero mientras él y sus partidarios estuvieran al cargo, esto no sería posible.⁶⁸ De hecho, señalar las tendencias radicales dentro de su organización fue la baza

⁶² Véase Tabla Eventos de la Asociación Estatal Bavaria, n.d., en BA-MA, B 438/233.

⁶³ Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, p. 327; "Abschied von Hans Wissebach", *Der Freiwillige*, 29 (1983), H. 10, pp. 21-22. Para profundizar sobre las organizaciones de veteranos de las *Waffen-SS* en la república Federal, véase Karsten WILKE: "Die Truppenkameradschaften der Waffen-SS 1950-1990", en Peter LIEB, Jan Erik SCHULTE y Bernd WEGNER (eds.), *Waffen-SS*, pp. 421-435. Las "Truppenkameradschaften" eran asociaciones de los antiguos miembros de las unidades especiales – normalmente divisiones de las *Waffen-SS*.

⁶⁴ Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, p. 327.

⁶⁵ Véase Deutscher Informationsdienst, Ausgabe B 795, 2.2.1959, Protocolo de una reunión irregular de delegados estatales organizada por la HIAG en Bavaria el 8 de Marzo de 1959, pp. 1-8, p. 5, BA-MA, 438/603.

⁶⁶ Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, p. 330.

⁶⁷ Véase *Ibidem.*, pp. 334-339.

⁶⁸ Véase Carta de Fritz Erler a Karl Cerff del 2 de marzo de 1957, Archiv der Sozialen Demokratie (ASD), NA Erler, 149; Carta de Karl Cerff a Fritz Erler del 13 de Marzo de 1957, ASD, NA Erler, 149. Para profundizar sobre el Deutsche Reichspartei, véase Oliver SOWINSKI: *Die Deutsche Reichspartei 1950-1965. Organisation und Ideologie einer rechtsradikalen Partei*, Frankfurt a. M., Peter Lang, 1998.

principal del portavoz federal, ya que le permitía presentarse como un compañero político fiable y un campeón de la democracia.⁶⁹

Aunque las reuniones entre While Meyer y Erler no puedan ser calificadas precisamente de armónicas, dejaron un importante mensaje: un antiguo preso de un campo de concentración, víctima del nacionalsocialismo y representante del Estado,⁷⁰ permitió a un antiguo comandante de las *Waffen-SS* dirigirse a él como a un igual. Aunque Erler permaneció cauteloso frente a Meyer y frecuentemente lo ponía en su sitio, permitió a la HIAG participar en el sistema democrático en cierta medida. Como era de esperar, la postura del dirigente socialdemócrata encontró resistencias en el seno del SPD. Una de las críticas hacía referencia a las constantes demandas de la HIAG de que se reconociera a las *Waffen SS* como parte de la *Wehrmacht*, mientras hacían tímidos esfuerzos para distanciarse del nacionalsocialismo.⁷¹ Esto llevó a dudar de la fiabilidad de la organización, tal y como queda expresado en la siguiente cita:

Pero el cambio político no se consigue sólo con distanciarse ocasionalmente de las prácticas de los peores criminales, sino condenando todo lo ocurrido durante el mandato de Hitler, lo que implica un fuerte compromiso con el modelo democrático. La HIAG, en efecto, parece no ser más que un refugio para aquellos que no están dispuestos a abrazar el cambio, que operan bajo el disfraz de una organización política.⁷²

Durante mucho tiempo esas voces escépticas fueron una minoría dentro de los partidos políticos. La interacción de la HIAG con los partidos –especialmente con la CDU y el SPD– fue llevada a cabo principalmente a puerta cerrada y cobró la forma de una suerte de diplomacia secreta. Y aunque a veces muy conflictivo, este intercambio fue capaz de establecer un cierto grado de confianza mutua. De hecho, no fue hasta la emisión de la serie de televisión *Holocausto* en la década de 1970 cuando tuvo lugar un verdadero cambio en la actitud de los partidos políticos.⁷³ El debate público que siguió a dicho acontecimiento mediático llevó al SPD a emitir una *Unvereinbarkeitsbeschluss* (declaración de incompatibilidad)⁷⁴ que excluía a los miembros de la HIAG del partido.⁷⁵

⁶⁹ Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, p. 338.

⁷⁰ Para profundizar sobre Erler, véase Hartmut SOELL: *Fritz Erler. Eine politische Biographie*, 2 Bde., Berlin, Dietz, 1976. Sobre su reclusión en campos de trabajo nacionalsocialistas, véase *Ibidem.*, Bd. 1, pp. 28-63.

⁷¹ Véase Carta de Max Kukil a Erich Ollenhauer, Herbert Wehner, Waldemar von Knoerringen y Fritz Erler del 15 de julio de 1958, pp. 1-9, p. 2, ASD, NA Erler, 149.

⁷² *Ibidem.*, p. 9.

⁷³ Véase también Peter MÄRTESHEIMER y Ivo FRENZEL (eds.): *Im Kreuzfeuer. Der Fernsehfilm Holocaust. Eine Nation ist betroffen*, Frankfurt a. M., Fischer-Taschenbuch, 1979; Matthias WEIß: "Sinnliche Erinnerung. Die Filme 'Holocaust' und 'Schindlers Liste'", en Norbert FREI y Sybille STEINBACHER (eds.), *Beschweigen und Bekennen. Die deutsche Nachkriegsgesellschaft und der Holocaust*, Göttingen, Wallstein-Verlag, 2001, pp. 71-102.

⁷⁴ Véase el comunicado de prensa del SPD n. 676/1981 fechado a 16 de noviembre de 1981, ASD, Helmut Schmidt, 1/HS AA006309.

⁷⁵ Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, pp. 344-349.

Actividades públicas.

La de 1950 fue la década durante la cual la HIAG estuvo más activa. Durante este periodo, la organización se las ingenió para acceder al “centro de la sociedad”. En ningún sitio se hizo más evidente que en las llamadas *Suchdiensttreffen* [Reuniones del Servicio de Búsqueda], que eran eventos públicos masivos. El *Suchdienst* [Servicio de Búsqueda] era una organización fundada por la Cruz Roja Alemana [*Deutsches Rotes Kreuz*, DRK] para ayudar a las familias a reencontrarse tras la guerra.⁷⁶

Los eventos del *Suchdienst* se estructuraban de acuerdo con las antiguas unidades de la *Wehrmacht*, seguían las directrices de la Cruz Roja y se regulaban contractualmente. Además de las verdaderas manifestaciones del trabajo del *Suchdienst*, como podían ser las exhibiciones de fotografías y entrevistas en grupo, estos eventos de la HIAG solían incorporar otras actividades: recepciones, conciertos militares, charlas, discursos de bienvenida, procesiones a los memoriales locales de la guerra y conmemoraciones de los caídos, servicios religiosos al aire libre y, en algunos casos, proyecciones de películas o lecturas ilustradas, así como ruedas de prensa, bailes, cantos de la *Treuelied* o toques de queda. Estas ceremonias, principalmente militares, se usaron para dar una imagen pública de la HIAG como una organización de excombatientes e impresionar a los participantes con un evento llevado a cabo como una operación militar planeada impecablemente y ejecutada sin contratiempos.⁷⁷ Esto incluía repartir insignias de los eventos que los visitantes podían prender en sus ropas, así como el uso de terminología militar. Para garantizar una llegada carente de problemas se establecieron a lo largo de la carretera puntos de contacto denominados *Meldeköpfe* [centros de enlace], que además proporcionaban información sobre aparcamientos, distribuían insignias del evento y coordinaban el registro y el alojamiento de los asistentes.⁷⁸

Otro ejemplo del uso de este lenguaje específico en las reuniones eran los puntos de encuentro del evento, a los que se denominaba *Standquartiere* [cuarteles]. Eran lugares donde los asistentes que iban llegando podían registrarse según su antigua unidad militar.⁷⁹ Con este uso del lenguaje la HIAG no sólo reclamaba algunos espacios físicos, sino que también se imbuían de un nuevo significado. De hecho, espacios claramente definidos eran dotados de un carácter militar en el curso del encuentro, de modo que devenían un espacio “castrense” para la HIAG

⁷⁶ Véase DEUTSCHS ROTES KREUZ, SUCHDIENST MÜNCHEN (ed.): *Zentrale heimkehrerdatei des DRK-Suchdienstes. Aufbau und Einsatz in der Nachforschungsarbeit*, München 1957, BA-MA, N 756/437a.

⁷⁷ Véase Acuerdo acerca de la colaboración en los Servicios de Rastreo datada en enero de 1956, pp. 1-6, BA-MA, N 756/437a. Para más información sobre las reuniones del servicio de rastreo, véase Karsten WILKE: *Die “Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit...”*, pp. 235-269.

⁷⁸ Véase Consejo Organizativo, Reuniones del Servicio de Rastreo Hameln, n.d. [1959], BA-MA, B 438/4a; “Veranstaltungshinweise Hameln”, *Der Freiwillige*, 4 (1959), H. 9, S. 29.

⁷⁹ Véase Lista de *Standquartiere*, BA-MA, B 438/4a.

dentro de la cotidianeidad de la vida civil. En 1956, el famoso emplazamiento del evento en *Kanzlers Weide*, junto al río Weser en Minden, vino a ejemplificar esta práctica.⁸⁰

Por lo demás, los eventos de la HIAG eran frecuentados por invitados exclusivos, como veteranos de las SS del extranjero o, con menos frecuencia, miembros de hermandades.⁸¹ Dirigentes políticos, la Cruz Roja Alemana y representantes de las asociaciones de soldados participaban en los eventos del *Suchdienst* a través del apoyo logístico o como ponentes.⁸² Especialmente, esa colaboración ayudó a la HIAG a establecerse públicamente en el centro de la sociedad alemana a lo largo década de 1950. Sus compañeros, como por ejemplo miembros de partidos políticos, tenían el mismo interés en usar los eventos de la HIAG como foro público. Los representantes de los partidos democráticos tuvieron aquí la oportunidad de dirigirse de manera directa a un grupo cuya actitud hacia el sistema político era cuanto menos difícil de evaluar, animando a los participantes a involucrarse en la democracia de la Alemania Occidental, al tiempo que también trataban de ganar votos. Tan contundente, extensa y amplia fue esta colaboración entre la clase política, la Cruz Roja y las asociaciones de veteranos que parece justificado calificarla de acercamiento estratégico enmarcado en una auténtica política de alianzas.⁸³

La primera reunión del *Suchdienst* por parte de excombatientes de las Waffen-SS organizados tuvo lugar en octubre de 1952 en Verden an der Aller, una pequeña población de la Baja Sajonia. Planeado en un primer momento por Herbert Otto Gille como un encuentro regional, atrajo unos 5.000 asistentes de toda Alemania y de países vecinos.⁸⁴ Tan sólo un mes después, se celebró un evento similar en Gelsenkirchen que acogió supuestamente más de 2.000 visitantes.⁸⁵ Animada por estos éxitos, la oficina federal de enlace de la HIAG decidió poner en marcha encuentros nacionales.⁸⁶ En 1956, un evento de este tipo organizado en Minden reunió a unas 10.000 personas,⁸⁷ un año después, unas 12.000 acudieron a Karlburg, un barrio de Karlstadt am Main.⁸⁸ La mayor reunión del *Suchdienst* se llevó a cabo los días 5 y 6 de septiembre de 1959 en Hameln, una pequeña ciudad al sur de la Baja Sajonia. Según la HIAG, a este evento acudieron entre 16.000 y 20.000 participantes y los comunicados de la prensa coin-

⁸⁰ Véase Programa del evento: Heimkehrer- und Suchdiensttreffen der Soldaten der ehem. Waffen-SS in Minden (Westf.), BA-MA, NA 756/438a.

⁸¹ Véase Grußwort der Europa-Burschenschaft Arminia zu Zürich auf dem Südmarkttreffen der HIAG in Würzburg am 29.09.1973, pp. 1-3, BA-MA, B 438/287.

⁸² Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, pp. 162-164.

⁸³ Véase *Ibidem.*, pp. 151-153.

⁸⁴ Véase Bert Oliver MANIG: *op. cit.*, pp. 132-138; Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, pp. 163-164.

⁸⁵ Véase "Kameradentreffen in Gelsenkirchen. 113 Vermisstenschicksale konnten aufgeklärt werden", *Wiking-Ruf*, 14, (Dec. 1952), pp. 14-16.

⁸⁶ Véase carta de Richard al portavoz estatal y miembros de la oficina federal de enlace fechada el 2 de enero de 1954, BA-MA, B 438/93.

⁸⁷ Véase "Vermisstenschicksale konnten geklärt werden. Waffen-SS fordert Gerechtigkeit. „Panzer-Meyer“ sprach auf Treffen der 10.000 in Minden", *Westfalenzeitung*, n.d. [sept. 1956], Kommunalarchiv Minden (KAM), Nachlass K., Ordner HIAG-Minden.

⁸⁸ Varios informes de la reunión del Servicio de Rastreo en Kalburg se pueden encontrar en: *Der Freiwillige*, 2 (1957), H. 8, pp. 3-16.

cidieron en que habían estado presentes como mínimo 10.000 excombatientes y varios cientos de familiares.⁸⁹

Hamelín era un lugar de gran importancia histórica y política para los excombatientes de las *Waffen SS* organizados, porque fue allí donde las fuerzas de ocupación británicas habían llevado a cabo ejecuciones de miembros de las SS. Entre 1945 y 1949 se ejecutaron 196 sentencias de muerte en la prisión de la ciudad, incluyendo las de destacados miembros de las *SS-Totenkopfverbände*, como los comandantes de campo Max Pauly y Josef Kramer.⁹⁰ Allí también se había ejecutado a miembros de las unidades de combate de las *Waffen-SS*, como Bernhard Siebken, al cual se le había acusado del asesinato de rehenes, entre entre otros crímenes.⁹¹ Su caso es un ejemplo de toda una serie de mitos que pervivieron en los años 80, insistiendo en este caso en que el oficial de la 12ª División de las SS se había sacrificado por sus antiguos “camaradas”.⁹²

Por último, se puede afirmar que otra razón para elegir Hamelín tenía que ver con el hecho de que las reuniones de excombatientes de las *Waffen SS* se habían establecido sólidamente en dicha ciudad allí desde principios de los años 50.⁹³ La razón de ello parece estar arraigada en una cultura política local, que era relativamente de derechas, y en una población que era tolerante con esta orientación política.⁹⁴

Protesta pública.

A pesar de los hechos anteriormente señalados la HIAG no fue bienvenida en todos los lugares de Alemania, hasta el punto que incluso ya durante los años 50 empezaron a aparecer resistencias a sus apariciones públicas. Tampoco resulta sorprendente que la planificación y ejecución de las reuniones de los excombatientes de las SS fueran estrechamente vigiladas tanto por parte de las autoridades públicas alemanas como por parte de las fuerzas de ocupación alia-

⁸⁹ Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, pp. 236-237.

⁹⁰ Véase Peter KRONE: *Historische Dokumentation. „Hingerichtetengräber“ auf dem Hamelner Friedhof Wehl*, Hameln 1987, p. 14-15. y p. 21. Para más información sobre Pauly y Kramer véase Karin ORTH: *Die Konzentrationslager-SS. Sozialstrukturelle Analysen und biographische Studien*, Göttingen, Wallstein-Verlag, 2000, pp. 103-104 y 225-226.

⁹¹ Véase Peter KRONE: op. cit., pp. 100-102.

⁹² Véase Carta de autor desconocido a Zuchhold datada el 13 de agosto de 1959, en: BA-MA, B 438/9; “Ehrenschild des deutschen Soldaten: Bernhard Siebken. SS-Obersturmbannführer und Regimentskommandeur”, *Der Freiwillige*, 4 (1959), H. 10, p. 2; “16.000 Kameraden trafen sich. Suchdiensttreffen 1959 ein voller Erfolg”, *Der Freiwillige*, 4 (1959), H. 10, p. 3-7, aquí p. 7, carta de Bünning a Krüger datada el 12 de julio de 1985, p. 3.

⁹³ Véase Bernhard GELDERBLOHM: *Die 50er Jahre in Hameln. Von der harten Mühsal und vom frohen Schaffen der Aufbaujahre*, Hameln, Niemeyer, 2008, p. 219; “Kameradschaftsabend der Soldatenkameradschaft „Wiking“ en Hameln”, *Wiking-Ruf*, 1 (nov. 1951), p. 15; “Hameln”, *Wiking-Ruf*, 18 (abril 1953), p. 23.

⁹⁴ Véase también Bernd WEISBROD (ed.): *Rechtsradikalismus in der politischen Kultur der Nachkriegszeit. Die verzögerte Normalisierung in Niedersachsen*, Hannover, Hahnsche Buchhandlung, 1995.

das.⁹⁵ Para evitar la acusación de conspiración y para enfatizar el lado caritativo de los eventos, los organizadores ponían mucho énfasis en su cooperación con la Cruz Roja Alemana.⁹⁶

La HIAG analizaba regularmente las reuniones del *Suchdienst*. Así pues, las evaluaciones no sólo tenían en cuenta los casos de personas desaparecidas resueltos y la cooperación con la Cruz Roja,⁹⁷ sino también el modo en que la organización se había presentado a sí misma públicamente, cómo los eventos habían sido recibidos por la población local y cómo ello afectaría a otras iniciativas internas.⁹⁸ El primer punto en el orden del día tras el evento en Minden era evaluar si el evento se había desarrollado de manera ordenada y disciplinada.⁹⁹ Esto muestra nuevamente que los eventos de la HIAG se enfocaban con los métodos propios de una operación militar. Sin embargo, no todos los eventos públicos se desarrollaban sin problemas. Una creciente oposición pública a la HIAG comenzó a cuestionar, entre otras cosas, la actitud de los partidos políticos hacia la organización, así como su implicación en los encuentros del *Suchdienst*.¹⁰⁰ Por lo general, las protestas eran organizadas por grupos de sindicatos o por la Asociación de Víctimas del Régimen Nazi (*Vereinigung der Verfolgten des Naziregimes* o VVN), por ejemplo solicitando prohibiciones.¹⁰¹ Tales protestas no hacían sino dificultar más la cooperación de la Cruz Roja y los organismos políticos a nivel municipal y estatal con la HIAG, llevando a que se cancelaran algunos eventos incluso ya en los 1950.¹⁰² A lo largo de esa década la oposición a la HIAG fue organizada mayoritariamente por grupos marginales que generalmente eran sospechosos de tendencias comunistas. En su conjunto, sus recursos se limitaban a señalar una continuidad ideológica e institucional entre las SS y la HIAG, al tiempo que hacía una distinción entre los principales perpetradores y los “hombres secundarios de las SS”. En este sentido, las protestas contra las reuniones del *Suchdienst* estaban destinadas a provocar la indignación pública frente a los crímenes cometidos en nombre del nacionalsocialismo e implícitamente abordaban los asuntos sobre la dignidad de sus víctimas.

Si durante estos años los críticos de la HIAG expresaron cualquier preocupación acerca de la sociedad de la Alemania Occidental y sus políticas de integración con respecto a los antiguos nacionalsocialistas fue de forma indirecta y sutil. Esto cambió significativamente en el curso de las siguientes décadas, cuando los ataques a la HIAG llegaron a vincularse con la crítica frente a la actitud de las autoridades y los partidos políticos de la Alemania Occidental hacia los excombatientes organizados de las *Waffen SS*. La equiparación de la HIAG con las SS hizo posible ver la organización como un símbolo y vestigio del pasado nazi de Alemania, lo que

⁹⁵ Véase Bert-Oliver MANIG: op. cit., pp. 537-538.

⁹⁶ Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, pp. 243-246.

⁹⁷ Véase Carta de Serno al primer portavoz federal datada el 23 de septiembre de 1959, pp. 1-3, BA-MA, B 438/20.

⁹⁸ Véase “475 Heimkehrerklärungen”, *Der Freiwillige*, 4 (1959), H. 10, pp. 13-14; carta de Gentsch, Meyer y Thöle a varios destinatarios con fecha de 8 de octubre de 1956, BA-MA, B 438/602.

⁹⁹ Véase *Ibidem*.

¹⁰⁰ Véase “P. A., Die ganz andere Seite”, *Der Freiwillige*, 4 (1959), H. 10, p. 18.

¹⁰¹ Véase Karsten WILKE: *Die "Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit..."*, pp. 269-273.

¹⁰² Véase “Zwei SS-Treffen abgesagt”, *Pfälzer Tageblatt*, 23/23 de septiembre, 1954, BA-MA, B 438/663.

significaba que el apoyo de la HIAG equivalía al lavado de cara del nacionalsocialismo y a la minimización de las atrocidades que habían sido cometidas en su nombre.¹⁰³

Conclusión.

La Asociación de Ayuda Mutua (HIAG) fue capaz de establecerse en el centro de la sociedad alemana durante la década de 1950 con la ayuda de una campaña de promoción de su imagen pública llevada a cabo con la cooperación de los partidos políticos. Las actividades caritativas de la HIAG, como por ejemplo el apoyo para familiares en casos de fallecimiento o el *Suchdienst* no sólo no eran políticamente inocuas y necesarias en la posguerra alemana, sino que también eran aceptadas positivamente por la sociedad alemana. El compromiso público con la democracia y el establecimiento de una organización acorde con la ley de asociaciones contribuyeron aún más a proyectar una imagen pública que apartaba la atención de las posibles preocupaciones de conspiración política en el seno de la HIAG.

Simultáneamente, la HIAG fue capaz de mantener viva en buena medida la identidad de las SS dentro de su organización tras el año 1945. Esto incluyó a antiguos oficiales de alto rango de las *Waffen-SS*, como Otto Kumm y Kurt Meyer, que estuvieron fuertemente implicados en la construcción de la HIAG y ocuparon las posiciones de liderazgo, al menos en sus estadios iniciales. El *Führerprinzip* [principio de supremacía del líder] fue de este modo transformado democráticamente y, al mismo tiempo, legitimado de manera retrospectiva. En todo caso, la “construcción ideológica” (Heinemann) de las SS tuvo que ser modificada en ciertos aspectos relacionados con la lucha, incluyendo la clara renuncia a los principios racistas en las declaraciones públicas. Esta adaptación permitió a las Asociaciones de Ayuda apoyar públicamente a antiguos miembros de las *Waffen-SS* encarcelados y desfavorecidos materialmente. Para lograrlo, los líderes de la HIAG apelaban repetidamente a una identidad que les hacía verse como una vanguardia social, pero también a la lealtad dentro de la comunidad y a un concepto de “camaradería” de probada eficacia. Así, las actividades sociales podían ser organizadas y percibidas públicamente como prácticas no politizadas.

No obstante, sería un error ver la organización de la HIAG y su existencia hasta el día de hoy principalmente como una historia del triunfo de la “ideología de las SS”. De hecho, el éxito de esta organización fue en buena medida el fruto de las características propias de la cultura política de posguerra, marcada por un discurso victimista común en aquellos años, por una aversión frente al comunismo profundamente arraigada y por un sentimiento muy extendido de solidaridad frente a las medidas administrativas de los aliados o hacia las mayorías políticas débiles.¹⁰⁴

En los años 70 y 80 la HIAG pasó a ser cada vez menos importante y se fue retirando de la vida pública. Desde luego no tuvieron poco que ver en ello las protestas cívicas, a pesar de

¹⁰³ Véase Karsten WILKE: *Die „Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit...“*, p. 276.

¹⁰⁴ Véase *Ibidem*.

que durante los años 50 los líderes de tales protestas habían sido marginados. Sin embargo, con la cada vez mayor renuncia al nacionalsocialismo dentro de la sociedad alemana occidental las voces críticas empezaron a ser más audibles y radicales. El SPD en particular se vio obligado a reaccionar ante esto y aprobó una sentencia de incompatibilidad a principios de los 80. Esto se vio seguido una década después, ya en 1992, por la ruptura de la “Asociación Federal de Antiguos Soldados de las *Waffen-SS*” (*Bundesverband der Soldaten der ehemaligen Waffen-SS* o HIAG). En cualquier caso, siguen existiendo a día de hoy algunas asociaciones de la HIAG a nivel municipal y estatal¹⁰⁵, así como organizaciones de excombatientes de las *Waffen-SS*. Es más, la revista *Der Freiwillige* se sigue publicando mensualmente como un «boletín para todos los soldados de las antiguas *Waffen-SS*».¹⁰⁶

¹⁰⁵ En 2006 una reunión de la HIAG en Hamburgo se encontró con protestas. Véase “Handwerkskammer erteilt SS-Veteranen Hausverbot”, *Frankfurter Rundschau*, 18 de marzo de 2006, p. 6.

¹⁰⁶ Patrick AGTE: “Die neuen Herausgeber stellen sich vor”, *Der Freiwillige*, 46 (2000), H. 1, pp. 4-6, p. 4.

Estudios

La campaña naval del Estrecho (1340-1344): el fin de la amenaza norteafricana

The Campaign of El Estrecho (1340-1344): the End of the North African Threat

Roberto Muñoz Bolaños

*Universidad Camilo José Cela-Universidad Francisco de Vitoria-Instituto General Gutierrez Mellado
UNED, España
rmunoz@ucjc.edu*

Resumen: La campaña naval del Estrecho, junto con la batalla del Salado (1340), constituyen el punto culminante del proceso reconquistador, ya que supone el fin del llamado “Problema del Estrecho”. La historiografía ha tratado este acontecimiento desde el punto de vista fundamentalmente político y económico, vinculado con la formación de las diferentes marinas peninsulares, especialmente la castellana y aragonesa. Nuestra finalidad, por el contrario, es explicar el desarrollo militar de este proceso histórico. De ahí la importancia de la investigación que presentamos, que ha sido elaborada a partir de las fuentes primarias existentes –tanto cristianas como musulmanas–, combinadas con la bibliografía que aborda este periodo histórico.

Palabras clave: *Campaña del Estrecho, Batalla del Salado, Benimerines, Reconquista, Siglo XIV.*

Abstract: The naval campaign of “El Estrecho”, alongside with the battle of Salado (1340) is considered the culmination of the “Reconquest” process because it means the end of the issue known as “El problema del Estrecho”. Historiography has focused on the economic and political consequences of this campaign, considering it as the beginning of the Castilian and Aragonese naval armies. Our aim, however, is to explain the military development of this historical process, taking into account not only the Christian-Muslim primary sources but also the literature written about it.

Keywords: *Campaign of El Estrecho, Battle of Salado, Benimerines, Spanish Reconquest, 14th Century.*

La “campaña del Estrecho”: Reconquista y relaciones internacionales en el Mediterráneo occidental en la segunda mitad del siglo XIII y comienzos del siglo XIV.

Para contextualizar la “Campaña del Estrecho”, que culmina con el dominio de esta vía marítima por los reinos cristianos, debemos partir de dos vectores, como señala Ladero Quesada¹. El primero es la apertura de la navegación Este-Oeste, a través del Estrecho de Gibraltar, por las armadas cristianas occidentales; proceso que había comenzado en el siglo XII, y en el que participaban activamente Génova, Pisa y la Corona de Aragón (mallorquines y catalanes). El objetivo que se perseguía era el control de los tráficos comerciales procedentes del continente africano: oro, esclavos y marfil. Y el segundo, el llamado “Problema del Estrecho” para los cristianos –especialmente para la Corona de Castilla–, que implicaba el control de esta vía marítima para evitar nuevas invasiones de los imperios islámicos norteafricanos –en ayuda de sus hermanos de religión peninsulares–. Si se lograba este objetivo, se pondría fin a un proceso que había comenzado con la llegada de los almorávides en el siglo XI, que había continuado en el siglo XII con los almohades, y que se volvería a repetir en la segunda mitad del siglo XIII y la primera del XIV con los benimerines².

En este doble contexto, los protagonistas de la “Campaña del Estrecho” tenían intereses muy dispares, tanto en el mundo musulmán como cristiano³. Así, el reino nazarí de Granada, encabezado por el sultán Yusuf I (1333-1354), sólo aspiraba a consolidar su poder y su territorio, para hacer frente a las acometidas castellanas. Por su parte, los benimerines aspiraban a controlar el estrecho de Gibraltar y los tráficos mercantiles en la zona con objeto de consolidar su hegemonía en el Mediterráneo y en el islam occidental. En este sentido, la llegada al trono de Abu-l-Hassán (1297-1351), *el Sultán Negro*, el 30 de agosto de 1331⁴, fue clave. Así, el nuevo monarca inició una política expansionista en el norte de África cuya pretensión última era proclamarse califa⁵. En ese proyecto, la Península Ibérica también ocupaba un lugar destacado, ya que Abu-l-Hassán también aspiraba a su conquista, devolviendo al islam ese territorio.

En el mundo cristiano tampoco existía una comunidad de intereses. Castilla, el más importante de los reinos cristianos peninsulares, tenía una visión básicamente político-militar del conflicto, persiguiendo tres objetivos⁶. El primero, crear una frontera estable y ventajosa con el

¹Miguel Ángel LADERO QUESADA: “Guerra del Estrecho”, en VV. AA., *Guerra y diplomacia en la Europa Occidental. 1280-1480*, Pamplona, Ediciones de la Institución Príncipe de Viana, 2005, pp. 255-267.

²Manuel FLORES DÍAZ: “La interrelación de las fronteras terrestres y marítima en el período de la Reconquista”, en VV. AA., *III Estudios de Frontera. Convivencia, defensa y comunicación en la frontera. En memoria de don Juan de Mata Carriazo y Arroquia*, Jaén, Diputación Provincial de Jaén, 2000, pp. 253-268.

³Miguel Ángel LADERO QUESADA: op. cit., pp. 288-291.

⁴Lisan al-Din IBN AL-JATIB: *Historia de los reyes de la Alhambra: El resplandor de la luna llena: (Al-Lamha al-badriyya)*, Granada, Ediciones Universidad de Granada, 1998, p. 103.

⁵Rudolf THODEN: *Abul-Hasan Al: Merinidenpolitik zwischen Nordafrika und Spanien in den Jahren 710-752 H./1310-1351*, Freiburg im Breisgau, Schwarz, 1973, pp. 150-161.

⁶Manuel GARCÍA FERNÁNDEZ: “Las relaciones castellano merinies en Andalucía en tiempos de Alfonso XI. La participación norteafricana en la guerra por el control del Estrecho, 1312-1350”, en Mercedes

reino granadino, lo que le permitiría lanzar *razzias* contra ese territorio. El segundo, completar la organización de Andalucía y Murcia, territorios conquistados a lo largo del siglo XIII, tras la victoria de Las Navas de Tolosa (1212). Y el tercero, fortalecer el poder de la monarquía, objetivo básico del rey Alfonso XI (1325-1350)⁷. Génova, la más importante de las repúblicas comerciales italianas, mantenía una posición ambivalente en la zona habiendo establecido alianzas con Granada o con Castilla en función de sus intereses mercantiles; aunque en los momentos cruciales siempre se mantuvo al lado del reino cristiano. Algo similar se podía decir de la Corona de Aragón, encabezada por Pedro IV *el Ceremonioso* (1337-1386), aunque como señala Ladero Quesada jamás se puso al lado de los musulmanes contra Castilla, ya que su territorio era vulnerable a los ataques del islam⁸. Por último, Portugal no tenía intereses entonces en la zona y su intervención en la “Campaña del Estrecho” estuvo motivada por la solidaridad cristiana y las relaciones familiares con Castilla, ya que el monarca portugués Alfonso IV (1325-1357) era suegro de Alfonso XI⁹. Por tanto, si bien los intereses eran diferentes, e incluso contrapuestos más allá de la solidaridad religiosa, era indudable que el componente naval de este conjunto de actores iba a jugar un papel decisivo en la campaña que se avecinaba. Pues era el control de una vía marítima, el estrecho de Gibraltar, la piedra angular sobre la que giraba el conflicto.

La importancia del proceso histórico que acabamos de describir explica por qué su estudio ha sido profusamente abordado desde la historiografía académica, especialmente en los últimos años, destacando en este sentido las obras de Francisco Javier García de Castro¹⁰, María Dolores López Pérez,¹¹ José Manuel Calderón Ortega y Francisco Javier Díaz González¹² o Manuel Rojas.¹³ Autores que han aportado una visión muy completa del “Problema del Estrecho” manejando las principales fuentes disponibles, especialmente García de Castro. No obstante, el estudio militar de la campaña –analizando todos los contendientes de la misma– no se ha abordado en detalle, y esta es –como ya hemos indicado anteriormente– la finalidad de esta investigación, que constituye una síntesis de lo publicado hasta este momento sobre el tema.

GARCÍA-ARENAL y María J. VIGUERA (eds.), *Actas del coloquio: Relaciones de la península Ibérica con el Magreh (siglos XIII-XVI)*, Madrid, CSIC-IHAC, 1988, pp. 249-273.

⁷José SÁNCHEZ-ARCILLA: *Alfonso XI. 1312-1350*, Palencia, Diputación Provincial de Palencia, 1995.

⁸Miguel Ángel LADERO QUESADA: op. cit., p. 290.

⁹Joseph O'CALLAGHAN: *The Gibraltar Crusade: Castile and the Battle for the Strait*, Philadelphia, Pennsylvania University Press, 2011, pp. 167-168.

¹⁰Francisco Javier GARCÍA DE CASTRO: *La marina de Guerra de la Corona de Castilla en la Baja Edad Media*, Valladolid, Instituto Universitario de Historia Simancas, 2011.

¹¹María Dolores LÓPEZ PÉREZ: *La Corona de Aragón y el Magreb en el siglo XIV*, Barcelona, CSIC. Instituto Milá y Fontanals, 1995.

¹²José Manuel CALDERÓN ORTEGA y Francisco Javier DÍAZ GONZÁLEZ: “Los almirantes del siglo de oro de la marina castellana medieval”, *En la España Medieval*, 24 (2001), pp. 311-364.

¹³Manuel ROJAS GABRIEL: “De la estrategia en la batalla del estrecho durante la primera mitad del siglo XIV”, en VV. AA., *El siglo XIV: El alba de una nueva era*, Soria, Universidad Internacional Alfonso VIII, 2001, pp. 223-269.

La guerra naval en el Estrecho.

a) Formas de combate y buques

Las armadas que combatieron en la “Campaña del Estrecho” estuvieron definidas por tres grandes vectores: las formas de combate que utilizaron, la problemática para dotarse de buques –salvo la genovesa– y los tipos de buques que utilizaron. En primer lugar, respecto a las formas de combate utilizadas, destacaron dos. El abordaje fue la primera, y consistía en ocupar los buques del enemigo para luego luchar contra su tripulación en la cubierta. Para conseguir este objetivo había que seguir una serie de pasos que, cuando se consideran en conjunto, dejan entrever que la lucha en el mar era el aspecto más exigente –desde el punto de vista técnico y logístico– de la guerra medieval como afirmaba Alfonso X:

La guerra de la mar es como cosa desamparada, e de mayor peligro que la de la tierra, por las grandes desventuras que pueden alli venir, e acaecer.¹⁴

La segunda forma utilizada fue el *bloqueo*, en su forma cerrada, es decir, situando las naves cerca de la costa, con el objetivo de evitar que suministros, tropas, información o cualquier tipo de ayuda llegase al enemigo. Los bloqueos fueron una de las piedras angulares de toda la campaña del Estrecho, siendo usados principalmente por los cristianos, que comprendieron mucho mejor su importancia que los musulmanes¹⁵.

Por su parte, el problema de dotarse de buques para el combate tuvo dos manifestaciones. La primera fue la dificultad para construirlos, pues se necesitaban buenos carpinteros e ingentes recursos. Por ejemplo, para construir un navío tan sencillo como un *drakar* vikingo se necesitaban los ingresos equivalentes al valor de 4.000 cabezas de ganado. Este hecho tenía dos consecuencias. Por un lado, el objetivo que se perseguía en las batallas navales no era el hundimiento del navío enemigo, sino la captura de los mismos dado su alto valor. Y, por otro, el carácter prohibitivo de una armada permanente para la mayoría de las monarquías europeas, por lo que los reyes optaban por obligar a los comerciantes a preparar sus navíos para la guerra¹⁶. Del mismo modo, la segunda manifestación fue la dificultad de poseer marinos y oficiales competentes para manejar estos navíos¹⁷. De hecho, el desastre de una armada en la Edad Media no venía determinado por la pérdida de buques sino, sobre todo, por la pérdida de personal cualificado como almirantes, capitanes, comieres –encargados del gobierno de los buques y del

¹⁴ALFONSO X: *Las Siete Partidas*, Madrid, Reus, 2004, p. 319. De acuerdo con Aznar Vallejo, esta obra es la fuente fundamental para conocer la guerra naval en el siglo XIII. Eduardo AZNAR VALLEJO: “La guerra naval en Castilla durante la Baja Edad Media”, *En la España Medieval*, 32 (2009), p.172.

¹⁵Luis DÍEZ DEL CORRAL: *Obras completas*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1998, vol. II, p. 1494.

¹⁶Matthew BENNETT, Jim BRADBURY, Kelly DEVRIES, Ian DICKIE, y Phyllis G. JESTICE: *Técnicas bélicas del mundo medieval*, Madrid, Edimat, 2007, p. 212.

¹⁷ALFONSO X: op. cit., p. 319.

control de sus remeros—, navegantes y remeros expertos. Así, era mucho más difícil, largo y costoso reponer al personal naval que construir una nueva embarcación¹⁸.

Finalmente, los buques utilizados en la “Campaña del Estrecho” aparecen recogidos en las *Siete Partidas* de Alfonso X:

Navíos para andar sobre mar son de muchas guisas, e por esto pusieron a cada uno de aquellos su nombre, según la fación en que es hecho. Pues los mayores, que van a viento llaman naves, e de éstas hay dos mástiles, e de uno, e otras menores que son de esta manera, e dicenles nombres porque sean conocidos, así como carraca, nao, galea, fusta balener, leño, pinaza, carabela, e otros barcos.¹⁹

De todos ellos, las galeras fueron las grandes protagonistas de los combates navales librados en el Mediterráneo durante la Edad Media y, por tanto, en el Estrecho²⁰. La primera mención escrita del término *galera* se encuentra en las instrucciones militares del emperador León el Filósofo (866-912):

Se construirán buques más pequeños y de un sólo orden de remos, llamados galeras, que sean más ligeros para correr, y sirvan para la guarda, la descubierta y todas las expediciones que necesiten velocidad.²¹

Su aparición fue contemporánea a la incorporación de toda una serie de innovaciones técnicas en la construcción naval²², de entre las cuales destacó el cambio en la forma de bogar, denominado *alla sensile*, donde los remos aparecían agrupados por parejas, con un hombre por remo, los dos en el mismo banco y éste inclinado con respecto al eje longitudinal. El remero, colocado más cerca de la amura, utilizaba un remo más corto. Con este sistema, no sólo se conseguían mayores velocidades, por la mayor eficacia en la boga, sino también resolver el problema de la ventilación en el interior del barco, pues todos los remeros se situaban sobre la cubierta. No obstante, a partir de 1300, se impuso la galera trirreme, con tres remeros en cada banco, lo que les dotó de mayor velocidad.²³

¹⁸José Manuel BELLO LEÓN: “Notas para el estudio de la tripulación de las galeras: los cómitres en la Sevilla Medieval”, *Revista de Historia Naval*, 89 (2005), pp. 53-60. Harvey J. HAMES y Elena LOURIE (eds.): *Jews, Muslims and Christians In and Around the Crown of Aragon*, Leiden, Brill Academic Publishers, 2004, pp. 35-74.

¹⁹ALFONSO X: op. cit., p. 322.

²⁰John H. PRYOR: *Geography, Technology, and War. Studies in the Maritime History of the Mediterranean, 649-1571*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 57. Sobre las galeras en la Edad Media y Edad Moderna peninsulares, véase José Luis CASADO SOTO: “El Cantábrico y las galeras hispanas de la Edad Media a la Moderna”, *Itsas Memoria. Estudios Marítimos del País Vasco*, 4 (2003), pp. 537-552.

²¹Antonio de CAPMANY y de MONTPALAU: *Memorias históricas sobre la marina comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Barcelona, Real Junta y Consulado de Barcelona, 1792, vol. 3, p. 110.

²²John B. HATTENDORF y Richard W. UNGER (eds.): *War at sea in the Middle Ages and Renaissance*, Rochester, Boydell Press, 2003, p. 124.

²³John H. PRYOR: op. cit., pp. 58-59.

La superestructura de las galeras se articulaba sobre dos castillos, el de popa y el de proa, que tenían un papel muy importante en los combates. El castillo de popa, que sobrepasaba el casco, se cubría normalmente con una tienda de lona y el castillo triangular de proa se apoyaba sobre un enorme tajamar prolongado de corto botolón.²⁴ Respecto a su armamento, de nuevo las *Siete Partidas* nos ofrece un detallado inventario del mismo:

E por esto ha menester que hayan para defenderse lorigas e lorigones, e perpunte e corazas, e escudos e yelmos, para sufrir golpe de piedra e para herir a manteniente. E deben haber cuchillos e puñales, e serraniles e espadas, e hachas e porras, e lanzas. E éstas con garabatos de hierro para trabar de los hombres a derribarlos; e hayan trancas con cadenas para prender los navíos porque no se vayan para tierra e han de haber ballestas con estriberas, e de dos pies, e de torno. E dardos e saetas cuantas más pudieran llevar; e terrazos con cal para cegar los enemigos, e otros con jabón para hacerlos caer. E sin todo esto, fuego de alquitrán para quemar los navíos.²⁵

De esta panoplia de armas destacaban dos: las catapultas tipo trabuquete y las ballestas.²⁶ Las primeras funcionaban mediante contrapesos lo que implica que no deberían ser muy grandes, ya que podían poner en peligro la estabilidad de los barcos.²⁷ Por su parte, las ballestas fueron el equipamiento estándar de los barcos mediterráneos durante al menos cuatro siglos, lo que nos habla de su gran utilidad.²⁸ Los ballesteros, por lo general, estaban equipados con dos tipos de ballestas: una necesitaba el uso de ambos pies para cargarla, mientras que la otra contaba con una especie de estribo que permitía cargarla de pie, diferencia que aparece recogida en las *Siete Partidas* tal como hemos visto. Es probable que la primera tuviera mayor alcance, pero necesitaba más tiempo para cargarse. Algunos barcos parecen haber tenido grandes ballestas montadas en un soporte que podían ser amartilladas por un cabrestante. Estas podían lanzar piedras de mediano tamaño y jarras con sustancias nocivas, así como flechas.²⁹

b) La flotas enfrentadas

La armada cristiana que participó en la lucha de Estrecho, estuvo compuesta de cuatro contingentes. El primero era el castellano. La marina de esta corona, según la tradición –hoy claramente superada– fue creada por el arzobispo de Santiago de Compostela (La Coruña) Die-

²⁴John B. HATTENDORF y Richard W. UNGER (ed.): op. cit., pp. 60 y 87.

²⁵ALFONSO X: op. cit., p. 323.

²⁶Kelly DEVRIES y Robert D. SMITH: *Medieval military technology*, Toronto, University of Toronto Press, 2012, p. 301.

²⁷Jean-Denis LEPAGE: *Medieval Armies and Weapons in Western Europe: An Illustrated History*, Jefferson, McFarland & Company, 2014, pp. 134-135. Rubén SÁEZ ABAD: *Artillería y poliorcética en la Edad Media*, Madrid, Almena, 2007, p. 199.

²⁸John H. PRYOR: op. cit., pp. 41-43.

²⁹Matthew BENNETT, Jim BRADBURY, Kelly DE VRIES, Ian DICKIE, y Phyllis G. JESTICE: op. cit., p. 234.

go Gelmírez (1059-1139).³⁰ De hecho, la creación de la marina de guerra castellana tuvo lugar durante el reinado de Fernando III *el Santo* (1232-1252), y se desarrollaría en gran medida durante el de su hijo y sucesor Alfonso X *el Sabio* (1252-1284).³¹ Este último, desde los primeros momentos de su reinado, mostró un grado de sensibilidad muy acusado por las cuestiones navales, pretendiendo dar un carácter de estabilidad a las reformas realizadas por su padre. Así, decidió terminar la reconstrucción de las antiguas atarazanas almohades de Sevilla en 1252³², ya iniciada en los últimos años del reinado de su padre.³³ Inmediatamente después, afrontó el problema de la jefatura de la armada creando el cargo de Almirante de Castilla.³⁴ La nueva dignidad apareció por primera vez en un documento castellano 6 de diciembre de 1253, donde se recoge el oficio de “almirage de la mar”.³⁵ Al año siguiente, fue otorgada en diciembre de 1254 a Ruy López de Mendoza, un noble castellano, pero bajo la forma *genovesa*, y no *siciliana*; lo que implicaba un mando y una autonomía reducida.³⁶ La razón de este diseño hay que buscarla en la posición geoestratégica de Castilla, que era a la vez atlántica y mediterránea –zonas marítimas donde las operaciones militares requerían distintos barcos–. Por eso, se decidió dividir la costa castellana en dos zonas. Por un lado Murcia (Mediterráneo), a las órdenes directas del Almirante, y por otro lado el resto, bajo la jefatura del *Adelantado Mayor de la Mar*, oficio de corta existencia del que dependía directamente el almirante. Posteriormente, aparecerían dos

³⁰Diego GELMIREZ: *Historia Compostelana*, Madrid, Akal, 1994, p. 97. Sobre el arzobispo Gelmírez, véase Ermelindo PORTELA, “Diego Gelmírez: Los años de preparación (1065-1100)”, *Studia Historica. Historia Medieval* 25, 2007, pp. 121-141. La obra clásica sobre la marina castellana es la de González Duro. Cesareo GONZÁLEZ DURO: *La Marina de Castilla. Desde su origen y pugna con la de Inglaterra hasta la refundición en la Armada española*, Madrid, El Progreso Editorial, 1894. Recientemente ha sido estudiada en detalle en la obras ya citada de García de Castro y de Aznar Vallejo. Y desde el punto de historiográfico las de Flores Díaz. Manuel FLORES DÍAZ: “Una nueva orientación en la historiografía naval. El ejemplo castellano medieval y el asalto contra Salé de 1260”, en Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ e Isabel MONTES ROMERO-CAMACHO (eds.), *La Península Ibérica entre el Mediterráneo y el Atlántico. Siglos XIII-XV*, Sevilla-Cádiz, Diputación de Cádiz-Sociedad Española de Estudios Medievales, 2006, pp. 819-831 y Manuel FLORES DÍAZ: “Historia militar y naval española medieval. Un acercamiento al estado de la cuestión”, *e-Humanista*, 10 (2008), pp. 244-273.

³¹Francisco Javier GARCÍA DE CASTRO: op. cit., pp. 37-48.

³²Leopoldo TORRES BALBÁS: “Atarazanas hispanomusulmanas”, *Al-Andalus*, XI (1946), pp. 175-209.

³³Eduardo AZNAR VALLEJO: op. cit., pp. 169-170. Susan ROSE: *Medieval naval warfare 1000-1500*, New York, Routledge, 2003, p. 51.

³⁴ALFONSO X: op. cit., p. 320.

³⁵Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Diplomatario andaluz de Alfonso X*, Sevilla, El Monte. Caja de Huelva y Sevilla, 1991, n° 80, pp. 80-85.

³⁶En este periodo, el cargo de almirante tenía esos dos modelos: el *siciliano* otorgaba al Almirante unos poderes muy amplios y una autonomía considerable; en tanto que el *genovés*, al contemplar la existencia de varios Almirantes, le reducía prácticamente a la condición de jefe de armada, mediatizado por la opinión de los cómitres y los oficiales enviados por la Comuna para restringir cualquier atisbo de autonomía. José Manuel CALDERÓN ORTEGA y Francisco Javier DÍAZ GONZÁLEZ: “Los Almirantes y la Política naval de los Reyes de Castilla en el siglo XIII”, *Anuario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Alcalá*, VIII (1998-1999), p. 111. Y sobre todo José Manuel CALDERÓN ORTEGA: *El almirantazgo de Castilla: Historia de una institución conflictiva (1250-1560)*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, 2003. Sobre la dificultad de estudiar el almirantazgo castellano en el siglo XIII, véase Francisco Javier GARCÍA DE CASTRO: op. cit., pp. 52-56.

almirantes, e incluso tres, en los reinados de Sancho IV (1284-1295) y Fernando IV (1295-1312).³⁷

Además del problema geoestratégico, en Castilla existía otro referido al diseño y construcción de buques. La costa atlántica tenía una gran tradición en este sentido pero era de “barcos redondos”, especialmente las célebres *cocas* y sus derivados, que aunque fueran navíos mercantes también se empleaban en la guerra.³⁸ Pero que eran inútiles en el mar Mediterráneo. Sin embargo, esta tradición no existía en dicho mar. Por eso, en las operaciones que se libraron en las postrimerías del siglo XIV³⁹ fue un almirante genovés, Beneddeto Zaccaria, quien comandó la escuadra castellana, formada por galeras genovesas⁴⁰, que lograrían un gran triunfo sobre la flota benimerín el 6 de agosto de 1291.⁴¹ La inexperiencia de los castellanos en los combates en este mar se mantendría durante la primera mitad del siglo XIV, lo que obligaría a recurrir de nuevo a la ayuda de genoveses y aragoneses, e incluso portugueses, para poder enfrentarse a los musulmanes.

El segundo contingente naval fue el aragonés. La marina de esta corona, como la castellana, se creó en el siglo XIII, durante el reinado de Jaime I (1212-1276).⁴² Este hecho fue posible porque los armadores se comprometieron a tener dispuestas sus naves cuando el rey se lo requiriese, a cambio de una exención de impuestos. En las ordenanzas emitidas en 1258 –*Ordinationes Ripariae*–, se recogía el armamento que deberían llevar los ballesteros e infantes de combate de las galeras, estableciéndose una multa de 50 *sous* para el comandante del buque por cada hombre que no cumpliera con estos requerimientos.⁴³ Además, en el año 1263 se renovó la exención de impuestos para las comarcas y señoríos encargados de fletar buques de guerra para la Armada Real. Igualmente, se establecía que cada división de buques tenía que tener un comandante propio, y se creó también, como en Castilla, la dignidad de Almirante, en la persona de Carroz, en 1230; cargo que posteriormente pasó a Pedro Ferrando, hijo bastardo de Jaime I (1263).⁴⁴

³⁷John B. HATTENDORF y Richard W. UNGER (eds.): op. cit., p. 108. véase Francisco Javier GARCÍA DE CASTRO: op. cit., pp. 56-58.

³⁸Juan Ignacio RUIZ DE LA PEÑA SOLAR: “Las villas castellanas de la costa cántabro atlántica y su proyección comercial en el Mediterráneo occidental”, *Revista d'Història Medieval*, 11 (2000), pp. 41-66.

³⁹José Manuel RODRÍGUEZ GARCÍA: “La marina alfonso al asalto de África, 1240-1280. Consideraciones estratégicas e historia”, *Revista de Historia Naval*, 85 (2004), pp. 27-55.

⁴⁰Florentino PÉREZ EMBID: *El Almirantazgo de Castilla hasta las Capitulaciones de Santa Fe*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de la Universidad de Sevilla, 1944, pp. 104 y 175.

⁴¹Mercedes GAIBROIS DE BALLESTEROS: *Sancho IV de Castilla*, Madrid, Voluntad, 1928, vol. III, p. 128. Roberto SABATINO LOPEZ: *Benedetto Zaccaria: ammiraglio e mercante nella Genova del Duecento*, Genova, Fratelli Frilli, 2004, pp. 202-203.

⁴²Véase Carlos SECO SERRANO (ed.): *Obras de D. Martín Fernández de Navarrete*, Madrid, Atlas, 1954.

⁴³Charles Emmanuel DUFOURCQ: *L'Ibérie chrétienne et le Maghreb: XIe-XVe siècles*, London, Ashgate Publishing Company, 1990, pp. 49-50.

⁴⁴Beatriz ALONSO ACERO: *Cisneros y la conquista española del norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2005, p. 25. Jaume VICENS VIVES: *Rumbos oceánicos: Los navegantes hispanos*, Barcelona, Barna, 1946, p. 25. Rafael GALLOFRÉ y José TRENCHS: “Almirantes y vicealmirantes de la Corona de Aragón (1118-1462)”, en *Miscelánea de textos medievales*, Barcelona, CSIC. Institución Milá y Fontanals, 1989, vol. V, p. 118.

No obstante, hubo que esperar a 1282, cuando los aragoneses conquistan Sicilia, para que apareciera una flota permanente.⁴⁵ La razón hay que buscarla en que Aragón heredó entonces la poderosa administración naval que los normandos y la dinastía de los Hohenstaufen habían establecido en esta isla, proporcionándole la organización y los arsenales necesarios para el mantenimiento de los buques. Además, se creó un sistema de impuestos que permitía costear la flota sin recurrir a los territorios de la Península Ibérica. La suma de las dos tradiciones, unidas a la creación de una institución centralizada para el control de la fuerza naval, el Almirantazgo bajo el mando de Roger de Lauria (1245-1305), convirtió a la flota aragonesa en una de las más efectivas del Mediterráneo en la segunda mitad del siglo XIII, coadyuvando a acabar con las pretensiones francesas en este mar.⁴⁶ Sin embargo, este sistema que se había manifestado tan efectivo comenzó a desmoronarse a partir del 20 de junio de 1295, cuando como consecuencia del Tratado de Anagni los aragoneses se vieron obligados a abandonar Sicilia perdiendo la organización naval asentada en esa isla.⁴⁷

A pesar de esta decadencia⁴⁸, la armada aragonesa conservó siempre dos características que la hicieron sobresaliente.⁴⁹ La primera, que sus dos navíos principales, las galeras y los *uxers* –buques almirantes similares a las galeras que presentaban como característica fundamental la presencia de un tercer castillo en la zona media de la cubierta, tenían unas bordas muy altas, lo que dificultaba su abordaje. Y la segunda, que sus ballesteros siempre fueron los más efectivos del mar Mediterráneo.⁵⁰ Así queda reflejado en un documento del siglo XIII referido a un enfrentamiento que tuvo lugar en 1285 contra la armada de Felipe III de Francia (1270-1285):

Todas las otras galeras fueron desbaratadas, y fue grande el estrago que hizo en los Franceses la ballestería catalana que llamaban de Tabla, que era la mejor que hubo en aquellos tiempos; y esto eran los que vencieron muy grandes batallas por mar, en las cuales se señalaron los Catalanes sobre todas las otras naciones.⁵¹

El tercer componente de la flota cristiana sería el portugués, cuyo origen estaba en el reinado de Dionisio I (1279-1325). Es cierto que, anteriormente, existía ya una flota de galeras al servicio del monarca, pero fue el rápido crecimiento de las actividades marítimas y el cada

⁴⁵Jesús LALINDE ABADIA: *La Corona de Aragón en el Mediterráneo medieval, 1229-1479*, Zaragoza, CSIC. Institución Fernando el Católico, 1979, p. 24.

⁴⁶Susan ROSE: op. cit., pp. 44-51.

⁴⁷John B. HATTENDORF y Richard W. UNGER (eds.): op. cit., p. 107.

⁴⁸Ibidem, p. 108.

⁴⁹Antonio RIERA MELIS: “La construcció naval a Catalunya a les vespres dels grans descobriments geogràfics (1350-1450)”, *Revista d'història medieval*, 3 (1992), pp. 55-78.

⁵⁰Kelly DEVRIES y Robert D. SMITH: op. cit., p. 301-302. Antonio de CAPMANY y de MONTPALAU: *Antiguos tratados de paces y alianzas entre algunos reyes de Aragón y diferentes príncipes infieles de Asia y África desde el siglo XIII hasta el XV*, Madrid, Imprenta Real, 1786, p. 2-3. Francisco de BOFARULL Y SANS: *Antigua Marina Catalana*, Valencia, Librería “París-Valencia”, 1996, pp. 60-61. Rafael GALLOFRÉ y José TRENCHS: op. cit., p. 119.

⁵¹Jerónimo ZURITA: *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1967-1977, vol. IV, p. 291.

vez mayor el número de navíos tanto extranjeros como nacionales que frecuentaban los puertos portugueses lo que llevó a Dionisio I al fortalecimiento de la marina militar, es decir, a la construcción de más y mejores galeras. Así, en 1312 se decidió por primera vez dar una organización permanente a la *Marinha Real*. Para realizar esta empresa se eligió a Manuel Pessanha, un genovés que entró al servicio de Portugal en este momento. El almirante se apoyó en veinte hombres de Génova para que ejercieran el cargo de jefe de los navíos. Además, ordenó que se construyeran galeras trirremes⁵², del modelo usado por los genoveses, que alcanzarían el número de 30, mantenido hasta la conquista de Ceuta en 1415.⁵³ Por esta labor, le fue conferido el 1 de Febrero de 1317 el título de Almirante de Portugal, que sería hereditario en su familia hasta la crisis sucesoria de 1383-85, pasando entonces, por vía femenina, a la Casa de Vila Real encabezada por Pedro de Menezes.⁵⁴

El cuarto componente, el genovés, era el más importante. La Serenísima República de Génova estaba implicada en la “Campaña de Estrecho”, desde 1147, por sus intereses comerciales, tras la conquista de Almería por Alfonso VIII (1158-1214). A partir de ese momento, los genoveses no perdieron su interés por Andalucía y por el control de las rutas comerciales que pasaban a través del Estrecho.⁵⁵ Dicho interés de la república italiana permitiría a Castilla contar con sus buques de guerra para sus campañas contra los musulmanes, lo que sería decisivo para el triunfo cristiano en la campaña del Estrecho, ya que eran los mejores marinos del mar Mediterráneo. Eso era así porque en primer lugar, sus galeras eran trirremes desde finales del siglo XIII, teniendo mayor tamaño y, por tanto, mayor capacidad armamentística que las de las otras armadas⁵⁶, algo que quedó demostrado en la victoria de Zaccaria sobre la flota benimerín el 6 de agosto de 1291 a pesar de su inferioridad numérica, ya que comandaba 12 galeras frente a las 25 musulmanas.⁵⁷ Igualmente, otro motivo fundamental de la ventaja genovesa era superioridad táctica de su flota, fruto del entrenamiento y de un eficaz sistema impositivo que permitía a esta República mantenerla constantemente operativa⁵⁸. Finalmente, también hemos de considerar su superioridad numérica, como se demostró en las sucesivas expediciones y campañas realizadas durante la segunda mitad del siglo XIII, donde llegó a poner en pie de

⁵²Antonio J. RODRÍGUES PEREIRA: *História da Marinha Portuguesa*, Lisboa, Escola Naval, 1983, vol. I, p. 127.

⁵³Tancredo de MORAIS: *História da Marinha Portuguesa*, Lisboa, Clube Militar Naval, 1940, p. 128.

⁵⁴Inácio da COSTA QUINTELLA: *Annaes da Marinha Portuguesa*, Lisboa, Academia Real das Sciencias, 1839, vol. I, p. 24. José de VASCONCELLOS E MENEZES: *Os marinheiros e o almirantado: elementos para a história da Marinha (século XII-século XVI)*, Lisboa, Academia de Marinha, 1989, pp. 224-228.

⁵⁵Francisco MIRANDA GARCÍA y Yolanda GUERRERO NAVARRETE: *Medieval: Territorios, sociedades y culturas*, Madrid, Silex, 2008, p. 228.

⁵⁶Caffaro de CASCHIFELLONE: *Annales Januenses. Cafari et continuatorum (1099-1287)*, Genoa, s.n., 1898, p. 312.

⁵⁷Roberto SABATINO LOPEZ: op. cit, pp. 202-203.

⁵⁸John B. HATTENDORF y Richard W. UNGER (eds.): op. cit., p. 125.

guerra hasta 165 galeras, en 1298, en su lucha contra Venecia⁵⁹. Dicha superioridad, que se mantenía vigente en el siglo XIV, sería clave en la “Campaña del Estrecho”.

Por su parte, la flota musulmana contaba con dos componentes. El primero era el granadino, que conservaba la antigua tradición naval del Islam peninsular y que había sido capaz de enfrentarse y derrotar a navegantes tan experimentados como los normandos o los fatimíes egipcios. En el siglo XIV, la armada granadina esta armada había reducido mucho su poder como consecuencia de la decadencia del Islam peninsular, pero seguía conservando sus características primigenias. La primera era que el mando efectivo de la flota pertenecía al sultán. La segunda, que la flota, como conjunto, estaba a las órdenes de un *amiral* (almirante). La tercera, que existía un doble mando en los buques, ya que por un lado estaba el *ra is*, que dirigía la marcha del navío a vela o a remo y que disponía las maniobras necesarias para anclar y, por otro, el *qa id* (capitán), encargado únicamente de los asuntos referidos a la guerra, el armamento y los combatientes. Y, la cuarta y última, que dentro de la tripulación se distinguía entre *bahriyyun* (marinos) y *mugatila* (combatientes). Los primeros se encargaban del manejo de la nave y estaban a las órdenes del *ra is*, mientras que los segundos se dividían entre *al-mustarziqa* (soldados profesionales), cuyos nombres estaban inscritos en el *düwan* y que recibían una paga, y *al-mutatawvia* (voluntarios de la *yihad*).⁶⁰ Respeto al tipo de barcos, Seco de Lucena y Adela Fabregas afirman que no tuvieron una marina de guerra pesada, estando esta compuesta por barcos ligeros armados en corso y distribuidos por todo el litoral mediterráneo andaluz para realizar operaciones contra las costas cristianas.⁶¹

El segundo componente de la flota era el benimerín. El sultanato norteafricano sí fue capaz de crear una armada pesada, aunque no tuviera una gran tradición naval. De hecho, el origen de la flota de guerra del sultanato se remontaba al año 1260, cuando el sultán Abu Yusuf creó un arsenal en la ciudad de Salé con ayuda de un ingeniero andalusí Muhammad Ben Ali Ben I-Hajj al-Isbili.⁶² Este sultán, además, creó el cargo de *amiral*, que era el encargado de supervisar la escuadra, y el de *qa id* para los comandantes de sus buques.⁶³ Sin embargo, no parece, que estas medidas fueran inicialmente muy efectivas, ya que Abu Yusuf se vio obligado a recurrir a una poderosa familia norteafricana, los al-Azafi, reyes de Ceuta, para que le proporcionaran los buques necesarios para sus primeras expediciones contra Castilla⁶⁴. No obstante,

⁵⁹Ibidem, p. 138. John E. DOTSON: “Foundations of Venetian Naval Strategy from Pietro II Orseolo to the Battle of Zonchio (1000-1500)”, *Viator: Medieval and Renaissance Studies*, 32 (2001), pp. 113-126.

⁶⁰María Dolores RODRÍGUEZ GÓMEZ: *Las riberas nazarí y del Magreb, siglos XIII-XV: intercambios económicos y culturales*, Granada, Universidad de Granada, 2000, pp. 54-55.

⁶¹Luis SECO DE LUCENA: “El Ejército y la Marina de los nazaríes”, *Cuadernos de la Alhambra*, 7 (1976), p. 39. Salvador SÁNCHEZ TERÁN et al. (eds.): *La formación del espacio histórico: Transportes y comunicaciones*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2001, p. 116.

⁶²Maurice LOMBARD: *L'Islam dans sa première grandeur*, Paris, Flammarion, 1971, p. 68.

⁶³Abu Zayd Abd al-Rahman IBN JALDUN: *Histoire des Berbères et des Dynasties Musulmanes de L'Afrique Septentrionale*, Paris, Plon, 1925, vol. IV, p. 47.

⁶⁴Ibidem, p. 76.

en 1279 su flota ya alcanzaba las 15 galeras y ese mismo año demostraron su eficacia derrotando a la armada castellana. Seis años después, su número se había elevado a 36⁶⁵.

Dentro de la flota benimerín, los navíos más destacados eran los *Ghurab ou jafn ghazwi* (cuervos), que se reservaban única y exclusivamente para la *guerra santa*. Estaban pintados enteramente de negro salvo sus costados, que eran blancos, y se desplazaban tanto con remos como con velas, llegando a tener 124 remos. Otro aspecto a destacar de la flota meriní era su intenso entrenamiento, tanto de los oficiales como de los soldados de infantería que integraban sus guarniciones. Entrenamiento que era supervisado por un funcionario del Sultán⁶⁶. No obstante, y a pesar de toda la inversión realizada por los sultanes, éstos tuvieron que seguir recurriendo a sus aliados del norte de África para realizar sus expediciones contra la Península Ibérica.

Del estudio de los diferentes componentes navales implicados en la “Campaña del Estrecho”, se desprende que era evidente que la marina castellana del Mediterráneo no tenía la eficacia de su homólogo del Atlántico. De ahí su situación de inferioridad frente a la flota musulmana, como se comprobaría en las primeras fases de la lucha por el control del Estrecho. Pero cuando se añadieron a sus buques los contingentes aragonés, portugués y, sobre todo genovés, la marina musulmana quedó en franca inferioridad, tanto numérica como técnicamente, pues tuvo que enfrentarse a los marinos más competentes del Mediterráneo. Esta inferioridad colocaría a los benimerines en una situación estratégica imposible y sería clave en su derrota final. Porque lo que se jugó durante toda la campaña militar fue el control del Estrecho y la superioridad naval sobre éste.

La “Campaña del Estrecho”.

a) La derrota de la armada castellana

Alfonso XI optó por una estrategia clásica para evitar una nueva invasión norteafricana: el bloqueo de las aguas del Estrecho. Sin embargo, se trataba de un planteamiento equivocado, ya que el bloqueo sólo funciona cuando se posee una superioridad numérica sobre el enemigo. Pero el rey castellano no tenía otra alternativa para evitar una nueva invasión musulmana. Eso explica por qué, en 1333, el Almirante Alonso Jofre Tenorio –en este cargo probablemente desde 1312⁶⁷–, no pudo impedir que Abu-l-Hassán enviase a su hijo Abu-al-Málik con una potente fuerza que le permitió la conquista de Gibraltar.⁶⁸ Cinco años después, volvió a enviarle con la intención de preparar el terreno para la gran invasión que llevaba años planificando. Alfonso XI, conociendo las limitaciones de su flota, buscó el apoyo del monarca ara-

⁶⁵Ahmed KHANEBOUBI : *Les Premiers Sultans Meridiens*, Paris, Harmattan, 1987, p. 163.

⁶⁶Ibidem, p. 164.

⁶⁷Sobre Jofre Tenorio, véase Francisco Javier GARCÍA DE CASTRO: op. cit., pp. 169-173.

⁶⁸“Crónicas de Alfonso XI”, en *Crónica de los Reyes de Castilla* (CAXI), Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1953, vol I, pp. 238.

gonés Pedro IV, que temía que la nueva campaña benimerín no solo afectara a Andalucía sino también a las costas de Levante. Esta comunidad de intereses se plasmó el 1 de mayo de 1339, en el llamado Tratado de Madrid. Por el mismo, se acordaba la vigilancia conjunta del Estrecho, comprometiéndose Castilla a enviar 20 galeras en los meses de verano –de junio a septiembre–, en tanto que Aragón enviaría la mitad. Esta misma proporción se guardaría entre los meses de octubre a mayo –menos probables para una invasión–, pero sobre la base de ocho galeras castellanas y cuatro aragonesas.⁶⁹ Además, ambos reinos se comprometían a no firmar la paz por separado.⁷⁰ La eficacia de este acuerdo no tardaría en manifestarse. El 7 de septiembre, las potentes galeras del Almirante aragonés Jofre Gilabert de Cruilles destruyeron frente a Ceuta una armada musulmana organizada para abastecer a Abu-al-Málik. Esta derrota obligó al hijo del sultán a realizar una algarada para abastecerse de provisiones, siendo derrotado y muerto cerca del río Barbate (Cádiz)⁷¹, o de un afluente por la izquierda del mismo, el Alberite, el 20 de octubre de 1339.⁷²

Esta derrota, unida a la presencia de una poderosa flota cristiana, obligaron a Abu l-Hassán a movilizar todas las fuerzas navales con las que contaba, incluidas las de sus aliados norteafricanos⁷³, todas ellas necesarias no sólo para recuperar el control del Estrecho –ahora en manos castellano-aragonesas–, sino también para trasladar a su ejército. Según las fuentes musulmanas, el número de galeras acumuladas procedentes de todos los Estados del Mediterráneo occidental musulmán, incluidos los Hafsies de Túnez, era de 100⁷⁴, mientras que las cristianas establecen un número también elevado (60), acompañadas por numerosos navíos de apoyo «que podían ser más de doscientas y cincuenta velas.»⁷⁵ Por su parte, Thoden, tras consultar los archivos aragoneses, afirma que el número exacto era de 44 galeras y 33 leños, estando dotadas las primeras con 200 arqueros cada una. En todo caso, estas fuerzas, al mando de Muhammad ben Ali al-Azafi, el último de los reyes ceutíes, era superiores a las 30 –20 castellanas y 10 aragonesas– con las que contaba los cristianos.⁷⁶

La movilización de la flota musulmana obligó a los buques cristianos a una mayor actividad bélica con objeto de evitar la invasión en ciernes. Así, el 29 de septiembre, un día antes de que finalizara el acuerdo castellano-aragonés, Jofre Tenorio inició una operación contra las cercanías de Algeciras con objeto de asegurarse el fondeadero de Getares, que costó la vida a Gila-

⁶⁹María Dolores LÓPEZ PÉREZ: “De nuevo sobre la «guerra del Estrecho»: la contribución financiera del reino de Valencia en la última fase del conflicto (1332-1344)”, *Anales de la Universidad de Alicante. Historia medieval*, 11 (1996-1997), p. 406.

⁷⁰*Gran Crónica de Alfonso XI* (GCAXI), Madrid, Gredos, 1977, vol. II, pp. 258-259. CXI, p. 296.

⁷¹*Crónicas dos Sete Primeiros Reis de Portugal* (CDSR), Lisboa, Joao Pinto, 1952, vol. II, p. 305.

⁷²“Crónica de Pedro I” en *Crónica de los Reyes de Castilla* (CPI), Madrid, Biblioteca de Autores Españoles 1953, vol. I, p. 402. CAXI, pp. 301-302.

⁷³Shams ad-Din Abu Abdallah Muhammad IBN MARZUQ: *El Musnad: Hechos memorables de Abu l-Hasan sultán de los benimerines*, Madrid, Instituto Hispano Árabe de Cultura, 1977, pp. 140-141.

⁷⁴Abu Zayd Abd al-Rahman IBN JALDUN: op. cit., vol. IV, pp. 230-231.

⁷⁵GCAXI, vol. II, p. 312.

⁷⁶Ibidem, p. 294.

bert de Cruilles.⁷⁷ Poco después, y cumpliendo el Tratado de Madrid, seis galeras aragonesas se retiraron con el cuerpo de su Almirante dejando otras cuatro, al mando de Dalmau de Cruilles, para que siguiera apoyando a la flota castellana. Este hecho provocó fuertes reclamaciones de Alfonso XI a Pedro IV⁷⁸, dado el mal estado de la escuadra castellana:

Dixole que don Alonso Jufre Thenorio su almirante mayor que estaua en la guarda de la mar con poca flota; y como auia ay estado todo el ynuerno, y que tenia las galeas muy desbaratadas de gentes, ansi de los sobre salientes como de los otros omes que eran menester, y muchos dellos eran muertos e los mas de los que estan ay eran dolientes; e otrosi auia ay ocho galeas que estauan al puerto de Sancta Maria, por que no auian gentes que fuesen en ellas.⁷⁹

Por eso, Alfonso XI decidió potenciar su escuadra nada más llegar a Sevilla ordenando que las ocho galeras que estaban abandonadas en el Puerto de Santa María (Cádiz) fueran alistadas «et fizo armar aquellas de remos et de ballesteros, et de sobresalientes, et enuiolas al Almirante.»⁸⁰ Sin embargo, no pudo impedir que la escuadra benimerín pasara el Estrecho con un gran ejército y anclase en Gibraltar primero y posteriormente en Algeciras, situándose en una posición táctica fundamental. De hecho, los musulmanes habían alcanzado su primer objetivo. El segundo era la destrucción de la flota cristiana.⁸¹ Jofre Tenorio le comunicó a Alfonso XI la situación, informándole que sí zarpaban los navíos musulmanes de Algeciras les saldría al paso con las veintisiete galeras y seis navíos que tenía, más las otras seis nuevas que se habían armado en Sevilla.⁸² En total, Jofre Tenorio contaba en ese momento con 33 galeras –27 castellanas, 4 aragonesas y una genovesa– y 19 navíos, según los documentos aragoneses⁸⁴, todas ellas pobremente armadas. El almirante sabía que sus fuerzas eran muy inferiores a las musulmanas, pero su esposa Elvira le escribió diciéndole «que el Rey avia del sospecha que tomára algo de los Moros por dexarlos pasar aquende»⁸⁵, pues la escuadra benimerín «había pasado de noche muy redrada de donde estaban las naves castellanas.»⁸⁶ Esta advertencia de su esposa obligó al almirante castellano a presentar batalla, situándose en el fondeadero de Getares donde esperó tres días.⁸⁷

⁷⁷Ibidem, pp. 294 y 309. Jerónimo de ZURITA: op. cit., vol. III, p. 483.

⁷⁸Rudolf THODEN: op. cit., p. 212.

⁷⁹GCAXI, vol. II, p. 308.

⁸⁰CAXI, p. 306.

⁸¹Manuel LÓPEZ FERNÁNDEZ: “Del desastre de Getares a la victoria del Salado: la crítica situación de la zona del Estrecho en 1340”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª. Medieval*, 20 (2007), p. 143.

⁸²GCAXI, vol. II, pp. 312-313.

⁸³GCAXI, vol. II, p. 313. CAXI, p. 307.

⁸⁴*Colección de documentos inéditos del Archivo general de la Corona de Aragón* (CDI AGCA) Barcelona, Archivo de la Corona de Aragón, 1847-1910, vol. VII, pp. 109 y 111.

⁸⁵CAXI, p. 307.

⁸⁶GCAXI, vol. II, p. 311.

⁸⁷Manuel LÓPEZ FERNÁNDEZ: op. cit., p. 146.

Sería en ese fondeadero donde tendría lugar la llamada batalla de Getares el 8 de abril de 1340.⁸⁸ Según Ibn Jaldun, fueron los musulmanes los que atacaron las naves cristianas⁸⁹ aprovechando la situación de calma existente en el mar. Jofre Tenorio fue sorprendido por este ataque, ya que no había adoptado ninguna táctica defensiva. Esta falta de previsión del Almirante castellano, un mando muy experimentado, sólo puede explicarse porque tal vez consideraba que el objetivo principal de la flota musulmana era desembarcar el ejército benimerín y no el de atacar a la armada cristiana. Sin embargo, parece evidente que una vez que una vez conseguido ese objetivo, y dada su enorme superioridad numérica, los musulmanes intentarían derrotar a los buques cristianos para dejar abierta definitivamente la vía del Estrecho. De ahí que la adopción de ciertas medidas defensivas, aunque la flota estuviera en un fondeadero considerado muy seguro por sus características geográficas, se plantease como una cuestión a acometer. Así pues, Jofre Tenorio fue rápidamente desarbolado por su homólogo musulmán Muhammad ben Ali al-Azafi, no pudiendo presentar una eficaz disposición de combate. En esas condiciones, la batalla se convirtió en un conjunto de combates aislados, donde se impuso la superioridad musulmana⁹⁰, destacando el que tuvo lugar contra la capitana cristiana que fue asaltada tres veces, siendo defendida por Jofre Tenorio que murió durante la lucha.⁹¹ El resto de las naves cristianas combatientes fueron rendidas por los musulmanes y llevadas a Ceuta, como también lo fue la cabeza del almirante. Sin embargo, las que inicialmente no estuvieron comprometidas en la batalla, al ver la derrota de la capitana, se retiraron dirigiéndose a Cartagena, donde se refugiaron diez naves castellanas y una galera aragonesa⁹² mientras que otras cinco galeras castellanas llegaron a Tarifa.⁹³ No hay duda que este hecho fue un fracaso del Almirante musulmán, pues a pesar de haber sorprendido al enemigo y de gozar de una gran superioridad numérica no pudo impedir que la mitad de la flota cristiana, 16 galeras de un total de 33, se escaparan sin sufrir ningún daño, demostrando así que no era un gran táctico naval.

A pesar del carácter incompleto de esta victoria, los musulmanes la celebraron en Ceuta con un brillante desfile y una sesión poética⁹⁴, tal vez porque suponía el prólogo de la fase final de toda la estrategia conquistadora de Abu l-Hassán.⁹⁵ Por parte cristiana, Alfonso XI, tras enterarse de la derrota de su armada, comprendió que el Estrecho estaba en manos de los benimerines, con las consecuencias que esto suponía. Por eso, su primera decisión fue poner en marcha un programa para reconstruir su flota. Sin embargo, el monarca castellano sabía que por muy rápido que fuese este proceso no podría tener aparejadas sus galeras a corto plazo, por lo que decidió negociar con los genoveses. Así, obtuvo en junio el servicio de 15 galeras de la

⁸⁸Ibidem, p. 320.

⁸⁹Abu Zayd Abd al-Rahman IBN JALDUN: op. cit., vol IV, p. 231.

⁹⁰GCAXI, vol. II, p. 316.

⁹¹Ibidem, p. 317.

⁹²Rudolf THODEN: op. cit., p. 214.

⁹³CAXI, p. 308.

⁹⁴Abu Zayd Abd al-Rahman IBN JALDUN: op. cit., vol IV, 1925, p. 231.

⁹⁵Miguel Ángel MANZANO RODRÍGUEZ: *La intervención de los benimerines en la Península Ibérica*, Madrid, CSIC, 1992, p. 254.

república italiana a las órdenes de Egidio Bocanegra –hermano del dux de Génova–, que se convertiría en Almirante de Castilla.⁹⁶ Con este acuerdo, Alfonso XI evitaba que los benimerines intentaran hacer otro tanto, pues «los genoueses siempre manera de ayudar a quien les diese dinero, e sobre esto non catauan christiandad nin otro bien ninguno.»⁹⁷ Igualmente, consiguió la ayuda del rey de Aragón, que le envió 12 galeras a las órdenes de Pedro de Moncada a cambio de que el monarca castellano le adelantase la paga de tres meses.⁹⁸ Finalmente recabó ayuda del monarca de Portugal, Alfonso IV, que decidió apoyar a su yerno⁹⁹ enviándole a Manuel Pessagno «et su hijo Carlos, a los que el Rey avia soltado de la prision.»¹⁰⁰ con su flota. Sin embargo, no les permitió que llegasen al Estrecho como quería Alfonso XI, ordenándoles que atracasen en Cádiz.

En total, y sin incluir los buques portugueses cuyo número no está determinado, Alfonso XI podía contar con 42 galeras y 12 naves, pues a las 27 genovesas y aragonesas se unieron las 15 castellanas que habían sobrevivido al desastre de Getares. Estas últimas estaban a las órdenes del prior de la Orden de San Juan, Alfonso Ortiz de Calderón, hasta que llegase Bocanegra¹⁰¹, y se perderían en su mayoría –12 de 15– en una tormenta que tuvo lugar en la noche del 10 de octubre.¹⁰²

Esta catástrofe no alteró los planes de Alfonso XI, que había decidido defender a ultranza Tarifa y enfrentarse con el ejército musulmán incluso contra el parecer de algunos de sus consejeros, partidarios de abandonar la plaza. El criterio del rey se impuso¹⁰³ y, con la ayuda de su suegro, el monarca portugués y con el apoyo del Papa Benedicto XII (1334-1342), que dio categoría de cruzada a su campaña¹⁰⁴, concentraron a sus ejércitos en Sevilla el 14 de octubre de 1340. Poco después, enviaron a Joan Xuarez de Xerez, emisario del rey de Castilla, y Alvar Rodríguez, del de Portugal¹⁰⁵, para retar a los monarcas musulmanes comunicándoles su propósito de partir hacia Tarifa para poner fin al cerco que sufría y advertirles de lo deshonoroso que sería el que no les aguardasen para batirse con ellos, replegándose sobre Algeciras.¹⁰⁶ Este desafío sería el origen de la mayor batalla campal de la Reconquista, la del Salado, que tendría lugar el 30 de octubre y que supondría un triunfo completo del ejército cristiano.

⁹⁶Bocanegra se convertiría en Almirante de Castilla has 1367, cuando fue ejecutado por Pedro I (1350-1369). Francisco Javier GARCÍA DE CASTRO: op. cit., pp. 174-178.

⁹⁷GCAXI, vol II, p. 324.

⁹⁸Ibidem, p. 325.

⁹⁹CDSR, vol. II, p. 314.

¹⁰⁰CAXI, p. 308.

¹⁰¹GCAXI, vol. II, p. 326.

¹⁰²CAXI, p. 320-321. GCAXI, vol. II, p. 369.

¹⁰³CDSR, Tomo II, p. 323. GCAXI, Tomo II, p. 349. CAXI, p. 319.

¹⁰⁴La bula se denominó *Exultamus in te*, y fue concedida el 7 de marzo de 1340. CAXI, p. 318. Enrique RODRÍGUEZ-PICAVEA MATILLA: “Diplomacia, propaganda y guerra santa en el siglo XIV: La embajada castellana a Aviñón y la elaboración del discurso ideológico”, *Anuario de estudios medievales*, 40 (2010), pp. 765-789.

¹⁰⁵GCAXI, vol. II, p. 379.

¹⁰⁶CAXI, p. 322.

b) El triunfo de la flota cristiana

La victoria del Salado fue la expresión de la superioridad terrestre de los ejércitos cristianos y, más concretamente, del castellano. Sin embargo, el “Problema del Estrecho” continuaba porque Algeciras seguía en manos benimerines, constituyendo una cabeza de puente para futuras invasiones, y porque su potente flota controlaba el mar. Por tanto, el triunfo final en la campaña sólo podría obtenerse si también se conseguía el dominio del mar. De ahí que Alfonso XI decidiese continuar su campaña terrestre tras el Salado y, sobre todo, que pusiera especial atención en el agrupamiento, operatividad y mantenimiento de su flota, pues constituía el factor estratégico fundamental dentro del teatro general de operaciones al ser el único elemento militar capaz de asegurar el control de las aguas del Estrecho. Así, en el verano de 1341, puso en movimiento una flota de 55 galeras castellanas, aragonesas y genovesas al mando de Bocanegra.¹⁰⁷

Por su parte, los benimerines, gracias a ese control del mar, estaban preparando una nueva invasión en apoyo de sus plazas peninsulares. Sin embargo, este proyecto comenzaría a venirse abajo en la primera semana de mayo de 1342 cuando tuvo lugar la victoria naval cristiana en la batalla de Bullones, donde la flota de Bocanegra se enfrentó con 12 galeras musulmanas quemando cuatro, hundiendo dos y apresando las seis restantes.¹⁰⁸ No hay duda de que esta derrota fue un reflejo de la escasa capacidad táctica y estratégica de Muhammad ben Ali al-Azafi, pues era un error considerable separar sus fuerzas cuando la armada cristiana estaba ya agrupada bajo del eficaz mando del almirante genovés.

Tras esta batalla, la flota cristiana se vio incrementada con la llegada de diez galeras portuguesas al mando de Carlos Pessagno, hijo de Manuel, para enfrentarse con la musulmana.¹⁰⁹ Estas fuerzas eran necesarias, ya que Abu l-Hassán, comprendiendo el peligro que suponía la armada cristiana, decidió agrupar de nuevo todas sus naves bajo un solo mando acumulando 80 galeras.¹¹⁰ La campaña por el control del Estrecho entraba en su momento final, por lo que Alfonso XI decidió ir a Sevilla para estar más cerca de la flota.¹¹¹ Así, el 23 de mayo, en El Pedroso (Sevilla), Alfonso XI recibió unas misivas de Bocanegra comunicándole que la flota musulmana había conseguido atravesar el Estrecho, pero que él había logrado bloquearla en la desembocadura del río Guadalmequí. Si el rey enviaba hombres por tierra, «con la acucia que ellos le darian por la mar, que podrian quemar et anegar toda aquella flota.»¹¹² Alfonso XI, convencido de la bondad del plan de Bocanegra, decidió ponerlo en marcha de forma inmediata:

¹⁰⁷Ibidem, p. 337.

¹⁰⁸Ibidem, p. 338.

¹⁰⁹Ibidem, p. 338.

¹¹⁰Ibidem, p. 338.

¹¹¹Ibidem, p. 338.

¹¹²Ibidem, p. 339.

Et envié luego su carta al Almirnte en que ge lo envio decir, et que le rogaba que ficiese mucho por detener la flota de los Moros que non partiese de allí, ca él non pornia detenimiento en la su ida.¹¹³

El plan de Bocanegra demostraba la pericia de este Almirante. Al ser inferior en número a los musulmanes –55 frente a 80 galeras–, la única forma de derrotarles era evitando que pudieran desplegar la totalidad de sus buques frente a las galeras cristianas. Esto sólo podría conseguirlo evitando una batalla en mar abierto, lo que había logrado al bloquearles en la desembocadura de un río donde, además, podría ser atacada por las fuerzas terrestres.

No obstante, a pesar de la bondad del plan que habría propuesto, decidió no esperar la respuesta real y atacó a la flota benimerín ese mismo día 23 derrotándola en la batalla de Guadalmeñi¹¹⁴, donde hundió 39 galeras enemigas. Podría pensarse que esta victoria fue un relativo fracaso como el que había tenido Muhammad ben Ali al-Azafi en Getares en 1340, pero las circunstancias eran muy distintas. El almirante musulmán gozó de la ventaja del número y de la sorpresa y, aun así, dejó escapar a la mitad de la flota cristiana. Bocanegra, sin contar con ambas ventajas, destruyó a la mitad de la flota benimerín.¹¹⁵ Además, inmediatamente después, en una acción desesperada, trece galeras benimerines que habían salido de Algeciras con rumbo a Estepona (Málaga) para romper el cerco de la flota cristiana eran derrotadas por el almirante aragonés Pedro de Moncada el 27 de mayo.¹¹⁶ Con esta nueva derrota, las galeras musulmanas quedaron reducidas a 28, haciendo así imposible que pudieran asegurar el traslado de tropas magrebíes a la Península Ibérica.

Las tres derrotas navales citadas tuvieron una honda repercusión en los dos principales protagonistas del enfrentamiento, Abu l-Hassán y Alfonso XI. El sultán benimerín comprendió que no había sabido sacar partido a su alianza con sus correligionarios de Egipto y Túnez, pues en su enfrentamiento con los cristianos no había utilizado todo el potencial naval musulmán. Es más, había perdido el control del Estrecho, y eso significaba perder, de forma definitiva, la batalla por el dominio de la Península Ibérica.¹¹⁷ Por el contrario, el rey castellano entendió que estas victorias suponían el dominio definitivo del Estrecho y, por tanto el fin del problema que había supuesto para Castilla el control de esta vía marítima.¹¹⁸ De hecho, el monarca se trasladó desde Jerez a las cercanías de Algeciras para saludar a los vencedores y pasar revista a la flota en la ensenada de Getares.¹¹⁹ A continuación, regresó de nuevo a la ciudad gaditana, ordenando a Bocanegra que procediera al bloqueo de dicha ciudad al tiempo que se abastecía de harina, cebada y otros alimentos en Sevilla y Córdoba. Para lograr este objetivo,

¹¹³Ibidem, p. 339.

¹¹⁴Manuel LÓPEZ FERNÁNDEZ: "Aproximación a las fechas de las batallas navales de Bullones, Guadalmeñi y Estepona", *Aljaranda*, 76 (2010), p. 37.

¹¹⁵CAXI, p. 338. Rudolf THODEN: op. cit., p. 237.

¹¹⁶CAXI, p. 339. Manuel LÓPEZ FERNÁNDEZ: op. cit., p. 37.

¹¹⁷Miguel Ángel MANZANO RODRÍGUEZ: op. cit., p. 271.

¹¹⁸CAXI, p. 340.

¹¹⁹Ibidem, pp. 341-342.

contaría con las galeras portuguesas que, al mando de Carlos Pessagno, ya estaban en el puerto de Santamaría (Cádiz).¹²⁰ El objetivo se conseguiría el 25 de marzo de 1344 cuando fue tomada Algeciras, simbolizando así el triunfo cristiano en la “Campaña del Estrecho”.

Conclusión.

La victoria cristiana en la “Campaña del Estrecho” ha quedado simbolizada en la célebre batalla del Salado. Sin embargo, esta victoria terrestre fue realmente definitiva porque se vio acompañada de la derrota de la flota benimerín y del control definitivo del Estrecho por los cristianos. Y este hecho sólo fue posible gracias al apoyo de otras potencias cristianas –Aragón y, sobre todo, Génova–, ya que los castellanos –grandes protagonistas de la batalla del Salado– no tenían ni los medios ni tampoco la capacidad para enfrentarse victoriosamente con la flota musulmana. Por tanto, se trató de una victoria global cristiana y no sólo castellana. Triunfo que tendría importantes consecuencias.

En el caso castellano, y tras la conquista de Algeciras, Alfonso XI decidió establecer treguas con el reino de Granada¹²¹ y fortalecer la posición de la monarquía en Castilla, promulgando el Ordenamiento de Alcalá en 1348, que daba fuerza legal a las *Siete Partidas* de Alfonso X. Conseguido este objetivo, que había sido una de las claves de la “Campaña del Estrecho”, decidió finalizar esta acabando con la presencia benimerín en la Península Ibérica.¹²² Así, en julio de 1349, comenzó el asedio de Gibraltar, la última plaza benimerín en la Península Ibérica. Para ello, estableció un bloqueo naval en el que participaban cuatro galeras enviadas por Pedro IV.¹²³ La operación concluyó abruptamente cuando Alfonso XI murió el 26 de marzo de 1350, durante el asedio, víctima de la peste bubónica.

Para Aragón, el fin del “Problema del Estrecho” significó un retraimiento en su actividad política y comercial en el sur de la Península Ibérica, al considerar a Granada como un estado vasallo de Castilla. De hecho, los aragoneses firmaron sucesivas treguas con Granada en el periodo comprendido entre 1357 y 1405.¹²⁴ Por el contrario, el triunfo cristiano en el estrecho de Gibraltar significó el auge de Génova, que pasó a controlar los tráficos mercantiles en el Estrecho tanto en la zona de Granada como también en el ámbito comercial sevillano. Además, fueron los genoveses los que situaron en el mapa las Islas Canarias, abriendo así el camino de la exploración del Atlántico pero, también, la lucha por estas islas, en la que participarían genove-

¹²⁰Ibidem, p. 341.

¹²¹CAXI, pp. 389-390. Muhammad ibn Ahmad IBN MARZUC: op. cit., pp. 163-164.

¹²²Este fortalecimiento de la armada castellana alcanzaría su punto culminante en el reinado de Pedro I (1350-1369), cuando fue capaz de enfrentarse con la poderosa marina aragonesa en sus propias costas. Jerónimo de ZURITA: op. cit., vol. IV, p. 374.

¹²³María Dolores LÓPEZ PÉREZ: “De nuevo...”, p. 407.

¹²⁴Aragón prefirió centrarse entonces en sus problemas en el Mediterráneo. Ibidem, p. 406-407.

ses, portugueses, aragoneses y castellanos, triunfando finalmente los últimos, que conquistarían las Canarias entre 1402 y 1496.¹²⁵

En el mundo musulmán, la derrota de los benimerines en la “Campaña del Estrecho” constituyó un revés irreversible, ya que no sólo fue detenido el último intento de invasión de la Europa cristiana, sino que supuso el completo aislamiento del reino nazarí, pues si bien se mantuvo la solidaridad espiritual de mundo islámico con esta estructura política, tal como ha puesto de manifiesto Seco de Lucena¹²⁶, la ayuda a los granadinos se limitó al plano simbólico. Para el sultanato benimerín, la derrota supuso el comienzo de su descomposición a partir de 1347, simbolizada en la independencia de los emires de Túnez y Tremecén. Sin embargo, esta independencia sería efímera, ya que en la segunda mitad del siglo XIV se produciría la disgregación de las tres entidades islámicas del Magreb, abriendo así las puertas a la intervención de los reinos cristianos peninsulares, cuyas primeras manifestaciones serían el ataque aragonés a Bona (Túnez) en 1398-1399, el ataque castellano a Tetuán en 1400 y, sobre todo, la conquista portuguesa de Ceuta en 1415.

Fue tal vez esta nueva *guerra de Allende*, como dice Ladero Quesada, la que mejor simbolizó la importancia del triunfo cristiano en el Estrecho, que supuso la supremacía naval definitiva no sólo sobre el islam peninsular, sino sobre todo el Mediterráneo occidental¹²⁷ y, por tanto, una inversión en la aplicación de la fuerza que, a partir de entonces, tuvo un sentido Norte-Sur y no Sur-Norte como había sido hasta entonces.

¹²⁵David IGUAL LUIS: “Valencia y Sevilla en el sistema económico genovés de finales del siglo XV”, *Revista d'història medieval*, 3 (1992), pp. 79-116. Carlos MARTÍNEZ-VALVERDE: “La nota marinera en la nómina de don Pero Niño”, *Revista de Historia Naval*, 8 (1985), pp. 15-43. José Antonio de BELENCHANA (ed.): *Epístola de Monsén Diego de Valera*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1978. Marcos JIMÉNEZ DE LA ESPADA: “La guerra del moro a fines del siglo XV”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 25 (1894), pp. 171-212. Michel BOCHACA y Eduardo AZNAR VALLEJO: “Navigation atlantique de trois galères castillanes au début du XVe siècle d'après Le Victorial: de la chronique chevaleresque à l'histoire maritime”, *Anuario de estudios medievales*, 44 (2014), pp. 733-768.

¹²⁶Luis SECO DE LUCENA: “Embajadores granadinos en El Cairo”, *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 4 (1955), pp. 5-30.

¹²⁷Miguel Ángel LADERO QUESADA: op. cit., p. 293.

Creando un héroe: el Empecinado y su propaganda durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)

Creating a hero: the “Empecinado” and his propaganda during the Peninsular War (1808-1814)

Alberto Ausín Ciruelos
Universidad de Burgos, España
ausinciruelos@gmail.com

Resumen: Este artículo estudia los orígenes y la evolución de la propaganda centrada en Juan Martín Díez, “el Empecinado”, durante la guerra de la Independencia (1808-1814). Durante la invasión francesa de España, el Empecinado pasó de ser un simple campesino a convertirse en uno de los jefes guerrilleros más importantes. Esta evolución se debió al talento del Empecinado para hacer la guerra irregular, pero también al uso masivo y permanente de la propaganda.

Palabras clave: *Propaganda, imagen, guerra de guerrillas, guerra de la Independencia, prensa periódica.*

Abstract: This paper studies the genesis and evolution of propaganda about Juan Martín Díez, called the “Empecinado”, during the Peninsular War (1808-1814). During the French invasion of Spain, the “Empecinado” went from being a simple peasant to become one of the most important guerrilla leaders. This development is largely due to the talent of the “Empecinado” to make the irregular war, but also because of a massive and permanent use of propaganda.

Keywords: *Propaganda, image, guerrilla warfare, Peninsular War, periodical press.*

Introducción.

En junio de 1813, cuando la guerra de la Independencia se encontraba en su recta final— aunque todavía se prolongaría durante un año—, Lord Wellington liberó Madrid por segunda y última vez. La población capitalina, además de agasajar al militar irlandés, recibió con particular fervor y entusiasmo a un héroe popular que formaba parte de su comitiva, el famoso Empecinado, que era uno de los máximos exponentes de la guerrilla y del que la prensa dijo lo siguiente en aquella ocasión:

El 28 y el 29 han sido días de triunfo para Madrid. El Empecinado, nombre glorioso que oirán las generaciones futuras con admiración y respeto, estaba con parte de sus tropas en

la venta del Espíritu Santo y en Vicálvaro; y el camino a estos sitios estuvo sin interrupción poblado de madrileños á todas horas, de manera que parecia haberse trasladado al campo la población. Nadie se saciaba de mirar y remirar al héroe de nuestra revolucion, que lleno de sencillez y de aquella magestad que produce el valor, acogia á todos con el mayor agrado, y enxugaba las lágrimas de su esclavitud solo con su vista.¹

Juan Martín Díez, llamado “el Empecinado”, nació en Castrillo de Duero (Valladolid) el 2 de septiembre de 1775, en el seno de una familia de campesinos. En 1793, el joven Juan Martín se alistó en el ejército para luchar contra los franceses en la guerra de la Convención, también llamada del Rosellón. Durante dicho conflicto combatió a las órdenes de los generales Ricardos y Courten hasta licenciarse en 1795, tras la derrota española. Al año siguiente, se casó con una burgalesa, natural de Fuentecén, pueblo en el que se instaló el matrimonio dedicándose a la agricultura. Al estallar la guerra de la Independencia, Juan Martín se reincorporó al ejército participando en las batallas de Cabezón y Medina de Río Seco (1808). Tras estas derrotas frente a las tropas napoleónicas, el militar regular fue dando paso al guerrillero.²

Pero, ¿cuál fue el proceso mediático que convirtió a un simple campesino castellano en uno de los héroes más célebres de un conflicto tan complejo? Este trabajo analiza el surgimiento y la evolución de la imagen del Empecinado, que alcanzó cotas sorprendentes en muy poco tiempo gracias al uso de una propaganda masiva y variada, porque una de las claves de cualquier campaña eficaz de persuasión es la utilización de múltiples soportes, pues «no existe medio de comunicación humano que no pueda utilizarse también para una propaganda deliberada, porque la propaganda no es más que el establecimiento de relaciones recíprocas de comprensión entre un individuo y un grupo».³

El presente artículo no se centra en lo que los documentos que van a ser analizados tienen de verdad o de mentira, sino en su papel determinante a la hora de crear diferentes visiones –en ocasiones contrapuestas– de un personaje idealizado por uno de los dos bandos en liza y despreciado por el otro. De hecho, resulta más práctico y cercano a la realidad considerar la deformación y la exageración –positiva y negativa– como permanentes compañeras de viaje de la figura del Empecinado, ya que «la falsedad es un arma de guerra reconocida y extremada».

¹ *Diario de Madrid*, nº 607, 1 de julio de 1813, p. 610. Esta noticia fue reproducida íntegramente por el periódico gaditano *El Conciso*, nº 11, 11 de junio de 1813, pp. 6-7 y por el hispalense *Diario del Gobierno de Sevilla*, nº 269, 11 de junio de 1813, pp. 1087-1088.

² Sobre el Empecinado véase Andrés CASSINELLO PÉREZ: *Juan Martín, “El Empecinado”, o el amor a la libertad*, Madrid, Editorial San Martín, 1995. José Javier ESPARZA: “El Empecinado. La epopeya de la guerrilla contra Napoleón”, *Época*, 1349 (2011), pp. 78-81. Florentino HERNÁNDEZ GIRBAL: *Juan Martín Díez el Empecinado. Terror de los franceses*, Madrid, Lira, 1985. Francisco Javier IGLESIA BERZOSA: “Mito y realidad de Juan Martín Díez, El Empecinado. Nuevas aportaciones biográficas”, en Cristina BARRIGUERO BELTRÁN (coord.), *La Guerra de la Independencia en el Mosaico Peninsular*, Burgos, Universidad de Burgos, 2010. pp. 697-712. Manuel MORENO ALONSO: “Mito y tragedia del Empecinado”, *Historia 16*, 185 (1991), pp. 31-53.

³ Edward BERNAYS: *Propaganda*, Barcelona, Melusina, 2008. p. 185.

mente útil, y todos los países la usan de forma deliberada para engañar a su propio pueblo, atraer a los neutrales y confundir al enemigo».⁴

El Empecinado en la prensa patriótica española.

Si Juan Martín fue uno de los guerrilleros más conocidos de todos los que surgieron durante la guerra de la Independencia su éxito se debió, en gran medida, al papel determinante de la prensa. Durante la invasión francesa de España se produjo una auténtica revolución periodística, con la aparición de más de seiscientas publicaciones diferentes, que tuvo como consecuencia principal el nacimiento de la opinión pública nacional.⁵ En paralelo al desarrollo inusitado de la prensa tuvo lugar otra revolución, concretamente militar, que hizo de la práctica de la guerra de guerrillas el mejor método a la hora de enfrentarse a un ocupante estratégicamente superior.⁶ Los guerrilleros, por consiguiente, alcanzaron gran parte de su buena fama gracias a sus capacidades tácticas, pero igualmente a través de las noticias de los papeles, que alimentaron el interés mostrado por unos lectores ávidos de victorias, héroes y mitos en los que inspirarse y a los que admirar. Por ende, el Empecinado figuró entre las páginas de toda clase de cabecezas, tanto patrióticas como afrancesadas, no solo en España, sino también en Europa y en América. Se tiene constancia de su presencia en muy diversos periódicos, anteriores y posteriores a la aprobación de la ley de libertad de imprenta por parte de las Cortes de Cádiz, el 10 de noviembre de 1810.⁷

Juan Martín llamó la atención de la incipiente prensa española gracias a su notable movilidad geográfica y a su flexibilidad táctica, dotes que le permitieron enfrentarse al enemigo tanto en las dos Castillas, como en Valencia, Aragón, Cataluña y en los alrededores de Madrid. Por este motivo, fueron muy numerosas y variadas las gacetas patrióticas que comunicaron noticias protagonizadas por el guerrillero vallisoletano. En la franja mediterránea, el Empecinado figuró en algunas cabeceras publicadas en Girona⁸, Tarragona⁹, Palma de Mallorca¹⁰,

⁴ Arthur PONSOPY: *Falsehood in Wartime*, Londres, Bradford & Dickens, 1942. p. 13.

⁵ Véase Alberto GIL NOVALES: *Prensa, guerra y revolución. Los periódicos españoles durante la guerra de la Independencia*, Madrid, CSIC y Doce Calles, 2009.

⁶ La bibliografía dedicada específicamente a la guerrilla es amplísima, siendo algunas de las obras más destacables las de Jean-René AYMES: "La guerrilla española (1808-1814) en la literatura testimonial francesa" en José Antonio ARMILLAS VICENTE (coord.), *La Guerra de la Independencia: Estudios*, Vol. I, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001. pp. 15-34. Charles ESDAILE: *España contra Napoleón: guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas*, Barcelona, Edasha, 2006. Antonio MOLINER PRADA: *La Guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004. Pierre VILAR: *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la Historia de España*, Barcelona, Crítica, 1999.

⁷ Véase Emilio LA PARRA LÓPEZ: *La libertad de prensa en las Cortes de Cádiz*, Valencia, NauLlibres, 1984.

⁸ *Diario de Gerona* (en adelante DG).

⁹ *Gazeta Militar y Política del Principado de Cataluña* (gaceta oficial volante, impresa por la provincia tarraconense).

¹⁰ *Diario de Mallorca* (en adelante DMA), *Diario de Palma* (en adelante DP).

Valencia¹¹ y Alicante.¹² En el centro de la península, el guerrillero estuvo presente en los periódicos que vieron la luz, o que ya existían, en Soria¹³, Guadalajara¹⁴ y Madrid.¹⁵ En Andalucía Juan Martín fue muy conocido gracias a la prensa de Sevilla¹⁶ y Cádiz¹⁷. También en Galicia aparecieron noticias protagonizadas por el de Castrillo de Duero, tanto en Santiago de Compostela¹⁸ como en La Coruña.¹⁹ El guerrillero, por consiguiente, figuró en toda clase de cabeceras, liberales y absolutistas, noticieras y satíricas, no solo oficiales sino también de iniciativa privada.

Las primeras noticias referidas al Empecinado surgieron a mediados de 1809 en diferentes periódicos del territorio nacional, dando cuenta de los éxitos del guerrillero por las provincias de Ávila, Cuenca y Burgos.²⁰ La mayor parte de las noticias centradas en Juan Martín eran partes de guerra y descripciones, más o menos detalladas, de sus ataques al enemigo. De entre estos últimos, recibieron una particular atención la acción de Sigüenza en 1810²¹, la liberación de Calatayud en 1811²², los avances sobre Madrid y las dos entradas en la capital de España en 1812 y 1813²³, así como la persecución al mariscal Soult, hasta la frontera con Francia, a través de Cataluña entre finales de 1813 y principios de 1814.²⁴ Todas estas noticias, en líneas genera-

¹¹ *Gazeta de Valencia*.

¹² *Diario de Alicante*.

¹³ *El Patriota de Soria* (en adelante EPS).

¹⁴ *Gazeta de la Provincia de Guadalajara* (gaceta oficial volante, órgano de propaganda de la Junta de Guadalajara, organización íntimamente ligada al Empecinado durante un tiempo).

¹⁵ *Atalaya de la Mancha en Madrid*, *Diario de Madrid* (en adelante DM), *El Fiscal Patriótico de España*, *El Mercurio Español* (en adelante ME), *El Extraordinario de Madrid*, *Gaceta de Madrid* (en adelante GM)

¹⁶ *Diario Crítico General de Sevilla* (en adelante DCGS), *Diario de Juan Verdades* (en adelante DJV), *Diario del Gobierno de Sevilla* (en adelante DGS), *Diario de Sevilla* (en adelante DS).

¹⁷ *Diario Mercantil de Cádiz* (en adelante DMC), *El Censor General*, *El Conciso* (en adelante EC), *El Procurador General de la Nación y del Rey* (en adelante EPGNR), *El Robespierre Español*, *Gaceta de Cádiz*, *Gaceta de la Regencia* (en adelante GR. Gaceta oficial del gobierno español durante toda su andadura), *Semanario Patriótico* (en adelante SP. Este periódico se publicó primero en Madrid, después en Sevilla y finalmente en Cádiz, siendo su fundador Manuel José Quintana).

¹⁸ *El Sensato* (en adelante ES).

¹⁹ *Los Guerrilleros por la Religión, la Patria y el Rey*.

²⁰ DMC, n.º 127, 7 de mayo de 1809, p. 608. DMC, n.º 176, 28 de junio de 1809, pp. 816-818. DG, n.º 209, 28 de julio de 1809, p. 866. DMA, n.º 258, 13 de septiembre de 1809, p. 1031. DMA, n.º 331, 26 de noviembre de 1809, pp. 1323-1324. DMA, n.º 338, 3 de diciembre de 1809, pp. 1351-1352. DG, n.º 339, 5 de diciembre de 1809, p. 1408.

²¹ DMA, n.º 248, 4 de septiembre de 1810, pp. 995-996. DMA, n.º 269, 26 de septiembre de 1810, p. 1082.

²² GR, n.º 155, 28 de noviembre de 1811, pp. 1299-1300. DMA, n.º 14, 14 de enero de 1812, p. 56. DP, n.º 15, 15 de enero de 1812, pp. 58-59. EC, n.º 19, 19 de enero de 1812, sin paginar (p. 8). DMA, n.º 19, 19 de enero de 1812, p. 75.

²³ EC, n.º 21, 21 de mayo de 1812, p. 7. DP, n.º 168, 16 de junio de 1812, pp. 168-169. DMA, n.º 176, 17 de junio de 1812, pp. 681-682. EC, n.º 30, 30 de junio de 1812, p. 7. EC, n.º 8, 8 de mayo de 1813, p. 6. EC, n.º 15, 15 de mayo de 1813, p. 6. EPGNR, n.º 239, 27 de mayo de 1813, pp. 1971-1972. DP, n.º 280, 11 de junio de 1813, p. 1254. DM, n.º 607, 1 de julio de 1813, p. 610. EC, n.º 11, 11 de junio de 1813, pp. 6-7. DGS, n.º 269, 11 de junio de 1813, pp. 1087-1088. EC, n.º 8, 8 de julio de 1813, pp. 4-6. EPS, sin numerar, 22 de julio de 1813, sin paginar (pp. 1-3). EPGNR, n.º 308, 4 de agosto de 1813, p. 3494.

²⁴ EC, n.º 25, 25 de septiembre de 1813, p. 6. DM, n.º 358, 25 de septiembre de 1813, pp. 385-386. GR, n.º 138, 23 de octubre de 1813, p. 1138. EC, n.º 23, 23 de octubre de 1813, p. 7. DS, n.º 95, 5 de noviembre de 1813, pp. 381-383. DJV, n.º 2, 11 de enero de 1814, p. 8. DJV, n.º 3, 12 de enero de 1814, p. 10. DJV, n.º 18, 26 de enero de 1814, pp. 69-70. DJV, n.º 21, 29 de enero de 1814, pp. 81-82. DJV, n.º 60, 11 de

les, destacaban la invencibilidad del cuerpo franco del Empecinado, el ardor guerrero y la humildad y valentía de su líder, incidiendo también en la gran cantidad de bajas causadas a los franceses, minimizando permanentemente las del guerrillero. Esta es una estrategia propagandística muy habitual, que ha sido profusamente utilizada a lo largo de la Historia y que Morelli ha denominado «Nosotros sufrimos muy pocas pérdidas, las del enemigo son enormes».²⁵

Casi todas las publicaciones que hablaron sobre el Empecinado trataron de ir más allá de la mera descripción de sus acciones, aplicándole una amplia serie de adjetivos con los que retratar su carácter, tal y como se muestra en la tabla 1.

Tabla 1.
Adjetivos aplicados a Juan Martín Díez, “El Empecinado”, por parte de la prensa patriótica.²⁶

<p>Juan Martín Díez “El Empecinado”</p>	<p>Bizarro. Briosos. Campeón. Célebre. Claro. Digno. Esclarecido. Famoso. Garboso. Gentil. Glorioso. Grande. Guerrero. Hercúleo. Heróico. Impávido. Impertérrito. Íncrito. Infatigable. Inmortal. Insigne. Intrépido. Invencible. Magnánimo. Majestuoso. Modelo de héroes. Noble. Patriota. Sencillo. Sereno. Valiente.</p>
---	---

La fama que Juan Martín logró en muy poco tiempo fue tal que en toda España comenzó a utilizarse el término “empecinado” para designar genéricamente a los guerrilleros, popularizándose dicho vocablo a partir de 1811.²⁷ Con el paso de los años, gracias a la notoriedad alcanzada durante la guerra, el apodo dio lugar al verbo “empecinarse” que, según la RAE,

marzo de 1814, p. 256. DCGS, n.º. 35, 4 de febrero de 1814, pp. 142-143. DCGS, n.º. 68, 7 de marzo de 1814, p. 284. EC, n.º. 58, 14 de marzo de 1814, pp. 462-463. EC, n.º. 60, 16 de marzo de 1814, p. 480. DJV, n.º. 48, 27 de febrero de 1814, p. 208.

²⁵ Anne MORELLI: *Principios elementales de propaganda de guerra, utilizables en caso de guerra fría, caliente o tibia*, Hondarribia, Hiru, 2002, pp. 109-114. La obra de Morelli se basa en buena medida en la de Ponsoby ya citada.

²⁶ Fuente: Elaboración propia.

²⁷ Véanse algunos ejemplos en DMA, n.º. 240, 27 de agosto de 1810, p. 220. DM, n.º. 128, 8 de mayo de 1811, p. 513. EC, n.º. 3, 3 de agosto de 1812, p. 2. DGS, n.º. 269, 11 de junio de 1813, p. 1087. Con respecto al origen del apodo de Juan Martín, según el diccionario de la RAE, empecinado significa: “entre sus comarcas, vecino de Castrillo de Duero”.

proviene del Empecinado y significa «obstinarse, aferrarse, encapricharse».²⁸ Este hecho demuestra el profundo calado que tuvo la propaganda centrada en el guerrillero en la sociedad de su época, pasando a formar parte del imaginario colectivo español de forma más o menos presente y viva, perpetuándose hasta la actualidad.

El periódico liberal gaditano *El Conciso*, que publicaba muchas noticias protagonizadas por el Empecinado, destinó la recaudación de uno de sus números a financiar la guerrilla del héroe castellano.²⁹ En el Madrid liberado y constitucional de 1813, se celebraron dos novilladas cuyos beneficios se destinaron al equipamiento de las tropas del Empecinado.³⁰ Estos fondos y otros llegados desde América se gastaron tras la convocatoria de un concurso público que fue convenientemente anunciado por la prensa.³¹ Algunas cabeceras publicaron artículos para destacar la bondad y el respeto con el que Juan Martín trataba a los prisioneros que caían en sus manos³², aunque en otras ocasiones la prensa transmitió una imagen cruel y despiadada del Empecinado, dirigida a no dejar los abusos del enemigo sin venganza y a atemorizar a los franceses y a los afrancesados.

El inmortal Empecinado se batió con aquella serenidad é intrepidez que forman su carácter con un duplo de enemigos, matandoles hasta 700 hombres. La accion, que fue sangrienta, se sostuvo en la barca de Fuentidueñas de Tajo, y concluida arrojó al rio atados de dos en dos por la espalda a todos los cadáveres, é inmediatamente destacó una carta al comandante frances de Aranjuez, previniéndole preparase 700 raciones para otros tantos suyos que llegarían la mañana siguiente, como en efecto fueron llegando atados é impelidos de la corriente de las aguas.

Este procedimiento del Empecinado fue motivado por la crueldad con que días antes los franceses quitaron la vida á varios prisioneros que le hicieron, y en semejantes lances es muy legal la compensación para contener las atrocidades.³³

Otro episodio muy famoso, sobre todo porque fue aireado por varios papeles y porque se discutió en algunas sesiones de las Cortes de Cádiz, fue el intento de captar a Juan Martín para la causa josefina, tentativa llevada a cabo, sin éxito, por el célebre General Hugo.³⁴ Los

²⁸ La primera vez que apareció esta acepción en el diccionario de la RAE fue en su decimoquinta edición de 1925.

²⁹ EC, n.º. 27, 24 de febrero de 1811, p. 1.

³⁰ DM, n.º. 175, 24 de junio de 1813, p. 712. EC, n.º. 2, 2 de julio de 1813, p. 8. EC, n.º. 25, 25 de julio de 1813, p. 6.

³¹ DM, n.º. 252, 9 de septiembre de 1813, p. 319. DM, n.º. 267, 17 de septiembre de 1813, pp. 355-356. DM, n.º. 49, 18 de febrero de 1814, pp. 201-202. Biblioteca Nacional de España (en adelante BNE), Sig. Mss/12962/63. Sig. Mss/12962/64.

³² GR, n.º. 38, 22 de junio de 1810, pp. 340-342.

³³ DMA, n.º. 285, 13 de octubre de 1810, p. 1152.

³⁴ DMA, n.º. 30, 30 de enero de 1811, pp. 117-120. SP, n.º. 44, 7 de febrero de 1811, p. 283. *Diario de las sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias*, Tomo I, Madrid, Imprenta de J. A. García, 1870, p. 453.

franceses también intentaron acabar con el héroe castellano utilizando a Saturnino Abuín, antiguo subordinado del Empecinado, que cambió de bando tras ser capturado por el enemigo.³⁵

El Empecinado en la prensa europea y americana.

Las noticias protagonizadas por Juan Martín no solo se extendieron rápidamente por casi toda España, pues alcanzaron igualmente algunos países europeos y gozaron también de una notable difusión y repercusión en las colonias españolas en América. En Prusia, estado germánico que fue derrotado varias veces por Napoleón, surgió poco a poco un movimiento de resistencia antifrancés –al mismo tiempo profundamente patriótico y marcadamente nacionalista–, que veía en la lucha del pueblo español frente al invasor un ejemplo a seguir. Por este motivo, dos cabeceras de Berlín y Hamburgo comunicaron a sus lectores las hazañas del Empecinado, así como las de otros guerrilleros no menos famosos como Francisco Espoz y Mina y el Cura Merino.³⁶ En Londres fue el periódico mensual *El Español*, obra del liberal anglófilo José María Blanco White, el que publicó varias noticias en las que figuraba Juan Martín.³⁷

Al otro lado del Atlántico, la cabecera decana de la prensa venezolana, la *Gazeta de Caracas*, comunicó algunas acciones protagonizadas por el Empecinado, desde una fecha tan temprana como finales de 1809.³⁸ La fama del guerrillero también llegó hasta Cuba gracias al periódico *El Lince* de La Habana³⁹, pero fue la *Gazeta del Gobierno de México*, con sede en Ciudad de Méjico, la publicación no española que más veces citó al Empecinado desde 1809 y hasta el final de la guerra.⁴⁰ En muchas ocasiones esta gaceta obtuvo las noticias extractándolas de la oficial *Gaceta de la Regencia*⁴¹, del *Diario Mercantil de Cádiz*⁴² y de la *Gazeta de Sevilla*⁴³. El periódico americano, además de reproducir las nuevas de sus homólogos metropolitanos, también

³⁵ GR, n.º. 35, 19 de marzo de 1812, p. 300. GR, n.º. 37, 24 de marzo de 1812, p. 319. EC, n.º. 21, 21 de marzo de 1812, p. 6. EC, n.º. 26, 26 de marzo de 1812, pp. 6-7. DP, n.º. 11, 13 de abril de 1812, p. 495. DMA, n.º. 162, 4 de junio de 1812, p. 636.

³⁶ Los periódicos fueron el *Spenersche Zeitung* de Berlín y el *Staats und Gelehrte Zeitung* de Hamburgo. Véase Remedios SOLANO RODRÍGUEZ: *La Influencia de la Guerra de la Independencia en Prusia a través de la prensa y la propaganda: la forjadora de una imagen sobre España (1808-1815)*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2000, pp. 176, 178 y 350.

³⁷ *El Español*, n.º. 21, 30 de diciembre de 1811, pp. 203-224. Sobre Blanco White, que es un singular ejemplo de periodista español decimonónico, véase Eduardo SUBIRATS (ed.): *José María Blanco White: crítica y exilio*, Barcelona, Anthropos, 2005.

³⁸ *Gazeta de Caracas* (en adelante GCAR), n.º. 76, 22 de diciembre de 1809, sin paginar (p.3). GCAR, n.º. 79, viernes 12 de enero de 1810, sin paginar (pp. 3-4).

³⁹ *El Lince* (en adelante EL), n.º. 13, 3 de marzo de 1811, p. 4. EL, n.º. 22, 28 de marzo de 1811, pp. 2-3. EL, n.º. 107, 3 de diciembre de 1811, p. 4.

⁴⁰ Este periódico, fundado por Manuel Antonio Valdés Munguía, era la continuación de la *Gazeta de México* y se estampaba en la imprenta de Juan Bautista de Arizpe.

⁴¹ *Gazeta del Gobierno de México* (en adelante GGME), n.º. 93, 28 de agosto de 1810, pp. 694-695. GGME, n.º. 150, 11 de diciembre de 1810, pp. 1035-1039. GGME, n.º. 200, 19 de marzo de 1812, pp. 290-292. GGME, n.º. 552, 12 de abril de 1814, p. 386.

⁴² GGME, n.º. 101, 12 de agosto de 1809, pp. 759-760.

⁴³ GGME, n.º. 321, 21 de noviembre de 1812, p. 1237.

comunicó partes de guerra, descripciones de las acciones del Empecinado y el resultado de algunas colectas hechas en Méjico con el fin de financiar su guerrilla.

De esta forma, la opinión pública de la Nueva España supo que dentro de la partida de Juan Martín llegó a haber una compañía de alemanes, formada por desertores del ejército francés, en el que lucharon muchos mercenarios de diferentes nacionalidades.⁴⁴ Los lectores mejicanos también tuvieron conocimiento de la liberación de Calatayud, de las posteriores acciones del Empecinado en los alrededores de Cuenca y Madrid, así como de la composición del cuerpo franco del jefe guerrillero, que en marzo de 1813 contaba, siempre según la gaceta americana, con 3.400 infantes y unos 700 jinetes.⁴⁵ Estas informaciones contribuyeron a difundir el mito de Juan Martín allende los mares, hasta el punto de que en Méjico se recaudaron, en dos colectas promovidas en 1811, casi 90.000 pesos fuertes destinados a equipar a los soldados del Empecinado, que igualmente recibieron ayuda británica para su armamento, como bien se supo al otro lado del Atlántico.⁴⁶

Propaganda y contrapropaganda.

La guerra de propaganda y contrapropaganda en torno a la figura del Empecinado comenzó tan pronto como surgieron las primeras noticias positivas en la prensa patriótica. La principal cabecera afrancesada de España, la *Gaceta de Madrid*, llegó a anunciar la muerte del guerrillero y la dispersión de su partida.⁴⁷ En esta noticia, las tropas irregulares de Juan Martín eran presentadas como un grupo de salvajes saqueadores y ladrones, que sembraban el pánico a su paso, arrasando con todo.

La partida del *Empecinado*, que con tanta frecuencia se ha presentado á la izquierda de Madrid, y que es famosa por las atrocidades que ha cometido robando y aterrando á los pacíficos moradores de las campiñas, ha sido por fortuna alcanzada por la caballería que manda el general Milhaud, entre Huete y Cuenca. Ciento y treinta de aquellos bandidos han quedado muertos; han sido cogidos 50 prisioneros, entre los cuales hai tres oficiales, y

⁴⁴ GGME, n.º 216, 15 de octubre de 1811, p. 955-956.

⁴⁵ GGME, n.º 167, 11 de enero de 1812, pp. 41-42. GGME, n.º 169, 16 de enero de 1812, p. 53. GGME, n.º 172, 21 de enero de 1812, p. 74. GGME, n.º 355, 3 de febrero de 1813, p. 139. GGME, n.º 356, 4 de febrero de 1813, p. 144. GGME, n.º 360, 13 de febrero de 1813, pp. 174-175. GGME, n.º 379, 9 de marzo de 1813, p. 960.

⁴⁶ GGME, n.º 50, 16 de abril de 1811, pp. 375-378. GGME, n.º 73, 25 de junio de 1811, p. 554. GGME, n.º 141, 19 de noviembre de 1811, pp. 1075-1076. GGME, n.º 143, 5 de diciembre de 1811, pp. 1137-1138.

⁴⁷ La *Gazeta de Madrid* fue la publicación oficial del reino de España desde 1762, en tiempos de Carlos III, aunque sus orígenes se remontan a finales del siglo XVII. Durante la guerra de la Independencia fue uno de los mejores indicadores de las cambiantes y complejas circunstancias ligadas a la invasión francesa. Fue una publicación patriótica casi todo el año de 1808, dejando de publicarse el 30 de noviembre. Volvió a estar disponible el 6 de diciembre de 1808 bajo control galo, hasta el 10 de agosto de 1812, momento en el que desaparece otra vez. Reapareció el 4 de noviembre como gaceta patriótica, aunque cambió nuevamente de manos el 5 de diciembre. El 27 de mayo de 1813 pasó a estar controlada una vez más por el bando patriótico, denominándose *Gazeta de Madrid bajo el Gobierno de la Regencia*.

además se les han tomado 60 caballos. Se da por seguro que en el número de los muertos están el *Empecinado* y su primo Mariano.⁴⁸

Posteriormente, de nuevo la *Gaceta de Madrid* continuó atacando al Empecinado, aunque esta vez sin darle por muerto. Primero lo hizo señalando que el general Hugo había desbandado la partida del guerrillero en Cifuentes (Madrid).⁴⁹ Poco después, otra vez el padre de Víctor Hugo encabezó dos ataques con idénticos resultados, siempre según los afrancesados redactores.⁵⁰ En 1811, la *Gazeta de Madrid* amplió su campaña difamatoria contra el celeberrimo guerrillero, a la que se sumó el también afrancesado *Diario de Madrid*. En un primer momento, el periódico oficial del régimen josefino señaló la cobardía del Empecinado, que trató de evitar enfrentarse al general Darmagnac aunque finalmente el choque se produjo, llevando la peor parte las tropas del español, pues sus bajas ascendieron a 150 muertos. Los franceses, en aquella ocasión, directamente no sufrieron pérdidas humanas.⁵¹ Unos meses después, las tropas galas atacaron a Juan Martín en los alrededores de Madrid causándole 200 muertos, numerosos heridos y haciendo 30 prisioneros, por tan solo 3 fallecidos del bando propio.⁵² A mediados de aquel mismo año, el general Hugo volvió a la carga contra su acérrimo enemigo, llegando a acabar por completo con la partida del Empecinado, cuyos hombres eran retratados como criminales indisciplinados.⁵³

Pero no fue solo la prensa afrancesada la que trató de enfangar el nombre, la imagen y la fama del Empecinado, pues también hubo roces dentro del bando patriótico con la figura del guerrillero en el centro de la polémica. En 1811, tras una serie de exitosas acciones por la sierra madrileña, el Empecinado recibió órdenes del general Zayas, que le exigía desplazarse hacia Valencia. Esto provocó un amotinamiento de parte de los guerrilleros de la partida de Juan Martín, que tuvo lugar en Valdeolivas (Cuenca), pues unos estaban dispuestos a seguir a su jefe pero otros se declararon fieles a la Junta de Guadalajara, organización que no quería verse privada de sus defensores.⁵⁴ Esta tensa y delicada situación fue puesta en conocimiento de la opi-

⁴⁸ GM, n.º. 362, 27 de diciembre de 1809, p. 1580. Tres meses después, el *Diario Mercantil de Cádiz* publicó una noticia con la que trataba de desenmascarar y criticar la propaganda afrancesada, comentando la información aparecida en la *Gaceta de Madrid*. El periódico gaditano, con la ciudad bajo asedio, comunicó que el Empecinado no solo no había fallecido sino que continuaba hostigando al enemigo en los alrededores de la capital de España. DMC, sin numerar, 20 de marzo de 1810, sin paginar (p. 3). Otra estrategia siempre utilizada en la propaganda de guerra es la denominada por Morelli «el enemigo tiene el rostro del demonio», en este caso aplicada por los afrancesados a la guerrilla de Juan Martín y a su líder. Anne MORELLI: op. cit., pp. 45-46.

⁴⁹ GM, n.º. 261, 18 de septiembre de 1810, p. 1160. La noticia recogía que los efectivos de la partida se contaban entre los 2.000 y 3.000 hombres, seguramente una cifra exagerada para incrementar artificialmente el valor de la victoria.

⁵⁰ GM, n.º. 293, sábado 20 de octubre de 1810, p. 1300. GM, n.º. 348, 14 de diciembre de 1810, p. 1551.

⁵¹ GM, n.º. 64, 5 de marzo de 1811, pp. 254-255. Como puede verse, patriotas y afrancesados utilizaron unas técnicas de propaganda prácticamente iguales, unos a favor y los otros en contra del mismo individuo.

⁵² GM, n.º. 135, 15 de mayo de 1811, pp. 537-538.

⁵³ GM, n.º. 168, 17 de junio de 1811, p. 686. DM, n.º. 240, 2 de enero de 1812, pp. 237-238.

⁵⁴ Andrés CASINELLO PÉREZ: op. cit., p. 125.

nión pública española a través de la prensa patriótica, pero en dos versiones contrapuestas. La *Gaceta de la Regencia* destacó las operaciones llevadas a cabo por el Empecinado antes de la sublevación, tanto en Molina de Aragón como en la Villa de Cobeta (Guadalajara) el 11 de marzo.⁵⁵ Pero la *Gazeta de la Provincia de Guadalajara* del 23 de junio de 1811, refiriéndose a la misma acción, daba por falsos varios de los pasajes comunicados por la *Gaceta de la Regencia*. El periódico alcarreño, además, escamoteando en la descripción de los hechos gloriosos el nombre del Empecinado, que casi parecía no haber participado en los combates, destacaba, por el contrario, el comportamiento de Juan Cajal, Nicolás Isidro, José Bouzas, Jerónimo Luzón, José Mondedeu, Saturnino Abuín y Nicolás Villa, que eran los subordinados principales de Juan Martín.

El tener que enfrentarse a la lectura de dos versiones tan diferentes de unos mismos hechos, en las páginas de sendas publicaciones del mismo bando, hizo que el capitán Nicolás de Uriz escribiese una obra apologética, titulada *El Brigadier Don Juan Martín (El Empecinado) defendido contra la Gazeta de la Provincia de Guadalajara, del 23 de junio de 1811*.⁵⁶ En este largo texto, de 33 páginas, de Uriz criticaba con dureza a la Junta de Guadalajara y a su gaceta por haber desacreditado al Empecinado con fines partidistas y personalistas usando, además, argumentos espurios y noticias manipuladas. A lo largo del impreso, el capitán destacaba la importancia de la propaganda y de la imagen, señalando que los franceses eran particularmente duchos en aquellas lides, habiendo encontrado una poderosa contrapartida en Juan Martín que la junta alcarreña parecía querer echar por tierra. De Uriz finalizaba señalando, a través de una encendida defensa del guerrillero, que el Empecinado era quien se había batido contra los franceses en primera persona y en innumerables ocasiones, no pudiendo decirse lo mismo de los junteros de la provincia de Guadalajara.

Y es que los roces entre los guerrilleros y las juntas a las que tenían que obedecer –al menos en teoría– estuvieron a la orden del día en muchas zonas de España durante toda la guerra, principalmente por cuestiones jurisdiccionales y de mando. También fueron frecuentes los choques entre juntas y las disputas entre partidas.⁵⁷ Un doble y clarificador ejemplo al respecto sería el de la Junta Superior de la Provincia de Burgos, que tuvo varios problemas con las juntas y otras autoridades de Guadalajara, Soria, La Rioja y Cantabria. La Junta de Burgos. Aunque estuvo a punto de desaparecer a finales de 1809, logró sobrevivir y oponerse eficazmente a los invasores gracias al apoyo de la guerrilla de Jerónimo Merino, más conocido como el Cura

⁵⁵ GR, nº. 50, 13 de abril de 1811, p. 386.

⁵⁶ Nicolás DE URIZ: *El Brigadier Don Juan Martín (El Empecinado) defendido contra la Gazeta de la Provincia de Guadalajara, del 23 de junio de 1811*, Iniesta, Imprenta Volante de la Provincia de Cuenca, 1811. De Uriz fue un monje capuchino convertido en guerrillero durante la guerra de la Independencia, sirviendo bajo las órdenes del Empecinado.

⁵⁷ Otra realidad, muchas veces escamoteada por la prensa patriótica, fue la ingente cantidad de auténticos grupos de bandidos que, haciéndose pasar por guerrilleros a favor de la causa española, cometían toda clase de abusos, sometiendo a muchos pueblos a una triple presión casi insoportable: la suya, la de los franceses y la de los cuerpos francos legalmente constituidos.

Merino, pero solo tras un intento fallido, por parte del sacerdote, de hacerse con el control de todas las guerrillas de la zona, puenteadando por completo la autoridad de la Junta.⁵⁸

El Empecinado en el teatro y la poesía.

Además de a través de las noticias de los periódicos, Juan Martín logró parte de su fama cuando fue convertido en un personaje teatral. En 1810 vio la luz en Cádiz una obra dedicada al guerrillero castellano, escrita por Diego del Castillo. La comedia, en tres actos, se titulaba *Origen del Patriotismo del Héroe de Somosierra, ó sea El Empecinado*.⁵⁹ Esta pieza, repleta de imprecisiones, escenificaba el motivo por el que Juan Martín se echó al monte, que fue –según el dramaturgo–, por haber asesinado a un francés que su familia alojaba en casa y que pretendía a su hermana, lo que a la postre supuso la detención y ejecución sumaria del padre del protagonista, que se negó a revelar el paradero de su hijo.

En 1811 apareció otra obra protagonizada por el cada vez más famoso héroe, titulada *Entrada del Empecinado en Valencia*, que daba cuenta de los éxitos obtenidos por el guerrillero al frente de sus tropas por tierras levantinas y que se representó a finales de aquel mismo año en el teatro principal de Cádiz durante cinco días.⁶⁰ Madrid, por su parte, acogió en sus funciones posteriores a la salida definitiva de José I una obra titulada *El heroico Empecinado en los campos de Alcalá*, que pudo verse a lo largo de varios días en el famoso teatro de la Cruz.⁶¹ La última obra dedicada a Juan Martín de la que se tiene constancia es la titulada *Sitio de Calatayud por el Marte Empecinado*, escrita por Antonio Valladares de Sotomayor.⁶²

La imagen idealizada del guerrillero inspiró también numerosos poemas, unos más refinados y simbólicos y otros más populares y directos, pero todos elogiosos y con un denominador común: el de retratar a Juan Martín como un héroe hecho a sí mismo, invencible y fiero, repleto de virtudes, defensor a ultranza de su amada patria y continuador de una larga saga de guerreros ibéricos, a cada cual más famoso y valiente. La mayor parte de estas odas, décimas y

⁵⁸ Véase Francisco Javier IGLESIA BERZOSA: “La tortuosa trayectoria de la Junta Provincial Superior de Burgos durante la guerra de la Independencia”, en Cristina BORREGUERO BELTRÁN (coord.), *La guerra de la Independencia en el valle del Duero: los asedios de Ciudad Rodrigo y Almeida*, Valladolid, Fundación Siglo y Junta de Castilla y León, 2013, pp. 397-401 y 404-407.

⁵⁹ Diego DEL CASTILLO: *Origen del Patriotismo del Héroe de Somosierra, ó sea El Empecinado*, Cádiz, Imprenta de la Casa de la Misericordia, 1810. La obra fue reimpressa, siempre en Cádiz y en 1810, por la imprenta de D. Miguel Segovia. La comedia se representó en Palma de Mallorca al menos en una ocasión, tal y como anunció el *Diario de Mallorca*. DMA, n.º. 179, 28 de junio de 1812, p. 728.

⁶⁰ Alberto ROMERO FERRER: “El «fluido eléctrico» del teatro en la Guerra de la Independencia y las Cortes: la teatralización de la Historia y la Política”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 19 (2013), p. 212.

⁶¹ DM, n.º. 232, 25 de agosto de 1813, p. 252. DM, n.º. 238, 26 de agosto de 1813, p. 256. DM, n.º. 240, 28 de agosto de 1813, p. 268. DM, n.º. 241, 29 de agosto de 1813, p. 272. EC, n.º. 17, 17 de octubre de 1813, p. 6. Véase la adaptación hecha por Pedro LAÍN ENTRALGO: “El heroico Empecinado en los campos de Alcalá”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 446-447 (1987), pp. 9-56.

⁶² Antonio VALLADARES DE SOTOMAYOR: *Sitio de Calatayud por el Marte Empecinado*, Madrid, 1814, BNE, Ms, 13612.

sonetos vieron la luz entre las páginas de los más exitosos periódicos de Madrid y Cádiz.⁶³ Aquí se reproduce uno de los poemas más conocidos, por contarse entre los primeros y por su ritmo, su retrato impresionista del guerrillero y sus evocativas comparaciones.

Al Empecinado

¿Quién es aquel que viene
Brioso en un caballo,
De sangre de enemigos
De la España bañado?
De color muy moreno,
Vigote negro y ancho,
De estatura mediano
Aunque de gentil garbo;
Semblante de guerrero
Anunciador de estragos
Con pistolas, trabuco,
Y aceros afilados
Para pasar franceses,
Saxones, italianos,
Bávaros, alemanes,
Suizos, rusos, polacos,
Y de la madre patria
Los hijos renegados?
Si será el gran Sertorio?
Si el invicto Viriato?
Si el valiente Pescara?
Si el siempre gran Gonzalo?
Si el heroico Ruiz Diaz?
Si el fiel marqués del Basto?
Si Cortés, Oria, Leyva,
Si Santa Cruz, o el de Ávalos,
O de otro Duque de Alba
Idéntico retrato?
Nada de eso, Señores,
Y en suma es otro tanto
El Inmortal patriota,
*El digno Empecinado*⁶⁴.

⁶³ DM, n.º. 175, 24 de junio de 1813, pp. 700-701. DM, n.º. 229, 16 de agosto de 1813, pp. 210-211. DM, n.º. 240, 28 de agosto de 1813, p. 268. DM, n.º. 318, 15 de noviembre de 1813, pp. 596-597. EC, n.º. 27, 24 de febrero de 1811, p. 144. EC, n.º. 18, 18 de septiembre de 1812. pp. 4-6.

⁶⁴ EC, n.º. 17, 4 de febrero de 1811, p. 88.

Biografías y otros materiales.

La notoriedad lograda en Méjico por el Empecinado hizo que la primera biografía dedicada a su persona viera la luz, precisamente, en la capital de la Nueva España.⁶⁵ En 1814 se publicó en Madrid otra biografía, mucho más precisa que la aparecida al otro lado del Atlántico, aunque igualmente elogiosa y acrítica.⁶⁶ El apodo de Juan Martín llegó asimismo hasta lugares insospechados, gracias a un bergantín español llamado Nuestra Señora del Carmen, apodado “el Empecinado”, que a lo largo de la guerra atracó en numerosos puertos peninsulares así como en La Habana, Veracruz y Providence, tal y como señaló la prensa nacional y americana.⁶⁷

La guerrilla española no solo fue una realidad militar, sino también un tema de debate que se discutió con asiduidad en las Cortes de Cádiz. En una de las sesiones fue Agustín Argüelles, llamado “el Divino”, famoso orador, diputado por Asturias y uno de los padres de la Constitución de 1812, el que defendió la necesidad de promover una carrera castrense abierta a los méritos para los guerrilleros, como Espoz y Mina, el Empecinado o el Charro, que tenían que ser considerados líderes tan válidos y dignos como Castaños, Ballesteros o Santocildes.⁶⁸

Otro escritor que recurrió a la figura del Empecinado fue Francisco de Alvarado, el fraile antiliberal más conocido como “el Filósofo Rancio”, que citó al guerrillero en algunas obras, incluidas sus famosas *Cartas Críticas*. En la primera de dichas epístolas, que fue publicada parcialmente por la prensa patriótica reaccionaria, el regular defendía a ultranza a la iglesia Católica afirmando que, en España, era mejor no contar con un gobierno político propiamente dicho —sobre todo liberal—, de la misma forma que el modo más adecuado de enfrentarse al invasor era la guerrilla, comenzando por la de Juan Martín, y no el ejército regular. Esta era una vehemente forma de defender una especie de orden natural de las cosas basado en la experiencia.⁶⁹

⁶⁵ Francisco Alonso RUIZ DE CONEJARES: *Resumen histórico militar de los principales y más glorioso hechos del Señor D. Juan Martín, por sobrenombre El Empecinado, comandante de la Quinta División del segundo ejército. Desde finales de junio de 1808 hasta abril de 1811*, Ciudad de Méjico, Imprenta de Juan Bautista de Arizpe, 1811.

⁶⁶ Anónimo: *El Empecinado. Apuntes de la vida y hechos militares del brigadier Don Juan Martín Díez*, Madrid, Imprenta de Fermín Tadeo Villalpando, 1814.

⁶⁷ GR, n.º. 149, 14 de noviembre de 1811, p. 1249. EC, n.º. 13, 13 de mayo de 1812, p. 6. GGME, n.º. 234, 26 de mayo de 1812, p. 547. EC, n.º. 4, 4 de enero de 1813, p. 7. EC, n.º. 9, 9 de mayo de 1813, pp. 7-8. EC, n.º. 6, 6 de septiembre de 1813, p. 8. EC, n.º. 1, 16 de enero de 1814, p. 7. ME, n.º. 29, 29 de junio de 1814, p. 244.

⁶⁸ ES, n.º. 36, 7 de mayo de 1812, p. 587.

⁶⁹ DMA, n.º. 352, 13 de septiembre de 1811, pp. 1029-1031. ES, n.º. 17, 12 de diciembre de 1811, p. 288.

Retratos y grabados.

La importancia del arte y de las imágenes como documentos históricos está fuera de toda

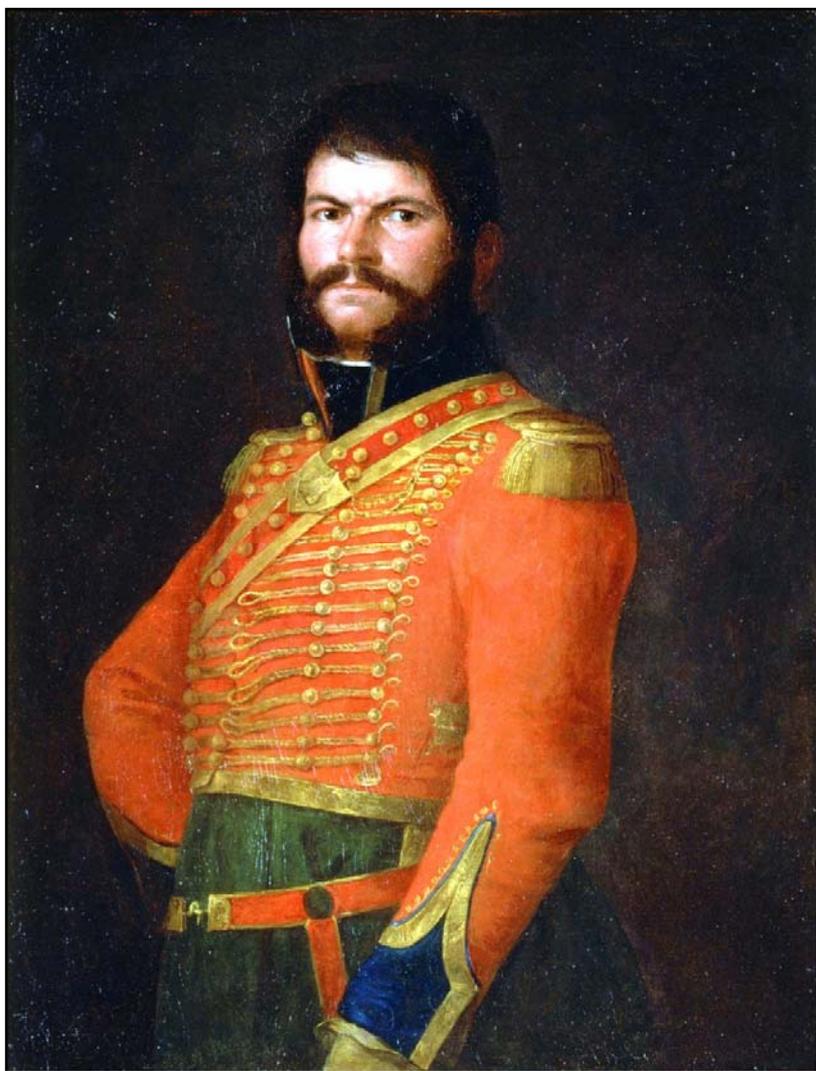


Fig. 1. El Empecinado.

Francisco de Goya, 1809. Óleo sobre lienzo, 84 x 65 cm.
The National Museum of Western Art, Tokio, Dep. 1995-0001.

duda y ha sido objeto de algunos estudios sumamente clarificadores al respecto.⁷⁰ Los retratos, según Burke, son más una forma simbólica que un fiel reflejo del representado, por lo que su aparición y utilización durante una guerra no puede dejar de considerarse propaganda al servicio de una causa concreta.⁷¹ Mucho antes del estallido de la guerra de la Independencia, el general Bonaparte – después primer Cónsul y posteriormente Emperador de los franceses– había demostrado la decisiva importancia de la retratística y del grabado a la hora de crear una imagen idealizada que, desde luego, no tenía porque guardar demasiada relación con la realidad.⁷² El militar corso exportó dichas técnicas de persuasión en sus campañas por Euro-

⁷⁰ Véase Philippe BORDES et al (eds.): *Aux armes et Aux Arts! Les Arts de la Révolution 1789-1799*, París, Editions Adam Biro, 1988. Peter BURKE: *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, Barcelona, Crítica, 2005. James LEITH: *The idea of Art as propaganda in France 1750-1799 a study in the story of ideas*, Toronto, University of Toronto Press, 1969.

⁷¹ Peter BURKE: op. cit., pp. 30-36.

⁷² Véase Wayne HANLEY: *The Genesis of the Napoleonic propaganda, 1796 to 1799*, Nueva York, Columbia University Press, 2005.

pa, que sus enemigos no dudaron en adaptar a sus propias necesidades y de utilizar a favor de sus propios intereses.⁷³

Poco antes de que la prensa prestase atención a la figura emergente del Empecinado, el guerrillero fue retratado por Francisco de Goya. El cuadro del pintor maño es, sin duda, la imagen más poderosa y evocativa de todas las que protagonizó Juan Martín durante la guerra. Aunque no existe unanimidad al respecto, parece que el retrato fue pintado a mediados de abril



Fig. 2. *Juan Martín el Empecinado.*

Anónimo. Óleo sobre lienzo adherido a una tabla,
48,5 x 35 cm.

Fundación Lázaro Galdiano, Madrid, Inv. 7522.

de 1809 en Piedrahita (Ávila).⁷⁴ Este óleo sobre lienzo de pequeño formato aportaría, en tal caso, una representación precoz y muy realista de un individuo que en aquel momento era poco conocido, pero que con el paso de los años alcanzó una fama extraordinaria, tal y como indica la figura 1.

Para comprender mejor la importancia del lienzo del Empecinado hay que recordar que Goya pintó sus cuadros más icónicos sobre la guerra al finalizar la misma. Este fue el caso de *La carga de los mamelucos*, *Los fusilamientos del 3 de mayo*, o *El general Palafox a caballo*, las tres obras fechadas en 1814. A pesar de todo, el artista aragonés fue un testigo de excepción del conflicto, durante el que tuvo que sortear algunas dificultades, pero sin dejar de pintar en ningún momento.⁷⁵

Otros dos retratos del Empecinado de los que se tiene constancia se conservan en el Museo del Ejército de Toledo y en la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid⁷⁶, pudiendo verse este último en la figura 2. Estas obras anónimas, así como la de Goya, fueron copiadas en diversas ocasiones, demostrando un

⁷³ En Inglaterra, donde antes de la llegada al poder de Napoleón ya existía una floreciente industria del grabado satírico, artistas como James Gillray, Thomas Rowlandson y otros, alcanzaron una fama extraordinaria gracias a sus ácidas y profundamente antifrancesas estampas. Véase Tim CLAYTON y Sheila O'CONNELL: *Bonaparte and the British: prints and propaganda in the age of Napoleon*; Londres, British Museum, 2015 y Mary Dorothy GEORGE: *English political caricature 1793-1832: A study of opinion and propaganda*, Oxford, Clarendon Press, 1959.

⁷⁴ Wifredo RINCÓN GARCÍA: "Imagen de los guerrilleros que lucharon en la provincia de Burgos durante la guerra de la Independencia", en *Burgos en el camino de la invasión francesa*, catálogo de la exposición, Burgos, Instituto Municipal de Cultura, 2008, pp. 46-47.

⁷⁵ Véase Gérard DUFOUR: *Goya durante la guerra de la Independencia*, Madrid, Cátedra, 2008.

⁷⁶ Museo del Ejército de Toledo, Inv. 40842. Fundación Lázaro Galdiano, Inv. 7522.

significativo interés por la iconografía de Juan Martín.⁷⁷

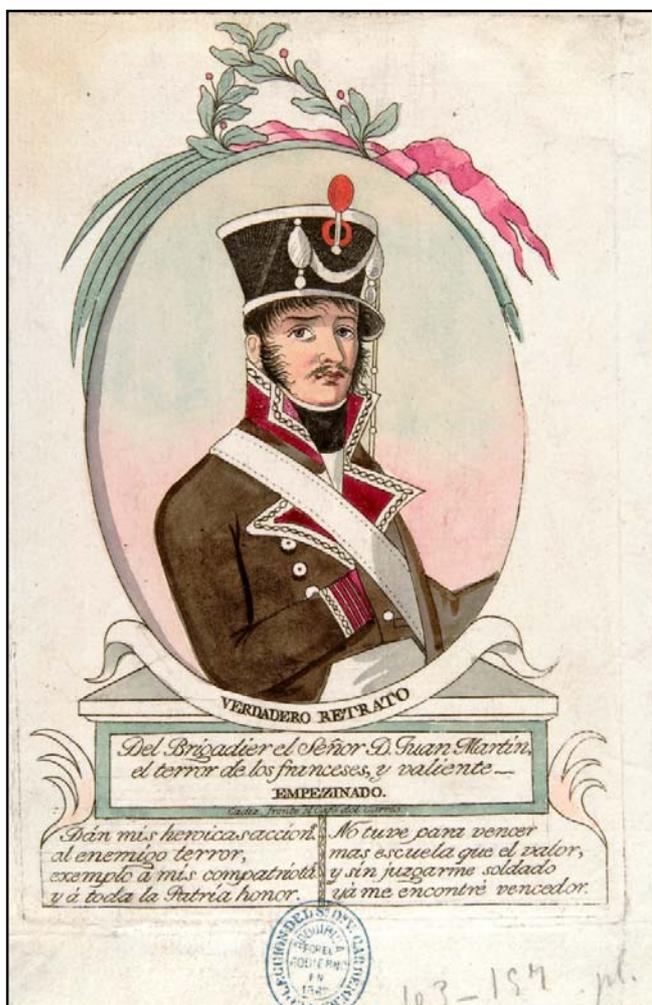


Fig. 3. *Verdadero retrato de Juan Martín Díez.*
Anónimo, 1810. Grabado al aguafuerte, buril y acuarelado, 15,7 x 10,4 cm.
BNE, IH/5480/3.

Pero el salto cuantitativo en la difusión de la imagen de Juan Martín tuvo lugar cuando su efigie fue grabada y distribuída en España y América para satisfacer el creciente interés de la opinión pública hacia el aspecto físico del Empecinado, y también por el relativo bajo coste de las estampas y por su capacidad para influir en amplios estratos de población, incluso entre los analfabetos.⁷⁸ Así, la *Gaceta de la Regencia* publicitó la puesta a la venta de un grabado del guerrillero, muy probablemente el primero de una larga serie, que estuvo disponible en Cádiz y cuyo autor lo creó sin tener demasiados conocimientos reales del aspecto del retratado, como puede verse en la figura 3.⁷⁹

Cuando la guerra de la Independencia se encontraba en uno de sus momentos decisivos, es decir, durante la campaña de Wellington de 1812, el *Diario de Madrid*, principal cabecera afrancesada durante el conflicto junto a la *Gaceta de Madrid*, cambió de propietarios y de bando en cuanto los aliados retomaron la capital de España. En uno de sus números se anunció entonces la disponibilidad de un grabado del Empecinado al precio de cua-

⁷⁷ Una copia del cuadro de Goya es la Martínez Cubells, propiedad del Museo del Prado, actualmente depositada en la Real Academia de la Historia, Madrid, Inv. 61. Una copia del retrato anónimo conservado en el Museo del Ejército de Toledo puede verse en el Museo Histórico Militar de Burgos, Inv. 40842.01.

⁷⁸ Peter BURKE: op. cit., p. 99.

⁷⁹ Wifredo RINCÓN GARCÍA: op. cit., p. 48. GR, n.º. 69, 18 de septiembre de 1810. GR, n.º. 69, p. 690. La noticia especificaba que estaba a la venta tanto en el despacho de la Real Imprenta como en la librería de D. Miguel Segovia. Un ejemplar en blanco y negro costaba 4 reales y 8 el iluminado.

tro reales. Se trataba de la cuarta entrega de una serie dedicada a los defensores de la patria, tras las estampas que retrataban al general Ballesteros y a los guerrilleros Villacampa y Francisquete.⁸⁰

En 1813, tras la liberación definitiva de Madrid, se puso a la venta en la capital un nuevo grabado del Empecinado. En esta ocasión fue una estampa ecuestre, perteneciente a una colección protagonizada exclusivamente por guerrilleros, completada con las imágenes del Charro, el Médico y Chaleco.⁸¹ Esta obra también se pudo adquirir en Méjico, estando disponible en la librería de Arizpe en Ciudad de Méjico y en la de Oronoz en Puebla y aquí puede apreciarse la versión en blanco y negro en la figura 4.⁸²

Otro grabado, también ecuestre, dedicado al guerrillero vallisoletano, rematado por dos cuartetos, estuvo a la venta en las librerías madrileñas de Quiroga y del Barco y aquí puede apreciarse en la figura 5.⁸³ Estas representaciones a caballo del Empecinado no fueron casuales, pues buscaban transmitir una idea de movilidad,

ímpetu, capacidad táctica y liderazgo.

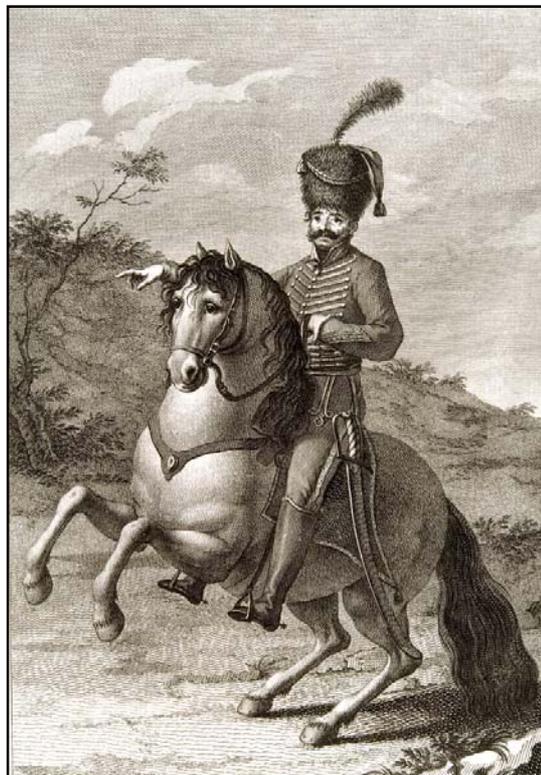


Fig. 4. *Juan Martín, el Empecinado, Brigadier de los Reales Ejércitos.*
M. Brandi (grabador), 1813.
Grabado al aguafuerte y buril, 28,5 x 18,9
cm.
BNE, IH/5480/1.

⁸⁰ DM, n.º. 257, 14 de septiembre de 1812, p. 308. Resulta significativo que tres de los retratados fuesen jefes de partidas y solo uno -Ballesteros- perteneciese al ejército regular.

⁸¹ DM, n.º. 170, 19 de junio de 1813, p. 682. Los grabados se podían adquirir en la librería de Quiroga, en la calle de las Carretas. Un ejemplar en blanco y negro costaba 2 reales y 8 el iluminado.

⁸² En este caso el precio ascendía a 12 reales en blanco y negro y 2 pesos el ejemplar coloreado. GGME, n.º. 446, 26 de agosto de 1813, p. 892.

⁸³ DM, n.º. 308, viernes 5 de noviembre de 1813, p. 553.

Conclusiones.

Aunque pudiera parecer lo contrario, la guerrilla no logró la victoria final frente a los ocupantes durante la guerra de la Independencia, pero sí colaboró decisivamente en la consecución de la misma, hostigando permanentemente al enemigo y manteniendo viva la llama de la insurrección popular antifrancesa. Por este motivo, algunos de sus líderes, como el Empecinado, se convirtieron en héroes del pueblo y alcanzaron la categoría de mitos gracias a una doble realidad, la de una propaganda masiva al servicio de una recién nacida opinión pública unida a la necesidad perentoria de triunfos sobre las tropas napoleónicas, que los ejércitos regulares españoles no pudieron proporcionar durante mucho años, exceptuando Bailén.

Juan Martín logró gran parte de su fama –buena y mala– gracias a la prensa. Los periódicos patrióticos, reforzados con otros materiales como biografías, obras de teatro y grabados, transmitieron una imagen calculadamente construida de un hombre valiente, leal y humilde, que era al mismo



Fig. 5. *El Brigadier Don Juan Martín el Empecinado.*
 Anónimo, 1813. Grabado al aguafuerte y buril, 14,5 x 10,4 cm.
 BNE, IH/5480/2.

tiempo un líder militar innato, aguerrido y pertinaz. En este sentido, no cabe duda de que la opinión pública nacional admiró al tipo de héroe que necesitaba admirar en aquel momento, quedando la realidad en un más que discreto segundo plano, totalmente prescindible en tiempos de guerra. Las cabeceras afrancesadas cargaron contra el Empecinado utilizando las mismas estrategias que sus publicaciones rivales, solo que aplicándolas justo al contrario, cambiando los elogios por las críticas y presentando al guerrillero como un compendio de defectos. Para comprender mejor y con un solo ejemplo esta dualidad basta con pensar en el *Diario de Madrid*, que ensalzó a Juan Martín muchas veces y otras tantas lo vilipendió, siendo la causa de semejantes bandazos no tanto las acciones protagonizadas por el guerrillero, como los múltiples cambios de bando al frente del periódico capitalino.

El mito del Empecinado, construido entre 1808 y 1814, alcanzó su cénit en 1825, cuando el guerrillero fue ejecutado, tras el Trienio Liberal, por orden de Fernando VII, el rey al que había ayudado a recuperar el trono de España frente a Napoleón Bonaparte. Este trágico final contribuyó a la ampliación de su leyenda, convirtiéndolo en un mártir de la causa liberal a lo largo del resto del siglo XIX y buena parte del XX.

«Por el derecho de petición que nos confiere la ley»: estrategias legales para evadir el servicio de frontera (Buenos Aires, segunda mitad del siglo XIX)

«Por el derecho de petición que nos confiere la ley»: legal strategies to evade frontier service (Buenos Aires, second half of the XIX century)

Leonardo Canciani

Centro de Estudios Sociales de América Latina (CESAL)-Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA)-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

leonardocanciani@hotmail.com

Resumen: En este artículo analizamos las estrategias que implementaron los guardias nacionales de la campaña de la provincia de Buenos Aires para librarse del servicio de frontera. En particular, abordamos las que fueron avaladas por los estados nacional y provincial a través de la legislación militar: los pedidos de dispensa, la personería y las solicitudes de relevo del contingente.

Palabras clave: *servicio de frontera, guardias nacionales, estrategias de evasión, siglo XIX, Buenos Aires.*

Abstract: In this paper, we will analyze the strategies of the National Guardsmen in the campaign of province Buenos Aires for free oneself of frontier service. We study the practices which they were endorsed for the national and provincial state through military law: exemption orders, personería and replacement requests.

Keywords: frontier service, national guards, evasion strategies, XIX century, Buenos Aires.

Introducción.

Desde inicios de la década pasada, las investigaciones sobre milicias y Guardias Nacionales en Argentina se incrementaron de forma sustancial. A partir de escritos que las conciben como instrumentos de movilización electoral y espacios políticos a través de los cuales las elites construían sólidos liderazgos, al mismo tiempo que contribuían a la construcción de la ciudadanía decimonónica; transitando por los que priorizan el estudio de sus comandantes en diversas provincias y espacios regionales; hasta llegar a aquellos que examinan las

sociedades de frontera y ven en ellas medios de disciplinamiento de la población rural, la historiografía argentina ha generado una multiplicidad de miradas, enfoques y perspectivas.¹

El artículo se inserta en este contexto de renovación historiográfica. Nos interesa profundizar en el análisis del funcionamiento de la Guardia Nacional en los territorios fronterizos. Esta institución fue creada con el propósito de proteger las leyes y la autoridad legítimamente constituida, no para resguardar la frontera con los indígenas y defender los intereses rurales en la campaña. Pero, pese a ello, entre 1852 y 1878 se movilizaron no menos de veinticinco mil guardias nacionales bonaerenses para suplir las falencias del Ejército de Línea en el sistema militar defensivo/ofensivo de esa provincia, aunque no se lo hizo de manera equilibrada y uniforme durante ese período.² Por tal motivo, el Congreso de la Nación debió sancionar una serie de leyes con el objetivo de investir de legalidad dicho servicio y autorizar al Poder Ejecutivo para movilizar contingentes de guardias nacionales de las provincias.³ La expansión de la frontera influyó de un modo determinante en el funcionamiento de la Guardia Nacional, ya que la mayor parte de los hombres que dieron su servicio de armas lo hicieron para defender y/o incrementar dicho territorio. Al mismo tiempo, los conflictos políticos y militares que marcaron el proceso de construcción del Estado nacional demandaron la presencia de las fuerzas armadas para combatir en ellos.

De acuerdo con Tilly, la nacionalización de las fuerzas militares implicó una invasión sin precedentes del Estado en las relaciones sociales cotidianas, ya que —entre otros elementos— demandó grandes proporciones de reclutas para enfrentar los conflictos en los cuales se involucraba.⁴ Sin embargo, el servicio de armas promovió una serie de resistencias por parte de los hombres movilizados. Generalmente, éstas se asociaron con los desafíos a la autoridad, las deserciones, los motines y las sublevaciones,⁵ pero no fueron las únicas. Coexistieron con otras avaladas

¹ Leonardo CANCIANI: “Las Guardias Nacionales en Argentina durante la organización nacional: balances y perspectivas historiográficas”, *História Unisinos*, 16:3 (2012), pp. 391-402, <http://www.unisinos.br/revistas/index.php/historia/article/view/2676/1258> (consultado por última vez el 10-02-2015) y Flavia MACÍAS e Hilda SABATO: “La Guardia Nacional: Estado, política y uso de la fuerza en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX”, *PolHis*, 6:11 (2013), pp. 70-81, http://historiapolitica.com/datos/boletin/Polhis11_MACIASSABATO.pdf (consultado por última vez el 13-09-2015).

² Nadia GAMBETTI: *Soldados indígenas en la frontera de Buenos Aires (1862-1876)*, Tesis de licenciatura inédita, Universidad Nacional de Quilmes, 2012 y Leonardo CANCIANI: *Frontera, militarización y política armada. La Guardia Nacional de campaña de la provincia de Buenos Aires durante el proceso de construcción del Estado nacional (1852-1880)*, Tesis de doctorado inédita, Universidad Nacional de La Plata, 2015.

³ Luciano LITERAS: “Milicias y fronteras en la formación del Estado argentino. La regulación de la Guardia Nacional de Buenos Aires (1852-1880)”, *Avances del CESOR*, 9 (2012), pp. 9-32, <http://www.ishir-conicet.gov.ar/archivos/avances9.pdf> (consultado por última vez el 25-09-2015).

⁴ Charles TILLY: *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, Madrid, Alianza, 1992, p. 175.

⁵ A modo de ejemplo, cf. Carlos MAYO y Amalia LATRUBESSE: *Terratenientes, soldados y cautivos. La frontera, 1736-1815*, Buenos Aires, Biblos, 1998; Marcela GONZÁLEZ: *Las deserciones en las milicias cordobesas 1573-1870*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1997; Ricardo SALVATORE: *Wandering Paysanos. State order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*, Durham and London, Duke University Press, 2003; Gabriel DI MEGLIO: *¡Viva el Bajo Pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006; Ernes-

por la legislación militar, que tuvieron un impacto negativo mucho menor en la disciplina de los cuerpos, como los pedidos individuales y colectivos de dispensa, la personería y las solicitudes de relevo. Estas estrategias formaron parte de la experiencia cotidiana de los pobladores de la campaña en su relación con el Estado provincial y surgieron de su habilidad para reconocer los artilugios legales que el sistema institucional ofrecía para canalizar reclamos y exigir resarcimientos.⁶ Pese a ello, no han recibido gran atención de la historiografía argentina, con excepción de una serie de trabajos recientes.⁷

Con el propósito de complejizar el estudio del servicio de frontera que brindaba la Guardia Nacional, la propuesta de este artículo es analizar aquellas estrategias avaladas por la legislación militar a las cuales apelaron los milicianos de la provincia de Buenos Aires en su búsqueda por librarse del servicio de armas en la frontera durante la coyuntura en que éste se desarrolló.

to OLMEDO: *Militares de frontera. Fuertes, ejércitos y milicias en la frontera sur de Córdoba 1852-1869*, Río Cuarto, Universidad Nacional de Río Cuarto, 2009; Raúl FRADKIN y Silvia RATTO: “Desertores, bandidos e indios en las fronteras de Buenos Aires, 1815-1819”, *Secuencia*, 75 (2009), pp. 13-41; Marisa DAVIO: *Sectores populares militarizados en la cultura política tucumana. 1812-1854*, Tesis de doctorado inédita, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2010; Alejandro RABINOVICH: “El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata: 1810-1829”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 22:1 (2011), pp. 33-56; José LARKER: *Criminalidad y control social en una provincia en construcción: Santa Fe, 1856-1895*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2011; Flavia MACÍAS y María Paula PAROLO: “Movilización, participación y resistencia. Las formas de intervención de los sectores populares en la construcción del estado provincial. Tucumán, 1810-1875”, en Raúl FRADKIN y Gabriel DI MEGLIO (comps.): *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2013, pp. 151-178; Pablo BIROLO: *Militarización y política en el Río de la Plata. Cevallos y las campañas militares contra los portugueses, 1756-1778*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2014.

⁶ Ricardo SALVATORE: *Wandering Paysanos...* y Flavia MACÍAS y María Paula PAROLO: op. cit.

⁷ Ricardo SALVATORE: *Wandering Paysanos...*; Bárbara CALETTI GARCADIAGO: *La intervención de la población rural en la lucha política en los comienzos del sitio de Hilario Lagos a la ciudad de Buenos Aires, 1852-1853. Formas de movilización, liderazgos y motivaciones*, Tesis de licenciatura inédita, Universidad de Buenos Aires, 2010; Guido CORDERO y Lorena BARBUTO: “La movilización de los sectores subalternos en la revolución mitrista de 1874”, *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, 12 (2012), pp. 153-171; Luciano LITERAS: “El servicio de armas de los habitantes de la campaña durante el Sitio de Buenos Aires. La Guardia de Luján, 1852-1853”, *Mundo Agrario*, 12:24 (2012), <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v12n24a03/2226> (consultada por última vez el 12-10-2015); e Íd.: “Aportes para el estudio de las resistencias al servicio miliciano en la campaña bonaerense: los personeros de Nueve de Julio (segunda mitad del siglo XIX)”, *Anuario IEHS*, 29-30 (2014-2015), pp. 97-116, <http://www.unicen.edu.ar/iehs/files/05%20Anuario%20IEHS%2029&30.Literas.pdf> (consultado por última vez el 01-04-2016); Flavia MACÍAS y María Paula PAROLO: op. cit.; Leonardo CANSANI: “Resistencias a la obligación de armarse. Reclutamiento y servicio miliciano en la Guardia Nacional de frontera. Buenos Aires, 1852-1879”, *Memoria Americana*, 22:1 (2014), pp. 33-63, <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/memoria-americana/article/view/3593> (consultada por última vez el 08-02-2016); Hugo QUINTERNO: *Fuego amigo. El ejército y el poder presidencial en Argentina (1880-1912)*, Buenos Aires, Teseo, 2014.

Pedidos de dispensa.

Los guardias nacionales o sus allegados desarrollaron un papel activo con el propósito de obtener licencias o dispensas para el servicio activo. Concordamos con Luft cuando afirma que constituyeron una estrategia desde la cual se pudo evadir el servicio miliciano. Recuperar estas experiencias significa rescatar la autonomía de los sujetos de reclutamiento, aunque fuera limitada por las condiciones sociales de aquella época.⁸

En algunas circunstancias, los guardias nacionales se dirigieron al propio gobernador de Buenos Aires para pedir su excepción. Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, los interesados se presentaban ante las autoridades más próximas, como el juez de paz y el comandante de la Guardia Nacional, y exponían su situación con los certificados correspondientes que la probaran. Estos eran elaborados por médicos o sacerdotes, en caso de que el pedido de dispensa se debiera a enfermedad o minoridad, respectivamente. A su vez, los jueces de paz debieron verificar la viudez de la madre o la situación de impedimento del padre. Por último, con esta información, el jefe del regimiento o el comandante de la Guardia Nacional del partido recomendaba o no al gobernador el otorgamiento de la dispensa o la excepción y era éste quien determinaba si la concedía o la rechazaba, lo cual era comunicado al interesado a través de la Inspección General de Milicias.

Los pedidos fueron formulados tanto por gente de posición y dinero como por quienes integraban puestos más relegados en la sociedad.⁹ Si bien se realizaron en momentos de fuerte presión reclutadora, como por ejemplo durante el sitio de la ciudad de Buenos Aires, por parte de las fuerzas del coronel Hilario Lagos,¹⁰ o la revolución mitrista de 1874,¹¹ se elevaron con motivo de evitar el servicio de armas en la frontera. Para los guardias nacionales, revistar en la milicia activa implicaría tener posibilidades ciertas de ser convocado para marchar a la frontera, mientras que hacerlo en la pasiva reduciría abruptamente las probabilidades de ello.

Los milicianos acudieron a los jueces de paz y a los comandantes de la Guardia Nacional esgrimiendo una serie de causas que las disposiciones militares reconocían como suficientes para ser exceptuados del servicio activo y, consecuentemente, enrolados en la milicia pasiva: ser capataces de establecimientos rurales de sus padres o madres; ser hijos de madre viuda o padre enfermo y/o impedido para trabajar; estar enfermos o ser inútiles para el servicio; exceso de edad o estar cerca de los 60 años; superar el capital de 4.000 pesos moneda corriente que exigía

⁸ Marcos LUFT: “«É verdade tudo quanto alega o suplicante»: os pedidos de isenção do serviço militar durante a Guerra Cisplatina (1825-1828)”, en Miquéias MUGGE y Adriano COMISSOLI (orgs.): *Homens e Armas. Recrutamento militar no Brasil. Século XIX*, São Leopoldo, Oikos, 2011, pp. 39-64.

⁹ Hilda SABATO: “«Cada elector es un brazo armado». Aportes para un estudio de las milicias en la Argentina decimonónica”, en Marta BONAUDO, Andrea REGUERA y Blanca ZEBERIO (coords.): *Las escalas de la historia comparada. Dinámicas sociales, poderes políticos y sistemas jurídicos*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2008, pp. 111-113.

¹⁰ Bárbara CALETTI GARCADIIEGO: op. cit. y Luciano LITERAS: “El servicio de armas...”

¹¹ Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires (AHPBA), Inspección General de Milicias, leg. 50, exp. 498.

la disposición del 1º de julio de 1852 a los capataces, o tener a cargo sus estancias; haber participado en la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, defendido el gobierno durante la revolución de 1874 y trabajado en el zanjeo de la frontera en 1877, entre otros motivos.¹² Estar encuadrado en alguno de estos resguardos no ameritaba la excepción automática, ya que el guardia nacional implicado debía llevar a cabo una serie de trámites y diligencias frente a las autoridades competentes con el fin de probar la situación particular que ameritara la dispensa.

Si bien eran los gobernadores quienes decidían otorgar o no las excepciones, previamente escuchaban la opinión de los jefes de los regimientos. El proceder de estos últimos variaba de acuerdo a las circunstancias, ya que podían recomendar o no el otorgamiento de la dispensa solicitada y aquel considerar o no a su parecer. Por ejemplo, en el verano de 1863 Juan Brown pidió ser exonerado del servicio de frontera por ser hijo de viuda a cargo de su establecimiento rural y estar al cuidado de un hermano menor. «La viuda quedaría sola y los intereses abandonados, si yo marchase a la frontera», alegaba. Sin embargo, el comandante Galván sostenía que Brown faltaba a la verdad, ya que no era hijo único ni el sostén de su familia que, por otro lado, tenía una buena posición económica. Por último, recomendaba: «que esté hecho cargo de los intereses no es un motivo p^a q^e deje de marchar y si esto no le conviene q^e ponga su personero». Finalmente, ante los argumentos del Galván, Brown no fue exceptuado del servicio de frontera por el gobernador Mariano Saavedra.¹³

Un caso que tuvo una resolución diferente fue el que protagonizó el guardia nacional Prudencio Brindo, quien solicitó al gobernador Emilio Castro su dispensa al servicio activo por sufrir ataques de epilepsia. El 4 de febrero de 1869 informaba que el jefe del Regimiento N° 13 no lo había enrolado en la milicia pasiva como correspondía y que, en cambio, lo nominó para formar parte del contingente que debía marchar a la Frontera Sud «por puro capricho». Al haber probado su enfermedad, Brindo obtuvo la excepción y la concesión para ser enrolado en la Guardia Nacional pasiva.¹⁴ A diferencia del caso anterior, donde la opinión del comandante influyó en la decisión del gobernador, este último hizo lugar al pedido del guardia nacional y le otorgó la dispensa requerida.

Era muy común que los propietarios de los establecimientos rurales o de postas pidieran la dispensa para sus capataces o peones, aunque también las viudas o padres lo hacían por sus hijos, no faltando, incluso, personas que tuvieran a su cargo amigos o familiares que por cuestiones de enfermedad requirieran cuidado intenso.¹⁵ Por ejemplo, el 6 de agosto de 1868 Juan Casalino, dueño de una posta en el partido de Pila, solicitó al gobernador la excepción del servicio activo para tres de sus postillones. Además de mostrar el lugar estratégico que ocupaba en el sur del territorio bonaerense, Casalino fundamentaba su solicitud en el hecho de que siempre había contado con la exoneración del servicio miliciano para tres de sus empleados. En esta ocasión, el jefe del Regimiento N° 14 sólo había dispensado a uno de ellos y, por tal motivo,

¹² Leonardo CANCIANI: “Resistencias a la obligación...”, p. 52.

¹³ Archivo General de la Nación (AGN), Gobierno, X-29-8-2, exp. 22.311.

¹⁴ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 9, exp. 1.399.

¹⁵ Leonardo CANCIANI: “Resistencias a la obligación...”, p. 152.

pidió la excepción para dos más. Para probar la veracidad de los argumentos de Casalino, el inspector general de Milicias solicitó la opinión del jefe del mencionado regimiento, quien justificó su decisión de dispensar solo a uno de ellos. No obstante, el gobernador accedió al pedido del dueño de la posta y otorgó la exoneración del servicio de frontera para sus tres postillones.¹⁶

En otras ocasiones fueron las mismas autoridades civiles de la campaña quienes solicitaron al gobernador la exoneración del servicio de armas de los guardias nacionales que habitaban los distritos a su cargo. Por ejemplo, el 10 de septiembre de 1855 el juez de paz de Lobería pedía al gobierno el licenciamiento de la Guardia Nacional de ese partido que servía en la frontera, debido a que los establecimientos rurales se estaban quedando sin peones para ocupar en las faenas, a la vez que le garantizaba que ante una nueva convocatoria la milicia de Lobería estaría pronta a brindar su servicio. Pese a ello, el gobernador Pastor Obligado respondió que no podía dar de baja esa fuerza por el estado de alarma en que se hallaba la frontera, aunque le aseguró que cuando se redujera el peligro de malones la Guardia Nacional sería licenciada.¹⁷ Si bien el reclamo del juez de paz no era descabellado, la argumentación del gobernador tampoco carecía de sustento. Desde 1854, las relaciones entre el gobierno porteño y los indígenas asentados en la frontera devinieron en tensiones diplomáticas y malones durante el año siguiente. A mediados de febrero de 1855 el cacique Calfucurá encabezó una incursión que asoló las tierras de la frontera sur. En respuesta a ello, el gobernador Obligado ordenó una serie de campañas militares para terminar con los ataques, pero fueron derrotadas en Sierra Chica (31/05/1855), San Antonio de Iraola (13/09/1855) y San Jacinto (29/10/1855).¹⁸ El pedido de licenciamiento de los guardias nacionales de Lobería se había efectuado en un contexto de pleno enfrentamiento con los nativos, por lo cual eran necesarios para defender la frontera sur; de allí que el gobernador no diera curso al pedido del juez de paz.

En el período 1865-1871, las peticiones de exoneración colectiva se hicieron más frecuentes. Durante esos años, los guardias nacionales de la provincia de Buenos Aires se vieron afectados por la militarización que causaba la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay y los enfrentamientos internos en diversas regiones del país (Cuyo, Noroeste, Santa Fe y Entre Ríos). Algunos de ellos integraron contingentes que fueron enviados a combatir en esos conflictos y otros se movilizaron hacia la frontera para suplir las falencias del Ejército regular, empleado en aquellas campañas militares. Este período representó la coyuntura en la cual la Guardia Nacional tuvo mayor participación en la defensa de la frontera, ya que se la utilizó de modo intensivo, complementando y/o reemplazando a las fuerzas de Línea en tareas que no le correspondían.¹⁹ En ese contexto, las autoridades civiles de la campaña remitieron pedidos de exención. En los primeros días de 1866 el juez de paz de Junín solicitaba al inspector general de Milicias que licenciara a la Guardia Nacional de ese partido que estaba acantonada en la frontera, a

¹⁶ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 8, exp. 1.192.

¹⁷ AGN, Gobierno, X-28-7-5, exp. 10.868.

¹⁸ Silvia RATTO: “Ni unitarios ni rosistas. Estrategias políticas interétnicas en Buenos Aires (1852-1857)”, *Estudios de Historia*, 13-2 (2006), pp. 67-101.

¹⁹ Leonardo CANCIANI: *Frontera, militarización y política armada...*

la vez que comprometía a dicha fuerza a acudir en su defensa en caso de malón. Al no recibir una respuesta favorable del gobernador Mariano Saavedra, tiempo después insistió en su solicitud, aunque obtuvo el mismo resultado. También el juez de paz de Ranchos hizo un reclamo similar y, del mismo modo que en el caso anterior, el gobierno rechazó el pedido, argumentando que el Regimiento N° 11 que integraban Ranchos, Chascomús y Biedma solo tenía 46 guardias nacionales en servicio, por lo que la exigencia militar al partido era «poco sensible».²⁰ Por su parte, el 7 de noviembre del mismo año, el presidente de la Municipalidad de 9 de Julio, «armozando con los sentimientos del vecindario que representa», solicitaba la exoneración del servicio de frontera para los milicianos de ese partido. Para ello, argumentaba que ese distrito había sido sobre-exigido en la demanda de hombres para la defensa fronteriza, al punto tal de que quedaban pocos guardias nacionales disponibles para efectuar los relevos, los cuales migraban a otros partidos en los que no fueran afectados por la militarización. Este intenso reclutamiento había generado «muy serios y fundados reclamos contra los Gefes y oficiales del Regimiento de G.N.» a causa de «la dura presión que es necesario ejercer p^a reunir el contingente». El cambio de gobernador no trajo una resolución favorable. El nuevo mandatario provincial, Adolfo Alsina rechazó el pedido, argumentando:

el servicio militar de la Guardia Nacional de campaña está repartido equitativamente entre los conciudadanos que forman sus respectivos Regimientos, y [...] su alteración, no solo trastornaría el orden de la disciplina militar, sino que establecería una distinción odiosa que los principios liberales de la administración no pueden autorizar, recargando a otros Partidos que se encuentran en igualdad de circunstancias con este servicio. [...] Si [el gobierno] ya no ha suprimido esta clase de servicio es porque la guerra en que se halla envuelta la República, no le permite adoptar y llevar á cabo las medidas conducentes al objeto.²¹

Incluso, fueron los propios guardias nacionales quienes efectuaron las solicitudes. A mediados de noviembre de 1868, sesenta «vecinos y propietarios» de Lobos le suplicaban a Emilio Castro que exonerara del servicio de frontera al Regimiento N° 9 que formaban Lobos, Navarro y Monte. El argumento que utilizaron para fundamentar su pedido fue que la población de esos partidos había sufrido «espantosamente» el «flagelo asolador» de la epidemia del cólera, que había reducido a la mitad la cantidad de guardias nacionales del expresado regimiento. Según afirmaban, el partido de Lobos había tenido más de 3.000 víctimas; Navarro un número igual o mayor y Monte cifras muy aproximadas. Presentaban un panorama desolador de esa parte de la campaña: la pobreza y la miseria habían invadido a los hombres del campo, el número crecido de huérfanos necesitaba de su apoyo y las viudas que quedaron pobres se sostenían con el trabajo de sus hijos. Lamentablemente el expediente no tiene la resolución, por lo cual no podemos determinar si se concedió o no la dispensa.²²

²⁰ AHPBA, Ministerio de Gobierno, año 1867, leg. 3, exp. 238.

²¹ AHPBA, Ministerio de Gobierno, año 1866, leg. 9, exp. 725.

²² AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 8, exp. sin numerar, notas sueltas de noviembre.

También, las solicitudes colectivas de excepción se efectuaron con motivo de la demanda de trabajadores que generaban las exigencias estacionales de la agricultura y la ganadería. De acuerdo a lo señalado por Mayo y Latrubesse, entre el servicio militar y levantar sus cosechas, herrar sus animales y percibir los salarios pagados en la siega, los milicianos optaban por la segunda alternativa. El servicio de frontera que estaban obligados a prestar los habitantes de la campaña impactaba negativamente en sus intereses particulares y en los del vecindario, al reducir los brazos disponibles para la producción agropecuaria y la economía local.²³ Por ejemplo, a mediados de 1869 los vecinos de Tapalqué suplicaron al gobernador la dispensa momentánea del servicio de frontera y la suspensión de la reunión de la Guardia Nacional de ese partido, ya que, según alegaban, «esta[ba]n quedando abandonados establecimientos de campo con valiosos intereses sin poderse conseguir hombres que pudieran quedar a cargo de ellos» a causa de «haber recaído el nombramiento del servicio en la mayor parte de los chacareros». Para evaluar dicho pedido la Inspección de Milicias pidió información al jefe del Regimiento N° 24, el cual desmintió la situación descrita, ya que sólo habían marchado al servicio de frontera 17 hombres que no habían sido designados anteriormente. Este expediente tampoco tiene la resolución del gobernador, de allí que no podamos comprobar si dio curso a la solicitud de los vecinos de Tapalqué.²⁴

En términos similares, el 20 de febrero de 1872 se dirigieron al gobernador Emilio Castro cerca de un centenar de vecinos de Lobos, con el mismo propósito de estos últimos. Para ello fundamentaban que la movilización de la Guardia Nacional generaría problemas en los trabajos de labranza de la tierra, acentuaría los efectos negativos de la seca que asolaba la zona e impediría que la esquila de borregas se efectuase a tiempo, «porque se viene á reducir el número de brazos [...] [al] sacar gente de este Partido en momentos que se hace más necesaria que nunca». Sin embargo, Castro rechazó este pedido colectivo. Para ello argumentó que no podía dispensar del servicio de frontera a un solo partido y más cuando las razones que se invocaban eran comunes a muchos otros del sur de la campaña. Además, alegó que tampoco correspondía demorar la salida del contingente que debía relevar a los milicianos que estaban en la frontera, ya que tal recargo sería injusto y contrariaría las órdenes del gobierno nacional.²⁵ Estos hombres eran necesarios para mantener al resguardo una frontera extensa que el Ejército de Línea aún no alcanzaba a cubrir, más aún en las circunstancias del verano de 1871-1872. Desde mediados de 1871, la frontera sur de Mendoza, San Luis y Santa Fe sufrió una serie de malones que tuvieron su réplica en el sur bonaerense, con ocho incursiones en las cercanías de Bahía Blanca a fines de ese año, lo que puso en alerta al gobierno nacional.²⁶ Si bien esta situación no se explicita en la documentación, un potencial conflicto fronterizo —que estallaría pocos días después con la inva-

²³ Carlos MAYO y Amalia LATRUBESSE: op. cit., p. 61.

²⁴ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 9, exp. 1.527.

²⁵ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 27, exp. 3.249.

²⁶ Ingrid DE JONG: “Armado y desarmado de una confederación: el liderazgo de Calfucurá en el período de la organización nacional”, *Quinto Sol*, 13 (2009), pp. 34-35.

sión de Calfucurá el 5 de marzo de 1872— demandaba hombres para el cuidado de una frontera indefensa.

Las solicitudes de dispensa colectivas que acabamos de examinar involucraron a sectores de la población masculina en edad militar que no estuvieron al resguardo de las disposiciones que habilitaban la baja de la milicia activa. Todo lo contrario, englobaba a aquellos milicianos que habían sido designados para integrar los contingentes, como así también a los que potencialmente podrían conformarlos. En estos casos, el gobernador no accedió a dichos pedidos: mientras que cinco reclamos tuvieron respuesta negativa los dos expedientes restantes no disponen de resolución alguna. Pese a los argumentos particulares que las autoridades porteñas esgrimieron para no otorgar las exenciones colectivas, la constante movilización de contingentes para la frontera y los conflictos político-militares, que profundizaron la militarización de los guardias nacionales de la campaña, se pueden considerar como las principales causantes del rechazo de las solicitudes. Así lo dejaba en claro el inspector general de Milicias en la Memoria de 1867:

En estas circunstancias en que las armas de la República se hallan empeñadas á causa de la injusta guerra á que ha sido provocada, me parece fuera de tiempo hacer presente a la Superioridad, la necesidad imprescindible de aliviar un tanto al habitante de la Campaña en el servicio de frontera, [...] ya que esto es imposible por ahora. [...] Si se hacía lugar a lo solicitado [...] vendrían después otros reclamando igual concesión, lo que acarrearía considerables trastornos en el desempeño del servicio.²⁷

Una vez que los guardias nacionales habían sido designados para formar parte del contingente, al no estar al amparo de las normativas que los exoneraran del servicio militar y no haber recibido la gracia de la excepción colectiva, pudieron proponer un personero para que lo cumpliera en su lugar. De ello nos ocuparemos a continuación.

Personería.

La utilización del derecho a la personería fue otra estrategia que implementaron los guardias nacionales para eludir el servicio de armas en la frontera. Pese a que tenía larga data en el Río de la Plata,²⁸ su implementación fue menos habitual que otros recursos y modalidades.²⁹ Los hombres que no estuvieran al amparo de las normativas que los exoneraban de la milicia activa y eran elegidos para el servicio en la Guardia Nacional, así como aquellos que al ser remitidos al Ejército de Línea para cumplir una pena no quisieran hacerlo, tenían el derecho

²⁷ AHPBA, Ministerio de Gobierno, año 1867, leg. 3, exp. 238.

²⁸ Su utilización se remite a la década de 1760, durante las campañas militares de Pedro de Cevallos. Pablo BIROLO: op. cit., pp. 127-129.

²⁹ Luciano LITERAS: “Aportes para el estudio...”, p. 108.

de proponer un reemplazante que lo hiciera en su lugar a cambio de una paga que deberían costear.

Con el inicio de la Guerra de la Triple Alianza los estados nacional y provincial reglamentaron el costo de la personería. Debido a la impopularidad de la contienda y a la movilización masiva de guardias nacionales que se proyectaba para un conflicto de tamañas dimensiones, las autoridades percibieron la necesidad de definir su precio. El monto que deberían desembolsar al personero los interesados en procurarse un reemplazo era de 5.000 pesos moneda corriente, en la ciudad de Buenos Aires,³⁰ y 6.000 pesos moneda corriente, en la campaña.³¹ Sin embargo, Literas ha mostrado que los contratos de personería fueron flexibles y que estuvieron mediados por prácticas de negociación entre los implicados al momento de fijar el precio del reemplazo. En ocasiones el monto no alcanzaba la suma fijada por el gobierno y otras formas de pago no monetarias –como la entrega de caballos– solían implementarse para suplir el costo de la transacción.³²

Los personeros que se escogían para el servicio de frontera no siempre fueron de utilidad. Los comandantes solían quejarse a la Inspección General de Milicias de Buenos Aires y al Ministerio de Guerra y Marina de la Nación por la gran cantidad de personeros extranjeros que llegaban a la frontera y no podían ser utilizados en servicio por desconocer el idioma y no saber montar a caballo. El 12 de abril de 1872, el general Ignacio Rivas informaba al ministro Martín de Gainza sobre las irregularidades que con frecuencia caracterizaban a los contingentes. Decía: «la mitad de los hombres que lo componen son extranjeros [...] completamente inútiles para el servicio de las fronteras». Además, agregaba que este tipo de tropas eran perjudiciales, ya que en el caso de una marcha rápida hacia «tierra adentro» sería necesario dejar a los inmigrantes en los fortines, debido a su incapacidad de acompañar una columna al galope y a que siempre inutilizaban los caballos que montaban, pues ignoraban como ensillarlos.³³

Con el propósito de evitar este tipo de problemas, el 16 de agosto de 1872 la Inspección General de Milicias dispuso que el personero que se designara debiera ser apto para el servicio y no tener ninguna imposibilidad física que lo privara de hacerse cargo de la personería. Además, fue condición necesaria que supiera montar y, en caso de ser extranjero, que entendiera el idioma español.³⁴ Sin embargo, a pesar de esta medida, las irregularidades que describía Rivas en la carta anterior continuaron. Meses después, se quejaba a la mencionada Inspección de que los 24 personeros que habían destinado a la frontera en lugar de los guardias nacionales designados no eran apropiados. Afirmaba: «se encuentran inmensamente distantes de estar en condiciones habilitadas para llenar el servicio a que son destinados» y «por su condición de extranjeros [...]

³⁰ Registro Oficial de la República Argentina, tomo V, p. 212. Decreto del gobierno de la Nación, 02/05/1865.

³¹ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 5, exp. 632. Decreto del gobierno de Buenos Aires, 05/05/1865.

³² Luciano LITERAS: “Aportes para el estudio...”, pp. 108-109.

³³ Memoria del Ministerio de Guerra y Marina de 1872, pp. 144-145.

³⁴ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 27, exp. 3.216, f. 553.

no saben el idioma del país y no son aptos para cabalgar en los momentos dados en que sea necesario utilizarlos», lo que los hacía inaceptables «por cuanto solo ofrecen resultados negativos». ³⁵

Debido a que la cuota de enganche para personeros era relativamente alta para los sectores de bajos recursos y no estaba al alcance de todos los guardias nacionales, fueron los individuos pertenecientes a los sectores más acomodados los que estuvieron en mejores condiciones de procurarse los reemplazos, aunque nuevas investigaciones han mostrado que algunos peones, jornaleros y pequeños productores de la campaña recurrieron a ese derecho. ³⁶ Así lo explicitó el gobierno porteño, a través del decreto del 22 de junio de 1857, con el cual se reglamentó el enrolamiento para la Guardia Nacional de la capital. Entre otros objetivos se buscaba evitar el «enorme é injusto recargo á aquellos buenos servidores, que se presentan con exactitud en los turnos que les corresponden», ya que «los individuos de las clases acomodadas [...] son los que más comúnmente se sustraen á este deber, con perjuicio de los ciudadanos laboriosos». ³⁷ No obstante, como afirma Sabato, esta situación no debe llevarnos a pensar que todos los que estuvieran en condiciones económicas de evadir el servicio miliciano lo hicieran. ³⁸

Según ha planteado Literas, la contratación de personeros para evadir el servicio de frontera no habría sido un recurso capaz de poner en peligro la administración militar. Entre 1869 y 1871 solo registra algo más de una treintena de contratos de personería en el partido de 9 de Julio. Este número no parece muy abultado si consideramos que los contingentes podían estar conformados por decenas o centenares de hombres. ³⁹ Por ejemplo, el 12 de abril de 1869 tres guardias nacionales del partido de Magdalena se presentaron al inspector general de Milicias con el fin de solicitarle por su intermedio al gobernador que se les admitiese poner un personero de Línea para que cumpliera el servicio de frontera en su lugar, luego de haber sido designados por el jefe del Regimiento N° 12 para integrar el contingente. Uno de ellos pidió su personero a causa de que no pudo probar la enfermedad que podía librarlo del servicio activo y los dos restantes por no querer ir la frontera. Al día siguiente el gobernador Castro les concedió ese reparo y ordenó al jefe del regimiento que tomara los reemplazos propuestos por estos hombres. ⁴⁰

En algunas circunstancias se generaron inconvenientes por el incumplimiento de la paga acordada. En primer lugar, no siempre los guardias nacionales que se habían procurado un reemplazo cumplían con el pago acordado en el contrato. ⁴¹ La desertión de los personeros fue un segundo problema que afectó a este procedimiento. Luego de cobrar la cuota de enganche, algunos se fugaban de los contingentes en marcha y de la frontera. ⁴² Finalmente, un tercer in-

³⁵ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 32, exp. 3.663.

³⁶ Luciano LITERAS: “Aportes para el estudio...”, pp. 108-110.

³⁷ AGN, Gobierno, X-28-10-13, exp. 13.693.

³⁸ Hilda SABATO: “Cada elector es...”, p. 112.

³⁹ Luciano LITERAS: “Aportes para el estudio...”, pp. 106-108.

⁴⁰ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 9, exp. 1.406.

⁴¹ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 2, exp. sin numerar.

⁴² AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 5, exp. 632.

conveniente que observamos fue el uso arbitrario que hicieron de la personería algunos jefes militares. Este fue el caso del jefe de la Frontera Sud, Francisco de Elía, que a inicios de 1871 había aceptado que un solo personero cobrara y cubriera el reemplazo de 4 guardias nacionales.⁴³ Con el objetivo de remediar este tipo de problemas, el 13 de marzo de 1871 el inspector general de Milicias ordenó que la formalización del contrato de personería se hiciera en presencia del jefe del regimiento y de la autoridad civil del partido. Al mismo tiempo, indicó que la primera mitad de la cuota de enganche acordada se entregara al personero al momento de partir el contingente y la segunda, que permanecería en poder del juez de paz, al finalizar el tiempo de servicio.⁴⁴

Además del servicio de frontera, los personeros fueron muy utilizados en coyunturas de intenso reclutamiento, como la Guerra de la Triple Alianza⁴⁵ y la revolución mitrista de 1874.⁴⁶ Incluso, para este último episodio, se llegó a generar un mercado de personeros en la ciudad de Buenos Aires con estructuras comerciales dedicadas a ofrecer reemplazantes a aquellos que pudieran pagarlos.⁴⁷ La práctica se extendió de tal forma durante esta revolución que el 25 de octubre de ese año el encargado de la Comisión de Personeros, Liborio Muzlera, lo consideraba un «abuso» y denunció ante el ministro de Gobierno que diariamente se le presentaban guardias nacionales pertenecientes a la división de su mando, con bajas del servicio por haber puesto personero y que las conseguían sin permiso previo de sus jefes. Al mismo tiempo, si bien reconocía que «el proceder de la Comisión de Personeros, puede ser muy bien arreglado á la mente del decreto del S. Gobierno», se quejaba de que «es malo en la práctica, [...] porque todos se procurarán su excepción sin que haya quien los remplace en su servicio».⁴⁸ Por ejemplo, informaba que el 9 de octubre había recaudado 285.000 pesos de 57 guardias nacionales que habían puesto su personero; cuatro días más tarde 145.000 pesos de 29 guardias nacionales; el 17 de aquel mes 45.000 pesos de 9 guardias nacionales; el 26 del mismo 80.000 pesos de 16 guardias nacionales; los días 28, 29 y 30 del corriente 65.000 pesos de 13 guardias nacionales; el 2, 3 y 4 de noviembre 125.000 pesos de 25 guardias nacionales.⁴⁹ Más allá de estas cifras, el relato de Muzlera resulta más revelador de la magnitud que la personería había adquirido durante esta revolución. El 30 de octubre le informaba al ministro del Valle:

Con motivo de haber en las fuerzas de mi mando como cincuenta ó más individuos, que pretenden poner personero, me dirijo a Ud. consultándole si he de darles el permiso que solicitan, porque creo que de darlo, la mayor parte de los que aún no desean su excepción han

⁴³ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 22, exp. 2.850.

⁴⁴ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 22, exp. 2.742, f. 227.

⁴⁵ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 4, exp. 714.

⁴⁶ AHPBA, Gobierno, año 1874, leg. 19, exp. 841; leg. 20, exp. 842; leg. 23, exp. 868.

⁴⁷ Guido CORDERO y Lorena BARBUTO: op. cit., p. 161.

⁴⁸ AHPBA, Gobierno, año 1874, leg. 20, exp. 842.

⁴⁹ AHPBA, Ministerio de Gobierno, año 1874, leg. 19, exp. 841; leg. 20, exp. 842; leg. 21, exp. 843; leg. 23, exp. 868.

de procurarla si á estos se les dá. Ya han sido dados de baja más de sesenta individuos, y si á todos se le permite, vamos á quedar sin ninguno.⁵⁰

Finalmente, aquellos guardias nacionales que estaban en la frontera brindando su servicio de armas y habían cumplido y/o sobrepasado el tiempo dispuesto para ello pudieron solicitar el relevo del contingente, antes de optar por la desertión. De este procedimiento nos ocuparemos en el próximo apartado.

Solicitudes de relevo.

Según los escritos que han dejado los contemporáneos, uno de los principales factores que motivaron la desertión de los guardias nacionales que estaban en la frontera fue la impuntualidad del relevo de los contingentes –que llevaba a la extensión de su servicio de armas– y el atraso o falta de pago por sus servicios.⁵¹ Pero, antes de desertar, contaron con la alternativa del reclamo-petitorio,⁵² que se respaldaba en el derecho de los ciudadanos: la solicitud de relevo.

Los guardias nacionales buscaron en sus autoridades más próximas una vía para canalizar reclamos, quejas y necesidades, aprovechando las tensiones que se generaban entre los mandos militares-milicianos y civiles por la superposición de competencias y jurisdicciones.⁵³ Por lo general, se presentaban al comandante del regimiento o al juez de paz para realizar dicho pedido y reclamar su baja de la frontera, quienes elevarían esa súplica al inspector general de Milicias, con fin de que el gobernador ordenara el relevo solicitado para el contingente en cuestión. De acuerdo con Garavaglia, los jueces de paz conformaron un polo en los cuales el poder local y del Estado aparecían íntimamente mezclados, por lo cual las funciones de mediación y represión se hallaban confundidas en su accionar cotidiano.⁵⁴ Investigaciones posteriores han mostrado un panorama similar para los comandantes de milicias y de la Guardia Nacional. Si bien fueron un elemento central en el sistema de reclutamiento forzoso y de disciplinamiento de los pobladores de la campaña,⁵⁵ también representaron una vía de llegada a las autoridades provinciales, a través de la cual canalizaban sus reclamos, y un vehículo para negociar su alis-

⁵⁰ AHPBA, Ministerio de Gobierno, año 1874, leg. 23, exp. 868.

⁵¹ Leonardo CANCIANI: “Resistencias a la obligación...”, pp. 43-46.

⁵² Flavia MACÍAS y María Paula PAROLO: op. cit., p. 168.

⁵³ María Paula PAROLO: “Entre jueces y comandantes. Formas de autoridad en la campaña tucumana a mediados del siglo XIX”, en Darío BARRIERA (coord.): *La justicia y las formas de la autoridad. Organización política y justicias locales en territorios de frontera. El Río de la Plata, Córdoba, Cuyo y Tucumán, siglos XVIII y XIX*, Rosario, ISHIR CONICET/Red Columnaria, 2010, p. 121.

⁵⁴ Juan Carlos GARAVAGLIA: “La justicia rural en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX (estructuras, funciones y poderes locales)”, en Juan Carlos GARAVAGLIA: *Poder, conflicto y relaciones sociales, el Río de la Plata (Siglos XVIII-XIX)*, Rosario, Homo Sapiens, 1999, pp. 89-121.

⁵⁵ Juan Carlos GARAVAGLIA: “La cruz, la vara, la espada. Las relaciones de poder en el pueblo de Arco”, en Darío BARRIERA (comp.): *Justicias y Fronteras. Estudios sobre historia de la Justicia en el Río de la Plata*, Murcia, Editum, 2009, p. 115.

tamiento en los contingentes y evitar los abusos de los cuales eran objeto en determinadas ocasiones de parte de algunos jefes milicianos.⁵⁶

Según la documentación que relevamos en el fondo de la Inspección General de Milicias, las solicitudes de relevo que realizaron los guardias nacionales y/o las autoridades civiles y militares-milicianas de la campaña se efectuaron en coyunturas de intensa movilización militar. En este sentido, se destacan tres coyunturas en las cuales proliferaron este tipo de peticiones: la segunda mitad de la década de 1860, dominada por la Guerra de la Triple Alianza y los levantamientos en el interior del país; 1873-1874, durante el segundo levantamiento de Ricardo López Jordán; y 1876-1877, en el marco de la avanzada militar que definió la nueva frontera bonaerense. Examinemos algunos ejemplos.

Como mostramos en el primer apartado, el periodo 1865-1871 constituyó una coyuntura crítica en la cual se movilizaron importantes contingentes de guardias nacionales para la defensa de la frontera. En este contexto, el 22 de febrero de 1867 el jefe del Regimiento N° 22 de Guardias Nacionales, capitán Paulino Amarante, se dirigió al inspector general de Milicias en los siguientes términos:

En este momento (once de la mañana) se presentan en esta Comandancia diez G. Nacionales de este Regimiento, que se hallaban de servicio en la Frontera Sud, los que han espuesto á este Gefe lo siguiente: que han cumplido su tiempo de fatiga con esceso, que están impagos por seis meses, y que no se les ha acordado una licencia para ver sus familias é intereses que dejaron abandonados, ni menos se les otorga la baja de cumplidos, y que han oído decir que no hay relevo para ellos, y que esto lo han creído porque dicen: que hay fuerzas de G. Nacionales que hace dos años no se les paga ni se relevan; y en este caso tomaron la determinación de venir a reclamar de su Gefe respectivo los dé por cumplidos, por creerlo así de justicia. A más esponen: que los que se hallan en igual caso, es decir cumplidos, tomarán la misma determinación.⁵⁷

Esta carta muestra una serie de cuestiones. Primero, que algunos guardias nacionales que formaban parte del contingente del Regimiento N° 22 se presentaron de su propia voluntad al jefe de ese cuerpo con el propósito de solicitarle el relevo correspondiente, debido a que ya habían cumplido «su tiempo de fatiga con esceso», es decir, sobrepasado los seis meses de servicio. Al mismo tiempo, esgrimieron dos argumentos más para dicho reclamo: no haber recibido la paga que les correspondía y no haber obtenido ninguna licencia para ver a su familia y sus intereses privados, los cuales habían quedado abandonados al haber sido enviados a la frontera. Segundo, resalta la importancia del rumor entre las filas milicianas como instrumento movili-

⁵⁶ Sol LANTERI: *Un vecindario federal. La construcción del orden rosista en la frontera sur de Buenos Aires (Azul y Tapalqué)*, Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 2011 y Leonardo CANSANI: “La negociación del servicio de frontera en la Guardia Nacional de campaña. Buenos Aires (1865-1870)”, *Revista TEFROS*, 11:1-2 (2013), pp. 16-19, <http://www.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/tefros/article/view/261/242> (consultado por última vez el 28-03-2016).

⁵⁷ AHPBA, IGM, leg. 6, exp. 762.

zador de reclamos. El hecho de que hayan «oído decir que no hay relevo para ellos» y fuera respaldado por su conocimiento sobre las situaciones irregulares que se producían en el recambio de los contingentes es un claro indicio de ello. De esta forma, el rumor se convertía en un instrumento importante de los milicianos y los soldados para demostrar su descontento.⁵⁸ Y, tercero, aclaraban que había otros guardias nacionales disgustados con su situación de abandono en la frontera y que, en caso de no corregirse, optarían por presentarse a su jefe para pedirle que los relevara del servicio de armas.

Amarante reprobó la iniciativa de los guardias nacionales y los incitó a regresar a la frontera hasta que el gobierno ordenara el relevo solicitado, a lo que habían «accedido espontáneamente». Sin embargo, el capitán se contradice rápidamente al plantear que tuvo que acompañarlos hasta la división donde servían para evitar que desertaran en el camino. De modo que el regreso no debió ser tan espontáneo como afirmaba. Temía que, al no conceder el relevo, los guardias nacionales optaran por desertar, sabiendo que sus derechos no eran respetados. Por ello, al regresar de la frontera le escribió al inspector para pedirle que «ordenar[a] en cuanto le sea posible el relevo de la fuerza cumplida». Esta situación pone de relieve las dos caras de las autoridades locales de la campaña que describimos más arriba. Como representante del ejecutivo provincial Amarante reprobaba el comportamiento de los guardias nacionales y les ordenaba que volvieran a la frontera a continuar con su servicio miliciano. Y, en tanto vecino inserto en las redes de poder local, exhortaba al inspector de Milicias que, en vista de los sucesos que le reseñaba, ordenara el relevo del contingente que había cumplido «su tiempo de fatiga con exceso».

Debido a que no se encontraban bajo la competencia de la Inspección General de Milicias, los jueces de paz estuvieron mejor perfilados para avalar este tipo de solicitudes, sin tropezar con las contradicciones a las que estuvieron sujetas las autoridades milicianas, y pudieron ser una vía desde la cual los guardias nacionales presentaran sus demandas a los jefes de los regimientos y al gobernador. Ante una situación similar a la que había enfrentado Amarante, el juez de paz de Vecino, Juan Viton, tuvo una actitud más tenaz al solicitar el relevo del contingente de ese partido al jefe del Regimiento N° 15, Benjamín Martínez, y al ministro de Gobierno, Juan Fernández. El 7 de abril de 1869, se dirigió a Martínez, «á nombre del Contingente del Vecino, que marchó para la Frontera del Sud en Sep^{bre} pp^{do} y que debió ser relevado á los seis meses», con el objetivo de solicitarle que «sean tomadas las medidas que el caso reclame, á fin de que los G. N. que son llamados al pesado servicio de frontera sean relevados con la puntualidad que se debe y que se les promete». Debido a que no tuvo contestación favorable del jefe del Regimiento, Viton le escribió al ministro de Gobierno para interceder por los guardias nacionales de Vecino que continuaban en la frontera, con el propósito de que ordenara su relevo, en los siguientes términos:

⁵⁸ Ricardo SALVATORE: *Wandering Paysanos...*, pp. 287-291.

creído estar en derecho al reclamar al S^{or} Comandante los G. N. de este Partido, que indebidamente, y faltándoles á lo que se le promete al enviarlos y es, que van por seis meses, [...] se cumpla al menos con los infelices que con obediencia ciega concurren al primer llamado de la autoridad militar ¿[...] que es lo que pide el Juez de Paz?, nada más sino que se les cumpla lo que se les ha ofrecido y está ordenado: luego este soldado [...], viendo que no lo relevan como se lo han dicho y sabe que deben hacerlo, qué hace? desertarse: luego es tomado y castigado y tenemos que de un hombre honrado, laborioso y buen padre de familia se hace un degradado.⁵⁹

A pesar de este descargo, Viton no tuvo respuesta del ministerio, como así tampoco a la carta que enviaría días más tarde. Por tal motivo, el 10 de mayo le volvió a escribir a Fernández para solicitarle el relevo del contingente. En esta ocasión le informaba que su principal preocupación se estaba tornando una realidad: luego de ocho meses de servicio militar, los guardias nacionales comenzaron a volver a sus hogares sin licencia, desertando de la frontera bajo el pretexto de «pobreza». Algunos se le presentaron en el Juzgado y les ordenó que regresaran con una «nota suplicatoria» para el jefe del lugar, prometiéndoles que iba a interceder por sus derechos, debido a que el comandante del Regimiento N° 15 no lo hacía. Finalmente, pedía una rápida solución al ministro de Gobierno, ya que en caso de que estos guardias nacionales desertaran tendría que aprehenderlos y remitirlos a la frontera como infractores, pese a saber que su reclamo era justo.⁶⁰

Según advertimos en este caso, los guardias nacionales utilizaron la autoridad del juez de paz como un vehículo desde el cual pidieron por sus derechos al jefe del regimiento, a la Inspección General de Milicias y al gobernador de Buenos Aires. En las circunstancias en que el comandante de la Guardia Nacional no dispusiera el relevo del contingente que había enviado a la frontera, habiéndose cumplido los seis meses de servicio dispuestos por el gobierno, algunos guardias nacionales optaron por presentarse a dicho jefe o al juez de paz para solicitar la baja del cuerpo que integraban. Además, según afirmaba Viton, si no se disponía el relevo el próximo paso de los guardias nacionales sería la desertión, acción que el propio juez de paz no reprobaría por considerar que estos estaban presos de una situación injusta y arbitraria al ser condenados a un servicio militar que no respetaba el tiempo dispuesto para su duración. Los jueces de paz se encontraban en una posición distinta a los jefes de los regimientos, desde la cual podían recurrir de forma directa al ministro de Gobierno sin el intermedio de la Inspección General de Milicias para solicitarle al gobernador que ordenara el reemplazo del contingente y, en caso de no tener respuestas, hacerlo con insistencia.

Durante el año 1874 también se enviaron este tipo de solicitudes a la Inspección General de Milicias. Ante el segundo levantamiento de López Jordán, iniciado en Entre Ríos el 1 de mayo de 1873, el presidente Sarmiento debió movilizar parte de las fuerzas del Ejército de Línea que estaban destinadas para la defensa de la frontera con el propósito de reducir las mili-

⁵⁹ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 9, exp. 1.395.

⁶⁰ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 9, exp. 1.432.

cias entrerrianas que comandaba aquel caudillo federal, y ordenó al gobierno bonaerense convocar a su Guardia Nacional para suplir esta falencia. El 31 de mayo de ese año el gobernador Mariano Acosta decretó la movilización de 1.800 guardias nacionales para guarnecer las fronteras de esa provincia. De hecho, en los primeros días de abril de 1874 aún permanecían allí 1.785 milicianos en refuerzo de las fuerzas regulares.⁶¹ En este caso, los reclamos fueron efectuados por autoridades militares y milicianas en favor de los guardias nacionales: el subinspector de la Guardia Nacional de la Frontera Norte, coronel Pedro Naón, en tres ocasiones,⁶² y el comandante general de las fronteras Sud, Costa Sud y Bahía Blanca, general Ignacio Rivas, en una oportunidad.⁶³ Incluso, fue el mismo gobernador Acosta quien el 11 de agosto solicitó al ministro de Guerra y Marina de la Nación, Martín de Gainza, el relevo de 100 guardias nacionales de los regimientos de caballería N^{os} 2 y 3 de campaña, al haber regresado las fuerzas de Línea que combatían en Entre Ríos y por las cuales habían sido movilizados aquellos hombres.⁶⁴

Finalmente, registramos una solicitud de relevo que efectuó el comandante de la Guardia Nacional de Bahía Blanca, Ángel Marcos, en el curso del año 1877. Si bien el 14 de diciembre de 1875 el gobierno nacional había decretado el licenciamiento de toda la Guardia Nacional que existía en la frontera para el 31 de diciembre de ese año, en 1876 y 1877 se enviaron importantes contingentes de guardias nacionales que se emplearon en la construcción del foso sobre el nuevo avance fronterizo y para cubrir la retaguardia o segunda línea de fortines.⁶⁵ En este contexto, el 20 de febrero de 1876 el comandante Marcos había remitido a la guarnición de Bahía Blanca 100 guardias nacionales de ese partido ante el pedido del jefe militar Daniel Cerri, «con la creencia de que á los seis meses estarían licenciados». Al cumplirse este plazo se dirigió a Cerri para sugerirle que diera de baja a dicho contingente, aunque no obtuvo respuesta satisfactoria. A su vez, sus comunicaciones al inspector y subinspector de Milicias no habían sido atendidas. Por lo tanto, ante el exceso del servicio de armas al cual eran sometidos los guardias nacionales, le escribió al ministro de Gobierno de Buenos Aires para informarle que la mayor parte de ellos habían desertado «y los pocos que queda[ba]n solicita[ba]n á cada momento su baja», a la vez que le reclamaba sus diligencias para lograr el licenciamiento de estos hombres, que no tenían con quien ser relevados.⁶⁶

Consideraciones finales.

La historiografía argentina ha hecho hincapié en el estudio de las deserciones, los amotinamientos y las sublevaciones en diversos contextos y períodos en los cuales las guerras y las situaciones potenciales de conflictos armados llevaban a los hombres a evadir el servicio de ar-

⁶¹ Leonardo CANCIANI: *Frontera, militarización y política armada...*, p. 225.

⁶² AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 44, exp. 3 y leg. 46, exp. 219.

⁶³ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 46, exp. 216.

⁶⁴ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 47, exp. 291.

⁶⁵ Leonardo CANCIANI: *Frontera, militarización y política armada...*, pp. 226-230.

⁶⁶ AHPBA, Inspección General de Milicias, leg. 76, exp. 213.

mas. En los territorios de frontera, donde la ley se personificaba y el Estado tenía serias dificultades para garantizar el ejercicio de sus facultades punitivas, la opción de evadir sus obligaciones militares y desembarazarse de una situación que consideraban injusta y arbitraria con prácticas condenadas por este último fue un camino que algunos milicianos optaron con cierta asiduidad.

No obstante, estas resistencias constituyeron sólo una parte de las herramientas que dispusieron para dicho fin. En este trabajo mostramos que el servicio de frontera también motivó la implementación de una serie de estrategias que eran avaladas por la legislación. Los pedidos individuales y colectivos de dispensa, la contratación de personeros y las solicitudes de relevo de los contingentes deben ser interpretadas en esa clave. Al hacer uso de estos resguardos, los guardias nacionales demostraban estar al tanto de sus derechos como ciudadanos de una nación. Utilizaron los pedidos de dispensa como una primera herramienta para demostrar una serie de situaciones particulares que, a su entender, justificarían la excepción del servicio armado en la frontera. Cuando no estuvieron al amparo de las normativas que los exoneraran de dicha obligación, pudieron proponer un personero para que lo cumpliera en su lugar, a cambio de una paga que deberían costear. Finalmente, la solicitud de relevo del contingente que había cumplido e, incluso, sobrepasado el tiempo máximo de seis meses de servicio fue la última estrategia a la cual pudieron recurrir, antes de optar por desertar.

Los gobernadores eran quienes decidían otorgar o no estos amparos, aunque previamente escuchaban la opinión de los comandantes de la Guardia Nacional que, según las circunstancias, avalaban o impugnaban las solicitudes. En algunas ocasiones, los pedidos de dispensa fueron realizados de forma individual por los propios milicianos o por sus madres y terceros que estaban a su cuidado o los representaban. En los casos en que las solicitudes involucraban a personas que estuvieran al resguardo de las disposiciones que autorizaban la excepción para el servicio activo, el gobernador no tenía otra opción que conceder las dispensas. A su vez, en aquellas circunstancias donde las demandas involucraran a pequeños grupos de personas que estaban afectados por situaciones excepcionales en las cuales la ley dejaba algunos intersticios sujetos a discusión—como vimos en el caso del epiléptico y de los postillones de Pila—estuvo más dispuesto a aceptar la dispensa, ya que ello no implicaría un fuerte impacto negativo en el sistema defensivo fronterizo. Sin embargo, en aquellas ocasiones en que las solicitudes se hicieron de forma colectiva o en nombre de grupos numerosos—sea por exigencias estacionales de la producción agrícola y ganadera, demanda de mano de obra, epidemia de cólera y condiciones climáticas adversas—el gobernador tenía fuertes reparos en otorgar la excepción; de hecho, en la documentación consultada no registramos ningún caso en que la haya concedido. Si bien estas demandas se efectuaban en momentos determinados y se esgrimían argumentos concernientes a problemas locales, la coyuntura general solía determinar la resolución que adoptaba el gobernador. En este sentido, los pedidos colectivos que analizamos se efectuaron en contextos conflictivos, donde la guerra civil e internacional y los enfrentamientos con los indígenas formaban parte de la agenda gubernamental. La seguridad general de la campaña y los intereses político-

militares del gobierno primaron por sobre las demandas particulares de los vecinos de los partidos bonaerenses.

Por su parte, la contratación de personeros se hacía una vez que los guardias nacionales habían sido designados para integrar el contingente que marcharía a la frontera o cuando eran convocados para participar de conflictos armados. Si bien todos los reclutados dispusieron de ese reparo, el costo de la personería llevó a que su utilización no fuera tan extendida. Vimos que el procedimiento se topó con algunos problemas, como el incumplimiento de la paga acordada, la desertión e inutilidad de los personeros y el uso arbitrario y abusivo que los comandantes pudieron hacer de éste, lo que llevó a subdividir el pago en dos cuotas y a disponer que el contrato se hiciera en presencia del comandante de la Guardia Nacional y el juez de paz. Según pudimos notar en los casos analizados, la contratación de personeros para el servicio de frontera no se desarrolló en la misma proporción y con la intensidad que sí caracterizó otros momentos de fuerte presión militar, como lo fue la revolución mitrista de 1874, donde se generaron pedidos masivos de reemplazos.

Finalmente, los guardias nacionales tuvieron en cuenta una última estrategia que estaba respaldada en el derecho de reclamo-petitorio: la solicitud de relevo del contingente. Una vez cumplido los seis meses de servicio pudieron recurrir al jefe del regimiento o al juez de paz con el propósito de que intercedieran por ellos ante el gobernador y el presidente de la Nación, quienes dispondrían o no su baja de la frontera. En otras circunstancias fueron los mismos jefes de frontera y subinspectores de la Guardia Nacional quienes, advirtiendo la prolongación indebida del servicio de armas, recurrieron a sus superiores solicitando el relevo para los guardias nacionales implicados. Advertimos que todos los casos analizados se produjeron durante momentos de intensa movilización miliciana (1865-1871, 1873-1874 y 1876-1877), que derivaron en el recargo de la Guardia Nacional e hicieron que los contingentes no fueran relevados una vez cumplidos los seis meses de servicio, sino que éste se extendiera por más tiempo. Finalmente, también hubo situaciones particulares en las cuales no intervinieron las autoridades militares, milicianas y civiles, sino los familiares o allegados de los hombres que estaban en la frontera.

Pese a las críticas que recibió este servicio militar los guardias nacionales cumplían con su deber cívico de portar armas en defensa de la frontera, aunque exigían que no se extendiera en el tiempo más allá de lo preestablecido y que se garantizaran los resguardos que disponían las leyes, los reglamentos y las ordenanzas. Conocer y buscar el reconocimiento de sus derechos como ciudadanos de una nación constituyó una instancia de aprendizaje de la ciudadanía. A través de ello, los habitantes de la provincia de Buenos Aires fueron aprehendiendo los recursos lícitos que el Estado procuraba extender sobre las personas que residían en su jurisdicción, lo que demuestra su habilidad para reconocer los artilugios legales que el sistema institucional ofrecía para canalizar reclamos y exigir resarcimientos.

La bibliografía gimnástica y deportiva de la educación física en el ejército español (1808-1919): textos en contexto social

The Gymnastics and Sports Bibliography of Physical Education in the Spanish Army (1808-1919): Texts in Social Context

Xavier Torredadella-Flix

Universidad Autónoma de Barcelona, España

franciscoxavier.torredadella@uab.cat

Resumen: El objetivo de este artículo es presentar las obras publicadas en España en torno a la gimnástica, la educación física y el deporte en el ámbito del ejército entre 1808 y 1919. El análisis de contenido *in situ* (fuentes primarias) de las obras más significativas sirve para (re)contextualizar los textos en la configuración de las actividades gimnásticas y deportivas en el ejército, y sirve también para valorar el discurso ideológico y social de los mismos textos. Concluimos que de estas obras se desprende un discurso institucionalizado y nacionalizador dirigidos a la subordinación y encuadramiento de la sociedad civil.

Palabras clave: *Bibliografía militar, Educación física, gimnástica militar, ejército español.*

Abstract: This article presents the works of gymnastics, physical education and sport that were published in Spain between 1808 and 1919 in the field of the army. The analysis of the content *in situ* (using primary sources) of the most significant works serves to (re)contextualise the texts in the configuration of gymnastics and sports activity in the army, and also enables the ideological and social discourse of the texts themselves to be appraised. We conclude that these works project an institutionalised and nationalistic discourse aimed to the subordination and management of civil society.

Keywords: *military bibliography, physical education, military gymnastics, Spanish army.*

Introducción.

En Europa, los grandes movimientos gimnástico-deportivos de la educación física se institucionalizan a lo largo de todo el siglo XIX amparándose en la construcción ideológica de los nuevos estados-nación liberales y, la mismo tiempo, legitimándola. La orientación educativa de las prácticas gimnásticas fue utilizada para vehicular discursos ideoló-

gicos surgidos de las élites liberales, entre cuyos objetivos estaba el de impulsar movimientos moralizadores y nacionalizadores. El Turner alemán, el Sokol checo o el mismo deporte inglés hacen gala de esta invención de tradiciones políticas y sociales, aportando un medio de identificación nacional construida.¹ En este sentido, ya desde principios del siglo XIX se desarrollaron una serie de sistemas de educación física que, con el apoyo de las instituciones militares, convergieron con las tensiones y aspiraciones soberanistas de las naciones.² En el contexto de este enfrentamiento y en la coyuntura del ascenso de los nacionalismos decimonónicos, tal y como señalaba Hobsbawm, esa lucha permitió que en el nuevo siglo XX se contemplara en el «deporte un medio tan singularmente eficaz para inculcar sentimientos nacionales».³

No por nada, hace varias décadas Dunning señalaba el escaso interés prestado a las relaciones sociales e históricas entre el deporte y la guerra y, ciertamente, en el caso de España todavía a día de hoy no se ha prestado suficiente interés a la citada cuestión. El deporte y la guerra son de algún modo dos tipos de conflicto que se entrecruzan y se complementan sutilmente entre sí; por un lado, éste es visto como sustituto de aquella, pero por el otro es contemplado como un medio de entrenamiento de los ejércitos porque endurece y, al mismo tiempo, proporciona una agresividad, una identidad de grupo y una conciencia vitales para la guerra, que a su vez promueve un modelo muy concreto de masculinidad.⁴

En el caso de España la institucionalización de la gimnástica militar fue tardía. La nostalgia por la potencia militar perdida y las glorias del pasado hacían más profunda la herida de un ejército desgastado por las últimas campañas militares. El siglo XIX constató la fehaciente debilidad del ejército, y las críticas políticas a la organización fueron una constante durante toda la centuria.⁵ Es por eso que el interés del estamento militar por proporcionar una formación física amplia y completa para el soldado apareció como una preocupación, como en el resto de países vecinos. Sin embargo, España carecía completamente de una ordenación al respecto. Durante el siglo XIX y principios del XX, la narrativa en torno a la educación física y el deporte fue diseminada en el contexto europeo por medio de un discurso beligerante que evidenciaba la tensa situación político-militar del momento. Así, y con cierta reiteración, se recordaba cómo la gimnástica había inclinado la balanza del poder de las naciones.⁶ Las guerras napoleónicas tuvieron un influjo importante en la aparición de los primeros movimientos gimnásticos militares contemporáneos, pero es sobre todo después de la Guerra Franco-Prusiana cuando la beligerancia entre Francia y Prusia indujo a la invención de una gimnástica militarizada y de corte

¹ Eric HOBSBAWM y Terence RANGER: *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, p. 311.

² Jacques ULLMANN: *De la Gymnastique aux sports modernes. Histoire des doctrines de l'éducation physique*, Vrin, Paris, 1971, p. 375.

³ Eric HOBSBAWM: *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991, p. 152.

⁴ Eric DUNNING: "Prefacio", en Norbert ELIAS y Eric DUNNING (Auto.): *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 8-29.

⁵ Gabriel CARDONA: *El problema militar en España*, Madrid, Historia 16, 1990.

⁶ Luciano SAMPÉREZ ARROYO: *Manual de Gimnástica Nacional higiénico-cívico-militar*, Badajoz, Tip. Enc. La Minerva Extremeña, 1904, p. 9.

patriótico con el objeto de seducir a las masas juveniles y moverlas a la defensa nacional.⁷ El mimetismo provocó que muchas de las instituciones gimnásticas europeas desarrollaran un importantísimo papel coadyuvando a la construcción de los nacionalismos del siglo XIX. Así pues, como decíamos, en Prusia, Francia, Italia, Suecia, Bohemia, Suiza o Inglaterra los movimientos gimnástico-deportivos fueron utilizados para insuflar sentimientos nacionales sobre el conjunto de la sociedad. Son especialmente destacados el Turnen alemán, de Friedrich Ludwig Jahn (1778-1852);⁸ los sokoles de la región de Bohemia, de Myroslav Tyrš (1832-1884);⁹ o, también, la organización de Batallones infantiles y de Sociedades Gimnásticas de Instrucción Militar durante la III República francesa.¹⁰ En Italia, las sociedades gimnásticas impulsadas por Rodolfo Obermann (1812-1869) –instructor de gimnástica militar de inspiración prusiana– y Ernesto Ricardi di Netro –presidente de la Sociedad Gimnástica de Turín, 1844– abogaban por una educación física escolar militarizada y concedieron soporte a las asociación de «Tiro a Segno Nazionale» (1861). No es casual que las influencias de estos personajes resguardaran discursos políticos encaminados a justificar e impulsar la unificación italiana.¹¹

Como veremos en el caso de España, el constructo robustez-raza y regeneración-nacionalización no se materializó en una unificación nacional a nivel simbólico (territorial).¹² Es más, la unidad del Estado-nación fue impuesta (*manu militari*) a la ciudadanía por miedo de la fuerza y el miedo («por el hierro y por el fuego»),¹³ y no a través de una eficaz promoción de mitos de una conciencia colectiva de tipo nacional.¹⁴ No obstante, desde principios del siglo XIX hasta el final de la Primera Guerra Mundial (PGM) se manifestaron diferentes opiniones sobre la necesidad de organizar un ejército partiendo de la garantía de una buena formación física para el soldado. En este asunto, los tratados de gimnástica y educación física en el ámbito militar se presentaron como un medio para reparar la falta de formación física de las tropas y

⁷ Benoît CARITEY y Michael KRÜGER: “Les fêtes nationales de gymnastique en Allemagne et en France (1860-1914)”, en André GOUNOT, Denis JALLAT y Benoît CARITEY, *Les politiques au stade. Étude comparée des manifestations sportives du XIXe au XXI siècle*, Pres Universitaires de Rennes, 2007, pp. 31-54.

⁸ Jacques ULLMANN: op.cit., p. 289.

⁹ Daniel ESPARZA: “Miroslav Tyrš y el Sokol”, *RICYDE. Revista Internacional de Ciencias del Deporte*, 8:27 (2012), pp. 103-105.

¹⁰ Marcel SPIVAK: “La preparación militar en Francia, un fracaso del régimen republicano”, en Teresa GONZÁLEZ AJA y José Luis HERNÁNDEZ VÁZQUEZ (comp.), *Seminario Francisco Amorós su obra entre dos culturas*, Madrid, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990, pp. 175-206. Pierre ARNAUD: “La trama i l’ordit. La xarxa de Societats Gimnàstiques d’Instrucció Militar a França (1870-1890)”, *Acàcia*, 4 (1995), pp. 11-46.

¹¹ Felice VALLETTI: *Storia della ginnastica*, Milano, Ulrico Hoepli, 1893. Elena TONEZZER: “Il tiro a segno in trentino: identità e preparazione alla guerra in una regione di frontiera (1870-1914)”, en J. AQUESOLO (coord.), *Sport and Violence* (Congreso Internacional de Historia en el Deporte), Sevilla, Universidad Pablo de Olavide, 2006, pp. 320-327.

¹² José Luis PASTOR PRADILLO: “Robustez como un fin para el nacionalismo”, en J. AQUESOLO (coord.), op. cit., pp. 163-170.

¹³ “Crímenes a la Patria”, *El Día*, 27 de noviembre de 1905, p. 1.

¹⁴ José ÁLVAREZ JUNCO: *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, pp. 601-602.

conformar un ejército moderno. Por lo tanto, este es el eje que guía el objeto de estudio: presentar una revisión crítica de la bibliografía gimnástico-deportiva militar editada en España entre 1808 y 1919. Además, a través del análisis de contenido de los textos, inferimos el proceso de configuración de las actividades gimnásticas y deportivas en el seno del ejército, al mismo tiempo que valoramos el discurso ideológico y social que emana de algunas de las obras más significativas.

Para sostener este estudio utilizamos una metodología en base a la localización de las fuentes primarias –heurística histórica– junto al análisis de contenido.¹⁵ Por otro lado, para la localización de estas y su consulta *in situ* hemos considerado el *Repertorio bibliográfico inédito de la educación física y el deporte en España (1800-1939)*.¹⁶ Asimismo, se han revisado las hemerotecas digitalizadas (hemeroteca de la Biblioteca Nacional, Arxiu de Revistes Catalanes Antigues, hemerotecas de *El Mundo Deportivo* y *La Vanguardia*) con la intención de construir un marco teórico de texto y contexto, así como una hermenéutica para una visión crítica del discurso. Precisamente, el situar los textos en su contexto nos ayuda a la exégesis social. Es decir, procedemos a una triangulación entre la obra en su momento histórico, fijándonos en el marco teórico de las prácticas gimnástico-deportivas, en el contexto sociopolítico y en el del ejército. Para orientar la interpretación acudimos a los estudios sociales del discurso en un enfoque histórico y desde las relaciones de poder.¹⁷ En este caso, hemos de referirnos a las construcciones semánticas de los textos que son susceptibles de una interpretación subyacente en cuanto a las relaciones de saber-poder, que han sido abordadas ampliamente en la obra de Foucault.¹⁸

La bibliografía gimnástica y deportiva de la educación física en el ejército (1808-1919).

El siglo XIX. De la crisis de principios de siglo a la crisis finisecular.

En la coyuntura político-militar decimonónica de una Europa sumida en continuas amenazas y disputas bélicas entre naciones, España se enfrentó a una permanente crisis, fruto de la cual nació un sentimiento de debilidad e indefensión nacional.¹⁹ Como apunta Stanley G. Payne, las instituciones militares españolas no tenían nada que ver con las europeas, existía una cierta despreocupación al respecto y, con lo cual, no se llevó a cabo una modernización de éstas. Tampoco les interesaban los nacionalismos y las expectativas imperialistas o coloniales, por lo

¹⁵ María PINTO MOLINA: “Análisis documental de contenido”, en J. LÓPEZ YEPES (coord.): *Manual de Ciencias de la Documentación*, Madrid, Pirámide, 2002, pp. 419-447.

¹⁶ Xavier TORREBADELLA FLIX: *Repertorio bibliográfico inédito de la educación física y el deporte en España (1800-1939)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2011.

¹⁷ Ruth WODAK: “El enfoque histórico del discurso”, en R. WODAK y M. MEYER (Eds.): *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 101-142.

¹⁸ Véase particularmente Michel FOUCAULT: *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, Madrid, Akal, 2003, pp. 11-27.

¹⁹ Gabriel CARDONA: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1983, pp. 7-8.

cual España también se apartaba de los procesos de industrialización europeos. Más bien fueron las preocupaciones que suscitaban las luchas obreras y los posibles nacionalismos periféricos los problemas que eclipsaron todas las demás preocupaciones a lo largo de esta centuria.²⁰

Es en el entorno de las Cortes de Cádiz cuando se advierte en el seno de los círculos liberales la necesidad de revertir moral y técnicamente la reconocida decadencia del ejército. Para ello se articulan propuestas dirigidas al reclutamiento civil –las milicias– con el objetivo de crear una instrucción premilitar.²¹ Por su parte, en el ámbito de la educación, y a partir de la intervención del capitán Francisco Amorós Ondeano (1770-1848), considerado como el «fundador» de la educación física en España y Francia,²² se encuentran igualmente muchas manifestaciones que insisten en la necesidad de incorporar una gimnástica de cuño castrense en la enseñanza, como formación premilitar y patriótica.²³ Como veremos, estas manifestaciones fueron continuas hasta comienzos del siglo pasado, recibiendo siempre los ejercicios gimnásticos castrenses y las paradas militares en el entorno de la infancia y la juventud la tolerancia y protección de la aristocracia y de la burguesía reaccionaria.

Después del desastre de principios del siglo XIX, España dejó de ser temida como potencia militar al haber perdido su capacidad ofensiva. Las malas costumbres se apoderaron de las tropas y las ordenanzas tenían poco efecto. De hecho, las críticas que apuntaban a la necesidad de un proceso de regeneración del ejército no tardaron en surgir. Por ejemplo, además de demandar la incorporación de una gimnástica militar, se recomendaba también su presencia en el marco de los programas escolares. La escuela era concebida como una antesala al cuartel, cuyo fin consistía en formar una ciudadanía fuerte, disciplinada y productiva, pero también dispuesta para servir a la defensa cuando hiciera falta.²⁴ Por su parte, también los médicos de la sanidad militar advertían de la necesidad de incorporar ejercitaciones gimnásticas y juegos corporales para no quebrantar la salud de las tropas.²⁵ De este modo, en el Trienio Liberal apareció el tratado *Higiene militar*, que reiteraba los mismos consejos y mencionaba que «la molicie enervan los cuerpos, corrompen las costumbres, contribuyen a debilitar el estado y a producir degeneración de la especie humana».²⁶

En esta época, el éxito del coronel exiliado Francisco Amorós en la implantación de su sistema gimnástico en Francia puso en sus manos la dirección de todos los gimnasios milita-

²⁰ Stanley G. PAYNE: *Los militares y la política en la España contemporánea*, Alençon, Ruedo Ibérico, 1968, p. 395.

²¹ Xavier TORREBADELLA: “La educación física y preámbulos deportivos en el contexto ilustrado y liberal de la primera Constitución española (1800-1814)”, *Rubrica Contemporánea*, 2:4 (2013), pp. 73-99.

²² Rafael FERNÁNDEZ SIRVENT: *Francisco Amorós y los inicios de la educación física moderna. Bibliografía de un funcionario al servicio de España y Francia*, Sant Vicente del Raspeig, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2005.

²³ Xavier TORREBADELLA: *Repertorio bibliográfico inédito...*

²⁴ Xavier TORREBADELLA FLIX: “Antecedentes en la institucionalización de la gimnástica militar española (1800-1852)”, *Revista de Historia Militar*, 111 (2012), pp. 185-244.

²⁵ D. L. A. P.: *Higiene militar o arte de conservar la salud del soldado...*, Madrid, Villalpando, 1808.

²⁶ D. L. A. P. y D. F. V.: *Higiene militar o arte de conservar la salud*, Madrid, Villalpando, 1822, pp. 42-50.

res.²⁷ Ello provocó que a mediados del siglo XIX algunas Capitanías generales, ante el ejemplo vivo de Francia, se involucraran en la creación de gimnasios militares en Barcelona, Guadalajara, Madrid, Palma de Mallorca o Toledo.²⁸ Asimismo, no hay que olvidar la incesante campaña de Francisco Aguilera, conde de Villalobos (1817-1867), que impulsaba iniciativas para favorecer la institucionalización de la gimnástica militar.²⁹ No es casual en este sentido que desde el estamento militar se insistiera en la necesidad prioritaria de establecer un plan de educación física y moral orientado a los reclutas con el fin de sobrellevar las exigencias de la vida castrense.³⁰

La notoriedad del *Manuel d'éducation physique, gymnastique et morale* (1830) de Francisco Amorós en los círculos militares no condujo sin embargo a la traducción de esta obra.³¹ El capitán José María Aparici, de la Academia de Ingenieros de Guadalajara, señalaba que intentó la traducción de la obra de Amorós, pero que algunos contratiempos le impidieron el proyecto. No obstante, fue por impulso suyo que se incorporó la *Instrucción para la enseñanza de la gimnástica en los cuerpos y establecimientos militares*, una traducción del reglamento de instrucción gimnástica del ejército francés.³² Este tratado fue el primer reglamento oficial de gimnástica para uso de los establecimientos militares,³³ pero no provocó la implantación normativa y generalizada de la gimnástica. Las posibilidades de éxito fueron frustradas por la desidia de las élites políticas y de un poder militar desestructurado,³⁴ situación que se reflejaba en las continuas disputas entre las oligarquías militares, en la ambición propia de generales afamados por la riqueza y el poder, en el deseo de alcanzar un puesto en el gobierno de Isabel II y, también, en las varias insurrecciones carlistas. Sin embargo, la citada obra fue el inicio de la influencia de la gimnástica francesa en el ejército.³⁵ Además, el tratado gozó del respaldo oficial para su difusión a todos los establecimientos militares, de tal manera que incluso en 1885 aún seguía siendo declarado texto oficial para todos los gimnasios y cuarteles.³⁶

²⁷ Alfred MOREL-FATIO: "Don Francisco Amorós, marquis de Sotelo, fondateur de la gymnastique en France", *Bulletin Hispanique*, 27:1 (1925), pp. 36-78.

²⁸ Xavier TORREBADELLA: "Antecedentes en la institucionalización..."

²⁹ VILLALOBOS: *Ojeada sobre la gimnasia, utilidades y ventajas que emanan de esta*, Madrid, Yenes, 1842, p. 7.

³⁰ Joaquín BOSCH: "Discurso pronunciado en la Academia Médico-Castrense de Barcelona, sesión del 4 de abril de 1851 por el Dr. D. Joaquín Bosch, Viceconsultor supernumerario, Primer ayudante médico efectivo del Cuerpo de Sanidad Militar, sobre el punto siguiente: ¿Qué medios pudieran adoptarse para mejorar la constitución física y moral del recluta, y acostumbrarlo a la vida militar?", *Biblioteca Médico-Castrense Española*, 8 (1851), pp. 339-352.

³¹ Xavier TORREBADELLA: "Crítica a la bibliografía gimnástica de la educación física en España (1800-1939)", *Anales de Documentación*, 16:1 (2013) Disponible en: <http://dx.doi.org/10.6018/analesdoc.16.1.158851> (consultado por última vez el 18-04-2016)

³² José María APARICI y BIEDMA (Trad.): *Instrucción para la enseñanza de la gimnástica en los cuerpos y establecimientos militares*, Madrid, Rivadeneyra, 1852.

³³ Xavier TORREBADELLA: "Antecedentes en la institucionalización..."

³⁴ Gabriel CARDONA: *El problema militar...*

³⁵ Joaquín CHRISTOU: *Canciones gimnásticas y Guerreras*, Madrid, Librería de Poupart, 1852.

³⁶ Orden de 16 de diciembre de 1885, como «texto para la enseñanza de la gimnasia y natación en los gimnasios que puedan establecerse por las Armas generales».

En el período isabelino, el ejército y el estado no tenían capacidad alguna para impulsar una expansión de la potencia militar ni existía la posibilidad de afrontar una campaña internacional. Pese a ello, la política siempre gravitaba en torno al influyente peso de los poderes militares. Como señala Cardona: «El ejército no era una máquina de guerra sino un instrumento para la seguridad interior» en el que confiaba la ascendente clase burguesa.³⁷ La sociedad estaba literalmente tomada por un ejército que se hacía omnipresente para garantizar el orden público, mientras los detenidos en sublevaciones obreras eran procesados en consejos de guerra. Igualmente, en el escenario de las dos primeras guerras carlistas (1833-1840 y 1846-1849), el ejército ponía de manifiesto su situación caótica, completamente desorganizado y subordinado como estaba a un escalafón de mandos preocupados únicamente por los ascensos y la vida apoltronada. Las unidades subsistían con los soldados reclutados por *cupo* que malvivían en viejos e insalubres cuarteles, víctimas de una dejadez y unas condiciones higiénicas terribles.³⁸ En estas circunstancias, apenas se hablaba del entrenamiento físico, y en las guarniciones se había instalado la desidia. Por su parte, los mandos estaban enteramente dedicados a mantener el pundonor de los cuadros de mando y la lealtad de las tropas, pero no menos a reprimir los desordenes civiles. Mientras tanto, Isabel II se rendía a las frivolidades de un «reducido círculo de favoritos aventureros cortesanos».³⁹

Con el tiempo, los gimnasios fueron generalizándose en las guarniciones, pero la falta de instructores y de una reglamentación oficial provocó que muchos de estos establecimientos quedaran en desuso. Las críticas frente al abandono de la gimnástica se sucedían constantemente. Así, aparecieron algunos tratados de instrucción que se ocuparon de considerar esta disciplina, como la *Instrucción general Militar* del coronel de Infantería Joaquín Rodríguez, que, sin embargo, no contempló para nada la *Instrucción de la enseñanza de la gimnástica*. En la parte que se ocupa del «Reglamento para el ejército y maniobras de Infantería» incorpora un sucinto capítulo de «Gimnastica»⁴⁰, con ocho lecciones de ejercicios elementales. Esta omisión del tratado de Aparici trasluce la poca influencia que ejerció la citada obra en el ámbito reglamentario de la instrucción militar.

El resultado de la guerra de África (1859-1860), sumado a las disputas internas entre las jerarquías y a las preocupaciones por las conspiraciones militares, provocó una mayor desatención del ejército en lo que respecta a sus necesidades más básicas. Pocos percibían el verdadero problema, que más adelante sería también la muestra más evidente de la profunda crisis militar de España: la debilidad física y moral de las guarniciones. Por su parte, el período revolucionario iniciado en 1868 y la turbulenta experiencia de la I República tampoco favorecieron un cli-

³⁷ Gabriel CARDONA: *El problema militar...*, p. 59.

³⁸ Fernando PUELL DE LA VILLA: *El soldado desconocido de la leva a la «mili» (1700-1912)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996. Albino FEIJÓO GÓMEZ: *Quintas y protesta social en el siglo XX*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.

³⁹ Stanley G. PAYNE: op. cit., pp. 26-27.

⁴⁰ Joaquín RODRÍGUEZ PEREA: *Instrucción General Militar*, Madrid, Pedro Montero, 1857 (2ª ed.), pp. 167-173.

ma de regeneración militar. Sin embargo, la influencia de la guerra franco-prusiana (1870-1871) puso de manifiesto la precaria situación del ejército español y su falta de preparación para resistir campañas importantes. Es entonces cuando se adoptó el servicio militar obligatorio por parte de muchos de los ejércitos europeos, mientras que en España se mantuvo un sistema de reclutamiento por sorteo, del cual se podían librar los que pagaban las célebres *quintas*,⁴¹ mientras el resto de soldados quedaban condenados a morir en los diversos conflictos coloniales mantenidos por el país en el tramo final del siglo XIX.⁴²

No obstante, a raíz de los acontecimientos de 1871 el ejército empezó a promover modos de imitación del modelo prusiano, lo cual desencadenó el ascenso de una cultura de asimilación del nacionalismo con los valores militares.⁴³ Esta nueva noción surge de las ideas del teórico Karl von Clausewitz, que concibe la guerra como una continuación de las luchas políticas, por lo que el Estado queda sometido a los intereses del ejército. El mismo Clausewitz involucra en el concepto de «guerra total» a toda la población, que participa plenamente en los preparativos de toda futura guerra, empezando por la misma educación escolar.⁴⁴ Esta posición es asumida en el pensamiento reformista de la literatura castrense de la Restauración,⁴⁵ y también se visibiliza en opiniones del ámbito educativo, que desean establecer la asignatura de «elementos de gimnasia militar» en las escuelas elementales, una posición que no desagradó a influyentes pedagogos.⁴⁶

En la época de la Restauración, los pactos entre los partidos Liberal y Conservador posibilitaron un sistema de gobierno por turnos que tampoco respondieron a la voluntad de organizar y preparar un ejército basado en los avances técnicos de una gimnástica aplicada, con lo cual vemos que pasaban los años y el ejército seguía sin tener una reglamentación gimnástica institucionalizada. Desde diferentes sectores se insistía en demandar una mayor presencia de la gimnástica, como hacía el higienista José Monlau: «en los tiempos modernos la gimnasia militar ha caído en mala hora en completo olvido. [...] a nuestro entender, debiera introducirse de nuevo en el ejército, con las modificaciones consiguientes a los adelantos de la táctica moderna».⁴⁷

El final de la III Guerra Carlista (1872-1876) y los conflictos cantonales (1873-1874) condujeron a un período de tranquilidad y de reconstrucción social. Las clases acomodadas retomaron el liderazgo en lo que fue una transformación económica y cultural significativa, también por lo que respecta a sus costumbres, con la adopción de prácticas deportivas que

⁴¹ Albino FEIJÓO GÓMEZ: op. cit.

⁴² Gabriel CARDONA: *El poder militar...*, pp. 7-8.

⁴³ Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española. Modernistas, tradicionalistas y liberales*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, pp. 59-60 y 114.

⁴⁴ Karl von CLAUSEWITZ: *De la guerra*, Barcelona, Labor, 1984, p. 26.

⁴⁵ Fernando PINTO CEBRIÁN: *Ejército e historia. El pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013.

⁴⁶ Pedro de Alcántara GARCÍA: *Teoría y práctica de la educación y la enseñanza*, t. V. (De Educación Física), Madrid, Gras y Compañía, 1882, p. 89.

⁴⁷ José MONLAU: *Nociones de fisiología e higiene, con las nociones de anatomía humana correspondientes*, Madrid, Aribau y C^a, 1881, p. 169.

emulaban un estilo de vida británico y elitista con un alto contenido de clase.⁴⁸ La aparición de una prensa deportiva aristocrática se ocupó de propagar estas costumbres y de estimular la creación de gimnasios, sociedades recreativas o culturales del aún llamado *sport*. Todo se envolvía en una atmósfera regeneracionista que trataba de imitar el glamuroso estilo de vida victoriano.⁴⁹ Este regeneracionismo también tenía su reflejo en el ejército, lastrado por un descomunal cuerpo de oficiales. La institución necesitaba una completa reforma, la cual pasaba por la reducción de efectivos humanos.⁵⁰ En este sentido, la situación era compleja, pero mientras esta reforma no se llevase a cabo el cuerpo de oficiales podía alternar su profesión con las modernas prácticas gimnástico-deportivas y, al mismo tiempo, urdir negocios políticos y económicos con las elites aristocráticas y financieras.

En esa coyuntura se publicó la obra de Francisco Pedregal (1852-1904), *Gimnástica civil y militar*,⁵¹ un tratado muy reconocido que acercó el sistema gimnástico de Amorós a la población civil y que venía a responder a algunas de las demandas y necesidades del momento. La obra poseía una marcada orientación militar y sirvió de libro de texto en la Escuela Central de Profesoras y Profesores de Gimnástica (ECG, 1887-1892). De esta forma, el éxito del libro lo convirtió en una referencia, siendo utilizado como una guía práctica en los gimnasios y cuarteles militares españoles. De hecho, en España aún no se había publicado hasta ese momento ninguna obra gimnástica que alcanzase el nivel de la de Pedregal. Así pues, el libro fue introducido de forma experimental en los regimientos de Baleares y Covadonga, y recibió la aprobación de la Real Academia de Medicina, de la Academia General Militar y de la Junta Consultiva de la Guerra, que lo declaró de utilidad para todas las Academias militares. Por tanto, esta obra debe ser considerada como la última influencia técnica de Amorós. No obstante, continuaban manifestándose las referencias al ya institucionalizado sistema de gimnástica dentro del ejército francés.⁵²

Hacia 1887, el profesor de gimnástica Emilio Castañón citaba la existencia de gimnasios en la Academia General Militar de Toledo, la Academia de Artillería de Segovia, la Academia de Ingenieros de Guadalajara, la Escuela de Guardias Civiles Jóvenes de Vallermosto y la Escuela de Carabineros de Villaviciosa, «además de tener gimnasios muchos de los cuerpos de la

⁴⁸ Xavier TORREBADELLA, Javier OLIVERA-BETRÁN, y Mireia M. BOU: "Origin and Institutionalisation of Sports and Gymnastics Associations in Nineteenth-Century Spain (1822-1900)", *Apunts. Educación Física y Deportes*, 119 (2015), pp. 7-54.

⁴⁹ Xavier TORREBADELLA y Javier OLIVERA-BETRÁN: "The Birth of the Sports Press in Spain within the Regenerationist Context of the Late Nineteenth Century", *The International Journal of the History of Sport*, 30:18 (2013), pp. 2164-2196.

⁵⁰ Stanley G. PAYNE: op. cit., pp. 43-48.

⁵¹ Francisco PEDREGAL PRIDA: *Gimnástica civil y militar*, Madrid, Manuel Ginés Hernández, 1884.

⁵² David FERRER: "Importancia de la educación física de la juventud, para la defensa del Estado", *Ilustración Gimnástica*, 1 de abril de 1886, pp. 20-22. Isidro NASPRÉ: *Algunas observaciones sobre la utilidad de la gimnasia higiénica aplicables a las escuelas de instrucción primaria de ambos sexos, y útiles a todas las clases de sociedad*, Reus, Reuense, 1886, p. 36.

guarnición en sus cuarteles». ⁵³ No por nada, en este año tuvo lugar la apertura de la ECG, institución destinada a formar al profesorado para la enseñanza de la gimnástica en los establecimientos públicos y oficiales y cuyo currículo estuvo marcado por una orientación militar y por la gimnástica francesa. ⁵⁴ Esta influencia fue criticada por Alejandro San Martín, exdirector de la ECG, al denunciar que los intereses del movimiento de educación física y del deporte exhibidos en Francia estaban supeditados a las políticas militaristas: «No desearía para España imitadores de Coubertin, ni menos aún de Daryl, en este aspecto de sus respectivas campañas, cuyo aliciente más poderoso y pregonado es la idea de revancha contra Alemania». ⁵⁵ Por lo tanto, la coyuntura propiciaba que la orientación de la ECG estuviese marcada por la necesidad de imprimir una impronta castrense, tal y como se delataba en *El Correo Militar*: «Recuerda un colega que la ley creando las clases de gimnástica en las escuelas, ha sido en Francia la base de la verdadera educación militar». ⁵⁶

Dos años más tarde, el teniente Antonio Álvarez publica el *Manual de Gimnástica militar* con el objetivo de ofrecer una guía de formación física y de utilidad práctica. ⁵⁷ Este *Manual* iniciaba una tendencia hacia la renovación del sistema gimnástico militar español y criticaba la gimnasia de Amorós y, sobre todo, la peligrosidad del uso del trapecio. Por el contrario, proponía la aplicación de la gimnasia sueca, que era prácticamente desconocida. Se trata de una obra sencilla y resumida de ejercicios a manos libres, dejándose notar en ella una tímida influencia de la gimnasia sueca. Además de estos ejercicios, aparecen las tradicionales marchas militares, carreras, luchas y saltos. No obstante, no abandona por completo la gimnástica de Amorós. Los ejercicios con aparatos son considerables: cuerdas, escaleras, paralelas, mástiles, argollas y perchas. Prácticas como el velocípedo, la caza, la pelota, la esgrima, el baile y la natación también son aconsejadas como complemento a la gimnástica y para mejorar la resistencia física del soldado.

Por otra parte, en 1891 se publicó el *Reglamento higiénico-militar para las grandes maniobras*, ⁵⁸ inspirado en la traducción del reglamento francés por parte de Aparici. En él se incluían unas reglas generales, división y forma de la instrucción, ejercicios gimnásticos y un apéndice de natación. En sí se trató de una ampliación del reglamento de 1852, sin embargo la aplicación oficial del *Reglamento* oficial no se extendió de forma generalizada, tal y como se deseaba. Constatando este problema, el gimnasiarca Luciano Sampérez, profesor formado en la ECG, trató

⁵³ Emilio CASTAÑÓN y LÓPEZ: “La gimnasia en España”, *Ilustración Gimnástica*, 15 de agosto de 1887, pp. 188-189.

⁵⁴ Anastasio MARTÍNEZ NAVARRO: “Datos para la historia de una iniciativa fallida: la Escuela Central de Gimnástica”, *Historia de la Educación*, 14-15 (1996), pp. 125-149.

⁵⁵ Alejandro SAN MARTÍN: “De los juegos corporales más convenientes en España”, *El Ateneo-revista científica, literaria y artística*, 3 (1889), pp. 53-75. (cit., p. 64)

⁵⁶ «Comentarios», *El Correo Militar*, 19 de enero de 1887, p. 1.

⁵⁷ Antonio ÁLVAREZ GARCÍA: *Manual de gimnástica militar*, Granada, Paulino V. Sabatel, Granada, 1889, prólogo.

⁵⁸ Antonio NAVARRA CONTRERAS: *Reglamento higiénico-militar para las grandes maniobras*, Barcelona, Imp. Militar de Calzada e Hijo, 1881.

de estimular la gimnástica en los acuartelamientos de la zona de Extremadura, organizando exhibiciones y campeonatos entre los soldados.⁵⁹ De hecho, en 1893, el Capitán general nombró a Sampérez profesor de gimnasia y esgrima del Ejército en Extremadura, con objeto de formar a dos oficiales y dos sargentos por batallón, para que éstos enseñasen a su vez a sus soldados.⁶⁰ Pero, como sucedía frecuentemente, todo eran iniciativas personales, y con la marcha del General se terminó el proyecto. Sobre el asunto, citaba el profesor de educación física Marcelo Sanz Romo (1859-1942) que «no hay siquiera un militar que frecuente el Gimnasio, a pesar de la numerosa guarnición de esta plaza y de estar en guerra con los mambises».⁶¹ Sanz culpaba al Ministerio de la Guerra de la falta generalizada de la instrucción gimnástica en el Ejército.

En tiempos de la campaña en Cuba, la mayoría de los soldados no habían recibido preparación y apenas disponían de una ligera e improvisada instrucción que no les garantizaba la supervivencia. Esta circunstancia, junto a la debilidad física de los reclutados, explica el importante número de bajas.⁶² En dicho contexto, el coronel retirado Virgilio Cabanellas, muy experimentado en la guerra de Cuba, también evidenció la falta de preparación física y las dificultades para mantener gimnasios en los cuarteles. Cabanellas consideraba que no existía un profesorado apto para dirigir los ejercicios más convenientes, y a propósito de la guerra se enojaba al percatarse que la tropa perecía ante su propia debilidad física y enfermaba sin disparar un solo tiro.⁶³ Con la «*gimnasia al fusil*», Cabanellas deseaba conseguir una pronta preparación del soldado, además de dotarlo de un soporte físico que endureciera su cuerpo para la batalla:⁶⁴ «estas breves lecciones de gimnasia positiva, que le ahorraran sin duda, algunas estancias de hospital, dedicando no más de quince minutos diarios a la práctica de los siguientes ejercicios durante un par de meses a semejanza de otros ejércitos».⁶⁵

Tras el desastre de 1898, la educación física fue políticamente concebida como un ámbito dirigido únicamente a la formación militar. De inmediato aparecieron las reacciones, como la reorganización de las Escuelas Normales por el ministro Germán Gamazo, que estableció una formación gimnástica para los maestros por cuanto habían de contribuir «a la rápida instrucción de los futuros soldados, que serán tanto más útiles cuanto menos dispendios ocasione su

⁵⁹ Augusto REBOLLO SÁNCHEZ: "Notas para la historia del Gran Gimnasio de Badajoz (1868-1936)", *Revista de Estudios Extremeños*, t. LXV, 2 (2009), pp. 865-932.

⁶⁰ Federico ESPONDA: "Opinión de un General Español sobre gimnástica", *La Regeneración Física*, 16 de mayo de 1896, p. 5.

⁶¹ Marcelo SANZ ROMO: "Crónica Nacional. España Gimnástica. Extremadura", *La Regeneración Física*, 1 de junio de 1896, pp. 4-6.

⁶² Albino FEIJÓO GÓMEZ: op. cit., p. 307.

⁶³ Gabriel CARDONA: *El poder militar...*, p. 9. Albino FEIJÓO GÓMEZ: op. cit., p. 311.

⁶⁴ Virgilio CABANELLAS: *Gimnasia militar al fusil que ha de practicarse al compás de las bandas de música*, Cartagena, Requena, 1897.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 3.

completa preparación para la guerra». ⁶⁶ Otra medida fue el estímulo para reemprender la iniciativa en la creación y protección de batallones infantiles. ⁶⁷

Período regeneracionista (1900-1919).

A partir de la crisis finisecular se intensificaron en el seno del ejército los discursos regeneracionistas con un marcado sello nacionalizador. ⁶⁸ Las instancias militares protegieron y trataron de reducir la educación física escolar a los códigos disciplinarios castrenses. ⁶⁹ Esta influencia dotó a la educación de un marcado carácter paramilitar, como fueron los batallones escolares de finales del siglo XIX y principios del XX o los Exploradores de España (Boy-Scouts). ⁷⁰ Asimismo, se desarrollaron todo tipo de iniciativas que persistían en el intento de introducir en las escuelas la educación física premilitar. ⁷¹

En 1901, la reforma del general Valeriano Weyler, Ministro de la Guerra, señalaba la necesidad de instalar la gimnástica como algo preceptivo en todo el ejército; pero, como siempre, otros asuntos de mayor importancia desviaron la atención y los propósitos iniciales quedaron e nada. ⁷² En esta época, la estructura y la organización del ejército era altamente deficiente, ya que no estaba tecnificado y existía un hipertrofiado y costoso cuerpo de oficiales. Por su parte, la artillería era obsoleta y no existían tropas a las que mandar, ni barcos con los que navegar. ⁷³ Las guarniciones más importantes eran las de Madrid y Barcelona, esta última siempre vigilante frente a las posibles tentativas de insurrección promovidas por el nacionalismo catalanista. ⁷⁴ De hecho Barcelona era la ciudad que lideraba el proceso de transformación industrial del país desde finales del siglo XIX, situación que venía acompañada paralelamente de un significativo desarrollo del asociacionismo deportivo que irradiaba sus influencias por toda España. ⁷⁵

Así pues, tras 1898 el papel del ejército fue dirigido a dos tareas fundamentales: defender la unidad territorial del país y salvaguardar el orden público amenazado por una conflictividad social y política creciente, ⁷⁶ lo cual buscaba al mismo tiempo proteger los negocios indus-

⁶⁶ R. D. de 23-09-1898 (*ALIP* de 1898, pp. 152-191).

⁶⁷ Xavier TORREBADELLA-FLIX: "Los batallones infantiles en la educación física española (1890-1931)", *ODEP. Revista Observatorio del Deporte*, 1:1 (2015), pp. 32-70.

⁶⁸ Geoffrey JENSEN: op. cit.

⁶⁹ Xavier TORREBADELLA FLIX: "Regeneracionismo e impacto de la crisis de 1898 en la educación física y el deporte español», *Arbor*, 190: 769 (2014): a173. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2014.769n5012> (consultado por última vez el 18-04-2016)

⁷⁰ Xavier TORREBADELLA-FLIX: "Los batallones infantiles...".

⁷¹ Luis BERMÚDEZ DE CASTRO TOMAS: *Teoría militar y deberes cívicos*, Madrid, Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1903.

⁷² "Noticias", *La Educación Física Nacional*, abril de 1901, 8, p. 31.

⁷³ Gabriel CARDONA: *El poder militar...*, pp. 11-14.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 20.

⁷⁵ Xavier TORREBADELLA, Javier OLIVERA-BETRÁN, y Mireia M-BOU: op. cit.

⁷⁶ Gabriel CARDONA: *El poder militar...*, p. 20. Stanley G. PAYNE: op. cit., p. 396.

triales de la burguesía.⁷⁷ En este escenario y con el apoyo directo de la monarquía, los militares promovieron operaciones «nacionalizadoras» de todo tipo, entre las que se destacaba la asociación del Tiro Nacional, que contaba con la colaboración de la Federación Gimnástica Española (FGE, 1898-1906) y cuyo objetivo era el de instruir a la población civil en el manejo de las armas.⁷⁸ Igualmente, otros impulsos patrióticos se movilizaron en la creación de los batallones infantiles y, a partir de 1912, en los Exploradores de España.⁷⁹

En estos años, la propia FGE, institución surgida a raíz de la crisis finisecular, también se ocupó de aportar estímulos y ayudas para instituir una gimnástica obligatoria en el ejército y mejorar la preparación física de las tropas. En este sentido, algunos profesores de gimnástica se ofrecieron voluntariamente para impartir clases gratuitas a los regimientos y tropas.⁸⁰ La FGE propuso que los profesores oficiales de gimnástica fueran también los encargados de impartir la formación e instrucción gimnástica en el ejército. Estas medidas iban destinadas a paliar la falta de educación física de las tropas, un hecho que era ampliamente conocido por la población civil.⁸¹ Así, se destacaba el alto desarrollo que había alcanzado el ejercicio físico en otros países como Suecia, Japón, Inglaterra o Francia a través de sus propios sistemas gimnásticos. Igualmente, se pedía que la educación física de un país empezase con la del ejército, convirtiendo «a los soldados en maestros de gimnasia al regresar a sus pueblos..., contribuyendo al mejoramiento de la raza,... [rindiendo] un señalado servicio a la nación».⁸² En esta línea, en el tratado de *Higiene militar* se confirma el interés de la Sanidad Militar por mejorar las condiciones higiénico-sanitarias de las tropas y los acuartelamientos. No por nada, los médicos de la Sanidad Militar pedían el estímulo de las prácticas gimnásticas desde hacía tiempo: «El establecimiento de gimnasios en los cuarteles sería de provechosa utilidad a la parte física del soldado, como lo es a la moral en intelectual la escuela».⁸³

En 1909 se iniciaba una nueva guerra en Marruecos, cuyo pretexto era la defensa de las inversiones económicas de algunos círculos aristocráticos. En este momento surge la necesidad de un reclutamiento forzado que recaer en aquellos jóvenes de clase trabajadora que no pueden pagar la cuota para eludir la obligación. Ello provocó la revuelta antimilitarista de la Semana Trágica en Barcelona del 25 de julio al 2 de agosto, sofocada duramente por Weyler, entonces capitán general de Cataluña. A partir de entonces, y con la precipitada ejecución de Francisco Ferrer i Guardia como supuesto cabecilla de la rebelión, el resentimiento hacia el ejército al-

⁷⁷ Stanley G. PAYNE: op. cit., pp. 26-27.

⁷⁸ Nicolás SOTO: "Tiro nacional", *La Nación Militar*, Madrid, 20 de diciembre de 1903, pp. 399-405.

⁷⁹ Javier MORENO LUZÓN: "Alfonso el Regenerador. Monarquía escénica e imaginario nacionalista español, en perspectiva comparada (1902-1913)", *Hispania*, 83:224 (2013), pp. 319-348.

⁸⁰ UN VETERANO: "La gimnasia en el ejército", *Los Deportes*, 10 de febrero de 1901, pp. 83-84. "La instrucción militar obligatoria", *Los Deportes*, 29 de diciembre de 1906, pp. 997-998.

⁸¹ Federico MADARIAGA: "El servicio militar. Educación militar de la Juventud", *La Nación Militar*, 24 de julio de 1904, pp. 243-245. Alberto SERRA: "Cultura física en el ejército", *El Mundo Deportivo*, 1 de noviembre de 1906, p. 2. Luciano SAMPÉREZ: "Los desastres de los pueblos por falta de la educación física", *El Mundo Deportivo*, 18 de octubre de 1906, p. 2.

⁸² "Educación Física", *El Pallaresa*, 17 de abril de 1907, p. 3.

⁸³ Ramón ALBA y LÓPEZ: *Higiene militar*, Madrid, Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, 1906, p. 199.

canzó elevadas cotas y surgieron movimientos contrarios en un período de rápido crecimiento y organización del anarcosindicalismo.⁸⁴ Esta situación se vio agravada al conocerse la escasa preparación física de las tropas, que quedó en evidencia el 27 de julio de 1909, al perecer los recién reclutados en el siniestro suceso del Barranco del Lobo.⁸⁵

Este mismo año, el médico Julio del Castillo escribe un tratado militar que atiende a la moderna «educación física» desde una perspectiva higiénico-médica. Este nuevo enfoque relacionaba el ejercicio físico con postulados fisiológicos y lo fundamentaba en razonamientos científicos. Como novedad fundamental hay que destacar que por primera vez se justifica en la literatura militar la conveniencia de adoptar el método sueco: «El método Ling resulta, así, más científico y educativo... Por las facilidades que ofrece para la enseñanza colectiva reúne, también, indudables ventajas en la práctica militar».⁸⁶ Asimismo, el tratado también promovía un interés por nuevos medios de preparación física militar, con la recomendación de prácticas deportivas, entre las que destaca el *foot-ball*. En este caso, el autor aludía a la buena disposición del modelo francés y de las escuelas militares norteamericanas. Del mismo modo, el capitán Requena aportaba en el *Manual de gimnasia militar* la misma orientación técnica de los manuales previos.⁸⁷ Resultan destacables, no obstante, unas advertencias generales y unos preceptos de carácter higiénico introducidos en la obra. Igualmente en la parte práctica se acentúa la influencia del manual del Coronel Lefebure (1861-1928), *Méthode de Gymnastique éducative Suédoise*.

En estos años, se estaba introduciendo el fútbol entre los oficiales en algunas de las academias militares. Se trataba simplemente de una actividad recreativa⁸⁸ que, sin embargo, en algunos cuarteles ya se empezaba a concebir como un excelente medio de preparación física.⁸⁹ Así, Domínguez Almansa señala que el deporte vinculado a la burguesía y la modernidad se encarnaba en el éxito de la práctica del fútbol, el cual trataba de ser «incorporado en un remozado ideario regenerador de corte racial, configurado por la pérdida de Cuba y las derrotas de Marruecos».⁹⁰

⁸⁴ Pere SOLÀ GUSSINYER: *Educació i moviment llibertari a Catalunya, 1901-1939*, Barcelona, 1980, Ed. 62.

⁸⁵ Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA: *Historia social do deporte en Galicia. Cultura deportiva e modernidade, 1850-1920*, Vigo, Editorial Galaxia, 2009, pp. 284-285.

⁸⁶ Julio del CASTILLO DOMPER: *La educación física del soldado*, Guadalajara, Colegio de Huérfanos de Guerra, 1909, p. 39-40.

⁸⁷ Carlos REQUENA Y MARTÍNEZ: *Manual de Gimnasia militar*, Barcelona, Revista Científico Militar, 1909.

⁸⁸ Xavier TORREBADELLA FLIX y Javier OLIVERA BETRÁN: "Institucionalización del fútbol en el ejército español (1919-1920). Orígenes del patriotismo futbolístico nacional", *El Futuro del Pasado*, 7 (2016) [en prensa]

⁸⁹ J. D. V.: "Una carta. El Sport en el ejército", *Los Deportes*, 15 de mayo de 1910, p. LXXII.

⁹⁰ Andrés DOMÍNGUEZ ALMANSA: "La práctica de la modernidad: orígenes y consolidación de la cultura deportiva en España, 1870-1914", en X. PUJADAS (coord.), *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España, 1870-2010*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 55-88. (p. 83)

Después de una primera década de indecisión y de críticas continuadas⁹¹ se inició un cambio de rumbo con la incorporación oficial de la gimnasia sueca, tal y como pedía Requena. Esta nueva dirección se consolidó en 1911 con el *Reglamento provisional de gimnasia para infantería*, que fue posible gracias a los trabajos de los capitanes Federico Gómez de Salazar y Federico González Deleito, comisionados en 1910 para estudiar la gimnástica en el Instituto Central de Gimnasia de Estocolmo y en la Escuela francesa de Joinville.⁹² De esta experiencia, el capitán González Deleito aportó varias obras del método sueco:⁹³ «Hoy día, cuando se habla de educación física, es Suecia la palabra que por asociación de ideas acude a nuestros labios».⁹⁴ Ello conllevó que, del mismo modo que sucedía en Francia,⁹⁵ el *Reglamento* adoptara la gimnasia sueca como el mejor método de educación física para la formación del soldado.⁹⁶ Así pues, con la aceptación del sistema sueco se cerró en el ejército el largo período de dominio del sistema gimnástico de Amorós. De fue la aplicación del *Reglamento* lo que hizo posible la instalación de gimnasios en los cuarteles y una cierta regularidad en las prácticas gimnásticas, según Fernando Puell.⁹⁷ La ventaja metódica de la gimnasia sueca –llamada gimnasia higiénica– se encontraba en su alto nivel de disciplina. El método permitía dirigir a un elevado número de sujetos dispuestos ordenadamente y fijos, bajo la vigilancia de un instructor y preparados para responder a las voces de mando que marcaban los movimientos, los tiempos y los espacios. La gimnasia sueca aportaba una solución eficaz para corregir conductas, entrenar la docilidad y combatir la rebeldía de las clases trabajadoras, a saber, un medio para evitar sus inclinaciones revolucionarias.⁹⁸

La incorporación de los juegos deportivos en el *Reglamento* no tenía otro propósito que la «emulación del combate», el entrenar a los soldados en «los esfuerzos enérgicos, a tomar decisiones rápidas y a no perder la calma», y responder a la «solidaridad y a la disciplina para vencer» forjando su carácter. A este propósito servían juegos de competición entre bandos compuestos por los soldados que «se distinguan en los ejercicios gimnásticos y sobresalgan más por su

⁹¹ Santiago de PAZ: “El ejército francés y los deportes”, *España Automóvil – España Deportiva*, 30 de noviembre de 1911, p. 10. Federico PÁEZ JARAMILLO: “El ejército y la cultura física”, *España Automóvil – España Deportiva*, 15 de febrero de 1911, pp. 11-12.

⁹² Xavier TORREBADELLA: “La educación física comparada en España (1806-1936)”, *Historia Social y de la Educación*, 3:1 (2014), 25-53. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.4471/hse.2014.02> (consultado por última vez el 18-04-2016)

⁹³ Federico GONZÁLEZ DELEITO: *Manual de Gimnasia Sueca*, Toledo, Rafael G. Menor, 1912.

⁹⁴ Federico GONZÁLEZ DELEITO: *La educación física en Suecia*, Toledo, Lib. Militar Vda. e Hijos de José Peláez, 1911, p. 9.

⁹⁵ Eduardo J. ARAGÓN GÓMEZ: “La reglamentación sobre la preparación física del ejército francés (1ª parte)”, *Memorial de Infantería*, 69 (2014), pp. 87-96.

⁹⁶ MINISTERIO DE LA GUERRA: *Reglamento provisional de gimnasia para infantería*, Madrid, Talleres del Depósito de la Guerra, 1911, pp. 14-15.

⁹⁷ Fernando PUELL DE LA VILLA: *El soldado desconocido...*, pp. 233-235.

⁹⁸ José Ignacio BARBERO: “Sobre los ‘orígenes’ de la educación física en España”, en P. A. SCHARA-GRODSKY (Comp.), *La invención del ‘homo gymnasticus’*. *Fragmentsos históricos sobre la educación de los cuerpos en movimiento en Occidente*, Buenos Aires, Prometeo, 2011, pp. 165-185.

disciplina, voluntad y conducta militar»⁹⁹. Aunque se cita el «balompié», el primer juego propuesto es «El marro o rescate», entonces muy popular entre la juventud española.¹⁰⁰ Así pues, el reglamento se presentaba como un signo de modernidad y un «paso gigantesco hacia delante en la vía del progreso», coadyuvando en una transformación profunda, radical y necesaria para alcanzar «la más perfecta preparación para la guerra».¹⁰¹ Pero también el Estado se presentaba como el benefactor de los ciudadanos. Su tutela sobre ellos, ejercida a través de la escuela y del cuartel, se erigía para garantizar el progreso social. En este caso, el cuartel continuaba o suplía la obra de educación cívica y física (de regeneración) que la escuela no podía abarcar enteramente, al menos desde la perspectiva de muchos militares.¹⁰²

Cuando se estableció la Ley del Servicio Militar del 12 de febrero de 1912 se evidenció la depauperación física de los jóvenes reclutados y se constató «oficialmente que la mitad del cupo de reclutas no pesaban 50 Kilos, ni tenían tórax digno de tal nombre, ni estatura, ni circunferencia anatómica, ni nutrición suficiente para ser soldados de combate».¹⁰³ Ello provocó un gran impacto en los círculos regeneracionistas, a los cuales pertenecían muchos profesores de educación física, que además venían incorporando una gimnástica militarizada en sus clases desde hacía tiempo.¹⁰⁴ Pronto, la cultura militar nacionalizadora del momento empezó a tener una intensa influencia sobre los sectores pedagógicos y religiosos. Así surgieron también los *Boy-Scouts*, que podían ser utilizados, como citaba el general Ricardo Burguete, como paso previo para «el adiestramiento de excelentes guerreros para la lucha de guerrillas».¹⁰⁵ Igualmente, la nueva ley eliminó el método del sorteo y estableció el servicio militar obligatorio, no obstante, una vez más los ricos podían ver reducida la prestación de tres años a diez o cinco meses si satisfacían el pago de la *cuota* de 1000 o 2000 pesetas, además de librarse *in situ* de muchas de sus obligaciones.¹⁰⁶ Por lo tanto, la base de reclutas se componía de una masa de individuos analfabetos, mal alimentados y carentes de vigor físico. Sea como fuere, el reclutamiento coincidió con la implantación oficial del método de gimnasia sueca en el ejército. Este método se adecuaba perfectamente al adiestramiento y la disciplina de una tropa que apenas sabía qué era la gimnasia. No obstante, en Francia, la gimnasia sueca recibió una importante oposición con la creación del sistema de gimnástica natural del teniente Georges Hébert (1875-1957),¹⁰⁷ que fue in-

⁹⁹ MINISTERIO DE LA GUERRA: *Reglamento provisional...*, p. 157-158.

¹⁰⁰ Jordi BRASÓ y Xavier TORREBADELLA (2015). “‘El marro’, un juego tradicional y popular en la educación física española (1807-1936)”, *Revista Complutense de Educación*, 26:3 (2015), pp. 697-719.

¹⁰¹ MINISTERIO DE LA GUERRA: *Reglamento provisional...*, p. 19.

¹⁰² Federico GONZÁLEZ DELEITO: *La educación física...* pp. 54-56.

¹⁰³ Adolfo REVUELTA FERNÁNDEZ: *Necesidad e importancia de la educación física*, Santiago, Tipografía Galaica, 1912, pp. 12-13.

¹⁰⁴ Federico CLIMENT: “Educación militar”, *La Vanguardia*, 10 de diciembre de 1912, pp. 6-7.

¹⁰⁵ Geoffrey JENSEN: op. cit., p. 114.

¹⁰⁶ Gabriel CARDONA: *El problema militar...*, pp. 125-127.

¹⁰⁷ Eduardo J. ARAGÓN GÓMEZ: “La reglamentación sobre la preparación física del ejército francés (2ª parte)”, *Memorial de Infantería*, 70 (2014), pp. 79-87.

roducido a instancias del capitán Augusto Condo a raíz del éxito que recibió en el Congreso Internacional de Educación Física, celebrado en París en 1913.¹⁰⁸

Por otro lado, la figura de Alfonso XIII –el rey-soldado–,¹⁰⁹ se presentaba ante el pueblo con el carácter de «regenerador» después de la jura de 1902 al cumplir los dieciséis años. A partir de ese momento, se fue construyendo alrededor de la monarquía toda una trama publicista para escenificar una liturgia repleta de connotaciones solemnes y patrióticas. Actos de todo tipo, viajes institucionales y reportajes de prensa llenaban una amalgama de eventos cuidadosamente preparados para acercar al monarca a la población civil.¹¹⁰ Evidentemente, también el deporte formaba parte de este teatro. Entre otras cosas, Alfonso XIII y su mujer se exhibían como representantes de la modernidad al practicar deportes y el saludable ejercicio de la gimnasia sueca.¹¹¹ Sin embargo, esta presencia del poder, de provocación militar, de ostentación aristocrática y de modernidad burguesa provocaba una mayor irritación en la empobrecida clase proletaria, víctima de las guerras y de las penurias laborales. A costa del sacrificio forzado de las clases subalternas se producía el rápido y desequilibrado crecimiento económico del país. Mientras tanto, las aspiraciones de la sociedad obrera se manifestaba en la lucha de clases, y en el otro extremo las élites se divertían con los *sports* de moda. Esta realidad hacía que el deporte se encontrase alejado ideológicamente de la clase obrera.

Sin lugar a dudas, la visualización pública de Alfonso XIII proporcionó nuevos estímulos a la sociedad aristocrática y a las elites burguesas. Como venimos diciendo, el deporte emergió entonces en una sociedad extremadamente clasista y formaba parte de los mecanismos de distinción. Por consiguiente, las prácticas deportivas de carácter elitista (tenis, golf, polo, vela, motociclismo, automovilismo o aviación) estaban completamente alejadas de otras prácticas como el fútbol, el atletismo o el boxeo, que en pocos años adquirieron una marcada identidad popular. Los únicos deportes tradicionales que prevalecían eran la esgrima, la equitación y la caza, cuyo signo aristocrático aún les otorga importancia entre los cuerpos de oficiales del ejército. En algunos clubs de oficiales o casinos militares se instalaron gimnasios, complementando las antiguas salas de esgrima. Sin embargo, estas instalaciones no se extendieron en los cuarteles, y la dejadez física siguió siendo parte del día a día de las tropas. Todo esto, como se vio en Cuba, también contribuiría de forma fatídica al desgaste constante y los fracasos sufridos por el Ejército en Marruecos.¹¹²

¹⁰⁸ [Augusto CONDO GONZÁLEZ]: *Congreso Internacional de Educación Física: celebrado en París en Marzo de 1913. Principales demostraciones gimnásticas de los diversos equipos que tomaron parte en el mismo*, Madrid, Valentín Tordesillas, 1913.

¹⁰⁹ Gabriel CARDONA: *El poder militar...*, p. 21.

¹¹⁰ Javier MORENO LUZÓN: op. cit.

¹¹¹ Teresa GONZÁLEZ-AJA: “Sport, Nationalism and Militarism – Alfonso XIII: Sportsman, Soldier, King”, *The International Journal of the History of Sport*, 28: 14 (2011), pp. 1987-2030.

¹¹² Ángel BAHAMONDE: “La escalada del deporte en España en los orígenes de la sociedad de masas, 1900-1936”, en X. PUJADAS (coord.), *Atletas y ciudadanos. Historia social del deporte en España, 1870-2010*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 89-123.

Al empezar la Primera Guerra Mundial, el profesor Marcelo Sanz, que había sido el instructor del primer batallón escolar organizado en España, declaró que desde entonces toda la atención a la educación física había sido «por y para la guerra».¹¹³ Ciertamente, en estos momentos la preocupación por la capacidad física del ejército se hacía más evidente que nunca. Por ello, las voces más críticas tomaban de forma reiterada la tribuna y la prensa para denunciar la decadencia física e higiénica de las tropas. Manuel Nogareda (1897-1964), periodista y directivo deportivo, comentó los beneficios del deporte en el ejército: «nada tan práctico ni tan poco costoso como los deportes».¹¹⁴

En estos años, el Regimiento de Infantería La Albuera de Lérida redactó una *Memoria* sobre los efectos del *Reglamento provisional de gimnasia*. A pesar de los buenos resultados se sugirieron modificaciones, como la de organizar campeonatos militares «a modo de Juegos Olímpicos, para conseguir la instauración de grandes concursos nacionales, que seguramente convertirán en realidad próxima la esperanza de un indispensable y urgente progreso físico de la raza».¹¹⁵ Por su parte, en Marruecos, las tropas regulares no estaban preparadas para combatir en condiciones. Todo allí era un auténtico caos y los vicios se apoderaban de la disciplina; por su parte, los oficiales desatendían sus obligaciones, mermando la moral de la tropa, al tiempo que todo el que podía trataba de escapar del combate.¹¹⁶ Así llegamos al año 1916, cuando una normativa sobre las pruebas de capacidad física provocó una agitación en todo el escalafón de mando, dado que muchos generales no daban ejemplo y su condición física era lamentable. Éstos consideraron vejatorio tanto presentarse a dichas pruebas como participar en los ejercicios de campaña, hasta el punto que sus protestas les libraron, pero no así al resto de oficiales y jefes.¹¹⁷

Deseando ofrecer una solución al respecto, la Capitanía General de Cataluña editó *Treinta lecciones de instrucción militar basada en la gimnasia*, que en 1917 oficializó como guía obligatoria para toda la 4ª Región.¹¹⁸ La obra fue impresa en atención al punto 30 del *Reglamento Provisional*, que disponía que todos los instructores debían conocer y aplicar correctamente el método de gimnasia y transmitir a sus discípulos la afición al ejercicio. Como su nombre indica, son treinta lecciones de instrucción física con el objetivo de fortalecer al soldado durante el período de campamento, que tenía una duración de cinco semanas. Esta obra evidencia el desconocimiento del *Reglamento* oficial y el poco uso que de él se hacía. También se constata

¹¹³ Marcelo SANZ ROMO: *Manual de Gimnasia higiénica y juegos escolares*, Madrid, Juan Pérez Torres, 1915, p. 11.

¹¹⁴ Manuel NOGAREDA BARBUDO: *Problemas que pueden resolver las Federaciones Atléticas*, Barcelona, La Jornada Deportiva, 1925, pp. 43-46.

¹¹⁵ INFANTERÍA LA ALBUERA: *Memoria de instrucción año 1914*, Lérida, Regimiento La Albuera XXVI de Infantería, 1915, pp. 41-42.

¹¹⁶ Stanley G. PAYNE: op. cit., pp. 134-135.

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 110.

¹¹⁸ CAPITANÍA GENERAL DE CATALUÑA: *Treinta lecciones de instrucción militar basada en la gimnasia*. Barcelona, Capitanía General de Cataluña, 1916.

la necesidad de formar instructores que supieran aplicar debidamente las lecciones de gimnástica.

No por nada, durante la Primera Guerra Mundial se asientan las bases de la actual preparación física militar¹¹⁹ y, al finalizar la contienda, el deporte se consagra como uno de los principales medios en la preparación física de los ejércitos. Este aspecto queda testimoniado en los Juegos Interaliados de 1919, celebrados en el Estadio de Pershing de París,¹²⁰ lo cual se visibilizaba en la sociedad española a través de los artículos de prensa que ensalzaban la práctica deportiva en el frente.¹²¹ La narrativa justificaba la glorificación deportiva en las «trincheras», proyectada por la prensa deportiva del bloque aliado.¹²² Se afirmaba que en el frente «los mejores soldados eran aquellos que antes habían practicado deportes» y que el «sport se impone y se impondrá en mucha mayor progresión una vez terminada la actual guerra».¹²³ Por consiguiente, se insistía sucesivamente en pedir al Gobierno la introducción del deporte en todos los centros del ejército.¹²⁴

Como no podría ser de otro modo, la escasa preparación física del ejército, la falta de un método gimnástico propio, la no generalización de los gimnasios en los cuarteles y la falta de una institución docente propia para la educación física militar fueron las mayores preocupaciones de aquellos que deseaban ver una España que apostase por el regeneracionismo físico. Las cifras hablaban por sí solas: «En 1912 fueron desechados por inútiles totales y temporales ¡51.000 mozos! En 1913, año en que ya se suprimió el factor peso, 36.000 mozos, y en 1914, otros tantos, y estas cifras puestas al lado del número de reclutas útiles, demuestran que la pobreza fisiológica de los jóvenes españoles es enorme».¹²⁵ Ante tal situación algunos plantearon proyectos educativos destinados a una pre-instrucción militar, así como la constitución de los citados batallones escolares.¹²⁶ En este sentido, y como había sucedido en ocasiones anteriores, Miguel Primo de Rivera criticaba la falta de educación física en el ejército, el incumplimiento

¹¹⁹ Eduardo J. ARAGÓN GÓMEZ: “La reglamentación sobre la preparación física del ejército francés (2ª parte)”.

¹²⁰ Thierry TERRET: *Les Jeux Interalliés de 1919. Sport, Guerre et relations internationales*, Paris, L'Harmattan, 2002.

¹²¹ Juan Antonio SIMÓN SANJURJO: “Deportistas en las Trincheras de Europa: La Primera Guerra Mundial y su Impacto en la Prensa Deportiva Española”, *Podium Sport, Leisure and Tourism Review*, 3:2 (2014), pp. 97-111.

¹²² Paul DIETSCHY: “Du champion au poilu sportif. Représentations et expériences du sport de guerre”, *Guerres mondiales et conflits contemporains*, 3 (2013), 9-23. Arnaud WAQUET: “Le sport glorifié par la guerre»: Discours et actions de la presse sur l'essor du football dans l'armée française (1914-1918)”, *Sport History Review*, 42:2 (2011), 131-152.

¹²³ José A. BERRAONDO: “Sport y Guerra”, *Madrid-Sport*, 3 de enero de 1918, p. 29.

¹²⁴ Xavier TORREBADELLA FLIX: “España, regeneracionismo y deporte durante la I Guerra Mundial”, *Athenea Digital*, 16:1 (2016), pp. 237-261. doi:<http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1501>.

¹²⁵ Augusto CONDO: “Machacando en hierro frío...”, *La Educación Física*, 15 de junio de 1919, p. 2.

¹²⁶ Pedro ROSELLÓ Y ATXET: *De la pedagogía y la educación militar*, Barcelona, Sociedad General de Publicaciones, 1915.

Juan CABALLERO RODRÍGUEZ: *Metodología práctica para la enseñanza de la higiene y fisiología humanas y ejercicios corporales y de voz o canto en las escuelas*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1919.

del *Reglamento* oficial y la falta de cultura física del ciudadano en el momento del ingreso a filas: «...se pone el dedo en la llaga de la deficiencia social, que acusa la falta o la escasez de sociedades y de cultura gimnástica en el país; que debiendo mandar a las filas hombres robustos de cuerpo, sanos de moral y cultivados de inteligencia, nos envía enclenques, inmorales y analfabetos».¹²⁷ Guiado por estas preocupaciones, el *Diario oficial del Ministerio de la Guerra* publicaba el 30 de agosto de 1919 una Real Orden sobre los concursos gimnásticos para todas las guarniciones. Estos pretendían ser lecciones completas de gimnasia que serían impartidas a los militares en los gimnasios civiles. La propuesta no gustó en algunos sectores, ya que opinaban que la mayoría de los gimnasios no reunían los requisitos: «por incompetencia de sus fundadores, y hasta por las malas condiciones de higiene con que están montados muchos de esos centros de pseudocultura física».¹²⁸ Sin embargo, este año se inició el primer Campeonato Deportivo Militar de España. Tras un primer ensayo en Madrid, el campeonato se extendió a toda España, con la participación de 46 regimientos.¹²⁹ Precisamente, se señalaba que había sido necesario terminar la guerra para comprobar los excelentes resultados que proporcionaba la preparación física del soldado mediante el deporte.¹³⁰ Esta influencia quedó patente en el manual de *Concursos atléticos*, con un apartado dedicado a la «Preparación militar deportiva».¹³¹ Finalmente, las voces reivindicativas fueron apaciguadas con la inauguración del centro de formación militar que el Ministerio de la Guerra emplazó en Toledo, la Escuela Central de Gimnasia.¹³²

A modo de conclusión.

A través del este repertorio bibliográfico hemos podido apreciar la evolución de las prácticas gimnástico-deportivas en el ejército español. Primero, las obras se identifican con la gimnástica moderna de Amorós; posteriormente, ya en el siglo XX evocan la gimnasia sueca (educativa y de aplicación); y, por último, más tarde incorporan el deporte como el mejor medio de robustecimiento y disciplina para el combate. No obstante, estos libros no son simples manuales de educación o preparación física militar, sino también portadores de unos contenidos que trascienden más allá de la ejercitación física (educación gimnástica) o de los discursos técnicos sobre la redención a través de la educación física y la salud ciudadana. Además, sin duda alguna, la gimnástica militar era portadora de una relación entre el poder y el conocimiento que se ejercía a través del servicio militar obligatorio, que concienciaba a la ciudadanía en un sentido

¹²⁷ Miguel PRIMO DE RIVERA: "Educación física en el Ejército", *La Educación Física*, 15 de febrero de 1919, p. 24.

¹²⁸ "Apostillas a una Real Orden", *La Educación Física*, 15 de enero de 1919, p. 27.

¹²⁹ Xavier TORREBADELLA FLIX y Javier OLIVERA BETRÁN: "Institucionalización del fútbol..."

¹³⁰ A. MARTÍN FERNÁNDEZ: "Por los nuevos derroteros. Los deportes en el ejército", *El Mundo Deportivo*, 24 de julio de 1919, p. 1.

¹³¹ Manuel ORBEA: *Concursos atléticos*, Barcelona, Sintés, 1919, pp. 29-30.

¹³² José Luis CHINCHILLA: "La Escuela Central de Gimnasia de Toledo", *Athlos. Revista Internacional de Ciencias Sociales de la Actividad Física, el Juego y el Deporte*, 3 (2012), pp. 37-77.

muy concreto y que inculcaba en ella obediencia, tratando de subordinarla de forma sutil al orden establecido.

Asimismo, los textos militares de la educación física y el deporte son portadores de una pretensión regeneracionista, anhelan la nacionalización de las masas y buscan contribuir al desarrollo de España. Como señala Jensen, estas obras son de significativa importancia para aumentar la valoración de la «cultura militar». Si bien en su día fueron principalmente publicadas para ser leídas por parte del escalafón militar, también fueron transmisoras de los discursos nacionalizadores.¹³³ Son libros que tratan escuetamente las cuestiones prácticas y técnicas, y que más allá de éstas aparecen traspasados por discursos ideológicos que claman por la «regeneración física» y la «regeneración de la raza», dentro del modernismo cultural y político característico de la época, que tendría un alcance europeo. No obstante, en el fondo descubrimos la impotencia de las instituciones militares, la crítica por el abandono al que son sometidas por los gobiernos, los ataques contra la desidia generalizada de la población y la frustración al reconocer los fracasos de España.

El desarrollo y la modernidad siempre venían de la mano de iniciativas privadas; en el caso de la educación física en el ejército fueron promovidos por parte de algunos de sus oficiales más críticos y de las obras analizadas aquí. Puede decirse que la implantación de la educación física con la vista puesta en la modernización del ejército fue inexistente, un estrepitoso fracaso, más si tenemos en cuenta que nunca existió un apoyo político y una aceptación popular suficientemente significativa como para alcanzar logros trascendentes en este campo. Al fin y al cabo, el problema de la institucionalización de la educación física en el ejército también residía en la propia población civil. Los libros de gimnástica militar contribuyeron a difundir una cultura militar basada en la educación física y fueron presentados como un instrumento de educación moralizadora (militarizada) y portadora de hábitos saludables (higiénicos y disciplinarios). Por ello, el cuartel era contemplado como una continuación de la educación escolar y, por tanto, como una «escuela de la patria».¹³⁴ Había que educar a los jóvenes en el cuartel para que al llegar a sus casas fueran portadores de la educación física y la moral aparejada a esta. Con ello, el ejército se comprometía culturalmente a participar en la formación de una sociedad y un modelo de ciudadanía muy concretos y a salvaguardar la educación física y moral de la juventud o, dicho de otro modo, «El orden y la paz social».¹³⁵

¹³³ Geoffrey JENSEN: op. cit., pp. 29-30.

¹³⁴ Fernando PINTO CEBRIÁN: *Ejército e historia...*, pp. 340-345.

¹³⁵ Maximiliano Miñón: "El ambiente político. La lógica del error", *La Libertad*, 15 de diciembre de 1920, p. 1.

Los militares argentinos y la consolidación de la identidad nacional desde la narrativa criollista

The Argentine military and the consolidation of national identity from the creole narrative

Matías Emiliano Casas

Universidad Nacional de Tres de Febrero / Université Paris Diderot – Paris 7 / CONICET, Argentina
matiasemiliano@hotmail.com

Resumen: El espacio castrense argentino evidenció, particularmente durante la década del treinta, una preocupación recurrente por definir el arquetipo del «ser nacional». Este artículo se propone analizar qué lugar le cupo a la figura del gaucho y a la tradición en las interpelaciones nacionalistas promovidas desde los sectores militares. Se focaliza en estudiar el entramado social articulado entre el personal de las Fuerzas Armadas y las asociaciones gauchescas que recuperaban –y revivificaban– las costumbres rurales como reservorio moral de la nacionalidad. Se considera que la intervención de los «militares tradicionalistas» constituyó un bastión para la consolidación del gaucho como símbolo de la argentinidad..

Palabras clave: *Fuerzas Armadas, militares, tradicionalistas, identidad nacional, gaucho.*

Abstract: The Argentine military space showed, particularly in the thirties, a recurrent concern to define the archetype of the «ser nacional» [national being]. This article analyzes what place was attributed to the gaucho and tradition from the nationalist rhetoric of the armed forces. It focuses on studying social relations between the military and members of the traditionalist associations. These groups were recovering the rural customs as moral reservoir of nationality. We believe that the interventions of the «traditional military» were a stronghold for the consolidation of the gaucho as a symbol of the Argentine.

Keywords: *Armed forces, Military, traditionalist, national identity, gaucho.*

Introducción.

El espacio castrense argentino evidenció, particularmente durante la década del treinta, una preocupación recurrente por definir el arquetipo del «ser nacional». Esa búsqueda se enmarcó en dos procesos que trascendían el ámbito militar. Por un lado, las conceptualizaciones para delimitar su definición encontraban antecedentes en años anteriores. Por

otro lado, la coyuntura internacional de la década del treinta, más el componente migrante de la población argentina, posibilitó la reproducción del discurso de «amenaza» y «urgencia» de cara a la conservación de la «argentinidad». El nacionalismo conservador que reaccionaba ante los contingentes migratorios identificaba a éstos con la proliferación de las ideas anarquistas, marxistas y socialistas.¹ Esas ideologías que promovían una ruptura del *statu quo* imperante también fueron rechazadas desde el sector militar. En efecto, la *Revista del Suboficial*—la publicación de mayor circulación entre los suboficiales del Ejército argentino—explicitaba el objetivo de su creación en 1919 en una crónica de su trayectoria histórica: «facilitar la preparación de los suboficiales y neutralizar las ideas anarquistas de la época».² La pretensión de refutar esas concepciones foráneas redundó en una continua apelación a la iconografía nacionalista y en los diversos intentos por cristalizar una representación del ser argentino.

La búsqueda de la revista era un signo más de los varios que testimoniaban en la época la intensa preocupación de los sectores nacionalistas argentinos. De acuerdo a la línea de investigación propuesta por Sandra McGee Deutsch, la coyuntura político-económica de finales de la década del diez permite explicar el surgimiento de grupos de ultraderecha que sentarán precedente para el tránsito hacia la conformación del heterogéneo campo nacionalista argentino de los años veinte.³ Deudores de distintas corrientes intelectuales como el nacionalismo integral francés de Charles Maurras, el hispanismo y el catolicismo, los escritores nacionalistas se nuclearon en torno a publicaciones como *La Voz Nacional* y *La Nueva República*. En cualquier caso, este grupo identificado como «nacionalistas» presentaba notorias divergencias internas. Incluso en la dinámica de sus publicaciones podían reconocerse disidencias entre, por ejemplo, los nacionalistas católicos y los que adoptaron las ideas de *L'Action Française*, filiación matizada luego de la condena del Vaticano a Charles Maurras. Como bien explica Enrique Zuleta Álvarez, el concepto nacionalismo conlleva imprecisiones y equívocos. En efecto, el autor se ocupa de distinguir distintos tipos de nacionalismos que clasifica como: cultural, político, doctrinario y republicano.⁴ Más adelante, Fernando Devoto sentará una nueva variable de diferenciación en su estudio sobre el nacionalismo restringido que se definía en oposición al sentido amplio asociado a la tradición liberal.⁵ Ese nacionalismo autoritario tuvo su pico de visibilidad en el contexto del golpe de Estado de 1930.

Como se señaló anteriormente, una preocupación continua de los nacionalistas argentinos radicaba en la preservación de la identidad nacional siempre «amenazada». Inmigrantes y

¹ Ver, entre otros, Cristian BUCHRUCKER: *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial, 1927-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999; Fernando DEVOTO: *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005; Lilia BERTONI: *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

² *Revista del Suboficial*, enero de 1934, p. 137.

³ Sandra MCGEE DEUTSCH: «La derecha durante los primeros gobiernos radicales», en David ROCK et al. (eds.), *La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*, México-Buenos Aires-Santiago de Chile, Javier Vergara Editor, 2001, pp. 73-107

⁴ Enrique ZULETA ÁLVAREZ: *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1975.

⁵ Fernando DEVOTO: *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo...*

«complots maximalistas» decretaban la prisa por consolidar una defensa de lo que se consideraba genuinamente nacional. En esa perspectiva, las relaciones entre los exponentes del nacionalismo argentino y la figura del gaucho y la tradición encontraban antecedentes desde los primeros años del siglo XX. La «primera generación nacionalista», en el contexto del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910, ya se había preocupado por analizar esa relación. Por ejemplo, Manuel Gálvez en *El diario de Gabriel Quiroga* atacaba a los «antitradicionalistas» que se burlaban de los gauchos cuando se paseaban por la ciudad. En la crítica emergía la consideración de lo gauchesco como lo «netamente argentino» y se promovía su conservación y exaltación, siempre reconociendo la herencia española como rasgo distintivo de la ideología hispanista del autor.⁶ Ricardo Rojas, otro de los componentes de esa generación nacionalista, destacó la participación de los gauchos en las guerras de la Independencia. Las interpretaciones plasmadas en *Blasón de Plata* explican que los gauchos «conocían de patria y libertad por instinto» motivo suficiente para lanzarse al combate contra los ejércitos realistas.⁷ El reconocimiento del intelectual abonará la perspectiva de los militares tradicionalistas estudiados en este artículo. Así, la participación de los gauchos en las gestas bélicas resultará fundamental para la construcción de su figura como modelo de soldado. En cualquier caso, las reivindicaciones propuestas por Gálvez y por Rojas fueron intensificadas por Leopoldo Lugones quien habría encontrado en el poema *Martín Fierro* —que narra las desventuras de un gaucho perseguido y su posterior «rehabilitación»— al arquetipo del ser nacional. El escritor celebró la figura del gaucho y el carácter épico del poema citado en una serie de conferencias que brindó ante la oligarquía porteña en el teatro Odeón en 1913.⁸ De esta manera, los nacionalistas reinauguraban una cadena de usos de lo gauchesco que se incrementaría a partir de las intervenciones estatales durante la década del treinta.

El discurso criollista, que reconocía en el campo y sus habitantes el resguardo de la identidad nacional, motorizó una serie de representaciones y disputas. Desde el temprano surgimiento de la literatura gauchesca en la coyuntura de la emancipación de España, los lingüistas identificaron una particular funcionalidad de los poemas gauchescos —elaborados por escritores letrados— para fomentar la participación de los sectores subalternos rurales en las contiendas bélicas.⁹ Las funciones del criollismo hacia fines del siglo XIX y principios del XX fueron plasmadas en el clásico trabajo de Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. En ese estudio, el autor reconoce que la recurrencia a lo campero constituía un recurso para distintos sectores de la sociedad: para los grupos dirigentes, que reafirmaban su legitimidad y al mismo tiempo rechazaban la presencia «inquietante» del extranjero; para los sectores po-

⁶ Manuel GÁLVEZ: *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires, A. Moen, 1910, cit. en Fernando DEVOTO, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo...*, p. 54.

⁷ Ricardo ROJAS: *Blasón de plata*, Buenos Aires, M. García, 1912, pp. 130-131.

⁸ Las conferencias fueron recopiladas y publicadas tres años después, ver Leopoldo LUGONES: *El payador*, Buenos Aires, Otero y Co. Impresores, 1916.

⁹ Ver, entre otros, Josefina LUDMER: *El género gauchesco, un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Libros Perfil, 1988; Julio SCHVARTZMAN: *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013; Ángel RAMA: *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994.

pulares, que se insertaban en la vida citadina provenientes de la campaña como una expresión nostálgica ante el escenario urbano; y para los inmigrantes, que encontrarían en la imitación de lo criollo un dispositivo de asimilación.¹⁰ Como se verá aquí, las funciones del criollismo –entendido como expresiones que constituyen una «imagen singular del campesino y de su lengua»– no se agotaron en la década del veinte, cuando el autor finaliza su estudio.

El artículo publicado por Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, “Héroes patrióticos y gauchos rebeldes”, extiende el análisis sobre los consensos y disensos en torno a la recuperación de la tradición criollista hasta fines de la década del treinta, cuando se instituyó en la provincia de Buenos Aires el Día de la Tradición.¹¹ En el año 1939 se debatió el proyecto de ley que incorporó una nueva efeméride para la provincia. Precisamente, en ese trabajo se señala, de manera sucinta, la incipiente disputa por la figura del gaucho y la pervivencia de voces disidentes que tendían a desarticular lo que aparecía como una correspondencia ampliamente consensuada entre el gaucho y la argentinidad. De hecho, la labilidad para definir lo gauchesco se plasmó en diversas representaciones que adquirieron visibilidad en esa misma década.¹² De ese modo, desde distintos sectores militares se desarrolló una representación del gaucho como soldado al servicio de la patria que lo involucró en todas las contiendas bélicas destacadas por la historiografía tradicional, una construcción fue respaldada por los centros tradicionalistas y algunos discursos oficiales. Para elevar al gaucho como modelo de soldado se requería una ampliación en el sentido del vocablo con el fin de que pudiera aglutinar a quienes habían luchado por la patria en diversos contextos temporales y espaciales. No por nada, la pretensión de configurar a los gauchos como ejemplo de disciplina, entrenamiento militar y abnegación por la nación conllevó una serie de tensiones que se pusieron de relieve en minoritarias voces disidentes.

Este artículo se propone analizar qué lugar le cupo a la figura del gaucho y a la tradición en las interpelaciones nacionalistas promovidas desde el espacio militar. Al mismo tiempo, se concentra en estudiar el entramado social articulado entre el personal de las Fuerzas Armadas y las asociaciones gauchescas que recuperaban –y revivificaban– las costumbres rurales como reservorio moral de la nacionalidad. Se considera que la intervención de los «militares tradicionalistas» constituyó un bastión para la consolidación del gaucho como arquetipo de la argentinidad, de manera que, además de los atributos castrenses, su figura condensaría el conjunto de virtudes reclamadas para los militares argentinos, particularmente el patriotismo como sentimiento supremo. Para ello se focaliza el análisis en la década del treinta, años atravesados por la retórica nacionalista desde todas las dimensiones de la vida social argentina. También, se con-

¹⁰ Adolfo PRIETO: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988.

¹¹ Alejandro CATTARUZZA y Alejandro EUJANIAN: “Héroes patrióticos y gauchos rebeldes”, en Alejandro CATTARUZZA y Alejandro EUJANIAN (eds.), *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, Madrid–Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003.

¹² Matías Emiliano CASAS: “Representaciones y publicaciones sobre el gaucho argentino en la década del treinta. Entre la identidad nacional, el campo literario y las estrategias comerciales”, *Historia y Memoria*, 11 (2015), pp. 151-176.

templan las intervenciones de los militares tradicionalistas posteriores a ese período en tanto posibilitan constatar la pervivencia —y en algunos casos la profundización— de esas prácticas.

El nacionalismo en el Ejército argentino. Las experiencias políticas y las divisiones internas

El discurso de Leopoldo Lugones pronunciado en Lima en 1924, que anunciaba «la hora de la espada» manifestando la caducidad del sistema constitucional decimonónico y colocando la esperanza en el Ejército como «última posibilidad ante la disolución demagógica», se materializó en el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 que derrocó al presidente radical Hipólito Yrigoyen, electo en 1928. El comienzo de esa década se caracterizó por una coyuntura marcada por la crisis económica, que resonó a nivel global a partir de octubre de 1929.¹³ En el aspecto económico, el quiebre de la bolsa de Wall Street implicó para la Argentina la caída de las exportaciones y el retroceso de las inversiones estadounidenses, procesos que generaron una intensa inflación, reducción de puestos de trabajo y bajas de salarios. En cierta medida, la derrota del partido gobernante en las elecciones parlamentarias de marzo de 1930 demostraba el descontento social en términos económicos. Los militares que tomaron el mando del Gobierno se abocaron, en esos primeros años, a «restituir el orden» intensificando la intervención social. Asimismo, la desarticulación de los sindicatos, la persecución y deportación de comunistas y anarquistas, que en algunos casos incluyó el fusilamiento, reavivaron la animadversión hacia los activistas extranjeros. A tal efecto, en los meses sucesivos al golpe se creó una Sección Especial de Lucha Contra el Comunismo en el seno de la Policía Federal. Además, en diferentes momentos de la década se aplicó la ley N° 4.144, conocida como la ley de Residencia, que había sido promulgada a comienzos del siglo y que permitía expulsar a extranjeros que perturbasen el orden público sin juicio previo.¹⁴ En ese contexto, la circulación del imaginario gauchesco como referencia a lo autóctono y lo “argentino” fue incrementando a lo largo del período.

Una perspectiva para pensar la relación entre el ámbito político y el Ejército marca en el golpe de 1930 el inicio de una era que lo ubica en un rol protagónico de las interrupciones democráticas y los gobiernos anticonstitucionales hasta 1983. Empero, como indica Luciano de Privitello, ese recorte resulta sesgado para analizar una relación más compleja que trascendió esas intervenciones. En efecto, según su lectura: «El golpe de 1930 fue mucho más un movi-

¹³ Con respecto al impacto de la crisis del treinta en Argentina, ver una síntesis en Juan Carlos KOROL, «La economía» en Alejandro CATTARUZZA (dir.): *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2001.

¹⁴ Sobre la conflictividad social y las políticas de gobierno en respuesta a la crisis durante la década del treinta ver María Dolores BÉJAR: *Uriburu y Justo: el auge conservador (1930-1935)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983. Con respecto a las políticas migratorias ver un estudio analítico que, si bien abarca un período más extenso, reseña el incremento de obstáculos para la inmigración a raíz de la crisis económica, en Fernando DEVOTO: “El revés de la trama: políticas migratorias y prácticas administrativas en la Argentina (1919-1949)”, *Desarrollo económico*, 41:162 (2001), pp. 281-304.

miento civil encarado por la oposición a Yrigoyen y una escasa fracción de oficiales, que un golpe institucional del Ejército.»¹⁵

Al tiempo de analizar el desarrollo de las Fuerzas Armadas en los años treinta, otro de sus vínculos ineludibles se consolidó con las jerarquías de la Iglesia Católica. En 1927 se había hecho cargo de la vicaría castrense monseñor Santiago Copello, quien impulsó una dinámica actividad en la formación de los oficiales. Los jóvenes militares recibían, entonces, una cosmovisión adaptada a las posturas hegemónicas de la Iglesia en ese tiempo. De ese modo, la ideología católica difundida desde la vicaría se caracterizaba por ser integrista, corporativista y nacionalista. Esa perspectiva denominada “catolicismo integral” había surgido como respuesta a los procesos de secularización decimonónicos y tenía como fin cristianizar todos los ámbitos de la vida social.¹⁶

La articulación entre la Iglesia católica y las Fuerzas Armadas reforzó el discurso nacionalista que atravesaba múltiples dimensiones de la coyuntura argentina. Una clave para pensar el proceso de construcción de la identidad nacional en el ámbito castrense es estudiar la composición étnica de los jóvenes que se incorporaban al Ejército. En ese sentido, el clásico trabajo de Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, aporta elementos sobre los posibles motivos de integración a las fuerzas militares de los hijos de inmigrantes de clase media. Allí se destaca la educación nacionalista, a través del culto de los prohombres como José de San Martín y la evocación de los símbolos patrios, como uno de los factores de integración posible. Como indicaban los numerosos apellidos de origen inmigrante que se podían registrar a lo largo de la historia, la narrativa sobre los efectos negativos del cosmopolitismo tuvo su correlato en la formación de los cuadros jóvenes de oficiales y suboficiales. El mismo autor señala el cambio que se produjo en los registros discursivos de las Fuerzas Armadas a lo largo de la década del treinta, pasando de un «nacionalismo integrista» a un «nacionalismo popular».¹⁷

Al momento de analizar las estructuras del Ejército, a partir de los años treinta, es pertinente reconocer que no se hallaban exentas de contradicciones y divisiones internas. Si bien no es menester de este trabajo profundizar en las oposiciones intestinas, ya para los acontecimientos que terminaron con la presidencia radical se podían distinguir tres posturas divergentes. El propio derrocamiento de Yrigoyen visibilizó las tensiones entre los militares. Los mandos leales al presidente constituyeron la mayoría en el seno de las Fuerzas Armadas, sin embargo dos grupos expusieron propuestas de gobierno evidentemente contradictorias. El primero se con-

¹⁵ Luciano DE PRIVITELLI: “El Ejército entre el cambio de siglo y 1930: la burocratización y nuevo estilo político”, en Oscar MORENO (coord.), *La construcción de la nación argentina. El rol de las Fuerzas Armadas. Debates históricos en el marco del Bicentenario (1810-2010)*, Buenos Aires, Ministerio de Defensa de la Nación, 2010, pp. 141-142.

¹⁶ Ver Arturo MALLIMACI: *El catolicismo integral en la Argentina, 1930- 1946*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1988; Loris ZANATTA: *Del estado liberal a la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1996; Miranda LIDA: “Por una historia política y social del catolicismo en la Argentina del siglo XX”, *PolHis*, 8 (2011).

¹⁷ Alain ROUQUIÉ: *Poder militar y sociedad política en la Argentina, 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé, 1998, p. 108. Ver también Hernán CORNUT: “La influencia de la inmigración en el Ejército Argentino durante la década del veinte”, *Épocas. Revista de Historia*, 4, USAL (2011).

gregó en torno al general José Félix Uriburu, quien ocupó la presidencia provisional de la Argentina luego del golpe de Estado. Durante su mandato, de corte filo fascista, contó con la adhesión de intelectuales nacionalistas de derecha como el citado Leopoldo Lugones, a quien le encargó la redacción de la «proclama revolucionaria».¹⁸ Luego de la anulación de las elecciones en la provincia de Buenos Aires y la sublevación del coronel Gregorio Pomar en el Litoral, la suerte de Uriburu quedaría sellada. A comienzos de 1932, el general Agustín Justo fue nombrado su sucesor, vía fraude electoral, en lo que se constituiría como una práctica recurrente durante la «década infame».¹⁹ El nuevo presidente representaba la facción liberal-conservadora del Ejército y desarrolló su gobierno en el marco de una economía probritánica hasta el final de su mandato en 1938.

En el transcurso de la década del treinta, la necesidad de impregnar el nacionalismo argentino en la formación de los militares impulsó la utilización de la retórica gauchesca para evocar el supuesto pasado autóctono. Ya en 1926, el Ministro de Marina, contraalmirante Manuel Domeq García, se comprometía a adquirir «una cantidad mensual de ejemplares» de *Nativa* – la revista de circulación nacional que condensaba los tópicos ligados al imaginario gauchesco y a la tradición nacional– para distribuirla en las reparticiones a su cargo.²⁰ Otro de los canales por los cuáles se difundían las temáticas del gaucho y la vida rural eran las publicaciones de la *Revista del Suboficial* que, como ya se mencionó, se había fundado en enero de 1919 por iniciativa del teniente coronel Justo Diana con el objetivo primario de obturar las ideologías foráneas como el anarquismo y el socialismo. Desde la edición de su primer número tuvo un paulatino crecimiento que se graficó en la cantidad de suscriptores, los ingresos recibidos y el número de páginas de cada ejemplar. Las referencias cuantitativas sustentan lo señalado: en 1930 la publicación contaba con 6.688 suscriptores, diez años más tarde las cifras habían aumentado a 9.983 y en 1948 se contabilizaban 22.080. Del mismo modo, la cantidad de páginas se cuadruplicaba en relación a los primeros números.²¹

¹⁸ Lugones expresó en ese contexto: «El Ejército y la Armada de la Patria, respondiendo al calor unánime del pueblo de la Nación y los propósitos perentorios que nos impone el deber de argentinos en esta hora solemne para el destino del país, han resuelto levantar su bandera para intimar a los hombres que han traicionado en el gobierno la confianza del pueblo y de la República...». Sobre la redacción de la proclama ver en particular, Diego KENIS: «Lugones y la proclama militar de 1930: los tópicos inaugurales del discurso político militar del Siglo XX», en *I Jornadas de Filosofía Política. Democracia, tolerancia y libertad*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, abril de 2008.

¹⁹ El término «década infame» fue introducido por el periodista José Luis Torres, ver, José Luis TORRES: *La década infame*, Buenos Aires, Editorial de formación Patria, 1945. Sobre la política fraudulenta en la provincia de Buenos Aires ver María Dolores BÉJAR: *El régimen fraudulento. La política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2005.

²⁰ *Nativa. Revista mensual ilustrada*, 31 de octubre de 1926. La publicación mensual fue fundada a fines de 1923 por Julio Díaz Usandivaras con una tirada de 6 mil ejemplares para su primer número. La revista experimentó un rápido crecimiento durante sus primeros años: al celebrar su tercer aniversario se destacaba la participación de más de trescientos agentes y corresponsales en todo el país y el número de dos mil suscriptores fijos.

²¹ *Revista del Suboficial*, enero de 1949, pp. 5-13.

En febrero de 1930, la *Revista del Suboficial* incluyó una reseña sobre el Pago de Areco, en referencia al municipio de San Antonio de Areco ubicado en la zona norte de la provincia de Buenos Aires. Esa región era identificada como «tierra de gauchos» a partir de la aparición de la obra literaria de Ricardo Güiraldes, *Don Segundo Sombra*, así como del emplazamiento del museo gauchesco que llevaba el nombre del autor y de las celebraciones del Día de la Tradición.²² En ese *dossier* presentado se definieron algunos conceptos sobre el pasado nacional. A partir de la renombrada frase de Nicolás Avellaneda, presidente argentino entre 1874 y 1880, «Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos», se describieron algunas características de la novela escrita por Güiraldes:

Raro es encontrar en nuestros días libros donde nuestro paisano se mueva en su ambiente, extinguido casi por la europeización. Vida de reseros hay en sus páginas, habiéndose cuidado de narrar hechos sangrientos, vulgaridad en que incurren muchos escritores nativistas. Toda el alma del poema es nacional, es nuestra.²³

Otro de los apartados de ese artículo estaba dedicado a Segundo Ramírez, quién había compartido una hora con el sargento 1° Julio Balach, redactor de la nota.²⁴ La particularidad de la entrevista realizada a Don Segundo radicó en que se puso de relieve la participación del gaucho en el servicio militar. Desde las declaraciones de Ramírez se pretendía identificar a los gauchos con las obligaciones militares y, al mismo tiempo, disociarlos de las recurrentes deserciones que se presentaban en los melodramas gauchescos —en el *Martín Fierro* se describían los castigos recibidos y la desertión del protagonista de las filas castrenses—. El análisis que el cronista realizó sobre las anécdotas de *Sombra* en el Ejército presentaba su estancia como un pasaje grato y feliz. En especial se preocupó por destacar las opiniones de Segundo respecto a sus superiores: «Recuerda sin esfuerzos los nombres de jefes y oficiales. Los expone rudos, inexorables; algunos crueles; llenos de bondad y abnegación otros, pero todos ardientes patriotas.» Esa era la condición que se pretendía destacar: el «patriotismo» de los integrantes de las Fuerzas Armadas. Además, se recordaba la actuación del tipo gaucho ideal en la caballería en los años 1879 y 1880.²⁵

En el transcurso de la década, las publicaciones en la *Revista del Suboficial* que remitían al imaginario gauchesco sostenían una presencia estable. Así lo representa el siguiente cuadro

²² La novela *Don Segundo Sombra* estuvo inspirada en Segundo Ramírez, un gaucho que habitaba en San Antonio de Areco y que el autor conoció a partir de sus estadías en la estancia familiar que visitaba los fines de semana. Ver Ricardo GÜIRALDES: *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1926.

²³ *Revista del Suboficial*, febrero de 1930, p. 59. La exaltación de la obra concluía profetizándole vida eterna, dado que otorgaba una visión de la pampa y el gaucho en su más alta concepción.

²⁴ Julio Balach era un asiduo colaborador de la revista. Sus escritos no se reducían a cuestiones ligadas a la tradición sino que abordan diversas temáticas de la historia argentina y de la vida cotidiana de los suboficiales.

²⁵ *Revista del Suboficial*, febrero de 1930, p.62.

que tiene como sustento los números de la revista consultados que se archivan en la biblioteca del Círculo Militar:

Año	Cantidad de artículos
1930	7
1931	3
1932	4
1933	3
1934	6
1935	4
1936	6
1937	6
1938	5
1939	6
1940	7

Cantidad de artículos publicados en la Revista del Suboficial sobre temáticas gauchescas (1930-1940). Elaborada por el autor.

Los artículos, los poemas, las ilustraciones y fotografías fueron elementos determinantes para la representación del gaucho como soldado, que en los años sucesivos se utilizaría para presentarla como modelo de hombre y de militar. En pos de esa operación, se retomaba su participación en las guerras de la independencia. Así, desde las páginas publicadas bajo el auspicio del Círculo Militar se difundía –no sin contradicciones– la concepción de los gauchos que «venieron al extranjero y nos dieron la libertad».²⁶

Martín Fierro, el ser argentino y la argentinidad. Preocupaciones y búsquedas desde el Círculo Militar

En pos de analizar la tensión planteada por algunos militares que retomaban la figura del gaucho como una operación de reafirmación nacionalista en oposición a los extranjeros, las elucubraciones del mayor Rafael Di Giácomo constituyen un exponente insoslayable. En 1937, este militar realizó una disertación a través de LS 11 Radio Provincia titulada «La situación del criollo en nuestra tierra». La síntesis se publicó en la *Revista del Suboficial* a los dos meses de la emisión. El texto comenzaba con una contra-argumentación significativa, el autor solicitaba: «no me vaya a interpretar como anti-extranjero», y luego prometía disociar su sentimiento argentino para revestir su ensayo de objetividad. Pese al intento previo, su alocución se podría resumir como un continuo ataque al cosmopolitismo ciudadano de la Capital Federal y a la preponderancia de lo foráneo, en favor de lo criollo, lo gaucho, lo argentino. Las consideraciones de Di Giácomo tenían dos objetivos: por un lado exaltar las dos instituciones «más argentinas»,

²⁶ *Ibidem*, octubre de 1934.

el Ejército y la Policía, y por otro lado ensalzar la obra de Gobierno del presidente Agustín Justo, «uno de los gobiernos más nacionalistas» que, según su lectura, había tenido la patria.²⁷ Más que focalizarla en las ideologías políticas de los extranjeros, el militar puntualizaba su crítica en los nativos que sobreestimaban todo elemento procedente de Europa en detrimento de lo autóctono.

En una nota publicada en el número contiguo de la revista, Rafael Di Giácomo amplió sus conceptualizaciones radiales. De hecho, en el conjunto de sus cuestionamientos sobrevolaba el concepto de colonialismo cultural en tanto sus críticas apuntaban directamente a la supremacía simbólica que parecía, en la óptica del autor, inherente no sólo a los extranjeros, sino a los productos elaborados por ellos. La “amenaza” se conectaba en esos escritos con la definición del “mal argentino”. Según Di Giácomo, el ser nacional iba siendo relegado en diversos ámbitos –exceptuando a las instituciones antes mencionadas–, como el comercio y las manifestaciones artísticas. Quienes elegían lo extranjero por sobre lo nativo eran calificados por el militar como «malos argentinos que atentan el vigor de nuestra raza». Con una conclusión que posibilitaría refutar sus argumentaciones iniciales, el mayor del ejército remarcaba: «San Martín no necesitó de extranjeros para hacer la libertad de media América».²⁸

Otra de las interpretaciones que ponía de relieve la amenaza para el ser argentino se esbozó en el libro de Guillermo Terrera premiado por el Círculo Militar, *El caballo criollo en la tradición argentina*.²⁹ El autor realizaba un diagnóstico similar al de Di Giácomo casi una década después de sus publicaciones:

El ‘Ser argentino’ amenazado en su base por formas ajenas de violencia, sexo, robo, materialismo idolátrico debe ser rescatado y preservado por todos los espíritus libres y cultos, para defender la esencia de nuestra vida nacional.³⁰

La preservación debería ser impulsada, entonces, por aquellos que se mantuvieran incorruptibles y pudieran discriminar esa esencia. Al fin y al cabo, se entendía que el contexto «amenazante» requería del continuo refuerzo de las apelaciones a los elementos nacionalistas, con lo cual la posibilidad de plantear arquetipos referentes en pos de cristalizar las conceptualizaciones sobre el ser argentino resultaba apetecible. Para ello, algunos de esos espíritus libres que convocaba Terrera presentaron al gaucho como recurso para resistir al cosmopolitismo y reafirmar la nacionalidad. En esa prédica –como en la anterior sobre los peligros– se establecía un punto de contacto entre los discursos de los tradicionalistas y diversas voces que se reproduc-

²⁷ *Ibidem*, junio de 1937, pp. 62-66.

²⁸ *Ibidem*, julio de 1937, pp. 61-65.

²⁹ Guillermo Terrera era doctor en Derecho y Ciencias Sociales y se había especializado en estudios antropológicos sobre lo telúrico y la tradición argentina.

³⁰ Guillermo TERRERA: *El caballo criollo en la tradición argentina*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1969, p. 21.

ían en el ámbito militar. En efecto, la *Revista del Suboficial* presentaba, también en la década del cuarenta, la historia del gaucho Martín Fierro como una «recia afirmación de nacionalidad». Eso implicaba que en los caracteres desarrollados por el poema se encontrarían todos los componentes del tan pretendido ser nacional.³¹ En ocasiones se erigía al gaucho como símbolo de una «nueva raza nacionalista», y esa identificación entre gaucho-nación resultaba tan estrecha que el negarla implicaba la negación de la argentinidad.³²

Los conceptos elaborados por el folklorista Julio Díaz Usandivaras para pensar la temática del nacionalismo y la tradición proponían una explicación posible para comprender la apelación al gaucho. En una carta abierta al presidente Roberto Ortíz en 1938, el director de la revista *Nativa* consideraba que el nacionalismo no se construía inaugurando mástiles o evocando personajes meramente políticos, señalando además que el pueblo ya estaba cansado de esas cosas. Según su interpretación, el cultivo del ser nacional se promovía a partir del amor y la conservación de las tradiciones.³³ Desde allí, resultaría funcional advertir en el gaucho los componentes argentinistas. El tradicionalista Luis Pinto comulgaba con la perspectiva de Usandivaras y afirmaba que la exaltación del gaucho debía intensificarse cuando se advertían intentos de desnacionalización.³⁴ De ese modo, los gauchos se presentaban como un elemento de defensa para la preservación de la nacionalidad, y al ser identificados como arquetipo del ser nacional, recuperándose esa representación en los momentos de peligro, quedaban imbuidos de un componente redentor.

Los militares en los centros tradicionalistas: vínculos y participación

A partir de la institución del Día de la Tradición en 1939 en la provincia de Buenos Aires los centros tradicionalistas crecieron y complejizaron su organización interna al calor de esa fiesta gaucha por antonomasia. Esas asociaciones se ocupaban de celebrar la vida rural como forma de practicar la defensa y conservación de las tradiciones argentinas.³⁵ La oficialización de la nueva efeméride por los políticos conservadores, que gobernaban la provincia bajo la dirección de Manuel Fresco, no sólo generó un incremento de las experiencias asociativas en torno a lo gauchesco, sino que reconfiguró viejas disputas en relación a la pertinencia del gaucho como arquetipo de la tradición. En efecto, diversas voces como las de los historiadores Emilio Coni y Enrique de Gandía se manifestaron en oposición a la revalorización de lo gauchesco.³⁶

³¹ *Revista del Suboficial*, septiembre de 1944, p. 45.

³² *Ibidem*, diciembre de 1933, p. 69.

³³ *Nativa, revista mensual ilustrada*, 28 de febrero de 1938, pp. 2-3.

³⁴ Luis PINTO: *El gaucho rioplatense frente a los malos historiadores (refutación a Enrique de Gandía)*, Buenos Aires, Ciordia y Rodríguez, 1944, p. 97.

³⁵ Ver María Cecilia PISSARELLO: *Presente de Gauchos*, Buenos Aires, UPCN, 2004; Hugo RATIER et al.: "Organizaciones rurales y cultura de las pampas: La construcción social de lo gauchesco y sus implicaciones", *Etnia*, 44-45 (2002-2004), pp. 81-96.

³⁶ La crítica desarrollada, principalmente por Emilio Coni, tenía como objetivo desestimar el "martinfierismo del litoral" y la filiación del gaucho con la argentinidad. Ver Emilio CONI: *El gaucho, Argentina, Brasil, Uruguay*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1969.

Los centros tradicionalistas también fueron foco de críticas y cuestionamientos. El historiador revisionista Pedro de Paoli, acusaba a esas asociaciones de celebrar el *statu quo* y olvidar la condición de desposeído del gaucho. Según el autor, esa reivindicación era de utilería, ya que no ponía atención en las condiciones que habían posibilitado su «exterminio».³⁷ En efecto, siguiendo la línea del historiador, las agrupaciones que proliferaron en la provincia de Buenos Aires representaron un gaucho que habría olvidado su histórico conflicto con la autoridad – tópico recurrente en la literatura gauchesca –, para materializar una suerte de «reconciliación» a partir de la participación conjunta en los círculos criollos.

En ese contexto, muchos integrantes de las Fuerzas Armadas argentinas se sumaron a las experiencias tradicionalistas contribuyendo a configurar la representación del gaucho como patriota y soldado. La correspondencia y la descripción de las celebraciones que se conservan en el archivo del Círculo Criollo El Rodeo (CCER), una de las asociaciones modelo del área metropolitana bonaerense, posibilita la reconstrucción de un entramado vincular con militares de la zona de El Palomar, donde estaba ubicado el Colegio Militar de la Nación, y de otras latitudes que se consolidaba en las exaltaciones tradicionalistas. En esa agrupación, los lazos con el ámbito castrense se desplegaron de modo tal que, en ocasiones, se intercambiaron pedidos de mutua colaboración y se organizaron coparticipaciones en diversos festejos. Los nexos tejidos desde el Círculo Criollo Martín Fierro (CCMF) complementarían la muestra sintetizada en El Rodeo a partir de las fiestas en honor al Día del Reservista que celebraban los oficios de las tropas de reserva del Ejército argentino.

La conexión entre integrantes de las Fuerzas Armadas y el CCER se puede analizar desde tres niveles: los comunicados formales que se intercambiaban, generalmente a partir de invitaciones o solicitudes; la comunión manifestada en la realización de las fiestas patrias, donde confluía la narrativa nacionalista con el culto a la tradición; y la integración de militares como componentes activos de la agrupación tradicionalista. Esos vínculos conllevaron un canal de difusión para la representación del gaucho soldado que se expandía contemporáneamente a los esfuerzos teóricos difundidos en las publicaciones militares y costumbristas. Si bien la denodada preocupación por atribuirle caracteres castrenses a la figura del gaucho provocó interpretaciones divergentes, los militares que comulgaron con las actividades gauchescas tributaron esa ligazón más desde la práctica que desde las producciones escritas.

Los elementos que corroboraban las conexiones institucionales entre el CCER y dependencias de las Fuerzas Armadas eran los comunicados que se intercambiaron a título de invitaciones o requerimientos. En 1952, por ejemplo, la comisión directiva del centro criollo había solicitado la participación de una delegación de granaderos para la realización de una fiesta criolla en su campo. El teniente coronel Rómulo Boero, jefe de ceremonial del Ejército, habilitaba

³⁷ Pedro DE PAOLI: *Trayectoria del gaucho*, 2 ed., Buenos Aires, Ciordia y Rodríguez, 1949, pp. 8-9. Un análisis del gaucho como desposeído se presenta en Andrés CARRETERO: *El gaucho mito y símbolo tergiversados*, Buenos Aires, Editorial Escorpio, 1964.

el envío requerido en relación a la inauguración del nuevo mástil para la bandera argentina.³⁸ En otras ocasiones, quienes solicitaban la participación de los «gauchos» para ambientar sus celebraciones eran los militares. Por ejemplo, la comisión directiva del casino de suboficiales de la VII Brigada Aérea de Morón acudía a la generosidad de los tradicionalistas para garantizarse su intervención a través de demostraciones gauchescas y números artísticos.³⁹ De este modo, los registros de esos petitorios daban cuenta de un determinado reconocimiento por parte de los integrantes de las Fuerzas Armadas: por un lado identificaban que la participación del gaucho en los festejos impregnaría una tónica argentinista de acuerdo a las manifestaciones esbozadas en esos comunicados; por otro lado posicionaban al CCER como representante “válido” de la tradición nacional que se afanaban en involucrar.

La atmósfera nacionalista que enmarcaba la ligazón entre tradicionalistas y militares se ponía de relieve particularmente en los convites para la celebración de las efemérides patrias. Para las fiestas del 25 de mayo de 1953, el suboficial principal que prestaba guardia en el Ministerio de Asuntos Técnicos, Vicente Domínguez, facilitaba los nombres de los granaderos que asistirían al CCER y, al mismo tiempo, se disculpaba por su ausencia, motivada por cuestiones de servicio.⁴⁰ El tono de la nota revelaba un vínculo más cercano que los comunicados reseñados anteriormente. En efecto, la carta vitoreaba la obra de los tradicionalistas y exaltaba la conmemoración de «nuestra querida argentina». Los convites para festejar el aniversario de la Revolución de Mayo se sucedieron en el tiempo. En 1955, el teniente coronel Carlos Berrotarán se excusaba por no haber podido asistir a la celebración en el CCER. En ese caso, aludía a los festejos oficiales organizados por el Ministerio del Ejército para explicar su ausencia y al mismo tiempo recuperaba la centralidad que tendría para la nacionalidad argentina festejar la «gesta emancipadora».⁴¹ Como se resaltaba en el caso de Berrotarán, otros militares encontraron superpuestas las actividades oficiales con los eventos organizados por los tradicionalistas. El subdirector de Gendarmería Nacional, Alfredo Zunda Cornell, manifestaba su deseo de concurrir a celebrar el 9 de julio con los tradicionalistas, pero se veía interrumpido por tener que participar del desfile militar previsto para ese día.⁴²

Más allá de los comunicados institucionales y de las invitaciones personalizadas, la conexión entre «gauchos» y militares se fortaleció principalmente a partir de los miembros de las Fuerzas Armadas que se adhirieron activamente a la dinámica del CCER incorporándose como socios. Si bien los registros de la institución no discernían las profesiones de cada componente, en orden a las solicitudes de inscripción y las notas enviadas se podían identificar socios integrantes

³⁸ Comunicado del teniente coronel Rómulo Boero al secretario general del CCER, Archivo del CCER, 17 de junio de 1952.

³⁹ Comunicado del suboficial mayor Segundo Luis Córdoba a la comisión directiva del CCER, Archivo del CCER, 18 de noviembre de 1954; respuesta del CCER, 24 de noviembre de 1954.

⁴⁰ Carta de Vicente Domínguez al presidente del CCER, Archivo del CCER, mayo de 1953.

⁴¹ Comunicado de Carlos Martín Berrotarán al presidente del CCER, Archivo del CCER, 1 de junio de 1955.

⁴² Comunicado de Alfredo Zunda Cornell al secretario general del CCER, Archivo del CCER, 2 de julio de 1953.

del Ejército y de la Armada. El proceso de integración de esos militares no distó del que tenían que atravesar todos los aspirantes. La incorporación del miembro del Comando Antiaéreo del Interior, Rolando Esquivel, estuvo mediada por el tradicionalista Eugenio Meza, que era socio desde los primeros años de la agrupación. En una carta al presidente del CCER garantizaba conocer al postulante y auguraba su proyección en el círculo criollo.⁴³ Al poco tiempo, el militar recibió la solicitud a completar y la devolvió junto con la documentación requerida.⁴⁴ En este sentido, Esquivel participó como socio de la entidad tradicionalista y, como cada uno de sus componentes, cumplimentó con el abono de las cuotas mensuales.⁴⁵ Del mismo modo, Ernesto Mendoza, que ingresó como conscripto a la Escuela Naval del Ministerio de Marina, sostuvo su participación en el CCER y se constituyó como nexo para tejer relaciones con sus superiores. De hecho, el capitán de fragata Julio Ques intercambió correspondencia con el presidente Julio Velaz a partir del «gaucho marino». En ocasiones, la comisión directiva de la agrupación tradicionalista solicitó la licencia de Mendoza para que pudiera participar en las fiestas criollas o en las celebraciones patrias, a las cuales también era convidado el militar a cargo.⁴⁶

Las ligazones militares no fueron una característica exclusiva del CCER. Los componentes del Círculo Criollo Martín Fierro también articularon actividades con miembros del ámbito castrense. En ese caso, el núcleo vinculante había sido el obispo Anunciado Serafini, que conectó los tradicionalistas de Jáuregui con los integrantes del Regimiento 6 de Mercedes. A partir de la participación conjunta en las peregrinaciones gauchas –práctica anual de devoción a la Virgen de Luján–, los socios del CCMF cristalizaron un vínculo con los militares y colaboraron con la celebración anual del Día del Reservista en esa localidad.⁴⁷ Más allá de los gastos extra que implicaba su intervención en el festejo militar, como el acarreo de los caballos, los gauchos, convencidos de su aporte patriótico, sostuvieron sus participaciones.⁴⁸ Esas prácticas también eran sostenidas por otros militares que, sin entrar en contacto directo con esas agrupaciones gauchas, tributaron el culto a la tradición a través de sus relatos criollos o con eventos concretos.

⁴³ Carta de Eugenio Meza al presidente del CCER, Archivo del CCER, 23 de noviembre de 1950.

⁴⁴ Comunicado de Rolando Esquivel al secretario del CCER, Archivo del CCER, 11 de diciembre de 1950.

⁴⁵ Ver con respecto al abono de la cuota social el comunicado de Rolando Esquivel al presidente del CCER, Archivo del CCER, 8 de febrero de 1954.

⁴⁶ Ver por ejemplo los comunicados enviados por el capitán de Fragata Julio Ques, que respondían esas solicitudes, Archivo del CCER, 30 de mayo de 1956; 5 de julio de 1956.

⁴⁷ Sobre las peregrinaciones gauchas, ver Matías CASAS: “Gauchos y católicos. El origen de las peregrinaciones gauchas a la basílica de Luján, Buenos Aires, 1945”, *Anuario de la Escuela de Historia*, 25, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, 2013, pp. 257-275.

⁴⁸ Ver por ejemplo Acta n° 22, Archivo del CCMF, 12 de noviembre de 1948; Acta n° 43, Archivo del CCMF, 3 de septiembre de 1950.

Los militares tradicionalistas. Las intervenciones a partir de las producciones escritas y la Agrupación Tradicionalista El Ceibo

Los militares que participaron en las propuestas de los centros tradicionalistas mencionados no fueron los únicos que se lanzaron a la «cruzada» por exaltar al gaucho argentino. Las agrupaciones Leales y Pampeanos y Mi Poncho, que desempeñaron sus actividades en el sur de la provincia de Buenos Aires, cristalizaron relaciones con la agrupación tradicionalista El Ceibo del barrio de Palermo, en la Capital Federal.⁴⁹ Esa institución, que había sido fundada a mediados de la década del treinta, mostraba diferencias sustanciales con los círculos criollos mencionados. Los fundamentos de El Ceibo se basaban en el estudio de «nuestra historia desde la época anterior a la conquista; nuestras artes; nuestra música y nuestras danzas, en su origen y evolución».⁵⁰ Lejos de las fiestas criollas donde se destacaban los deportes hípicas, sus reuniones se constituían a partir de almuerzos, cenas, conferencias, actividades literarias y conmemoraciones de fechas patrias. Uno de los conferencistas habituales era Julio Díaz Usandivaras, el citado director de la revista *Nativa*, desde la cual se difundían las principales actividades de la nueva entidad.

En la agrupación tradicionalista El Ceibo se disertaba sobre diversos tópicos que promovían la identidad nacional argentina. En sus primeros años de funcionamiento, por ejemplo, conmemoraban el Día de las Islas Malvinas, proclamando la reafirmación de la soberanía argentina sobre los archipiélagos del sur.⁵¹ Además, varias de sus conferencias estaban dedicadas a resaltar los elementos camperos y la figura del gaucho, como la que se pronunció con motivo de homenajear al escritor Martiniano Leguizamón.⁵² En cualquier caso, los tradicionalistas de El Ceibo no se caracterizaban por vestir chiripá y botas de potro sino más bien por difundir el imaginario gauchesco desde sus discursos y producciones escritas. Si bien en ocasiones realizaban festivales folklóricos —lo que implicaba alquilar una sede social porque no tenían campo de deportes—, los eventos se programaban con una serie de alocuciones, músicos y danzas, y luego finalizaban con cenas en restaurantes céntricos. Así sucedió en los festejos del segundo aniversario de la agrupación, que terminaron con una comida a la que asistieron los escritores costumbristas Bartolomé Aprile y Justo Sáenz, además de Usandivaras. El presidente de El Ceibo cerró la celebración con un discurso que repasaba las actividades realizadas y, particularmente, se esforzó por reafirmar la identidad de la agrupación:

Rodeamos esta mesa criollos dignos del gaucho antecesor, prototipo del argentino que se identifica con la tierra, la raza y la lengua nativa, fundiendo el alma de la patria. Nos hemos constituido para mantener y honrar la tradición.⁵³

⁴⁹ *Tercer libro bibliográfico del centro tradicionalista "Mi Poncho"*, Avellaneda, 1969.

⁵⁰ *Nativa*, revista mensual ilustrada, 31 de diciembre de 1935.

⁵¹ *Nativa*, revista mensual ilustrada, 31 de marzo de 1936, p.

⁵² *Ibidem*, 30 de abril de 1936, pp. 22-23.

⁵³ *Ibidem*, 30 de junio de 1936, pp. 12-13.

Entre esos criollos, la especificidad que destacaba a El Ceibo, radicaba en la participación de militares que ocuparon cargos en la comisión directiva de la sociedad tradicionalista. Sea como fuere, la máxima autoridad de esa agrupación era el juez Santo Faré.⁵⁴ El vicepresidente era Eduardo Molina, hacendado y político radical, reconocido por su proyecto para construir un monumento en honor al gaucho. Durante el primer año de funcionamiento, la tesorería fue controlada por el teniente coronel Julio Díaz Romero, quien se destacaba en los eventos literarios que se organizaban asiduamente en la asociación tradicionalista. Más adelante, el rol de tesorero de la agrupación fue continuado por el teniente coronel Pablo Peralta, quien al momento de su fundación se encontraba retirado de sus funciones militares. Sus años en las Fuerzas Armadas estuvieron signados por su función como jefe del distrito militar de San Nicolás, en el interior de la provincia de Buenos Aires.⁵⁵ Como el resto de los integrantes de El Ceibo, Peralta reivindicó la tradición campera y la figura del gaucho más desde sus textos que desde las demostraciones públicas en los desfiles o las prácticas hípicas. Para publicar sus escritos utilizó el seudónimo de «Juan Claridá» y recurrió al estilo gauchesco para narrar sus historias y difundir sus poemas. Desde las páginas de *Nativa* se lo confirmaba como un «amigo tradicionalista» y se reproducían habitualmente sus historias.⁵⁶

Las preocupaciones de Peralta por difundir la narrativa tradicionalista conllevaron su presentación en distintas asociaciones como la Asociación Militar de Retirados del Ejército, siempre con el fin de disertar sobre el gaucho. El militar describía su psicología y sus costumbres, convencido de que era el modelo en el que debía plasmarse el alma nacional.⁵⁷ De hecho, esa ligazón se ponía de relieve cuando adoptaba el lenguaje del gaucho y definía en la voz de Juan Claridá los sentimientos patrióticos «indispensables» para todos los argentinos. En un poema titulado patriotismo, afirmaba el teniente coronel devenido en gaucho:

A la Patria se la quiere sin esperar recompensa / es la ley que no dispensa ni agachadas ni traición. / Se la quiere porque sí, sin mañas de ventajero / que ser último o primero da lo mismo en l'ocasión.⁵⁸

Así, el integrante de El Ceibo subsidiaba el carácter nacionalista del gaucho, que se erigía como modelo de amor a la patria. Por tanto, esos militares tradicionalistas comulgaban discursivamente con lo presentado desde los círculos criollos. Si bien se distanciaron de las prácticas que constituían la esencia de las fiestas criollas realizadas en esas agrupaciones, las característi-

⁵⁴ Santo Faré se había desempeñado como profesor de Derecho Comercial en la Universidad de Buenos Aires y oficiaba como camarista de la Capital Federal desde 1933. *Ibidem*, 30 de junio de 1936, pp. 26 y 28.

⁵⁵ Pablo Peralta falleció en julio de 1941. En esa fecha, la revista *Nativa* publicó una biografía que resumía su trayectoria militar y literaria. Ver *Ibidem*, 31 de julio de 1941, p. 7.

⁵⁶ Ver por ejemplo *Ibidem*, 31 de enero de 1933, pp. 32-33; *Ibidem*, 30 de junio de 1937, p. 1.

⁵⁷ *Ibidem*, 2 de febrero de 1937, p. 22.

⁵⁸ *Ibidem*, 30 de noviembre de 1939, p. 13.

cas atribuidas por unos y otros al gaucho no mostraban disidencias. La contradicción radicaba en la metodología: mientras los centros tradicionalistas se convencían en representar a partir de sus vestimentas y sus actividades al gaucho argentino de modo «genuino», las instituciones centradas en lo literario ponían el acento en la difusión de textos y conferencias sobre diversos tópicos de la tradición campera.

Otro referente de los militares tradicionalistas que se esforzaron por la producción y reproducción de ese discurso fue José Prudencio Cidra,⁵⁹ cuya relación de amistad con Pablo Peralta determinó su labor conjunta en diferentes eventos. Al mismo tiempo, colaboraba recurrentemente con la revista *Nativa*, no sólo a partir de sus escritos, sino también procurándole nuevos suscriptores, hasta el punto que sus tareas de difusión le valieron la distinción de principal colaborador en año 1941.⁶⁰ En una de sus conferencias historizó la participación de los gauchos en el pasado argentino atribuyéndoles un rol protagónico en cada período:

El gaucho es el símbolo de la tradición, pues afianzó el ideal perseguido por los próceres de la Independencia, conquistó el desierto, fue el representante genuino de la autoridad nacional y provincial.⁶¹

Esos serían motivos suficientes para promover en el marco de otro discurso que cada argentino levantara un monumento al gaucho en su corazón y en su conciencia.⁶² Desde la perspectiva del militar, la reivindicación de ese símbolo se integraba con una serie de producciones que apuntaban a celebrar su intervención junto a los prohombres de la historia argentina. José de San Martín, Manuel Belgrano y los gauchos se entrelazaban en esos textos que pretendían cristalizar la capacidad del «gaucho soldado».⁶³

En general, los escritos reproducidos por los militares tradicionalistas conllevaban una serie de inquisiciones, implícitas o explícitas, a las «tendencias extranjerizantes» que desatenderían el culto al pasado nacional. En esa línea, las apreciaciones del contemporáneo Rafael Di Giácomo profundizaban en la cuestión de las influencias extranjeras, no sólo desde sus alocuciones radiales –como se reseñó anteriormente–, sino también desde sus poemas gauchescos, donde se le otorgaba la voz al gaucho para narrar sus desventuras. En 1937, el militar publicó en la *Revista del Suboficial* el relato “Si ha güelto gringo hasta el día”, donde el «gaucho» se la-

⁵⁹ Su desempeño como miembro del Ejército se caracterizó por sus tareas como sub-intendente de guerra en la región de la Patagonia a fines del siglo XIX, y también como comandante del Regimiento de Infantería n° 8. En la Capital Federal, una vez retirado, comenzó a circular por diversas asociaciones difundiendo sus trabajos sobre cuestiones vinculadas a la tradición y al patriotismo.

⁶⁰ *Nativa, revista mensual ilustrada*, 31 de enero de 1942, p. 2.

⁶¹ *Ibidem*, 31 de octubre de 1936, p. 35.

⁶² Ver la reproducción del discurso titulado “El símbolo de nuestra tradición”, en *Ibidem*, 31 de octubre de 1937, pp. 31-32.

⁶³ Ver, por ejemplo, la transcripción de su discurso sobre el pensamiento de José de San Martín, donde se presentaba un apartado para el gaucho recuperando su “participación” en los ejércitos, en *Ibidem*, 31 de mayo de 1945, pp. 10-11.

mentaba por los profundos cambios en la campaña bonaerense con una tonalidad de tristeza y melancolía.⁶⁴

Los cuentos de Di Giácomo también recuperaron el carácter castrense de los gauchos que habían luchado por la patria.⁶⁵ Además, sus textos publicados para los suboficiales incorporaban la exaltación de la iconografía nacionalista, amalgamando las cuestiones tradicionalistas con los esfuerzos por cristalizar la identidad nacional en el personal castrense.⁶⁶ Una construcción similar realizaba el cabo José María Badie, quien abordaba en sus escritos los mismos tópicos pero que en vez de ser difundidos exclusivamente en las publicaciones militares también se editaban en la revista *Nativa*, lo que implicaba el posible incremento del número de lectores.⁶⁷ A todo ello cabe sumar una recopilación de sus relatos gauchescos, publicada con el auspicio del Círculo Militar. En esos relatos se recuperaba la figura de diversos generales del pasado y se los resignificaba en tanto «gauchos».⁶⁸

A modo de conclusión

La denodada búsqueda por definir el ser nacional y la reproducción de ese discurso desde los funcionarios e intelectuales de la década del treinta tuvo su correlato en las voces militares que se pronunciaron, tanto en las publicaciones específicas de ese espacio como en las revistas tradicionalistas de tirada masiva. En este sentido, la utilización del gaucho como figura referencial para cristalizar la identidad nacional evidenció un determinado consenso sobre los gauchos como patriotas abnegados que habrían ofrecido su sangre por la libertad, primero, y por el desarrollo, después, de la República Argentina.

La prédica nacionalista que atravesaba las interpelaciones para los suboficiales del Ejército encontró un tópico complementario. En este punto, las evocaciones de lo gauchesco permitían esbozar un discurso abarcador que ampliaba el sentido tanto del gaucho como de la tradición nacional. Desde esa perspectiva, el gaucho no sólo era revisitado como elemento autóctono de un pretérito que se reconfiguraba en tono nostálgico, sino que también se lo representaba como ejemplo de coraje y filiación a la vida militar. Para corroborar esos atributos fue reconocido como el protagonista silencioso de las luchas independentistas. De ese modo, se logró tejer desde un plano simbólico y literario la correspondencia entre los gauchos de la campaña y el servicio militar.

Esa narrativa, que era sostenida también por la mayoría de los discursos políticos que reivindicaban al gaucho como arquetipo de la tradición nacional, se materializó en las interac-

⁶⁴ *Revista del Suboficial*, junio de 1936, p. 103.

⁶⁵ Ver, por ejemplo, las anécdotas del gaucho «ño Pastor», en *Ibíd.*, diciembre de 1937, pp. 29-34.

⁶⁶ En 1940, Rafael Di Giácomo publicó su “Oración a la República Argentina”, que resultó un texto de cuatro páginas donde se describían las “virtudes de la patria”. Ver *Ibíd.*, febrero de 1940, pp. 3-6.

⁶⁷ *Nativa, revista mensual ilustrada*, 31 de diciembre de 1939, p. 35; *Ibíd.*, 30 de abril de 1940, p. 23.

⁶⁸ En uno de sus cuentos, el protagonista exclamaba sobre el General Juan Lavalle «¡Viva su eterna figura gaucha como una estatua de blanco y azul!», José María BADIE: *Yerba buena*, Buenos Aires, Taller Gráfico de Luis Bernard, 1930, p. 65.

ciones reseñadas. Es decir, la perspectiva interpretativa que se extendía desde los cuentos camperos o los artículos ensayísticos que publicaba la *Revista del Suboficial* se encarnó en los militares que participaron de los centros tradicionalistas. Allí, la representación del gaucho soldado se personificaba en los desfiles y fiestas criollas. El festejo que se realizó en el Club Hípico Argentino en honor a los conscriptos de mar y tierra significó una muestra más de esa convergencia. En 1938, aprovechando la presencia de los militares de todo el país, reunidos en Buenos Aires en ocasión de la celebración del Día de la Independencia, la agrupación tradicionalista El Ceibo auspició la organización del evento a través de sus integrantes que habían pertenecido a las Fuerzas Armadas. En la fiesta, los conscriptos aplaudieron el paso de los gauchos que desfilaron portando la bandera argentina. La demostración era retribuida con la realización de destrezas hípicas para satisfacción de los homenajeados.⁶⁹ Así se materializaba la redactada identificación del gaucho con el espacio castrense.

El entramado social constituido a partir del CCER, así como las funciones directivas que tanto Pablo Peralta como otros militares ejercieron en la Agrupación Tradicionalista El Ceibo, evidenciaron que para el personal de las Fuerzas Armadas resultaba apetecible la recuperación de la tradición, tanto desde un enfoque literario como desde una experiencia vivida. Sea como fuere, la participación en ambas manifestaciones corroboraba que el criollismo constituyó una herramienta funcional para el ámbito castrense. La posibilidad de interpelar a los suboficiales a partir de un «pasado en común» se resignificó en ese presente –o en esos presentes– siempre «amenazante». Los militares tradicionalistas, disfrazados de gaucho o utilizando su voz, promovieron no sólo el patriotismo tan deseado, sino que también representaron a las Fuerzas Armadas como la institución rectora para la cristalización de ese atributo.

⁶⁹ *Nativa, revista mensual ilustrada*, 31 de julio de 1938, pp. 34-36.

Przemyśl, Galicia: A Garrison Town Before, During, Between and After War (1873-1953)

Przemyśl, Galitzia: Una ciudad guarnición antes, durante, entre y después de la guerra (1873-1953)

John E. Fahey

Purdue University, Estados Unidos

jfahey@purdue.edu

Abstract: The fortress town of Przemyśl, now located in Southeastern Poland, exemplifies many trends in Eastern European military history. Constructed in the 1870s and 1880s, Fortress Przemyśl was one of Austria-Hungary's most important military centers. I trace the growth of the fortress and civilian community from the 1880s through the end of World War II, as they underwent sieges, invasion, population exchange, economic decline, and atrocities. I argue that Przemyśl illustrates the shift from multi-national to mono-ethnic communities, the increase in ethnic violence in Eastern Europe through the period of the World Wars, and the long duration of military infrastructure.

Keywords: *Austria-Hungary, Poland, World War I, Urban History, Fortress.*

Resumen: La plaza fuerte de Przemyśl, hoy en día situada al sureste de Polonia, ejemplifica muchas de las tendencias de la historia militar de Europa oriental. Construida en los años 70 y 80 del siglo XIX, la Fortaleza Przemyśl fue uno de los más importantes centros militares del Imperio austrohúngaro. En este artículo rastreo el crecimiento de dicha plaza fuerte y su población civil desde los años 80 del siglo XIX hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, un periodo en el que sufrirán asedios, invasiones, intercambios de población, decadencia económica y atrocidades. Finalmente, sostiendo que Przemyśl ilustra el cambio de un modelo de comunidad multinacional a otro de carácter étnicamente homogéneo, el incremento de la violencia étnica en Europa oriental durante todo el periodo de entreguerras y la larga duración de la infraestructura militar.

Palabras clave: *Austria-Hungría, Polonia, Primera Guerra Mundial, historia urbana, fortaleza.*

East Central Europe during the first half of the twentieth century saw tragic, tumultuous, and monumental change.¹ Merely keeping a track of the shifting borders, moving and exterminated populations, changing political ideologies and factions is a formidable task. Perhaps the best way to make sense of the changes East Central European society and life is to simply select a spot, and watch the ebb and flow of armies, migrations, and political movements and their effect on the stationary community. Site selection in such a micro history is important. The community should be both exceptional and typical –i.e. its fate should reflect broader trends in the region, but feature an exaggeration of trends in order to illustrate them more clearly. The community should also clearly illustrate both continuities and changes within its administration, legal and social structures, infrastructure, and population. Finally, when studying military history, a site should be selected with major military significance, a place that can show the effects –both advantageous and disadvantageous– of garrison presence, fortress construction, and military investment.² Few places are more effective microcosms of twentieth century East Central European military history than Przemyśl, Poland. One of southern Poland's oldest cities and once home to a vibrant multinational community of Poles, Ukrainians and Jews, Przemyśl was fundamentally changed in the 1870s and 1880s by military construction.³ By the turn of the century, Przemyśl was Austria-Hungary's largest fortress complex and one of the most important defensive sites in the Empire. In turn, military construction shaped the layout of the town and drove Przemyśl's development. From 1889 through 1914, the city served as the headquarters of Austria-Hungary's Xth Army Corps, responsible for mobilizing, training, and defending a large portion of Austrian Galicia. If the army vitalized the economic life of the city, it was also a curse –Przemyśl endured the longest siege of World War I before capitulating to the Russians in March 1915. After 1918, Przemyśl retained its military function serving as a logistical base for the Polish army during its wars against the Ukrainians and Bolsheviks, and then as Polish corps headquarters through the interwar years. In 1939, the city was divided between Nazi and Soviet occupied Poland, before becoming a Holocaust site, battlefield, and a frontier backwater in communist Poland.⁴

¹ This paper grew out of a paper presented at the *Theatres of War: War and Postwar Experiences in the European Societies (1895-1953)* conference organized by the Universitat Autònoma de Barcelona. Thanks for the venue and feedback. I would also like to thank my advisors, Charles Ingrao and Rebecca Klein-Pejsova, a research grant from the Kosciuszko Foundation, and this article's autonomous reviewers.

² Some of the most important recent works in Austro-Hungarian history are urban histories, for the reasons listed above. See Börries KUZMANY: *Brody. Eine galizische Grenzstadt im langen 19. Jahrhundert*, Vienna, Böhlau, 2011; Gary B. COHEN: *The Politics of Ethnic Survival: Germans in Prague, 1861-1914*, 2nd edition. West Lafayette, IN, Purdue University Press, 2006; Jeremy KING: *Budweisers into Czechs and Germans: A Local History of Bohemian Politics, 1848-1948*, Princeton, Princeton University Press, 2002; and Nathaniel D. WOOD; *Becoming Metropolitan: Urban Selfhood and the Making of Modern Cracow*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 2010.

³ I will use the term Ukrainian throughout this paper, though Ruthenian was the preferred term until World War I.

⁴ There is not much written in English on Przemyśl's city history. The best Polish language general histories are Jan MALCZEWSKI: *Przemyśl w latach 1772-1914. Budownictwo, gospodarka komunalna, przemiany przestrzenne*, Przemyśl, Wydawnictwo "Carpathia", 2012; and Maciej DALECKI: *Przemyśl w*

Przemyśl's journey from an imperial bastion of the Habsburgs, to a center of Polish national defense, to a dividing line between two totalitarian states, and finally to obscurity illustrates the life cycle of many cities within East Central Europe, but is particularly useful as an example of garrison towns. One of the most important drivers of urban development throughout history is military spending. Armies shape cities by building garrisons, logistical infrastructure, fortifications, and dictating spatial layout. Beneficiaries and victims of their state's military policies, garrison towns are where imperial or national policies have the most direct impact on local life, and rise and fall in importance as a result of state policy. In East Central Europe, fluid borders and multi-ethnic populations make garrison towns especially important—they are often the only real manifestation of imperial or national identity and power, and enforce the otherwise invisible boundaries between states.⁵

This paper will survey the history of Przemyśl from the construction of its fortress complex in the 1870s through the immediate post World War II era. While this will necessitate a quick march through several decades, it will enable long term trends to come to the fore. Przemyśl's journey from Austrian to communist administration shows a transition from a multi-cultural to a mono-cultural society.⁶ Tied to this trend is a steady increase of nationalist conflict and political violence by increasingly irregular forces. These trends are unfortunately fairly common across the region.⁷ More unique to Przemyśl is a trajectory from a position of imperial significance to insignificance and consequent economic and social stagnation and reinvention. The city's rise and fall in importance is an example of how decisions by the central government of a state can affect conditions for local communities. Within this time period, Przemyśl's strategic purpose also shifted from a generally anti-Russian to an anti-Ukrainian focus. This shift from opposing a Great Power to opposing an ethnic community reflecting the priorities first of Austrian and then of Polish military planners and personnel. Finally, Przemyśl illustrates recycling and repurposing of military and imperial infrastructure, and the resultant contested memories and memorials of the past.

Latach 1891-1939: Przestrzeń, Ludność, Gospodarka, Przemyśl, Archiwum Państwowe w Przemyślu, 1999.

⁵ For a discussion of frontier cities, see Alfred J. RIEBER: "Changing Concepts and Constructions of Frontiers: A Comparative Historical Approach," *Ab Imperio* 1 (2003). For a discussion of fortified cities see G.J. ASHWORTH: *War and the City*, London, Routledge, 1991, pp. 52-58.

⁶ In 1870, Przemyśl had a population of 15,000 - 42% Roman Catholic (i.e. Polish), 19% Greek Catholic (i.e. Ukrainian), and 38% Jewish. Curt DUNAGAN: *The Lost World of Przemyśl: Interethnic Dynamics in a Galician Center, 1868 to 1921*, unpublished doctoral thesis, Brandeis University, 2009, pp. 111.

⁷ For a regional overview, see Ivan T. BEREND: *Decades of Crisis: Central and Eastern Europe before World War II*, Berkeley, University of California Press, 1998, or Joseph ROTHSCHILD: *East Central Europe between the Two World Wars*, Seattle, University of Washington Press, 1974.

Fortress Construction.

Located in southeastern Poland near the foothills of the Carpathian Mountains, Przemyśl was originally founded in the 11th century AD. Przemyśl's castle and portions of its medieval city walls still stand, echoes of a vibrant medieval and renaissance urban life, but the city mostly stagnated economically through much of seventeenth and eighteenth centuries. Annexed to Austria as part of the First Partition of Poland in 1772, Przemyśl was home to a small garrison, two bishoprics, several monasteries and synagogues, and not much else.⁸ This changed in 1854 when tense relations with Russia during the Crimean War resulted in the construction of a ring of brick artillery works around the city in 1854.⁹ The city was to guard key passes over the Carpathian Mountains in order to protect the Hungarian plain from attack in a war with Russia. This role led to Przemyśl being referred to as the Hungarian Gate or the Przemyśl Gate.¹⁰

Relations between Russia and Austria were generally cordial during the late 1850s and 1860s, so there was no significant additional work on the fortifications until Austria re-evaluated their strategic stance and military organization after the disastrous Austro-Prussian War of 1866. Austria, now Austria-Hungary, altered its political and military structure, and invested heavily in fortifications to overcome its obvious military deficiencies. As part of this construction boom, Austria-Hungary's Chief of Staff, Frederick Beck worked to fortify key cities along the Austro-Russian border.¹¹ Krakow, by dint of its geographical position, served as the western foundation for the Austrian defense. The Austrians also fortified Lviv, Zalishchyky and the river crossings at Jaroslau and Sierdawa. After Beck's building program, the most heavily fortified of these cities was Przemyśl. Favorably located near several tributaries of the Vistula and San Rivers and mountain passes over the Carpathian Mountains, Przemyśl was also located on a key railroad junction and was to serve as a fortified supply base for any potential Austrian offensive into Russian Poland.¹² After major construction was completed by the end of the 1880s, Przemyśl was surrounded by two rings of fortifications, and housed barracks and warehouse facilities for around 80,000 men, though the usual garrison was closer to 9,000.¹³

⁸ Kazimierz GIRTLEK: *Przemyśl w zaraniu doby autonomicznej*, Przemyśl, Południowo-Wschodni Instytut Nauk. w Przemyślu, 1999.

⁹ Hermann HEIDEN: *Bolwerk am San: Schicksal der Festung Przemyśl*, Oldenberg, Gerhard Stalling Verlag, 1940, pp. 34-36.

¹⁰ Beata ŚWIĘTOJANSKA: "Miasto Przemyśl: Garnizonem Armii Austro-Węgierskiej w Okresie Autonomii Galicyjskiej," *Rocznik Przemyński*, XL vol 4 (2004), pp. 29; Aleksy GILEWICZ: "Twierdza Przemyśl w XIX i XX w." *Rocznik Przemyński* XII (1968), pp. 197.

¹¹ Scott LACKEY: *The Rebirth of the Habsburg Army: Friedrich Beck and the Rise of the General Staff*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1995, pp. 117.

¹² Ralph BUTLER: "Frontiers of Central Europe and their Defense," in *The Geographical Teacher*, 6:6 (Autumn, 1912), pp. 336-341.

¹³ Curt DUNAGAN: op. cit., pp. 7, 278. The most comprehensive work on the construction of Fortress Przemyśl is Franz FORSTNER: *Przemyśl: Österreich-Ungarns bedeutendste Festung*, Vienna, Österrei-

Przemyśl's strategic role was solidified by the transfer of the Xth Army Corps headquarters to the city in 1889. The presence of this corps meant that additional buildings, offices, and administrative services like engineers, surveyors, artillery, and technical troops were available in the city. The corps brought more funds and staff officers, and local recruitment of troops was increased. There was also much more training of men and officers.¹⁴ As units were transferred out to Przemyśl, local recruits filled in the ranks, but the army still brought considerable diversity to the town. Most of the infantry units stationed in Przemyśl were made up of Polish and Ukrainian soldiers. The cavalry regiments were Hungarian and Polish, and the artillery units were mixed German and Czech. As was typical in the Austro-Hungarian army, the officer corps in all units was largely German and Hungarian.¹⁵

City life in Austria-Hungary.

The army attempted to shape the scattered loyalties and character of the town, to create loyal civilians and a stable frontier zone. The army was supposed to serve as a unifying imperial institution, and in Przemyśl it was a major representative of the Imperial government along the Russian border. The construction of fortifications required massive capital investment by the imperial government as well as large numbers of laborers and material. While many fortified cities are curtailed by their fortress belts, Przemyśl grew significantly during the construction period.¹⁶ These rings of fortifications and sizable barracks complexes were integrated into the city, and took up a large portion of Przemyśl's landscape, even within the city center.¹⁷ Before World War I, there were over ninety separate military buildings or complexes

chischer Bundesverlag, 1987. See also Tomasz IDZIKOWSKI: *Twierdza Przemyśl: Powstanie, Rozwój, Technologie*, Krosno, Arete Spółka z o.o., 2014 for a thorough architectural and technical examination of the fortress rings.

¹⁴ See Johann GRAULIK: *Das k. und k. Corps-Artillerie-Regiment Leopold Prinz-regent von Bayern No. 10: Chronik der Ereignisse vom Jahre 1854 bis 1894*, Vienna, Aus der kaiserlich-königlichen Hof- und Staatsdruckerei, 1894, pp. 229-230. According to Graulik, when the regiment moved out to Galicia in 1883, the officers tried everything to avoid going, fearing the harsh conditions and lack of coffeehouses on frontier. See pp. 211-212.

¹⁵ See Glenn JEWISON & Jörg C. STEINER: "Austro-Hungarian Armed Forces 1914," *Austro-Hungarian Land Forces 1848-1918*, <http://www.austro-hungarian-army.co.uk/comd1883.htm> (last accessed Sept. 15, 2015) and DUNAGAN: op. cit., pp. 284.

¹⁶ For a discussion of the issues involved with fortified cities see G. J. ASHWORTH: op. cit., pp. 52-58. For examples of city growth being restrained by city walls, see Carl E. SCHORSKE: *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture*, New York, Vintage Books 1981; Jacek PURCHLA: "The Urban Development of Kraków," in Eve BLAU and Monika PLATZER (ed.), *Shaping the Great City: Modern Architecture in Central Europe, 1890-1937*, Munich, Prestel, 1999, pp. 148-153; Ileana PINTILIE: "The Center of the Periphery: Timișoara's Urban Architectural Evolution," in Eve BLAU and Monika PLATZER (ed.), op. cit., pp. 154-157; Jacek PURCHLA: *Cracow in the European Core*, Cracow, Wydawnictwo BOSZ, 2008, pp. 157-158.

¹⁷ See the "Stadtplan von Przemyśl," (1907). <http://www.lvivcenter.org/en/umd/mapdetails/stadtplan-von-Przemysl-1907/>. (last accessed Sept. 1, 2015).

interspersed with houses, businesses, and workshops.¹⁸ Both the fort and the attendant garrison served as a direct spur to urbanization by requiring a supporting service economy. The military was by far the largest single employer in Przemyśl, with the number of soldiers dwarfing the numbers of workers, farmers, or tradesmen.¹⁹

Soldiers made up around twenty percent of the city population in the decades around the turn of the century. As a result, the garrison brought thousands of officers and men to the city, all of whom had disposable income. The city was unable to directly tax the soldiers, but they did resort to heavy taxation of commodities used by soldiers. In 1901 alone, Przemyśl raised a quarter of a million Kronen (or over half of the city budget) by taxing alcohol.²⁰ The garrison also spurred the development of a variety of military support industries. In 1890, there were 56 saddle makers, over 500 gunsmiths, and over 1700 construction workers.²¹ These in turn helped to drive growth in the city population (from 22,000 in 1880 to 54,000 in 1910) and resultant civilian construction. The number of civilian buildings exploded. Just in the period from 1880 to 1900, there was an almost two fold increase of both freestanding houses and apartments.²² Before the construction of the forts, Przemyśl boasted no significant industry or administrative function, so population growth was directly spurred by jobs related to the defense sector. Przemyśl's population rose rapidly during the construction of fortifications—from 15,000 to 54,000 between 1869 and 1910. While this era was generally a time of rapid urbanization, Przemyśl grew more rapidly than other Galician towns of similar size largely as a result of imperial defense spending.²³

In addition to its indispensable role in the local economy, the army had a significant impact on local governments. As the most important instrument of the Habsburg state, the army was probably the imperial government's main point of contact with the local population

¹⁸ Bogusław BOBUSIA, Marek GOSZTYŁA, and Monika ZUB: *Plany Twierdzy Przemyśl* vol. 3, Przemyśl, Archiwum Państwowe w Przemyślu, 2010, lists the existing Austro-Hungarian military buildings or complexes in and around Przemyśl as well as their current condition and use.

¹⁹ Franz FORSTNER: op. cit., pp. 15.

²⁰ *Echo Przemyskie*, "Budzet miasta Przemysla na rok 1901" (13 January 1901), pp. 2; Krzysztof BRONSKI, "The Roll of Mayors in the Development of Medium-sized Galician Towns Using the Examples of Nowy Sącz, Przemyśl and Stanisławów," in Jacek PURCHLA (ed.), *Mayors and City Halls: Local Government and the Cultural Space in the Late Habsburg Monarchy*, Krakow, International Cultural Center, 1998, p. 90. See also DALECKI: "Gospodarka finansowa samorządowych władz miejskich Przemyśla w latach 1867-1914," *Rocznik Przemyski* 28, (1991-1992), pp. 202-204.

²¹ Walerjan KRAMARZ: *Ludność Przemyśla w Latach 1521-1921*, Przemyśl, Towarzystwo Przyjaciół Nauk, 1930, pp., 68-71. Other trades likely working partially or entirely for the military include 852 cafeteria workers, 13 veterinarians, and 1220 tailors.

²² Jacek BŁOŃSKI: "Przemyśl: 'Najzaciejszy plac broni Galicji,'" *Nasz Przemyśl*, 54:3 (March 2009), pp. 41. KRAMARZ: op. cit., pp. 107. In 1880 there were 1208 freestanding houses, and by 1900 there were 2103. For apartment units, it was 3892 and 7658 respectively.

²³ Krzysztof BRONSKI: "The Roll of Mayors in the Development of Medium-sized Galician Towns Using the Examples of Nowy Sącz, Przemyśl and Stanisławów," in Jacek PURCHLA (ed.), *Mayors and City Halls...*, pp. 86.

and government.²⁴ Thanks to several laws granting Galician towns effective autonomy, Przemyśl's city council theoretically had control over military recruitment, local elections, taxation, and building barracks.²⁵ However, zoning, changes to infrastructure, and construction even of civilian buildings required approval from the fortress engineer.²⁶ The army effectively also controlled the police. Przemyśl's small civilian police force was supplemented by military police, and assisted by patrols of regular soldiers when necessary.²⁷

The army attempted to encourage loyalty and culture in Przemyśl by holding frequent concerts, parades, and inspections by members of the Habsburg family, but there was plenty of room for other cultural currents. The city was predominantly Polish, and was run by a Polish mayor, but the city council and government invariably had Ukrainian and Jewish representatives. While Polish culture was dominant, there was plenty of space for other peoples. Przemyśl featured many Polish nationalist clubs and associations, Jewish schools, and Ukrainian political parties and schools. Przemyśl served as a center for Ukrainian language education in several Greek Catholic run schools and seminaries.²⁸ The Greek Catholic church was a key component in Habsburg Galician politics and as the seat of a bishopric, Przemyśl was intimately involved in church politics.²⁹ Meanwhile, Jews were highly influential in the trade and business sectors, and ran four synagogues and several schools, though through the fortress era, they declined as a percentage of the population from 41% in 1869 to 30% in 1910.³⁰

Nationalist conflict did occur, though it was relatively minor when compared to elsewhere in Galicia. The Austrian administration in Galicia seems to have been much more concerned with Krakow and Lviv as centers of nationalist agitation than Przemyśl, which remained

²⁴ For the importance of the Austro-Hungarian army in the Dual Monarchy, see Istvan DEAK: *Beyond Nationalism: A Social and Political History of the Habsburg Officer Corps, 1848-1918*, New York, Oxford University Press, 1990, pp. ix; Gunther E. ROTHENBERG: *The Army of Francis Joseph*, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 1976; Alan SKED: "Social Attitudes and Legal Constraints: Army Life in the Habsburg Monarchy, 1890-1914," *Journal on European History of Law*, 2 (2012), pp. 11-32.

²⁵ Zbigniew BIERSDORF: "Town Halls in Galicia," in PURCHLA: op. cit., pp. 125-141.

²⁶ For example, the 1891 "Plan regulacji miasta Przemyśla" was written "in accordance with the k.k. military authorities" as well as the city Magistrate, city council, and other local authorities. This army influence over city plans resulted in many regions of the city being designated as restricted or off limits. See Archiwum Państwowe w Przemyślu, frond 129, folder 1713, pp. 1.

²⁷ Beata ŚWIĘTOJAŃSKA: "Twierdza Przemyśl," pp. 30, 215.

²⁸ See Christopher HANN: "Limits of Galician Syncretism: Pluralism, Multiculturalism and the Two Catholicisms," in Christopher HANN and Paul Robert MAGOCSI (eds.), *Galicia: A Multicultural Land*, Toronto, University of Toronto Press, 2005, pp. 225-240.

²⁹ See John-Paul HIMKA: *Religion and Nationality in Western Ukraine: The Greek Catholic Church and the Ruthenian National Movement in Galicia, 1867-1900*, McGill-Queen's University Press, Montreal & Kingston, 1999, pp. 43-48.

³⁰ Of course, the size of the Jewish population increased, just less quickly than the rest of the city. In 1869 there were 5,962 Jewish residents of Przemyśl, while in 1910 there were 16,062. See August S. FENCZAK: "Uwagi o rozmieszczeniu ludności żydowskiej w Przemyślu na przełomie wieków XIX i XX," in Feliksa KIRYKA (ed.), *Żydzi w Małopolsce: Studia z dziejów osadnictwa i życia społecznego*, Przemyśl, Południowo-Wschodni Instytut Nauk. w Przemyślu, 1995, pp. 265-272; DUNAGAN: op. cit. For Jews in Galicia more generally, see Piotr WRÓBEL: "The Jews of Galicia under Austro-Polish Rule, 1869-1918," *Austrian History Yearbook*, 25 (1994), pp. 97-138.

relatively quiet on the national front until the early 1900s, when a scattering of Ukrainian student led demonstrations occasionally disturbed the peace.³¹ Ukrainian nationalism was generally for additional rights within the Austrian system, and thus not especially threatening to imperial officials.³² Pro-Russian sentiment, though, was threatening. Ukrainians were often suspected or arrested for promoting pan-Slavism, worse, spying. Przemyśl was the frequent target of Russian spies, which were generally assumed to use the Ukrainian population for cover and support.³³

Austrian authorities were more concerned with the Social Democratic movement in Przemyśl who were vehemently opposed to the military and would constantly push against the army's influence in the city. Przemyśl was a major center for socialists in Galicia.³⁴ Led by Dr. Herman Lieberman, the Social Democrats in Przemyśl were associated with the Austrian Social Democratic party.³⁵ Lieberman was interested in the usual workers issues, but was deeply concerned with the role of the army in Przemyśl. He edited the radical *Głos Przemyski* and frequently attacked army policy and actions. As a result, his memoirs recount frequent harassment by officers. In 1900, a succession of officers challenged Lieberman to duels and threatened his family. Soon after, bands of offended workers attacked numerous officers one night, resulting in the arrest of Lieberman and twenty other socialists.³⁶ Bad blood continued between socialists and the garrison – on one occasion socialists attacked an army band celebrating the Emperor Franz Joseph's birthday.³⁷ Despite conflict with the army, the socialist mo-

³¹ For some examples, see See OStA - AVA Inneres Mdl Präsidium Carton A 2109 (Galicia 1903-1905) Zl. 1613/pr (24 November 1903), a report on 60 Ukrainians who met outside of Przemyśl.

³² For a good summary of nationalist conflict within Galicia, see Kerstin S. JOBST: "Compromise and confrontation: The so-called national question in Galicia," in Jacek PURCHLA and Wolfgang COS (eds.), *The Myth of Galicia*. Krakow, International Cultural Center, 2014, 166-169.

³³ For a few examples, see "Szpieg," *Głos Przemyski* (27 August 1899), pp. 3; "Znow areztowanie szpiegów rosyjskich w Przemyślu," *Głos Przemyski* (9 August 1902), pp. 3; and "Szpiegdy w twierdzy przemyskiej," *Głos Przemyski* (17 January 1903), 3-4. The most famous and damaging of these spies was COL Alfred Redl, who turned over plans for fortress Przemyśl along with war plans and other sensitive information to Russian intelligence. See Geoffrey WAWRO, *A Mad Catastrophe: The Outbreak of World War I and the Collapse of the Habsburg Empire*, New York, Basic Books, 2014, pp. 83-90.

³⁴ For an overview of the Social Democratic movement in Galicia, see Kerstin S. JOBST: *Zwischen Nationalismus und Internationalismus. Die polnische und ukrainische Sozialdemokratie in Galizien von 1890 bis 1914*, Hamburg, Dölling und Galitz, 1996. One report to the Austrian Ministry of the Interior warned that there were nine chapters of the Social Democratic Party in Przemyśl. See OStA - AVA Inneres Mdl Präsidium Carton A 2108 (Galicia 1898-1902), Zl: 126/pr. "Bericht des k.k. Statthalteri-Rattes in Bezirkshauptmannschaftsleiten im Przemyśl vom 5/7 1898," pp. 9.

³⁵ Przemyśl was the site of the first Polish Social Democratic party (thanks to a split with the Ukrainians) in Galicia. See Martin POLLACK: *Galizien: Eine Reise durch die verschwundene Welt Ostgaliziens und der Bukowina*, Frankfurt am Main, Insel Verlag, 2001, pp. 22-23; Paul ROAZEN: *Helene Deutsch: A Psychoanalyst's Life*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1992, pp. 31-34.

³⁶ See excerpts from Lieberman's memoirs in Stanislaw WIATER: *Przemyśl w Oczach Pisarzy: Antologia XX Wieku*, London, Oficyna Poetow i Malarzy, 1994, pp. 58-66; "Aresztowanych," *Echo Przemyskie* (11 November 1900), pp. 3; and OStA Allgemeines Verwaltungsarchiv (AVA) Inneres (Mdl) Präsidium Carton A 2109 (Galicia 1903-1905) P. Nr. 8984/MI 1903 (26 December 1903).

³⁷ OStA - AVA Inneres Mdl Präsidium Carton A 2109 (Galicia 1903-1905), P. Nr. 6147/MI 1904 (25 August 1904) and P. Nr. 6756/MI 1904 (21 September 1904).

vement grew substantially to the point that Lieberman was elected to Parliament in 1907, much to the dismay of the garrison. A celebratory march of eight thousand workers on 17 May 1907 turned into a test of strength between Lieberman's supporters and the army. While the protest turned violent and protestors threw rocks at a police barricade, soldiers and police officers, responded with bayonets and sabers. According to the police, there was only one protestor killed, but the socialists claimed that around two hundred workers had been wounded.³⁸ While events clearly got out of hand during this riot, the army also quickly and repeatedly reacted to quash pogroms and ethnic violence, usually effectively maintaining order.³⁹ Despite some resentment towards imperial officials, Przemyśl had a dynamic and multicultural civil society during the late Habsburg years.

World War I.

Though always a significant presence in the city, the military dominated civic life during World War I. The garrison ballooned to over 100,000, and Austria-Hungary's chief of staff Conrad von Hötzendorf directed the initial weeks of fighting from there.⁴⁰ Przemyśl was caught up in the varying fortunes of the Austro-Hungarian army –the city underwent two sieges, before surrendering to the Russian army on 22 March 1915. After a two-month Russian occupation, the city was recaptured by the Central Powers as part of the Gorlice-Tarnow offensive. After recapture, Przemyśl served as a logistical hub for further fighting on the Eastern Front and was never seriously threatened by Russian action again.⁴¹ Through these catastrophes, Austrian authorities and soldiers turned against the Ukrainian population, and Russian occupiers indulged in anti-Semitic persecution. Thus, Przemyśl illustrates how pre-existing tensions between ethnic and religious groups were exacerbated and turned to violence during

³⁸ OStA - AVA Inneres Mdl Präsidium A (Galicia 1907) carton 2111, Nr. 5992/MI 1907. At least 14 soldiers and police were injured while repressing the protest. See also "Das Polizeimassacre in Przemyśl," *Arbeiter Zeitung* (24 May 1907), pp. 4.

³⁹ One of the most significant was a pogrom on 23 May 1898. In response to a large riot attacking Przemyśl's Jewish sector, a full battalion of the 77th Infantry Regiment arrested over 100 and quickly restored order. See "Zaburzenia głodowe w Przemyślu" *Kuryer Lwowski* (27 May 1898), pp. 1-2; "Roboty lub chleba," *Echo Przemyski* (29 May 1898), pp. 2.

⁴⁰ Laurence SONDHAUS: *Franz Conrad von Hötzendorf: Architect of the Apocalypse*, Boston: Humanities Press, 2000, pp. 152-155.

⁴¹ For further details on Przemyśl during World War I see John FAHEY: "From Imperial to National: Przemyśl, Galicia's Transformation Through World War I," *REGION: Regional Studies of Russia, Eastern Europe, and Central Asia*, 4:2 (2015), pp. 195-218; Graydon A. TUNSTALL: *Blood on the Snow: the Carpathian Winter War of 1915*, Lawrence, Kansas, University Press of Kansas, 2010; ÍD.: *The Verdun of the East: Fortress Przemyśl in World War I*, Bloomington, Indiana, Indiana University Press, 2016; Bruno PROCHASKA: *Przemyśl 1914/15*, Vienna, Kommanditgeffschaft Payer & Co, 1935; HEIDEN; and Kevin J. STAPLETON: *Lives of Przemyśl: War and the Population of a Fortress Town in Galicia, Austrian Poland, 1914-1923*, unpublished master's thesis, University of Central Florida, 2016.

the First World War. In harsh conditions, the various ethnic communities turned increasingly against each other as the Austrians lost credibility and capacity to govern.⁴²

In September 1914, General Hermann Kusmanek, the fortress commander, ordered the destruction of over forty villages around Przemyśl. These were mostly inhabited by Ukrainians, and though there was some need to clear fields of fire for the fortress zone, the Austrians explicitly wanted to punish the perceived pro-Russian Ukrainian population and spies.⁴³ One Austrian Colonel even described leaving bombs and mines in abandoned Ukrainian houses near Przemyśl in order to prevent the inhabitants from returning.⁴⁴ As the Austrian army resorted to deliberately persecuting segments of the Galician population, local government officials were not far behind.⁴⁵ Przemyśl's city government supported Kusmaek in his actions forcibly relocating Ukrainian villagers. During the two sieges, the city government was largely subsumed by the fortress command, which took control over most aspects of city life. This proved a brutalizing experience, as hunger, low supplies and cold eventually forced Przemyśl to surrender to the Russian army. Before the surrender, soldiers and civilians trapped inside the fort saw the old imagined Habsburg values replaced with scrabbling for survival, distrust of Jews and Ukrainians, and ethnic hostilities.⁴⁶ Unequal resource distribution made things worse—soldiers and civilians justifiably resented the carefree and well fed lifestyle of some of the garrison's officers.

Ethnic hostilities came back to the forefront during the Russian occupation of Przemyśl. The Russians encouraged anti-Polish and anti-Jewish actions and around 4000 civilians were deported to Russia.⁴⁷ Several former Austrian officials collaborated with Russian led actions against Jews and Poles. The most notable of these is police inspector Eugen Wierzbowski, who guided Russians to Jewish houses to plunder, forced respected Jews to conduct menial and humiliating labor like street cleaning, and assisted the Russians in deporting Jews from the city.⁴⁸

⁴² John Deak has argued that the “state of exception” –Austria’s decision to suspend normal rights and governance during World War I– directly contributed to the empire’s collapse. See DEAK: *Forging a Multinational State: State Making in Imperial Austria from the Enlightenment to the First World War*, Stanford, Stanford University Press, 2005, pp. 261-276.

⁴³ Hadtörténelmi Levéltár II. 169. M. kir. 23 honv. Gyaloghadosztaly 3. K.u.k. Festungskommando in Przemyśl Op. Nr. 51/7 “Im Einvernehmen mit dem Artstbschef,” (21 September 1914).

⁴⁴ Austrian State Archives, KA, NFA Karton 1322, Folder 1345, K.u.K. 3 Verteidigungsbezirkskommander Res Nr. 397, “Auszüg aus dem Bericht über die Aktionen im III Verteidigungsbezirke während der Einthlusting.” (3 November 1914), pp. 12-13.

⁴⁵ Most of the victims were Ukrainians, who were subjected to summary execution and relocation due to suspicions of Russophilia. For examples, see Alexander WATSON: *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary in World War I: The People's War*. New York, Basic Books, 2014, pp. 144-145; PURCHLA and COS: op. cit., pp. 450.

⁴⁶ For an example see the diary of Helena Jabłńska, who blamed Jewish hoarders for much of the city's problems. Quoted in Curt DUNAGAN, op. cit., pp. 294.

⁴⁷ Yosef ALTBAUER: “Przemyśl During the Time of the Siege,” in Arie MENCZER (ed.), *Przemyśl Memorial Book*, Israel, Irgun Yotzei Przemyśl, pp. 174-177.

⁴⁸ Austrian State Archives, AVA Inneres Mdl Präsidium A (Galicia 1915) carton , Protokoll Nr 15635 (1915), “Verhalten der Polen in Galizien gegenüber der dartigen ju:dischen Bevo:lkerung. Anonyme An-

The city was recaptured by the Germans and Austrians on 3 June 1915, and the city regained its logistical and administrative role for Austrian forces in Galicia through the rest of the war. Upon regaining control of Przemyśl, the Austrian military authorities struggled with the dwindling resources and cohesion endemic in the crumbling Habsburg Empire. Soldiers in Przemyśl were required to gather nettles, encouraged to give to charitable organizations for widows and orphans, and attend concerts to raise money for the Red Cross.⁴⁹ Disciplinary problems became endemic – Russian prisoners of war apparently were able to wander around the street and cafes of the city, to the point that when Frederick Augustus of Saxony visited, the local commander had to order POWs off of the street, at least for the time of the visit.⁵⁰ Jaroslav Hašek’s fictional Good Soldier Švejk visited Przemyśl during these later years of the war – only to narrowly avoid death at the hands of a general who felt that his command needed more courts martial and summary executions.⁵¹

As the war dragged on, Przemyśl, like much of Austria-Hungary and the Polish lands, became less stable, less loyal and more nationalistic. There were several patriotic Polish demonstrations during 1917 and 1918. Most disturbingly, for the Austrians, was the reaction of town officials to these demonstrations. For example, a city wide demonstration against the diplomatic recognition of the Western Ukrainian People’s Republic on 18 February 1918 was joined by representatives of the county government, the *Regierungskommissär* of the city of Przemyśl, and a large number of teachers. Some of the officials even attended the demonstration in their civic uniforms. The protest morphed into a Polish nationalist demonstration and reached around 10,000 people.⁵² A week later, the Ukrainians held a counter-demonstration in favor of the peace treaty. This demonstration numbered 20,000 and ended with mass declaration of loyalty to Emperor Charles of Austria.⁵³ While this demonstration ostensibly supported the regime, it illustrated the instability of the region, and growing hostility between Ukrainians and Poles.

These trends came to a head in late October and early November 1918. As Austria-Hungary’s military and political control over Galicia faded, Poles and Ukrainians scrambled to

zeige.” See also Alexander WATSON: *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary in World War I: The People’s War*, New York, Basic Books, 2014, pp. 193-194. After the Central Powers recaptured Przemyśl, Wierzbowski received 22 months of hard labor for collaboration.

⁴⁹ For example, Austrian State Archives, Kriegsarchiv, Terr Befehle 66 Przemyśl 10 Korps, K.u.k. Militärstationenkommando in Przemyśl, “Militärstationenkommandobefehl No. 183” (3 July 1916), pp. 1-3; “Militärstationenkommandobefehl No. 301 (29 October 1916), 1-2; “Militärstationenkommandobefehl No. 345 (12 December 1916), pp. 1-2.

⁵⁰ Austrian State Archive K.u.k. Brückenkopfkommando Przemyśl, “Reservat-Militärstationenkommando-Befehl Nr. 7 (5 September 1917), pp. 1.

⁵¹ Jaroslav HAŠEK: *The good soldier Švejk: and his fortunes in the World War*, New York, Crowell, 1974.

⁵² Austrian State Archive, KA ZSt, KM Präs Akten, Carton 2428 Präsidium 52/5/16-2 “Sonderbericht über polnische Demonstrationen und Versammlung” (19 February 1918), pp. 24-27. See also Präsidium 52/5/16, “Polnische Demonstrationen in Galizien; Teilnahme von k.k. Beamten; Antrag auf deren Enthebung; Anregung anderer Massnahmen” (24 Feb 1918).

⁵³ Austrian State Archive, KA ZSt, KM Präs Akten, Carton 2428 Präsidium 52/5/13, “Politischer Stimmungsbericht” (7 March 1918), pp. 1-3.

fill the power vacuum. The Przemyśl city government contacted the Polish Regency Council on 10 October, which advised them to declare independence and unite with the Polish nation.⁵⁴ As Austrian troops finally withdrew, the Ukrainians attempted to seize the city to join it with the Western Ukrainian People's Republic on the night of 3-4 November. After a few days of skirmishing, Polish reinforcements arriving from Krakow forced Ukrainian forces out of the city.⁵⁵ Unfortunately, victorious Polish forces imprisoned Ukrainian nationalists and started a pogrom against the Jewish residents of the city. Both groups were subject to preemptive imprisonment and internment camps.⁵⁶ Many Poles saw these harsh actions as necessary, as Poland in 1918-1919 was in real danger of being overrun by most of its neighbors, requiring a strong demonstration of Polish national unity and power.

City Life in Interwar Poland .

When World War I ended in Eastern Europe, it rapidly transitioned into regional and local conflicts. In Przemyśl's case, after repelling the Ukrainians in early November, the city served as a logistical hub for the war between the Western Ukrainian People's Republic and the Polish Second Republic. The Austrian era military barracks, railroad stations, and warehouses were intact enough to let the city support Polish campaigns against Ukrainian held Lviv, as well as serve as a location to hold prisoners of war.⁵⁷ By 1920, fighting against the Ukrainians had been sidelined in favor of the war with the Soviet Union, which ended with Polish victory by early 1921. Faced with hostile neighbors on virtually all sides, and saddled with what it saw as a demeaning treaty on minority rights, the Interwar Polish Republic struggled with its multi-national character and political fragmentation.⁵⁸

Interwar Poland faced an incredible array of potential enemies, both internal and external. Most of Poland's neighbors objected to the country's existence or borders, and Poland contained a huge minority population which complicated the political makeup of the state. Located on the boundary between Polish lands to the west and Ukrainian lands to the east, Przemyśl was 64% Polish, 26% Jewish and a mere 10% Ukrainian in 1931.⁵⁹ However, the countryside around and to the east of Przemyśl was largely Ukrainian, so Przemyśl's Polish residents went out of their way to emphasize their national character. After violent birth of the

⁵⁴ Archiwum Państwowe w Przemyślu, frond 129, folder 2164, "Zarząd miasta Przemyśla" (1918).

⁵⁵ Yosef ALTBAUER: "Przemyśl Passes under Polish Rule," in MENCZER (ed.), op. cit. pp. 187-188; Curt DUNAGAN, op. cit.; LUFT: "November 1918," pp. 194-197.

⁵⁶ Israel COHEN: "My Mission to Poland (1918-1919)," *Jewish Social Studies*, 13: 2 (April 1951), pp. 162; "The Pogroms in Poland," *The Times* [London], 8 February 1919, pp. 7, *The Times Digital Archive*; WEST UKRAINIAN REPUBLIC: *The Bloody Book: Returns Concerning the Invasion of the Poles into the Ukrainian Territory of East Galicia in 1918/19*, Vienna, Waldheim-Eberle, 1919, pp. 53-55.

⁵⁷ *The Bloody Book*, op. cit.

⁵⁸ See Peter D. STACHURA: *Poland, 1918, 1945: An Interpretive and Documentary History of the Second Republic*, London, Routledge, 2004.

⁵⁹ Zdzisław KONIECZNY: "Przemyśl w latach 1918-1939," in *Tysiąc lat Przemyśla: zarys historyczny* vol. II, Warsaw, Państwowe Wydawn. Naukowe, 1974, pp. 271.

Second Polish Republic, it was important to establish national heroes to replace the Habsburg, Prussian, and Russian ones fostered by the various partitioning powers. Naturally, the Austrians left plenty of imperial monuments and iconography. Statues of Habsburgs, Austrian Eagles, and other imperial paraphernalia were removed in favor of new Polish flags, eagles, and heroes. Excluding cemeteries, the only Habsburg era monuments left in Przemyśl are religious or Polish nationalist in nature.⁶⁰

As Poland removed old Habsburg memorials, they had to be replaced by new Polish ones. In Poland's new pantheon of heroes, Joseph Pilsudski and his legionaries received most of the glory, and Przemyśl was the first city in Poland to build a monument to Pilsudski.⁶¹ However, there were other heroes and groups in the national pantheon. During the 1919-1920 war with the Ukrainians, many high school students and other young people –notably Irena Benschówna, referred to by Polish nationalists as a Polish Joan of Ark– fought and were killed. These young eagles –Eaglets– became martyrs in the aftermath of the war. A local movement to erect a monument in Przemyśl to the Eaglets started in 1924. It took a few years to raise enough momentum, but in 1936 the city council donated land and raised funds. A committee headed by Przemyśl's mayor Leonard Chrzanowski erected the statue. Unveiled on 11 November 1938, the Eaglets Monument consisted of a bronze statue of a young soldier, and a tall stone column topped with a bronze eagle, all in a modernist, interwar style.⁶² Located on a square next to the San River and 3rd of May Street, the monument is a powerful marker of Polish identity. As such, the monument proved controversial –as a prominent symbol of Polish nationalism, Ukrainian partisans tried to blow it up in 1939. The monument was demolished by the Germans during World War II.⁶³

Przemyśl also served as the site of a Polish corps headquarters during the interwar years. The transition from an Austrian Corps to a Polish one was reflected in the more national character of the units stationed in Przemyśl, which included the 22nd Mountain Infantry Division. The 22nd Division modeled its uniforms and customs off of the Gorale –Polish highlanders,

⁶⁰ For a discussion of the importance of Habsburg memorials and the post-war era, see Nancy WINGFIELD: "Conflicting Constructions of Memory: Attacks on Statues of Joseph II in the Bohemian Lands after the Great War," *Austrian History Yearbook*, 28 (1997), pp. 147-171.

⁶¹ The original monument was destroyed in World War II –the current monument to Pilsudski was built in 2002.

⁶² Kazimierz M. OSIŃSKI: "Orlątom Przemyskim poległym za Ojczyznę, 1918-1921," *WZLOTY* (November 1938). [<http://w.kki.com.pl/piointf/przemysl/dzieje/orleta/orleta.html>]

⁶³ Zdzisław KONIECZNY: "Krótko o historii pomnika 'Orląt Przemyskich'," *Walki polsko-ukraińskie w Przemyślu i okolicy: listopad, grudzień 1918*, Przemyśl, Tow. Przyjaciół Nauk, 1993. The monument remained in the minds of Przemyślers, though –as the Polish government became briefly more open to public participation in the 1980s–, residents began to agitate for the reconstruction of the monument. They argued that Przemyśl was one of the few places in Poland where young people actively worked for Polish independence, and that the Eaglets monument was an important reminder of Polish nationalism. The monument's reconstruction was slowed by the transition out of communism, but was finally completed in 1994. The monument still sends a firm message of Polish nationalism, and Polish-Ukrainian relations. See Archiwum Państwowe w Przemyślu Zespół 1270 Sygnatur 196, 1 and Juraj BUZALKA: *Nation and Religion. The Politics of Commemoration in South-East Poland*, Münster, Lit, 2008, pp. 98.

a major change from the imperial army of the pre-war era.⁶⁴ The Polish 10th Corps was one of the few Polish commands that did not directly border the Soviet Union or Germany – Poland's most likely regional opponents. As such, the corps was one of the few reserve forces available, and there were no major fortifications built during the interwar period. The Austrian forts continued to serve, though primarily as raw material for other construction, and the former cleared fields of fire were now available for civilian use. Newly available land was the largest source of urban and economic growth during the early 1920s and the 1930s. Former fortress areas were especially used for residential construction.⁶⁵ In general though, the economy struggled through the interwar years to find a replacement for Austro-Hungarian revenue. Feliks Mantel complained after World War I that Przemyśl had too many lawyers, too many doctors, and too many luxury good stores. These services had been supported by the Austrian army, but now «there was no longer the Austrian garrison, which fed everything.»⁶⁶

Though the city retained its military role as a new Polish headquarters, the municipality was the primary mover in the city rather than the army in the interwar years. Within the municipal government, Jews made significant progress. The first assistant Jewish mayor was elected in 1928 and city funds were allocated to Jewish schools and charities through the mid 1930s, when fresh elections solidified the control of the city council to more nationalistic Poles.⁶⁷ During this period, the army was a relatively minor presence in the city, without the massive spending of the pre-war era, or harsh actions of World War I. As such, Przemyśl's role in defending the nation was more metaphorical, with emphasis on building Polish national identity on the border with the Ukrainian lands.

World War II.

In September 1939, war again dominated Przemyśl. Przemyśl's 22nd Mountain Infantry Division served in various battles against the German invasion of the country. Since it lacked the time to properly concentrate, the division served piecemeal alongside other units. Przemyśl itself was defended by elements of the 24th Infantry Division, along with other hastily assembled reserve forces. These forces managed to hold the city for three days (11-14 September 1939) before retreating from the Wehrmacht.⁶⁸ The San River, which bisects Przemyśl, became the border between German and Soviet occupied zones of Poland. Sadly, during 1939-1941, many people crossed bridges in Przemyśl from one occupation zone to the other, thinking

⁶⁴ Franciszek GROŃSI: "Jednostki i instytucje Wojska Polskiego w Garnizonie Przemysl w latach 1918-1939," in Bogusław BOBUSIA: *85 Lat Garnizonu WP w Przemyślu*, Przemyśl, Archiwum Państwowe w Przemyślu, 2003, pp. 35-141.

⁶⁵ See Maciej DALECKI: *Przemyśl w Latach 1891-1939...*

⁶⁶ Quoted in Stanisław WIATER: op. cit. pp. 34.

⁶⁷ Y.A.: "The Nation, City and Community" in Arie MENCZER (ed.), op. cit., pp. 200-201.

⁶⁸ See Jacek BŁONSKI and Anna CIEPLIŃSKA: *Przemyśl w Czasie II Wojny Światowej*, Przemyśl, Muzeum Narodowe Ziemi Przemyskiej, 2015, pp. 6-15.

that life under the Soviets or Nazis could only be an improvement. The Soviet zone was relatively safe for Jews, but only because the Germans started extermination efforts two days after conquering the city. *Einsatzgruppen* rounded up and killed between over five hundred Jewish men in mid-September alone.⁶⁹

Przemyśl suffered severe damage during the German invasion of the Soviet Union in June 1941. The site of heavy fighting, around half of the city's buildings were damaged or destroyed. German occupation was equally harsh, particularly on the Jewish segment of the city. Of a refugee swollen Jewish population of over 23,000 Jews, only three hundred survived through the war. Nazi actions against the Jewish population followed a fairly typical pattern – Jews from Przemyśl and the surrounding area were forced into a ghetto for around a year, accompanied with an escalating pattern of harassment, which culminated in a succession of mass deportations. Around two-thirds of Przemyśl's Jewish population was sent to Belzec in late July/early August and November 1942, with other large groups sent to Auschwitz or killed on site in 1943.⁷⁰ Some Jews were saved in Przemyśl through the actions of a few local Poles, and in one case a German Wehrmacht officer who moved over 100 Jews to army barracks in order to protect them from the SS.⁷¹

Jews were not the only victims of the Nazi occupation. Former Austrian barracks were used to house mostly Soviet, but also Dutch, French, Yugoslavian, and Italian POWs in harsh conditions.⁷² In 2014, archeologists found the bodies of over 2,500 Russian Prisoners of War and Italians deemed to be traitors after Italy switched sides in 1944. Most of the victims starved to death or died of disease.⁷³ The remaining Polish population of Przemyśl was likewise harshly treated and resorted to underground schools and resistance led by the Home Army.⁷⁴

Open conflict between Ukrainians and Poles was another depressing feature of World War II, the result of the new Nazi ethnic order. The Ukrainian Insurgent Army (UPA), inspired by the possibilities of ethnic cleansing achieved by the Nazis attempted to eliminate Poles from Ukraine.⁷⁵ Poles responded with defensive militias, which also resorted to ethnic clean-

⁶⁹ For oral histories of the Holocaust in Przemyśl, see John J. HARTMAN and Jacek KROCHMAL (ed.): *Remember Every Day... The Fates of the Jews of Przemyśl during World War II*, Przemyśl, Towarzystwo Przyjaciół Nauk w Przemyślu, 2002.

⁷⁰ M. SCHATNER: "From outbreak of WW II until the liberation," in Arie MENCZER (ed.), op. cit., 371-372.

⁷¹ See for example The Jewish Foundation for the Righteous, "Albert Battel." <https://jfr.org/rescuer-stories/battel-albert/>

⁷² Jan RÓŻAŃSKI: "Przemyśl w latach drugiej wojny światowej," in *Tysiąc lat Przemyśla: zaras historyczny* vol. II, Warsaw, Państwowe Wydawn, Naukowe, 1974, pp. 351-436.

⁷³ Ludovica IACCINO: "Poland: 2,500 corpses of WW2 'traitor' soldiers found in Nazi camp mass graves," *International Business Times*, 4 December 2014. [<http://www.ibtimes.co.uk/poland-2500-corpses-ww2-traitor-soldiers-found-nazi-camp-mass-graves-1478057>] (accessed 15 September 2015).

⁷⁴ Jacek BŁONSKI and Anna CIEPLIŃSKA: op. cit., pp. 31-39.

⁷⁵ For an overview of the Polish-Ukrainian conflict, see Grzegorz MOTYKA: *Tak było w Bieszczadach: Walki polsko-ukraińskie 193-1948*, Warsaw: Oficyna Wydawnicza Volumen, 1999; Jerzy KOCHANOWSKI, "Gathering Poles into Poland: Forced Migration from Poland's Former Eastern Territories," and "Expulsion, Resettlement, Civil Strife: The Fate of Poland's Ukrainians, 1944-1947" in Philipp THER and Ana

sing. While the heaviest fighting between Ukrainians and Poles took place east of Przemyśl, raids by Ukrainian partisans started as early as May 1943 in nearby villages. After the Soviets occupied Przemyśl, fighting continued in the region, which necessitated several battalions of the new Polish army, the NKVD, and other forces to suppress.⁷⁶

Postwar.

World War II ended slowly in Przemyśl. It took time to end fighting between Polish and Ukrainian militias. Ethnic tensions exacerbated in World War I and enflamed in World War II culminated in the Polish and Soviet led Operation Vistula. This action forcibly removed over 100,000 Ukrainians, including the Lemko minority, from southeastern Poland to territories in newly acquired Western Poland.⁷⁷ Units stationed in Przemyśl took active part in removing Ukrainians from southeastern Poland.⁷⁸ Operation Vistula removed over 95% of Ukrainian residents in the regions around Przemyśl and Rzeszow, including 57,000 from the Przemyśl district. The Ukrainians were replaced by Poles transferred from Ukraine, but years of extensive violence by state and non-state actors shattered the region's civil society.⁷⁹

During the late 1940s and early 1950s, Przemyśl's residents struggled to recover from the war, to replace the cultural and economic contributions of Jews and Ukrainians, and sought to rebuild its shattered buildings and infrastructure. It also looked to find a broader economic role. With much of the city's traditional hinterland cut off by the Ukrainian border, the city stagnated economically. Military spending in southeastern Poland was minimal – Przemyśl housed a few battalions of the Polish Army, as well as border control forces, but as the city bordered Poland's ostensible ally the Soviet Union, the actual defensive role of the city was nonexistent.⁸⁰ The World Wars left Przemyśl a shadow of itself – depopulated, cut off from its hinterland, economically stagnant, geopolitically insignificant, and deprived of a leadership role in even southeastern Poland.

SILJAK ed.: *Redrawing Nations: Ethnic Cleansing in East-Central Europe, 1944-1948*, Lanham: Rowman & Littlefield Publishers, Inc., 2001.

⁷⁶ Grzegorz MOTYKA, pp. 321-333; Dariusz IWANECZKO: "Powiatowy Urząd Bezpieczeństwa Publicznego w Przemyślu – ognisystemu represji komunistycznych 1944-1956," in *Powiat Przemyński w latach 1944-1956*, Przemyśl: Państwowa Wyższa Szkoła Zawodowa w Przemyślu, 2006, pp. 13-32.

⁷⁷ Marek JASIAK: "Overcoming Ukrainian Resistance: The Deportation of Ukrainians within Poland in 1947," in Philipp THER and Ana SILJAK (ed.), op. cit.

⁷⁸ Tadeus ZAWITOWSKI: "Zarys Historii Jednostek Wojska Polskiego Garnizonu Przemyśla w Latach 1944-2003," in Bogusław BOBUSIA: *85 Lat Garnizonu WP*, pp. 195-208.

⁷⁹ Zdzisław KONIECZNY: "Przemyśl w latach 1944-1948," in *Tysiąc lat Przemyśla: zaras historyczny* vol. II, Warsaw: Państwowe Wydawn. Naukowe, 1974, pp. 437-546; Timothy SNYDER: *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*, New Haven: Yale University Press, 2003, pp. 196-198.

⁸⁰ See Tadeus ZAWITOWSKI: op. cit., pp. 198-199.

Conclusion.

Today, Przemyśl has a strange relationship with its time in the limelight, and the role thrust upon it by Austro-Hungarian strategic planning. The Austrian era fortress belt is now Przemyśl's major tourist attraction, and now features interactive maps, museums, guidebooks and biking paths. In the 1990s, Przemyślers even attempted unsuccessfully to have the fortress ring designated a UNESCO World Heritage site.⁸¹ However, the long years of Communism are a much more recent and relevant historical trauma, and direct knowledge of the old multinational city and pre-Communist world is mostly faded. This loss of historical memory was driven home by a conversation I had with a local historian Thomas Idzikowski about graffiti. "1909" and "1918" are perhaps the most common pieces of graffiti in Przemyśl. Curious, I asked Thomas what specific events these refer to –perhaps Polish independence, the war with Ukraine, or major socialist demonstrations. He replied that they are the years that Przemyśl's two soccer clubs were founded.⁸²

There is a tremendous change between multinational Habsburg Przemyśl and today's city –the loss of a multinational state has meant the loss of Przemyśl's diverse civil society. The Jewish community is essentially gone. The two surviving synagogues are now abandoned, and the Jewish cemetery is largely upheld by foreign donations.⁸³ While Przemyśl is again the home to a Greek Catholic cathedral, a Ukrainian consulate, a Ukrainian cultural center, and small Ukrainian population, their presence has been controversial. This was very apparent in the early 1990s. The Greek Catholic church had used the Carmelite Church for several centuries before the church was handed over to the Roman Catholics in 1946. Pope John Paul II planned to return the Carmelite Church to the Ukrainians during a visit in June 1991. However, a few dozen members of the Association for the Commemoration of the Przemyśl Eagles occupied the church throughout April and May to prevent it from being handed over to the Ukrainians. Eventually, the Ukrainians were given the former Jesuit Church instead, though this was also resented by Polish nationalists.⁸⁴ Later, over controversies over church spires, the mayor publicly said that Ukrainian culture is more foreign to Poles than Eskimo culture.⁸⁵ Today,

⁸¹ Archiwum Państwowe w Przemyślu frond 1270 folder 227, pp. 16-17 and 35. UNESCO turned down Przemyśl, saying that their application was insufficiently documented.

⁸² The teams are Polonia Przemyśl, founded in autumn 1909, and Czuwaj Przemyśl, founded in March 1918. Appropriately, Polonia's first game was against a team of Czechs and Slovaks from the Austrian garrison. See mkspolonia.pl/node/4

⁸³ The New Synagogue on ul. Slowackiego, built in 1910, served for a while after World War II as the city library, but is now empty. Dr. John Hartmann has been instrumental in restoration efforts at the Jewish cemetery.

⁸⁴ See Juraj BUZALKA: *Nation and Religion: the Politics of Commemoration in South-East Poland*, Berlin, Lit Verlag, 2007, pp. 91-94; Dmytro BLAZEJOWSKYI: *Historical Šematism of the Eparchy of Peremyśl including the Apostolic Administration of Lemkivščyna (1828-1939)*, Lviv, Kamenyar, 1995, pp 369-370.

⁸⁵ Timothy SNYDER: op. cit., pp. 220.

Przemyśl is a strong supporter of the Law and Justice Party, which ran in part as a Eurosceptic party opposed to immigration.

While nationalist reactions in border regions are sadly common, Przemyśl's case is exacerbated by its loss of status. Przemyśl entered the Post-Stalinist world without its minority communities, but also without its fortress, without any national or regional significance, and without economic vitality. The beneficiary of imperial defense spending, Przemyśl flourished as the third largest city in Austrian Galicia, until Austria-Hungary collapsed, and the city's strategic role changed completely. As a Polish corps command or a Soviet dominated border post, the city lacked its prewar significance and had to find new sources for economic growth. Despite the ultimately fleeting economic benefits of defense spending, much of Przemyśl's infrastructure has remained unchanged since the days of the Austro-Hungarian Empire. Former Austrian barracks are still used by the Polish Army, and in some cases have been used since 1918.⁸⁶ For example, Barrackenlager II, built in 1902 and used by various Austrian infantry brigades, was used by a Polish engineering detachment during the interwar years, is now home to the 5th Batalion Stzelcow.⁸⁷ The barracks have seen updates with electricity, new fencing, a basketball court, etc., but remain architecturally largely unchanged. Other barracks have been repurposed into schools, offices for the border patrol, and a city hospital.⁸⁸ Most locals are aware that the buildings used to be Austrian, but otherwise the memory of the multi-ethnic garrison town is mostly gone, replaced with an outpost of Polish culture on the border with Ukraine.

⁸⁶ See Bogusław BOBUSIA, *85 Lat Garnizonu WP*, Przemyśl: Archiwum Państwowe w Przemyślu, 2003.

⁸⁷ Archiwum Państwowe w Przemyślu frond 577 folder 68, pp. 23-25.

⁸⁸ For example, Barrackenlager 1 is now the Gimnazjum Nr. 1 im Orlat Przemyskich, Barrackenkasserne V is now the Biedszczadzki Oddział Strazy Granicznej, and Garrison Hospital No. 3 is now the Szpital Miejski w Przemyślu.

Traducciones

¿Era la Esparta clásica una sociedad militar?

Was Classical Sparta a Military Society?*

Stephen Hodkinson

University of Nottingham, Gran Bretaña

stephen.hodkinson@nottingham.ac.uk

Perspectivas modernas

El título de este ensayo plantea una de las cuestiones fundamentales que subyacen en la elección de “Esparta y la Guerra” como tema de este volumen.¹ En la investigación moderna, la imagen más común de Esparta en los siglos V y IV a.C. ha sido la de una sociedad dominada por elementos militares, más parecida a un campamento militar que a la comunidad de ciudadanos que podemos encontrar en cualquier otra polis griega. Tomemos, por ejemplo, los comentarios de varios trabajos convencionales sobre Esparta realizados por historiadores británicos. Así, de acuerdo con W. G. Forrest,

Fue la desgracia de Esparta que [sus instituciones] fuera[n] configurada[s] en el momento en que su eficacia militar era la única preocupación de la educación estatal; fue culpa de Esparta... que éstas se mantuvieran más o menos invariables mientras otros griegos iban descubriendo que existían otras virtudes además de la militar.²

* Traducido para la *Revista Universitaria de Historia Militar* por Silvia Suan Vives y Carlos Heredia Chimento con la autorización del autor. La versión original de este artículo apareció como capítulo de libro en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta and War*, Swansea, The Classical Press of Wales, 2006, pp. 111-162. Con el fin de hacer posible una lectura lo más enriquecedora posible para el público no experto en las cuestiones abordadas los editores han optado por añadir algunas notas al pie de página con aclaraciones sobre conceptos propios de la Grecia Antigua conforme aparecían a lo largo del texto.

¹ Que yo sepa, los problemas que abordaré únicamente se han tratado un estudio reciente, el excelente capítulo de Jean Ducat, publicado no como artículo académico, sino como manual dirigido a los estudiantes franceses que se preparan para el *Agrégation*, Jean DUCAT: “La société spartiate et la guerre”, en Francis PROST (ed.), *Armées et Sociétés de la Grèce classique: Aspects sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IVe s. av. J.-C.*, París, Errance, 1999, pp. 35-50. Agradezco a Paul Cartledge y a mi colega en la coedición de este volumen, Anton Powell, por sus exhaustivas críticas a mis tesis; a Paul Christesen, por su ayuda en relación al uso del militarismo espartano en los análisis de la inteligencia americana; y al público de Austin, Copenhague, Manchester, Esparta, Torun y Varsovia por sus sugerencias y sus útiles comentarios.

² William George FORREST: *A History of Sparta 950-192 BC*, Londres, W.W. Norton & Company, 1968, p. 53.

Para Geoffrey de Ste Croix Esparta fue «una comunidad de soldados profesionales».³ Para Moses Finley fue «un modelo de Estado militar».⁴ Paul Cartledge sostiene que el «nuevo sistema social [espartano], en funcionamiento desde tiempos de Heródoto, estuvo caracterizado por un énfasis primordial en la preparación militar y en una reducción de lo no-militar a los mínimos más básicos».⁵ De modo similar, J.T. Hooker piensa que «la disciplina por la cual los soldados espartanos eran famosos... era inculcada ya en las propias características campamentales de su ciudad»; y subsiguientemente se refiere a «la incesante búsqueda por parte de los espartanos de la eficacia militar como único fin».⁶ Visiones parecidas han sido habituales en los trabajos realizados por un gran número de académicos en otros países de Europa occidental y de los Estados Unidos, especialmente durante la segunda mitad del siglo XX.⁷

Estas perspectivas modernas, por supuesto, no carecen de fundamento en los testimonios antiguos. Tal y como discutiremos en breve con más detalle, éstas provienen básicamente de una serie de escritores clásicos, principalmente Aristóteles, cuya crítica a la política espartana por su orientación exclusiva hacia la guerra y el valor militar subyace claramente a las visiones citadas arriba.⁸ No obstante, las ideas académicas actuales en relación a la orientación militar de Esparta parecen provenir no solo de la lectura de las fuentes antiguas, sino también de ciertas características del clima mental y político moderno. Es muy revelador contrastar la incues-

³ Geoffrey E.M. de STE. CROIX: *The Origins of the Peloponnesian War*, Londres, Duckworth, 1972, p. 91.

⁴ Moses I. FINLEY: "Sparta", en Íd.: *The Use and Abuse of History*, Londres, Hogarth, 1986, p. 177.

⁵ Paul CARTLEDGE: *Sparta and Lakonia: A regional history 1300-362 BC*, Londres, Routledge, 1979, p. 156.

⁶ James Thomas HOOKER: *The Ancient Spartans*, Londres, J.M. Dent & Sons 1980, pp. 135 y 141.

⁷ Eugène CAVAIGNAC: *Sparte*, París, Fayard, 1948, p. 25; Ulrich KHRSTEDT: *Geschichte des griechisch-römischen Altertums*, Múnich, Münchner Verl., 1948, pp. 6-7; Alfredo PASSERINI: *Questioni di Storia Antica*, Milán, Carlo Marzorati, 1952, p. 71; Henri Irénée MARROU: *A History of Education in Antiquity*, Londres, Sheed & Ward, 1956 [1948], pp. 14-25; Franz KIECHLE: *Lakonien und Sparta. Untersuchungen zur ethnischen Struktur und zur politischen Entwicklung Lakoniens und Spartas bis zum Ende der archaischen Zeit*, Múnich, Beck, 1963, pp. 246-7; Anthony M. SNODGRASS: *Archaic Greece*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1980, p. 109; Pierre DUCREY: *Guerre et Guerriers dans la Grèce Antique*, París, Payot, 1985, pp. 68-9; Hermann BENGSTON: *History of Greece: From the Beginnings to the Byzantine era*, Ottawa, University of Ottawa Press, 1988 [1969], p. 68; Anton POWELL: *Athens and Sparta: Constructing Greek Political and Social History from 478 BC*, Londres y Nueva York, Routledge 1988, p. 215; Yvon GARLAN: *Guerre et Économie en Grèce Ancienne*, París, La Découverte, 1989, pp. 14 y 144; Victor David HANSON: *The Western Way of War*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1989, p. 38; Donald KAGAN: *Pericles of Athens and the Birth of Democracy*, Londres, Secker & Warburg, 1990, p. 72; Aksel DAMSGARD-MADSEN: *Graekenlands Historie*, Aarhus, Aarhus Universitetsforlag, 1993, p. 55; Paul A. RAHE: *Republics in Ancient and Modern, I: The Ancien Regime in Ancient Greece*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1994, pp. 125-6; Pierre BRIANT y Pierre LÉVÉQUE (eds.): *Le Monde Grec aux Temps Classiques: Tome 1, Le V siècle*, París, Presses Universitaires de France, 1995, p. 197; Donald KAGAN: *On the Origins of War and the Preservation of Peace*, Nueva York, Doubleday, 1996, p. 19; Thomas R. MARTIN: *Ancient Greece from Prehistory to Hellenistic Times*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1996, pp. 71, 75 y 77; Valerie FRENCH: "The Spartan Family and the Spartan Decline: changes in child-rearing practices and failure to reform", en Charles D. HAMILTON y Peter KRENTZ (eds.), *Polis and Polemos*, Claremont, CA, Regina, 1997, p. 244; Claude ORRIEUX y Pauline SCHMITT PANTEL: *A History of Ancient Greece*, Mass. y Oxford, Malden, 1999 [1995], pp. 73-4; César FORNIS: *Esparta*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 74.

⁸ *Pol.* 1269b25-6; 1271b2-6; 1324b7-9; 1334a40-b4; 1338b25-39.

tionable aceptación por parte de los expertos contemporáneos de las visiones de Aristóteles sobre la orientación militar de Esparta con las reacciones más críticas a sus visiones sobre otros aspectos de la sociedad espartana, como por ejemplo la política, la propiedad de la tierra y, sobre todo, las mujeres.⁹ Este contraste entre las respuestas positivas de los expertos en relación a la crítica de Aristóteles frente al supuesto militarismo de los espartanos y las reacciones negativas frente a su censura de la presunta ginecocracia es especialmente relevadora, teniendo en cuenta sobre todo que sigue las líneas divisorias de la sensibilidad moderna.¹⁰

Otro reflejo de la influencia de las percepciones intelectuales modernas es la recurrente tendencia a basar la noción de la orientación militar de Esparta en asociaciones o paralelismos con las llamadas “sociedades guerreras primitivas”. En 1918, el ensayo de W.S. Ferguson, “The Zulus and the Spartans: a comparison of their military systems”, comenzaba con la afirmación de que «ambos por igual hacen de la guerra y la preparación para la guerra los propósitos primordiales de su vida en comunidad».¹¹ Los comentarios de Ferguson fueron reiterados en la observación de H. Michell, según el cual «la aproximación más cercana a la organización militar de Esparta se encuentra en la de los zulúes bajo sus reyes guerreros».¹² Estudios posteriores han extendido esta comparación específica a afirmaciones generales más amplias. De acuerdo con A.H.M. Jones, «la famosa disciplina de los espartanos... es indudablemente muy antigua en esencia y tiene estrechas analogías con las costumbres de varias tribus de guerreros primitivos de todo el mundo».¹³ Por su parte, reflexionando en la comparación establecida por los propios griegos entre Esparta y Creta, L.H. Jeffrey afirma que «la investigación moderna... pone ambos casos bajo el foco de la antropología y halla las mismas prácticas, mutatis mutan-

⁹ Contrastan, por ejemplo, las hipótesis científicas que ven en el análisis hecho por Aristóteles de su orientación militar una característica fundamental de la sociedad espartana con la visión de que su valoración de la influencia mínima de los reyes de Esparta refleja sólo circunstancias del momento (e.g. en contra Geoffrey E.M. de STE. CROIX: *The Origins of the Peloponnesian...*, pp. 91 con 138-9) o que su explicación de la propiedad privada de la tierra describe tan solo alteraciones o cambios recientes. Véase Ephraim DAVID: “Aristotle and Sparta”, *AncSoc*, 13/14 (1982-1983), pp. 67-103. De un modo similar, contrasta la autoridad que Hooker concede implícitamente a los comentarios de Aristóteles en relación al militarismo espartano con su marginación de la explicación del mismo autor sobre la divisibilidad de las fincas espartanas (se muestra contrario James Thomas HOOKER: op. cit., 1980, pp. 141, con 116 y 142-3). Para otros ejemplos de la marginalización del testimonio de Aristóteles sobre la tenencia de tierras espartana véase Stephen HODKINSON: *Property and Wealth in Classical Sparta*, Londres, 2000, p. 105 n. 6.

¹⁰ Para la calificación del testimonio de Aristóteles sobre las mujeres espartanas sobre la base de que su ‘enfoque quintaesencialmente’ sexista le llevó a sobreestimar la magnitud de la influencia femenina véase Paul CARTLEDGE: “Spartan Wives: Liberation or Licence?”, *CQ* n.s., 31 (1981), esp. 104-5; véase también Ellen MILLENDER: “Athenian Ideology and the Empowered Spartan Woman”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta: New Perspectives*, 1999, 371. Su perspectiva misógina es criticada incluso por las interpretaciones modernas más empáticas, por ejemplo Sarah B. POMEROY: *Spartan Women*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, pp. 151 y 160.

¹¹ William Scott FERGUSON: “The Zulus and the Spartans: A Comparison of Their Military Systems”, *Harvard African Studies*, 2 (1918), p. 197.

¹² H. MICHELL: *Sparta*, Cambridge, Cambridge University Press, 1952, p. 232 n. 1.

¹³ Arnold Hugh Martin JONES: *Sparta*, Oxford, Basil Blackwell, 1968, p. 34.

dis, reflejadas en... otras tribus guerreras».¹⁴ Del mismo modo, Henri Marrou apunta que «estas regiones todavía conservan ciertos rasgos de una civilización antigua que se habría perdido en otros lugares del mundo».¹⁵

La falta de espacio impide llevar a cabo aquí un estudio completo sobre el desarrollo de la idea de la orientación militar de Esparta dentro de la historiografía moderna; una cuestión que, en sí misma, debe situarse en el marco más amplio de la evolución de las cambiantes percepciones sobre Esparta en el pensamiento político e intelectual occidental.¹⁶ He centrado mi pequeño estudio introductorio primordialmente en los trabajos de historia antigua escritos desde la Segunda Guerra Mundial con el fin de resaltar el predominio de esta idea en la historiografía reciente. No obstante, es conveniente tener en cuenta, siquiera brevemente, hasta qué punto las últimas investigaciones han estado influenciadas por la identificación política de Esparta con dos grandes regímenes militares durante el siglo XX: la Alemania Nazi y la Unión Soviética.¹⁷ Precisamente, haciendo uso de asimilaciones más tempranas del pensamiento germánico entre los espartanos y los germanos, entendidos ambos como líderes de las razas dorias y nórdicas/arias, los propagandistas nazis y los clasicistas alemanes basaron durante los años treinta y cuarenta el ethos del Tercer Reich en los supuestos precedentes del militarismo espartano.¹⁸ Esta asociación entre Esparta y Alemania fue aceptada con entusiasmo en el Reino Unido, especialmente por los pensadores liberales y socialistas deseosos de retratar su país como el equivalente de la democrática Atenas en tiempos de guerra.¹⁹ Probablemente, esto ejerció una considerable influencia en la casi unánime visión de la orientación militar de Esparta entre los historiadores británicos de la Antigüedad en la postguerra, muchos de los cuales se caracterizaron por sus tendencias políticas izquierdistas. Más tarde, en las discusiones que tuvieron lugar

¹⁴ Lilian Hamilton JEFFEREY: *Archaic Greece*, Londres, Ernest Benn, 1976, p. 114.

¹⁵ Henri Irénée MARROU: *A History of Education in Antiquity*, París, 1956 [1948], p. 14.

¹⁶ Presenté una visión general de este tipo en mi obra *Sparta: Comparative Approaches*, Swansea, Classical Press of Wales, 2009, que examina entre otras cosas el militarismo espartano en una perspectiva histórica comparada.

¹⁷ A continuación sigue un breve resumen de Stephen HODKINSON: "The Modern Mirage of Spartan Militarism", *Omnibus*, 52 (2006).

¹⁸ Sobre la identificación alemana con Esparta durante el Tercer Reich y sus antecedentes véase Elizabeth RAWSON: *The Spartan Tradition in European Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1969, pp. 306-43; Karl CHRIST: "Spartaforschung und Spartabild. Eine Einleitung", en Íd. (ed.), *Sparta*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgemeinschaft, 1986, pp. 1-72; Stefan REBENICH: "From Thermopylae to Stalingrad: The Myth of Leonidas in German Historiography", en Anton POWELL y Stephen HODKINSON (eds.), *Sparta: Beyond the Mirage*, Londres y Swansea, Classical Press of Wales and Duckworth, 2002, pp. 330-2, con extensas referencias; y de modo general Volker LOSEMANN: *Nationalsozialismus und Antike. Studien zur Entwicklung des Faches Alte Geschichte 1933-1945*, Hamburgo, Hoffmann und Campe, 1977. Retratos académicos del militarismo espartano en Helmut BERVE: *Sparta*, Leipzig, Bibliographisches Institut, 1937; Otto Wilhelm von VACANO et alii: *Sparta. Der Lebenskampf einer nordischen Herrschaft*, Kempten, Allgauer Druckerei und Verlagsanstalt, 1940.

¹⁹ Cf. Richard Howard Stauford CROSSMAN: *Plato Today*, Londres, Routledge, 1937, p. 239; Gilbert MURRAY: *Greek Studies*, Oxford, Clarendon Press, 1946, pp. 202 y 204, una lectura para la Royal Society of Arts en 1941, especialmente interesante por su asociación entre Esparta y el militarismo alemán y con los salvajes primitivos. La conexión entre el militarismo espartano y el nazismo es también evidente en el pensamiento francés: Henri Irénée MARROU: op. cit., p. 23.

en el seno de la “comunidad de inteligencia” estadounidense, Esparta fue repetidamente invocada como el arquetipo ideal en el diseño de la economía militarizada de la Unión Soviética, especialmente durante la administración Reagan de los ochenta.²⁰ Esta asociación de largo recorrido entre Esparta y la Unión Soviética forma un sugerente telón de fondo para las recientes afirmaciones realizadas por varios expertos estadounidenses en lo que se refiere al militarismo espartano, especialmente aquellos que apoyan la política internacional republicana.²¹

La potencia de la imagen militar de Esparta durante el siglo XX, sustentada por poderosas y modernas analogías políticas, ayuda a explicar por qué ésta ha sido una de las pocas nociones que se han mantenido inalteradas en las significativas reevaluaciones sobre el carácter de la sociedad espartana, algunas de las cuales han sido llevadas a cabo en el marco de la más reciente investigación especializada. Por tanto, es momento ya de reconsiderar dónde sigue vigente a día de hoy la imagen militar de Esparta. Desde mi punto de vista, la última generación de investigadores ha producido, desde los años ochenta, una serie de nuevas interpretaciones interrelacionadas que deberían poner en cuestión dicha imagen. Estudios sobre una amplia variedad de aspectos de su sociedad nos han proporcionado una perspectiva más rica de la complejidad de la vida espartana, concluyendo que los rasgos militares de Esparta adquieren una posición menos dominante. A menudo, las investigaciones recientes han personificado también una tendencia dirigida a «normalizar» Esparta y a rescatarla de las imágenes propias

²⁰ Rush V. GREENSLADE: “The Many Burdens of Defense in the Soviet Union”, *Studies in Intelligence*, 14:2 (1970), pp. 9-10; Gregory G. HILDEBRANDT (ed.): *Rand Conference on Models of the Soviet Economy, October 11-12, 1985*, Santa Mónica, Rand, 1985, pp. 18 y 139-40, citando declaraciones del expresidente del National Intelligence Council, Henry S. Rowen en octubre de 1984; Congressional Information Service, 1984, p. 27 (testimonio de Robert M. Gates, Subdirector de Inteligencia, CIA, el 21 de noviembre de 1984, en el Congress Joint Economic Committee, Subcommittee on International Trade, Finance, and Security Economics; cf. Robert M. GATES: *From the Shadows: The Ultimate Insider's Story of Five Presidents and How They Won the Cold War*, Nueva York, Simon & Schuster 1996, pp. 318-19); Alvin H. BERNSTEIN: *Soviet Defense Spending: The Spartan Analogy*, Santa Mónica, Rand, 1989 (un estudio preparado para el Director de la Net Assessment, Oficina del Secretario de Defensa); Íd.: “Imperialism, Ethnicity and Strategy: The Collapse of Spartan (and Soviet) Hegemony”, en Charles D. HAMILTON y Peter KRENTZ: op. cit., pp. 275-6. Las reservas respecto a la analogía expresada por el analista de la Rand Corporation, Abraham S. Becker, en un informe preparado para la Fuerza Área de los Estados Unidos (Abraham S. BECKER: *The Burden of Soviet Defense: A Political-Economic Essay*, Santa Mónica, Rand, 1981, pp. 4 y 35) no ejercieron freno aparente tras su posterior repetición.

²¹ Cf. Victor David HANSON: op. cit., p. 38: «la cerrada sociedad militarista espartana»; Donald KAGAN: *Pericles of Athens...*, p. 72: «Esparta fue un estado militar»; Íd.: *On the Origins of War and the Preservation of Peace*, Nueva York, 1996, p. 19: «Todo el sistema estaba diseñado para producir soldados»; Paul A. RAHE: op. cit., p. 125: «convirtiendo la ciudad en un campamento, la polis en un ejército; y el ciudadano en un soldado». Un telón de fondo sugerente: Bernstein fue formado por Kagan y su artículo de 1997 fue publicado en el epílogo de *Festschrift* (Charles D. HAMILTON y Peter KRENTZ (eds.): op. cit.); Rowen y Kagan son miembros ambos del *Project for the New American Century*, del mismo modo que Bernstein hasta su muerte en 2001; Rahe también fue pupilo de Kagan, dedicándole su libro (¡y a W.G. Forrest!) y también participó en su *Festschrift*. En relación a Hanson véase el título de su entrevista a la National Public Radio el 13 de marzo del 2004: «La guerra contra el terrorismo en la Antigua Esparta y los Estados Unidos».

de un «parque temático»,²² todo ello basándose en una creciente toma de conciencia respecto a los numerosos aspectos en los que su sociedad –por todas sus peculiaridades– fue también característicamente griega. Desde esta perspectiva, imágenes de Esparta como aquellas transmitidas por Forrest –una atípica polis dominada por su orientación únicamente militar– parecen menos plausibles.

Otro ámbito donde ha mejorado nuestra comprensión ha sido el de las simplistas analogías entre Esparta y las llamadas sociedades “primitivas”, que han llevado a desautorizar estos enfoques, sobre todo gracias a la mayor sofisticación de los análisis antropológicos. La investigación en el seno de la antropología africana ha demostrado que las costumbres supuestamente primitivas de las tribus guerreras usadas como comparación con Esparta fueron tradiciones recientemente inventadas, a menudo por parte de sociedades que reconstruían sus identidades culturales frente al colonialismo y la modernización occidentales.²³ Del mismo modo, las últimas investigaciones indican que los supuestos paralelismos históricos entre la organización militar de la Esparta y la Creta antiguas son el producto de la invención clásica, dependientes de un constructo artificial de la *politeia* cretense desarrollada en una de las escuelas filosóficas del siglo IV a.C.²⁴ También ha quedado claro que Esparta, en sí misma, no fue una sociedad estática, sino que estuvo sometida al cambio de forma constante, adaptando sus instituciones y sus prácticas a las nuevas circunstancias de cada período, desde el VII hasta el IV a.C., e incluso más allá. Nada de esto excluye necesariamente la idea de que la sociedad espartana tuviera una orientación militar especial, pero socava la noción de que tal cosa fuera el resultado de la supervivencia de una primitiva condición guerrera.

Finalmente, ha habido un avance similar en la comprensión de las representaciones de la sociedad espartana en las fuentes antiguas, con una percepción más aguda de los efectos distorsionadores resultantes del fenómeno conocido como el “espejismo espartano”. Debido al largo conflicto entre Esparta y Atenas durante el último tramo del siglo V a.C. y la creación de un imperio a principios del IV a.C., pocos de los escritores atenienses o bajo influencia ateniense, que son los que nos proporcionan la mayor parte de nuestros testimonios, estuvieron en posición de escribir acerca de los aspectos militares de la sociedad espartana desde una perspectiva neutral. Por consiguiente, sus declaraciones requieren a menudo de una cuidada y exhaustiva contextualización e interpretación. Así pues, mi reevaluación de la imagen militar de Esparta comenzará con las representaciones del carácter de la sociedad espartana por parte de las fuentes antiguas.

Sin embargo, antes de nada, son necesarias algunas observaciones en torno a cuestiones terminológicas. Aunque los conceptos “militarismo” o “militarista” han sido frecuentemente

²² Le debo la frase a P.J. RHODES: “Introduction”, en Lynette G. MITCHELL y Peter John RHODES (eds.), *The Development of the Polis in Archaic Greece*, Londres y Nueva York, Routledge, 1997, p. 3.

²³ Nigel M. KENNELL: *The Gymnasium of Virtue: Education and Culture in Ancient Sparta*, Chapel Hill y Londres, University of North Carolina Press, 1995, pp. 143–5.

²⁴ Paula PERLMAN: “Imagining Crete”, en Mogens Herman HANSEN (ed.), *The Imaginary Polics* (Acts of the Copenhagen Polis Centre, vol. 7), Copenhagen, 2005, pp. 282–334.

aplicados en la sociedad espartana en discusiones académicas anteriores,²⁵ de ahora en adelante evitaré su uso en mi discusión sobre la presunta orientación militar de Esparta debido al peligro de anacronismo histórico. Aunque el debate en relación a la orientación militar de las antiguas monarquías absolutistas fue un rasgo significativo de los debates políticos de los siglos XVII y del XVIII, el término “militarismo” solamente se desarrolló en la mitad del siglo XIX, siguiendo el declive del pensamiento clásico republicano y la emergencia del Estado como entidad conceptual separada de sus ciudadanos.²⁶ Un sintético estudio moderno del concepto “militarismo” lo divide en dos modelos aplicables a diferentes tipos de sociedades.²⁷ El más reciente es, al mismo tiempo, el más claramente anacrónico, es decir, el que se refiere al “complejo-industrial militar” de ciertas sociedades recientes y actuales altamente tecnificadas. El más antiguo y primigenio tipo de “militarismo” describe algunas de las sociedades menos industrializadas de la Europa de finales del XIX y principios del XX. A pesar de que algunos analistas incluyen las sociedades pre-modernas en sus discusiones,²⁸ el marco de referencia primordial del concepto fueron aquellas naciones-estado contemporáneas—especialmente el emergente estado germano-prusiano— que fueron juzgadas por caracterizarse exclusivamente por una naturaleza militar, un espíritu militarista omnipresente, una organización paramilitar a gran escala y una priorización de la preparación para la guerra que implicaría programas de austeridad civil. Incluso este tipo de “militarismo” anterior suponía una distinción entre las esferas civiles y militares y definió ese estado de cosas en el que las cuestiones militares y los hombres de armas dominaban sobre la ciudadanía y los asuntos civiles.

Semejantes niveles de “militarismo” fueron ajenos no solo a la comunidad de ciudadanos-soldados de Esparta, sino también al resto de polis griegas, en las cuales no existía tal separación entre las esferas civil y militar.²⁹ De ahí la acuñación en ciertos estudios recientes de conceptos tales como “militarismo cívico” [*civic militarism*] o “la militancia ciudadana” [*le militantisme du citoyen*] con el fin de reflejar la particularidad de la situación propia de la Antigüedad.³⁰ Asimismo, el tipo previo de “militarismo” también incluyó preocupaciones diferentes al problema puramente militar de ganar la guerra. En palabras de Alfred Vagts:

un ejército construido de tal forma que sirve a los militares, y no la guerra, es militarista; e igualmente lo es todo aquello que, en un ejército, no es entrenamiento para el

²⁵ Los términos se utilizan de manera especialmente indiscriminada en las discusiones modernas dirigidas a un público no académico, por ejemplo Gilbert MURRAY: op. cit., p. 202; Alvin H. BERNSTEIN: op. cit., v.

²⁶ Cf. Alfred VAGTS: *A History of Militarism: Civilian and Military*, Londres, Meridian Books, 1959, pp. 13–17; Doyné DAWSON: *The Origins of Western Warfare: Militarism and Morality in the Ancient World*, Boulder and Oxford, Westview Press, 1996, pp. 4 y 189–91.

²⁷ Volker R. BERGHAIN: *Militarism: The History of an International Debate, 1861-1979*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, pp. 105–18, esp. 116.

²⁸ Por ejemplo Herbert SPENCER: *The Principles of Sociology*, vol. II, Londres, 1882, ii. 568-602, aunque el mismo Spencer no utiliza el término «militarismo», sino la frase «sociedad de tipo militar».

²⁹ J. DUCAT: “La société spartiate et la guerre”..., pp. 45–7.

³⁰ D. DAWSON: op. cit., p. 4; J. DUCAT: “La société spartiate et la guerre”..., p. 47 citando a P. Veyne.

combate, sino que existe meramente para diversión o para satisfacer caprichos en tiempos de paz... En tiempo de guerra... todo lo que no sea perseguir la victoria es militarista.³¹

A pesar de que la última frase de la cita podría aplicarse al comportamiento de ciertos comandantes espartanos, estas características del moderno militarismo no son aplicables a la sociedad o la política espartana en su conjunto.³² Incluso aquellos escritores antiguos que caracterizaron la sociedad espartana como campamental centraron sus críticas, tal y como veremos, en lo que ellos veían como una excesiva concentración en la guerra y en la conquista, pero no en desviaciones militaristas como aquellas esbozadas por Vagts.³³ Mi exposición en este ensayo se centrará consecuentemente en la importancia de los aspectos *militares* de la vida social espartana, es decir, en aquellos aspectos de sus instituciones sociales, prácticas y valores que atañen a la preparación de un modo exitoso de hacer la guerra. Mi objetivo es valorar su importancia en comparación con aspectos de la vida de la polis que tenían otros objetivos no militares, aspectos que podríamos caracterizar ampliamente como “cívicos”. A pesar de que las poleis griegas no tenían la separación de las esferas civil y militar característica de las sociedades occidentales más modernas, los escritores clásicos –tal y como veremos en breve– expresaron frecuentemente una distinción entre los aspectos o las actividades militares y no militares de la vida de la polis, así como también entre las virtudes militares y las no militares. Asimismo, las poleis griegas variaban en su grado de concentración en las virtudes militares y la preparación para la guerra. Por ende, en línea con estas distinciones contemporáneas es legítimo preguntarnos cuán importantes fueron los elementos militares en la síntesis del ciudadano-soldado de Esparta.

Representaciones de la Antigüedad

Comenzaré mi análisis examinando los relatos escritos en los períodos arcaico y clásico. Tal y como se ha indicado, el testimonio de algunos de estos escritores es utilizado habitualmente para demostrar que la sociedad espartana estaba excesivamente orientada hacia los valores militares y la guerra. Sin embargo, por mi parte sugeriré que una perspectiva en cierto modo diferente emerge cuando éste testimonio es examinado en su contexto y se tiene en cuenta toda la variedad de opiniones contemporáneas.

³¹ A. VAGTS: op. cit., p. 15.

³² Cf. M.I. FINLEY: op. cit., pp. 171-3 (aunque erróneamente caracteriza a los críticos del siglo IV a.C. espartano como propensos a la condena del militarismo). Incluso la ética de los espartanos que haría preferible una muerte noble en la batalla a una vida en la desgracia fue vinculada a la proposición de que tal comportamiento condujo a una menor pérdida de vidas (Jen. *Lak. Pol.* 9.1-2), un sentimiento ya presente en Tirteo fr. 11, pp. 11-13.

³³ Los partidarios del imperialismo espartano también le aplauden por el mismo enfoque obstinado en la conquista militar condenado por sus críticos (Aristóteles *Politics* 1333b11-22).

Puede parecer que la orientación militar de Esparta queda demostrada ya en el período arcaico a través de la poesía de Tirteo, sobre todo en su comparación de las virtudes militares y otras de diferente signo en el fragmento 12.1-9:

No considerare a un hombre digno de mención
por su habilidad en las carreras o en la lucha libre,
ni siquiera si tuviera el tamaño y la fuerza de un Cíclope
o si superó en carrera a los Bóreas tracios
o si superó a Tithonos en buena apariencia
o a Midas y Kinyras en riqueza
o eclipsó a Pélope hijo de Tántalo en realeza
o tuvo el don de Adrastos del habla melosa
o cualquier otra virtud, salvo la fuerza de un guerrero...³⁴

El testimonio de Tirteo es especialmente importante porque proviene de un espartano nativo, en contraste con los relatos de cronistas externos de los que dependemos para el período clásico. No hay duda del énfasis que hace el pasaje en la prioridad de la destreza militar sobre habilidades no militares e incluso atributos personales. No obstante, debemos tener cuidado frente a la posibilidad de caer en el exceso interpretativo. Tirteo escribió su relato en el contexto de la lucha de Esparta por preservar su control sobre los rebeldes mesenios y, por tanto, sus poemas constituyen en parte una llamada a las armas dirigida a los ciudadanos espartanos en mitad de aquel grave conflicto.³⁵ Así pues, su tono militar es explicable gracias al contexto. Además, Tirteo no desestima totalmente otras cualidades no militares; defiende más bien que no las valoraría en hombres que no demostraran también destreza militar. La misma necesidad de tales opiniones denota una audiencia espartana que no está, de ninguna manera, convencida de su verdad. Que la visión de Tirteo no era una declaración completa e incontestable de los valores espartanos en el período arcaico se puede observar en otro testimonio que avala la alta consideración de los espartanos por varios de los valores no militares que él mismo menciona. Nótese, por ejemplo, la importancia de las inscripciones atléticas de tipo privado para corredores y luchadores y el reconocimiento público que la polis dio al éxito en dichas prácticas a través de listas oficiales de ganadores durante el siglo VI y principios del V a.C.³⁶ De modo similar, no se pone en duda la importancia de las cualidades regias en vista de la importancia primordial de los reyes en la Esparta arcaica. De hecho, el propio Tirteo hace hincapié en los méritos de la realeza en sus otros poemas.³⁷

Sin embargo, ¿qué hay del uso que se hizo de la poesía de Tirteo en la Esparta clásica? Dos escritores del siglo IV a.C. –Platón (*Leyes* 629a-e) y el orador ateniense Licurgo (*Contra*

³⁴ Cf. también frs. 10 y 11.

³⁵ Cf. especialmente frs. 5, 8-12, con *Testimonia* 1-12.

³⁶ Stephen HODKINSON: "An Agonistic Culture? Athletic Competition in Archaic and Classical Spartan Society", en Stephen HODKINSON y POWELL (eds.), *Sparta: New Perspectives...*, pp. 152-7.

³⁷ Cf. frs. 2, 4, 5.

Leokrates 106-7)— indican que su poesía era recitada a los espartanos contemporáneos y ambos observan en sus poemas alabanzas y estímulos a la bravura en la guerra. No obstante, ningún escritor llega a la conclusión de que la sociedad espartana estuviese impregnada de un conjunto dominante o distintivo de valores militares. Platón contrasta de un modo explícito la atención de Tirteo en la exclusiva excelencia del valor militar con las leyes establecidas por el legislador espartano Licurgo que, según el propio Platón, fueron promulgadas con la vista puesta en un conjunto más completo de excelencias, incluidas la justicia, la moderación y la sabiduría (630d-e; cf. 630a). El orador ateniense Licurgo cita los poemas de Tirteo en su acusación a Leokrates, un conciudadano ateniense, por cobardía. El pasaje en cuestión forma parte de una invocación más larga de los principios normales que regirían la bravura ateniense, acusando a Leokrates de haberlos mancillado. De hecho, lo que hace Licurgo es unir las cualidades militares descritas por Tirteo con los códigos propios de la valentía ateniense a través de una tradición inventada que hace de Tirteo un ateniense de nacimiento. Por consiguiente, Licurgo presenta los valores militares descritos por Tirteo no como algo distintivamente espartano, sino como unos valores comunes compartidos también por los atenienses. Finalmente, conviene destacar el contexto en el que los poemas de Tirteo son recitados. A pesar de que Platón afirma que los espartanos eran empapados de aquellos poemas, el único contexto preciso mencionado por cualquiera de los dos autores en que son recitados es la referencia de Licurgo, quien señala que eran cantados en la tienda del rey durante las campañas. Esta referencia recibe el apoyo de un fragmento de *Philochoros* (FGrH 328 F 216; ap. Athen. 630F), que también localiza su recitación en las reuniones comunales en campaña.³⁸ En otras palabras, los poemas marciales de Tirteo son recitados en el particular contexto militar para el que fueron concebidos. No hay indicios de su recitación fuera del contexto de las campañas militares, y menos aún de que su influencia fuese tal como para inculcar valores militares sobre la totalidad de la vida ciudadana.

De hecho, las representaciones de la sociedad espartana que transmiten nuestras fuentes más antiguas de la época clásica sugieren que su aspecto militar fue importante pero no dominante. En la breve caracterización que Píndaro hace de Esparta, dicho aspecto aparece simplemente como un elemento más entre varios rasgos destacados de la vida espartana (fr. 199 Maehler, ap. Plut. *Lyk.* 21.4):

Hay consejos de ancianos
y las lanzas conquistadoras de los hombres jóvenes
y coros y la Musa y alegría.

En sus *Historias*, Heródoto destaca los cambios en su organización militar como un aspecto importante en la propia explicación que los espartanos hacen de la reforma de Licurgo (1.65):

³⁸ El propio comentario de *Athenaios* añade que también eran cantados en la marcha; pero el contexto está de nuevo en campaña.

Él cambió todas las costumbres (τὰ νόμιμα πάντα) y se encargó de que nadie transgrediese las nuevas. Posteriormente, Licurgo estableció sus asuntos de guerra (τὰ ἐς πόλεμον ἔχοντα): los *enōmotiai* y *triēkades* y *syssitia*; y, además de estos, los éforos y los *gerontes*.³⁹

Sin embargo, estos cambios militares se presentan simplemente como parte de y, por tanto, con posterioridad a una reforma cívica de alcance más amplio. Del mismo modo, hablando con el rey persa Jerjes, el exiliado rey espartano Damaratos recalca la destreza guerrera de los espartanos y su extremo compromiso militar (7.104):

Así es con los lacedemonios; luchando uno por uno son tan valientes como cualquier hombre, y juntos son los mejores guerreros de la tierra. Son libres, aunque no totalmente: *Nomos* (Ley) es su déspota, a quien temen mucho más que tus hombres te temen a ti. Ellos hacen cualquier cosa que les ordena; y sus órdenes son siempre las mismas: que ellos nunca deben huir de la batalla frente a cualquier multitud de hombres, sino que deben permanecer en sus puestos y allí vencer o morir.

Como deja bien claro el pasaje, Damaratos hace hincapié en el hecho de que estos valores militares son el producto de la obediencia de los soldados espartanos al más amplio *Nomos* de la *polis*. Un mensaje similar emerge del famoso epitafio sobre la tumba colectiva de los espartanos en las Termópilas: «Forastero, ve y dile a los lacedemonios que yacemos aquí obedientes a sus órdenes.» (Hdt. 7.228) En todos estos testimonios, los elementos y comportamientos militares distintivos de los espartanos son presentados como el resultado o subsidiarios de sus acuerdos cívicos y de su disciplina.

Además, en otras partes de las *Historias*, Esparta aparece como una polis griega normal cuyos ciudadanos están involucrados en una amplia gama de actividades privadas, influenciados por ambiciones personales y familiares y por un deseo de riqueza: compiten por conseguir ventajosas alianzas matrimoniales o por contraer matrimonios con parientes cercanos para preservar sus propiedades; que participan en carreras de carros y en juegos panhelénicos; que se embarcan en el extranjero en relaciones de hospitalidad y, también, en diferentes transacciones económicas y financieras, tanto legales como ilícitas.⁴⁰ Heródoto no da ninguna indicación de

³⁹ Nota del traductor (N.d.t.): Los *enōmotiai*, *triēkades* y *syssitia* son instituciones sociales de la vida ciudadana espartana que aún a día de hoy siguen generando debate respecto a su composición y su función, pero parece ser que servirían a la cohesión social de los ciudadanos de la polis y se utilizarían como base para estructurar el ejército lacedemonio a lo largo de los periodos arcaico y clásico. Los *enōmotiai* serían literalmente las “cuadrillas juramentadas”, y serían la unidad más básica por su carácter más reducido, primario y, por tanto, afectivo a la cual estaría vinculado todo ciudadano espartano mediante juramento; los *triēkades* serían literalmente los “grupos de treinta”; y el tercero los llamados “grupos de comensales” en torno a los cuales se organizarían los banquetes comunitarios.

⁴⁰ Alianzas matrimoniales en Hdt. 5.39; 6.61–2, 65, 71; 7.205 (aunque varios de estos incidentes se refieren a las casas regias, otras familias importantes están totalmente implicadas). Carreras de carros y los

que los aspectos militares ejercieran algún tipo de impacto sobre dichas actividades o sobre las instituciones no militares propias de la *polis*. El único sentido en el que los asuntos militares son representados impactando en la vida diaria de los espartanos es en el ostracismo de Aristodemo el “Tembloroso” después de las Termópilas (7.229-31), un asunto al que volveremos.

La idea de que ciertas instituciones espartanas estaban influenciadas por intereses militares hace su primera aparición en Tucídides (2.39):

Nos diferenciamos de nuestros adversarios también en nuestras prácticas militares de este modo. Abrimos las puertas de nuestra ciudad al mundo, y nunca mediante la expulsión de extranjeros (*xenēlasiai*) excluimos a estos de cualquier oportunidad de aprender o de observar, a pesar de que los ojos de un enemigo en ocasiones pueden aprovecharse ocasionalmente de nuestra generosidad, confiando menos en preparaciones y engaños que en el espíritu tradicional de nuestros ciudadanos; mientras que en la educación, donde nuestros adversarios buscan la masculinidad desde la misma cuna mediante una laboriosa disciplina, en Atenas vivimos exactamente como nos place, y sin embargo estamos igual de preparados para enfrentar los peligros que ellos afrontan.

La idea de que la práctica de la *xenēlasiai* por parte de los espartanos y la naturaleza de la educación fueron aspectos esenciales de sus preparaciones y prácticas militares supone una clara evolución de las ideas anteriores en torno al alcance de los aspectos militares de su sociedad. Sin embargo, es significativo que este punto de vista encuentre expresión por primera vez en el contexto más politizado concebible, es decir, en la Atenas del año 430 a.C., al final del primer año de guerra entre las dos poleis y en el marco del funeral de Estado dedicado a los guerreros atenienses fallecidos. Dicha importancia se ve intensificada por el hecho de que los comentarios no son el propio testimonio directo de Tucídides, sino parte de una oración pública que él pone en boca de Pericles. Independientemente del grado en que consideremos dicha oración como una invención de Tucídides o un registro de las palabras reales de Pericles, lo cierto es que su caracterización de la costumbre espartana no debe ser tomada como reflejo de las propias visiones de Tucídides.⁴¹ De hecho, más bien se entiende como la clase de propaganda previsible en una ocasión de este tipo, al hablar de un adversario imperial. Su naturaleza sesgada es evidente en el modo en que se describen las costumbres de las dos poleis, siempre dentro de un contraste tan extremo. Ciertamente, como remarca Hornblower, la impresión dada por los ate-

juegos panhelénicos en 6.70, 103. Relaciones de amistad en 5.63, 70, 90; 9.9, 76. Transacciones económicas y financieras en 1.153; 6.62, 86; 9.81; cf. también corrupción en Hdt. 3.56, 148; 5.51; 6.50, 66, 72, 82; 8.5.

⁴¹ Para debates equilibrados que defienden que los discursos de Tucídides no deberían interpretarse completamente como «lo que se dijo» ni tampoco como «lo que era apropiado», *vid.* S. HORNBLOWER: *Thucydides*, Londres, 1987, pp. 45-72, que concluye con el juicio de que «si Tucídides reprodujo o inventó los discursos, o hizo algo a medias, los sentimientos contenidos en dichos discursos no pueden ser utilizados como prueba de sus propias opiniones.»

nienses respecto a lo sencillo de sus preparativos militares no sólo es sorprendentemente ingenua, sino también contradictoria al contemplar otras evidencias que sugieren que el entrenamiento militar de la Atenas de finales del V a.C. fue en realidad mucho más profesional.⁴² La afirmación de que el entrenamiento espartano fue tan absolutamente diferente es sospechosa en la misma medida. Del igual modo, tal y como muestra el reciente trabajo de Thomas Figueira, el argumento de que el propósito de la *xenēlasiai* fue primordialmente militar es ir demasiado lejos, y desde luego no es la única interpretación posible de esta práctica, incluso siguiendo el propio texto de Tucídides.⁴³ Una vez más, otro testimonio sugiere que las medidas de seguridad espartanas en tiempos de guerra no fueron las únicas.⁴⁴

Que la retórica de los oponentes de Esparta en la oración fúnebre no puede ser tomada como una representación clara y honesta de la orientación militar de las instituciones espartanas se ve confirmado también por la imagen completamente diferente que Tucídides ya había puesto en boca del rey espartano Arquídamo durante los debates mantenidos en Esparta en el año 432 a.C. Éste dibuja un panorama caótico de las preparaciones financieras espartanas para la guerra, hasta el punto que el tesoro público estaba vacío y su capacidad para recaudar fondos de sus ciudadanos era incierta (1.80). Más adelante, en el mismo discurso (1.84) apunta que las características belicosas de los espartanos están vinculadas a otras cualidades más moderadas:

Somos tan belicosos como prudentes (πολεμικοί τε καὶ εὐβουλοὶ) por nuestro sentido del orden (τὸ εὐκοσμιον): belicosos, porque el autocontrol es la parte más importante del pudor, y el pudor la más importante del coraje (ὅτι αἰδῶς σωφροσύνης πλεῖστον μετέχει, αἰσχύνης δὲ εὐψυχία)...⁴⁵

En esta formulación, los rasgos bélicos no son dominantes pero están integrados con y se basan en una serie de cualidades cívicas. El adjetivo bélico o belicoso (πολεμικοί) es equilibrado por un adjetivo que describe una virtud cívica (prudente: εὐβουλοὶ), y se dice que ambos dependen de “nuestro sentido del orden” (τὸ εὐκοσμιον). El carácter belicoso de los espartanos y su cualidad asociada, el coraje (εὐψυχία), se dice que derivan a su vez de otros dos valores cívicos: un sentido del pudor (αἰσχύνης) y en última instancia el autocontrol (σωφροσύνης). Por supuesto, el discurso de Arquídamo, cuyo razonamiento se muestra contrario a una declaración de guerra inmediata, es en sí mismo tan tendencioso como la oración fúnebre de Pericles, pero

⁴² S. HORNBLOWER: *A Commentary on Thucydides*, 1991, pp. 303-4; Cf. G.L. CAWKWELL: “Epaminondas and Thebes”, *CQ* n.s. 22 (1972), p. 262 n. 4; P. SIEWERT: “The Epehebic Oath in Fifth-Century Athens”, *JHS*, 97 (1977), pp. 102-11; Pierre VIDAL-NAQUET: *The Black Hunter: Forms of Thought and Forms of Society in the Greek World*, Baltimore y Londres, 1986 [1981], pp. 97-8.

⁴³ T.J. FIGUEIRA: “*Xenelasia* and Social Control in Classical Sparta”, *CQ*, n.s. 53 (2003), esp. pp. 58-9. Cf. 1.144, donde la práctica es yuxtapuesta por Pericles a las medidas atenienses en el decreto de Megara.

⁴⁴ Referencias en T.J. FIGUEIRA: “*Xenelasia* and Social Control...”, p. 59 n. 59.

⁴⁵ Sigo la traducción e interpretación de Hornblower sobre «este difícil pasaje». S.HORNBLOWER: *A Commentary on Thucydides...*, pp. 128-9.

confirma que en sus discursos Tucídides era capaz de representar perspectivas contrarias sobre el carácter de la sociedad espartana sin comprometerse necesariamente con ninguna de las dos.

En otras partes de su trabajo, aspectos importantes de la *politeia* espartana son presentados sin referencias a los asuntos militares. Cuando Tucídides destaca la uniformidad y la simplicidad del estilo de vida y el modo de vestir espartano en su primera referencia a la sociedad interna de la ciudad (1.6), la presenta más como una medida de cohesión social que militar: una cohesión aún más necesaria dadas las rivalidades y ambiciones personales que él –del mismo modo que Heródoto– insinúa o da a entender a lo largo de toda su obra.⁴⁶ En cuanto a la ideología militar de Esparta, da cuenta de la sorpresa de otros griegos ante la rendición de los espartanos atrapados en la isla de Esfactoria en el 425 a.C., la reacción defensiva de algunos de los supervivientes en el momento en que su bravura fue cuestionada en comparación con la de los caídos y la consiguiente *atimia* temporal sufrida por los supervivientes.⁴⁷ Sin embargo, las ambigüedades presentes en este episodio –la incertidumbre mostrada tanto por los habitantes de la isla como por los espartanos en relación a lo que debían hacer una vez en el continente, la ausencia inicial de acciones concretas contra los repatriados por parte de las autoridades, y la naturaleza temporal de su *atimia*– son suficientes como para dejar clara la existencia de límites en la supuesta ideología espartana de conquista o muerte.⁴⁸ Efectivamente, este no es lugar para la realización de un ensayo completo en relación a la exposición, por parte de Tucídides, de las actitudes espartanas hacia el modo de hacer la guerra, especialmente la interpretación de su controvertida afirmación según la cual los espartanos «no se apresuraban a entrar en guerra, a menos que fuesen obligados a hacerlo.»⁴⁹ Sin embargo, la continua oscilación de las autoridades y de los comandantes espartanos entre periodos iniciales de determinación por la acción militar y posteriores periodos de inercia, de vacilación, de desánimo o temor es puesta de relieve repetidamente en el testimonio del historiador.⁵⁰

Es solamente en el siglo IV a.C. cuando comienzan a aparecer declaraciones generalizadas sobre el carácter militar de la sociedad espartana. El estímulo para el surgimiento de estas afirmaciones fue también altamente político: el crecimiento repentino del imperio espartano tras la Guerra del Peloponeso. Algunos de los que propusieron dichas visiones eran partidarios

⁴⁶ Tuc. 4.108; 5.16; 8.12, 32, 38.

⁴⁷ Tuc. 4.37–40; 5.34. N.d.t.: *Atimia* es la privación total o parcial de los derechos cívicos en la Grecia clásica, una situación a la que se podía llegar por el impago de deudas públicas, la desertión en la guerra o la prostitución.

⁴⁸ En Jean DUCAT: “The Spartan ‘Tremblers’,” en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta and War...*, pp. 1-55 se proporciona un extenso análisis: *vid.* también Stephen HODKINSON: “Social Order and the Conflict of Values in Classical Sparta”, *Chiron*, 13 (1983), p. 272 n. 98 para comentarios más completos sobre las incertezas en la decisión de rendirse.

⁴⁹ 1.118; cf. la interpretación “militarista” de esta afirmación en Geoffrey E.M. de STE. CROIX: *The Origins of the Peloponnesian...*, pp. 94–5.

⁵⁰ He discutido estas oscilaciones con detalle en Stephen HODKINSON: “Social Order and the Conflict...”, pp. 265-76, con detalles de la presentación de Tucídides en las pp. 265-7 y 269-72; cf. también H.D. WESTLAKE: *Individuals in Thucydides*, Manchester, Cambridge University Press, 1968, pp. 122-65, 277-307.

de Esparta seducidos por su éxito imperial temporal. La *Política* (1333b11-22) de Aristóteles hace referencia a una serie de escritores, entre los que se encuentra un tal Thibron (probablemente general espartano), que elogian la finalidad del sistema espartano porque su legislador, Licurgo, había armado el conjunto de sus leyes con las miras puestas en la conquista y la guerra.

Otros partidarios fueron críticos con la dinámica imperialista espartana. Tales generalizaciones acerca del carácter militar de Esparta aparecen varias veces en las obras de Isócrates. Por ejemplo, en su *Busiris* (17-18) construye una comparación con la cuidadosa regulación de la sociedad egipcia para mostrar a la espartana como una sociedad con un aplastante enfoque militar:

Los lacedemonios gobiernan su propia ciudad de un modo admirable porque imitan algunas de las costumbres egipcias, como por ejemplo, la disposición de que ningún ciudadano apto para el servicio militar pueda salir del país sin autorización oficial, los *syssitia*, y el entrenamiento de sus cuerpos; además, el hecho de que, no faltándoles ninguna de las necesidades vitales, no pasan por alto los mandatos del Estado, y de que ninguno se embarca en ningún otro oficio, sino que todos se dedican a las armas y a la guerra, practicas todas ellas tomadas de allí [Egipto].

En su *Panathenaios*, Isócrates atribuye ideas similares a varios lacedemonios. El simpatizante espartano, respondiendo a las críticas del famoso orador ateniense, sostiene (202, 216-17) que los espartanos merecen gratitud, puesto que habían descubierto las mejores prácticas (τοῖς κολλίστοις τῶν ἐπιτηδευμάτων), a saber: sus ejercicios físicos, su entrenamiento en el valor, el espíritu de concordia y, en general, su disciplina para la guerra (τὴν περὶ τὸν πόλεμον ἐπιμέλειαν). Por último, en su *Archidamos* (81) Isócrates pone énfasis en el ámbito militar a través del discurso del joven príncipe espartano:

En cualquier caso, está claro: hemos sido superiores a todos los helenos, no por el tamaño de nuestra *polis* o por el número de nuestros habitantes, sino porque la *politeia* que hemos establecido es como un campamento militar (τὴν πολιτείαν ὁμοίαν... στρατοπέδῳ), bien administrado y rindiendo obediencia voluntaria a sus oficiales.

No obstante, debe tenerse en cuenta el contexto en que se realizaron estos retratos de la orientación militar de Esparta.⁵¹ Las imágenes en el *Busiris* y el *Panathenaios* concuerdan con la agenda de Isócrates dirigida contra del imperialismo espartano, algo que está presente en todos sus escritos. El paralelismo entre Esparta y Egipto en el *Busiris* es ideado con el fin de contrastar la supuestamente pacífica sociedad egipcia con el abuso que hacen los espartanos de

⁵¹ Los siguientes comentarios una versión abreviada de mi exposición en Stephen HODKINSON: "The Imaginary Spartan *Politeia*", en Mogens Herman HANSEN (ed.), *The Imaginary Polis* (Acts of the Copenhagen Polis Centre, vol. 7), Copenhagen, 2005, pp. 257-8.

su decidido enfoque militar dirigido a la explotación imperial.⁵² En el *Panathenaikos*, la sublimación de las cualidades militares de los espartanos por parte de su partidario es un constructo que permite a Isócrates criticar el abuso que los espartanos harían de dichas habilidades para conducir guerras injustas contra otros griegos.⁵³ Asimismo, en *Archidamos*, la comparación con el campamento militar está vinculada a un contexto diferente, aunque igualmente retórico, uno en el que el príncipe espartano está tratando de incitar a sus conciudadanos a tomar la escasamente creíble determinación de abandonar su polis y constituirse en un ejército en continuo movimiento. La comparación con el campamento militar es la única analogía que aportaría un sostén total para el caso que quiere plantear Arquídamo. Por ello, teniendo en cuenta las demandas propias del contexto, no debemos tratar estos relatos o visiones como una perspectiva definitiva o exhaustiva de la naturaleza de la *politeia* espartana. De hecho, en la misma obra, Arquídamo presenta una imagen completamente diferente y no militar de una sociedad que sitúa como su principal prioridad la cría de caballos para las carreras de carros, al tiempo que demanda paz (55).

¿Y qué hay de los comentaristas más analíticos del siglo IV a.C.? Mientras critica a aquellos escritores que elogian la orientación militar de Esparta (1333b14-35), Aristóteles coincide en que Esparta era una *polis* con un decidido propósito militar. Cerca del comienzo de su análisis sobre la *politeia* espartana en el Libro II, el filósofo clasifica a los espartanos entre «las razas militares y belicosas» (1269b25-6: τῶν στρατιωτικῶν καὶ πολεμικῶν γενῶν). En 1271b2-6, desarrolla dicha idea sosteniendo que,

Otra crítica que puede realizarse contra el principio fundamental del legislador está recogida en las Leyes de Platón. Todo el sistema legislativo se dirige hacia una parte de la excelencia (πρὸς γὰρ μέρος ἀρετῆς), la parte belicosa (τὴν πολεμικὴν), porque es útil para la conquista. Debido a ello, permanecieron seguros mientras existía la guerra, pero [Esparta] empezó a declinar cuando habían forjado un imperio, porque no sabían llevar una vida pacífica y no habían sido entrenados en ningún otro tipo de experiencia más importante que el arte de la guerra (μηδὲ ἡσκηκέναι μηδεμίαν ἄσκησιν ἕτεραν κυριωτέραν τῆς πολεμικῆς).

En 1324b7-9, afirma que «tanto el sistema educativo como la gran mayoría de las leyes estaban enmarcadas en lo fundamental con la vista puesta en la guerra»; y en 1334a40-b4 asevera que los lacedemonios creen que los mayores bienes se obtienen por medio de una excelen-

⁵² *Busiris* 19–20. Para la crítica del imperialismo espartano en la obra de Isócrates véase *Panegyrikos* 103–5, 122–32; *Plataikos* 12–15, 40–1, 62; *Areopagitikos* 7; *On the Peace* 95–103; *To Philip* 47–50. Cf. Cloché 1933; François OLLIER: *Le Mirage spartiate: Étude sur l'idéalisation de Sparte dans l'antiquité grecque de l'origine jusqu'aux Cyniques*, I, París, De Boccard, 1933, pp. 326–71.

⁵³ *Panathenaikos* 218–29; cf. Vivienne J. GRAY: “Images of Sparta: Writer and Audience in Isocrates' *Panathenaicus*”, en Anton POWELL y Stephen HODKINSON (eds.), *The Shadow of Sparta*, Londres, Routledge, 1994, pp. 230–1 y 267.

cia particular. Por último, en 1338b25-39 comenta que los espartanos habían sido superiores a otros porque únicamente ellos solían entrenar a sus jóvenes.

Sin embargo, deben hacerse una serie de observaciones que puedan servir para matizar el impacto de estas poderosas aseveraciones sobre la orientación militar de Esparta. En primer lugar, la explicación de Aristóteles es formulada en términos exclusivamente genéricos, sin aportar detalles específicos que permitan corroborar sus afirmaciones. En segundo lugar, el contexto en el que se realizan algunas de estas afirmaciones no siempre inspira confianza. Por ejemplo, la clasificación que Aristóteles realiza de los espartanos entre las «razas militares y belicosas» en 1269b25-6 está conectada con su discutible afirmación de que los varones espartanos, como la mayor parte de estos pueblos, estaban bajo la influencia de sus mujeres, que de este modo manejarían muchos de los asuntos durante el imperio espartano. En tercer lugar, a pesar de la caracterización que Aristóteles hace de Esparta como una sociedad orientada a lo militar para distinguirla de otros estados griegos, lo cierto es que sus comentarios ejemplifican una tendencia más general en el pensamiento de finales del siglo IV a.C. que fue aplicada también en otras poleis. Tanto el pasaje 1269b25-6 –que es parte de una larga explicación sobre cómo el poder femenino socavó la economía y la mano de obra ciudadanas de Esparta– como el 1271b2-6 (citado más arriba) están conectados a las explicaciones del declive imperial de Esparta. Un contemporáneo de Aristóteles, el historiador Éforo, ya había afirmado que el declive de otro de los poderes del siglo IV a.C., Tebas, tuvo que ver con su concentración exclusiva en la excelencia militar (μόνης δ'ἐπιμεληθῆναι τῆς κατὰ πόλεμον ἀρετῆς: *FGH70* F 119, ap. Estrabón 9.2.2). La propia obra de Aristóteles da mayor crédito a este indicio de que una orientación excesiva hacia las cualidades militares se había convertido en un lugar común para explicar el declive imperial. En el Libro VII de su *Política* argumenta que «la mayor parte de estas poleis [es decir, cuya legislación se estructura con la vista puesta en la guerra] permanecen a salvo en tiempos de conflicto pero perecen cuando han logrado su imperio: en tiempos de paz pierden su temperamento afilado, como el hierro.» (1334a6-9) Por tanto, lejos de visualizar Esparta como única en el manifiesto de su orientación militar, incluso el propio Aristóteles la ve como un ejemplo entre muchos.

Por último, el énfasis de Aristóteles en la excesiva orientación militar de Esparta queda limitado por otros aspectos de su caracterización de la sociedad espartana. En uno de sus pasajes, en realidad, contradice la unilateral concentración de Esparta en un único aspecto de la excelencia. De este modo, al explicar los orígenes de la disciplinada vida de los hombres espartanos afirma que, cuando obtenían su licenciamiento al final de estas guerras, «se ponen en manos de su legislador en un estado de preparación provocado por la vida militar (gracias a ésta abarca muchos aspectos de la excelencia)».⁵⁴ Así pues, más que una vida ciudadana centrada únicamente en una estrecha excelencia militar, su vida militar es representada aquí como el marco propiciatorio donde dotarse de una diversidad de virtudes necesarias para el desempeño

⁵⁴ 1270a4-6: παρείχον τῷ νομοθέτῃ προωδοπεποιημένους διὰ τὸν στρατιωτικὸν βίον (πολλὰ γὰρ ἔχει μέρη τῆς ἀρετῆς).

de sus actividades cívicas. En otro pasaje, Aristóteles expresa otra consideración en la que el enfoque militar es solo una parte de la vida espartiana, lo que implica en particular que éste sólo ejerció un impacto limitado en el comportamiento privado. Por ejemplo, en el pasaje 1270b32-35, comenta que el estilo de vida de un oficial es tan duro que los ciudadanos lo abandonan en secreto para poder disfrutar de los placeres del cuerpo. A lo largo de su crítica de la *politeia* espartana en su Libro II, señala repetidamente el alto nivel de egoísmo incontrolado a nivel privado. La selección de *gerontes*, por ejemplo, es descrita como *dynasteutikē* (1306a18-91).⁵⁵ De hecho, las elecciones a la Gerusía ejemplificarían el método del legislador, utilizado en toda la *politeia*, consistente en hacer ciudadanos ambiciosos, rasgo que Aristóteles sigue asociando a actos de injusticia y de amor por el dinero (1271a13-18).⁵⁶ El amor al dinero (*philochrēmata*) es un rasgo crónico repetidamente identificado como característico de los ciudadanos espartanos, la mayor debilidad que él observa como fuente de la crónica desigualdad dominante en Esparta por lo que respecta a la propiedad y al declive de mano de obra ciudadana (1270a11-b6; cf. 1269b23-4).⁵⁷ De hecho, desarrollando un punto ya sugerido por Tucídides, Aristóteles concluye su crítica argumentando que, para los espartanos a nivel individual, esto estaba por encima incluso de las demandas de la polis para financiar los gastos militares.

Del mismo modo, las finanzas públicas espartanas estaban mal estructuradas. Así, aunque estaban obligados a emprender guerras a gran escala nunca contaban con fondos en el erario público. Igualmente, las *eisphorai* (εἰσφοραὶ) apenas se pagaban en tanto que al ser la mayoría de la tierra propiedad de los mismos espartanos, estos no ponían demasiado interés en conocer en detalle el número de bienes inmuebles que tenían los demás, con lo que era imposible calcular con precisión sus *eisphorai*. Para el legislador el resultado había sido de todo menos útil: ha empobrecido la polis y ha hecho de los ciudadanos privados amantes del dinero (1271b10-15).

A pesar de que el mismo Aristóteles reconoce su dependencia de las *Leyes* de Platón en su crítica del enfoque militar espartano, en general su descripción del carácter de la sociedad espartana se asemeja en muchos aspectos a la imagen de Platón del régimen timárquico de tipo espartano descrito en la *República* (545-550c). Este régimen, que en el relato de Platón surge como resultado de un conflicto interno entre los Guardianes del estado ideal, encarna un compromiso que comporta por un lado la distribución de la tierra y las viviendas a propietarios privados y por el otro la reducción de sus súbditos al estatus de *perioikoi* y esclavos, mientras que

⁵⁵ N.d.t.: Monopolizada por un reducido grupo de linajes.

⁵⁶ N.d.t.: La Gerusía [γερούσια] era uno de los órganos legislativos de la Esparta arcaica y clásica –su creación se atribuye a Licurgo–, un consejo vitalicio conformado por veintiocho ancianos mayores de sesenta años y por los dos reyes espartanos. Su función era dar forma a los proyectos de ley que debían ser sometidos a la *apella* (asamblea ciudadana), así como decidir sobre los casos que podían comportar la pérdida de la ciudadanía o la pena de muerte.

⁵⁷ Cf. también 1307a34-6: Esparta, «donde las propiedades se siguen estando en manos de unos pocos» es citado como ejemplo óptimo de la codicia de los *gnōrimoi*. N.d.t.: Este último concepto, *gnōrimoi*, podría traducirse en la obra de Aristóteles como “notables” o “élites” debido a ser de buena familia, a su riqueza, a su virtuosismo y a su buena educación.

los gobernantes se dedican a la guerra y mantienen la vigilancia sobre dichos súbditos.⁵⁸ De acuerdo a sus orígenes, el régimen resultante se caracteriza por una mezcla de rasgos militares y no militares recogidos bajo tres categorías: rasgos en que se parece al estado ideal, características propias y particularidades que comparte con el régimen oligárquico. Las dos primeras categorías incluyen varios rasgos de tipo militar: en la primera categoría nos encontramos con la exención a los soldados de realizar tareas agrícolas, de tipo artesanal e incluso para ganar dinero, el mantenimiento de los comedores comunes y la atención prestada a la gimnasia y a los torneos militares (547D); bajo la segunda categoría, una preferencia por hombres más simples y robustos que más proclives a la guerra que a la paz, así como a la admiración por y a la dedicación a las tretas y estratagemas de la guerra (547e-548a). Sin embargo, por el contrario, sus rasgos oligárquicos son completamente no militares. El principal de ellos es el amor por la propiedad, que lleva a un deseo secreto por el oro y la plata almacenados privadamente en cámaras domésticas, financiándose de este modo gastos de lujo en el seno de los hogares ciudadanos. Los rasgos más sobresalientes de la sociedad serían la conflictividad y la ambición (548c: φιλονικία καὶ φιλοτιμία). Un cuadro similar nos encontramos en su descripción del individuo timocrático: él es peleón y testarudo, deseoso de poder y de honor (φιλαρχος δὲ καὶ φιλότιμος); y más avaricioso conforme se hace mayor (548d-549b). En última instancia, la acumulación de riqueza combinada con otros rasgos de tipo no militar conduce al declive de la timocracia en pro de un sistema oligárquico caracterizado por la extravagancia, la desobediencia a la ley, la rivalidad basada en la envidia y el incremento de las diferencias entre ricos y pobres (550d-551b). Por tanto, también la *República*, aunque –al contrario que la *Política* de Aristóteles– no es estrictamente una descripción histórica del desarrollo contemporáneo de Esparta, sugiere la primacía de la influencia de lo privado y lo no militar entre los ciudadanos espartanos.

A primera vista, pues, las *Leyes* proporcionan un relato más directo del carácter militar de Esparta. La visión más contundente aparece en el Libro II durante una discusión entre el ateniense y Kleinias, su interlocutor cretense, acerca de los diferentes tipos de canción. El cretense comenta que ni sus compatriotas ni los espartanos serían capaces de cantar alguna canción diferente a las que habían aprendido en los coros; a lo que el Ateniense responde:

Naturalmente; ya que en verdad nunca alcanzaste el más noble canto. Para tu politeia es más la de un campamento militar (στρατοπέδου γὰρ πολιτείαν ἔχετε) que la propia de los habitantes de la ciudad, y se mantiene a la gente joven junta como si se tratase de una manada de potros en la hierba. Ninguno de los vuestros mantiene su propio potro [...] y lo adiestra [...] de modo que pueda resultar no solo un buen soldado, sino también que posea la capacidad para gestionar una polis y las ciudades –en pocas palabras un hombre que tiene (tal y como hemos dicho al principio) más de guerrero que

⁵⁸ N.d.t.: Los *perioikoi* eran por lo general habitantes de las zonas costeras y las tierras altas de Mesenia y Laconia bajo control de Esparta, pero vivían en sus propios asentamientos. Éstos eran libres pero no ciudadanos, es decir, no disfrutaban de los derechos políticos para participar en los asuntos públicos de la polis.

los propios guerreros de Tyrtaios (τῶν Τυρταίου πολεμικῶν εἶναι πολεμικώτερον), en la medida en que [...] valora la valentía (τὴν ἀνδρίαν) como la cuarta en el orden de las virtudes, pero no como la primera. (666e-667a)

Este pasaje muestra a Creta y a Esparta como sociedades militares que forman a sus ciudadanos situando la bravura por encima de otros valores. La crítica aparentemente paradójica del ateniense según la cual el hombre que sitúa la valentía por debajo de otras virtudes es en realidad más belicoso y más capaz de dirigir la polis y las ciudades que los guerreros espartanos (descritos por Tirteo) que ponen la valentía en primer lugar, se puede leer como un comentario indirecto sobre el mal gobierno impuesto sobre las poleis que ha permitido el colapso del imperio espartano. La mención explícita que Platón hace de Tirteo remite al lector a su anterior y más extenso tratamiento de la orientación militar de Esparta del Libro I. Sin embargo, en contraste con las inflexibles afirmaciones del Libro II, este tratamiento previo pone de manifiesto toda una serie de ambigüedades, del mismo modo que ciertas discrepancias con el pasaje citado hace un momento. Inicialmente, Kleinias y Megillos aceptan que los legisladores de sus dos estados han instituido tanto las costumbres públicas como las privadas con la mirada puesta en la guerra (626^a-c; cf. 628e). Pero el Ateniense les convence de que han confundido las intenciones de sus legisladores: Licurgo y Minos habían enmarcado sus leyes con un ojo puesto no en la única excelencia de la bravura en guerra (*andria*) descrita por Tirteo, sino en todo un conjunto de excelencias (justicia, autocontrol, sabiduría y valentía) de entre las cuales la valentía era precisamente la menos importante (629a-632d, esp. 630d-631a). Sin embargo, llegados a este punto el argumento toma una dirección diferente. El ateniense decide continuar su discusión sobre el trabajo de estos legisladores a través del análisis de las instituciones conectadas con la valentía. Junto a Megillos recorren una serie de instituciones –los banquetes, la *gymnasia*, la caza, la *krypteia* y las pruebas de resistencia– que, ambos coinciden en ello, estaban concebidas con la mirada puesta en la guerra (633a-c).⁵⁹ Pero más adelante, y dentro de la misma discusión, cuando el foco de atención pasa de la valentía al autocontrol (*sōphrosynē*), Megillos añade brevemente que los banquetes comunes y la *gymnasia* también fueron ideados para fomentar la excelencia (635e-636a). No obstante, este punto no es desarrollado porque a estas alturas el ateniense ya está envuelto en un debate más extenso (que se alarga hasta el final del Libro I) en el que, si bien los dos estados entrenan a sus ciudadanos a controlar el miedo y el dolor mediante la prohibición de placeres tales como la embriaguez, fracasan a la hora de inculcar una valentía similar o una capacidad de autocontrol ante dichos placeres o ante actos deshonrosos (633c-

⁵⁹ N.d.t.: La *krypteia* es una cuestión que ha provocado muchos debates entre los historiadores, en cualquier caso era una institución fundamental de la polis espartana. Para algunos se trataría de un rito de paso asociado a la formación militar de los jóvenes espartanos más aventajados tras su paso por la *agoge*. En el curso de esta prueba los jóvenes debían probar sus habilidades sobreviviendo en mitad del campo, viviendo sobre el terreno y matando a los ilotas que encontraran a su paso. Para otros expertos se trataría de una política dirigida a controlar mediante el terror a esta población sometida a los espartanos en calidad de siervos, en unas condiciones similares a las del feudalismo, todo ello entendiendo que se trataba de un colectivo potencialmente levantisco.

650b, 633c-esp. 638e). Las idas y venidas del discurso de Platón, brevemente resumidas más arriba, descartan un único mensaje en lo que respecta a la importancia de los aspectos militares en Esparta. Las consideraciones militares son presentadas como una influencia significativa sobre ciertas instituciones, a pesar de que también se sostiene que algunas de ellas inculcan valores no militares. A pesar de las ideas iniciales —y en contraste con el Libro II—, la *politeia* en su conjunto se nos presenta centrada en toda una serie de virtudes cívicas;⁶⁰ y la parte final del capítulo insinúa la existencia de una especie de esfera privada ya vista en la *República*, una dominada por los placeres personales y por los valores y comportamientos no militares.

Por último, debemos considerar el testimonio de Jenofonte, *La república de los lacedemonios*, comenzando con las palabras de apertura de la propia obra (1.1-2):

Hace tiempo, cuando estaba reflexionando sobre hecho de que Esparta, a pesar de ser una de las poleis menos pobladas, era la más poderosa y célebre en Grecia (δυνατωτάτη τε καὶ ὀνομαστοτάτη), me preguntaba cómo pudo haber ocurrido. Sin embargo, una vez hube estudiado las instituciones de los espartiatas (τὰ ἐπιτηδεύματα τῶν Σπαρτιατῶν) dejé de sorprenderme. De hecho, admiro a Licurgo, quien dio a los espartanos las leyes en obediencia a las cuales fueron extraordinariamente exitosos, ayudando a su éxito (ἠὺδαμύνησαν), y creo que él [Licurgo] alcanzó el más alto grado de sabiduría. A mi modo de ver, no mediante la imitación de otras poleis, sino adoptando costumbres muy diferentes a las del resto que hicieron de la suya una ciudad preminentemente próspera (προέχουσιν εὐδαμονίᾳ τὴν πατρίδα ἐπέδειξεν).

En su libro sobre militarismo y la moralidad en la Antigüedad (1996, 103), Doyné Dawson cita *La república de los lacedemonios* de Jenofonte como el único ejemplo que ha llegado hasta nuestros días de los escritores pro-espartanos criticados por Aristóteles, puesto que «alabó el sistema espartano con el argumento de que era el más adecuado para la guerra y la conquista», afirmando que la obra «declara desde el principio» que «el éxito militar espartano prueba la superioridad de las particulares instituciones espartanas». Sin embargo, esto es sobreinterpretar las palabras de Jenofonte. Su afirmación de que el carácter de las instituciones de los espartanos *explica* por qué se habían convertido en los poderosos y reconocidos (δυνατωτάτη τε καὶ ὀνομαστοτάτη) no implica que esté *alabando* aquellas instituciones *sobre la base del* éxito militar.⁶¹ Además, no es de ningún modo evidente que la concepción del éxito de Esparta por parte

⁶⁰ Más adelante en el mismo trabajo, en los pasajes 688a y 705d, el ateniense recuerda a sus interlocutores sus afirmaciones iniciales, pero no entra en ulteriores discusiones sobre el carácter de la sociedad espartana.

⁶¹ En este contexto vale la pena señalar que la premisa subyacente en la visión de Dawson, en la que *La República* de Jenofonte es un trabajo pro-espartano, ha sido sometida de nuevo a debate en los últimos años. Para razonamientos recientes en favor de su enfoque crítico, Gerald PROIETTI: *Xenophon's Sparta*, Leiden, Brill, 1987; Noreen M. HUMBLE: "Xenophon's View of Sparta: A Study of the Anabasis, Hellenica and Respublica Lacedaemoniorum", Tesis Doctoral, McMaster, 1997; Íd.: "Sōphrosynē and the Spartans in Xenophon", en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta: New Perspectives...*; Íd.: "The Author, Date and Purpose of Chapter 14 of the Lakedaimonion Politeia", en Christopher J. TUPLIN (ed.),

de Jenofonte se centre exclusivamente o de forma primordial en su hegemonía militar o imperial. El hecho de que la referencia a su poder esté vinculada a su fama sugiere una concepción más amplia de la naturaleza de la importancia de Esparta; la guerra y la conquista parecen desvanecerse aún más de la mentalidad de Jenofonte, tal y como trasluce en el pasaje. Para el escritor, las leyes de Licurgo son las responsables de la condición de *eudaimonia* (concepto que aparece dos veces con diferente forma).⁶² Tal y como ha sostenido recientemente Michael Lipka (2002, 18-19), la concepción de *eudaimonia* por parte de Jenofonte tanto en *La República* como en otros de sus escritos tiene que ver no tanto con el poder exterior como con el carácter interno de la sociedad, sobre todo nociones de moderación o autocontrol que lo abarcan todo.

Este pasaje introductorio marca el tono del tema de la obra. Existen dos referencias (en 2.7 y en 4.7) al objetivo de hacer a los espartanos mejores combatientes y varias (1.10; 4.7; 5.9) al fin de mejorar su condición física. Sin embargo, el foco primordial centra su atención en cómo el sistema de Licurgo generaba un buen orden social interno, así como unos ciudadanos con unas cualidades morales adecuadas (ej. 2.2, 10, 14; 3.4). El pasaje más ilustrativo es el 7.1-2:

Ni esto agota la lista de costumbres establecidas por Licurgo en Esparta que son contrarias a las de otros griegos. En otras poleis, supongo, todos los hombres hacen tanto dinero como les es posible (χρηματίζονται ὅσον δύνανται). Uno es agricultor, otro es naviero, otro comerciante y otros viven de diferentes artesanías. Pero en Esparta Licurgo prohibió a los ciudadanos nacidos libres tener algo que ver con la adquisición de riqueza (χρηματισμὸν). De hecho, insistía en que solo podían pensar en sí mismo si era en relación a aquellas actividades que promoviera la libertad de la polis (ὅσα δὲ ἐλευθερίαν ταῖς πόλεσι).

Tras enumerar varias ocupaciones de los ciudadanos en otras *poleis*, Jenofonte no dice «pero en Esparta todos los ciudadanos son soldados a tiempo completo»; en su lugar, se refiere de un modo más general a aquellas actividades que promueven la libertad en las *poleis*. Incluso el capítulo noveno, que aborda la cuestión de los cobardes, dedica más espacio a las implicaciones sociales que a las de tipo militar.

Por supuesto, Jenofonte dedica tres capítulos (11-13) a los asuntos específicamente militares, pasajes en los que enfatiza la superioridad de sus prácticas militares respecto a la de otros griegos. Sin embargo, es pertinente mostrar cómo presenta esta parte de su trabajo:

Estas [es decir, las previamente mencionadas] medidas son ventajas generales tanto en la paz como en la guerra (καὶ ἐν εἰρήνῃ καὶ ἐν πολέμῳ). Pero si cualquiera desea des-

Xenophon and his World, Stuttgart, Franz Steiner, 2004, pp. 215-28; para explicaciones más antiguas véase Leo STRAUSS: "The Spirit of Sparta and the Taste of Xenophon", *Social Research*, 6 (1939), pp. 502-536; William E. HIGGINS: *Xenophon the Athenian*, Albany, State University of New York Press, 1977.

⁶² N.d.t.: *Eudaimonia* es un concepto central de la filosofía aristotélica, donde identifica el más alto virtuosismo y bien humano. Sería traducible literalmente por florecimiento humano, felicidad o bienestar.

cubrir en qué elementos sus prácticas militares son superiores a la de otros, es también posible escuchar estas cosas (11.1).

Con estas palabras, Jenofonte sitúa explícitamente su subsiguiente explicación de las prácticas militares espartanas en un apartado diferente de su análisis en los capítulos iniciales de su trabajo, que se ocupa de la sociedad espartana en tiempos tanto de paz como de guerra. Al subrayar que las medidas discutidas en capítulos precedentes eran ventajas comunes tanto en la guerra como en la paz, Jenofonte evita explícitamente cualquier idea de que éstas fueran específicamente militares en su carácter.⁶³ Además, al separar los capítulos militares de los anteriores, evidencia que las prácticas descritas allí operaron sin implicaciones para el carácter de la sociedad espartana en su día a día. Es al continuar con esta perspectiva lo que hace que el último de los tres capítulos, el 13, que aborda el poder y el honor de los reyes en campaña (ἐπι στρατιᾶς ... δύναμιν καὶ τιμὴν: 13.1), también esté separado de la explicación de sus honores dentro de Esparta, ya en el capítulo 15 (οἱ τιμαὶ οἴκοι: 15.8).⁶⁴

El balance realizado muestra que las representaciones de la sociedad espartana y de los asuntos militares por parte de los escritores clásicos contemporáneos tan sólo prestan, en el mejor de los casos, un apoyo parcial y limitado a las ideas modernas que defienden el dominio de los elementos militares dentro de la sociedad espartana. Los comentaristas clásicos más antiguos dan cuenta de los rasgos distintivos de tipo militar en Esparta, pero los representan sencillamente o bien como disposiciones derivadas de más amplias disposiciones cívicas o de la ideología espartana. No tiene sentido pensar que ejercieron una influencia generalizada sobre el conjunto de su sociedad. Solo en la polarizada atmósfera política de la oración fúnebre de Pericles comienza a aparecer la noción de una influencia más amplia; pero la idea no es profundizada en el resto de la obra de Tucídides. De hecho, la noción de la exclusiva orientación militar de Esparta se desarrolla completamente solo después de la creación de su imperio en el siglo IV a.C. Su rápida consecución de una hegemonía imperial después de la guerra del Peloponeso llevó a los extremistas de ambos bandos (ya fueran partidarios de Esparta o críticos adversarios como Isócrates) a atribuirle exclusivamente un enfoque militar. Pero incluso en el siglo IV a.C. hubo entre observadores más imparciales división de opiniones. Escritores anteriores, cuya carrera abarcó tanto el apogeo imperial de Esparta como su posterior declive, tendieron a adoptar una línea de opinión más moderada. Jenofonte mantiene en gran medida la visión equilibrada propia de la sociedad espartana anterior a la guerra del Peloponeso. Algunos pasajes de la obra de Platón reflejan visiones más recientes, reconociéndose la fuerza de los elementos y los valores militares; pero en otros momentos es contrarrestado por una visión más amplia de la *politeia*

⁶³ Tal y como ha señalado Michael LIPKA: *Xenophon's Spartan Constitution. Introduction, Text, Commentary*, Berlín y Nueva York, De Gruyter, 2002, p. 188, a pesar de que considera la explicación de Jenofonte tendenciosa ante la insistencia de sus contemporáneos en la preponderancia del elemento belicoso.

⁶⁴ Me sumo a la clasificación de los manuscritos del capítulo de críticas como capítulo 14; también defendido por Noreen M. HUMBLE: "The Author, Date and Purpose of...".

espartana y por la conciencia de una poderosa esfera privada de valores y comportamientos no militares. Solo en la *Política* de Aristóteles, escrita una generación después –si no más– del declive espartano, el intento por identificar la debilidad en la naturaleza de la *politeia* espartana conduce a la inequívoca afirmación de que uno de sus defectos fue su exclusiva orientación militar. Pero incluso Aristóteles reconoció el limitado grado en que dicha orientación influyó la esfera de los comportamientos privados y públicos.

Me he centrado en todas las referencias explícitas a las características militares de Esparta como una forma de valorar el grado en que los escritores contemporáneos las percibieron como una influencia sobre las relaciones sociales entre los ciudadanos espartiatas. Sin embargo, es pertinente concluir mi sondeo con una breve referencia a una importante característica no militar que los escritores clásicos identifican como argamasa de las relaciones sociales entre espartanos: una arraigada y profunda ética basada en una sociabilidad cooperativa. Ya que he examinado recientemente dicha ética con más detalle en otros trabajos, me limitaré a esbozar brevemente su preeminencia en las fuentes de época.⁶⁵ Las explicaciones de Tucídides y Jenofonte sustentan que la voluntaria colaboración de la élite en el establecimiento de la uniformidad y la disciplina en la vida espartana sitúa la ética como base de la creación de la *politeia* clásica de Esparta (Tuc. 1.6; Jen. *Lak. Pol.* 8.1-2). Platón y Aristóteles ven en ella también el fundamento de la política espartana en sus respectivos comentarios sobre la *philia* que caracteriza la mezcla constitucional de Esparta (*Leyes* 693b-e) y la unanimidad existente entre las clases por lo que respecta a sus disposiciones sociales y políticas (Pol. 1270b21-6; 1294b19-29). La sociabilidad cooperativa es representada como algo operativo en la vida cotidiana a través de las referencias de Heródoto respecto a las prácticas de los jóvenes espartiatas, consistentes en ceder el paso a sus mayores (2.80); en el testimonio de Kritias sobre la sociabilidad de los compañeros de correrías en los banquetes comunes; o también en las descripciones de Jenofonte y Aristóteles acerca de las prácticas de la propiedad compartida de tipo comunal (*Lak. Pol.* 5.3, 6.3; Arist. *Pol.* 1263a26-40). En el siglo IV a.C. estas ideas cristalizaron en la extendida noción espartana de la *homonoiá* (concordia), que aparece en la obra de varios escritores.⁶⁶ Tanto los contextos de los casos de cooperación social citados más arriba como aquellos en que aparece la idea de la *homonoiá* espartana están vinculados casi de forma invariable a cuestiones o aspectos no militares.⁶⁷ La unanimidad de los escritos clásicos a la hora de destacar la preeminencia de este rasgo de la vida cívica son nuevas pruebas de que la imagen de conjunto de la sociedad espartana en las obras de época no está dominada por la cuestión de la disciplina militar. Tal y como Ducat

⁶⁵ Véase Stephen HODKINSON: “The Imaginary Spartan *Politeia*...”, pp. 258-63.

⁶⁶ Jen. *Memorabilia* 3.5.15-16; Éforo, ap. Diod. 7.12.2-4; Dem. *Against Leptines* 107-8; Isoc. *Panathenaios* 178, 217, 258.

⁶⁷ En relación a las fuentes citadas en la anterior nota, Jenofonte contrasta la *homonoiá* espartana con el espíritu polemista de los atenienses en temas políticos y legales, Isócrates con la *stasis*, trata la redistribución de la propiedad y la revolución en otras poleis. Demóstenes elogia la *homonoiá* entre los ciudadanos de la élite. Éforo vincula la *homonoiá* con la bravura (*androsynē*); el tema en cuestión, sin embargo, no es la disciplina militar, sino las leyes de Licurgo y la forma correcta de gobierno.

ha subrayado,⁶⁸ la *homonoia* cívica entre los ciudadanos espartanos fue vista como un elemento esencial del éxito espartano, tal y como pone de manifiesto la afirmación de Lisias (33.7):

Sólo ellos viven en hogares sin mácula y sin la protección de muros, pero que están libres de disturbios internos y permanecen invictos y han seguido siempre las mismas costumbres.⁶⁹

Así pues, la afirmación de Lisias yuxtapone la concordia cívica espartana y la estabilidad junto con su fuerza militar como los dos pilares de su preeminencia.

La “profesionalidad” de la práctica militar espartana

Una vez analizadas las visiones contemporáneas sobre el rol de los elementos militares en la sociedad espartana, intentaré ofrecer una exposición más sintética de las cuestiones claves. Para organizar mi exposición utilizaré la distinción de Jenofonte entre las instituciones y las prácticas aplicadas a la totalidad de la vida del espartano –en sus palabras, «tanto en la paz como en la guerra»– y aquellas referentes tan sólo al ámbito de las campañas militares. Me ocuparé brevemente de las cuestiones relacionadas con el carácter y los métodos del ejército lacedemonio en campaña –en particular, de hasta qué punto las prácticas militares espartanas fueron distintas o, tal y como diríamos hoy en día, más “profesionales”, en comparación con aquellas de otras poleis–, dado que estas cuestiones son solo indirectamente relevantes para mi inquietud central por comprender el carácter de la sociedad espartana.

Un análisis reciente de Hans van Wees sugiere que, en ciertos aspectos, el ejército lacedemonio no era por lo general diferente respecto al de otras poleis, particularmente en la composición y en el personal. Del mismo modo que los ejércitos de otras poleis, aunque formado en torno a un núcleo de soldados espartiatas, también se basó –cada vez más– en un amplio número de hoplitas que no disfrutaban de todos los derechos de ciudadanía, como por ejemplo los *perioikoi* y los ilotas.⁷⁰ Es sorprendente la ausencia de mercenarios antes de la guerra del Peloponeso, pero también ocurre en el caso de Atenas, que al igual que ocurría en el caso de Esparta poseía la capacidad de reclutar un gran número de tropas dentro de su propia alianza.⁷¹ La unidad de elite de los *hippeis* organizada en torno al rey es considerada en ciertas ocasiones co-

⁶⁸ Jean DUCAT: “La société spartiate et la guerre” ..., p. 47.

⁶⁹ En relación al último punto, cf. también Isócrates, *Archidamos* (61): «todavía permanecemos fieles a las leyes y a las formas de vida establecidas aquí desde un principio».

⁷⁰ Hans van WEES: *Greek Warfare: Myths and Realities*, Londres, Bloomsbury Academic, 2004, pp. 83–5; cf. Peter HUNT: *Slaves, Warfare, and Ideology in the Greek Historians*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. Se podría matizar esta generalización entendiendo los *perioikoi* como completamente lacedemonios, a pesar de no ser espartiatas. Cf. Ellen MILLENDER: “The Politics of Spartan Mercenary Service”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta and War...*, pp. 235an66.

⁷¹ Hans van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 73–4.

mo un rasgo distintivo;⁷² pero tanto Atenas como los beocios tuvieron fuerzas de tipo similar en Platea en el 479 a.C., y así ocurrió durante la guerra del Peloponeso con algunas otras poleis. El único aspecto inusual es el método espartano de seleccionar a su unidad de elite en base al mérito, en contraste con la forma más habitual de reclutamiento basado en la riqueza.⁷³

Donde la práctica espartana parece ser claramente profesional es en la sistemática organización de las campañas –al menos en tierra.⁷⁴ La meticulosidad militar espartana comenzaba con la leva, que incluía diferentes clases en base a la edad no solo de caballería e infantería, sino también de *cheirotechnai* (artesanos, Jen. *Lak. Pol.* 11.2). Los ejércitos espartanos eran los únicos que poseían una unidad de intendencia organizada de forma centralizada bajo sus propios comandantes, que asistían al consejo de guerra del rey (*ibid.* 11.2; 13.4).⁷⁵ Otro elemento distintivo era la sistemática rutina de sacrificios y de sortilegios, empezando en la propia polis y continuando a lo largo de toda la campaña, que llevan a Jenofonte a considerar que los espartanos eran «los únicos artesanos de la guerra» (μόνους τῷ ὄντι τεχνίτας τῶν πολεμικῶν: *ibid.* 13.5). Tucídides pone de relieve el extraordinariamente estratificado sistema por el que se regían las unidades militares, cuyas subdivisiones llegan hasta el nivel de pelotones de en torno a treinta hombres, los *enōmotiai*, con su correspondiente estructura única de mando jerárquico (Tuc. 5.66), así como también acuerdos permanentes para designar nuevos oficiales en caso de muerte del comandante (*ibid.* 3.109; 4.38). El soldado espartano estaba obligado a prestar un juramento especial de obediencia a sus oficiales, llegando al nivel del *enōmotarchos*.⁷⁶ De hecho, el contraste con el espíritu más igualitario de otros ejércitos griegos llegó a generar conflictos cuando los generales espartanos estuvieron al mando de tropas procedentes de otras *poleis*.⁷⁷ La profesionalidad militar espartana era evidente también en otros aspectos: en su método de entrar caminando, que no corriendo, en combate, con un paso organizado y sin romper la formación (Tuc. 5.70); en la disciplinada rutina de los campamentos espartanos;⁷⁸ e incluso en la delegación de oficiales especialmente designados para asuntos de justicia, de finanzas o de botín (Jen.

⁷² En relación a los *hippeis*, vid. Thomas J. FIGUEIRA: “The Spartan Hippeis”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta and War...*, pp. 57-84. N.d.t.: *Hippeis* serían los caballeros, en singular, *hippeus*, la caballería.

⁷³ Hans van WEES: *Greek Warfare...*, p. 59.

⁷⁴ Paul CARTLEDGE: “Hoplites and Heroes: Sparta’s Contribution to the Technique of Ancient Warfare”, *JHS*, 97 (1977), p. 17.

⁷⁵ Cf. la cuidadosa vigilancia de los suministros en la batalla en Hans van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 105, con referencias en 280 n. 12.

⁷⁶ Hans van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 98, 243-4. De un modo estricto, la prueba de este juramento se refiere únicamente a la batalla de Platea del 479 a.C., pero es probable que se tratase de una característica antigua de la práctica espartana. El juramento fue respaldado con un castigo especial a la indisciplina sosteniendo de pie el propio escudo. (Jen. *Hell.* 3.1.9).

⁷⁷ William Kendrick PRITCHETT: *The Greek State at War*, 5 vols., Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press 1974-91, p. ii.243; Simon HORNBLLOWER: “Sticks, Stones and Spartans”, en Hans van WEES: *War and Violence in Ancient Greece*, Londres, Duckworth and the Classical Press of Wales, 2000, pp. 57-60; *Id.*: *Greek Warfare...*, pp. 108-13, esp. 111 (con referencias a fuentes antiguas en 282 n. 35).

⁷⁸ Jen. *Lak. Pol.* 12.5-7; H. van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 108-10.

Lak. Pol. 13.10-11). De hecho, Jenofonte afirma que «es casi imposible encontrar cualquier detalle referente a las cuestiones militares que los espartanos pasaran por alto» (*ibid.* 12.7).

¿Una sociedad militar?

Las cuestiones clave de nuestra discusión, sin embargo, tienen que ver con las implicaciones de esta específica organización militar. Dichas cuestiones pueden dividirse en dos aspectos. El primero se refiere a si la “profesionalidad” con la que Esparta concebía la conducción de la guerra implicaba que los factores puramente militares ejercieran una influencia inusual sobre el diseño de su política exterior; es decir, si las dinámicas de la planificación bélica espartana, por utilizar una frase moderna, «tomaron la delantera sobre “el arte de gobernar”». ⁷⁹ Este aspecto merece un tratamiento mucho más detallado del que nos permite el espacio de este artículo, pero merece la pena señalar la existencia de toda una serie de evidencias que van en contra de esa idea de una influencia militar constante y preeminente. Por ejemplo, las conclusiones del estudio de Van Wees no sugieren ninguna influencia militar inusual, al menos en relación a las motivaciones de los espartanos para hacer la guerra o los motivos subyacentes a sus decisiones. Las justificaciones para ir a la guerra adelantadas por las tres embajadas enviadas a Atenas previamente a la guerra del Peloponeso se ajustaban a las normas griegas habituales: pretextos como la defensa de los dioses ante la impiedad, la protección de los aliados ante la injusticia y el garantizar la libertad de los griegos. ⁸⁰ De un modo similar, los testimonios y crónicas antiguas que hablan sobre los motivos que llevan a los espartanos a declarar la guerra sugieren que estos no eran diferentes respecto a los de otras poleis griegas, estando capitalizadas por cuestiones como honor y prestigio. ⁸¹ Encontramos más evidencias en la historia de las relaciones exteriores espartanas, como por ejemplo en las numerosas ocasiones en las que Esparta rechaza las peticiones externas de asistencia militar. ⁸² Igualmente, debemos subrayar la capacidad de los espartanos para contener su uso de la fuerza contra Atenas entre las Guerras Médicas y la del Peloponeso hasta los momentos precisos en que se abrieron ventanas de oportunidad, ⁸³ llegando a provocar el enfado de los corintios ante la asamblea espartiatá relatado por Tucídides (1.68-71), donde los espartanos fueron acusados de inactividad crónica y de fracasar a la hora de defender a sus aliados. La propia opinión de Tucídides al respecto (1.188), según la cual los espartanos «no se apresuraban en ir a la guerra a no ser que fuesen obligados», ha provocado una importante controversia académica; pero, incluso con una mínima interpretación, esta afirmación no indica un enfoque de la política exterior en el que la dinámica militar se impusiese sobre las decisiones políticas.

⁷⁹ Volker R. BERGHAIN: op. cit., p. 105.

⁸⁰ H. van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 20-22. Los textos son Tuc. 1.127, 139.

⁸¹ H. van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 22-25; cf. Hdt. 7.148-9, 157-62; Jen. *Hell.* 3.2.21-2, 26; 3.3.5.

⁸² Por ejemplo Hdt. 3.148; 5.49; 6.84, 108; Tuc. 1.109; 5.82.

⁸³ Anton POWELL: “Athens’ difficulty, Sparta’s opportunity: causation and the Peloponnesian War”, *L’Antiquité Classique*, 49 (1980), pp. 87-114; ÍD.: *Athens and Sparta...*, pp. 118-26.

El otro aspecto –precisamente sobre el que me centraré– es la cuestión del impacto del enfoque militar espartano sobre el carácter de su sociedad. ¿Tiene razón Platón, por ejemplo, cuando afirma que las instituciones clave, como los banquetes, la *gymnasia*, la caza o la *krypteia*, fueron diseñadas con vistas a la guerra? En un estudio previo examiné el impacto que pudo tener la prolongada actividad bélica entre los años 431 y 371 a.C. –durante la guerra del Peloponeso y el imperio espartano– en la crisis interna de la sociedad espartíata.⁸⁴ En este sentido, en la presente explicación no diferenciaré entre períodos, puesto que focalizaré mi atención en el conjunto del periodo espartano clásico. De este modo, se puede argumentar que las cuestiones militares pudieron haber ejercido un gran efecto, o al menos uno diferenciado, sobre la sociedad espartana durante la época de su expansión imperial. Sin embargo, los indicios existentes son insuficientemente específicos o detallados como para poder detectar cambios en la naturaleza de muchas instituciones espartanas entre diferentes periodos. Por tanto, un examen sobre el período espartano clásico requeriría de un tipo diferente de enfoque, cuyo alcance vaya más allá de los límites del presente artículo. Una compensación parcial es que un enfoque indiferenciado que abarque el periodo clásico como un todo nos permite abordar directamente las afirmaciones de las fuentes clásicas tardías, la mayoría de las cuales (como Platón o Aristóteles) percibían los rasgos militares de la sociedad espartana del momento no como nuevos fenómenos derivados de su etapa imperial, sino como el resultado de factores estructurales de largo recorrido derivados de la naturaleza básica de la *politeia* espartana.

Así pues, antes de abordar la relevancia de los elementos militares en ciertas esferas de la vida espartíata, es necesario tratar en primer lugar un aspecto general que ha contribuido significativamente a forjar la imagen militar de la sociedad espartana: la cuestión de su mano de obra servil, los ilotas. Habitualmente, los historiadores han querido ver en la necesidad espartana de someter permanentemente a las grandes poblaciones de ilotas de Mesenia y Laconia la principal fuerza motriz detrás de la creación de una sociedad cohesionada de ciudadanos que compartían un mismo estilo de vida cotidiana.⁸⁵ Naturalmente, esta hipótesis ha llevado a los historiadores a asumir que la sociedad espartana tuvo que haber estado dominada por necesidades de seguridad militar; una visión que se refuerza con las afirmaciones de ciertos escritores clásicos prominentes (Tucídides, Platón y Aristóteles) en relación al supuesto y constante peligro creado por los ilotas.⁸⁶

Sin embargo, tal y como ya he argumentado en otro lugar, atribuir la transformación y el subsiguiente carácter de la sociedad espartana al problema ilota es demasiado aventurado.⁸⁷

⁸⁴ Stephen HODKINSON: "Warfare, wealth and the crisis of Spartiate society", en J. RICH y G. SHIPLEY (eds.), *War and Society in the Greek World*, Londres, Routledge, 1993, pp. 146-176.

⁸⁵ Por ejemplo George B. GRUNDY: *Thucydides and the History of his Age*, Blackwell, Oxford, 1948 (2ª edición), i. 219; Geoffrey E. M. de STE CROIX: *The Origins...*, pp. 89-94; Simon HORNBLLOWER: *The Greek World, 479-323 BC*, Londres, Methuen, 1983, p. 99; Paul A. CARTLEDGE: *Agasilaos and the Crisis of Sparta*, Londres, Duckworth, 1987, pp. 160-79.

⁸⁶ Tuc. 4.80; Platón, *Leyes* 777b-c; Arist. *Pol.* 1269a36-9.

⁸⁷ Stephen HODKINSON: "The development of Spartan society and institutions in the archaic period", en L.G. MITCHELL y P.J. RHODES (eds.), *The Development...*, pp. 96-97.

Esparta no fue la única ciudad que redujo a una población nativa a condiciones de servidumbre durante el período arcaico. Toda una serie de poblaciones similares existieron bajo dominación de las poleis griegas, tanto en la Grecia continental como en otras partes del mundo heleno;⁸⁸ y muchas de ellas parecen haber constituido una amenaza de revuelta mayor incluso que la planteada por parte de los ilotas.⁸⁹ En este sentido, el mismo Aristóteles (*Pol.* 1269a36-9) equipara las revueltas de los *penestai* tesalios con las de los ilotas. De la misma forma, tampoco es válido afirmar que los espartiatas viviesen bajo una amenaza para su propia existencia no compartida con otras poleis sin una población nativa sometida que fuera comparable.⁹⁰ Ello implica subestimar el grado en que el modo de hacer la guerra en la Grecia arcaica y clásica giraba en torno la captura de ciudades y la eliminación, esclavización o dispersión de sus poblaciones.⁹¹ La realidad es que casi todas las poleis griegas se enfrentaban constantemente a la posibilidad del surgimiento de serias amenazas contra su misma existencia, ya fuese por causas internas o externas. Así, el hecho de que ninguna otra polis crease un sistema social, comunal y público como el de Esparta sugiere que difícilmente las consideraciones sobre seguridad militar derivadas de los ilotas habrían sido el factor decisivo. No había nada inherente al problema ilota que exigiese una transformación radical de la sociedad espartana y que no hubiese hecho ésta deseable por sí misma como respuesta a otros problemas—siendo el primero de ellos el conflicto interno crónico entre los propios espartanos, reflejado en los testimonios sobre la Esparta arcaica—.⁹²

Es posible que la creación de vínculos de solidaridad frente a los ilotas fuese un factor que inclinase a los espartanos a elaborar una solución comunal a los problemas existentes dentro de su cuerpo ciudadano, pero eso no nos proporcionan un fundamento para asumir que dicha solución implicara la militarización de la sociedad espartana clásica. Es cierto que Tucídides (4.80) afirma que «la política lacedemonia en relación a los ilotas siempre estuvo determinada por consideraciones acerca de la seguridad».⁹³ Pero esto es un comentario sobre política es-

⁸⁸ Moses I. FINLEY: op. cit., pp. 174-175; Yvon GARLAN: *Slavery in Ancient Greece*, Ithaca, Cornell University Press, 1988, pp. 101-106; van Wees 2003; 2004, 30.

⁸⁹ Cf. la revuelta de los *Kyllyrioi* en Siracusa y de los *Penestai* en Tesalia (Hdt. 7.155; Jen. *Hell.* 2.3.36). Para detalles en relación a otras revueltas, H. van WEES: “Conquerors and serfs; wars of conquest and forced labour in archaic Greece”, en N. LURAGHI y S.E. ALCOCK (eds.), *Helots and their Masters in Laconia and Messenia: Histories, ideologies, structures*, Cambridge, Harvard University Press, 2003, con un conveniente sumario en las pp. 72-3.

⁹⁰ Kurt RAAFLAUB: “Soldiers, citizens and the evolution of the early Greek *polis*”, en L.G. MITCHELL y P.J. RHODES (eds.), *The Development...*, p. 56.

⁹¹ Vid. el conveniente sumario en H. van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 124-126, con referencias a las fuentes antiguas y a los estudios modernos, a los que incluye R. KULESZA: “Population flight: a forgotten aspect of Greek warfare in the sixth and fifth centuries BC”, *European Review of History*, 6 (1999), pp. 151-164.

⁹² Cf., recientemente, H. van WEES: “Tystaeus’ *Eunomia*: nothing to do with the Great Rhetra”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL: *Sparta: New Perspectives...*, pp. 2-6; Stephen HODKINSON: *Property...*, p. 2.

⁹³ αἰεὶ γὰρ τὰ πολλὰ Λακεδαιμονίους πρὸς τοὺς Εἰλωτας τῆς φυλακῆς πέρι μάλιστα καθειστήκει. Sigo los comentarios de Arnold W. GOMME: *A Historical Commentary on Thucydides*, Vol. III. Books IV-V 24, Oxford, Clarendon Press, pp. 547-548 y S.HORNBLOWER: *A Commentary on Thucydides...*, pp. 264-265

partana, no sobre la naturaleza de sus instituciones sociales e, incluso como generalización sobre política, entra en contradicción con otras partes de su relato que refleja una preocupación mucho menor por los ilotas.⁹⁴ Asimismo, otros grandes escritores clásicos como Heródoto o Jenofonte dan una impresión contraria respecto a la percepción espartana de los ilotas, tratándoles simplemente como una parte más del cuadro general de esta polis.⁹⁵ En este sentido, los espartanos estaban tan poco preocupados por la amenaza de los ilotas que ni siquiera iban armados en su día a día.⁹⁶ De hecho, estudios recientes han demostrado que existían muchas otras maneras de tenerlos controlados, más allá de la fuerza militar.⁹⁷ Por tanto, no hay motivos suficientes como para defender categóricamente que la sociedad espartana debía de haber poseído un carácter militar especial como consecuencia de la presencia de los ilotas.

Ciertamente, existen algunos aspectos donde los asuntos militares fueron más importantes en la vida espartiana que en la de los ciudadanos de otras poleis. El aspecto más evidente es la obligación de prestar servicio militar en su forma básica de lucha hoplítica generalizado a todo espartiano desde los 20 hasta los 60 años. Ninguna otra polis igualaba ciudadanía y servicio militar hasta tal punto, aunque debe tenerse en cuenta que si se incluyen las tropas ligeras y otros tipos todas las poleis griegas tuvieron elevados porcentajes de participación militar.⁹⁸ Aún más importante, quedando liberados de la necesidad de trabajar por su existencia gracias a la mano de obra ilota, los espartanos adultos siempre estaban disponibles para el entrenamiento militar, y no solo durante las campañas, tal y como ocurría con la mayoría de hoplitas en otras poleis. A primera vista, las evidencias pueden sugerir que el entrenamiento militar era un elemento frecuente y regular en la vida espartiana. La afirmación de Tucídides (5.70) con respecto a la costumbre lacedemonia de encaminarse a la batalla sin romper filas al ritmo de los *auloi* parece ejemplificar un grado de coordinación basado en una práctica de largo recorrido desco-

a la hora de adoptar lecturas minimalistas de esta frase, en lugar de entender todas las instituciones lacedemonias como designadas para protegerse de los ilotas.

⁹⁴ Tucídides indica que, cuando los atenienses habían ocupado Pilos, los espartanos recibieron la noticia con complacencia, completando su festival sin ningún signo de urgencia o amenaza (4.6). La fuerza ateniense no se inmiscuía en la revuelta ilota (4.3-4), contrariamente a Demóstenes. Solo cuando los habitantes de Mesenia comenzaron a tener ciertos éxitos, empezaron a existir deserciones de ilotas, haciendo que los espartanos se volvieran temerosos (4.41, 55). Esta no es la única ocasión en la que Tucídides se muestra contrario a su reporte de eventos: cf. las contradicciones entre su juicio y los eventos vinculados al imperialismo ateniense: Geoffrey E. M. de STE CROIX: "The character of the Athenian empire", *Historia*, 3 (1954-55), pp. 1-41.

⁹⁵ M. WHITBY: "Two shadows: images of Spartans and helots", en Anton POWELL y Stephen HODKINSON (eds.), *The Shadow of Sparta...*, pp. 87-126.

⁹⁶ Ello tiene implicación tanto en cuenta de Jenofonte en relación a la conspiración de *Kinadon* (uno de los argumentos de su revuelta es la posibilidad de utilizar herramientas agrícolas y manufactureras como armas para los rebeldes, al menos para atacar a los hombres desarmados: *Hell.* 3.3.7), como en la explicación en relación a *Kritias* (fr. B37, ap. Libanius, *Orations* 25.63) sobre la preocupación de los espartanos respecto a los ilotas (su comentario de que los espartanos en campaña siempre llevaban lanza implícita que en su día a día no era así).

⁹⁷ Stephen HODKINSON: *Property...*, pp. 113-35; 2003.

⁹⁸ H. van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 45-46

nocida para otros ejércitos griegos.⁹⁹ La detallada descripción que Jenofonte hace de las complejas maniobras militares llevadas a cabo por las tropas lacedemonias, así como su insistencia en el hecho de que éstos podrían llevar a cabo con facilidad tareas que los instructores de hoplitas considerarían difíciles (*Lak. Pol.* 11.8-10), podría parecer también que implica cantidades sustanciales de tiempo empleadas en ejercicios de formación. De hecho, numerosos manuales militares de época post-clásica describen un particular tipo de maniobra de contramarcha, conocido específicamente como *Lakonikos exeligmos*.¹⁰⁰ Finalmente, el escritor tardo-imperial romano Vegetio afirma que los espartanos fueron los primeros en escribir sobre el arte de la guerra, en acercarse a los asuntos militares como una cuestión de disciplina y estudio de habilidades más que de coraje o suerte, y que formaban instructores (*tactici*) para enseñar a los jóvenes las diferentes técnicas de combate (*Epitoma rei militaris* 3, prefacio).

No obstante, es necesario establecer reservas importantes. Las afirmaciones de Tucídides y Jenofonte se refieren a maniobras realizadas por todo el ejército lacedemonio.¹⁰¹ Sin embargo, la mayor parte de la tropa de origen no espartiatá integrada dentro del ejército no podía haber pasado mucho tiempo en Esparta, especialmente los *perioikoi*, muchos de los cuales eran granjeros que vivían en diversas poleis dispersas por todo su extenso territorio.¹⁰² Por ende, las posibilidades de dedicar tiempo al entrenamiento militar habrían sido limitadas para ellos en tiempos de paz. La descripción de Jenofonte citada anteriormente parece, de hecho, confirmar esta hipótesis. Aunque sus comentarios sobre la facilidad con la que los lacedemonios realizaban maniobras complicadas (11.8) podrían ser una prueba de la existencia de prácticas regulares de entrenamiento, su énfasis en la falta de complejidad de la formación laconia —«tan fácil de aprender que nadie que sepa diferenciar a un hombre de otro debería hacerla mal» (*Lak. Pol.* 11.5-6)— podría significar de igual forma, tal y como señala Noreen Humble, que era una formación fácilmente dominable con poco entrenamiento.¹⁰³ En este sentido, dada la ausencia de entrenamientos colectivos realizados por otros ejércitos griegos, con la excepción de ciertas unidades escogidas, la superioridad de los lacedemonios en instrucción militar pudo haberse conseguido probablemente con un mínimo de entrenamiento. Después de todo, las maniobras descritas por Tucídides y Jenofonte eran llevadas a cabo antes de que la batalla comenzase, y no en el “corazón” de la misma. En este sentido, el ejemplo de la batalla de Mantinea en el 418 a.C. indica que, incluso durante los preliminares, el ejército lacedemonio no estaba suficientemente en-

⁹⁹ N.d.t.: El aulós (los *auloi*, en plural) es un instrumento de viento de dos tubos, tocado en la Antigua Grecia y muy arraigado en su cultura mítica y en la vida cotidiana.

¹⁰⁰ Asklepiodotos, *Taktika Kephalaia* 10.13–15; Aelianus, *Taktika* 27–8, 34.3–5; Arriano, *Technē Taktikē* 23–4; 31–2

¹⁰¹ Cf. El uso de la terminología inclusiva en Jenofonte en su referencia a las “*Lakōnikē taxis*” (11.5) y a los “*Lakedaimonioi*” (11.8), contrasta con “*aquellos criados bajo las leyes de Licurgo*” (11.7).

¹⁰² Los “*kaloí kagathoi* entre los *perioikoi*”, que eran libres para incorporarse a la campaña de *Agesipolis* contra *Olynthos* en el 381 a.C. (Jen. *Hell.* 5.3.9), fueron, tal y como indica el texto, una minoría acomodada atípica. Téngase en cuenta que en la leva, las tropas de *perioikoi* debían viajar de sus respectivas *poleis* dispersas hasta territorio espartano: ej. Tuc. 4.8.

¹⁰³ Noreen HUMBLE: “Why the Spartans fight so well... even in disorder? – Xenophon’s view”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta and War...*, pp. 219-234.

trenado como para evitar la tendencia general de los ejércitos griegos a virar a la derecha; y el hecho de que dos oficiales espartanos recibieran la orden de dirigir sus *lochoi* desde el ala derecha del ejército para llenar una grieta en el flanco izquierdo sugiere una falta de confianza en su capacidad para ejecutar la maniobra con éxito (Tuc. 5.71-2).¹⁰⁴ Por lo que respecta a las maniobras durante la propia batalla, la contramarcha fallida en la batalla de Kerkyra en el 374/3 a.C. (Jen. *Hell.* 6.2.20-3) es un indicador de los límites de la supuesta superioridad de los lacedemonios en materia de instrucción militar.

Las pocas oportunidades de que disponían los *perioikoi* para entrenar influyeron en el nivel de formación del resto de soldados espartanos, dado que desde un determinado momento entre las Guerras Médicas y las del Peloponeso –si no antes– los *perioikoi* parecen haber combatido en las mismas unidades militares que las tropas espartiatas.¹⁰⁵ En estas circunstancias, no está clara la utilidad de que los propios espartiatas llevaran a cabo un entrenamiento regular de formación. De hecho, las fuentes contemporáneas no ofrecen datos acerca de la existencia de un entrenamiento militar especializado destinado a los espartiatas adultos. Además, tal y como se ha visto, no solo las referencias a simulacros colectivos en formación son ambiguas, sino que tampoco hay mención alguna a la práctica con armas o a algún tipo de ejercicio de combate simulado. Es cierto que a lo largo de su exposición de las maniobras militares en *La República* Jenofonte comenta que solo «aquellos criados bajo las leyes de Licurgo» (es decir, los espartanos) encuentran sencillo proseguir la lucha con cualquiera junto a ellos, incluso cuando la formación está en desorden (11.7). Sin embargo, tal y como argumenta Humble, no está claro que Jenofonte atribuya dicha capacidad a un entrenamiento colectivo especializado. Por el contrario, el tono general de su trabajo sugiere que más bien se trata de un apunte social sobre la sistemática instrucción de los espartanos en la obediencia y su miedo a las consecuencias de ser considerados cobardes.

Por otra parte, las afirmaciones de los manuales militares de época postclásica no pueden utilizarse como la prueba de la existencia de entrenamientos, sobre todo cuando tal realidad no consta en las fuentes de época. Las informaciones que encontramos en la *Taktika* de Asclepiodoto, Eliano y Arriano están enormemente influenciadas por el relato de Jenofonte y se limi-

¹⁰⁴ N.d.t.: El *lochos* (los *lochoi*), literalmente “banda de guerreros”, sería una subunidad táctica de los ejércitos griegos en la Antigüedad –aunque también se utiliza en el ejército griego moderno–, la cual variaría en tamaño y funcionamiento a lo largo del tiempo y, también, entre diferentes poleis. El modelo espartano del siglo V a.C. estaría compuesto por 640 hombres, según Jenofonte, divididos a su vez en cuatro *pentekostyes* de 160 hombres, los cuales se dividirían a su vez en cuatro *enomotiai* de cuarenta hombres.

¹⁰⁵ El nivel exacto de unidad en la que los *perioikoi* eran integrados es poco claro: referencias a una extensa bibliografía en Stephen HODKINSON: “Social Order...”, p. 255, n. 41, a la que hay que añadir Paul A. CARTLEDGE: *Agesilaos and...*, pp. 37-43. La explicación de J.F. LAZENBY: *The Spartan Army*, Warminster, Aris&Phillips, 1986, de que los *perioikoi* no fueron integrados hasta Leuktra no cuenta con demasiado apoyo. De hecho, la integración entre ellos y los espartiatas debió empezar antes de lo que creemos. El ejército lacedemonio de las Termópilas ya incluía 700 *perioikoi* entre los 300 espartiatas; e incluso en Platea su separación no es clara (una discusión de las fuentes en H. van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 83-84 y 275, nn. 25-26).

tan únicamente a mencionar la táctica espartana de la contramarcha, no dicen nada sobre entrenamientos más amplios o sistemáticos. En cuanto a las afirmaciones de Vegetio, Everett Wheeler ha demostrado que forman parte de la leyenda militar espartana de época postclásica, propagada fundamentalmente a raíz de los intentos romanos de asociar sus prácticas a las de Esparta.¹⁰⁶ De hecho, los orígenes de la leyenda de los instructores espartanos (*tactici*) se encuentran en la combinación de diversos fenómenos clásicos auténticos en época postclásica, si bien diferentes entre sí. El primero de ellos fue el de los *hoplomachoi* profesionales itinerantes (ninguno de ellos espartano), que aglutinaban dos roles: uno similar a los sofistas, ofreciendo variada instrucción militar que incluiría entrenamiento con armas para pupilos remunerados de las poleis que los acogían; y otro que sería el de instructores mercenarios para el entrenamiento de los ejércitos de otros estados. El segundo fenómeno fue una práctica espartana de largo recorrido desde finales del V a.C., consistente en el envío de espartiatas al extranjero para comandar los ejércitos de otras poleis (o desde mediados del IV a.C. como capitanes mercenarios). De hecho, durante el período helenístico ambos roles de los *hoplomachoi* pasaron a ser más especializados. Dado que numerosas poleis reemplazaron al primer tipo de *hoplomachoi* contratando sus propios instructores, las funciones de estos *hoplomachoi* institucionalizados (que incluían al menos a un espartano) pasaron a estar más centradas en entrenamientos indicados para el *gymnasion* y la *palaistra*.¹⁰⁷ Por el contrario, los instructores mercenarios se centraron exclusivamente en el entrenamiento táctico-práctico de los ejércitos en tiempos de guerra, llegando a ser conocidos por lo general como *tactici*. En palabras de Wheeler, «la visión de Vegetio sobre los *tactici* espartanos [...] se basa en parte en la tradición de los generales espartanos y comandantes mercenarios que servían en el extranjero, fusionado con la innovación helenística de la especialización funcional de los dos tipos de *hoplomachoi*». ¹⁰⁸ En este contexto surge la combinación del rol de los líderes militares espartanos en tiempos de guerra con el entrenamiento en tiempos de paz que proporcionaban numerosos *hoplomachoi* clásicos. Pero esto no ofrece evidencia alguna de la existencia de una formación militar sistemática en la Esparta clásica. De hecho, sólo encontramos un pasaje en el que Jenofonte hace referencia explícita al entrenamiento militar de los espartanos adultos (*Lak. Pol.* 4.7):

Licurgo estableció el principio de que los hombres de esa edad [es decir, mayores de 30 años] tuvieran la caza como la más noble de las ocupaciones, excepto cuando alguna función pública se lo impidiera, con el fin de que pudieran ser capaces de soportar las fatigas de la vida militar, del mismo modo que lo son los hombres más jóvenes.

¹⁰⁶ E.L. WHEELER: "The *hoplomachoi* and Vegetius' Spartan drillmasters", *Chiron*, 13 (1983), pp. 1-20.

¹⁰⁷ En relación a *Laidas* el espartano, honrado por su instrucción a los ciudadanos de *Gytheion*, *IG* V.i.1523. N.d.t.: En la Grecia Antigua el *gymnasium* era el centro de entrenamiento para los atletas que competían en las competiciones públicas. Por su lado, la *palaistra* era la escuela de lucha.

¹⁰⁸ E.L. WHEELER: "The *hoplomachoi*...", p. 15.

Tan preocupadas estaban las autoridades espartanas por garantizar el acceso de todos los espartanos a la caza que había disposiciones para que los ciudadanos pobres pudieran pedir prestados perros de caza a sus vecinos más ricos (*Lak. Pol.* 6.2). Esta evidencia apoya la afirmación de Platón acerca de la conexión entre guerra y caza en Esparta. Sin embargo, al afirmar que la caza fue ideada con fines militares Platón exagera claramente su argumento. Aunque las autoridades promoviesen y facilitasen la participación ciudadana no hay evidencia alguna que indique que las prácticas habituales de caza de los griegos fuesen modificadas para adaptarse a las necesidades del entrenamiento bélico. Además, Esparta no era el único lugar en el que la caza se valoraba como un buen entrenamiento militar pensando en el desarrollo o potenciación genérica de la fortaleza física y mental.¹⁰⁹ En su lugar, podríamos igualmente dar la vuelta a la afirmación parcial de Platón para sostener que al centrarse en la caza la preparación de los espartanos para la guerra seguía la norma griega de un entrenamiento no especializado. Si añadimos la escasez de fuentes que apunten a una formación especializada, el testimonio de Jenofonte sugiere que la preparación espartana buscaba garantizar la buena forma del individuo, y no inculcar habilidades militares específicas.¹¹⁰

En este contexto también debemos considerar el rol de la danza. Numerosos escritores romanos de época imperial afirman que la danza estaba íntimamente conectada con la guerra en Esparta. De acuerdo con Luciano (*Peri Orchēseōs* 10), los espartanos se ganaron a todos con música y ritmo para poder liderarlos. Ateneo (*Deipnosophistai* 630e-631A) cita al escritor clásico Aristógenes de Tarento por la declaración de que la danza de guerra conocida como *pyrrhichē* recibió su nombre del espartano *Pyrrhikos*, del mismo modo que una serie de escritores tardíos asocian la danza con los héroes espartanos, en concreto con los Dioscuros.¹¹¹ Ateneo afirma que, en su época, la danza persistía aún en su forma bélica, aunque solo en Esparta, donde se enseñaba a todos los niños mayores de cinco años. Filóstrato (*On Gymnastics* 19) subraya que la danza en Esparta era vista, del mismo modo que otras competiciones, como un entrenamiento preliminar para la guerra que incluía lanzar y esquivar proyectiles, así como levantar y manejar el escudo. Ciertamente, los espartanos eran conocidos desde época temprana por su amor a la danza,¹¹² pero deberíamos ser cautelosos al considerarlo como parte de un entrenamiento especializado de tipo militar. A pesar de la grandilocuencia (y también quizás intencionadamente

¹⁰⁹ Vid. los comentarios de Jenofonte, *On Hunting* 1.18; 12.1–9; cf. J.K. ANDERSON: *Hunting in the Ancient World*, Berkeley, University of California Press, 1985, pp. 17-29; Judith BARRINGER: *The Hunt in Ancient Greece*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001, pp. 10-69.

¹¹⁰ Paul CARTLEDGE: "Hoplites and Heroes...", p. 17, n. 51 [también en Paul A. CARTLEDGE: *Agesilaos and...*, p. 402, n. 51] piensa que "los espartanos tuvieron una palabra para su condición de subyugación a la disciplina militar (taga)", citando a J. CHADWICK: "τάγá and ἀτάγία", en Vittore PISANI (ed.), *Studi Linguistici in Onore di Vittore Pisani*, Vol. I, Brescia, Paideia, 1969, p. 234. Aunque ello es cierto, en un pasaje relevante (Aristop. *Lys.* 105), el contexto - las dificultades de las mujeres ante la ausencia de sus maridos por la leva - sugiere que la palabra se refiera a periodos con una campaña activa (tal y como señala Chadwick), y no como un estado de disciplina militar doméstico.

¹¹¹ Referencias en Paola CECCARELLI: *La pírrica nell'antichità greco romana: studi sulla danza armata*, Pisa, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, 1998, pp. 99-100, nn. 45-46.

¹¹² Pratinos fr. 709 (Campbell), ap. Athen. 14.632f–633a.

cómica) afirmación general de Luciano, los detalles que ofrece se refieren únicamente a la funcionalidad de la música en la marcha espartana –un elemento ya señalado por Tucídides (5.70) a propósito de la batalla de Mantinea. El testimonio de Filóstrato parece ser más relevante a primera vista para el combate real. Sin embargo, tal y como Graham Anderson ha observado, su trabajo no es un tratado técnico, sino más bien «el tipo de composición en la que los sofistas se enorgullecían de ser capaces de escribir con poca reflexión», dignificando la gimnasia y el baile con un aura de algo antiguo, espartano y militar, bajo la influencia de la leyenda militar de Esparta de época postclásica.¹¹³

Los detalles de la danza descritos por Filóstrato coinciden con aquellos de la *pyrrhichē*, tal y como son descritos por Platón (*Leyes* 815a), y bien pudo haberlos copiado de ahí, añadiendo una atribución espartana externa al texto de Platón. Tal y como indica el testimonio de Ateneo, la danza pírrica era un elemento de sus supuestas tradiciones antiguas promovidas asiduamente por los espartanos en tiempo de los romanos, como parte de su reinvencción general de la *agōgē*.¹¹⁴ Por el contrario, y a pesar de los comentarios de Aristógenes, en el período clásico no hay nada particularmente espartano en la *pyrrhichē*. Éforo atribuía sus orígenes a Creta, del mismo modo que el historiador espartano local Sosibio, y estaba asociada con una variedad diferenciada de héroes o divinidades, además de los Dioscuros.¹¹⁵ De hecho, al igual que otras danzas de guerra, la *pyrrhichē* está atestiguada a lo largo del mundo griego, adquiriendo una variadas de formas diversas y sirviendo a todo un conjunto de propósitos, tanto militares como no militares. Por ejemplo, los danzadores pírricos que aparecen con frecuencia en los vasos áticos del siglo V a.C. son por regla general mujeres, y no tanto hombres.¹¹⁶ En cuanto a la propia Esparta, ninguna fuente de época menciona la *pyrrhichē* por ese nombre, ni en el período arcaico ni en el clásico. Ello no implica negar la existencia de danzas espartanas ejecutadas con armas o armadura, incluyendo las danzas corales del festival de las *Gymnopaidiai* en las que sus participantes expresaban su destreza militar.¹¹⁷ No obstante, como ha mostrado Ceccarelli en su detallado examen de la cuestión, las insuficiencias de los testimonios conservados hacen difícil establecer el contexto exacto de estas danzas, y mucho menos determinar su forma o contenido preciso.¹¹⁸ Las mejores descripciones de la clásica *pyrrhichē* se encuentran

¹¹³ Graham ANDERSON: *Philostratus: Biography and belles lettres in the third century AD*, Beckenham, Croom Helm, 1986, pp. 269-272.

¹¹⁴ En relación a la re-invencción romana de la *agōgē*, Nigel M. KENNEL: op. cit. N.d.t.: La *agōgē* era el sistema educativo y de entrenamiento obligatorio para todos los ciudadanos espartanos.

¹¹⁵ Éforo, *FGrH* 70 F 149, ap. Estrabón 10.4.16; Sosibios, *FGrH* 595 F 23, ap. Scholion en Pindar, *Second Pythian* 2.127. Numerosos héroes y divinidades asociadas a la danza: Paola CECCARELLI: op. cit., p. 25.

¹¹⁶ En relación a la *pyrrhichē* de Atenas y a la participación femenina, E.K. BORTHWICK: "P. Oxy. 2378: Athena and the Pyrrich dance", *Hermes*, 98 (1970), pp. 318-331; A. GOULAKI-VOUTIRA: "Pyrrich dance and female pyrrich dancers", *Repertoire International d'Iconographie Musicale (Research Center for Musical Iconography, Newsletter)*, 21 (1996), pp. 3-12. Para la crítica de la idea de que las prácticas atenienses representaron una evolución de una versión anterior de la danza militar espartana, Paola CECCARELLI: op. cit., pp. 25-26.

¹¹⁷ *Instituta Laconica* 15, ap. Plut. *Mor.* 238a-b; cf. *Mor.* 544e; Plut. *Lic.* 21.1-2.

¹¹⁸ Paola CECCARELLI: op. cit., pp. 99-108.

en fuentes no espartanas: Platón y antes que él Eurípides (*Andromache* 1129-36). Estas descripciones parecen más vinculadas a entrenamientos de la aptitud física, la agilidad o la destreza que un entrenamiento específico para la guerra hoplítica,¹¹⁹ y no hay duda de que también proporcionaron una preparación psicológica y un sentido de cohesión entre los participantes. Si la *pyrrhichē* de Platón se inspira en danzas militares espartanas, estaríamos ante otro caso en el que los espartanos compartían la extendida práctica griega de la preparación física y psicológica genérica para hacer la guerra.

La impresión del carácter de los entrenamientos espartanos queda reforzada por el hecho de que, en contraste con la falta de entrenamientos militares especializados en la vida cotidiana del espartiatas adulto, Jenofonte ofrece indicaciones explícitas de la obligación oficial de realizar entrenamientos gimnásticos regulares. En su *Memorabilia*, el segundo elemento de la lista del joven Pericles de las cosas en las que los atenienses no lograban imitar a los espartanos se refiere a los ejercicios corporales (3.5.15). En *La República* describe cómo éstos fueron regulados públicamente, dejando al ciudadano más veterano de cada *gymnasion* la responsabilidad de asegurar un equilibrio entre la cantidad de ejercicio físico y el número de raciones aceptables (*Lak. Pol.* 12.5). En las *Leyes* de Platón la *gymnasia* es descrita como una de las instituciones orientadas hacia la guerra, pero tal y como hemos visto también estaba vinculada a la virtud cívica del autocontrol (633^a; 635e-636a). De hecho, la descripción de Jenofonte la presenta como una institución cívica por derecho propio, sin dar ningún indicio de que estuviera diseñada específicamente para el entrenamiento militar.

Esta concentración en la actividad gimnástica se mantuvo incluso en tiempo de guerra. Durante las campañas, la única actividad obligatoria de las tropas espartanas cuando no luchaban era la práctica gimnástica –dos veces al día (*Lak. Pol.* 12.5)–. El apunte de Jenofonte sobre este ejercicio regular no se centra en sus efectos militares, sino en su impacto cívico, haciendo a las tropas «más imponentes» (μεγαλοπρεπεστέρους) y «más briosas» (ἐλευθεριωτέρους). En el 396 a.C., cuando el rey Agesilao entrenaba a sus tropas en Éfeso durante su campaña asiática otorgaba recompensas a sus unidades de hoplitas siguiendo un criterio basado en su estado físico, y no en su formación o coordinación en el combate o en su habilidad con las armas. Por tanto, los hoplitas no se consagraban al funcionamiento como una unidad militar, sino al ejercicio en el *gymnasion* (*Jen. Hell.* 3.4.16).¹²⁰ Ello explica el hecho de que los espartiatas que obtenían victorias en las pruebas atléticas de los Juegos Olímpicos fuesen automáticamente promocionados a alguno de los puestos de más prestigio de todo el ejército, como el de guardia personal del rey.¹²¹ Estos pasajes muestran un grado de interpenetración entre las actividades gimnásticas y el entrenamiento militar, pero no –según Platón– en térmi-

¹¹⁹ E. L. WHEELER: “*Hoplomachia* and Greek dances in arms”, *GRBS*, 22 (1982), pp. 229-233. Tal y como ha señalado (Ibidem., p. 230), lo mismo es aplicable a otras danzas de guerra, ej. *Jen. Anab.* 6.1.9-10.

¹²⁰ Agesilao lideraba una fuerza de no espartiatas, pero su acercamiento al entrenamiento militar seguía de cerca la práctica estándar de los ciudadanos.

¹²¹ *Plut. Mor.* 639e; *Lic.* 22.4. Cf. los comentarios de Thomas J. FIGUEIRA: “The Spartan *hippeis*”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta and War...*, pp. 57-84.

nos del impacto de lo militar en la vida espartiatá en tiempos de paz. Más bien fueron las actividades gimnásticas las que penetraron en su cotidianeidad en tiempos de guerra. En general, por tanto, parece que el entrenamiento del espartiatá para la guerra era promovido a través de las actividades corrientes que realizaban las elites ociosas de todo el mundo griego.

Estas observaciones nos permiten ir aún más lejos. Aunque la rutina diaria de los espartiatas adultos estuviera estructurada hasta cierto punto por la previsión oficial de implicación en el *gymnasion*, en la caza y en los banquetes comunes de la noche, lo cierto es que dicha reglamentación tenía sus límites. Nuestro conocimiento de sus otras actividades diarias sugiere que los espartiatas adultos tenían considerables cantidades de tiempo disponibles para dedicarlas a los negocios privados, como visitas a sus mecenas o a sus compañeros pederastas, a las negociaciones políticas, a las transacciones económicas en el *agora* y a la supervisión de sus propiedades.¹²² En definitiva, la vida diaria del espartiatá adulto no estaba excesivamente dominada por sus obligaciones cívicas, y menos aún por aquellos aspectos que concernían a su papel como guerrero.

El período en el que la vida del hombre espartiatá estaba dominado indudablemente por sus deberes cívicos era, por supuesto, su juventud, y hay que destacar que en las crónicas de los escritores antiguos el entrenamiento para la guerra se vincula básicamente a la crianza y la educación.¹²³ De acuerdo con ello, los soldados más jóvenes podían tener responsabilidades especiales en la batalla, por ejemplo servir en la guardia real o salir de la falange en persecución de tropas enemigas móviles.¹²⁴ Las principales aproximaciones a la crianza y la educación en *La República* de Jenofonte (capítulos 2-4) y en la *Vida de Licurgo* de Plutarco (capítulos 16-18) indican que ésta incluía el entrenamiento en cualidades como la resistencia física, la tenacidad, la competitividad, la obediencia y la solidaridad colectiva, las cuales formaban una buena base para la participación en la guerra hoplítica. Una vez más, sin embargo, no hay evidencias consistentes que permitan ver en la crianza y la educación un período dominado por la formación en habilidades militares especializadas. Los defensores de esta visión suelen citar los comentarios de un simpatizante espartano, Procles de Fliunte, que en un discurso a la asamblea ateniense en el año 369 a.C. afirma que los espartanos «entrenan desde muy pequeños para la guerra terrestre» (Jen. *Hell.* 7.1.8). No obstante, el contexto en el que nace esta afirmación es una discusión no alrededor de la crianza y la educación, sino en referencia a la centralidad de la guerra terrestre para Esparta en detrimento de la guerra naval. A pesar de que esto confirma que la preparación militar era uno de los elementos presentes en la crianza y la educación (algo que no se discute), no nos dice nada sobre su relevancia en comparación con sus otras funciones. Aristóte-

¹²² Los textos clave son Jen. *Hell.* 3.3.5 (la conspiración de *Kinadon*), 5.4.28-33 (el episodio de *Sphodrias*); Plut. *Lic.* 25.1.

¹²³ Tuc. 2.39; Jen. *Hell.* 7.1.8; Arist. *Pol.* 1324b8-9; 1338b9-14, 24-39.

¹²⁴ En relación al servicio en los *hippeis*: fuentes en Thomas J. FIGUEIRA: "The Spartan *hippeis*". Salidas: Jen. *Hell.* 4.5.14-16, 6.10; cf. A. BILLHEIMER: "Τὰ δέκα ἀφ' ἡβητος" *TAPhA*, 77 (1946), pp. 214-220: en ambos episodios también participaron tropas de edades comprendidas entre los 30 y 34; en la última ocasión el intento inicial por luchar con soldados de 20-29 fracasó

les (*Política* 1324b7-9), en contraste, afirma que el sistema educativo estaba principalmente enfocado a la guerra. Sin embargo, la naturaleza exacta de este enfoque bélico es revelada más adelante el mismo escrito (1338b24-29):

Y de nuevo sabemos que incluso los laconios, aunque mientras persistieron en sus ejercicios laboriosos sobresalieron por encima del resto de los pueblos, ahora se ven superados por otros en las disputas gimnásticas y militares (καὶ τοῖς γυμνασίοις καὶ τοῖς πολεμικοῖς ἀγῶσι); y es que ellos solían destacar no porque entrenasen a sus jóvenes (τοὺς νέους γυμνάζειν) de este modo, sino sólo porque entrenaban y sus adversarios no.

Aristóteles indica de un modo claro que, al igual que ocurre con los espartiatas adultos, el entrenamiento de sus jóvenes (su uso de la palabra *neoi* probablemente se refiera a chicos en la veintena), responsable del éxito militar de Esparta, era esencialmente gimnástico y físico, de ahí que la incorporación de estos entrenamientos por parte de otras poleis supuso el debilitamiento de la preeminencia espartana en ambas esferas. Del mismo modo, ni en Jenofonte ni en Plutarco hay mención alguna de entrenamientos en tácticas militares o en el uso de armas, aún cuando sus relatos cubren todo el proceso educativo desde los 7 hasta los 30 años.¹²⁵ De un modo similar, no se atestigua ningún combate hoplítico simulado. La única referencia en el relato de Jenofonte son las peleas improvisadas entre los *hēbōntes* (*Lak. Pol.* 4.4-6).¹²⁶ Por su parte, Platón se refiere a batallas colectivas, especialmente indicadas para la lucha con las manos desnudas (*Leyes* 633b). Igualmente, Plutarco menciona la lucha entre chicos jóvenes (*Lic.* 16.5), pero no hay indicio alguno de que se tratase de algo similar a unos juegos de guerra. De hecho, el llamado “simulacro de batalla” que tendría lugar en las Platanistas en el marco en un paisaje artificial y caracterizado por una evocación antigua a los seres divinos y heroicos tiene un origen postclásico casi con toda seguridad, dado que solo aparece en fuentes romanas.¹²⁷

A pesar de que muchos de los aspectos de la crianza y la educación tuvieron un impacto positivo en la subsiguiente actuación de los espartiatas adultos dentro del ejército, reducir sus objetivos primordialmente a la preparación para la guerra supone subestimar sus funciones de amplio alcance en la socialización de los muchachos espartanos y en su preparación para todos los aspectos de la vida del ciudadano adulto. En mi opinión, Ducat realiza una afirmación acertada: «no solo se quiere formar al guerrero... sino al ciudadano, para el cual la guerra es solo

¹²⁵ La investigación moderna ha perpetuado burdos malentendidos respecto a su evidencia. Henri Irénée MARROU: op. cit., p. 21, afirma que “*el chico empieza muy pronto su entrenamiento militar... aprendido cómo moverse con los demás en formación, cómo utilizar armas, cómo protegerse y cómo lanzar la jabalina.*” Cita Jen. *Lac.* 2., pero no hay nada en el texto.

¹²⁶ N.d.t.: Dentro de la *agōgē* espartana los *hēbōntes* serían los jóvenes en la última etapa educativa, aquellos entre los 20 y los 29 años. Antes estarían los *paides*, entre los 7 y 17 años, y los *paidískoi*, entre los 17 y 19 años

¹²⁷ Nigel M. KENNELL: op. cit., pp 55-59. Las fuentes son Cicerón *Tusculan Disputations* 5.27.77; Pausanias 3.14.8-10, 20.2, 8; Luciano *Anacharsis* 38. N.d.t.: Platanistas sería un área de Esparta donde se llevaban a cabo diferentes rituales de la *agōgē* espartana, así como también diferentes ceremonias religiosas. Su nombre tendría que ver con la abundancia de los plataneros en sus inmediaciones.

una más de las actividades». ¹²⁸ De hecho, tal y como destaca con razón, ciertos aspectos de la educación parecen irrelevantes e incluso poco adecuados para la preparación bélica. A pesar de las racionales explicaciones de Jenofonte, la sistemática desnutrición que sufrían los chicos (*Lak. Pol.* 2.5-6) era contraproducente para generar soldados bien formados, ¹²⁹ y el consecuente entrenamiento en el robo furtivo (2.6-7) no suponía un entrenamiento real para conseguir suministros en campaña. Con razón, fueron rasgos como los expuestos los que llevaron a Nigel Kennell a recordarnos en su libro *The Gymnasium of Virtue* los aspectos rituales de muchas de las características socializadoras de la educación espartana, definida como «un conglomerado de actividades con fundamentos esencialmente religiosos, y no meramente un Sandhurst o West Point lacedemonio» (1985, 135; cf. 123). ¹³⁰

Quizás el caso más notable en cuestión es la institución de la *krypteia*, en la que una serie de jóvenes seleccionados vivían un periodo temporal de privación en el campo, escogiendo ilotas para asesinarlos como parte fundamental de su tarea. ¹³¹ Tal y como hemos visto, Platón (*Leyes* 633b-c) afirma que la *krypteia* era otra de las instituciones concebida para la guerra, sobre todo partiendo del hecho de que era un durísimo entrenamiento de resistencia (πολύπονος πρὸς τὰς καρτερήσεις). La afirmación es repetida, con un énfasis similar acerca de sus aspectos físicos, en un escolio conservado en el citado pasaje: «fue también otra forma de ejercicio (γυμνασία) para la guerra». ¹³² Cabe señalar que esta interpretación está completamente ausente de las fuentes procedentes de Aristóteles y su escuela, que la veían más como una medida de seguridad interna contra los ilotas. ¹³³ No obstante, la noción de la *krypteia* como medida de aprendizaje militar ha tenido un largo recorrido en los estudios clásicos, yendo más allá de lo planteado por Platón y del énfasis de los escoliastas en su rol dirigido a la preparación física. Desde principios del siglo XIX, numerosos estudios han equiparado esta institución con las patrullas territoriales organizadas por los *peripoloi* y *agronomoi* atenienses en la imaginaria Mesenia de Platón, que servían

¹²⁸ Jean DUCAT: “La société spartiate et la guerre”..., p. 44.

¹²⁹ Tal y como el mismo Jenofonte apunta, colocando dicha característica poco después de la contraria práctica de alimentar más de lo normal a las chicas jóvenes con el fin de ser madres saludables (1.3). La literatura médica contemporánea señaló el daño causado por la insuficiencia de alimentos: referencias en Michael LIPKA: op. cit., p. 124.

¹³⁰ En relación a los elementos no funcionales de la *agōgē*, vid. también Jean DUCAT: “Perspectives on Spartan education in the classical period”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta: New Perspectives...*, especialmente pp. 59-62.

¹³¹ El debate más reciente se encuentra en Jean DUCAT: “La cryptie en question”, en P. BRULÉ y J. OULHEN (eds.), *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce ancienne: Hommages à Yvon Garlan*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1997, pp. 43-74. Él piensa que solo hay cuatro referencias auténticas: Platón, *Leyes* 633b-c; el *scholia*; Heraclio fr. 10 Dilts = Arist. Fr. 611.10 (Rose) = 143.1.2.10 (Gigon); Plut. *Lic.* 28.1-3 = Arist. Fr. 538 (Rose) = 543 (Gigon).

¹³² N.d.t.: Un escolio, del latín *scholium* o *scholion* (en plural *scholia*), es un comentario (o una serie de comentarios) de diferente naturaleza, muchas veces con voluntad crítica o ampliando ciertas informaciones, añadido a posteriori por un lector o copista sobre el manuscrito original de un autor antiguo, generalmente en el margen. Aquellos que las llevaban a cabo este tipo de anotaciones son conocidos como escoliastas.

¹³³ Referencias en la nota 132.

como aprendizaje militar para su futura vida como hoplitas.¹³⁴ Sin embargo, tal y como apuntó Jeanmaire hace un siglo y más recientemente Ducat, las actividades de los *kryptoi* – enviados sin instrucciones específicas, operando bajo su propia iniciativa alejados de la supervisión o control oficial, descalzos, sólo con dagas como armas ofensivas,¹³⁵ y escondiéndose de los demás con pocas facilidades para hacer llegar cualquier información obtenida– no pueden ser comparadas con las de las patrullas territoriales, del mismo modo que tampoco pueden entenderse como un aprendizaje para la guerra hoplítica.¹³⁶ En palabras de Vidal-Naquet, en este período temporal de inversión ritual común a muchas sociedades, «el *kryptos* se presenta en todos los aspectos como un anti-hoplita, la *krypteia* y la vida de un hoplita como ‘opuestos simétricos’».¹³⁷ La irrelevancia esencial de la *krypteia* para el entrenamiento militar de los soldados espartanos se demuestra, sobre todo, en el hecho de que solo implicaba a un reducido número de jóvenes, para quienes aparecía mucho más claramente como un intensivo periodo ritualizado de pruebas personales (una de las cuales era el asesinato de ilotas) en el marco de un proceso cada vez más selectivo para escoger a los futuros líderes de Esparta.¹³⁸

La discusión sobre los aspectos rituales de la educación plantea la problemática de si las prácticas religiosas de los espartiatas estaban especialmente marcadas por una orientación militar, un asunto abordado explícitamente por Robert Parker en su ya clásico estudio sobre la religión espartana.¹³⁹ Está claro que dicha religión incluyó un buen número de elementos militares, como el festival conocido como la Promacheia y numerosas y prominentes estatuas armadas (Atenea en la Acrópolis, Apolo en Amyklai y Thormax y Afrodita cerca de la misma

¹³⁴ Hermann KOECHLY: *Cryptia: De Lacedaemoniorum Cryptia Commentatio*, Vol. I, Leipzig, B.C. Teubner, 1881, pp. 587-588; Wilhelm WACHSMUTH: *Hellenische Alterhumskunde aus dem Gesichtspunkte des Staats*, Halle, Hemmerde uns Schwetschke, i.462; ii.304; cf., más recientemente, Marcel PIÉART: *Platon et la cité grecque*, Bruselas, Académie Royale de Belgique, 1974, pp. 259-291; E. LÉVY: “La cryptie et ses contradictions”, *Ktema*, 13 (1988), pp. 245-252. N.d.t.: Los *peripoloi*, en castellano perípolos, serían una especie de guardas fronterizos muy característicos de la Atenas de época clásica. Aunque no pertenecen a un grupo jurídicamente definido solían integrarse dentro de este cuerpo los jóvenes entre 18 y 19 años, como parte de un rito de paso, y los metecos (extranjeros que vivían en las poleis griegas). Dicho servicio cívico tenía funciones formativas e integradoras sobre dichos grupos en la comunidad. Por su parte, los *agronomoi* serían los magistrados encargados de la administración de las áreas del Ática situadas más allá de los Muros Largos de Atenas y las zonas dedicadas a los cultos cívicos o la gestión política de la polis, es decir, las zonas rurales.

¹³⁵ Set against the precise reference to *encheiridia* in Plutarch’s quotation from Aristotle, the reference to *hopla* in Herakleides’ précis of the Aristotelian *Lak. Pol.* is probably a simple error (Jean DUCAT: “La société spartiate et la guerre”..., pp. 50 y 65) ÍD.: “Crypties”, *Cahiers Glotz*, 8 (1997), pp. 9-38. H. JEAN-MAIRE: “La cryptie lacédémonienne”, *REG*, 26 (1913), pp. 121-150.

¹³⁶ N.d.t.: El *kryptos* (singular) y los *kryptoi* (plural) serían los jóvenes seleccionados para pasar la *krypteia*.

¹³⁷ Pierre VIDAL-NAQUET: *The Black Hunter...*, p. 147 y 133.

¹³⁸ Contrariamente a la mayoría de académicos, que ven en los *kryptoi* a grupos entre 18 y 19 años, Jean DUCAT: “La société spartiate et la guerre”..., pp. 63-64, arguye en su descripción de los *neoi* de Plutarco desde Aristóteles, que debían ser grupos escogidos entre los *hēbōntes*, probablemente de los *hippeis*, que formaban un grupo de élite de edades comprendidas entre los 20 y los 29 años.

¹³⁹ Robert PARKER: “Spartan Religion”, en Anton POWELL (ed.), *Classical Sparta: Techniques behind her success*, Londres, Routledge, 1989.

Esparta).¹⁴⁰ La acrópolis espartana fue un lugar para deidades con numerosas conexiones militares. Además del dedicado a Atenea Poliouchos, incluye también el santuario a Afrodita Areia y fue utilizada como un lugar de asamblea para los hombres en edad militar, a parte de ser el destino de una procesión armada de los jóvenes espartanos. De hecho, el registro arqueológico incluye numerosas ofrendas de equipamiento militar.¹⁴¹

Por otro lado, las estatuas armadas de culto no eran para nada algo peculiar de Esparta,¹⁴² y las conexiones o asociaciones de la acrópolis eran más que puramente militares. Las deidades incluían algunas con eminentes atributos cívicos y no militares, como Zeus Kosmetas ('Ordenado') Zeus Hypatos ('Altísimo') y Atenea Erganē ('Trabajadora').¹⁴³ Durante los periodos arcaico y clásico, las ofrendas militares en sus santuarios son superadas en número por los exvotos no militares, incluyendo objetos relacionados con el atletismo o los éxitos ecuestres, así como ofrendas femeninas como espejos o campanas de bronce.¹⁴⁴ Igualmente, en los siglos VI y V a.C., las figuras de plomo dedicadas en los santuarios de Artemisa Orthia o en el Menelaion incluían una notable número de guerreros hoplitas, sin embargo son superadas por una amplia variedad de otros tipos. Por tanto, el rol militar de dichos dioses era sólo uno de los aspectos de la vida cívica por los que los espartiatas les suplicaban o daban las gracias.¹⁴⁵

Del mismo modo, los elementos militares fueron simplemente un aspecto de las festividades espartanas. Las Gymnopaïdai [Gimnopedias] conmemoraban la "Batalla de los Campeones" de mediados del siglo VI a.C. (Sosibios, *FGrH* 595 F 5), pero aunque sus danzas de competición son descritas por Platón (*Leyes* 663c) como una dura prueba de resistencia, su carácter militar es poco claro, ya que en los coros bailaban «desarmados» e incluían tanto a chicos en edad pre-militar como a ancianos en edad post-militar.¹⁴⁶ A pesar de que las Karneia [Carnea] fueron descritas por el escritor de mediados del siglo III a.C., Demetrio de Skepsis, como «una imitación de la vida militar» (ap. Athen. 141e), también incluía elementos musicales y atléticos. En general, tal y como Parker ha comentado, «el ethos de muchas de las festividad-

¹⁴⁰ *Promacheia*: Sosibios *FGrH* 595 F 4, ap. Athen. 674a–b. Estatuas armadas: Aristop. *Lys.* 1320; *BSA* 28, 1926/7, 78 fig. 19.8 (Atenea *Poliouchos* en la acrópolis); Paus. 3.10.8 (Apolo en Thornax); 15.10 (Afrodita); 19.2–3 (Apolo en *Amyklai*).

¹⁴¹ Afrodita *Areia*: Paus. 3.17.5. El lugar de la asamblea militar y de la procesión armada a Atenea *Chalkioikos*: Plb. 4.22.8; 35.2. Dedicatorias militares: Stephen HODKINSON: *Property...*, p. 292, con referencias.

¹⁴² Robert PARKER: "Spartan Religion"..., p. 146 con referencias en p. 165, nn. 18-19.

¹⁴³ Paus. 3.17.4–5. Atenea *Erganē* puede interpretarse como la patrona de los forjadores de armaduras de bronce, pero también para otros oficios más femeninos que masculinos.

¹⁴⁴ Stephen HODKINSON: *Property...*, pp. 291-293, con referencias.

¹⁴⁵ Las figuritas de plomo, A.J.B. WACE: "The lead figurines", en R.M. DAWKINS (ed.), *The Sanctuary of Artemis Orthia at Sparta*, Londres, Pub. by the Council, 1929, pp. 249-284. En relación a las dedicatorias de bronce en general: Stephen HODKINSON: "Patterns of bronze dedications at Spartan sanctuaries, c. 650-350 BC: towards a quantified database of material and religious investment", en W.G. CAVANAGH y Susan WALKER (eds.), *Sparta in Laconia: The archaeology of a city and its countryside*, Proceedings of the 19th British Museum Classical Colloquium, British School at Athens Studies 4, Londres, pp. 55-63 ; ID.: *Property...*, pp. 271-302, con discusión sobre las figurinas en la p. 290.

¹⁴⁶ Detallados los estudios en Robert PARKER: "Spartan Religion"..., p. 167, n. 37.

des espartanas parece estar más cerca de una *fête champêtre* que del desfile de tanques de la Plaza Roja.¹⁴⁷ Este mismo papel limitado de lo militar es evidente en otros contextos religiosos. El culto a Ares no es especialmente prominente, y aunque el culto a los Dioscuros tenía conexiones militares, los dioses gemelos estaban también asociados al deporte espartano.¹⁴⁸ Por último, existieron aspectos centrales de la vida religiosa espartana que no tuvieron connotación militar alguna, como el culto a Deméter¹⁴⁹ y los sacerdocios de Zeus Lacedemonio o Zeus Ouranios, los principales a cargo de los cuales estarían los reyes espartanos (Hdt. 6.56).

Una institución en la que la organización militar estaba íntimamente ligada con la vida cívica era la de los banquetes comunes diarios, los *syssitia*. Heródoto los incluye –junto con los *enōmotiai* y los por otro lado desconocidos *triēkades*– en su lista de las instituciones militares creadas por Licurgo (1.65).¹⁵⁰ Jenofonte las describe con un nombre que posee connotaciones militares, *syskēnia* (*Lak. Pol.* 5.2; 9.4; 13.1.7; *Hell.* 5.3.20). Platón, tal y como hemos visto, las incluye en la lista de instituciones con la vista puesta en la guerra (*Leyes* 633a). Parece probable, por tanto, que los *syssitia* estuviesen íntimamente relacionados con la organización de las unidades más pequeñas del ejército, mientras que los *enōmotiai* lo estarían con los miembros de dos o más *syssitia*, que se combinarían para formar una *enōmotia*.¹⁵¹ La idea de la penetración de una institución esencialmente militar en la vida cotidiana de los espartanos está expresada de forma más clara en el argumento de van Wees (2004, 108), «los grupos heterogéneos que fueron constituidos de modo informal para el tiempo que durara de la campaña fueron un rasgo permanente de la vida social».

Sin embargo, sería un error ver los *syssitia* en términos predominantemente militares. En dos ocasiones, Aristóteles apunta que el auténtico nombre espartano de los *syssitia* no es el término con connotaciones militares que usa Jenofonte, *syskēnia*, sino un término no militar, *phiditia* (*Pol.* 1271a26-7; 1272a1-4). En el segundo de estos pasajes, Aristóteles afirma que los espartanos originariamente se referían a sus comedores mediante un nombre de origen cretense con mayores connotaciones militares, *andreia*. Esta afirmación es apoyada por Éforo (*FGrH* 70 F 149, ap. Estrabón, *Geografía* 10.4.18), que cita la aparición de dicho término en un pasaje de

¹⁴⁷ *Ibidem.*, p. 146, con las referencias que añade Michael PETERSON: *Cults of Apollo at Sparta: the Hyakinthia, the Gymnopaideiai and the Karneia*, Stockholm, P. Åström, 1992.

¹⁴⁸ Cf. las referencias en Robert PARKER: “Spartan Religion”..., p. 166, n. 22 (Ares) y en 26 (los Dioscuros).

¹⁴⁹ Robert PARKER: “Demeter, Dionysus and the Spartan pantheon”, en R. HÄGG, N. MARINATOS y G.C. NORDQUIST (eds.), *Early Greek Cult Practice*, Estocolmo, Svenska Institutet i Athen, 1998.

¹⁵⁰ Nótese también la lista de unidades militares de *Polyainos* en el 371 a.C.: *morai*, *lochoi*, *enōmotiai*, *syssitia* (2.3.11).

¹⁵¹ El mejor surtido de evidencias permanece en Albert BIELSCHOWSKY: *De Spartanorum Syssitiis*, Berlin, 1869, pp. 32-34. Para visiones diferentes acerca del número de *syssitia* respecto a los *enōmotiai*, Arnold J. TOYNBEE: “The growth of Sparta”, *JHS*, 33 (1913), pp. 267-268; ÍD.: *Some Problems in Greek History*, Oxford, Oxford University Press, 1969, p. 369; Paul A. CARTLEDGE: *Agesilaos and...*, pp. 41-42; H. SINGOR: “Admission to the *syssitia* in fifth-century Sparta”, en Stephen HODKINSON y POWELL (eds.), *Sparta: New Perspectives...*, pp. 71-72. En relación a ciertas dudas sobre la relación entre ellos, especialmente en el siglo IV a.C. cuando el número de espartiatas se ve reducido: J.F. LAZENBY: op. cit., p. 13.

Alkman (fr. 98, Campbell) cerca del 600 a.C. Ambos autores apuntan que esta denominación había sido ya abandonada en su época. Del mismo modo, *syskēnia* no solo no fue el auténtico término espartano, sino que tampoco es el único término que usa Jenofonte, puesto que en dos pasajes separados hace uso del concepto *philitia* (*Lak. Pol.* 2.2; 5.6). Estos pasajes bien podrían ser la fuente en la que se basa Plutarco (*Lic.* 12.1) cuando afirma que *philitia* y el término espartano de la *phēiditia* eran equivalentes, refiriéndose ambos a las virtudes cívicas de la amistad y la hospitalidad o, alternativamente, de la simplicidad y la frugalidad.¹⁵² Tenga o no razón Plutarco, estos conceptos contemporáneos de carácter no militar reflejan adecuadamente los roles esencialmente cívicos de los *sysstitia* en su intento por garantizar la cohesión social y la moderación en el consumo de alimentos y bebida (*Jen. Lak. Pol.* 5.4-7; Fischer 1989). Es por ello que también Platón conecta los *sysstitia* con la virtud del autocontrol (*Leyes* 635e-636a). Un fragmento de Critias (fr. B6, Diels-Kranz, ap. Athen. 432d) expresa fielmente el ideal de su atmósfera de sociabilidad cordial y ordenada. De hecho, un elemento de esta socialización fue la donación voluntaria adicional de comida conocida como *epaikla*, que permitía a los espartiatas compartir con sus conciudadanos productos procedentes de sus propios excedentes o de una caza exitosa caza, al tiempo que se dedicaban a exaltar su generosidad y se proyectaban como individuos.¹⁵³ Esta generosidad fue especialmente evidente en el *sysstitution* regio en que cada rey tenía una porción de alimento adicional con la cual podía honrar a otros ciudadanos (*Hdt.* 6.57; *Jen. Lak. Pol.* 15.4; *Ages.* 5.1). En todos estos aspectos, los *sysstitia* sirvieron como *loci* o escenarios para un amplio número de actividades cívicas y personales que tenían poco o nada que ver con una función militar.

De hecho, la pertenencia del espartiatas a un *sysstitution* estaba más estrechamente ligada a su posición social que con su papel como guerrero. Esto es más evidente en el *sysstitution* regio, cuyos miembros en Esparta diferían significativamente de los que se reunían en la tienda del rey durante las campañas militares,¹⁵⁴ y también podemos verlo en el *sysstitution* de los éforos, que cenaban juntos en virtud de sus cargos cívicos.¹⁵⁵ La primacía del vínculo con la posición cívica más que con la militar es evidente también en el caso de los *sysstitia* ordinarios. La pertenencia a los mismos era un criterio fundamental para la posesión del status de ciudadano, tanto es así que la imposibilidad para realizar las contribuciones requeridas en comida comportaba la exclusión de la ciudadanía (*Arist. Pol.* 1271a26-37; 1272a12-16). Los *sysstitia* incluían a hombres de avanzada edad que ya no servían en el ejército, del mismo modo que asistían jóvenes que aún no habían alcanzado la edad militar (*Jen. Lak. Pol.* 3.5). Por el contrario, algunos espartia-

¹⁵² Plutarco también menciona otra versión, en la que el concepto de *editia* se refiere a la comida y a propio verbo de comer.

¹⁵³ En relación a la donación de *epaikla*, *Jen. Lak. Pol.* 5.3 y las fuentes citadas en Athen. 140e-141e

¹⁵⁴ El regio *sysstitution* en Esparta incluye, además de los honrados, los dos *Pythioi* seleccionados por cada rey (*Hdt.* 6.57; *Jen. Lak. Pol.* 15.5), que no son mencionados en la tienda real durante la campaña. Por el contrario, la última incorpora los *polemarchoi* y otros tres ciudadanos (*Jen. Lak. Pol.* 13.1), que no están atestiguados en el *sysstitution* en Esparta. La otra diferencia clave, después del 506 a.C., es que los reyes cenaban juntos en Esparta, pero solo un monarca estaba presente en campaña.

¹⁵⁵ *Plut. Kleom.* 8.1; 9.4; *Aelian NA* 11.19.

tas que habían perdido sus derechos de ciudadanía, y que por tanto estaban excluidos de un *syssition*, seguían luchando en el ejército.¹⁵⁶

A la vista de estas consideraciones, sería tentador dar la vuelta a la tesis de van Wees argumentando que los grupos de los banquetes cívicos, que únicamente se celebraban en tiempos de paz, eran un rasgo permanente de la vida militar en Esparta. Sin embargo, un juicio más equilibrado implica aceptar que los *syssitia*, del mismo modo que la educación, tenían una doble función, estructurando tanto la vida cívica como la militar. La característica más llamativa de la sociedad espartana es la complementariedad y la integración de las dos esferas de tal forma que las instituciones y las prácticas cívicas proporcionaban apoyo a las actividades militares sin que por ello estuvieran dictadas por estas últimas. Ya hemos visto ejemplos de ello en la designación de los campeones olímpicos para el servicio en la guardia real y en el uso de la caza como la principal forma de entrenamiento militar para los ciudadanos mayores de treinta años, apoyada por las disposiciones que permitían el acceso de todos los ciudadanos a los perros de caza.

La naturaleza de la relación existente entre las esferas civil y militar puede observarse más claramente atendiendo al modo en que los espartanos lidiaban con las dos formas extremas de comportamiento en la guerra: la cobardía y la muerte en la batalla. Sin embargo, antes de abordar esto tenemos que clarificar un aspecto del mito espartano que ha contribuido significativamente a la malinterpretación de la política de Esparta. La imagen de la feroz madre espartana instando a sus hijos a marchar a la batalla, enterrándolos con alegría por su gloriosa muerte o asesinandolos en su vergonzoso retorno ha sido durante siglos una poderosa imagen que aparentemente simbolizaba el dominio de la ideología militar sobre el sentimiento maternal. Pero debemos recordar que las fuentes de las que se nutren estas imágenes (*Lakainōn Apophthegmata* y varios *exempla* en fuentes de época imperial romana o bizantina) son todas de época postclásica.¹⁵⁷ Su estilo está impregnado de la moralidad y los ideales filosóficos helenísticos y posteriores, no de la ética de la polis espartana clásica.¹⁵⁸ En particular, la famosa frase que la madre espartana le dice a su hijo que marcha a la guerra: «Con él o sobre él [en referencia al escudo]» (*Lak. Apoph. Anon. no. 16 = Plut. Mor. 241f*) y las historias de madres enterrando a sus hijos (*Anon. nos. 2, 8 = Mor. 241a, c*) no pueden referirse a una práctica auténtica, ya que los guerreros caídos, como veremos, nunca eran llevados de vuelta para ser enterrados en Esparta durante el periodo clásico.

En contraste con esta evidencia postclásica, las fuentes clásicas dejan claro que la cobardía en la batalla no fue solo una cuestión restringida al ámbito privado, sino un asunto

¹⁵⁶ Cf. el comentario sobre el conspirador *Kinadon*, que seguramente era un “inferior” espartano, implica que él y otros no espartanos lucharon en el ejército (*Jen. Hell. 3.3.7*). Jean DUCAT: “The Spartan ‘tremblers’...” sugiere que los espartiatas desposeídos, debido a su cobardía, normalmente no conservarían sus puestos en el ejército, pero parece probable que así lo hicieran dado los numerosos casos de incapacidad por cumplir con las contribuciones de alimentos.

¹⁵⁷ Para las referencias de estas fuentes, Stephen HODKINSON: *Property...*, p. 253.

¹⁵⁸ M. HAMMOND: “A famous *exemplum* of Spartan toughness”, *CJ*, 75 (1979/80), pp. 97-109.

público sujeto a investigación y sentencias oficiales.¹⁵⁹ Los cobardes sufrían tanto exclusión social como sanciones políticas y jurídicas, tales como la exclusión de la función pública, la incapacidad para dedicarse a la compraventa, la retirada de la inmunidad ante la violencia física y, probablemente, la prohibición de contraer matrimonios legítimos.¹⁶⁰ Sin embargo, cuando existían circunstancias acuciantes compensatorias los espartanos solían ponerlas por encima de la aplicación estricta de la ética militar. El caso de los soldados que se rindieron en Esfacteria es elocuente: inicialmente no fueron castigados (y algunos incluso fueron nombrados para cargos importantes), posteriormente fueron considerados *atimoi*, tan sólo por miedo a una posible revuelta, y en última instancia les fueron revocadas las sanciones (Tuc. 5.34).¹⁶¹ Los numerosos supervivientes de la batalla de Leuctra que fueron declarados *tresantes* terminaron igualmente absueltos sin castigo, de acuerdo con Plutarco (*Ages.* 30.2), por miedo a una rebelión. De modo similar, se decidió no imponer la *atimia* sobre los jóvenes supervivientes de la derrota en Megalópolis, pese a la oposición de Acrotato, el heredero del trono de los Agíadas (Diod. 19.70).

En cuanto a aquellos que tuvieron «la belle mort spartiate», utilizando el término de Nicole Loraux,¹⁶² es evidente que la muerte en la batalla trajo prestigio a la familia del guerrero fallecido. El relato de Jenofonte sobre cómo los espartanos recibieron la noticia de las derrotas de Lequeo y Leuctra presenta a los familiares de los soldados muertos como «radiantes y felices», considerándose incluso «como unos ganadores» (*Hell.* 4.5.10; 6.4.16; cf. *Plut. Ages.* 29.5-7). La noble muerte del joven Cleónimo en Leuctra trajo honor a su *erastēs*, Arquídamo.¹⁶³ Igualmente, todos los que morían en batalla recibían sepultura honorífica en el extranjero, en una tumba colectiva o *polyandreion*.¹⁶⁴ Sin embargo, la *polis* tomaba una serie de medidas para limitar el impacto social de estas muertes en Esparta. Determinados caídos –como los de la Batalla de los Campeones o los de las Termópilas– fueron especialmente honrados en la ciudad con ceremonias anuales.¹⁶⁵ Sin embargo, no existió de forma generalizada un culto a los caídos, ni

¹⁵⁹ Véase Jean DUCAT: “The Spartan ‘tremblers’...”.

¹⁶⁰ Tuc. 5.34; Jen. *Lak. Pol.* 9.5; cf. también Douglas M. MACDOWELL: *The law in classical Athens*, Ithaca, Cornell University Press, 1986, pp. 44-46.

¹⁶¹ N.d.t.: Como ya se puede entrever partiendo de la nota 48, los *atimoi* eran aquellos que habían sufrido la *atimia*, es decir, la pérdida parcial o total de los derechos ciudadanos por diversos delitos. En la Esparta clásica eran conocidos como tresantes, que quiere decir temblorosos, lo cual deja claro que estaban identificados como cobardes por su comportamiento en combate.

¹⁶² Nicole LORAUX: “La belle morte spartiate”, *Ktema*, 2 (1977), pp. 105-120.

¹⁶³ Jen. *Hell.* 5.4.33. Debate en Stephen HODKINSON: “The episode of Sphodrias as a source for Spartan social history”, en Nick SEKUNDA (ed.), *Corolla Cosmo Rodewald*, Gdańsk, Foundation for the Development of the Gdańsk University, 2007, pp. 43-63. N.d.t.: Dentro de las relaciones pederásticas entre varones usuales en la cultura de la Grecia arcaica y clásica el *erastēs* era el adulto de la pareja, normalmente alguien de clase alta y perfil público importante dentro de la polis. El más joven era el erómeno, un muchacho que se encontraría por lo general en la edad adolescente, el cual se convertiría en protegido de su amante, que le garantizaría toda una serie de cuidados en el ámbito educativo, tanto civil como militar, y le abriría las puertas de la vida social y política de la polis.

¹⁶⁴ La evidencia es discutida por William Kendrick PRITCHETT: op. cit., IV, pp. 243-246; Stephen HODKINSON: *Property...*, pp. 252-253; Polly LOW: “Commemorating the Spartan war-dead”, en Stephen HODKINSON y Anton POWELL (eds.), *Sparta and War...*

¹⁶⁵ Para la evidencia, Stephen HODKINSON: “Social Order and...”, p. 259 n. 61.

tampoco un ceremonial público para los muertos en guerra comparable a los juegos funerarios y a los discursos que se hacían en la Atenas clásica en honor a los guerreros fallecidos.¹⁶⁶ Asimismo, con posterioridad al año 550 a.C. las sepulturas colectivas de ciudadanos corrientes muertos en combate siempre tenían lugar en el extranjero o cerca del campo de batalla.¹⁶⁷ Los parientes del difunto no tenían ningún rol en la ceremonia fúnebre, ni existía la posibilidad de celebrar un entierro glorioso en Esparta.¹⁶⁸ El único privilegio distintivo del guerrero caído era que podía gravarse una inscripción en una lápida funeraria.¹⁶⁹ Algunas de estas lápidas han sobrevivido: la estela EN ΠΟΛΕΜΟΙ, estudiada por Polly Low, la mayoría muy modestas en tamaño y decoración, presentando únicamente el más simple de los textos: «X [murió] en batalla». ¹⁷⁰ Salvo esta excepción, no hubo decoraciones militares especiales que señalasen la muerte de los soldados caídos. De hecho, todo espartiatas tenía derecho a ser enterrado a su muerte con la *phoinikis*, la capa carmesí que llevaba en batalla.¹⁷¹ Una vez más, observamos la complementariedad entre las esferas civil y militar, y los esfuerzos por prevenir la dominación de la segunda sobre la primera.

Esta combinación entre complementariedad y control puede observarse también para el caso de los líderes militares espartanos más importantes, los reyes. Tal y como han demostrado los estudios de Carlier y Cartledge, los reyes se situaban en la cúspide de la jerarquía militar, así como de las esferas política, religiosa y social.¹⁷² Así, el mando que los reyes espartanos tenían sobre el ejército les brindaba el potencial necesario para hacer valer su poder político. Sin embargo, la polis tomó diversas medidas para limitar el impacto que dicho liderazgo militar podía tener sobre la política interna y la sociedad espartanas. Después de aproximadamente el año 506 a.C., la declaración de guerra y la designación del mando a uno u otro de los reyes fue-

¹⁶⁶ William Kendrick PRITCHETT: op. cit., IV, pp. 106-124; Nicole LORAUX: *The Invention of Athens: The funeral oration in the classical city*, Cambridge, Harvard University Press, 1986.

¹⁶⁷ Cf. Stephen HODKINSON: *Property...*, pp. 251-252, con referencias; Polly LOW: op. cit., pp. 85-110. La situación relativa a los reyes caídos es incierta. La afirmación de Heródoto (6.58) muestra una imagen (*eidōlon*) que fue utilizada en una ceremonia fúnebre, presumiblemente en el lugar donde debía yacer el cadáver, pero podría ser una extrapolación de la ceremonia de Leónidas, cuyo cuerpo no fue recuperado inmediatamente después de las Termópilas (7.22.5, 238). No tenemos más información sobre la sepultura de otros reyes que murieron en batalla. Sin embargo, los cuerpos de otros dos reyes, *Agésilao I* y *Agésilao II*, que murieron en el extranjero -pero no en guerra- fueron traídos de vuelta a Esparta (Paul A. CARTLEDGE: *Agésilao and...*, p. 334, con referencias):

¹⁶⁸ Contrasta con la evidencia de la Esparta inicial, en la que sí que parecen existir sepulturas en casa por la gloria del soldado caído y de su linaje: Tirteo 12.27-34 (Gerber).

¹⁶⁹ *Instituta Laconica* 18 = Plut. *Mor.* 238d. Nótese, (I) que aunque este texto es postclásico en fecha, es evidente que se elabora en (y tal vez se basa en), la explicación de finales del siglo IV a.C. que transmite Aristóteles *Lak. Pol.*, que se conserva de forma resumida en un pasaje del Heraclida *Lembos* (373.13 Dilts); y (II) que la explicación de Plutarco *Lic.* 27.2 es derivada de la de *Inst. Lac.*, pero genera contradicción con la inscripción de la sepultura del soldado caído: cf. Stephen HODKINSON: *Property...*, pp. 249-255.

¹⁷⁰ Véase Polly LOW: op. cit.

¹⁷¹ *Inst. Lac.* 18; Plut. *Lic.* 27.1. Contra las últimas afirmaciones de Aelian *VH* 6.6 de que solo los bravos soldados podían permitirse enterrarse con los *phoinikis*, Stephen HODKINSON: *Property...*, pp. 247-248.

¹⁷² Pierre CARLIER: *La Royauté en Grèce avant Alexandre*, Estrasburgo, AECR, pp. 240-324, y Paul A. CARTLEDGE: *Agésilao and...*

ron decisiones que pasaron a estar en manos de otros órganos decisorios.¹⁷³ En este sentido, los dos éforos supervisaban al rey en campaña y los juicios por mala conducta fueron habituales.¹⁷⁴ Por otro lado, si bien aquellos que tenían asuntos que negociar trataban primero por el rey, existían funcionarios estatales a los cuales el monarca derivaba cuestiones relativas a la justicia, las finanzas o el botín (Jen. *Lak. Pol.* 13.10-11). No hay duda de que en ciertas ocasiones el rey podía influir en la forma en que estos funcionarios gestionaban sus asuntos. Sin embargo, las pruebas existentes acerca de los vendedores oficiales del botín (*laphyropōlai*) sugieren que, en general, su presencia limitaba significativamente la capacidad del rey para disponer del botín en su propio beneficio.¹⁷⁵ Así en la vida como en la muerte. De hecho, merece la pena señalar que en los más grandes acontecimientos con ceremonial real de por medio, los entierros de los reyes, parece haber estado libres de connotaciones militares, concurriendo en ellos no sólo soldados espartanos sino por todos los sectores de la población de Lacedemonia, incluyendo a un hombre y a una mujer de cada hogar libre e, incluso, también ilotas (Hdt. 6.58).

Por el contrario, los espartiatas corrientes parecen haber mantenido una distinción entre su papel como soldados y su rol político como ciudadanos. Tal y como ya se ha señalado, el ejército lacedemonio estaba organizado de un modo fuertemente estratificado. Además, cada soldado hacía un juramento especial de obediencia a sus oficiales a nivel individual.¹⁷⁶ A menudo se ha planteado la hipótesis de que dichos hábitos de obediencia dictaban el tono de las políticas espartanas. «¿Podemos imaginar» se preguntaba Moses Finley, «que el obediente y disciplinado soldado espartano dejase a un lado sus hábitos normales cuando se encontraba reunido en la asamblea no como soldado, sino como ciudadano...?»¹⁷⁷ En buena medida, la respuesta a la pregunta retórica de Finley parece ser la contraria a la que él mismo pretendía. El ejemplo clásico es el del año 418 a.C., cuando el rey Agis II acordó una tregua muy impopular con los argivos (Tuc. 5.60, 63). El ejército aceptó su decisión en obediencia a la ley, pero rápidamente comenzaron a surgir quejas entre sus filas. Su indignación, todavía viva en su regreso a Esparta, se desbordó posteriormente, cuando se demostró que la tregua había fracasado. Sólo a duras penas logró Agis escapar del castigo personal, viendo su autoridad limitada con la imposición de diez asesores sin cuyo acuerdo no estaba facultado para actuar. En este incidente «los espartanos fueron perfectamente capaces de distinguir entre su papel como soldados y su rol como ciudadanos», diferenciando entre su deber de obediencia militar a Agis y su derecho a la discrepan-

¹⁷³ Pierre CARLIER: "La vie politique à Sparte sous le règne de Cléomène 1er. Essai d'interprétation", *Ktéma*, 2 (1977), pp. 65-84.

¹⁷⁴ En relación a la supervisión de los éforos, Jen. *Lak. Pol.* 13.5; *Hell.* 2.4.36. La lista de conflictos regioes (muchos de los cuales durante las campañas) en Geoffrey E.M. de STE. CROIX: *The Origins of the Peloponnesian...*, pp. 350-353.

¹⁷⁵ William Kendrick PRITCHETT: op. cit., p. 375-416; Stephen HODKINSON: *Property...*, pp. 358-359. De ahí el subterfugio de Agesilao, consistente en sacar provecho para sus amigos en la campaña asiática de mediados de los 390 a.C. (Ages. 1.18-19).

¹⁷⁶ Tuc. 5.66; H. van WEES: *Greek Warfare...*, pp. 243-244.

¹⁷⁷ M.I. FINLEY: op. cit., p. 170.

cia política.¹⁷⁸ De un modo similar, en el 431 a.C. la mayoría de espartiatas rechazaron los argumentos del experimentado general y rey Arquídamo en favor de los del éforo Estenelides (Tuc. 1.79-87). Este distanciamiento político respecto a los líderes militares no se limitó a las ocasiones en que estos defendieron políticas menos beligerantes. Durante el asedio de Fliunte en el 381 a.C. una parte importante de las tropas lacedemonias expresó su desacuerdo respecto a la agresiva política del rey Agesilao (Jen. *Hell.* 5.3.16). En el invierno del 379/8 a.C., a pesar de sus muchos años de éxitos militares, el rey se sintió obligado a rechazar el mando contra los tebanos debido a las previsibles discrepancias de otros ciudadanos (5.4.13). Esa independencia en el criterio es evidente incluso en el caso de decisiones más puramente militares. Los anales de la guerra espartana muestran bastantes ejemplos de suboficiales, e incluso de soldados rasos, que discrepan de palabra u obra de las acciones de sus comandantes.¹⁷⁹ Por supuesto, esto no debe llevarnos a argumentar que el proceso de toma de decisiones espartano tuviera lugar por cauces democráticos. Tal y como demuestran análisis recientes, los espartiatas más relevantes, especialmente los reyes y los *gerontes*, ejercían una inmensa influencia social y económica sobre los asuntos políticos.¹⁸⁰ Así pues, el carácter oligárquico de la política espartana debe mucho más a este tipo de factores que a una obediencia ciega por parte del soldado espartiatas.

En definitiva, por lo general podemos considerar que los elementos militares presentes en la sociedad espartana fueron claramente significativos, pero no dominantes sobre otros aspectos de la vida de la polis del modo en que habitualmente se ha afirmado. Es bien cierto que la sociedad espartana fue capaz de producir líderes militares, siendo el ejemplo clásico Clearco, caracterizado en la *Anábasis* de Jenofonte (2.5.1) como «un hombre que, según acuerdo común de todos los que lo trataron personalmente, tenía fama de ser tanto bueno en la guerra como aficionado a ella hasta el extremo». Pero el mismo Jenofonte no creía que todos los espartiatas fueran como Clearco,¹⁸¹ y el hecho de que para satisfacer su deseo de ir en busca de la guerra tuviese que pasar sus últimos años en el exilio ilustra la disonancia existente entre sus actitudes y las de otros espartanos.¹⁸² Para la mayoría de los ciudadanos, su papel como guerreros sólo era

¹⁷⁸ Ha habido un debate considerable sobre si estas discusiones tenían lugar en la asamblea o en la *Gerousia* (A. ANDREWES: "The government of classical Sparta", en E. BADIAN (ed.), *Ancient Society and Institutions: Studies presented to Victor Ehrenberg on his 75th birthday*, Oxford, Oxford University Press, 1966, p. 3; Geoffrey E.M. de STE. CROIX: *The Origins of the Peloponnesian...*, p. 133, 151; David M. LEWIS: *Sparta and Persia*, Leiden, Brill, 1977, p. 39; D.H. KELLY: "Policy-making in the Spartan assembly", *Antichthon*, 15 (1981), p. 49 n. 5). El problema esencial, creo yo, radica en el hecho de que no debía limitarse a unos pocos hombres principales, puesto que la desafección es política y generalizada.

¹⁷⁹ Listado en D.H. KELLY: op. cit., p. 56. Acertadamente, toma nota de la práctica habitual de los comandantes espartanos de consultar a sus inferiores.

¹⁸⁰ Geoffrey E.M. de STE. CROIX: *The Origins of the Peloponnesian...*, pp. 124-150; Paul A. CARTLEDGE: *Agesilaos and...*, pp. 116-159; Stephen HODKINSON: *Property...*, pp. 335-368.

¹⁸¹ Christopher J. TUPLIN: op. cit., p. 27.

¹⁸² Las fuentes del exilio de Clearco de Esparta poseen discursos conflictivos: Jen. *Anab.* 2.5.2-4; Diod. 14.12.2-9. Esta visión no es incompatible con la visión de Ellen MILLENDER: "Athenian Ideology..." que arguye que los espartanos hicieron uso del exilio de Clearcos para ayudar a Ciro. Para la defensa de un supuesto estrés posttraumático en Clearco, vid. L. TRITILE: "Xenophon's portrait of Clearchus: a study in post-traumatic stress disorder", en Christopher J. TUPLIN (ed.), op. cit.

parte, aunque importante, de una serie más amplia de actividades cívicas. En consecuencia, caracterizar a los espartanos como «una comunidad de soldados profesionales» es demasiado limitado. A pesar de la profesionalidad del ejército espartano, un espartiatas era no tanto un «un guerrero profesional» como un «*ciudadano* profesional», en palabras de Jean Ducat.¹⁸³ Así pues, la Esparta de época clásica era mucho más que una simple “sociedad militar”.

¹⁸³ Jean DUCAT: “La société spartiate et la guerre...”

Reseñas

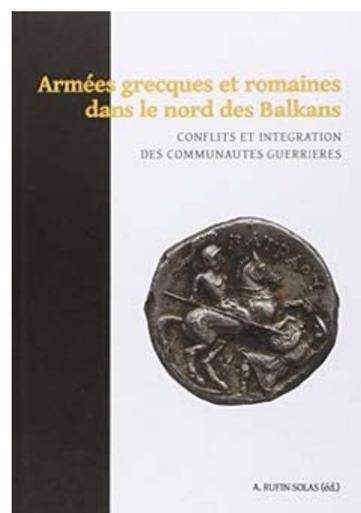
Alienor RUFIN SOLA (ed.): *Armées grecques et romaines dans le nord des Balkans. Conflits et intégration des communautés guerrières*, Gdansk-Torun, Akanthina 7, 2013. 229 p. con ils. (Blanco/negro y color). ISBN: 978839365509.

Isaías Arrayás Morales
Universitat Autònoma de Barcelona

Una interesante puesta en valor de los estudios sobre los conflictos bélicos en los Balcanes en tiempos helenísticos y romanos.

El presente volumen es el resultado de las investigaciones realizadas en el marco del proyecto internacional “*Structures guerrières et échanges entre peuples des Balkans*”, que se remonta al año 2009 y que ha contado con la financiación de la *Université Paris-Sorbonne IV* y el *Centre Lenain de Tillemont*. Se trata de un proyecto que tiene como objetivo primordial profundizar en el conocimiento de los belicosos pueblos que ocuparon el norte de la península balcánica en la Antigüedad (ilirios, peonios, tracios, celtas, dacios y otras comunidades del área danubiana). Éstos plantearon extraordinarios problemas a los grandes estados que ejercieron su hegemonía en la región, en especial Macedonia y Roma, aunque, sin embargo, se cuentan entre los pueblos antiguos más desconocidos. Lo cierto es que los datos disponibles sobre ellos son escasos y de complejo análisis, ya que dejaron muy pocos documentos escritos y, por regla general, las informaciones proceden de las fuentes textuales greco-romanas, que proporcionan su particular visión y que, sobre todo, centran su atención en los episodios bélicos que estos pueblos plantearon. Esto ha hecho que la aproximación a ellos se haga, salvo raras excepciones, desde un punto de vista militar, en relación con las convulsas y ambivalentes relaciones exteriores que mantuvieron con los principales estados que actuaron en la región.

Uno de los aspectos que destaca de la obra en cuestión reside en que intenta superar la perspectiva tradicional de estudio de los pueblos balcánicos, centrada en las guerras y las operaciones militares, para abordar, a pesar de la dificultad, otros asuntos de índole más social, como los relativos al reclutamiento y a la integración de efectivos de origen balcánico en los ejércitos helenísticos y romanos que actuaron en el norte de los Balcanes. Así, no sólo se intenta profundizar en la historia de las relaciones políticas y militares de estos pueblos balcánicos con las potencias extranjeras que intervinieron en su territorio, sino también en el conocimiento de sus estructuras internas a todos los niveles. Para solventar la falta de testimonios escritos relativos a estos pueblos, se impone la necesidad de expresar al máximo todas las fuentes primarias disponibles, literarias, epigráficas, numismáticas y arqueológicas. Esto es algo que queda bien paten-



te a lo largo de la obra en cuestión, que presenta un compendio de trabajos en los que bien se hace un uso armónico de todas esas fuentes primarias, bien abordan de manera monográfica y en detalle aspectos controvertidos y novedosos de índole literaria, epigráfica, numismática o arqueológica. En este sentido, cabe destacar el protagonismo que se concede a la numismática, disciplina sobre la que versa un buen número de los trabajos que forman parte del volumen y que se revela susceptible de aportar nuevos datos para avanzar en el conocimiento de los pueblos balcánicos y de sus relaciones con los reinos helenísticos y Roma.

El volumen se abre con un índice en el que se listan los trece trabajos que contiene, dispuestos, en la medida de lo posible, en orden cronológico, y escritos en inglés o francés, lo que denota el carácter internacional del grupo investigador. Tras el índice, se incluye una breve y útil introducción en la que se hace rápida alusión al contenido de los mismos a cargo de la editora de la obra, la profesora Aliénor Rufin Sola (*Collège de France*) (pp. 9-13). A continuación, se entra en materia con un trabajo de Elpida Kosmidou (*University College London, Institute of Archaeology*), “*Further thoughts on the coinage and politics of Alexander I*”, en el que se comparan los tipos monetarios de Alejandro I de Macedonia (ca. 498–454 a.C.) y los de las tribus tracias que habitaban la región del monte Pangeo para acabar aportando elementos que vienen a esclarecer las relaciones de diverso signo, de confrontación y cooperación, que ese rey macedonio mantuvo con las comunidades del suroeste de la Tracia, relaciones que tuvieron su reflejo sobre las acuñaciones y su iconografía (pp. 15-27). Seguidamente, la profesora Rufin Solas, con el trabajo “*L’or et l’argent des aristocraties traces. Contribution de l’étude des trésors contenant des vases en métal précieux à l’histoire de la région aux IVe et IIIe siècles avant J.-C.*”, aborda el complejo estudio de la circulación de los vasos de metal precioso (oro y plata) evidenciados en Tracia, datados entre los ss. V y III a.C., que fueron intercambiados y tesaurizados, constituyendo instrumentos “casi monetarios”, un estudio que permite a la autora profundizar en el conocimiento de las élites locales, que experimentarían un proceso de enriquecimiento vinculado a los reclutamientos efectuados por los ejércitos macedonios, así como de sus relaciones con los griegos y macedonios de época clásica y helenística (pp. 29-50). El profesor Nicholas V. Sekunda (*University of Gdansk*) participa en esta obra con un trabajo en el que se vuelven a abordar asuntos de iconografía monetaria, “*The ‘Victory’ coinage of Patraos of Paionia*”, que analiza los emblemas y el equipamiento militar de los soldados y jinetes representados en las tetradracmas de Patraos de Paionia (ca. 336-315 a.C.), lo que le permite plantear la participación de ese rey en los conflictos de los Diadocos en Asia y relacionarlo con las sucesivas batallas de Paraitakene (317 a.C.) y Gabiene (316 a.C.), en las que se enfrentaron Antígono Monoftalmo y Eumenes de Cardia (pp. 53-67). La obra en cuestión también presta especial atención al análisis de los textos antiguos, literarios y epigráficos, susceptibles de reinterpretarse y de aportar nuevas informaciones, así como de proporcionar interesantes datos onomásticos. Este ámbito de estudio se inaugura con el siguiente artículo, a cargo de Adrian G. Dumitru (*Université Paris-Sorbonne IV*), “*Les Séleucides et les Balkans: les Thraces dans les armées séleucides*”, en el que se analiza la presencia de combatientes oriundos de Tracia en los ejércitos seléucidas, confirmando, a pesar

de los pocos datos disponibles, los reclutamientos de soldados tracios, tanto en unidades de caballería como de infantería, y vislumbrando su integración a partir de su presencia en contingentes militares instalados en las satrapías con la misión de controlar y reprimir posibles insurrecciones (pp. 69-89). A continuación, se halla la contribución de Peter Delev (*Sofia University "St. Kliment Ohridski"*), "*The burning of the temple at Delphi, the Roman governor L. Scipio and the rout of the Scordisci*", que, en base al análisis de fuentes literarias y epigráficas, aborda la controvertida cronología de las operaciones militares romanas contra tracios, ilirios y celtas, lanzadas desde la expuesta provincia de Macedonia, y propone una nueva datación para el saqueo e incendio del santuario de Apolo en Delfos por parte de las belicosas tribus de los escordiscos, maedi y dárdanos, que sitúa hacia la segunda mitad del 86 a.C. (pp. 91-103). Seguidamente, Maria-Gabriella Parissaki (*National Hellenic Research Foundation, Institute of Historical Research*) presenta un trabajo, "*Thrace under Roman sway (146 BC-AD 46). Between warfare and diplomacy*", en el que, a partir del análisis de los textos literarios y epigráficos, observa que, a parte de la acción militar, la iniciativa diplomática de los romanos en Tracia también fue básica en su conversión en reino-cliente y en su ulterior provincialización en el 46 d.C. (pp. 105-114). A continuación, Albana Meta (*Institut Archéologique d'Albanie*) en su aportación, "*Guerre et circulation monétaire: le cas des drachmes de Dyrrachion*", vuelve a abordar cuestiones numismáticas, presentando un trabajo centrado en la circulación de las dracmas del centro de Dyrrachion (Durrës, Albania) en el marco de las guerras que la República romana mantuvo en Tracia entre el último cuarto del s. II a.C. y el 40 a.C., en el que, además de aportar interesantes datos sobre las operaciones militares llevadas a cabo por los romanos en la región y sobre el grado de hostilidad, sumisión y cooperación de las comunidades locales, la autora confirma la importancia de las relaciones militares con las potencias extranjeras en el proceso de monetización de las regiones del norte de los Balcanes; esto le permite reinterpretar ciertos fenómenos de circulación monetaria que, tradicionalmente, se achacaban al comercio y que, por el contrario, deberían vincularse ante todo con la guerra (pp. 117-131). Seguidamente, Saimir Shpuza (*Institut Archéologique d'Albanie*), a partir de testimonios literarios y epigráficos, propone un trabajo, bajo el título "*Illyriens et Romains. Du conflit à l'intégration*", en el que analiza el proceso de integración de Iliria en el Imperio romano, que comenzaría en un momento muy temprano, con el inicio de las guerras ilirio-romanas en el 229 a.C. (pp. 133-143). También Iliria, aunque desde un punto de vista diferente, es el centro de atención del artículo de Danijel Dzino (*Macquarie University, Sydney*), "*The impact of Roman imperialism on the formation of group identities in some indigenous societies from the Eastern Adriatic hinterland*", que viene a analizar las relaciones de las comunidades ilirias (*delmatae, iapodes, pannoni*) con las potencias extranjeras que actuaron en la región desde el s. IV a.C., sobre todo a partir de la irrupción de Roma a finales del s. III a.C., mostrando como estas relaciones constituyeron un elemento decisivo de transformación de las comunidades locales, que adoptaron nuevas formas de organización social (pp. 145-169). A continuación, se halla la aportación de Katherine Low (*Oxford University*), "*Tacitus and Thrace. Balkan auxiliaries from an historian's perspective*", en la que se realiza un análisis de la imagen

de los tracios en las fuentes literarias, en concreto en los *Anales* de Tácito, donde aparecen como soldados al servicio de Roma, pero también como insurrectos contrarios a la hegemonía romana, tal y como ocurre en tres fragmentos de los libros II al IV que la autora analiza, relativos a las relaciones de Roma y Tracia entre el 19 y el 26 d.C. (pp. 171-182). El siguiente trabajo, a cargo de Ivo Topaliov (*University of Shumen*), “*The veterans and their descendents in the elite of Philippopolis, Thrace*”, supone un análisis sobre la influencia y la participación de los veteranos romanos y de sus descendientes en la sociedad y las instituciones de la ciudad tracia de Philippopolis (Plovdiv, Bulgaria), a través del estudio de los datos onomásticos que proporcionan sus epígrafes; así, observa que los veteranos legionarios se implicaron en la administración local de los centros tracios, como Philippopolis, pero, además, constata que los veteranos auxiliares ejercieron un rol importante en las instituciones locales, siendo la guerra y el prestigio de haber servido en el ejército, vía de acceso a la ciudadanía romana, un factor principal de integración y promoción social en los centros tracios (pp. 185-196). El penúltimo artículo de la obra, “*Ethnic and social composition of the Roman army in Moesia inferior: soldiers from Asia Minor and the Eastern provinces of the Roman Empire*”, a cargo de Oleg Alexandrov (*St. Cyril and Methodius University of Veliko Tarnovo*), estudia las dedicatorias votivas de soldados romanos de diverso rango, originarios de la *pars orientalis*, evidenciadas en la provincia de Moesia inferior en los ss. II y III d.C., unos epígrafes que le permiten obtener interesantes datos onomásticos que revelan la diversa composición étnica de las tropas romanas allí estacionadas, aunque atestigüando particularmente la presencia de individuos griegos o helenizados oriundos de las provincias balcánicas y de la Anatolia occidental (pp. 199-207). La obra se cierra con un trabajo de Constantina Katsari (*University of Leicester*), “*Roman army and the monetisation of Dacia*”, nuevamente centrado en cuestiones numismáticas, que estudia la circulación monetaria en la Dacia en época alto-imperial, una región anexionada por Roma en un momento tardío, en tiempos de Trajano (107 d.C.), y que presenta notables peculiaridades y diferencias respecto a las provincias romanas colindantes, que se evidencian también en el carácter particular de la moneda; así, la autora observa una abundante acuñación de imitaciones de monedas foráneas, en especial *denarii*, siguiendo tradiciones locales, lo que matizaría la consideración habitual de que sólo la alta militarización de la Dacia, tras su conquista por Trajano, explicaría la monetización de la región en los ss. II y III d.C., y pondría de relieve la importancia de procesos vinculados a la urbanización y el desarrollo del comercio (pp. 209-222). El volumen, que presenta intercalado entre los diferentes textos un útil aparato gráfico, compuesto por mapas, planos, tablas y fotografías, algunas en color, si bien la mayoría en blanco y negro, acaba con sendos índices de términos geográficos y étnicos, y de nombres de personajes históricos, que vienen a facilitar el manejo de la obra (pp. 224-229). Si bien la breve introducción informa de manera solvente de los contenidos del volumen, se hecha a faltar un apartado final de conclusiones, en el que se hiciera un balance más profundo de los resultados. En cualquier caso, resulta evidente que la obra en cuestión reúne un coherente conjunto de trabajos que invitan a la reflexión y que con-

tribuyen al avance en el conocimiento de los pueblos asentados en el norte de los Balcanes en tiempos helenísticos y romanos.

Dexter HOYOS: *A Companion to Roman Imperialism*, Leiden, Brill, 2013 (History of Warfare 81), Hardback, 416 pp., ISSN: 1385-7827.

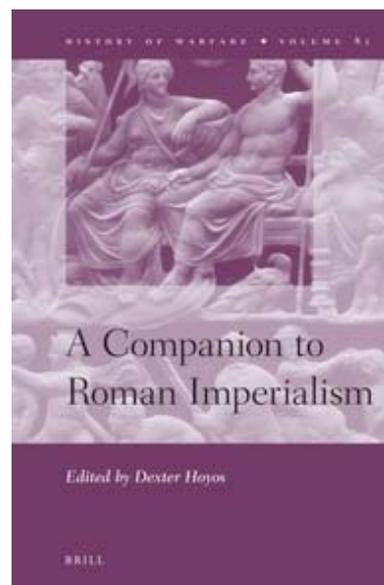
Gerard Cabezas Guzmán
Universitat de Girona

La evolución del imperialismo romano. Visiones regionales, globales y sociales.

En el 753 a.C. Rómulo, según cuenta la tradición, dio origen a una nueva ciudad a orillas del río Tíber, Roma. Desde el siglo IV a.C., la capital del Lacio experimentó una rápida expansión por la península italiana y, tras el fin de la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), por todo el Mediterráneo. La consolidación de la República permitió una ampliación ininterrumpida de las fronteras bajo la supervisión del Estado, un modelo que se perpetuaría durante el Imperio.

Pero, ¿podemos hablar de imperialismo, entendiéndolo como la imposición de un estado sobre otro o sobre su soberanía política (p.3)? y si ése fuera el caso, ¿cómo se desarrollaba? Estas son algunas de las cuestiones que vertebran esta obra y que le aportan un carácter innovador. En 23 capítulos, incluyendo la introducción de Dexter Hoyos, los autores han abordado esta problemática desde su génesis, centrando la mayor parte de los estudios en época tardo republicana y alto imperial, y hasta el reinado de Trajano. Para ello optaron por dividir las secciones por periodos, república o imperio, y dentro de este último, según el foco de análisis, el imperialismo de los Césares o la relación de las provincias y Roma.

Los tres primeros capítulos, incluyendo la introducción, sitúan al lector en el debate actual sobre el imperialismo romano, los mecanismos con los que se desarrolló la expansión de Roma y el significado y contextualización del término, *Imperium*- la lectura previa de estos capítulos resulta muy aconsejable, especialmente para los no versados en esta problemática. Martin Stone, en su artículo “The Genesis of Roman Imperialism”, señala la importancia del mar como uno de los motores de este desarrollo, pero décadas antes de la creación de la primera flota romana (Plb. I, 20, 9; Zon. VIII, 8,1) y en un periodo en que a Roma se la consideraba ajena a los asuntos marítimos (Rostovtzeff, M. (1977). *Roma. De los orígenes a la última crisis*. Buenos Aires, 33). Este enfoque se encuadra en una reciente visión que entiende que existió una relación previa entre Roma y el mar, más allá de la creación de la flota durante la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.) (Steinby, C. (2007). *The Roman Republican Navy. From the sixth century to 167 B.C.*, Commentations Humanarum Litterarum 123, Helsinki).



Jonathan Prag, José Luís López Castro y Arthur Eckstein centran sus estudios en áreas geográficas concretas: Sicilia, Córcega y Cerdeña, Hispania y el Adriático, respectivamente. Prag no focaliza su trabajo en el conflicto romano-púnico en sí mismo, sino en todo caso en el entramado geopolítico previo a la guerra y posterior. Además, hace especial hincapié en la explotación de los bienes insulares y de un elemento a considerar, el conocimiento previo que los romanos tenían de estos recursos, y por consiguiente, de la fiabilidad de una visión puramente defensiva transmitida por las fuentes. En el caso hispano, se combinan las actividades militares y un patrón de explotación de recursos creado a través de unos lazos clientelares entre familias romanas y élites locales. Lamentablemente, el artículo no ofrece ninguna referencia a ningún autor moderno, por lo que desconocemos cuáles son las visiones actuales sobre los temas que se plantean. Eckstein extiende su narración hasta la conversión de Macedonia en una provincia y relata los problemas que Roma padeció para mantener el control en Oriente. En palabras del propio autor (p.79), nos encontramos ante un “informal empire” que muestra su poder de forma sutil a través de prestigio, influencia, persuasión, intimidación y ocasionalmente, con la fuerza militar.

Como ya anunciaba el anterior autor, el imperialismo romano no sólo se impuso con la punta de una espada y muestra de ello son los capítulos de Burton, con la literatura como elemento central, y Beness y Hillard, con dos estudios sobre el uso de la diplomacia romana influenciada por la nueva corriente ideológica fruto de las recientes conquistas y de la explotación de territorios y recursos. Resulta interesante analizar, como realiza Burton, el uso de descripciones peyorativas y estigmáticas con las que definir a las sociedades enemigas. Ennio, el gran poeta épico del siglo III a.C., califica a los cartagineses de fratricidas (*Poeni Soliti suos sacrificare puellos*), cobardes que se valen de mercenarios (*Poeni stipendia pendunt*) y de crueles, violentos y sacrílegos (214-15 y 287 S).

Durante la República, Roma se enfrenta a diversas potencias en el mediterráneo. James Thorne se centra en el estudio de Cartago, Macedonia y el imperio seléucida y, muy concretamente, en las limitaciones u obstáculos que les impidieron imponerse a sus rivales romanos. En el caso de Cartago, sitúa uno de los periodos de mayor trascendencia para la ciudad, la invasión de Aníbal de Italia, como un momento de declive. Relaciona esta crisis con las invasiones sucesivas padecidas por la metrópolis africana desde el 310 a.C. Lo que durante siglos se había considerado el momento álgido de Cartago, Thorne lo contrapone con el instante de su declive.

Los siguientes tres capítulos ponen fin a la sección sobre la República. Serrati señala los cambios impartidos por el imperialismo romano y que asientan los cimientos del Imperio. Las acciones a gran escala de Sila, Pompeyo o del mismo César, aceleraron la desaparición de la *res publica*. Estos comandantes precisaron y se valieron de un uso intensivo de la logística militar y de soldados experimentados y leales a sus comandantes. Campbell, por su parte, examina los errores del imperialismo y concluye que no podemos hablar de fracasos, ni siquiera en batallas como Teotoburgo, puesto que la retorica y la ambición imperialista no cesó. Además, estas acciones militares no dependían de necesidades económicas, estratégicas o propias del estado, sino

de la voluntad del emperador. Para concluir, Stevenson analiza las preocupaciones morales en Cicerón y César. Ambos intentaron mantener una visión moralista del imperialismo romano y de las guerras “justas” que se iniciaron.

Richard Alston inicia la sección dedicada a los césares analizando el imperialismo de Augusto. Su llegada al poder supone un cambio en la cultura política romana que debe entenderse más allá de la adquisición y preservación de un dominio territorial.

Esta dinámica expansionista acabó por alcanzar la zona de confluencia de los ríos Rin y Danubio. Mattern destaca la incorporación de estos territorios y las relaciones con sus aliados en la zona y su apoyo contra otras facciones, dentro de una dinámica de negociaciones y de constante fluctuaciones entre el imperialismo romano y las sociedades tribales germánicas. Como sucedió con la Germania, Britania acabó dentro del radio de influencia de Roma. Steven Rutledge analiza su “lenta” anexión e integración. A diferencia de otros territorios, casi 270 años después de la primera incursión de César, la isla aún no se encontraba totalmente bajo control.

Benjamin Isaac aborda la relación entre las hegemonías del Este, reinos vasallos de Roma, y las guerras con los partos. Por último, Edwell analiza la carrera de Trajano y el fin del expansionismo romano. Sus campañas consolidaron el control sobre la costa mediterránea y el golfo pérsico.

La tercera y última sección de esta obra resume la evolución en la relación entre Roma y las provincias. Hingley examina los cambios culturales que experimentan las poblaciones occidentales del imperio desde Augusto hasta Trajano. Las sociedades se presentan como elementos heterogéneos formados por individuos con diversas identidades, a los que las fuerzas imperiales han optado por asimilar o marginar.

Maurice Satre se centra en el mismo período, entre el reinado de Augusto y Trajano, pero en la zona este del imperio. Durante las últimas décadas de la República, la fiscalización y la explotación económica presionaron estos territorios, pero el imperialismo romano optó por formas menos invasivas y más respetuosas con las sociedades indígenas y sus costumbres.

La expansión de Roma y su modelo imperialista suscitó críticas, incluso entre sus ciudadanos. Una muestra de ello es el capítulo de Eric Adler, en el cual analiza varios pasajes de Livio, Pompeyo Trogo, Tácito y Apiano. Resultan ilustrativas las palabras que Tácito pone en boca de Cayo Julio Civil (4.14.2-4), el cual describe el régimen del gobernador romano como opresivo, y a sus hombres como saqueadores. De la misma forma, las palabras de Aníbal, recogidas en la obra de Tito Livio, señalan la voluntad de Roma de controlar amplias regiones, todo ello fruto de su ambición (21.44.5-7).

La llegada de Roma y la imposición de su modelo de sociedad supuso el fin, o al menos el cambio, de los modelos preexistentes. Madsen investiga los cambios que se produjeron; las desavenencias u oposiciones que se generaron, como la oposición britana (Tac. *Agr.*32) o los intereses que afloraron. David Potter, por su parte, se centra en los límites del poder y la ideología que deriva de éste, y Sophie Mills en la relación de Roma con el presente. La Roma impe-

rial sigue siendo, a día de hoy, el paradigma de imperio y un espejo desde el que analizar muchas de las acciones de la sociedad actual.

En suma, los capítulos abarcan un amplio espectro cronológico y la bibliografía que se facilita es extensa. Por ello, la lectura de este *Companion* resulta interesante para los investigadores de Roma. Aún así, los autores no siguen el mismo esquema narrativo. Nos encontramos capítulos sin ninguna mención a obras secundarias y otras que facilitan un gran número de referencias. A pesar de ello, esta obra aporta un volumen ingente de información y debería ser lectura obligatorio para los licenciados y estudiosos del imperialismo romano.

Marco DI BRANCO y Kordula WOLF (eds.): “Guerra santa” e conquiste islamiche nel Mediterraneo, Roma, Viella, 2014. 200 pp., ISBN: 9788867280388.

Oliver Vergés Pons

Institut d’Estudis Medievals – Universitat Autònoma de Barcelona

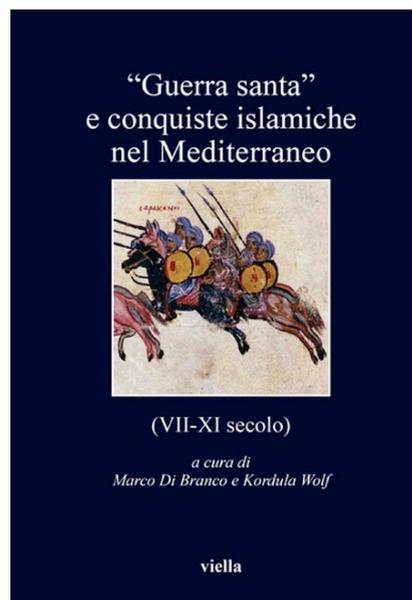
El mundo mediterráneo frente a la llegada del Islam.

Hay quién podría pensar que de los grandes temas de la historia ya se ha escrito todo, pero el profesional de ésta disciplina sabe bien que hay que volver una y otra vez sobre lo que ya se da por sentado para rebatir o matizar cualquier interpretación, por afianzada que esté. Un buen ejemplo de estos grandes temas podría ser el de la expansión islámica entre los siglos VII y XI. Aunque desde la Edad Media hasta hoy se ha escrito sobre esta cuestión (con objetivos de lo más diversos), a día de hoy aún se pueden introducir muchos matices alrededor del cómo, del cuándo e incluso del porqué de las conquistas musulmanas en el Mediterráneo. Quizás no se trate aún de reescribir de arriba a abajo la historia de la llegada de los musulmanes

en el mundo latino, pero puede que sea ya necesario abordar algunas cuestiones concretas que nos pueden servir para profundizar más en nuestro conocimiento del tema. Esto es como mínimo lo que se pretende con la publicación “Guerra santa” e conquiste islamiche nel Mediterraneo (VII – XI secolo), un compendio de contribuciones sobre esta materia, editado por Marco Di Branco y Kordula Wolf, ambos vinculados al Instituto Histórico Alemán de Roma.

La publicación en si parte de diferentes aportaciones presentadas en *workshop* internacional centrado en el paso de la *yihad* al *diwan* en el mundo Mediterráneo; es decir, desde la llegada de unos ejércitos islámicos imbuidos de unos ideales de guerra santa hasta el establecimiento de los estados musulmanes en las ribas del antiguo *Mare Nostrum* romano. Este es, de hecho, un período del que se tiene poca información y, además, la mayoría de estudios hasta la fecha presentan generalmente una perspectiva occidentalista, punto de vista que se pretende superar aquí. El objetivo, en este caso, es ofrecer una mirada renovada, transregional y multidisciplinar con la intención de mostrar el Mediterráneo como vía de contacto entre mundos diferentes, en que las experiencias regionales no fueron iguales en todos los sitios, difiriendo casos como por ejemplo los de Egipto, el sur de Italia o la Península Ibérica.

La primera de las colaboraciones es la de Samir Khalil, centrada en el estudio del texto conocido como el Apocalipsis de Samuel de Qalamun. Este interesante texto permite conocer cuál fue la respuesta de los coptos a la llegada de los musulmanes a Egipto y el impacto mental



que para ellos supuso. En algunos elementos, como por ejemplo la atribución de los males sufridos a las consecuencias de los pecados de los propios cristianos coptos, vemos una respuesta semejante a la que dieron los cristianos de la Península Ibérica cuando sufrieron los mismos percances. Textos como este, o como los que comenta Ann Christys en su aportación relacionada con el paso de la *yihad* al *diwan* en el mundo hispánico, nos permiten acercarnos en detalles a las experiencias locales de la conquista y de lo que vino después de ella. En este sentido, Christys compara dos crónicas relacionadas con el mundo ibérico y su manera de ver el transcurso de los hechos del período estudiado.

Ya más en el campo de las conquistas militares en sí, hay dos aportaciones de gran interés en esta publicación. La primera relacionada con la conquista musulmana de las islas del Mediterráneo oriental (Chipre, Rodas y Creta), de Marco Di Branco, y la otra relacionada con la presencia musulmana en la Italia meridional, del mismo Di Branco y de Kordula Wolf, ambos compiladores de la publicación. En el caso de la Península Itálica, los autores se preguntan hasta qué punto llegó a ser una tierra de conquista por los musulmanes. Aunque generalmente este territorio ha sido considerado como marginal en el proceso de las grandes conquistas, la presencia musulmana no parece un hecho aislado, sino más bien parte de un proyecto expansivo que no llegó a materializarse plenamente. Una vez más, las variables regionales rompen la idea de un proceso de conquista monolítico.

Finalmente, las contribuciones de Giuseppe Mandalà y de Aldo A. Settia ofrecen nuevas perspectivas a dos cuestiones hasta ahora poco trabajadas o mitificadas. En el primer caso, Mandalà presenta el interés que puede tener Sicilia y los cristianos arabizados de la plena Edad Media de la isla como objeto de estudio, un colectivo que hasta la fecha ha quedado en la periferia historiográfica. El caso siciliano puede ser de gran interés para ver la convivencia y las relaciones entre los cristianos y los musulmanes en un mismo lugar. Por su parte, Settia analiza hasta qué punto la historiografía, siendo excesivamente fiel a los documentos contemporáneos, ha llegado a exagerar el impacto que supuso para la Provenza y la Italia occidental la instalación de los musulmanes en el enclave costero de *Fraxinetum*.

Cierra la publicación a modo de conclusión una breve colaboración de Lutz Berger en qué destaca que pese a los pocos recursos de que disponemos para el estudio de éste período, aún queda trabajo por hacer. En este sentido, Berger defiende la necesidad del trabajo interdisciplinar y se pregunta si el Mediterráneo era una barrera o un puente entre mundos, quizás el tema sobre el cuál pivotan muchas de las aportaciones publicadas en esta compilación. Su conclusión, que compartimos, es que la respuesta llegará con los futuros trabajos que se presenten, y que publicaciones como la comentada aquí contribuyen a dar las respuestas de las que aún carecemos.

Siempre es positivo que nuevas cuestiones sean puestas sobre la mesa, y más aún cuando pueden servir de punto de partida de nuevas vías de investigación. En este sentido, la interdisciplinariedad mostrada abre la perspectiva a nuevos trabajos en esta dirección. En “*Guerra santa*” e *conquiste islamiche nel Mediterraneo (VII–XI secolo)* se aborda la cuestión de la llega-

da de los musulmanes a las orillas mediterráneas desde perspectivas tan distintas como el impacto mental que supuso su llegada para los coptos egipcios, tema tratado gracias a la información el Apocalipsis de Samuel de Qalamun, hasta la convivencia mostrada por cristianos y musulmanes en Sicilia. En este sentido, la interdisciplinariedad que presenta este estudio refleja la necesidad de abordar temas de gran envergadura desde perspectivas distintas y específicas para lograr un conocimiento más pormenorizado. Las grandes conquistas árabes no pueden analizarse únicamente desde una perspectiva militar, a la vez que tampoco pueden ser entendidas como una experiencia monolítica de más de dos-cientos años. Queda claro que en un mismo proceso existieron variantes regionales y opciones múltiples y que no siempre se siguió el mismo camino. Así, las conquistas de Egipto o de Sicilia no fueron iguales que las opciones que se tomaron en el sur de Italia, del mismo modo que la conquista de la Península Ibérica y la presencia musulmana en el enclave de *Fraxinetum* no respondieron tampoco a las mismas dinámicas expansivas. Este es el gran interés de ésta publicación: el trabajo multidisciplinar y la comparativa transregional nos permiten perfilar mucho más el cómo de la conquista musulmana en el Mediterráneo y sobretodo lo que vino dos o tres generaciones después de las llamadas grandes conquistas árabes.

En este sentido, y vistos los temas tratados, hay que decir que el título elegido para encabezar la obra no hace justicia al contenido de la misma. Es más, pude incluso inducir a error, ya que los temas de las distintas aportaciones no quedan únicamente restringidos a la *yihad* y a la conquista musulmana, sino que abarcan cuestiones más amplias como el afianzamiento territorial o las reacciones frente a la llegada de una nueva religión. De hecho, hay más de lo que vino después de la conquista que no de la conquista en sí. Quizás un título menos atractivo pero más a la par del contenido favorecería la difusión de los trabajos en los ámbitos académicos adecuados a los que se pretende llegar.

Más allá del interés de los estudios en sí, la mayoría de estas aportaciones son esbozos de lo que pueden ser futuros trabajos mucho más desarrollados, que al fin y al cabo es lo que tenemos ganas de leer. Aun así, se ha hecho lo que de por sí ya es difícil; intentar romper con ciertas cotillas historiográficas ofreciendo nuevas perspectivas y objetos de estudio. Además, se ha hecho partiendo de un *workshop*, de un encuentro de especialistas de diversos campos, cosa que demuestra que el futuro del oficio de historiador, como ya es sabido, pasa por el trabajo cooperativo y por la presentación de trabajos en curso en encuentros con otros profesionales que con su opinión pueden aportar mucho más de lo que a veces se piensa.

Aunque menos centrada en historia militar de lo que sugiere el título, "*Guerra santa*" e *conquiste islamiche nel Mediterraneo (VII – XI secolo)* es una estimulante lectura para todo aquel que quiera conocer qué y cómo se está trabajando actualmente temas relacionados con la conquista musulmana en ambas orillas del Mediterráneo, así como los inmediatos efectos de la llegada de las fuerzas islámicas a la región. Trabajos de éstas características serán los que en un futuro próximo nos permitirán conocer más y mejor las distintas experiencias regionales vivi-

das en el mundo mediterráneo y replantear, quizás, la historia de la presencia islámica en la región.

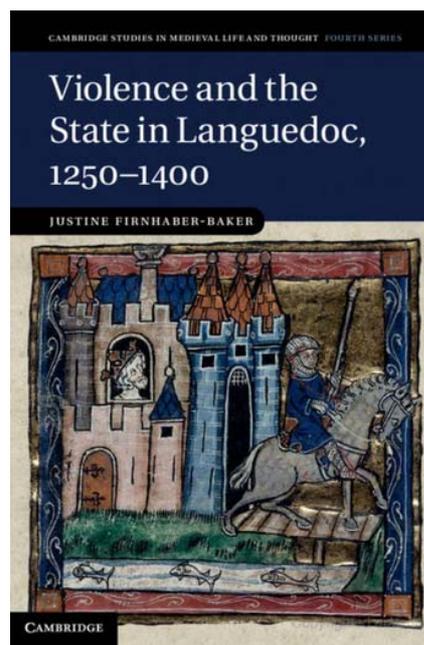
Justine FIRNHABER-BAKER: *Violence and the State in Languedoc, 1250-1400*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, 218 pp., ISBN 9781107039551.

Daniel González Palma
Universidad Autónoma de Barcelona

La guerra señorial y el poder real en el estado del Languedoc.

La violencia es un elemento que en sí guarda una amalgama polisémica respecto a su ejecución, grado y forma. Indudablemente, la violencia ha sido un manifiesto constante como instrumento de persuasión y coerción en el resultado de negociaciones por controversias políticas, sociales, económicas y personales. Incluso es el procedimiento por el cual un poder determinado en aras de expandirse procede a través de la violencia con la voluntad de terminar con pugnas intermedias sobre un territorio, legitimándose en una causa justa y un bien general, o simplemente ejerciendo una imposición en virtud de establecer un orden más ambicioso a medida que se forman las jurisdicciones de poderes e influencias. *Violence and the State in Languedoc, 1250-1400*, es una obra compuesta por cinco capítulos donde se analizan las relaciones entre el poder señorial y el poder real y la repercusión de la violencia desde la mitad del siglo XIII hasta el inicio del siglo XV. Un gran lapso de tiempo donde la lucha por el control del territorio coincidió con la extensión política del poder real en Francia y con la desolación de la peste bubónica y la Guerra de los Cien Años.

El final de la *Crusade Albigense* en el sur de Francia distó para sus contemporáneos de ser el último remate de un conflicto político-religioso “histórico” cuya trascendencia y agresividad marcó de forma incisiva a la región del Languedoc. Estalló una violencia constante entre el poder nobiliario y el poder eclesiástico a causa de motivos relacionados con la jurisdicción local de cada familia señorial y las respectivas herencias legítimas. Como revela con precisión el autor, la violencia se ejerció a través de la guerra privada caracterizándose por la acción de un señor contra otras pretensiones hereditarias y de carácter clerical, siendo un conflicto no tan caracterizado por alianzas locales como por una conflictividad general, absorbiendo al territorio en un espacio hostil asolado por la precariedad. A partir de la victoria de Luis IX ante Enrique III de Inglaterra en 1242, es cuando el rey francés, juntamente con su hermano Alfonso de Poitiers, comenzó a trazar una nueva política para disminuir la constante violencia en el Languedoc,



donde según las fuentes utilizadas por el autor, imprescindibles en lo referente a la visión cuantitativa, el territorio sucumbía a la violencia de unos veinte conflictos señoriales. Se observa un gran avance en la legislación real tras la construcción de un excepcional cuerpo de oficiales administrativos que realizaron numerosas reformas institucionales dedicadas a aplacar las tensiones entre señores. También se menciona el ejercicio del poder real a través de una “Paz de Dios capeta”, prohibiéndose las guerras señoriales a través de la intervención armada en los conflictos por parte de Alfonso de Poitiers. Tiene una especial importancia y es eje de la política del monarca, la ordenanza de 1258, donde después de ser nombrado por el papa Bonifacio VIII como *rex pacificus magnificatus*, elaboró la ordenanza en la simbólica diócesis de Puy-en-Velay, prohibiendo la guerra en el reino de Francia. Esta ordenanza tuvo un considerable carácter sacramental al detentar el perdón hacia los infractores de la política real, y es que a diferencia de la “Paz de Dios” del siglo XI, Luis IX intentó de hecho prohibir absolutamente la guerra en su reino.

Tras la muerte de dicho monarca en Tierra Santa, Felipe IV heredó la maquinaria administrativa que había puesto en marcha su antecesor. Las reglas de la ideología capeta mantuvieron el halo impositivo sobre la restricción de la violencia, como puede observarse en las gráficas integrantes en la obra. La consolidación del poder real fue ejercida a través del contenido impositivo y el carácter teológico inherente a las ordenanzas de 1296 y 1297, superando en forma a las de su antecesor e introduciendo anulaciones sobre costumbres y tradiciones de negociación señorial tachándolas de “corruptas” y hostiles a la voluntad de Dios. Estas ordenanzas permitieron según nuestro autor establecer un período desde 1271 a 1314 donde descendió considerablemente la violencia entre señores y condes. Las primeras décadas del siglo XIV plantearon constantes retos para la política e ideología de los Capetos contra la violencia.

Después de la fortuita muerte del rey a raíz de un accidente de caza, la política emprendida años atrás por Felipe IV comenzó a desmantelarse a causa de los constantes vaivenes por la sucesión al trono, los cuales sacudieron notablemente los pactos de fidelidad entre el poder local y el poder real. Inevitablemente, aquí las fuentes son cruciales, pues el nuevo escenario del poder real afectó severamente a la administración e instituciones por el recrudescimiento de la violencia. Luis X se vio obligado a reconstituir el derecho de los nobles a guerrear entre ellos, y aunque fuese un retroceso respecto a políticas anteriores, el monarca conseguía reafirmar su autoridad en el sur de Francia y especialmente en el Languedoc.

Es en 1337, con el inicio de la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra por el control del patrimonio Plantagenet en la Guyena, cuando el poder real francés vuelve al intento de ser implacable con la guerra de los señores. Felipe VI prohibió guerrear mientras se mantuviesen las hostilidades con Inglaterra, pero los motivos seguían siendo los mismos: *Who held that castle, who collected those taxes, who could try those men* [p.91], entre otros. De hecho, entre los años que transcurren desde 1350 a 1364 asistimos al decaimiento de la estructura política real. Crécy, Poitiers y la liberación del rey a cambio de una gran suma de dinero llevaron a las arcas de la monarquía al colapso, sumándose un general malestar social por la alta presión fiscal y una

crisis demográfica y de subsistencia protagonizada por la peste negra. En ámbitos como el Languedoc, los intereses señoriales volvían a estar al orden del día en forma de cabalgadas y hostigamientos entre las familias de nobles. Como refiere el autor en el análisis de la repercusión de estos hechos, la sociedad francesa mantenía una gran vinculación con la violencia, ya no solo por la guerra señorial sino también por factores externos que asolaban la región configurando una violencia popular. La configuración de esta violencia popular fue el fruto de una larga evolución de conflictos sucesivos que, como resultado, provocó un desorden político-social y vacío de poder recordando, constantemente, una relación de períodos violentos en una comunidad que convivió cotidianamente con el uso de la violencia. La crudeza de los conflictos que se relatan en la obra invita a dibujar en el imaginario un escenario caótico de la zona, un escenario donde circulan de un lado a otro todo tipo de villanías a causa de la ausencia del poder real, que dejaba el territorio en manos de intereses señoriales. La formación de cuerpos de mercenarios, venidos de aquí y de allá, fue el brazo armado del poder local, actuando con su beneplácito en todo tipo de violencias: pillajes, extorsión, incendios, entre otros, causando de forma muy severa el debilitamiento de la esfera socio-económica del sur de Francia. La Francia real, sobreviviendo a la expansión inglesa, no volvió a extender su influencia administrativa hasta después de estos años tan deplorables.

Con la llegada al trono francés de Carlos V en 1364 el escenario señorial pareció virar hacia los intereses del poder real. Dicho monarca fue el causante de retornar al Languedoc a una situación de cierta estabilidad. Como hicieron sus antepasados, la administración resituó la región en un clima socio-político más relajado. Aun así, el monarca necesitó de las habilidades militares de Du Guesclin para imponer su autoridad entre los señores del territorio, cuyas pretensiones territoriales se extendían hacia Gascuña. Es un corto período donde la guerra contra Inglaterra parece llegar a un equilibrio a través de los consecutivos pactos y treguas, pero sin embargo, se hace notar el caro precio de la peste, las hambrunas y el malestar social de las clases populares. Carlos VI empleó grandes esfuerzos para crear un cuerpo burocrático que según el autor recordaba al de Felipe IV, empeñándose en la eficiencia, la reforma y el control como clara alusión al buen gobierno de tiempos pasados.

La buena predisposición del monarca hacia la eficacia de la administración real provocó la aparición de un período donde la monarquía parecía apuntalar su influencia y control en el sur de Francia. La relativa calma que caracterizó al Languedoc durante las décadas de 1370-1390 se vio truncada básicamente por dos hechos: la incapacidad de Carlos VI por consolidar la autoridad real a causa de las tensiones relacionadas con la sucesión al trono; y la iniciativa de los señores dirigidas a recrudecer la guerra en la región, exportando sus intereses y guerras privadas hacia territorios como Italia y Flandes. Suponemos que es un tema interesante para la investigación el análisis de los movimientos de los nobles fuera del territorio francés, a causa de que Francia se veía inmersa en la segunda fase de la Guerra de los Cien Años caracterizada en la lucha de conflictos fuera de sus fronteras. La migración de algunos nobles y de los grupos mer-

cenarios daba un respiro a un territorio desolado por la violencia y por períodos catastróficos en el intento de reafirmar el poder hegemónico en la región.

Violence and the State in Languedoc, 1250-1400, obra de Justine Firmhaber-Baker, es un sustancioso estudio sobre un período convulso, dilatado y recurrente donde se caracteriza una constante transversalidad entre las síntesis de cada capítulo. La legislación es el eje central del estudio, para después determinar los aspectos directos e indirectos que llevan a la inevitable aparición de la violencia en el Languedoc, donde las ordenanzas que expone y analiza el autor son determinantes a la hora de atisbar la importancia de la guerra en Francia y el calado de la violencia en la misma. Además, es una interesante interpretación con una base de fuentes importante para observar el intento perseverante de la monarquía por expandir y consolidar su poder más allá del patrimonio real.

Remy AMBÜHL: *Prisoners of War in the Hundred Year War: Ransom Culture in the Late Middle Ages*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, 301 pp., ISBN: 9781107010949.

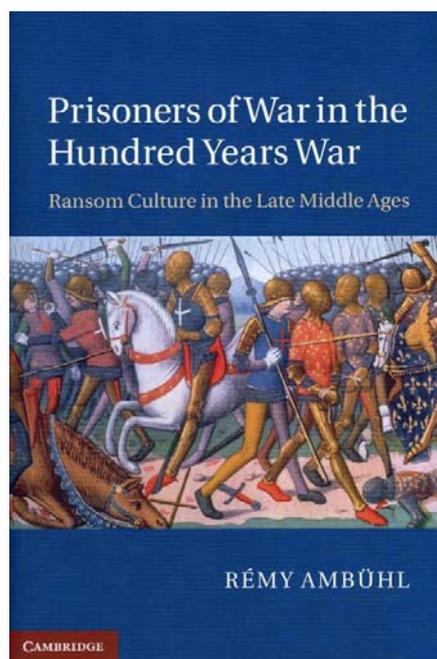
Alberto Reche Ontillera
Universitat Autònoma de Barcelona

Prisioneros y rescates: un paseo por la Guerra de los Cien Años.

Guerras ha habido siempre y con ellas un asunto peliagudo. ¿Qué hacer con los derrotados? ¿Con aquellos que habían caído prisioneros? Existen y han existido múltiples formas de gestionar a los vencidos, ya fuera la muerte, la mutilación, la esclavitud, o el rescate. De todas ellas, este último, por mucho que nos parezca tan atemporal como las anteriores, lo cierto es que está profundamente enraizado en un contexto histórico concreto: la Edad Media. Es en este período histórico, quizás, que por primera vez se plantea el rescate como forma de gestión preferencial de los derrotados. A partir de este momento, prisionero de guerra y rescate son dos términos que caminarán en sintonía.

Se ha escrito mucho sobre el surgimiento de la noción de prisionero de guerra y de la consolidación de la cultura del rescate en el occidente medieval y las posturas todavía siguen, sino enconadas, sí en una cortés distancia entre ellas. En este sentido, cabría destacar las tesis de Matthew Strickland y John Gillingham, para los cuales la cultura del rescate cristalizó en el norte de Francia en los siglos X y XI, al calor del *ethos* caballeresco del momento. Por su parte, Yvonne Friedman argumenta que dicho *ethos* no se puede rastrear con claridad meridiana antes del siglo XII. Para ella, la consolidación de la práctica del rescate de prisioneros está estrechamente vinculada con las expediciones a Tierra Santa, en concreto con la Tercera Cruzada y el desastre de Hattin (1187), donde casi toda la fuerza cruzada es hecha prisionera. Jean Dumbabin, en cambio, asocia la cultura del rescate con el estatus de prisionero de guerra, desarrollado a lo largo del siglo XIII, en consonancia con la noción de guerra pública. Paralelamente a esto, elementos como la cultura del torneo, desarrollada entre los siglos XII y XIII, contribuyen a fijar la práctica del rescate, en tanto que la codifica en los hábitos de los combatientes cristianos.

Sea como sea, lo cierto es que la Guerra de los Cien Años supone, quizás, el primer laboratorio de campo donde se pueden observar las distintas prácticas de rescate y el desarrollo del



estatus de prisionero de guerra. La Guerra de los Cien Años, además, reúne una serie de características útiles para observar el fenómeno. Por un lado, es el momento de la consolidación definitiva del término “prisionero de guerra”, que empieza a aparecer en la documentación a lo largo de la década de 1420, por el otro, estamos ante una guerra de carácter público, dirigida por los soberanos de Francia y de Inglaterra, en la que la intervención de la Corona se hace sentir en todos los aspectos. ¿Cómo afecta la política de la guerra a la captura de prisioneros y a la definición de su condición? ¿Hasta qué punto estamos ante una práctica privada o ante una fomentada por el poder público? ¿Qué cambios implican la cultura del rescate y la gestión de los prisioneros de guerra en las prácticas bélicas del momento? ¿Estamos ante una costumbre nobiliaria o se extiende a los demás elementos de los ejércitos? ¿Cómo se estipula el precio del rescate, quiénes lo pagan y lo cobran? ¿De dónde sale el dinero para ello?

Como se puede ver, preguntas fundamentales para entender el funcionamiento de las prácticas bélicas desarrolladas durante la Guerra de los Cien Años y, por extensión, en las guerras de la Baja Edad Media. De todo ello se ocupa Rémy Ambühl en las trescientas páginas que conforman su libro: *Prisoners of War in the Hundred Years War: Ransom Culture in the Late Middle Ages* que, lejos de ser un estudio anecdótico sobre un tema marginal presenta, a través de la cultura del rescate y de la gestión de los prisioneros de guerra, un acercamiento interesante a aspectos fundamentales de la Guerra de los Cien Años.

Tras una breve pero acertada introducción, Ambühl repasa los distintos *inputs* que, a su entender, convergen durante los siglos XIV-XV para dar forma legal a la práctica del rescate y a la figura del prisionero de guerra. Así, se detiene primero en lo que denomina las *laws of arms*, que si bien han de entenderse más como un manual de buenas prácticas que como un cuerpo legal codificado, crean el marco mental – como Honoré de Bovet con su *Árbol de Batallas* – adecuado a las prácticas del rescate. Junto a estas leyes de armas, encontramos también las ordenaciones reales sobre la guerra, fundamentales en tanto que la práctica bélica bajomedieval se encamina hacia el concepto de guerra pública, dirigida y orquestada por los Estados. Pero Ambühl no se detiene aquí, sino que también toma en consideración otros aspectos tales como el código de honor, los contratos, la ley del talión o el papel del dinero.

En el segundo capítulo, Ambühl reflexiona sobre el papel tanto de los soberanos en tanto que responsables últimos del entramado de prisioneros y rescates como de los particulares que gestionan las capturas. Para ello se servirá de distintos ejemplos para enseñarnos el funcionamiento de las redes de prisioneros y rescates, habida cuenta que son diferentes entre sí para los casos inglés y francés. En el capítulo tercero se detendrá a prestar una atención especial a la situación de la Normandía bajo dominio Lancaster, en especial a partir del Tratado de Troyes, que supone un importante cambio de dinámica en la guerra. A partir de Troyes, la ocupación inglesa de Francia se convierte, a todas luces, en legítima al haber consolidado el rey inglés sus derechos dinásticos en suelo francés. Por tanto, el enemigo contra el que luchan los ejércitos ingleses se visualiza ahora como una facción de rebeldes levantados en armas contra el legítimo soberano de Francia, que no es otro que el rey de Inglaterra, en parte también por la adopción

de tácticas de guerrilla por parte de los franceses. Todo ello lleva a una serie de cambios en la percepción de los prisioneros y de los crímenes que se asocian a los combatientes capturados por los ingleses.

A lo largo de los capítulos cuarto y quinto, Ambühl nos detalla el proceso de rescate de prisioneros y todos sus aspectos, sin dejarse nada en el tintero. Así, nos hace partícipes del deseo de botín y el aura de beneficio que, para los soldados, emanaba de las campañas militares. No sólo por la posibilidad del saqueo, sino por los beneficios económicos que suponía la captura de prisioneros de guerra. Nos introduce también diversos temas interesantes, tales como el de las transferencias de prisioneros dentro del ejército vencedor y sus mecanismos o las medidas de seguridad desplegadas para la custodia de los prisioneros, los lugares que se utilizaban a modo de prisiones privadas o las condiciones de vida de estos cautivos que, no olvidemos, al ser prisioneros de guerra tenían un estatus jurídico propio. No se olvida, tampoco, de los planes de fuga y de las evasiones.

Dentro de estos capítulos Ambühl dedica una buena cantidad de esfuerzo en hacernos ver el precio de la libertad de estos prisioneros. Como hemos visto, la práctica del rescate estaba perfectamente estipulada ya en la segunda fase de la guerra y participaban de ella buena parte de los combatientes. Era – y ello explica su concienzuda aplicación y el cuidado en los detalles – un negocio perfectamente reglado y generalizado en el que la estimación correcta del valor del prisionero, el control de los gastos añadidos, como su manutención y cuidado, la compraventa de cautivos entre miembros del ejército o los intercambios de prisioneros de similares características eran elementos del día a día.

Esta mercantilización de los cautivos de guerra y la cultura del rescate lleva a Ambühl, irremediabilmente, a dedicar un capítulo a los mercaderes, los bancos y el comercio de prisioneros. La generalización de la práctica lleva a ello. No hemos de pensar, pese a ello, en la existencia de unas redes fijas de comercio de prisioneros y de gestión de los rescates. No hay, por ejemplo, sistemas organizados u oficiales reales que se encarguen de la organización pública de todo este entramado; nos movemos en un sistema donde las iniciativas personales, el uso de heraldos para llevar las negociaciones, los salvoconductos personales para el comercio o las transferencias de dinero (a veces envueltas en la complicación añadida de implicar un cambio de divisas), pese a la aquiescencia de la Corona, se hacían desde el ámbito privado.

Los tres últimos capítulos del libro los dedica Ambühl a la asistencia a los prisioneros. De nuevo, el tema es diseccionado en detalle desde múltiples acercamientos, ya sea desde las costumbres de auxilio, las intervenciones y peticiones de los cautivos o sus familiares ante el rey, la relación de los capitanes con sus hombres de armas o, incluso, los círculos sociales de los prisioneros. Esta multiplicidad de enfoques nos habla más que bien del intenso trabajo de documentación y reflexión que el autor ha realizado para entender en su totalidad la cultura del rescate durante la Guerra de los Cien Años.

Y es que ésa es la finalidad última de *Prisoners of war*, la de reconstruir, a través tanto del marco general como de las experiencias individuales de captores y cautivos, de sus prácticas,

hábitos y objetivos, la relevancia de la cultura del rescate dentro del desarrollo de la Guerra de los Cien Años y lo que se puede utilizar de la misma para entender otros elementos fundamentales del período, como el verdadero alcance de la dimensión pública de la guerra, las motivaciones de los combatientes o los códigos tras los que estos se movían.

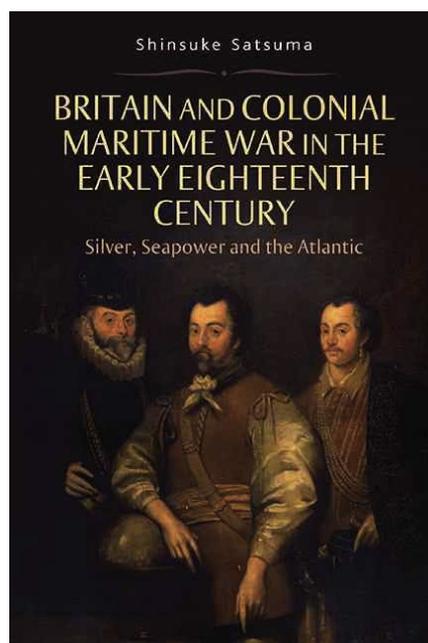
Por todo ello, el libro de Rémy Ambühl se convierte en una cita ineludible para todo aquel que quiera adentrarse en los recovecos más íntimos del funcionamiento de los campos de batalla, los campamentos y las retaguardias de la Guerra de los Cien Años.

Shinsuke SATSUMA: *Britain and Colonial Maritime War in the Early Eighteenth Century: Silver, Seapower and the Atlantic*, Boydell Press, Woodbridge, 2013, 296 pp., ISBN: 978118438623.

Alan James
King's College London

The Political Debates that Shaped British Seapower in the Eighteenth Century.

Eighteenth-century military history most readily brings to mind images of large professional armies in the field, manoeuvring and squaring off in the century's many, exhausting 'cabinet wars'. The rise of Russia and Prussia as great powers were the two great developments in the international system. Yet every bit as dramatic was the rise of Britain as a sea power. From a small-to-medium power on the edge of Europe, Britain emerged from a century of desperate competition, primarily with France, as a new sort of international player, a naval superpower. With Napoleon defeated, the utility of Britain's unassailable naval strength was indisputable. In the post-1815 world the value of navies as tools of diplomacy, of trade protection and economic warfare, of military support and power projection and even of domestic political consensus and stability were clear for all to see. The history of the rise of Britain's navy must, therefore, also stand as one of the great pillars of the eighteenth century.



In this book, Shinsuke Satsuma provides a very useful service by addressing the intellectual origins of Britain's naval policy, such as it was. This has long been recognised as having emerged from a domestic political argument, or lobby, which Satsuma chooses to call the 'pro-maritime war argument'. Yet for all the significance ascribed to those early adherents of the value of aggressive war at sea, the debate they had with those who rated war on land more highly or who simply valued interests on the continent has always been treated by historians rather simply. Here, we get the first full discussion of the variations, fluctuations, and origins of the maritime argument, including the common ground with its so-called opponents, and, importantly, its practical effect. This study provides a convincing insight into how the argument for war for largely economic motives, and fought primarily at sea, managed to 'win' the domestic political debate and to have such lasting impact.

The book begins with the long history of this argument from its Elizabethan origins, important because the memory of this earlier period was so often invoked by adherents in the

eighteenth century. The focus of the book, however, is very appropriately on the period from 1702 and the War of the Spanish Succession when the pro-maritime war argument, following a slight hiatus, became especially vocal and politically important. Through a careful reading of contemporary pamphlets and other writings, Satsuma dissects the main strands of the economic case that was made for war. Interception of Spanish silver fleets and colonial expeditions, it was claimed, could be undertaken for economic and strategic reasons, that is to say to weaken Spain, possibly even by inciting rebellion in the Americas. Purely commercial motives, however, were also voiced. The argument, Satsuma contends, was not just far from uniform but it was also politically charged, a contested idea that shifted according to political fortune. So, initially, war at sea was presented as a complement to the continental struggle whilst the idea that it should be pursued instead of, and therefore as a tacit criticism of, the conduct of the continental war only emerged later. The effect of these arguments on government policy and legislation is also shown to challenge some of the simpler assumptions that historians sometimes hold. It was never a question of one approach or the other. Opposition politicians tended to argue the pro-maritime war case, but those in government were not necessarily unconvinced. They simply had to deal with the realities of a continental war. As N.A.M. Rodger has pointed out, across the political spectrum there was broad support, in principle at least, for the navy.

In practical terms, operations to attack the Spanish fleet were the most popular, whilst the idea of more ambitious and costly colonial expeditions divided opinion, and such operations did not materialise due to administrative and organisational problems and the need to coordinate actions with the Dutch. Yet by shifting the blame for this and other failures onto individuals or to particular circumstances, the case for the longer-term advantage of colonial enterprises survived unscathed. Interestingly, however, Satsuma shows how British policy after the Peace of Utrecht of 1714 evolved in light of growing commercial interests in the Americas. In particular, he argues that the South Sea Company, which triggered the famous financial crisis of 1720, did not just have commercial but also military ambitions. This combination of motives, more generally, made it difficult for the government to enact legislation or policies which could at once promote privateering and conquest, in other words to respond to both the growing commercial interest in the area and the vested interest based in the Caribbean, primarily Jamaica, in illicit trade and violence. It was the *asiento*, in particular, the monopoly of the slave carrying trade between Africa and Spanish America which Britain won by the terms of the Peace of Utrecht, which made the case for the protection of commercial interests rather than the aggressive pursuit of war stronger.

Of course, relations with Spain were very quickly strained after 1714, and it is in the context of the eruption of open war in what has been called the War of Jenkins' Ear from 1739 that the pro-maritime war argument is usually discussed by historians, usually as a debate between opposition politicians and the government. Here, Satsuma again identifies an interesting pattern. A pro-maritime war argument of sorts was, in fact, initially used by government

to win support for mobilisation against Spain. Only latterly was it taken up in earnest in a ‘propaganda campaign’ calling for full-scale war against Spain at sea. By breaking down such certainties, Satsuma builds up to what is in many ways the most important, final chapter because here we see the origins of what would evolve to become the closest thing to a fully thought-through naval strategy in eighteenth-century Britain. This involved a more ‘precautionary’ approach in which Britain’s enemies were contained in European waters, rather than confronted in risky overseas contests of strength, and which revealed a growing acceptance that the navy’s primary role was as a protector of trade. It is interesting to see this familiar approach to British seapower emerging from within the context of the political challenges the government faced and the complexities of the arguments described in this book, rather than as simply a question of long-term strategic calculation or natural institutional evolution. After 1714, the British government needed to safeguard the interests of the South Sea Company, and its reluctance to pursue an aggressive anti-Spanish war is presented here by Satsuma as logical and sensible, not simply the result of wrong-headed obstinacy.

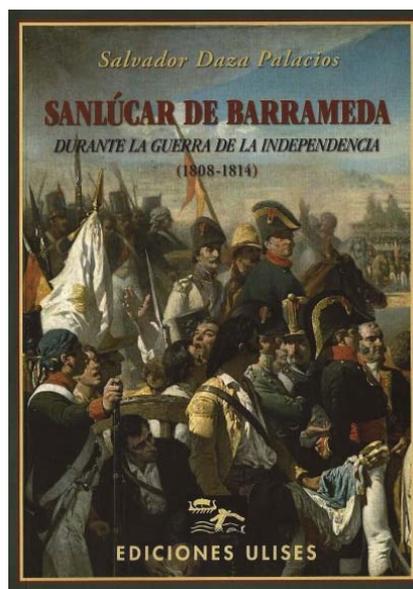
This book does a good job of challenging the overly neat compartmentalization between government and opposition, or between continentalists and maritime war proponents, that is so often applied. In the process it provides insight into some of the bigger issues of the period. The argument is very carefully constructed and organised, indeed so carefully that it occasionally betrays its origins as a PhD thesis, but this is not a criticism as such. The carefully elaborated case and the extensive research undertaken simply inspire confidence in the measured, but still important, conclusions drawn. With respect to the promise expressed in the subtitle, readers can expect to learn more about sea power, or at least how it was discussed and understood in Britain early in the century, than about silver, as such, or about the Atlantic. Yet this is a valuable ambition and it is met here with real authority.

Salvador DAZA PALACIOS: *Sanlúcar de Barrameda durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Sevilla, Renacimiento, 2014, 437 pp., ISBN: 9788416300006

María Regla Prieto Corbalán

Una visión novedosa sobre una época imprescindible de nuestra historia.

En este libro se analiza en profundidad el sexenio que comprende el período histórico conocido como Guerra de la Independencia española y se dilucidan los pormenores de un momento denso en acontecimientos de gran trascendencia a nivel peninsular: la invasión francesa, la etapa napoleónica, la guerra en sí, la época constitucional y el restablecimiento del absolutismo. El acercamiento a las vicisitudes propias de estos convulsos y apasionantes años, llenos de matices, marcados por la guerra y por momentos de grandes transformaciones políticas, convierten esta obra en un interesantísimo análisis de la mentalidad social y de la enorme crisis a la que se vieron sometidos los ciudadanos de la España de la época.



De hecho, uno de los aspectos más atractivos y novedosos de este libro radica en su original punto de vista a la hora de abordar el trabajo, pues el estudio de este sugestivo espacio de tiempo se realiza desde la óptica local, centrándose en la vida cotidiana de una ciudad, en este caso la ciudad gaditana de Sanlúcar de Barrameda. Hasta el momento presente, los años que van desde 1808 hasta 1814 no habían sido investigados en profundidad en ningún trabajo específico sobre la historia de dicha ciudad gaditana, sino que fueron siempre incluidos en obras generales que abarcaban períodos mucho más amplios. Esta circunstancia ha hecho que aspectos interesantes y fundamentales se hayan visto ignorados por los autores que abordaron esta época, o bien que no se haya profundizado lo bastante en ellos al atender a lo más llamativo o sorprendente de los extraordinarios acontecimientos vividos en la localidad durante esos conflictivos seis años. De este modo, el lector se ve inmerso, dentro de un marco temporal bien delimitado, en el devenir diario de los vecinos, de las autoridades civiles y eclesiásticas, en la presencia de la nobleza (hasta 1645, Sanlúcar fue posesión de la Casa Ducal de Medina Sidonia, pero con posterioridad a esa fecha la influencia de los duques siguió estando presente, aunque Sanlúcar pasa a ser propiedad de la Corona de Castilla) y también en los cambios producidos en la propia fisonomía de la población, debido a los avatares de esos años.

Sanlúcar intentó defenderse del enemigo francés cuando lo tenía lejos, creándose precisamente una de las primeras Juntas de Defensa que se formaron en la provincia, aunque su

proximidad con la capital gaditana propició que la ciudad fuese invadida de forma pacífica pocos días después que Sevilla y se convirtiera pronto en una de las sedes permanentes y favoritas del ejército invasor por su cercanía a la capital, ante la posibilidad de poder utilizarla como base para su conquista desde el mar. Cuando el pueblo se libra de los franceses en 1812, la alegría desborda a todos los sanluqueños al pensar que se verían libres de las onerosas contribuciones a las que se habían visto sometidos, del embargo de víveres e incluso del secuestro de regidores municipales practicado por el mariscal Soult para obligar al Ayuntamiento a pagar su campaña militar. Así que la Constitución de Cádiz y el regreso de Fernando VII se presentaron, dos años y medio después, como la panacea a todos sus males. Entonces, la Carta Magna gaditana encarnaba para el pueblo sanluqueño la ansiada libertad y la redención de un saqueo continuado de sus recursos económicos. El nuevo régimen constitucional quedó instaurado y con ello se abrió la puerta a la primera época en que la ciudad vivió bajo unas leyes modernas, progresistas y de cuño liberal, unas de las más avanzadas del continente, todo ello en una época de cambios sociales y políticos generalizados que daría lugar a la lenta pero inexorable descomposición del absolutismo. El papel que desempeñó Sanlúcar de Barrameda en este periodo, aunque humilde y modesto, resulta muy significativo para valorar lo que supuso esa primera Constitución política española en el imaginario colectivo.

Así pues, la obra se divide en una introducción y cuatro grandes apartados, *La destrucción de un sueño (1808-1810)*, *Bajo el dominio del imperio: la política francesa durante el bienio josefino (1810-1812)*, *Reformas municipales y crisis económica* y, finalmente, *Bajo la constitución de Cádiz (1812-1814)*. Estas cuatro partes están divididas a su vez en capítulos que hacen muy cómoda y fácil la lectura.

En la primera parte, *La destrucción de un sueño (1808-1810)*, el lector asiste a la caída en desgracia de Godoy, que pasa de benefactor a maldito; a la llegada de la revolución a la ciudad y a los complicados y estrictos alistamientos; al régimen militar de la época; a los graves inconvenientes que hubo que superar para mantener a los primeros prisioneros franceses de la Batalla de Bailén (que sufrieron una situación tan dramática que la mayoría no sobrevivió a su encierro); así como a la dureza de las contribuciones económicas y materiales para el sustento del ejército; para terminar con el “affaire” Terán, el afrancesado local que resulta objeto de todas las iras y venganzas en un momento tan crítico. Resulta oportuna la capacidad de síntesis del autor para extraer de un gran cúmulo de documentación todos aquellos asuntos que se agolpan en el debate ideológico de aquella primera etapa del conflicto. Al poner en boca de ciertos personajes eclesiásticos del momento los cambios de opinión y criterio en el análisis de los hechos acaecidos, asistimos a una atractiva exposición de argumentarios que darán mucho juego a la hora de poder sacar conclusiones sobre la posición de la Iglesia durante la guerra. Conclusiones de las que autor se mantiene al margen, echándose en falta en este sentido algunas coordenadas interpretativas que faciliten al lector la comprensión de algunos de los hechos relatados.

En el siguiente apartado, denominado *Bajo el dominio del imperio: La política francesa durante el bienio josefino (1810-1812)* se analizan las políticas que se pusieron en marcha tras la

llegada al trono de José I, como la primera exclaustración de frailes; la desamortización de bienes religiosos: los hospicios para niños huérfanos; así como la política del cabildo municipal, su régimen interno y las elecciones. Son también muy interesantes los capítulos dedicados a la visita del rey *intruso* a Sanlúcar, así como los que tratan sobre la seguridad y el orden público. Resulta sumamente curioso el estudio de las lanchas cañoneras, mandadas construir por el mariscal Soult para el asalto a Cádiz, que fue su permanente obsesión durante una gran parte del tiempo de su dominación, así como el canal de navegación Guadalquivir-Guadalete y el intento de armar buques corsarios. Especial interés tienen las consecuencias de la guerra y de la ocupación napoleónica para la casa ducal de Medina-Sidonia y el acoso al titular de la casa, Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo, a través del embargo o expropiación de las rentas señoriales que el duque aún cobraba en Sanlúcar.

En el tercer apartado, que versa sobre *Reformas municipales y crisis económica*, es de destacar el interesante capítulo sobre la prisión de los vecinos y los apremios militares a la Municipalidad, así como el de los gastos de la Marina y de los suministros para el Ejército. También se analizan una a una las series de medidas reformistas que se llevaron a cabo, así como la petición para que se reúnan las Cortes y el fin de la ocupación francesa. Se pueden atisbar en este capítulo algunas de las medidas políticas que podrían haberse implantado (y fructificado) bajo el reinado josefino, de haber durado más tiempo. Esas primeras medidas reformistas sacuden a la inmóvil sociedad española, que asiste atónita a ciertos planteamientos democratizadores en los que, por vez primera, el pueblo comienza a tener voz en los asuntos públicos y se presenta como el objeto pasivo de la conciencia administrativa, militar y política.

La última parte de esta obra, que lleva el título de *Bajo la constitución de Cádiz (1812-1814)*, analiza las fiestas que se celebraron con motivo de la proclamación de la Constitución de Cádiz, así como los gastos que originaron. Se profundiza en las políticas municipales a partir del mes de octubre de 1812 y en una serie de ajustes con el pasado referentes a la milicia cívica, a las deudas contraídas, a las obras, así como el estado del Jardín Botánico —que fue el primer jardín de aclimatación de especies de España— o la supresión de la Provincia de Sanlúcar. Hay un apartado también de gran interés sobre las depuraciones de los funcionarios afectos al régimen josefino y sobre la contribución de guerra, que dejó vacías las arcas de los vinateros sanluqueños y sin vino a muchas bodegas de la comarca, única industria que proporcionaba riqueza a la ciudad.

Especial atención dedica el profesor Daza a la cuestión militar, estudiando el problema que se generó con el ejército tras la guerra. La búsqueda de suministros y alojamientos para la tropa, el abastecimiento del pan, así como el alistamiento militar, fueron asuntos de difícil resolución como siempre ha sido común a todas las guerras, y como empezará a ponerse aún más de manifiesto en las guerras modernas de la época contemporánea. Pues, de hecho, tras la marcha de las huestes napoleónicas, los sanluqueños tuvieron que seguir manteniendo a los militares españoles e ingleses que acamparon en Sanlúcar durante varios meses, con lo cual fue imposible superar la gran crisis económica que asfixiaba a su cabildo municipal. También se tratan cues-

tiones religiosas de máximo interés, como la devolución progresiva de los conventos a los frailes. Y no falta en la obra un estudio sobre la asistencia social (con especial atención a los expósitos y a los huérfanos), sobre la delincuencia, el presidio y la salud pública, para llegar, finalmente, a las fiestas que se celebraron con motivo del regreso de Fernando VII, así como a la vuelta al absolutismo.

Hay en esta obra un detallado estudio de los caracteres de algunos de los personajes que pasean por sus páginas. Se analizan las diversas intervenciones de las autoridades municipales, algunas de ellas magistralmente presentadas a través de un interesante análisis de sus actuaciones y de sus idearios. El autor nos acerca a sus logros, a sus decisiones, a sus dudas, a sus sombras y a las, a veces, contradicciones personales o políticas de estos hombres. Destacan, de entre tales personajes sugerentes, además de una revisión de la siempre controvertida figura de Manuel Godoy, el retrato de Joaquín María Sotelo, comisario regio de la provincia de Sanlúcar, cuya dramática biografía es un fiel reflejo de la incertidumbre de esos años, así como la sugestiva personalidad de Francisco de Terán, cuñado de Francisco Amorós. A través de las páginas de esta obra asistimos al ascenso y a la trágica caída en desgracia de este hombre adelantado a su tiempo, víctima de la época que le tocó vivir y al que un sector del pueblo y del estamento privilegiado convirtió en el objeto de las iras políticas por su relación de amistad con el llamado príncipe de la Paz.

Analiza el profesor Daza las diversas actuaciones de las autoridades militares para solucionar el avituallamiento de los soldados, los distintos acuartelamientos de la ciudad (algunos improvisados, como conventos, casas particulares o el propio castillo de Santiago), o los lugares en los que se mantuvo encarcelados a los prisioneros de guerra. En definitiva, una verdadera crisis humanitaria de difícil o imposible solución.

La primordial fuente de información utilizada por el autor son las *Actas capitulares* del cabildo municipal sanluqueño, que han sido escrutadas con detalle, así como la documentación hallada en otros muchos archivos nacionales, tanto civiles como militares, e incluso el del Congreso de los Diputados. Todo ello escrito en una prosa pulcra, ágil y vigorosa, que hace de la lectura de este libro un auténtico placer.

En definitiva, la obra viene a sumarse a todo un conjunto de publicaciones que en los últimos años han abordado la Guerra de la Independencia desde una perspectiva local, ahondando en los aspectos sociales, políticos y militares de este periodo. Salvador Daza pone en manos de los lectores un estudio riguroso del día a día de los hechos de este periodo en Sanlúcar de Barrameda, sacando a la luz los incidentes, las circunstancias y los personajes protagonistas de estos seis años convulsos, ofreciendo una información detallada y completa, desde un punto de vista nuevo, en la cada vez más reconocida línea de la *microhistoria* y el estudio de la vida cotidiana, que tan buenos resultados está dando en el campo de la historiografía europea.

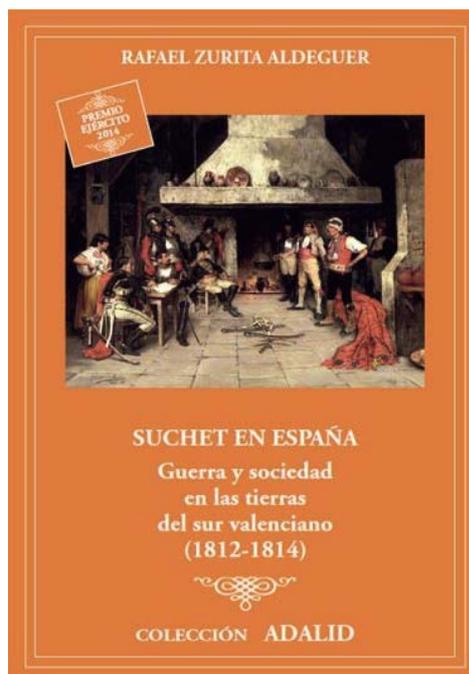
Rafael ZURITA ALDEGUER: *Suchet en España. Guerra y sociedad en las tierras del sur valenciano (1812-1814)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2015, 351 pp.. ISBN: 9788490910368.

Gonzalo Butrón Prida
Universidad de Cádiz

La memoria, el individuo y la construcción de los relatos colectivos: un acercamiento a la Guerra de la Independencia de la mano de Suchet.

Pocos momentos de la Historia de España han ocupado más páginas y han generado más controversia que la Guerra de la Independencia, cuyo estudio se vio lastrado durante décadas por la naturaleza fundacional que pronto se le atribuyó en la conformación de la hoy cuestionada nación española contemporánea. La interpretación canónica de la guerra subrayaba su carácter mítico y simbólico y su condición de momento clave en la construcción de dicha nación, de hecho, fue la Guerra de la Independencia la que dotó al discurso político español de la primera hornada de héroes y mitos nacionales. Esta interpretación fue dominante durante el siglo XIX, extendió su influencia durante buena parte del siglo XX y hasta tiempos muy recientes no se han generalizado los análisis críticos con el relato unívoco y monolítico de la guerra que defendía. De este modo, podría afirmarse que la corrección del desajuste innegable que lastraba el marco explicativo de la guerra aún no se ha completado.

En este sentido, cabe destacar el esfuerzo realizado con motivo de la celebración del bicentenario la Guerra de la Independencia, que dio como resultado la publicación de una amplia serie de obras que devolvieron la guerra a un lugar central dentro del debate historiográfico español, desde síntesis y estudios generales hasta monografías y artículos que reinterpretaron y revitalizaron distintos aspectos de la guerra en todos los planos, desde el ámbito local al internacional. Este esfuerzo ha permitido redimensionar su significado, preferentemente simbólico y político, hasta situarlo en un plano de mayor igualdad con respecto a otros elementos de la lucha que habían sido desplazados del eje central del ya mencionado discurso canónico de la guerra, y que son precisamente los que han ido cobrando mayor relevancia en la historiografía reciente. De este modo, el análisis de su extraordinaria complejidad como conflicto nacional e internacional y de su componente de ruptura en lo político y en lo social ha abandonado en los



últimos años el lugar secundario que había ocupado tradicionalmente frente a la exaltación de la épica y heroica resistencia de los españoles ante el todopoderoso Napoleón.

Este giro ha sido en parte posible gracias a los trabajos que se han acercado a la Guerra de la Independencia a través del prisma ofrecido por la mirada de sus protagonistas, en forma generalmente de memorias y diarios que fueron apareciendo de forma escalonada a lo largo del siglo XIX, en algunos casos también mediante el recurso a la ficción, puesto que algunos decidieron transmitir sus testimonios y vivencias de forma novelada. Un grupo importante dentro de estos testimonios es el representado por los militares, cuya visión de la guerra era especialmente rica y trascendía el ámbito puramente bélico. En efecto, la mirada del militar no era solo privilegiada por su carácter directo, sino también porque la formación y la experiencia de los oficiales de la época los capacitaba para observar y analizar la realidad con un rigor y una agudeza especial. Podemos señalar, en este caso, los estudios recientes que han elegido como referente los testimonios de los oficiales franceses, incluidos los del propio Suchet;¹ unos estudios que no sólo nos ofrecen una visión personal de los aspectos militares de la campaña francesa en España, sino también valiosa información del desarrollo de la vida cotidiana durante la misma, esto es, la doble vertiente de “guerra y sociedad” que señala Rafael Zurita en el subtítulo de su libro.

En concreto, *Suchet en España*, que mereció el “Premio ejército” en su convocatoria de 2014, se acerca, apoyado en un sólido aparato documental y bibliográfico, tanto al desarrollo de las operaciones militares claves en el sur valenciano, que permitieron al ejército francés controlar casi por completo durante dieciocho meses los recursos de uno de los territorios peninsulares más ricos, y por tanto también más apetecidos para el invasor; como al complicado momento de tensiones políticas y sociales que se vivió en aquellos años, en un mundo en cambio que exigió, no sólo a las autoridades, sino al conjunto de la población, un constante ejercicio de adaptación, de ajustes y reajustes a los cambios de soberanía, que no siempre abocaban al enfrentamiento, sino que en ocasiones desembocaban en el entendimiento obligado con el enemigo. Pese a que el trabajo aborda el estudio de la guerra en un contexto y una cronología concreta, el autor ofrece un planteamiento general que desborda esas referencias espaciales y temporales y nos presenta la dureza de la guerra en todos los sentidos, lo que le permite subrayar los matices que admiten las interpretaciones habituales de la Guerra de la Independencia.

¹ Para el caso concreto de la Guerra de la Independencia, veáanse Pedro RÚJULA (ed.): *Memorias del mariscal Suchet, sobre sus campañas en España, 1808-1814*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012; Jean-Réné AYMES y Natalie BITTOUN-DEBRUYNE (eds.): *Memoria sobre la guerra de los franceses en España. Albert-Jean-Michel Rocca*, Madrid-Cádiz, Sílex-Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011; o Pedro RÚJULA (ed.): *Memorias del general Lejeune. Louis François Lejeune*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015. Para el conjunto de las guerras napoleónicas valga como ejemplo Laurent NAGY (ed.): Frédéric Guillaume de Vaudoncourt, *Mémoires d'un proscrit*, Cahors, La Louve éditions, 2012 (2 vols.).

Con este fin, dirige la atención hacia las tensiones desarrolladas en distintos ámbitos, desde el más general que enfrentaba a franceses y españoles, hasta los más particulares, que se desplegaron en numerosos planos. Por ejemplo, la obra se interesa por la imposible conciliación entre las prioridades de militares y civiles, obsesionados los primeros por gestionar los cada vez más exiguos recursos disponibles y los segundos por evitar el expolio sistematizado y los abusos que sufrían. De igual modo, analiza el reajuste de las élites en todos los ámbitos de poder, puesto que la ruptura del orden establecido abrió la puerta al ascenso social de grupos a los que hasta entonces les había resultado complicado acceder a los centros de toma de decisiones, al mismo tiempo que obligó a los notables a cimentar su poder sobre nuevas bases para no perder demasiado terreno en un contexto de constantes alternativas políticas. La lectura de la obra de Rafael Zurita también nos conduce a la reflexión sobre la medida en que el patriotismo condicionó la actitud de la población durante la guerra, dado que en el discurso tradicional el compromiso con la causa patriota y con la lucha armada era presentado como el eje clave sobre el que giró la resistencia, cuando estudios recientes. Concretamente, el autor revaloriza el peso que los condicionantes personales —la defensa de lo propio, personificado en la familia, la tierra o los negocios— tuvieron en la reacción de la población, movida tanto o más por estas circunstancias particulares que por la defensa de las grandes banderas de la patria, la religión y el rey blandidas para movilizarla contra el poder napoleónico. En fin, la fuerza del nuevo discurso político impulsado desde Cádiz es también abordada por el autor, que recuerda las dificultades que encontraron las nuevas ideas y nociones políticas en su intento por calar en determinados ámbitos sociales.

Por otro lado, Rafael Zurita es capaz de presentar al lector una completa y atractiva interpretación de la guerra en el ámbito concreto del sur valenciano, gracias en gran medida al enorme esfuerzo investigador realizado, traducido en la amplia documentación consultada, que va más allá de la visión ofrecida por las memorias y la correspondencia de Suchet, y que comprende documentación original y publicaciones que recogen los puntos de vista de todos los implicados en el conflicto. Un esfuerzo investigador complementado por una ambición didáctica que se pone de manifiesto en la inserción de biografías y cuadros de texto que facilitan al lector la comprensión de unos momentos de gran complejidad, en los que los perfiles no siempre estaban muy definidos, y en los que era posible posicionarse de un lado o de otro en función de los intereses puestos en juego en cada momento; en unos años, además, de superposición de jerarquías, en los que el universo de lo personal y lo local, tan olvidado por la visión historiográfica tradicional de la guerra, pasó a un primer plano, dado que invasores y resistentes fueron a menudo igual de temidos por una población cansada de violencia, requisas y exacciones.

De este modo, el libro ofrece trece perfiles biográficos, de dibujos y representaciones pictóricas, recreaciones de uniformes y planos de batallas, además de incorporar los cuadros de textos citados, que abundan preferentemente en la explicación de aspectos concretos de la vida diaria militar, como el reclutamiento, la desertión, la dieta o el destino de los prisioneros y heridos.

Reseñas

En definitiva, es de agradecer que Rafael Zurita haya tenido el acierto de plantear esta obra, cuya lectura resulta tan esclarecedora una vez pasada la resaca editora del bicentenario.

Hugo QUINTERNO, *Fuego Amigo. El ejército y el poder presidencial en Argentina, (1880-1912)*, Colección UAI-Investigación, Editorial Teseo, 2014, 549 pp., ISBN: 9789871867950.

Aldo Avellaneda

Centro de Estudios Sociales. Universidad Nacional del Nordeste

Militares a comienzos del siglo XX en la Argentina: del control social al gobierno político.

El medio siglo que se forma integrando las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del siglo XX ha sido un terreno particularmente fértil también para la historiografía militar argentina. Desde los primeros trabajos de Darío Cantón o Angel Scenna hasta los de Loris Zanatta, García Molina, pasando por los clásicos de Rouquié y Potash, un importante conjunto de historiadores y sociólogos ha visitado una y otra vez este periodo para indagar en las “fuentes del poder militar”, la formación del “militarismo” o “profesionalismo”, cuando no para rastrear los factores que propiciaron el primer golpe de estado en la República Argentina (1930).

Y es que existe cierta imagen –consolidada también por parte de la literatura historiográfica– de finales del siglo XIX y comienzos del XX como un periodo de transformaciones, cuando no de aceleraciones. Sobre esos años han sido profusamente estudiados la consolidación del aparato burocrático estatal (fiscal, sanitario, educacional, etc.), el proceso “aluvional” de la inmigración, y junto a ello la emergencia de fenómenos identitarios correlativos (identidades de nacionalidad ligadas a las funciones estatales e identidades sociales vinculadas a la nueva configuración de los espacios urbanos). En relación a todo esto, los estudios específicos de historia y sociología militar han otorgado su cuota de dinamismo al periodo, sea al identificar en él la emergencia del ejército profesional, al señalar el nacimiento de una actitud de tipo militarista o al indicar la puesta en forma de una suerte de “ejército-escuela” de fuerte relevancia cívica y patriótica, todo ello ligado a fenómenos de control social.

Debido a esto, una empresa destinada a trabajar sobre la misma escala temporal corre con la pesada carga de tratar de pensar diferente. El libro de Hugo Quintero, *Fuego Amigo. El ejército y el poder presidencial en Argentina (1880-1912)*, editado por Teseo en los primeros meses de 2014, conduce, a través de una propuesta de interpretación considerablemente novedosa, a

FUEGO AMIGO

El ejército y el poder presidencial en Argentina
(1880-1912)

Hugo Quintero

COLECCIÓN UAI - INVESTIGACIÓN



una reconsideración general de varias lecturas puntuales realizadas hasta ahora en relación al ejército, la sociedad y la política a comienzos del siglo XX. La tesis central de la obra es que en este periodo lo que se debe considerar en primer lugar es la formación del ejército como “partido presidencial”, entendiendo por tal cosa su adecuación institucional, logística y territorial a los criterios de acción del poder ejecutivo nacional, en detrimento de otras autoridades políticas (comunales o provinciales). Esto no habría sucedido claro, sin conflictos y continuidades, cuyas características son expuestas en la parte final del trabajo (Cap. 8).

A primera vista esto parecería ubicar la propuesta de Quintero en una línea similar a algunos trabajos ya clásicos de historiografía política argentina como los de Oscar Ozlak (*La formación del Estado Argentino*, 1997) o Natalio Botana (*El orden conservador*, 1971), en los que se jugaba una visión del periodo “centralizante” o “institucionalizante”, y en la cual las características y funciones que Quintero adjudica al ejército encuentran cierta adecuación. Oscar Ozlak había visto en el ejército un actor de suma importancia en el proceso de “penetración” territorial y unificación política. Por su parte, Botana había señalado que mientras que en el periodo 1854-1880 las intervenciones del Estado Nacional en las provincias obedecían a procesos de unificación y estabilización territorial, aquellas medidas tomadas entre 1880 y 1916 «buscaban controlar las oposiciones emergentes dentro y fuera del régimen institucional»¹. Pues bien, esto es lo que parece tener en mente Quintero cuando define la principal función del ejército como «partido presidencial». Sin embargo, cabe aclarar que en este caso no se trata tanto de una centralización institucional como de una dependencia prácticamente unipersonal del ejército respecto del presidente de la República, vía el Ministro de Guerra, y de un rol netamente instrumental.

De sumo interés resultan las cuatro líneas argumentales que el autor despliega para sostener su tesis central, pues en ellas discute un buen número de las hipótesis prevalecientes en la literatura militar específica. En primer lugar, frente a los trabajos que identifican en la llamada “Ley Ricchieri” (Ley 4301, de 1901 y de carácter organizativo general del ejército) un hito en el proceso de profesionalización militar, la obra sostiene una doble afirmación: por un lado afirma que se han sobreestimado sus efectos, por otro y más importante aún, que su importancia radica en ser la “coronación” legislativa del proceso de centralización y nacionalización de los grupos armados, proceso que venía enfrentando al ejecutivo nacional y los mandatarios provinciales durante buena parte de la segunda mitad del siglo XIX.

Con respecto al primer punto, Quintero parte por sostener que lo que existió en ese periodo en el ejército fue una modernización sin profesionalización. Sobre esto afirma:

¿Cómo convertir la modernización en profesionalización? En general, hay solamente dos caminos para hacer confluir estas tendencias: el primer es guerrear con cierta regularidad; el segundo, realizar en forma periódica grandes maniobras donde se desplieguen ingentes cantidades de hombres y se exhiba el funcionamiento de esas novedosas tecnologías destructivas. Des-

¹ Natalio BOTANA: *El orden conservador*, Buenos Aires, Editorial Edhasa, 2012, p. 104.

de este punto de vista, el ejército nacional de fines del siglo 19 y principios del 20 está legos de cuadrar dentro de este concepto de profesionalidad, fuera de su innegable *aggiornamiento* (238).

Así, nuestro autor sostiene que en lo general la denominada Ley Ricchieri no alcanzó a cumplir los objetivos que sus defensores habían pensado y que las reformas introducidas cuatro años después de su sanción mediante la Ley 3347 de 1905, son un claro testimonio de las pocas ganancias de aquella. Una de las claves para comprender esto de acuerdo con el autor es que el congreso sencillamente no suministró los recursos (180).

Por ello los episodios y experiencias que caracterizan la socialización militar post 1901 se corresponden más bien con continuidades que con rupturas respecto a la situación anterior. Las formas de reclutamiento, la situación en los cuarteles (condiciones edilicias, higiene), la situación salarial (en comparación con las remuneraciones privadas pero también de otras agencias estatales del mismo periodo), representan cotas fuertes para pensar niveles crecientes de profesionalización.

En cuanto al punto de la nacionalización de los grupos armados, el segundo capítulo del libro narra el derrotero jurídico y legislativo que lo habría posibilitado. Algunos de los hitos más importantes en esta travesía lo representan la primera denominación en 1864 de “Guardias Nacionales” para nombrar a las milicias locales; la primera convocatoria de estos grupos a “ejercicios doctrinales” en 1894 sin explicitar las causales de excepción correspondientes (causales que debían justificar el por qué de la subordinación temporal de tales grupos a los mandos nacionales); el trabajo sobre el Código Militar en la última década de ese siglo y por el cual la Guardia Nacional quedaba bajo la jurisdicción militar federal; o la regularidad con la que fueron convocadas las Guardias Nacionales a partir de 1897 y en la que «dos conscriptos marcharon a los campamentos para ponerse a las órdenes de jefes nacionales» (146). En esta línea de sucesos debe entenderse la caracterización que Quinterno hace de la “Ley Ricchieri” (1901) como un punto de llegada antes que como una bisagra en la historia militar de Argentina.

Una segunda e importante apuesta interpretativa es que, frente a todos aquellos trabajos que ven en las reformas introducidas a comienzos del siglo XX la reformulación de la función del ejército en su relación con la población (comprometido ahora con un fuerte rol cívico), el autor afirma que si bien pudieron existir preocupaciones y objetivos en esa dirección, lo cierto es que la infraestructura y logística militar del periodo (junto a las características del territorio y de la organización social) hacían realmente muy difíciles su consecución y que, por ende, la hipótesis del ejército del centenario como un “ejército civilizador” y formador de nacionalidad debe ser relativizada. Esta lectura resulta devaluada en la perspectiva de Quinterno en favor de una visión del ejército como instrumento de control político. Antes que la población urbana, fueron los gobernadores y las estructuras políticas locales el blanco de las acciones militares. Más que un control social integral, un control político selectivo.

Ligado a lo anterior, una tercera tesis es que la hipótesis de un conflicto externo no jugó un papel relevante en el complejo de reformas introducidas en el periodo de estudio. Siquiera la hipótesis de conflicto con Chile, que en 1898 tuvo su momento de mayor tensión, produjo un

corpus legislativo acorde. Y para consolidar esta hipótesis de lectura, el autor recurre a una descripción de la distribución de los grupos armados en el territorio. Esta línea argumental —una de las más novedosas de la obra— se despliega en los capítulos cuarto y sexto.

Mientras que el ejército del siglo XIX es más bien un ejército de fronteras, para 1910 buena parte de la infantería no estaba a más de unos pocos kilómetros de la sede gubernativa nacional, y los principales regimientos acantonados cerca de las capitales de provincia. El análisis de la información preparada por el ministerio de guerra en 1908 señala la existencia de más soldados de infantería y artillería en la Capital Federal y su conurbano que en cualquiera de las otras regiones tomadas por separado (231). Por su parte, los territorios nacionales no eran objeto de asentamiento militar, ya que no entraban en los cálculos políticos o, mejor dicho, un cálculo político les negaba relevancia política propia a esos territorios.

Por último, una cuarta tesis que despliega el autor es que no existió militarismo en este periodo. Existía un control de la sociedad política sobre la institución militar, aunque esto no impedía la participación en términos más bien individuales que corporativos de algunos militares en las contiendas y controversias políticas. Para el autor, los márgenes de acción de los grupos militares estaban supeditados al presupuesto asignado, aspecto que era controlado en su totalidad por civiles.

A pesar de la tendencia inexorable a la centralización de los grupos armados, Quinterno no describe un movimiento unidireccional. Atiende a las persistencias de los batallones provinciales y la continuidad de las milicias. Para el autor fue más bien la producción historiográfica la que dio por válida en forma apresurada su disolución a finales del siglo XIX. Tanto la nación como las provincias convivían —de modos más o menos explícitos— con estas, aún bien entrado el siglo XX.

Un panorama con estas características tiene bastante por dialogar con buena parte de las producciones circulantes en historia y sociología militar. En muchos casos, y aunque en coherencia con la tesis principal de adecuación del ejército a los designios presidenciales, el autor realiza una fuerte devaluación de los sistemas de pensamiento, ideologías, cuadros de expectativas, etc. de los actores militares en todo el proceso, y las supedita a conflictos e intereses coyunturales. Así, las descripciones y valoraciones respecto a aspectos puntuales de la legislación militar del periodo resultan fuertemente coloreadas por intenciones cambiantes y más bien pragmáticas (cálculos de apoyo y alianzas) en las que el único aspecto que resulta consolidado es el poder presidencial. En este sentido, algunas preguntas a las que invita la obra podrían formularse del siguiente modo ¿todos los actores intervinientes en este proceso, militares y civiles, orientaban sus acciones bajo un mismo sentido? ¿era la subordinación del ejército al mando presidencial el fin perseguido tanto por los partidos gobernantes como por las cúpulas militares?

El trabajo de Hugo Quinterno contiene numerosas y novedosas pistas en las que continuar indagando. Y lo más importante, se permite (y nos permite) dudar de la supuesta evidencia de algunos enunciados casi canónicos en la historiografía militar argentina, comenzando por

el estatus mismo de la legislación más comentada en ella, la “Ley Ricchieri”. Estas, por sí solas, son razones suficientes para animarse a atravesar sus más de quinientas páginas.

Fidel GÓMEZ OCHOA, José GOÑI PÉREZ y Daniel MACÍAS FERNÁNDEZ, (eds.), *La guerra. Retórica y propaganda (1860-1970)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2014, 254 pp., ISBN: 9788416345083.

Igor Barrenetxea Marañón

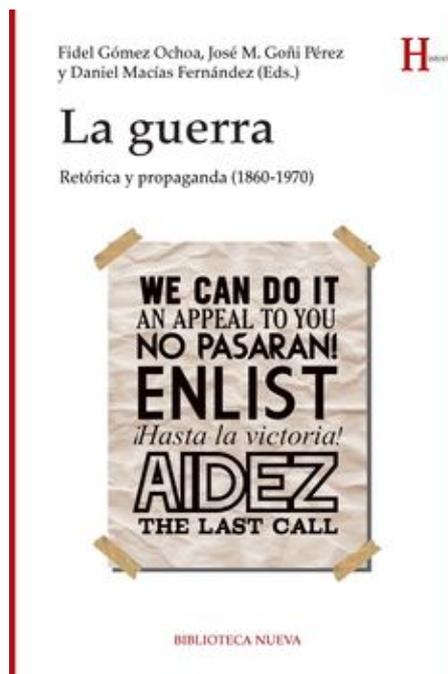
Detrás de la violencia bélica.

Esta interesante obra, coordinada por los profesores Fidel Gómez, José M. Goñi y Daniel Macías, nos ofrece una panorámica poco usual sobre el fenómeno de la guerra en toda su dimensión poliédrica, más allá de la visión tradicional de la literatura militar al uso. En esta compilación ofrecen sus visiones autores/as de contrastado prestigio como Joanna Bourke o Fernando Puell De la Villa, entre otros. El libro cuenta con 12 capítulos, que abarcan desde una reflexión teórica sobre el fenómeno bélico y las aportaciones de una renovación historiográfica al mismo (que va más allá de las simples batallas y gestas militares), a la visión que se ofrece del dolor físico del combatiente, la propaganda bélica, el fenómeno “rally round the flag”, la importancia de la carcelería en la exaltación de los sentimientos, así como las viñetas, la fotografía y el cine.

En el primer capítulo, Daniel Macías y Fidel Ochoa reflexionan sobre los nuevos acercamientos que se están ofreciendo de la historia militar, más allá de su “narración positivista”, abordándola desde una mirada “inter o trasdisciplinar”. Ya no se trata de describir el frío mecanismo de la guerra sino todos los elementos complejos que hay detrás, desde los sentimientos que provoca o invoca hasta los horrores que preconiza. Y en esta cruda y descarnada realidad, se da siempre una “batalla de voluntades”.

Sin embargo, a pesar de estos avances progresivos, mayormente, la bibliografía dominante es anglosajona a este respecto. La excepción, según destacan, es la obra de Alejandro Pizarroso, *Historia de la propaganda* (1990). De ahí que los coordinadores de este libro colectivo, *La guerra*, estimen, no sin razón, que su aportación ayudará a ir llenando ese vacío historiográfico existente en lengua castellana.

A partir de ahí, los restantes capítulos nos van a ir mostrando y ejemplificando tales aportes. Joanna Bourke, desde una perspectiva poco conocida, en su capítulo “El dolor físico, el combatiente y su retórica. De la Guerra de Secesión americana a la Guerra del Vietnam”, analiza la relevancia que ha ido cobrando el modo en el que los combatientes expresaron el dolor de



sus heridas de guerra en relación a los patrones culturales existentes (la hombría), y que determinaron las reacciones o actitudes de los soldados ante su propio sufrimiento. Así, su abnegado y silencioso heroísmo sacrificado se subrayó como una importante cualidad de su identidad nacional y carácter guerrero. Mientras que los quejidos o lágrimas encarnaban lo contrario, la debilidad y una “traición” a los valores de la patria, provocando la misma vergüenza del herido.

Si bien, puntualiza que su narración y expresión sufrió variantes dependiendo del contexto bélico. Del estoicismo de los primeros conflictos (Guerra de Secesión y I Guerra Mundial) se pasó posteriormente a darle otro significado en donde se recogía la dimensión psicológica del dolor, no solo la meramente corporal (Corea y Vietnam). Finalmente, en su hábil narración, Bourke describe las “políticas” o narrativas que se dieron a la hora de presentar el modo con que se afrontaba el sufrimiento por las heridas recibidas, menoscabando las cualidades del enemigo (o activando prejuicios sobre otras nacionalidades), y reforzando las propias, valorando el sacrificio realizado, en positivo si se creía en las guerras, o en negativo si era que no (sobre todo, cuando las heridas eran provocadas por el *fuego amigo*). En definitiva, nos revela la *otra faz* de la guerra.

Fernando Puell de la Villa nos ofrece en “La Propaganda bélica en España entre 1893 y 1945” una interesante y necesaria panorámica sobre la cuestión. Antes de nada, aclara que los objetivos y problemas de la propaganda bélica fueron evolucionando sus tácticas discursivas a lo largo del siglo XX, sirviéndose de los “últimos avances tecnológicos” (radio, cine, TV y redes sociales), además de los tradicionales (escuela, música, prensa, carteles, literatura, desfiles, etc.), y cobrado una importancia crucial. Acto seguido se centra en el caso español, en los conflictos claves como la guerra en Ultramar (1895-1898), inducida por la prensa, las campañas marroquíes (1907-1927), que fueron las más impopulares y la Guerra Civil (1936-1939), que polarizó el país.

Puell de la Villa destaca como España perdió consecutivamente la guerra de la opinión pública dentro y fuera de nuestras fronteras por no haber sabido valorar la importancia, ante la pasividad o ineptitud de los gobiernos de turnos, del tratamiento de las noticias por parte de los medios de comunicación nacionales (a años luz, todavía, de la capacidad de influencia –con el sensacionalismo-, y distribución de los rotativos norteamericanos, británicos o franceses). Solo la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1923-1930) percibió la necesidad de controlar la información. Ahora bien, será durante la Guerra Civil española cuando se desarrollará toda la propaganda bélica en su más acabado sentido hasta alcanzar “cotas inimaginables”, siendo los más destacados medios el cine sonoro, la cartelera y, por supuesto, la radio.

En la misma línea, y completando el riguroso estudio de Puell de la Villa, María Gajate en “El fenómeno *rally round the flag* y las campañas españolas en Marruecos de 1909 a 1921”, ahonda en el fuerte y paradójico impacto que tuvieron las derrotas coloniales, tanto en el Barranco del Lobo (1909) como en Annual (1921), en la opinión pública de Salamanca, sin perder de vista la perspectiva nacional. Estos fracasos dieron lugar a una explosión nacionalista y “euforia imperial”, en una necesidad manifiesta de aunar esfuerzos y combatir los *terrores* del frac-

so, en un *cierren filas*. Sin embargo, matiza la autora que, a pesar de la procacidad de publicaciones, la autocensura, la desinformación y la omisión fueron rasgos característicos de las mismas. Si bien, eso no evitó que se alcancen voces críticas a la hora de exigir responsabilidades o, bien, se dieran también posturas anticolonialistas, amén de las consabidas actitudes revanchistas, militaristas y pacifistas, propias de la época.

No hay duda de que el jugar con la identidad y las emociones conforma parte de los elementos claves de la propaganda de guerra. En ello es en lo que profundiza Nathan Wise en su capítulo “El uso de los sentimientos nacionales de aislamiento y abandono en la cartelería australiana de la Primera Guerra Mundial”. El historiador australiano desvela con maestría las claves que llevaron a movilizar a miles de soldados al otro lado del mundo para luchar en el frente de batalla europeo. Para ello, la cartelería, junto a otros factores individuales, en una población en su mayoría de ascendencia anglosajona, y todavía endeble sentimiento nacional australiano, fomentó la idea de la *Madre Patria* (Gran Bretaña) en peligro y otra serie de miedos afines a la población (una posible invasión, el aislamiento, el deber, la culpa, la aventura o la soledad), en esta llamada a la lucha. Aunque no se puede fijar la influencia que pudieron tener los carteles, lo cierto es que la movilización tuvo notable éxito (a tenor del alto número de combatientes que participó en la guerra, en su totalidad voluntarios).

Sin embargo, aparte de los carteles, también las viñetas de diarios y semanarios han contribuido a interpelar a la sociedad y perfilar conductas. Así, Guillermo J. Pérez Casanova, en “Raemaekers y *Picarol*: la imagen del ejército alemán en la Gran Guerra desde una perspectiva aliadófila”, aporta un punto de vista de marcado interés como fuente histórica. Y aquí, en concreto, en esta guerra de propaganda, las ilustraciones tuvieron un marcado protagonismo, incluso en países neutrales, y preocuparon a los alemanes. El autor se centra en la figura de dos destacados dibujantes, el neerlandés Raemaekers y el español Josep Costa (o *Picarol*). Sus trabajos pusieron énfasis en los crímenes, horrores y brutalidades que cometieron los alemanes en Bélgica, aunque con dos estilos diferentes, el primero más sórdido y directo, el segundo más humorístico, cuyo efecto fue inmediato constituyendo simbólicamente la crudeza del conflicto (y sus efectos en la población civil indefensa) desde una dialéctica antialemana.

Claro que frente a esta campaña proaliada, y sabiendo lo importante que era en su esfuerzo por ganar aliados o no sumar más enemigos, Berlín contraatacó. Javier Ponce Marrero en “La propaganda alemana durante la Primera Guerra Mundial: una aproximación”, remarca las claves, entre otros muchos aspectos, del modo de proceder de los alemanes para evitar, fundamentalmente, que España entrase a formar parte de la *Entente*. Además, la propaganda revelaría la división en dos posturas antagónicas, las luchas internas de la opinión pública española, entre los germanófilos, las clases más conservadoras, y los aliadófilos, liberales, de izquierdas, republicanos e intelectuales.

Aunque todo ello derivaría en un débil consenso por la *no intervención*.

Pero, sin duda, uno de los acontecimientos más relevantes del siglo XX, la Guerra Civil española, hizo que la propaganda bélica de guerra alcanzara unas cotas de desarrollo impresionantes a todos los niveles antes mencionados.

En el primero de estos capítulos, Ángel Mato, en “Constantino Suárez: testimonio y estética de un fotógrafo de la Guerra Civil española”, rescata y reivindica la interesante figura del corresponsal gráfico Suárez, para componer un elemento muy representativo, conjuntado “el reportaje testimonial” con la “vocación estética novedosa de lo que fue el hábil uso de la propaganda (desde el fotoperiodismo) para la causa republicana en el frente asturiano, donde mostró (a través de más de 2.000 fotografías) la crudeza de la guerra (frente y retaguardia) pero, a la vez, ocultando buena parte de los problemas y fracasos que se dieron en los frentes de batalla. En el segundo, Luis Veres se encarga de valorar la importancia que cobró la gran pantalla en la propaganda de guerra a través del cine documental con “El cine de la Guerra Civil y la vanguardia: del mito a la memoria”. En su trabajo, repasa la amplia e intensa producción de documentales efectuada durante la guerra (desde *Tierra de España* (1937) a *El Gran Desfile de la Victoria en Madrid* (1939). Intelectuales, artistas nacionales e internacionales, cineastas y partidos participaron de manera activa en la constitución de un cine de vanguardia afín a la República. Mientras que el bando nacional, peor parado en el reparto de equipos y laboratorios de filmación, recicló las imágenes del bando republicano en su beneficio. Una vez ganada la guerra, el franquismo constituyó a través de ellos su imaginario (el caudillaje de Franco anti-marxismo, el espíritu castrense, el ardor nacional, etc.), cuya influencia tendría su eco en el cine de ficción, en realizaciones como *Raza* (1942) y *Franco ese hombre* (1963). Si bien, dándose otros trabajos críticos, como *Morir en Madrid* (1962) o la genial e irónica *Canciones para después de una guerra* (1971) que abrirían una senda inequívoca para ir desmontando una parte de la mitología del franquismo.

En el tercero, Pierre-Paul Grégorio analiza, centrado en el mismo contexto bélico y llegando hasta la guerra mundial, en “Retaguardia en la cartelería: el oxímoron propagandístico de la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial”, el papel tan destacado que cobrará a lo largo de estos años la cartelería, ayudando a codificar una misma voluntad de cohesión social y mantenimiento de la moral de combate. Ahonda, con atesorado rigor, en el modo en el que distintos gobiernos transmitieron tan vivamente a la población civil su papel subalterno (respecto a los militares) y responsable, en sus distintos aspectos (morales, colaboracionistas, solidarios, sacrificados o patrióticos, según) que debía regir la retaguardia, frente a los padecimientos de los héroes del frente y que tenía, por tanto, que traducirse en un compromiso total, activo, solidario, consciente (frente a los traidores) y abnegado por parte de la población civil en su *otra* contribución a la contienda.

Los dos últimos capítulos son estudios de casos. Por un lado, el historiador norteamericano, Robert S. Coale, singulariza, en “Propaganda de los exiliados republicanos españoles en la División Leclerc de las Fuerzas Francesas Libres (1943-1945)”, la relevancia de la propaganda en las identidades grupales, como les sucedió a los españoles en las fuerzas armadas francesas y,

por otro, Adolfo Cueto contribuye con el estudio de la “Doctrina y propaganda bélica en Portugal durante los primeros años de la Guerra Fría (1945-1950)”. Coale pone de relieve como los republicanos españoles que participaron activamente en la lucha contra el nazismo, integrados en la francesa División Leclerc, utilizaron cualquier resquicio para desvelar su identidad y su implicación en la guerra, poniendo nombres muy simbólicos a sus vehículos (desde *Don Quijote* a *Guernica*). Pero también destaca como las autoridades francesas hicieron lo posible por monopolizar la victoria, restando valor a su contribución, valorándola como una victoria francesa. Sin embargo, el autor rescata su memoria, su buen comportamiento en el combate, la admiración de sus mandos y su singular picaresca.

Del mismo modo, en plena Guerra Fría, el *Estado Novo* portugués, tal y como señala Adolfo Cueto, a través del análisis de tres revistas destinadas a los cuadros del régimen, no se quedó a la zaga a la hora de utilizar la propaganda. En ellas se quería alertar, en este discurso y retórica oficiales, sobre la amenaza del comunismo a la integridad del país y sus colonias, lo que le llevó a la adhesión a la OTAN, empujado por el temor de su vulnerabilidad militar. Sin embargo, lo que Cueto pone de relieve es la irreal perspectiva del régimen de querer volver al *statu quo* anterior a 1939. Sin darse cuenta de que la bipolaridad era una realidad, frente a una Europa muy debilitada, y minimizando el impulso de los procesos descolonizadores.

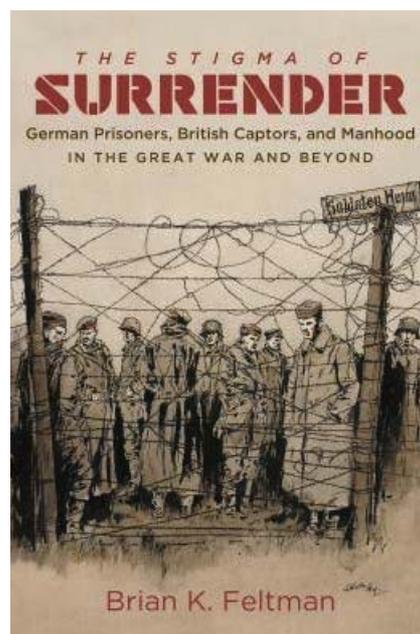
No hay duda de que todos estos trabajos nos ofrecen una amplia, rica y plural perspectiva de la relevancia que ha cobrado, y sigue cobrando, la propaganda de guerra en las sociedades contemporáneas, más en un marco dominado por los medios de comunicación que tanta influencia tienen en nosotros. Ser conscientes de la preeminencia que estas retóricas conllevan, su manera de influir o de captar sutil o burdamente la voluntad de los ciudadanos es tan importante como la misma acción bélica. Así, esta obra es un aporte historiográfico de referencia a la hora de comprender los diversos, plurales y amplios mecanismos que se utilizaron, y utilizan, para ganar la guerra de la opinión y determinar su resultado, no tanto en el campo de batalla como, aún en el más importante todavía, fuera de él, en la retaguardia, donde las sociedades son movilizadas (o no) de forma eficaz de cara a la consecución de ciertos fines.

Brian K. FELTMAN: *The Stigma of Surrender: German Prisoners, British Captors, and Manhood in the Great War and Beyond*, Chapel Hill, North Carolina University Press, 2015, 280 pp., ISBN: 9781469619934.

Mahon Murphy
Centre for War Studies - Trinity College Dublin

Surrender: the key to an Allied victory and the creation of an enduring stigma.

It was apparently possible to die ‘like’ a man/hero, but was it also possible to surrender like a man? [p. 24] Surrender and defeat in war come with an attached stigma that cannot only colour an army’s reputation but also a whole nation. A derogatory nickname for France; ‘cheese eating surrender monkeys’, coined by the Simpsons in 1995, has gained some parlance and refers to their apparently less than gallant performance during the Second World War. It appears that those who appear to surrender too quickly are shorn of their masculinity and in French case even their humanity. However, on the reverse, a steadfast refusal to surrender has also been seen as inhuman. Japanese forces during the Second World War were often more likely to fight to the last man rather than surrender. The stigma of surrender among the Japanese army was so strong that in the wake of the Imperial broadcast announcing Japan’s defeat in the Second World War, British and American forces for fear of mass suicides avoided using the term POW to describe surrendering Japanese force and coined the less tainted SEP (Surrendered Enemy Personnel).¹



Of course not all surrenders are dishonourable. The tactics of siege warfare operated on recognised grounds. When faced with overwhelming forces those within a castle or citadel rather than surrender immediately to the stronger force, could wait until the walls were breeched allowing them to surrender while at the same time saving face. However, this notion of an honourable surrender was challenged by nineteenth century ideas on militarism and its increasing connection to nationalism, and would famously be refused to General Paulus and his overwhelmed army in Stalingrad in 1942. By the time of the Second World War, by choosing surrender over death a soldier according to Adolf Hitler had ‘fallen short of the threshold of im-

¹ Andrew E. BARSHAY: *The Gods Left First: The Captivity and Repatriation of Japanese POWs in North-east Asia, 1945-1956*, California University Press, Berkeley 2013, p.11.

mortality.' [p. 196]. In dealing with the psychological impact of surrender on soldiers and the stigma attached to it, the First World War seems like the ideal testing ground.

Internment during the First World War has received an increasing amount of attention in the years leading up to and after the centenary of 1914. Heather Jones's groundbreaking analysis of violence against prisoners of war in France, Britain and Germany has forced historians to rethink the First World War and place captivity at the heart of the conflict. Captivity, she argues, can no longer be seen as a marginalized side-show set apart from the overall violence of the Great War and violence against prisoners of war was not simply reserved to the immediate capture on the battlefield. Violence during captivity was significant and helps to explain to a certain extent the radicalizing tendencies which the war unleashed within European societies.²

Brian Feltman's new book *The Stigma of Surrender* traces the internment of German prisoners of war in Britain during the First World War and develops on the historiography of masculinity and interment as pioneered by Iris Rachamimov.³ Feltman follows both Jones's and Rachamimov's narratives but focuses in on the moment of capture as being pivotal to our understanding of the prisoners' lives behind barbed wire. This is an approach which is somewhat similar to Richard Speed III's seminal early 1990's book on captivity during the First World War.⁴ While Speed's account relates more to the humanitarian and diplomatic aspects of captivity, Feltman looks at the emasculating experience of capture and its repercussions for prisoners throughout their captivity. Placing the emphasis on surrender rather than capture, Feltman somewhat overlooks the violence attached to capture but hones in on military values of masculinity and loyalty to the nation.

How can soldiers who chose surrender over death on the battlefield be honoured as martyrs to the nation? Removal from the front lines challenged a soldier's identity as a warrior and called his manhood and loyalty into question [p. 195]. A soldier's battlefield performance would immediately be called into question upon surrender and post war memoirs of former POWs often spend a great deal of the narrative on the moment of capture, often through injury, overwhelming odds or having become isolated from their comrades. This narrative was increasingly important in post war Germany where one had to justify one's wartime performance. The lines between prisoner, deserter, traitor and Bolshevik became increasingly blurred during the 1920s.

Escape attempts provided the most effective means of reconnecting with the war effort and regaining one's sense of manhood and honour [p. 105]. Most escapes, especially from Britain were doomed to failure but were seen, especially among the officer corps as part of one's

² Heather JONES: *Violence Against Prisoners in the First World War, Britain, France and Germany 1914-1918*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011, p. 371.

³ Iris RACHAMIMOV: 'The Disruptive Comforts of Drag: (Trans)Gender Performances among Prisoners of War in Russia, 1914-1920', *The American Historical Review*, 11:2 (2006), pp. 362-382.

⁴ Richard SPEED: *Prisoners, Diplomats and the Great War: A study of Diplomacy in Captivity* (Greenwood, New York, 1990).

soldierly duty. Feltman offers a balanced look at escape attempts and successfully shows that while they expressed a continued devotion to the Fatherland and the war effort they also provided a relief from the monotony of camp life. The ‘sport’ of escape pitted the wits of the prisoner against those of the guards and the plotting of an escape attempt not only provided prisoners with an activity to engage in on daily basis but also a long term goal to relieve the boredom of captivity.

Whether one agrees with Feltman’s claim that surrender and captivity were some of the most commonly shared experiences for German and European men in general during the twentieth century, captivity is certainly an important lens through which view the narrative of twentieth century warfare. The implications of surrender reached far beyond the battlefield or POW camp and as Feltman maintains we have only scratched the surface of what remains to be learned about the Great War through the examination of men who served as both soldiers and prisoners. *The Stigma of Surrender* provides useful signposts on the path for further research.

Alex WEIPERT: *Die zweite Revolution. Rätebewegung in Berlin 1919/1920*, Berlin, be.bra Wissenschaft Verlag, 2015. 476 pp., ISBN: 9783954100620.

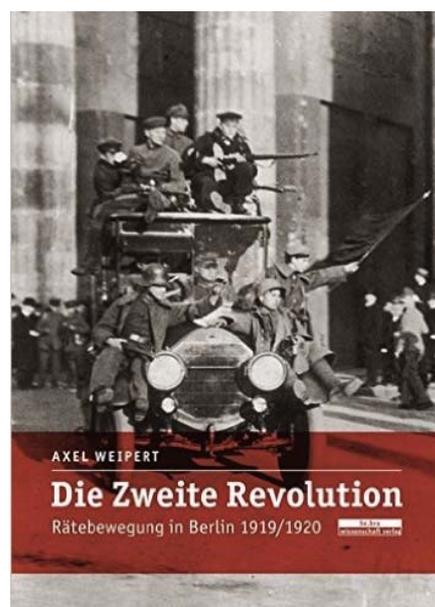
Daniele Toro
Universität Bielefeld

Striving for a second revolution.

Different from the intensely debated November Revolution and Spartacist Uprising, there has been until now a clear lack of research focused on the later developments of the German Councils Movement, thus creating both a scientific gap and – more problematic – a distortion of the historical understanding of the Councils' second period due to its unquestioned identification with the first one.

Axel Weipert, whose researches already developed inter alia into a monograph on the Berliner Labour Movement,¹ proposes an innovative perspective with the publication of his PhD thesis: the book combines the already mentioned new chronological interest in the Councils during the years 1919-1920 with a specific spatial horizon of the Berlin metropolitan region, institutionally established in 1920 as Greater Berlin. The resulting object of study, the Berliner Council Movement in 1919/1920, allows therefore for a well balanced compromise between a micro and a macro perspective and is for the tracing of potential sources advantageous as well.

Introduction and conclusion aside, the book can be divided into two parts. In the first one, the three most important events the Berliner Councils Movement took active part to are reconstructed: the General Strike in March 1919, the violently repressed rally before the Reichstag on January 13, 1920 and the resistance against the Kapp-Lüttwitz Putsch in March 1920. In the second part the chapters emphasise on the other hand peculiar and until now very little researched structures and organisations related to the movement. Both a history of events and an organisation-oriented approach serve therefore for a punctual empirical depiction of the Councils' structures, ideologies and practices. The author often corrects the commonly accepted reconstruction of the facts through critically argued analyses on the basis of a widely researched



¹ Axel WEIPERT: *Das rote Berlin. Eine Geschichte der Berliner Arbeiterbewegung 1830-1934*, Berlin, Berliner Wissenschafts-Verlag, 2013.

range of sources, and in this regard an empirically noteworthy reconstruction of the disorders during the Reichstag demonstration emerges as best example (pp. 164-171).

The recognition of the later Councils Movement as a proper historical actor has to be seen as the most remarkable achievement of the book, since it challenges the previous literature and proposes a new definition of the matter. The Councils are here depicted as an extremely heterogeneous and dynamic social mass movement capable of high mobilisation despite its internal divisions (p. 29 ff.). Its heterogeneity, starting from the overlapping of memberships and defined as a symbiotic relationship (p. 435) between movement, unions (Allgemeiner deutscher Gewerkschaftsbund, Deutscher Metallarbeiter-Verband, Arbeitsgemeinschaft freier Angestelltenverbände) and parties (SPD, USPD, KPD and KAPD) involved every aspect of its political life.

The primacy accorded to action rather than to doctrine and the diverse political souls within the Movement produced a form of common goal-oriented political thought, which Weipert describes as having the Councils at the same time not only as mean, but also as both short- and long-term aim of the activities, depending on the different positions of its right or left wing about the central question of the «socialisation». This main debate involved among other things an hypothetical integration of the Councils within the liberal-democratic system of the Weimar Republic, and in this sense the realisation of a complete Second Revolution should have been reached by an ever stronger implementation and recognition of the Councils.

Moreover, according to Weipert, the mass character of the Movement presents a peculiar bottom-up nature founded on a democratic and fully participative principle. In this way, through the direct election of Council Members for the next deliberative level, the basis could directly influence the politics of the leadership – which the author argues has been the case during the General Strike in March 1919 (pp. 79 ff.) and the anti-putschist resistance (pp. 200 ff.) – so that the peculiar bottom-up principle of the Councils would thus have optimally adapted through this structure to actions like strikes, demonstrations, rallies and occupations, which represented the main practices within the Councils' political struggle.

Beside those questions, the monograph also tries to identify the structural weaknesses of the Councils, in order to explain their steady and rather evident decline between the General Strike, which marked the turning point from a dynamic activism to a more cautious attitude, and the Kapp-Lüttwitz Putsch, that confirmed a transition to a defensive position the Councils never recovered from, ceasing to exist as mass Movement as a matter of fact.

The reduced capability of the Councils to completely integrate its most idiosyncratic structures in its own fluid heterogeneity is seen as a first critical point which could have weakened its action after the great strength demonstration of the General Strike. Many of the organisations and social groups analysed in the second part of the book demonstrated in fact incompatible and were not included in the Movement, as in the cases of school students, women, intellectuals and unemployed. A second inherent weakness of the Councils is seen in their failure to overcome their strictly regional projection, which the Berliner Movement tried to resolve

without success by virtue of its national coordination effort (p. 238). Many actions of the Berlin Councils – especially the General Strike (p. 53) and the basis' reaction against the putsch (pp. 201) – should be viewed as part of a broader over-regional mobilisation, which however failed to reach a proper coordination because of the local circumstances and bad means of communications. A third critical point is identified in the extremely reduced communication effectiveness due to the lack of a structure actively involved into media, that made the Berlin Councils de facto dependent from other party-bounded sources, not capable to spread its own message and becoming ever more exposed to outer and inner confrontations (pp. 133-134).

In conclusion, the study proposes an empirical well founded political history centred on the analysis of practices and organisational structures of the Berliner Councils Movement in its later phase, the mass character of which represents a firm point in analysis through the whole disquisition. The restricted chronological and spatial perspective fulfils the aim to cover a historiographical shortcoming and to ensure a focus close to the facts and to their sources. Nevertheless, every treated question finds entanglements on an over regional projection with others focal points of the movement (mainly central Germany and the Ruhr Area). In this sense the scope of the study partially expands over its spatial limits, offering not only an exhaustive view on the Berlin, but also a synthetic representation on the German Councils Movement in its later years.

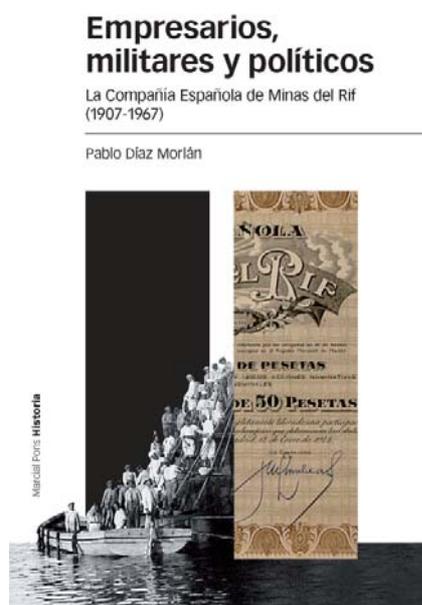
Pablo DÍAZ MORLÁN: *Empresarios, militares y políticos: La Compañía Española de Minas del Rif (1907-1967)*, Madrid, Marcial Pons, 2015, 226 p., ISBN: 9788415963721.

Alfonso Bermúdez Mombiela
Universidad de Zaragoza

El fabuloso negocio del hierro.

A la hora de abordar las relaciones entre España y Marruecos durante el siglo XX, y especialmente los conflictos producidos en el norte de África, la historiografía, salvo contadas excepciones, ha dirigido su enfoque hacia militares, políticos, partidos o clases populares, dejando de lado los aspectos económicos y a los empresarios que invirtieron sus capitales en el territorio que correspondió a España en el banquete colonial de principios de siglo XX.¹ Dado que la Compañía Española de Minas del Rif (CEMR) fue el buque insignia de la penetración en el territorio marroquí, y puesto que la minería del hierro fue el único gran negocio que pudo llevarse a cabo en el terreno, la obra de Pablo Díaz Morlán se convierte en una interesante referencia que cubre un importante vacío historiográfico.

Este experto en historia económica, autor de media docena de libros y medio centenar de artículos en publicaciones nacionales e internacionales que avalan su trayectoria científica –especialmente sus estudios sobre Horacio Echevarrieta–, pone la lupa en este libro sobre los hombres que trataron de obtener beneficios en una tierra que fue motivo de importantes disputas y que contribuyó a modificar la vida política española. Gracias al enorme esfuerzo dedicado a la exhaustiva recopilación archivística de fuentes, entre las que destaca la correspondencia cruzada entre los protagonistas, Pablo Díaz ha construido un libro completo y complejo, rico en datos económicos, el cual ofrece una instantánea bastante acertada de las diferentes relaciones de poder entre políticos y empresarios, una parcela fundamental si se quiere reconstruir la realidad de la época. No olvida además el autor que las diferentes guerras y conflictos fueron un factor intermitente pero omnipresente durante el periodo histórico que analiza, ya fuera como



¹ Para el propio autor las excepciones son los diversos trabajos de Víctor Morales Lezcano, María Rosa de Madariaga y, especialmente, para conocer la vida de los obreros Vicente MOGA ROMERO: *Un siglo de hierro en las minas del Rif. Crónica social y económica (1907-1985)*, Melilla, La Biblioteca de Melilla, 2010.

realidad o como amenaza. Tanto es así que los diferentes episodios bélicos han determinado la estructura del libro. La mitad aproximadamente de la obra trata sobre cómo la CEMR luchó para hacerse dueña de los yacimientos mineros, y en la otra se narra el papel de la compañía en los distintos eventos de importancia del siglo XX (la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y el franquismo) hasta la llegada de la independencia marroquí y la definitiva nacionalización de la empresa, con un capítulo dedicado a la vida obrera en la mina y una conclusión reflexiva a modo de cierre.

La obra aporta una visión interesante sobre los inicios de la inversión de capitales españoles en el Rif, y las motivaciones de los mismos, aspecto en el que la figura del rey Alfonso XIII fue clave. Pablo Díaz argumenta que los empresarios españoles, o por lo menos la mayor parte de ellos, especialmente los que poseían menores capitales, no deseaban realmente invertir en Marruecos, sino que lo hicieron a regañadientes para no perder el favor real. Bajo esta interpretación, fueron Alfonso XIII y las figuras de la política, varias de las cuales, especialmente las vinculadas al partido liberal, tenían intereses en la Compañía, quienes habrían alentado a los empresarios a embarcarse en la empresa marroquí, fundamentalmente con el objetivo de frenar la influencia extranjera en un territorio considerado históricamente bajo la órbita española. Además, añade que no fue la CEMR, a la que se atribuyó la culpabilidad del inicio de las hostilidades con las cabilas, sino su competidora, la Compañía del Norte Africano (CNA), con mayor presencia francesa, la que por culpa de su arriesgada iniciativa provocó el incendio de una región proclive de por sí a los estallidos de violencia.

Otro aspecto muy interesante, que es aún menos conocido que las implicaciones de la minería española en las campañas marroquíes, tiene que ver con las relaciones entre la Compañía Española de Minas del Rif y el franquismo, por lo que el libro es un interesante aporte en este sentido. El autor demuestra que la Compañía se sumó de inmediato a Franco, contribuyó con relevantes sumas de dinero desde el principio y apoyó la rebelión. No obstante, también se produjeron roces con los sublevados, derivados de las necesidades bélicas, la sindicación de Falange, así como la llamada a filas de obreros cualificados, que sin embargo favorecieron la mecanización de los procesos productivos. Con todo, la Compañía Española de Minas del Rif fue fundamental para el mantenimiento del alzamiento franquista en dos aspectos; como principal suministrador de divisas, de las cuales los sublevados carecían totalmente, y para ocultar el transporte de tropas a la Península. Además, se convirtió en el principal instrumento de pago de la ayuda bélica germana a Franco, facilitando la compra de materias primas. De hecho, Pablo Díaz argumenta que la CEMR participó de lleno en la estrategia de colaboración entre el nuevo estado franquista y la Alemania nazi; por un lado sirvió a las nuevas autoridades en su anhelo de divisas y su necesidad de pagar el material de guerra enviado por Alemania, y por otro atendió al interés germano de adquirir a cambio de su ayuda bélica todas las materias primas posibles de España.

Posteriormente, a pesar de las penalidades durante la Segunda Guerra Mundial y el periodo autárquico, el autor demuestra cómo la empresa no dejó de obtener beneficios de explota-

ción hasta niveles desconocidos, y cómo más adelante los pactos con Estados Unidos fueron muy beneficiosos para ella, convirtiéndose los años cincuenta en la época dorada de la Compañía. El desafío de la independencia marroquí, temida y esperada por los españoles desde el final de la guerra, supuso el inicio del declive de la explotación minera de los yacimientos rifeños. No obstante, a pesar de los 10 años de convivencia difícil hasta la nacionalización de la empresa, Pablo Díaz muestra como la CEMR obtuvo abultados beneficios y pudo maniobrar para sacar toda la rentabilidad posible a las minas, vendiendo finalmente a Marruecos un yacimiento prácticamente ya agotado, tras unas tensísimas relaciones entre la compañía, el gobierno español y el marroquí. Por tanto, el libro es una buena muestra no solo del desempeño de los empresarios españoles, sino también de las estrategias diplomáticas de la dictadura durante estos años, ya que deja claro y demuestra que la tolerancia de Franco con las pretensiones marroquíes fue extrema en todo momento, puesto que se primó por encima de todo la voluntad de apaciguar al nuevo gobierno marroquí y no ofender a Estados Unidos ni a la comunidad internacional.

La realidad social de los trabajadores es también abordada con precisión, puesto que el autor proporciona un duro retrato de las experiencias de los obreros que allí se ganaron el pan. Parafraseando el título de uno de los capítulos, vivir en la mina suponía pertenecer a la empresa, ya que todos los medios le pertenecían y además los trabajadores eran vigilados y controlados con redes de informadores. Pablo Díaz reprocha de hecho a la Compañía que los beneficios superaran con mucho a los costes laborales, por lo que la empresa pudo haber emprendido mejoras para los obreros, pero no quiso en ningún momento sacrificar un céntimo en ellos. No extraña por tanto que el nombre popular con el que bautizaron los hijos de los trabajadores a la empresa fuera Compañía Estafadora Miserable y Roñosa (CEMR). La coexistencia, habitualmente pacífica, de españoles y trabajadores marroquíes, es asimismo abordada en el libro, aunque el autor argumenta que más bien habría que hablar de existencia de forma paralela, ya que ambos colectivos no se mezclaban entre sí, y por supuesto los peores trabajos y con menor remuneración eran realizados por los marroquíes.

Del mismo modo es interesante observar las constantes disputas entre los ingenieros y los franciscanos que atendían a los trabajadores de la mina. Según el autor, la influencia de la encíclica *Rerum Novarum* fue un aspecto vital en este sentido, ya que los frailes, en lugar de actuar como capellanes a sueldo de la empresa, se preocuparon por las condiciones laborales y de vida de los obreros. Tan importante fue la presencia de los franciscanos que Pablo Díaz argumenta que en ausencia de sindicatos la religión se convirtió en refugio de las reclamaciones obreras, constituyendo una vía de escape que mantuvo un nivel bajo de conflictos, ya que los frailes apaciguaban las protestas de los mineros, muchas veces sin que la empresa se percatara.

En perspectiva, Pablo Díaz deja claro que no es su intención establecer un balance definitivo del coste global que supuso para España la aventura o el negocio de Marruecos, ya que sería una tarea ingente en la que habría que tener en cuenta muchos factores. Sin embargo, dado que las inversiones tuvieron como destino mayoritario la minería, sí que puede aproxi-

marse lo suficiente para establecer un juicio que consideramos bastante acertado. La realidad es que la experiencia fue penosa para España en términos económicos; las empresas obtuvieron grandes beneficios, pero el país sufrió un coste elevadísimo al embarcarse en el absurdo de una guerra por un territorio yermo. Cada vez que el Estado hubo de intervenir, lo hizo en favor de los intereses de la CEMR: los compromisos internacionales contraídos con Francia y Reino Unido, así como la cuestión del prestigio nacional, además de la presión ejercida por la oficialidad africanista y la influencia de los grupos empresariales con intereses en la región, empujaron a los gobiernos a mantener y consolidar la presencia española en África aun a costa de que el país pagara por ello un gran sacrificio, material y humano.

En cambio, el negocio de la CEMR resultó espléndido para sus dueños, a pesar de sus turbulentos inicios, convirtiéndose en uno de los más rentables de la historia de la minería española, sobre todo en comparación con otras experiencias que el autor conoce de buena mano, dado que ha tratado anteriormente el tema. En este caso, la clave del negocio fue mantenerlo contra viento y marea, aguantando los embates de los diferentes avatares históricos; la espera se vio recompensada con creces a partir del momento en el que se pudo extraer mineral, pero no obstante fueron los descendientes de los fundadores de la Compañía los que disfrutaron de los beneficios que deparó la empresa, más aún cuando la investigación de Pablo Díaz demuestra que en ningún momento tuvieron voluntad de reinvertir lo obtenido en nuevos beneficios o infraestructuras en el territorio. Queda claro que a los dueños de la CEMR solo les interesó el reparto de dividendos, y que los habitantes de la zona, especialmente los de Melilla, no se vieron realmente beneficiados por la explotación de la mina, a pesar de las enormes expectativas generadas a principios de siglo cuando se descubrieron los yacimientos.

En conclusión, estamos ante un libro que puede engañar, puesto que a pesar de sus escasas doscientas páginas, encierra una enorme cantidad de datos e información de interés para la comprensión de una parcela histórica pobremente trabajada. La obra constituye una lectura que ha de realizarse con pausa, dado que además no es especialmente accesible para personas que no posean unos conocimientos de nivel medio, tanto del periodo histórico como de unos mínimos conceptos de economía y del mundo empresarial. De hecho, probablemente el libro ganaría enteros si se hiciera más hincapié en el contexto histórico, ya que se le puede achacar que en ocasiones se pierde el hilo de los acontecimientos que estaban ocurriendo a la par de los distintos eventos que se relatan en la obra, lo que no ocurriría si se trabajara más el marco cronológico de las etapas mencionadas. Asimismo, otro aspecto a mejorar es que las autoridades marroquíes, especialmente en la parte final del libro, aparecen como un todo indistinto y difuso, sin que pueda distinguirse quién había detrás del gobierno del nuevo estado independiente. Sería de agradecer por tanto una mayor profundización en la caracterización de estos personajes, que fueron los adversarios políticos y económicos de la Compañía y el gobierno español, con el objetivo de enriquecer la historia de la larga pugna por las minas del Rif.

Sin embargo, nadie puede negar que este libro sea una obra muy meritoria y ante todo una excelente aportación necesaria en este campo historiográfico. Sin duda, los investigadores

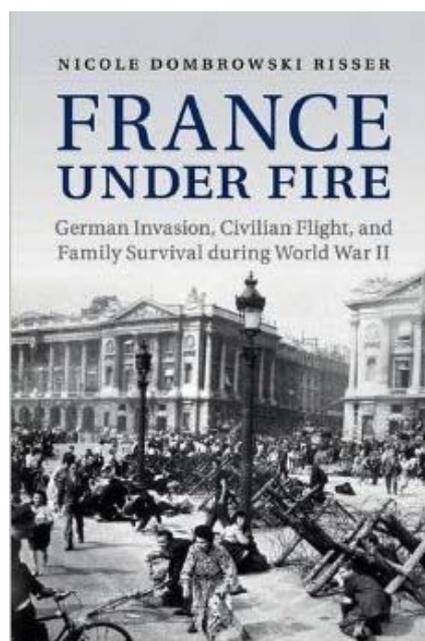
que trabajen esta parcela han de agradecer que Pablo Díaz Morlán, experto acreditado y contrastado, haya invertido sus esfuerzos en construir este trabajo. El mérito es aún mayor teniendo en cuenta la escasez de fuentes que pueden consultarse sobre la Compañía Española de Minas del Rif, dado que tristemente una parte de los archivos de la empresa fueron destruidos en la hoguera. Por lo tanto, este libro es además una llamada de atención para los historiadores, un recordatorio de que a toda costa ha de evitarse que desaparezcan los archivos que todavía están allí, a la espera de ofrecernos la información que contienen. Esperemos que en los próximos años puedan salvarse dichos documentos para que investigadores como el autor de este libro puedan realizar obras del calibre de la que aquí reseñamos.

Nicole DOMBROWSKI RISER: *France Under Fire. German Invasion, Civilian Flight, and Family Survival during World War II*, New York, Cambridge University Press, 2012, 312 pp., ISBN: 9781107521254.

Pablo Aguirre Herráinz
Universidad de Zaragoza

Cuando Francia se refugió en sí misma: historia civil de una «guerra incivil».

France Under Fire aborda la ofensiva alemana de 1939-1940 y sus dramáticas consecuencias sobre suelo francés, pero no es un libro enfocado hacia cuestiones militares ni tampoco se centra en el porqué de esta «extraña derrota».¹ La publicación también versa sobre el modo en que las autoridades francesas y el invasor victorioso negociaron la rendición y posterior división de Francia, sin que por ello podamos afirmar que es un título que trate aspectos de política internacional. Asimismo, *France Under Fire* aporta claves para comprender los mecanismos de exclusión en torno a los cuales se organizó la limpieza racial en la Zona ocupada, lo mismo que su homóloga *collaborationniste* en la llamada «Zona libre» de Vichy, y no por eso tenemos en nuestras manos un trabajo que apunte a explorar el genocidio nazi.



France Under Fire es un libro que cubre precisamente un periodo de tiempo y un sujeto de estudio que la historiografía existente hasta el momento no había abordado de manera directa; en todo caso se había tratado como encrucijada hacia otros temas ya consagrados.² Dicho sujeto de estudio es el conjunto de la población civil francesa, y dicho periodo de tiempo el tramo cronológico que va desde el inicio de la llamada «guerra falsa» (*drôle de guerre*, en el libro *Phoney War*): el 3 de septiembre de 1939, hasta el cese total de las labores estatales de asistencia a refugiados: el primero de junio de 1942. Esta cronología cobra sentido si pensamos que dicha población civil protagonizó dentro de su propio país una crisis humanitaria que afectó a 8 millones de personas, las cuales primero huyeron de la ofensiva alemana (*l'exode*) para luego quedar dispersados por todo el solar patrio, no pudiendo en muchos casos retornar a un hogar destruido o inaccesible a causa de la partición del territorio (la famosa Línea de Demarcación).

¹ Un guiño a Marc BLOCH: *La extraña derrota*, Barcelona, Crítica, 2009.

² Señalemos solo tres: los estudios sobre la batalla de Francia (Henri MICHEL, François COCHET, entre otros), los estudios sobre la Francia de Vichy (Robert PAXTON, Henry ROUSSO, entre otros) y los estudios sobre la Liberación (Antony BEEVOR, Herbert LOTTMAN, entre otros).

De una crisis previa, la llamada «crisis de identidad» francesa de los años 30, se pasó a una situación de emergencia nacional en la que se resquebrajaron las actitudes tradicionales hacia la población no-combatiente en tiempos de guerra y en la que se abonó el terreno para la conceptualización de categorías jurídicas que cobrarían importancia en la posguerra, sin olvidar el empoderamiento de la mujer como sujeto político. En palabras de la autora, lo que se planteó en este momento traumático de la historia de Francia (y de Europa en general), fue:

What options for survival do families have in wartime in the context of aerial bombardment, displacement, and foreign military occupation? How has the nation-state, in this case France, imagined its obligation to protect civilian innocents from wartime violence? (p. 268).

Para afrontar estas cuestiones, Nicole Dombrowski se sumerge en un rico estudio de fuentes primarias de la Francia de la época: correspondencia de todo tipo de particulares, archivos departamentales, gabinetes prefectorales, prensa, emisiones radiofónicas, mapas varios (se reproducen cuatro en el libro), memorias y manuscritos coetáneos; lo que se acompaña de una extensa, aunque selecta, bibliografía secundaria: de tipo teórico, en inglés (donde se tratan cuestiones de derecho internacional, irenología y polemología), y de estudio monográfico sobre el periodo, en francés. Con este amplio y equilibrado bagaje de fuentes la autora construye una obra ambiciosa que se estructura en dos grandes bloques subdivididos a su vez en cuatro capítulos cada uno.

El primer bloque nos plantea las siguientes cuestiones: ¿cuáles fueron las prioridades defensivas frente a la invasión? ¿Qué papel jugó la población civil no-combatiente (mayoritariamente femenina), de cara a la aplicación o renegociación de dichas prioridades? ¿De qué manera defraudó el Estado las expectativas interiorizadas por la ciudadanía de preguerra dentro del contexto socializador de la III República? ¿Asumió la población las consecuencias de la derrota militar de un modo patriótico o retributivo, es decir, exigiendo a sus autoridades de referencia – gobiernos locales y prefectos– reparación por aquellas?

En el segundo bloque, de un modo algo más disperso, la autora se plantea cuestiones mucho más abiertas que bien podrían dar lugar a segundas y terceras publicaciones: ¿Cómo acogió Francia a sus propios refugiados?³ ¿Recrudescieron los alemanes esta crisis humanitaria al impedir el retorno de miles de desplazados internos? ¿Qué motivos llevaron a Vichy a implicarse en este proceso de repatriación colectiva que puso a millares de franceses de nuevo bajo el peligro de la guerra aérea (recordemos que durante el año 40 la aviación británica bombardeaba suelo francés ocupado)? ¿Hay correlación entre el colaboracionismo en la vigilancia de los desplazados internos y la posterior implicación francesa en el Holocausto?; y por último y de ma-

³ Dada nuestra nacionalidad nos pueden interesar, a colación de esta pregunta, las referencias que la autora hace sobre la acogida de refugiados españoles que antecedió, como práctica y en el tiempo, a la de los propios ciudadanos franceses.

yor alcance: en base a todo este bagaje, ¿qué aprendizajes en materia de derecho internacional y politización femenina se integraron en la posguerra europea?

Sintetizando la visión de Nicole Dombrowski sobre estas cuestiones, Francia fracasó a la hora de prever una defensa civil efectiva, y tras la derrota ya no tuvo capacidad soberana para resolver la crisis humanitaria que se había creado. Hasta entonces el país galo seguía las doctrinas defensivas que todos los países europeos habían interiorizado tras la Primera Guerra Mundial (guerra de trincheras, defensa nacional sobre civil, delimitación frente-retaguardia), pero la autora considera que hubo inercias que impidieron planificar otro tipo de conflicto.⁴ La sociedad francesa fue privada de información relativa al curso de la guerra y tampoco se la supo integrar en una defensa civil activa, de modo que actuó por cuenta propia pudiendo interferir en la movilización del ejército francés, atrayendo sobre sí un fuego aéreo no deseado y siendo presa, en tanto en cuanto refugiada, de todo tipo de privaciones.

«Civilians expressed their discontent with their feet» (pág. 31), resume la autora, añadiendo que la población civil se implicó de un modo traumático en un fuego cruzado que demostró la imprevisión de los tratados internacionales hasta entonces suscritos, cuando columnas de civiles y de militares franceses fueron ametrallados sin distinción por parte de la aviación alemana.⁵ Este sacrificio, junto al variado catálogo de penurias que la autora describe en el capítulo más brillante del primer conjunto («Civilian survival on the open road», pp. 109-137), justificó posteriormente que la población desplazada asumiera en cierto modo la identidad y el discurso propio del excombatiente que ha librado un servicio o asumido un riesgo que merece reconocimiento y, en caso de necesidad (como ante la pérdida del hogar o del marido), compensación económica. En palabras de la autora: «they experienced the exodus, defeat, and occupation as directly as had soldiers», p. 177).

La firma del armisticio franco-alemán de junio de 1940, en tanto en cuanto dividía al país en diversas zonas de progresiva exclusión (Zona libre > Zona ocupada > Zona reservada > Zona prohibida), obstruyó el regreso de más de 7 millones de franceses y extranjeros a sus hogares. Igualmente obstaculizador fue el empeño alemán de retrasar las negociaciones de repatriación colectiva, lo que la autora relaciona con los planes de arianización del III Reich sobre el territorio francés septentrional, sin olvidar el empeño higienista de cerrar la frontera ante cualquier individuo racialmente «inferior»: extranjeros, judíos y sangre mestiza en general. La Francia colaboracionista terminará participando también en este «esfuerzo clasificador», lo que unido al continuo goteo de cartas dirigidas a la administración por los propios afectados (que a

⁴ Autores como Peter FRITZSCHE (*Vida y muerte en el tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2010), Joanna BURKE (*Sed de sangre*, Barcelona, Crítica, 2008) o Ian PATTERSON (*Guernica y la guerra total*, Madrid, Turner, 2008), estudian cómo Gran Bretaña, Estados Unidos y la Alemania nazi sí que movilizaron a su población civil en la defensa de la patria.

⁵ La autora nos recuerda que la legislación internacional del momento (Convenios de Ginebra y de la Haya anteriores a 1940) no excluía con claridad la posibilidad de tratar a una masa de civiles y militares como objetivo bélico. La condena sistemática de esta práctica no llegará hasta 1977 (p. 276).

menudo se identifican por su etnia, religión o condición), terminará resultando en un registro *ad hoc* de «indeseables» sobre el que Vichy preparará las deportaciones.

Las consecuencias de este bloqueo fronterizo son estudiadas por Nicole Dombrowski para el caso concreto del departamento occitano de *Corrèze*, región arquetípica de la Francia profunda, rural y bucólica, que vio duplicada su población en junio de 1940 a causa de la ola de refugiados. Regiones como esta asumieron un desgaste financiero que a la postre perjudicó también la hospitalidad del dispositivo de acogida preparado para unos desplazados que eran ahora «permanentes»: las ayudas que recibían del estado se agotaban, lo mismo que la paciencia de sus huéspedes (sus conciudadanos) y la posibilidad de franquear de vuelta la Línea de Demarcación alemana, clausurada en noviembre. El gobierno de Vichy, por su parte, desatendió la realidad y se refugió él mismo en un proceso de reconstrucción nacional que confiaba en la repatriación como solución de todos los males. La devastación en las zonas afectadas por la guerra aérea anglo-germana, las crisis de producción, la emergencia de una resistencia con apoyo externo y la continuada separación de cientos de miles de familias hundirían el sueño de ese *État Français* filofascista.

Llegados a este punto, es inexcusable señalar que existe un gran tema que mantiene absoluta continuidad en todos los capítulos de *France Under Fire*. Este tema es el papel de la población femenina en la contienda, y se refleja en el texto en un continuo diálogo epistolar mantenido entre mujeres (por lo general, madres) y la administración francesa. Nicole Dombrowski, que ocho años antes de esta publicación editó una obra colectiva sobre mujeres y conflicto en el siglo XX,⁶ sostiene que la población civil en general, y femenina en particular, construyó a lo largo de los años de la contienda una retórica y unidad de causa común, informal y en todo caso inspirada en la experiencia socializadora de preguerra (democrática), novedosa. Dicha retórica se empleó para renegociar con el Estado estrategias de supervivencia y protección no meramente basadas en principios tradicionales de paternalismo familiar, sino en nociones precursoras de los actuales Derechos Humanos.

Estas retóricas y estrategias permitieron visibilizar a la mujer como sujeto político y «padre de familia en funciones» en momentos extremos. De igual modo, factores como la edad y la clase social emergen en el análisis de Dombrowski como elementos determinantes del tipo de prácticas de supervivencia disponibles para cada colectivo, así como las implicaciones asistenciales derivadas para los gobiernos afectados y la comunidad internacional en la que se integran. Finalmente, la autora presenta un balance no del todo optimista sobre el grado de asimilación que se produjo en la posguerra europea de estos valores y aprendizajes. El hecho de que los países vencedores se hubieran visto también implicados en crímenes de guerra (bombardeos civiles), hizo inoportuno el establecimiento de cláusulas vinculantes que cubrieran todas las vulnerabilidades del no-combatiente, sin olvidar que emergía entonces un nuevo conflicto global, la Guerra Fría.

⁶ Nicole DOMBROWSKI RISSER (ed.): *Women and War in the Twentieth Century*, New York, Garland, 1999.

Con todas estas precisiones y planteamientos Nicole Dombrowski ha edificado un trabajo verdaderamente soberbio al que solo se le puede reprochar no haber extendido más sus capítulos y conclusiones últimas, a fin de poder correlacionar con más empaque la relación entre la crisis humanitaria descrita y los posteriores procesos de resistencia, conmemoración y extrañamiento que vivió Francia entre 1943 y 1945. También, abundan fragmentos en el libro que aunque son de interés, como el estudio concreto del París asediado (pp. 86-108) o los apartados relacionados con la actuación de los principales protagonistas de la «política refugiada» (todo lo relacionado con Robert Schuman o Louis Florentin Marlier), tal vez consumen demasiada atención, si consideramos que el libro no siempre ofrece una contextualización suficiente de los principales acontecimientos que marcan su propio *tempo*: ¿cómo fue en verdad la invasión alemana? ¿Qué estaba pasando en los principales periodos *fuera* de Francia? En este sentido el lector tiene a veces la impresión de que la Segunda Guerra Mundial fue un hecho reducido a la mitad occidental del continente.

Por último, y puesto que uno de los principales intereses de Nicole Dombrowski gira en torno al papel de la mujer en el «combate» por la integridad física y la supervivencia material de los suyos, sería positivo para complementar el balance de esta especie de «resistencia negociada», añadir algunas consideraciones sobre la salvaje Depuración que sufrieron las mujeres en el marco de la Liberación de Francia. En este campo especialistas como Fabrice Virgili o Philippe Buton han demostrado cómo la ruptura de roles de género vivida en esta etapa (donde encaja a la perfección este empoderamiento político y ciudadano descrito por Dombrowski) dio pie a una nueva crisis que solo se subsanó cuando el espacio simbólico de la Francia viril se recuperó a partir de una represión netamente sexuada.⁷ El voto se concedió a millones de mujeres, sí, pero no sin antes rapar a 20.000 de ellas por supuesta colaboración con el enemigo.

En suma, *France Under Fire* es un libro muy completo que nos transporta a un episodio poco conocido dentro de un gran tema como es la Francia de 1940, y lo hace esgrimiendo como principales virtudes un estilo pulcro, que permite sintetizar y abarcar mucho, y un riguroso trabajo de fuentes que apuntala con solvencia el conjunto; realizando así un trabajo de historia social y de género que corona un aporte pertinente en lo académico y necesario en lo humano. «Francia bajo fuego enemigo»: la historia civil de una «guerra incivil».

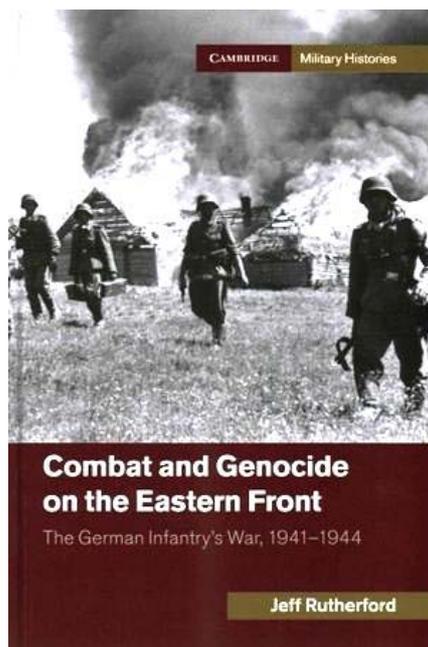
⁷ Fabrice VIRGILI: *La France «virile»*, Payot, Paris, 2004, y Philippe BUTON: *La joie douloureuse*, Bruxelles, Complexe, 2004.

Jeff RUTHERFORD: *Combat and Genocide on the Eastern Front. The German Infantry's war, 1941-1944*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, 423 pp., ISBN: 9781107055716.

David Alegre Lorenz
Universitat Autònoma de Barcelona

Soldados en guerra: pragmatismo e ideología en el Frente Oriental.

Han pasado ya tres décadas desde la aparición de aquella primera y sugestiva obra con la que Omer Bartov irrumpió en los debates sobre las lógicas internas del nacionalsocialismo y las particularidades del conflicto bélico desatado por éste.¹ Ya en aquel entonces, la extensa comunidad académica que se dedicaba al análisis de estas cuestiones desde las perspectivas de la historia social y la historia política había dado lugar a una nutrida y valiosa bibliografía que se ocupaba de cuestiones complejas y variadas. De hecho, el centro de las discusiones e investigaciones de la época estaba atravesado por lo que Tim Mason definió como el desacuerdo entre los “funcionalistas” y los “intencionalistas”. Así pues, por un lado estarían los que pensaban



que las diferentes políticas impulsadas por el régimen nacionalsocialista, y muy especialmente la guerra, fueron el resultado de las contradicciones internas del régimen, así como también del proceso interno seguido en la toma de decisiones, muy basado en la competencia entre las diferentes agencias que lo compondrían; mientras tanto, encontraríamos por otro lado a los que defenderían que el conflicto y el modus operandi del régimen fueron el resultado natural del despliegue de la ideología y el proyecto nacionalsocialistas llevados hasta sus últimas consecuencias.² Esta división marcaría durante prácticamente una década algunos debates esenciales como el de las propias causas de la guerra mundial; la naturaleza y funcionamiento de las diferentes agencias que componían el régimen nacionalsocialista; las políticas de ocupación en los diferentes escenarios europeos y su planificación previa; algunos de los crímenes cometidos bajo el paraguas de la propia confrontación bélica; o, finalmente, las conexiones del propio nacionalsocialismo con la sociedad alemana a nivel local, regional y, en general, institucional.

¹ Omer BARTOV: *The Eastern Front, 1941-1945: German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Basingstoke/Nueva York, 1985 [aquí se cita la segunda edición, del año 2001].

² Para una visión panorámica de los debates de los años 80, así como también de los cambios de paradigma que tuvieron lugar a partir de principios de los 90 véase la síntesis de Richard BESSEL: “Functionalists vs. Intentionalists: The Debate Twenty Years on or Whatever Happened to Functionalism and Intentionalism?”, *German Studies Review*, 26:1 (2003), pp. 15-20.

Sin embargo, el trabajo de aquel joven historiador israelí, que apenas superaba la treintena a mediados de los ochenta, no iba a ser uno más en medio de aquellos debates. Y es que, como no podría ser de otro modo, Bartov fue deudor de todo un ambiente de efervescencia intelectual marcado por la irrupción del giro lingüístico y el impacto de los paradigmas culturales, que aprovechó para situar al hombre de a pie en el centro de su investigación y su relato historiográficos.³ En este sentido, a pesar de reconocer los avances llevados a cabo por sus predecesores y colegas, criticaba que muchos de los estudios sobre el Tercer Reich pecaban de falta de concreción y de establecer generalizaciones que difícilmente servirían para entender la realidad sobre el terreno. Lo que proponía Bartov era una «visión desde abajo» del papel de la Wehrmacht en el Frente del Este, una que fuera capaz de «llegar lo más abajo posible» y, por tanto, de dar con «las actitudes, la educación y la conducta de los soldados tal y como se concretaron en el mismo campo de batalla». Así pues, a pesar de reconocer los notables avances de sus predecesores y colegas dando a conocer algunas cuestiones y aspectos fundamentales del conflicto y el Tercer Reich, Bartov señalaba que el estudio del ejército había sido desatendido o pasado por alto, «dejado en manos o bien de los historiadores militares que estaban preocupados por cuestiones tácticas y armamentísticas o bien en manos de historiadores políticos que se centraban en las relaciones entre los generales y el régimen. Los soldados fueron olvidados, sometidos de vez en cuando a generalizaciones que nadie podía probar o corregir.»⁴ Una situación que, desafortunadamente, es bastante familiar aún hoy en día para quienes nos dedicamos a la historia militar desde España.

Sea como fuere, traer a colación aquel pionero estudio de Omer Bartov en esta reseña era algo inevitable por la capacidad que tuvo para abrir una veta historiográfica apenas explorada y, más aún, generar toda una serie de debates que han hecho escuela, tanto si ha sido para oponerse a las tesis del historiador israelí como si ha sido para refutarlas, matizarlas o profundizar en ellas. En este sentido, *Combat and Genocide on the Eastern Front* no sólo constituye un brillante esfuerzo investigador, interpretativo y de síntesis que posee por sí mismo un gran valor e interés, sino que además es la mejor muestra de lo mucho que se ha caminado en los últimos treinta años en el conocimiento de la guerra de conquista conducida por la Wehrmacht en el Frente del Este. Por eso mismo, lo que hace del trabajo de Rutherford una obra relevante es su capacidad para mostrar la enorme complejidad de la guerra germano-soviética y, por tanto, la necesidad de complejizar nuestros análisis y comprensión de ésta, algo que por lo demás sería extensible a cualquier conflicto armado de cierta entidad. De esta forma, el autor lleva a cabo un estudio exhaustivo de la experiencia de guerra de tres divisiones de infantería a lo largo de sus tres años de campaña y ocupación en territorio soviético: la 121^a, la 123^a y la 126^a, surgidas de los distritos militares de Prusia Oriental, Berlín-Brandeburgo y Renania-Westfalia respectivamente. Precisamente, la justi-

³ Es importante señalar que el trabajo de Bartov no era una gota en medio del desierto. En este sentido, antes que él encontramos otros autores cuyas aportaciones fueron decisivas en lo que se refiere al estudio de la historia militar desde abajo, muy claramente en lo que se refiere a la Gran Guerra. Véase para el caso de la Primera Guerra Mundial Eric J. LEED: *No Man's Land: Combat & Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979 o Tony ASHWORTH: *Trench Warfare, 1914-1918: The Life and Let Live System*, Londres, Macmillan, 1980.

⁴ Omer BARTOV: *The Eastern Front, 1941-1945...*, pp. xi-xii.

ficación para emprender una investigación centrada en estos sujetos de estudio reside en el hecho de que la experiencia de guerra más común de la Wehrmacht en el Frente Oriental fue la de las unidades de infantería, que fueron las que soportaron la mayor parte del peso del conflicto y, por tanto, es del conocimiento de éstas de donde podemos extraer conclusiones más extensibles al grueso del *Ostheer*. Por otro lado, tal y como señala el propio Rutherford, estamos ante divisiones compuestas por “hombres corrientes” que pueden ser considerados en buena medida representativos de sus comunidades de procedencia, caracterizadas cada una de ellas por diversas particularidades que, sin duda alguna, contribuirían a configurar la identidad colectiva y, por tanto, a determinar el *modus operandi* de la tropa en el campo de batalla.

El lector tiene la oportunidad de ver todo esto acompañando a dichas unidades en su periplo por el escenario septentrional del Frente Oriental. Así, el recorrido de la obra nos lleva desde los sangrientos y brutales combates del verano de 1941 hasta su día a día y su lucha por la supervivencia en enclaves tan distintos entre sí como el dispositivo del sitio de Leningrado, la bolsa –después saliente– de Demyansk, el frente del Vóljov, las inmediaciones del lago Ladoga o, finalmente, los enfrentamientos en el marco de la retirada del Grupo de Ejércitos Norte hacia la línea Panther, ya en la primera mitad de 1944. Un escenario tras otro, vamos viendo la capacidad adaptativa de cada una de estas unidades frente a situaciones que exigirían diferentes respuestas en función de su grado de exposición, de los equilibrios de fuerzas, de la amenaza partisana o, también, de la necesidad que se tuviera de la población civil para conseguir un abastecimiento regular de alimentos, manufacturas y mano de obra, entre otros muchos factores. Todos ellos son elementos que evolucionarán con el paso de los meses y los años, muy marcados por el escalofriante número de bajas de la Operación Barbarroja y el abocamiento de la Wehrmacht a una guerra larga que no había previsto y para la cual no estaba preparada, algo que condicionará las estrategias y enfoques de las divisiones sobre el terreno, haciendo su experiencia hasta cierto punto única. En última instancia, lo que explicaría esta flexibilidad del *Ostheer* sería la necesidad última de garantizar en todo momento su propia seguridad frente a las diversas amenazas que pesarían sobre él, fueran éstas reales o imaginadas, y mantener en la medida de lo posible su capacidad de combate en medio de una exigente guerra de desgaste, todo ello con el único objetivo de alcanzar la victoria. Así pues, el concepto central que articula el trabajo de Rutherford es la *necesidad militar* [military necessity], que a su parecer es la idea fuerza que nos sirve para identificar y entender el particular modo de enfocar la guerra por parte de las diferentes unidades de la Wehrmacht.⁵

⁵ El autor se refiere, tal y como él explica, a una suerte de utilitarismo o pragmatismo militar, que permite interpretar las necesidades y posibilidades de cada momento con cierta flexibilidad, aunque siempre contando con los parámetros culturales y la tradición previa de los que se nutriría la fuerza armada en cuestión. De hecho, se trata de un concepto moderno que nace del derecho internacional humanitario, el cual reconoce la victoria en la guerra como algo legítimo, aunque los medios puestos en liza para su consecución puedan tener consecuencias nefastas para la población civil y, por tanto, ir en contra de otras dimensiones de dicha legislación internacional. Véase Françoise HAMPSON: “Military Necessity”, *Crimes of War*, <http://www.crimesofwar.org/a-z-guide/military-necessity/> (consultado por última vez el 05-04-2016).

De hecho, el autor no elude en ningún momento las grandes cuestiones que han marcado los debates en los últimos treinta años, siendo seguramente la más importante la que se plantea en qué grado la ideología nacionalsocialista permeó no ya sólo la toma de decisiones, las estructuras y a los mandos militares a nivel divisionario, sino también la concepción de la realidad de los soldados de a pie y, por tanto, hasta qué punto condicionó sus actos en el campo de batalla o su trato con la población civil de los territorios ocupados. En este sentido, la idea de *necesidad militar* defendida por Rutherford plantea que el encuentro de los combatientes y las políticas de las unidades de la Wehrmacht con la ideología nacionalsocialista vino determinado –cuando existió– por la propia adaptación de las divisiones alemanas a los diversos retos, necesidades y escenarios planteados por una guerra extremadamente larga y exigente, y no tanto por una simple y pura asunción de dicha *Weltanschauung* en su totalidad. De alguna manera, el autor defiende que el desarrollo del conflicto en el Frente Oriental cogió por sorpresa al Alto Mando alemán y, por extensión, a los combatientes encargados de soportar su peso, sobre todo por lo que a su duración se refiere, lo cual acabaría forzando a desempeñar funciones para las que la tropa no había sido preparada, como la gestión de la ocupación o la guerra antipartisan. Así pues, el hecho de que la guerra conducida por la Wehrmacht en el Frente Oriental se guiara por la necesidad militar surge de la necesidad de sobreponerse a un enemigo que se sabe superior a corto-medio plazo mediante golpes contundentes y radicales en unas ocasiones, pero también mediante políticas conciliadoras en otras, imposibilitando así toda capacidad de reacción posible y garantizando el éxito militar. Esto es lo que explicaría a juicio de Rutherford la mayor parte –si no todos– los enfoques y las políticas seguidas por las tres divisiones objeto de estudio, sobre todo teniendo en cuenta que los cambios operados en éstas estarían en muchas ocasiones en contradicción con las que se habían implementado hasta entonces.

Sin embargo, este es a mi juicio el aspecto de la obra más abierto al debate y a la discusión. De hecho, Rutherford no niega la importancia que la ideología tuvo en las diversas formas que adoptó la guerra en el este y se esfuerza por mostrar hasta qué punto ésta confluye en muchas ocasiones con la propia *necesidad militar*, si bien es cierto que casi siempre le otorga un carácter subsidiario entre las posibles motivaciones de los combatientes y en el impulso de muchas de las políticas seguidas por las unidades sobre el terreno. Evidentemente, a la hora de manifestar una posición u otra en lo que respecta a este punto resulta fundamental la comprensión que tengamos del fascismo como cultura política, así como del modo en que operan las ideologías sobre el terreno. En una visión introductoria que queda quizás un poco corta Rutherford analiza algunos aspectos clave para entender el conjunto del libro como las continuidades en la cultura militar germano-prusiana o las particularidades de la sociedad alemana bajo el Tercer Reich. Precisamente, creo que hacen falta esfuerzos más serios y sistemáticos que busquen entender hasta qué punto existen lazos –que no por inextricables son menos evidentes– entre una cultura política eminentemente militarista como el fascismo y, por tanto, muy inspirada en la particular cultura militar de cada país, al menos en algunas de sus tradiciones más importantes de corte nacionalista, conservador y/o modernista. Quizás así podamos ver que la necesidad militar también surge del desprecio cultural e ideológico hacia un enemigo con el que es legítimo utilizar todo tipo de tretas para alcanzar la victoria e implementar un orden político-social concreto, más aún cuando

ello implica ciertas medidas de contemporización. En este sentido, en ciertas ocasiones puede llegar a dar la impresión de que Rutherford contrapone ideología y pragmatismo, cuando sabemos que el tacticismo tiene un lugar fundamental en la política desde tiempo inmemorial. Por eso mismo, creo que guiarse por la *necesidad militar* no implica una renuncia por se a los principios ideológicos o al proyecto político que motivaron la guerra en el este, sino más bien un aplazamiento de algunos de éstos. De cualquier forma, todas las decisiones tomadas en nombre del pragmatismo militar durante la campaña en la Unión Soviética acababan concordando de uno u otro modo con la *Weltanschauung* nacionalsocialista, ya sea en los medios empleados para ello, en las consecuencias o en los objetivos. Esto se ve a la perfección en la política de tierra quemada implementada por la Wehrmacht durante su retirada de Rusia noroccidental en la primera mitad de 1944, que no sólo trataría de negar a los soviéticos cualquier tipo de recurso útil en los territorios recuperados, sino que además convertiría en una tabula rasa todo atisbo de las formas de vida y las comunidades existentes previamente allí, para las cuales se había previsto desde el primer momento el exterminio. Desde luego, como no podría ser de otro modo el principal objetivo de todo proyecto político impulsado por medio de la guerra es alcanzar una victoria que pueda garantizar su supervivencia y despliegue. Así pues, teniendo en cuenta la cultura militar alemana y su coincidencia con el nacionalsocialismo en cuestiones fundamentales, dicha cultura política proporcionó el marco propiciatorio para favorecer una expansión y un despliegue sin precedentes del propio poder del ejército, así como también de las concepciones táctico-estratégicas elaboradas en su seno.

Uno de los puntos en los que más novedosa y atractiva resulta la obra de Rutherford reside en el hecho de que aborda un arco temporal muy amplio que va desde el inicio de las hostilidades en 1941 hasta la retirada definitiva –o destrucción– de las fuerzas alemanas de territorio ruso durante el año 1944. Esto es particularmente interesante, y no ya tanto porque dedica más de un tercio de la obra al análisis de un periodo tan poco estudiado en términos generales como es el que va del final de la primavera de 1942 a mediados de 1944, sino más bien por el hecho de que esta perspectiva fundamentada en el largo plazo permite ver la evolución en el proceder de las tropas, de las diferentes políticas implementadas por las unidades y, también, su cambiante interacción con otras agencias e instituciones que también tomaron parte en la ocupación.⁶ Precisamente, Rutherford encuentra que es ahí, en las respuestas del mando y de los combatientes ante lo imprevisto, donde se puede aprehender la naturaleza real del conflicto, así como también los factores o dinámicas que lo impulsarían. Todo esto le permite contestar tesis como las de Hartmann, quien defendería en base a sus investigaciones que las tropas tendrían poco tiempo o posibilidades de implicarse

⁶ Un buen ejemplo sería la reciente obra de Christian HARTMANN: *Wehrmacht im Ostkrieg. Front und militärisches Hinterland, 1941/42*, Múnich, R. Oldenburg, 2010. Se trata de un vasto trabajo de erudición, investigación e interpretación que sigue a cuatro divisiones alemanas y una comandatura de tropas antipartisanas –la 4ª División Panzer, la 45ª División de Infantería (DI), la 296ª DI, la 221ª División de Seguridad y la 580ª Korück–, pero tan sólo lo hace desde el estallido de las hostilidades hasta la superación de la crisis del primer invierno de campaña. Así pues, esta es la situación general de la historiografía salvo para momentos o escenarios concretos, quizás también por tener unos objetivos diferentes, como pueda ser el caso de algunos de los últimos trabajos de Adrian E. WETTSTEIN: *Die Wehrmacht im Stadtkampf, 1939-1942*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2014.

en la denominada como guerra de exterminio [*Vernichtungskrieg*]. Sin embargo, la realidad es que además de darse una participación mecánica y cotidiana fruto de la mera presencia de la Wehrmacht y sus políticas del primer año de campaña, basadas en el abastecimiento sobre el terreno a costa de la población civil, las divisiones participaron activamente en el reclutamiento forzoso de mano de obra y planificaron la explotación de los recursos en los territorios a su cargo. Igualmente, otro de los debates que aborda es el de la supuesta radicalización de la tropa al calor de los acontecimientos, lo cual habría comportado una progresiva asunción de los principios nacionalsocialistas por parte de los combatientes, convirtiéndose así la ideología en la argamasa que garantizaría la cohesión y la tremenda capacidad de resistencia del Ostheer. Esta tesis fue defendida por el propio Bartov, quien apuntaría que dicho proceso de permeación ideológica se habría precipitado fruto de la crisis acontecida en el invierno de 1941-1942, propiciado a su vez por el horripilante número de bajas sufrido durante la Operación Barbarroja –especialmente durante los primeros dos meses–, la contraofensiva soviética de diciembre y el colapso del sistema de reemplazos alemán, cimentado sobre la pertenencia de cada nueva leva a una misma región o distrito militar. Lejos de ser así, Rutherford demuestra hasta qué punto se mantuvieron en pie los grupos primarios y la maquinaria de reemplazos, algo que tuvo mucho que ver con las reformas de urgencia promovidas por el Alto Mando a principios del verano de 1942, pero también gracias a la vuelta constante de veteranos convalecientes, al efectivo sistema de adiestramiento de la tropa y al mantenimiento de una alta proporción de reclutas procedentes del distrito militar propio de cada división. En este sentido, todo parece apuntar que las unidades consiguieron rehacerse y reintegrarse de forma bastante efectiva hasta finales de 1943, al menos por lo que respecta al Grupo de Ejércitos Norte, lo cual desmonta la idea de que fuera la ideología –o al menos que fuera únicamente ésta– la que posibilitara la capacidad de la Wehrmacht para resistir tanto tiempo en condiciones extremadamente adversas.

En definitiva, estamos ante un trabajo que compone un vasto fresco de una pequeña porción de aquella tragedia que fue la experiencia de guerra en el Frente Oriental que, por eso mismo y por su carácter riguroso, ameno y cercano, interesará tanto a los especialistas como al gran público aficionado. Así pues, sería una gran noticia que pudiéramos llegar a disfrutar de una futura traducción al castellano que acercara a través de la obra de Rutherford un poco del muy buen trabajo que se está haciendo en este campo de los *war studies*.

José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ: *Agonía, traición, huida. El final del Sahara español*, Barcelona, Crítica, 2015, 676 pp., ISBN: 9788498928754.

Carlos Navajas Zubeldia
Universidad de La Rioja

El final del Sahara español: ¿Una huida para evitar una guerra?

José Luis Rodríguez Jiménez es profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad Rey Juan Carlos, donde imparte las asignaturas Historia de la España Actual, Historia del Mundo Actual y Perspectiva Histórica del Terrorismo Contemporáneo (en este caso dentro del Máster en Análisis y Prevención del Terrorismo). Es diplomado en Defensa Nacional por el CESEDEN y posee el Máster en Defensa Nacional, título propio de la Universidad Rey Juan Carlos. Coordina el Grupo de Investigación en Fuerzas Armadas y Defensa Nacional. Ha dedicado una parte de su actividad investigadora a la extrema derecha, el fascismo y el neofascismo, plasmada en numerosos artículos y libros, como *La extrema derecha en España* (1997) e *Historia de Falange Española de las JONS* (2000), así como a la participación de España en la Segunda Guerra Mundial: *Los esclavos españoles de Hitler* (2002) y *De héroes e indeseables. La División Azul* (2007). Además, ha publicado varios estudios sobre las misiones de las Fuerzas Armadas en el exterior: *¡A mí la Legión! De Millán Astray a las misiones de paz* (2005), *El Escalón Médico Avanzado del Ejército de Tierra (EMAT) en las misiones de paz y de asistencia humanitaria realizadas por las Fuerzas Armadas* (2009), *Las misiones en el exterior de las Fuerzas Armadas de España* (2010), *La incorporación de la mujer a las Fuerzas Armadas vista a través de las misiones en el exterior* (2010), y *Salvando vidas en el delta del Mekong. La primera misión en el exterior de la sanidad militar española (Vietnam del Sur, 1966-1971)* (2013). En la actualidad trabaja sobre los procesos de descolonización de España en África y sus consecuencias.

España descolonizó varios de los territorios que integraban su imperio africano, Marruecos, Guinea Ecuatorial e Ifni, pero no el Sahara occidental. Al cumplirse los cuarenta años de la entrega del que se llamó *Sahara español* a Marruecos y Mauritania, con la complicidad de Naciones Unidas y bajo la mirada interesada de Estados Unidos y Francia, se ha publicado el libro del profesor Rodríguez Jiménez *Agonía, traición, huida. El final del Sahara español*. El libro se centra en el período 1970-1975 y dedica especial atención a los turbios y hasta ahora no suficientemente explicados episodios de 1975, año en el que se terminó



de perfilar, de forma desordenada, la salida de España del territorio, sin proceder a su descolonización.

La investigación se sustenta en documentación procedente del Archivo General Militar de Ávila, la Real Academia de la Historia, el Archivo General de la Administración, la Fundación Nacional Francisco Franco y el Archivo Carlos Arias Navarro, así como en *papeles* conservados por protagonistas de los hechos. Pues el autor ha procurado recorrer los acontecimientos de la mano de los principales protagonistas políticos, militares y diplomáticos, pero también con los recuerdos y documentos de personas no relevantes, españoles y saharauis, hombres y mujeres, militares y civiles, nativos en unos casos, colonos en otros e incluso personal de la *mili* de entonces. Esto significa que la revisión de la bibliografía sobre el tema y la consulta de la documentación española disponible para los investigadores se completa con más de doscientas fuentes orales, que son las que han aportado el material fotográfico incluido en el libro.

El relato se divide en tres partes. La primera sitúa al lector ante la tardía colonización española del Sahara atlántico, precisamente cuando ya estaba en marcha el proceso de descolonización del continente africano. El autor atiende aquí a las características del territorio, a sus habitantes, a la colonización española y al gobierno colonial; también a la descolonización de Guinea Ecuatorial, reclamada por los independentistas guineanos y por Naciones Unidas. Es ésta una cuestión interesante y poco atendida por la historiografía. La contextualización del tema Sahara en el conjunto de la política exterior española es necesaria y desde luego ha de relacionarse con las cuestiones de Guinea y Gibraltar; el pésimo resultado para España de la descolonización de la Guinea Ecuatorial, dirigida por el Ministerio de Asuntos Exteriores, y torpedeada por Presidencia del Gobierno, agravó las disensiones en el gobierno español en cuestiones de política interior y exterior y dejó una herida abierta de la que obtendrá beneficios el equipo del ya vicepresidente Carrero Blanco, contrario a las descolonizaciones a corto y medio plazo, para paralizar los proyectos de gobierno autónomo para el Sahara.

La segunda parte atiende al período 1970-1974. Durante esta etapa nace el nacionalismo saharauí, comienza la explotación de la mina de fosfatos de Bu Craa, técnicos españoles descubren nuevas riquezas minerales, avanza la exploración de las aguas saharauis a la búsqueda de petróleo y el tema Sahara español se convierte en una cuestión internacional, en el contexto de la Guerra Fría. Es también entonces cuando, muerto Carrero y con Carlos Arias como presidente, el gobierno español elabora varios proyectos para el futuro de la colonia, pensando en un Estado asociado a España o alguna otra forma de Estado marioneta. El libro aporta documentación hasta ahora desconocida y relevante para entender las dudas del gobierno español respecto a qué medidas adoptar en el asunto Sahara. El gobierno de Arias-Franco dedicó atención al tema nada más formarse y analizó los datos aportados por los equipos técnicos encargados de la búsqueda de nuevas riquezas en el territorio. La documentación sobre el viaje del ministro de la Presidencia, Carro, a la colonia es tan novedosa como reveladora del valor del territorio. Asimismo, la documentación obtenida en archivos privados de colaboradores de la Dirección General de Promoción de Sahara y del Ministerio de la Presidencia muestran la voluntad real del gobierno español, al menos de una parte de la clase política, de sustituir la situación colonial del Sahara atlántico por la de

un gobierno semiautónomo que fuera el paso previo a un Estado saharauí ligado a España, de forma que España conservase sus intereses económicos y estratégicos en el territorio.

De lo expuesto por el autor sacamos la conclusión de que una parte de la clase política y militar franquista tenía la voluntad de avanzar en materia de autogobierno de la colonia, aun siendo consciente de que existía un riesgo de conflicto con Marruecos y de que este país tendría que ser compensado, haciéndole partícipe de las riquezas del Sahara. Sin embargo, el gobierno de Marruecos, y sobre todo su rey, Hassan II, habían hecho del Sahara occidental el principal tema de su política exterior, y también de la interior, y fueron su labor diplomática y su presión política sobre el gobierno español, incluida la amenaza de un conflicto militar, los elementos que Franco tuvo en cuenta para no promulgar el Estatuto para el Sahara, elaborado durante la primera mitad de 1974. La documentación aportada muestra que la acción marroquí fue exitosa, que quedó paralizado el Estatuto para el Sahara, que España aceptó que no fuera Naciones Unidas, sino el Tribunal Internacional de Justicia el organismo que decidiera sobre la soberanía del territorio, como había pedido Marruecos, y que, también bajo presión, aceptó suspender la consulta a los saharauíes sobre su futuro político, un referéndum que el Gobierno había anunciado después de reiteradas peticiones de Naciones Unidas y que estaba convencido de ganar. Pero la documentación localizada en archivos privados y públicos muestra también que el gobierno español buscó, reiteradamente, la forma de sortear las maniobras marroquíes. Lo hizo desarrollando contenidos del Estatuto sin que fuera promulgado y publicado, lo que se concretó en la incorporación de saharauíes a las tareas administrativas y políticas del Gobierno General y en medidas encaminadas a crear una identidad saharauí propicia a España. Además, en esta parte se atiende a varias cuestiones relativas al pueblo saharauí. Se explican el crecimiento del Frente Polisario, la principal fuerza independentista, sus acciones militares contra España, mediante guerra de guerrillas, y la respuesta española, que incluyó la persecución de sus efectivos, hasta dentro de Mauritania, e incluso la ejecución de prisioneros. La documentación procedente del servicio militar de información aporta datos sobre este crecimiento del Frente Polisario y sobre sus relaciones exteriores y el apoyo a su causa de Argelia, Libia y, durante un tiempo, Mauritania. La documentación sobre la creación por la administración española de un partido amigo, el PUNS, ilustra sobre la voluntad española de responder al desafío marroquí y también sobre su fracaso en el diseño de una alternativa al Frente Polisario.

La tercera parte desarrolla los acontecimientos de 1975, que finalizan con la huida de España del Sahara occidental, cediendo la administración del territorio, que no su soberanía, a Marruecos y Mauritania. El texto explica lo sucedido con testimonios de protagonistas de esta historia y con documentación nueva que sitúa al lector ante el porqué y cómo el gobierno de Arias-Franco-Juan Carlos I entregó a otros Estados un territorio, sin proceder a su descolonización y sin aprovechar su situación privilegiada para garantizar las riquezas del Sahara atlántico al pueblo saharauí, al tiempo que defendía sus propios intereses en la zona. El autor atiende a las cuestiones de índole internacional, como la postura de Estados Unidos y Francia, favorables a que Marruecos se apoderase del territorio, pero muestra la importancia de otros factores, como la decepción española ante la actitud de los saharauíes durante la estancia en el territorio de una Misión Visitadora de Naciones Unidas. Los gritos,

en mayo de 1975, de ¡*Fuera España!*, inesperados, por su cantidad, y decepcionantes, ya que en la capital se impusieron a las expresiones de quienes se inclinaban por la independencia de la mano de España, fueron un duro golpe para los sectores de la administración española proclives a un gobierno autónomo y, a medio plazo, a un Estado saharauí ligado a España. Se nos muestra que lo sucedido reforzó la posición de los sectores pro marroquíes en la clase política, las fuerzas armadas y el mundo empresarial, quienes decían que sería un error afrontar un riesgo de guerra con Marruecos para defender a una población que en buena parte rechazaba a España, o preguntaban qué sentido tenía asumir el riesgo de un empeoramiento de las relaciones con Marruecos y, a la vez, tratar de negociar la permanencia de los intereses españoles en el Sahara atlántico con el Frente Polisario, pro argelino y que decía que no negociaría nada con España, no habiendo otro interlocutor, ya que los jefes tribales aliados de España habían perdido buena parte de su influencia sobre la población.

En esta parte destaca el valor de las fuentes orales y la documentación de archivos privados. Las entrevistas hechas por el autor y las cartas de universitarios catalanes, que entonces hacían el servicio militar en la provincia española del Sahara, a sus novias y familiares, muestran el nerviosismo de las autoridades coloniales, y de los colonos españoles, y la improvisación del plan de evacuación, anunciado en el verano de 1975. España se iba del Sahara, y parecía evidente que entregaría el territorio a Marruecos, cuyas fuerzas armadas llevaban meses desplegadas en la frontera norte del Sahara español. Ese parecía ser ahora el plan de Madrid, a la espera de negociar las compensaciones de Rabat. Pero no existía unanimidad. Ésta es una de las principales aportaciones del texto, el enmarcar el tema Sahara en la falta de planificación de los asuntos coloniales y en la crisis de sucesión del franquismo y la consiguiente división en las filas del régimen, en su personal político, militar y económico. También en el contexto de una determinada fase de la Guerra Fría, en la que los dirigentes de las potencias occidentales miraban con preocupación lo que estaba ocurriendo en Portugal y España y, asimismo, lo que pudiera acontecer en Marruecos. Entre los documentos que más interesarán al lector figuran las cartas del general de división Gutiérrez Mellado al presidente Arias, en las que se declara, para el tema que nos ocupa, «pro marroquí y anti argelino». Lo mismo cabe decir de la documentación procedente del servicio de información militar, que muestra que, con Franco hospitalizado y fuera de juego, Presidencia autorizó maniobras de última hora, como fueron el viaje secreto del general gobernador a Argelia, para solicitar el apoyo argelino en caso de que el ejército marroquí penetrase en el Sahara español, y las conversaciones del general gobernador con la dirección del Frente Polisario, en las que se trató de acelerar la incorporación de saharauis a las tareas de gobierno y la colaboración militar para la defensa del territorio; documentación que incide en la improvisación y en la división de la clase política y militar en la cuestión del Sahara. ¿Eran maniobras de última hora inútiles? La partida la ganó Marruecos, que arrastró a Mauritania, por la persistente voluntad del gobierno español de tomar una decisión respecto a la colonia. La apuesta había sido ganar tiempo. El tiempo se acabó porque Hassan II se la jugó. El libro presenta documentación sobre el avance de la *Marabunta*, de la Marcha Verde sobre el Sahara español, y sobre las respuestas que manejó la Junta de Jefes de Estado Mayor. También se presentan fuentes orales sobre la reunión de la Junta de Defensa Nacional y sobre el ofrecimiento hecho a Arias por el ministro secretario general del Movimiento, José Solís (que tra-

bajaba para sustituir a Arias), para entrevistarse con Hassan II y llegar a «unos posibles futuros acuerdos» que evitasen el riesgo de conflicto militar. Una de las partes que más interesará al lector es el relato sobre la reunión del Consejo de Ministros del día 21 de octubre, el segundo infarto de Franco y la negociación en Marrakech entre Hassan II y Solís, en la que el ministro español dijo, entre otras cosas, lo siguiente a su interlocutor: deseo «que estemos de acuerdo para que el Sahara sea para Marruecos».

Estamos ante un tema de actualidad internacional, dado que la provincia-colonia española del Sahara no fue descolonizada, sino entregada por el gobierno de Arias-Juan Carlos I a otros Estados, que una organización política, el Frente Polisario, canalizó la lucha por la independencia, primero contra España, y después contra Marruecos y Mauritania, que el pueblo saharauí está repartido en la actualidad por el territorio de distintos Estados, que persiste el drama de los campamentos de refugiados en Argelia, que la ocupación marroquí del Sahara carece de *legitimidad* internacional, y que el tema Sahara atlántico continúa abierto en Naciones Unidas. Además, y de ahí la oportunidad del tema, la cuestión del Sahara es de interés para la sociedad española, no solo porque forma parte de nuestra historia reciente, también porque España hizo en su colonia del Sahara atlántico fuertes inversiones, tanto en la minería de fosfatos como en prospecciones a la búsqueda de petróleo, que España transfirió su administración pero no su soberanía y que en la actualidad es un territorio no autónomo pendiente de descolonización y sujeto a limitaciones derivadas de la regulación internacional.

Sobre los autores

Sobre los autores:

Ángel Alcalde es Doctor en Historia y Civilización por el Instituto Universitario Europeo (Florencia). Anteriormente estudió en la Universidad de Zaragoza y fue becario en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Especialista en la historia del fascismo y las guerras del siglo XX, particularmente en la guerra civil española y el franquismo, ha publicado numerosos artículos en revistas como *Ayer* o *Amnis*, y dos monografías: *Lazos de Sangre* (Institución “Fernando el Católico”, 2010), y *Los excombatientes franquistas* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014). Actualmente prepara la publicación del libro basado en su tesis doctoral, sobre la relación histórica transnacional entre los excombatientes y el fascismo durante el periodo de entreguerras; además acaba de salir publicada su edición crítica en español de la obra de George L. Mosse, *Fallen Soldiers* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016).

Alejandro M. Rabinovich es Doctor en Historia y Civilización por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de Paris (EHESS). Se desempeña como investigador del CONICET y es profesor de Historia Argentina en la Universidad Nacional de La Pampa (Argentina). Es autor de los libros *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Río de la Plata, 1806-1852* (Presses Universitaires de Rennes, 2013) y de *Ser soldado en las Guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824* (Sudamericana, 2013). Especialista en el estudio del fenómeno de la guerra en procesos revolucionarios y de formación estatal, ha recibido el premio de Historia Militar de Francia en 2010.

Bárbara Raiter es profesora de historia en la Universidad de Buenos Aires y también ejerce la docencia en la Universidad de General Sarmiento. Participa de proyectos de investigación inscritos en ambas universidades. Forma parte del Grupo de Estudios Históricos sobre la Guerra (Instituto Ravignani, UBA). Realiza su doctorado en historia en la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, con un proyecto titulado “Deporte, política y nación. Las sociedades de tiro y el desarrollo de un modelo ciudadano. Argentina, fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX”, dirigido por la Dra. María Inés Tato. Ha publicado el artículo “Discursos y prácticas. La política en las sociedades de tiro”, en *Revista de la Escuela Superior de Guerra* (Buenos Aires), y, en colaboración, libros de educación secundaria.

Álvaro La Parra Pérez es historiador de la economía, actualmente profesor asistente en la Weber State University (Estados Unidos). Estudió economía en la Universidad de Valencia, y se doctoró por la Universidad de Maryland en College Park (Estados Unidos) con un estudio de las facciones militares durante la II República española. Sus campos de interés son la historia económica, la economía política y la economía institucional. Su investigación actualmente se centra en la interacción entre política y economía, y específicamente en la violencia política y las elites de la II República Española desde estas perspectivas.

Stephanie Wright estudió en la Universidad de St Andrews, Escocia, antes de trasladarse, en 2012, a la Universidad de Sheffield para su maestría en Historia Moderna. Actualmente estudia en la Universidad de Sheffield las experiencias de los mutilados de guerra franquistas. Más específicamente, su tesis doctoral analiza las actividades del Benemérito Cuerpo de Mutilados de la Guerra por la Patria y explora las vidas de excombatientes del ejército “nacional” cuyas heridas físicas o mentales se opusieron a nociones hegemónicas de la masculinidad franquista. Su labor investigadora pretende ofrecer una nueva perspectiva sobre la discapacidad y la masculinidad en la España franquista, y permitirá ofrecer nuevos puntos de comparación con las experiencias de los mutilados en otros países y en distintas épocas históricas.

Karsten Wilke, PhD, historiador independiente, estudió Historia Contemporánea y Literatura en la Universidad de Bielefeld y en la Universidad de Groningen. Entre 2004 y 2009 trabajó para la Facultad de Historia en la Universidad de Bielefeld, donde obtuvo su título de doctor en 2011. Desde este año, miembro de la *Mobile Beratung gegen Rechtsextremismus* (intervención móvil contra el extremismo de derecha) en Renania del Norte-Westfalia. Es autor del libro: *Die „Hilfsgemeinschaft auf Gegenseitigkeit“ (HLAG) 1950-1990. Veteranen der Waffen-SS in der Bundesrepublik*, (Schöningh-Verlag, 2011).

Roberto Muñoz Bolaños (Madrid, 1970). Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid. Profesor de la Universidad Camilo José Cela, de la Universidad Francisco de Vitoria y del Instituto General Gutiérrez Mellado de la UNED, ha escrito numerosos libros sobre historia militar. Además ha colaborado en obras de tanta trascendencia como *Aproximación a la Historia Militar de España; Los ejércitos del franquismo (1939-1975); 25 militares de la República, El legado del general Gutiérrez Mellado, David contra Goliat* y *La historia militar hoy: investigaciones y tendencias*. También ha realizado gran número de artículos en revistas tan importantes como *Historia y Comunicación Social, Historia Contemporánea, Revista Universitaria de Historia Militar, Historia del Presente, Hispania Sacra, Rúbrica Contemporánea* o *Vínculos de Historia*. En enero de 2015, fue galardonado con el IV Premio a Historiadores Noveles JAVIER TUSELL por su artículo *La última trinchera. El poder militar y el problema de la Unión Militar Democrática durante la transición y la consolidación democrática, 1975-1986*.

Alberto Ausín Ciruelos (Burgos, 5 de marzo de 1979). Doctor en Humanidades por la Universidad de Burgos con la Tesis *Propaganda, Imagen y Opinión Pública en Burgos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, que obtuvo la calificación de Sobresaliente *cum laude* por unanimidad, con mención de Doctor Internacional y Premio Extraordinario de Doctorado (fecha de lectura: 21 de mayo de 2015). Miembro del Grupo de Investigación de la Universidad de Burgos “La Monarquía Hispánica: guerra, cultura, sociedad y expansión ultramarina” (2014 – actualidad). Socio de número de la Asociación Española de Historia Militar (2013 – actualidad). Personal investigador contratado en la Universidad de Burgos (noviembre de 2012 – noviembre de 2014). Antes becario de investigación en la Universidad de Burgos (enero de 2011 – noviembre de 2012) y, también de la Scuola Normale Superiore

de Pisa (Italia) (enero – diciembre de 2010). Coordinador de la Exposición *Burgos en el camino de la Invasión Francesa*. (octubre de 2007 – noviembre de 2008) y del catálogo de la misma.

Leonardo Canciani. Profesor y Licenciado en Historia por la UNCPBA y Doctor en Historia por la UNLP. Se desempeña como docente en el Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas de la UNCPBA. Becario de Pos-doctorado del CONICET. Se especializa en la historia militar, política y social de la Argentina durante el siglo XIX. Sus principales aportes se concentran en el rol de la Guardia Nacional durante el proceso de construcción y consolidación del Estado nacional, en la formación de liderazgos políticos y militares y en el impacto de la militarización en los hombres adultos sujetos al servicio de armas en las milicias.

Xavier Torredadella Flix [<http://orcid.org/0000-0002-1922-6785>]. Licenciado en Educación Física por la Universidad de Barcelona y Doctor por la Universidad de Lérida. Profesor en el Instituto Centro de Alto Rendimiento Deportivo de Sant Cugat del Vallès (CAR) y en el Departamento de Didáctica de la Expresión Musical, Plástica y Corporal de la Universidad Autónoma de Barcelona. Miembro del Grupo de Investigación Social y Educativa en la Actividad Física y el Deporte (GISEAFE) del Instituto Nacional de Educación Física de Catalunya (INEFC). Actualmente investiga en torno a la Historia Social y Documental de la Educación Física y el Deporte en España entre 1800 a 1939. Experto en las fuentes bibliográficas de la materia en el período de estudio. Investigador en el Grupo Interdisciplinar de la Universitat Rovira i Virgili: Programa de ayudas para fomentar la incorporación y visualización de investigadores emergentes 2013, proyecto «*Diccionario histórico de términos del fútbol (DHTF) (fase inicial)*» (Ref. 2013LINE-04). Decenas de artículos publicados en revistas nacionales e internacionales, entre los que se destacan recientemente:

Matías Emiliano Casas es Profesor, Magíster, y Doctorando en Historia por la Universidad Nacional de Tres de Febrero y por la Université Paris Diderot – Paris 7. Se desempeña como docente en la UNTreF y como becario del CONICET. Sus estudios se especializan en los usos de la figura del gaucho y de la tradición en pos de la construcción de la identidad nacional argentina. En particular ha dedicado años de su trabajo al análisis de la institución del Día de la Tradición y los factores políticos, económicos y sociales que influyeron en la consolidación de la efeméride. Entre sus publicaciones se encuentran: «Gauchos y católicos. El origen de las peregrinaciones gauchas a la basílica de Luján, Buenos Aires, 1945» en el *Anuario de la Escuela de Historia* de la Universidad Nacional de Rosario, y «Las Bases de la Tradición. El rol de la Agrupación Bases en la oficialización del gaucho como símbolo nacional» en *Cuadernos del Sur*, Universidad Nacional del Sur. Su tesis doctoral será defendida el 7 de septiembre de 2015 en Buenos Aires, Argentina.

John E. Fahey is a PhD candidate studying the late Habsburg Monarchy at Purdue University. He will graduate in May 2017. His dissertation, “Bullwark of Empire: Imperial

and Local Government in Przemyśl, Galicia (1867-1939)” examines civil-military relations in Austria-Hungary’s most important fortress complex. John is the author of “From Imperial to National: Przemyśl, Galicia’s Transformation Through World War I,” in *REGION: Regional Studies of Russia, Eastern Europe, and Central Asia*, “Humans Need Fantasy to be Human: Belief on Terry Pratchett’s *Discworld*,” in *Ex Nihilo: Periodyk Młodych Religioznawców*, and “The Secret Poison Plot: Adolf Hofrichter and the Austro-Hungarian General Staff” in the *Journal on European History of Law*. He is the recipient of a Graduate Studies and Research in Poland Grant from the Kosciusko Foundation, the Global Synergy Grant from Purdue University, and a US Student Award from the Poland-US Fulbright Commission.

Stephen Hodkinson es Profesor de Historia Antigua en el Departamento de Clásicas de la University of Nottingham. Al mismo tiempo, y dentro de la misma institución, dirige el University’s Institute for the Study of Slavery y el University’s Centre for Spartan and Peloponnesian Studies. Es reconocido a nivel internacional como uno de los principales expertos en todo lo referente a la Grecia Antigua y, muy especialmente, a Esparta durante la Antigüedad, así como también al impacto, construcción mítica y utilización de la imagen de dicha polis en la contemporaneidad. Así lo avalan sus múltiples y variadas publicaciones al respecto, siendo algunas de las últimas “Transforming Sparta: New Approaches to the Study of Spartan Society Ancient History”, *Resources for Teachers*, 41-44 (2011-2014), pp. 1-42; el trabajo colectivo editado junto a MacGregor Morris, *Sparta in Modern Thought: Politics, History and Culture*, Swansea, The Classical Press of Wales, 2012; la obra también colectiva publicada junto a D. Geary, *Slaves and Religions in Graeco-Roman Antiquity and Modern Brazil*, Cambridge Scholars Publishing, 2012 y, finalmente, *Sparta: Comparative Approaches*, Swansea, The Classical Press of Wales, 2009, junto algunos de los principales expertos a nivel mundial. Fruto de este vastísimo trabajo fue nombrado en septiembre del año 2010 ciudadano honorífico de la moderna ciudad de Esparta, por su contribución al conocimiento y proyección mundial de la historia de la Esparta antigua.